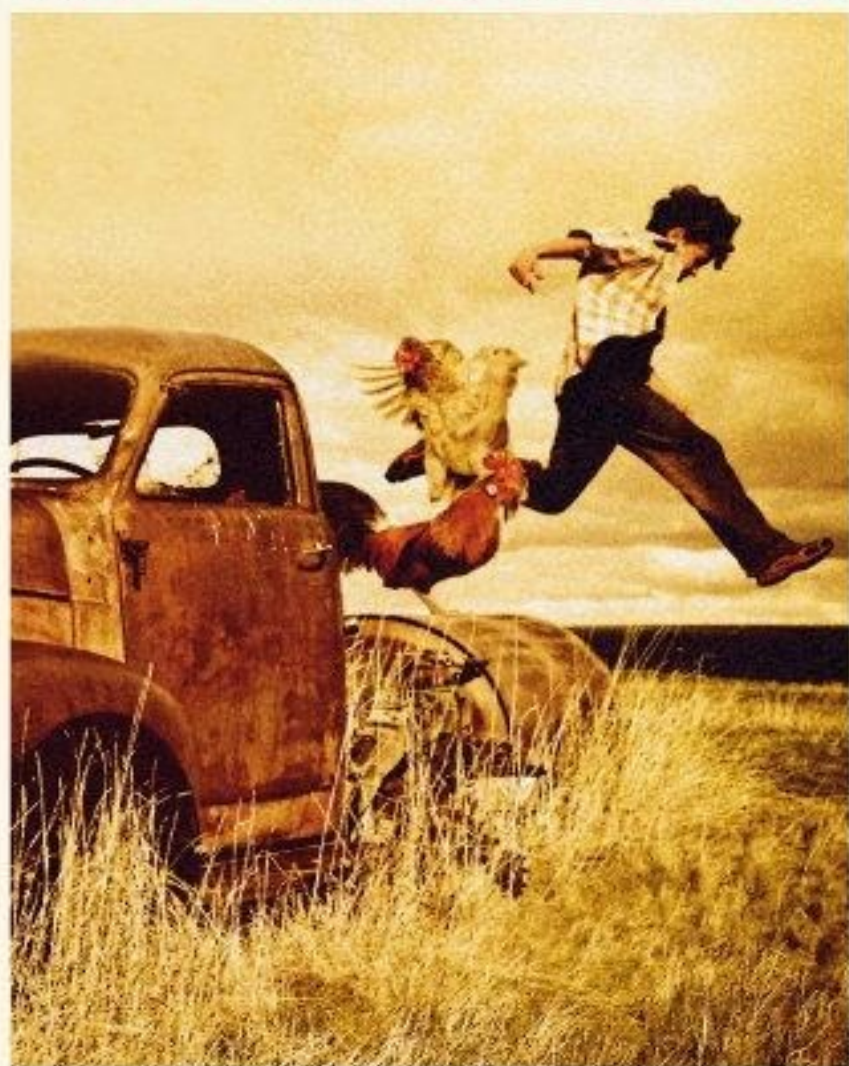


**EL DÍA QUE LA
VIRGEN LLEGÓ
A LA LUNA
ROLF BAUERDICK**



Un mundo insólito, multirracial y legendario, poblado por ancianos de desbordante sabiduría, gitanas valientes y funcionarios implacables, es el escenario escogido por el periodista y fotógrafo alemán Rolf Bauerdick para su exitoso debut como novelista. Con un profundo conocimiento de la cultura rumana, Bauerdick sorprende con su admirable maestría para combinar una historia de suspense con el drama y las consideraciones filosóficas en un contexto histórico real, en el que los aspectos trágicos ceden paso al humor punzante gracias a una galería de personajes que permanecerán largo tiempo en la memoria del lector.

En noviembre de 1957, la batalla por la conquista espacial está en pleno apogeo. Mientras el bloque soviético celebra el triunfal paseo de la perrita *Laika* a bordo del *Sputnik 2*, en Baia Luna, una pequeña aldea en el corazón de los Cárpatos, la apacible vida de los lugareños se ve perturbada por una secuencia de inquietantes acontecimientos. La maestra del pueblo, la arisca Angela Barbulescu, desaparece misteriosamente de su casa en plena noche. Casi al mismo tiempo, el párroco es encontrado muerto en su casa junto a su ama de llaves. Y poco después, también desaparece la estatua de la Virgen de la iglesia de Baia Luna, cuya llama perpetua se había apagado, inexplicablemente, unos días antes. Para el jovencísimo Pavel Botev, nieto del tabernero del pueblo y alumno de Angela, existe una relación indudable entre todos estos sucesos y está dispuesto a llegar a donde haga falta para desentrañar el misterio. Así, Pavel se encuentra proyectado a un escenario de turbias intrigas, fiestas desenfundadas y fotos escabrosas; una maraña de corrupción que empieza en la Segunda Guerra Mundial, se extiende a los años de la guerra fría y no se resuelve hasta la muerte del dictador Ceaucescu en 1989.

Lectulandia

Rolf Bauerdick

El día que la Virgen llegó a la Luna

ePub r1.0
Titivillus 14.07.15

Título original: *Wie die Madonna auf den Mond kam*

Rolf Bauerdick, 2009

Traducción: Paula Aguiriano Aizpurua

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

para Louisa, Leonie y Lutz

Prólogo

Todos en Baia Luna sabían que las visiones de Ilja Botev no eran producto del don de la clarividencia profética, sino el simple delirio de una razón trastornada. Y yo, su nieto Pavel, más que nadie. En mi juventud aún había considerado las ilusiones de mi abuelo extravagantes quimeras, consecuencia de la influencia que ejercía sobre él el gitano Dimitru Gabor, el cual se mofaba alegremente de las leyes de la razón y la lógica. Más adelante, sin embargo, a medida que el raciocinio que sostenía a mi abuelo cedía bajo sus pies, fui en buena parte responsable de que el anciano se enredara de manera cada vez más cruel en la maraña de sus fantasmas. Por supuesto, nunca fue mi intención que se convirtiera en el hazmerreír de la gente, en un pobre tonto. Pero ¿qué pensaría cualquiera de un tabernero que parte en misión confidencial montado en un carro de caballos? Convencido de que debe advertir al presidente de Estados Unidos acerca del ingeniero balístico Wernher von Braun, acerca de un sospechoso cuarto poder y acerca de un desastre político de proporciones planetarias. Y provisto de un dossier secreto, una ridícula disertación sobre el misterio de la ascensión celeste del cuerpo de María, Madre de Jesús, escrito a mano y triplemente cosido al forro de un chaquetón de lana.

Hoy veo a mi abuelo Ilja y a su amigo gitano Dimitru con los ojos benévolo de la edad. Soy consciente de mi culpa y también de lo que les debo, a pesar de que su recuerdo poco a poco va apagándose en Baia Luna. Hoy en día se mira hacia delante. Aquel que se detenga y eche la vista atrás es considerado un perdedor. Es el reino de la democracia. Ningún Conducator desafía ya al sol, ningún partido exige ya lealtad ciega, y la Securitate ya no encierra a los individuos rebeldes en celdas. Cualquiera puede pensar y creer lo que le plazca. Ya nadie redacta los panfletos incendiarios que antiguamente circulaban de forma clandestina. Las fronteras están abiertas. Somos ciudadanos libres. Nuestros hijos crecen en un país libre.

Yo mismo fui padre orgulloso y tardío de dos hijas. Fueron concebidas y nacieron en libertad. Desde entonces han volado dos décadas, como si una manecilla fulgurante de reloj me hubiera catapultado a través del tiempo. Entonces, durante la Era Dorada del Socialismo, nos faltaba de todo, pero tiempo teníamos de sobra. Puede ser que lo desperdiciáramos, que malgastáramos años de nuestra vida en esperas vanas. Hoy, el tiempo es un bien raro y preciado. A mí se me escapa, mientras que las nuevas generaciones se apresuran desmemoriadas en un ahora eterno. Pero si los niños ya no saben de dónde vienen, ¿cómo van a saber adónde van?

Dadas las circunstancias, mis hijas me harán pronto abuelo. A la espera de futuros nietos, me remonto en el tiempo hasta mi juventud, en los años cincuenta. Cuando

cuento ahora a hijos y futuros nietos cómo llegó la Virgen a la luna, resuena en mi voz el eco de las voces de mi abuelo Ilja y del gitano Dimitru. Los dos amigos soñaban con su idea de libertad y al final de sus días, cuando ese sueño no era más que brasas entre ceniza fría, se cumplió. Sin embargo, no lo entendí hasta después de aquella histórica Navidad de 1989, cuando la Era Dorada de nuestro país acabó convertida en despojos para la historia.

Fue el día en que el gran Conducator, con las manos esposadas, murmuró entre dientes «Panda de Judas», antes de cantar bañado en lágrimas una última vez la *Internacional* y de proclamar con obstinación: «¡Viva la República libre y socialista!» Pero nadie aplaudió ni se agitaron banderitas. Apenas logró recorrer con su esposa la mitad de la distancia que lo separaba del paredón de ejecución en el patio del cuartel de Targoviste. Para los milicianos revolucionarios, el presidente ya no se merecía siquiera una orden de disparo como es debido. Sólo un par de ráfagas. Sin una voz de mando. *Rata-tatatá, ratatatatá*. Los casquillos salieron volando y bailaron sobre la piedra fría. Se alzó una nube de pólvora. Entonces las rodillas del Conducator, acribillado por las balas, ya no lo sostuvieron. Se acabó la Era Dorada. Sin embargo, ocurrió algo extraño cuando el Genio de los Cárpatos, celebrado en los cantos de los poetas como el presente más dulce de la patria, reposaba inerte sobre su sangre con la chaqueta remangada aunque impecablemente abotonada.

A los milicianos del pelotón de fusilamiento se les metió el miedo en el cuerpo. En vez de celebrar extasiados la victoria, el temor se apoderó de ellos. Aterrados por lo que acababan de hacer, no se atrevían a mirar al dictador caído. Petrificados, apartaban la vista del titán de titanes, que yacía con los ojos abiertos fijos en el cielo, sin comprender nada. Algunos de los jóvenes observaron de reojo a su comandante y se santiguaron a sus espaldas en un gesto apresurado. Entonces cogieron las palas y echaron sobre el rostro del muerto un poco de tierra. ¡Esos ojos! Les resultaban insoportables. No así a los escuálidos perros callejeros, que habían olido a sangre. Se acercaban sigilosamente con la lengua fuera y el rabo entre las patas, sin ninguna consideración hacia la última y sincera mirada de un hombre que, en el momento de morir, desveló con desarmante sinceridad que ciertamente no había entendido en absoluto qué demonios estaba ocurriendo en realidad aquel día de Navidad de 1989.

El médico Florin Pauker, que tras la ejecución certificó en el informe la hora de la defunción a las 14.45, estuvo presente más bien por casualidad en el autodenominado Tribunal Revolucionario para la Salvación Nacional. Era neurólogo, no forense. El Partido lo había relevado pocos días antes de su cargo como director del psiquiátrico de Vadului y le había asignado un nuevo puesto de médico militar en el cuartel de Targoviste. Y como ni él ni su mujer daban importancia a la celebración de la Navidad, Pauker había cambiado su turno con un compañero. De este modo le había tocado certificar oficialmente la muerte clínica del Conducator y su esposa.

Florin Pauker se inclinó sobre el cadáver, no sintió el pulso y miró al muerto a los ojos. Probablemente unos segundos de más. Tras garabatear su nombre al final del

certificado de defunción, cogió el teléfono, pidió que llamaran al hotel Athénée Palace en la capital y que le comunicaran con la suite presidencial. Después de las tres palabras «Esto se acabó», montó en su Dacia y condujo de vuelta a la capital para reunirse con su mujer, en la calle Fortuna. Más tarde, el doctor Pauker contaría que en el patio de cuartel de Targoviste el tribunal revolucionario no había pasado por las armas al mal, sino a la inocencia.

Su esposa Dana y su única hija Irisetta explicaban que su marido y padre había cambiado mucho desde aquella Navidad sangrienta, como denominaban al día de la revolución. «Su carácter dio un giro de ciento ochenta grados. Se volvió más sentimental. Ya no era el médico enérgico de aguda inteligencia a quien le fui fiel más de treinta años», declaró Dana a un periodista francés que más adelante intentó reconstruir la caída del Conducator.

«Fue terrible —aseguraba su hija Irisetta—. Mi padre se convirtió en un blandengue de lágrima fácil y pusilánime. Se pasaba los días fuera de casa, pero no para disfrutar del aire fresco de la libertad, sino para consolar a los chiquillos tristes con que se cruzara.» Según ella, llevaba los bolsillos llenos de chicles norteamericanos y chupa-chups de colores, iguales a los que chupaba durante sus pesquisas aquel detective calvo al que desde hacía poco veían en la televisión. En cada esquina, su padre se rodeaba de una nube de niños entre los que distribuía sus golosinas. Y cada vez que veía en algún lugar a un crío de grandes ojos se echaba a llorar con desconsuelo. Últimamente su hija ya no se atrevía a frecuentar con él lugares públicos, de lo mucho que se avergonzaba de aquel asiduo lloriqueo paterno.

Para tratar de aliviar su ánimo sombrío, en los años noventa el doctor Pauker había emprendido numerosos viajes. Se sentía atraído por los lugares santos de la cristiandad, especialmente por aquellos donde se decía que tiempo atrás se había aparecido María, la Madre de Dios. Primero visitó los centros de peregrinación locales de Transmontania, después peregrinó a la localidad portuguesa de Fátima y a la bosnia de Medjugorje. Pero el neurólogo no encontró sosiego para su alma melancólica ni en el pueblecito pirenaico de Lourdes ni con la Virgen Negra polaca de Czestochowa.

Dana apenas podía soportar la transformación de su marido, ahora convertido en un santurrón. Consideraba enfermizo, incluso intelectualmente ofensivo, que Florin volviera de sus viajes con las maletas llenas de cachivaches horteras, vírgenes de escayola, botecitos con agua bendita y rosarios de plástico, bidones de agua milagrosa y postales en que el crucificado con la corona de espinas unas veces bajaba doliente la mirada y otras la alzaba radiante al cielo. Con cada nuevo objeto de devoción que entraba en su hogar, cada vez era más consciente de que su camino y el de su marido jamás volverían a cruzarse.

Y sin embargo se había esforzado mucho. Durante años Dana Pauker había tratado de reanimar unas facultades intelectuales hacía tiempo perdidas. Había evocado su época como director hecho y derecho de un instituto psiquiátrico,

suplicándole que entrara en razón. Todo en vano.

Cuando en la última velada del pasado milenio quiso preparar la sala de estar para la cena de Nochevieja, advirtió consternada que su marido había descolgado el retrato del Conducator de la pared del salón. Durante una década ella había luchado por mantener el cuadro en su sitio, diez años de resistencia contra la arbitrariedad de la conciencia histórica, como lo llamaba Dana. Y ahora, como si tal cosa, Florin había quitado aquel retrato para sustituirlo por la fotografía de una estatua de la Virgen. Dana Pauker comprendió que había perdido la batalla. Estaba sola. Los últimos amigos del pasado, aquellos vinculados al Partido, se habían alejado, el matrimonio Pauker había desaparecido en la nada de la irrelevancia social. ¿Quién iba a querer frecuentar a un médico fracasado que deambulaba por las calles con un rosario y repartiéndole chucherías pringosas?

En un último arrebato de ira Dana arrancó aquella imagen de la pared, abrió violentamente una ventana y arrojó el cuadro a la calle. Después se dirigió al armario de los medicamentos. Mientras tragaba todas las pastillas de que lograba echar mano cegada por la cólera, los viandantes que se dirigían a las fiestas de Nochevieja con una botella de vino espumoso barato bajo el brazo se quedaron asombrados. Sobre el asfalto de la calle Fortuna había una imagen de la Virgen en un marco de madera astillado y bajo un cristal hecho añicos. Su mano protegía al Niño Jesús desnudo sentado sobre un globo terráqueo, y su pie se apoyaba sobre una media luna.

Menos de nueve meses después del comienzo del nuevo milenio apareció en Baia Luna un septuagenario, envejecido aunque ágil. El 14 de agosto, víspera de la Asunción de María, preguntó en el pueblo por el señor Pavel Botev. Me lo enviaron. Lo reconocí al instante. Su penetrante mirada tras unas gafas redondas ya no era tan aguda como en las fotografías que yo viera en mi juventud, pero aun así resultaba inconfundible: era él. Se presentó con un nombre extraño que he olvidado y me pidió que al día siguiente lo llevara a la montaña de la Luna, a la capilla de la Virgen del Perpetuo Socorro. Acepté.

Mientras ascendíamos a la cumbre me contó su historia. Por supuesto, yo me preguntaba por qué me habría elegido precisamente a mí como su acompañante. Hoy creo que aquel anciano sabía hacía mucho tiempo que yo conocía su historia, sin detalles pero sí en lo esencial. Arriba, en la montaña de la Luna, dejó la capilla a la izquierda y apretó el paso hacia la escarpada cara sur del monte, hacia un pequeño cementerio con cinco cruces blancas anónimas.

—¿Cuál es la cruz de Angela?

—La del centro —respondí.

Se arrodilló, rezó un avemaría y se incorporó de nuevo.

—Se lo agradezco, señor Botev. —Me tendió la mano, que yo estreché.

—¿Ha llegado a su destino, doctor?

—Sí, señor Botev, pronto. Muy pronto —repuso él sonriendo.

Y acto seguido saltó al vacío, en silencio y con los brazos extendidos, como un

águila. Volaba como un rey de las alturas que renuncia a su reino. El doctor Florin Pauker por fin era libre.

Baia Luna, Nueva York y el temor de Angela Barbulescu

—¡Está volando! ¡Está volando! ¡Viva el socialismo! ¡Un hurra por el Partido! —Los tres hermanos Brancusi, Liviu, Roman y Nico, irrumpieron en nuestra taberna al anochecer, hacia las ocho, de muy buen humor, con el pecho henchido y el bolsillo generoso.

—¿Quién vuela? —preguntó mi abuelo Ilja.

—¡Pues quién va a ser, la perra! ¡*Laika!* ¡El primer ser vivo en el espacio! ¡A bordo del *Sputnik* dos! ¡Aguardiente, Pavel! ¡*Tuica* para todos! ¡Vamos, rápido! Apúntalo en nuestra cuenta —exclamó arrogante Liviu, y supe que en las siguientes horas no iba a tener descanso.

—¡La f-f-fuerza de la grave-ve-ve-dad ha sido ve-ven-cida! Ya no hay o-o-obstáculos para el p-p-progreso. En to-to-todo el inmundo. ¡*Sp-Sputnik* p-pita y *Laika* la-ladra! —tartamudeó Roman, como cada vez que lo dominaba la excitación.

—Sí señor. Progreso —secundó Nico, el Brancusi más joven, a su tartamudo hermano—. ¡Un hurra por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas! ¡A su lado venceremos! ¡Conquistaremos el cielo!

—Bebeos vuestro aguardiente solos. —Los sajones Hermann Schuster y Karl Koch se echaron sus abrigos por encima y se marcharon.

El 5 de noviembre de 1957 el ambiente estaba tenso. Era martes y víspera del día que mi abuelo Ilja cumplía cincuenta y cinco años. Yo entonces tenía quince. Por las mañanas iba de mala gana al octavo y último curso de la escuela, por las tardes mataba el tiempo, y por las noches y los domingos ayudaba a mi abuelo en la taberna familiar. Debo mencionar que no se trataba de una fonda en el sentido corriente del término. Mi abuelo, mi madre Kathalina y la tía Antonia regentaban una tienda que durante el día proveía de lo necesario a las amas de casa de Baia Luna. Por las noches, con un par de mesas y sillas la convertíamos en taberna, donde los hombres venían a beber.

De la palabrería de los Brancusi acerca del progreso sólo entendí que un perro surcaba el cielo en un *Sputnik* que pitaba, que se las arreglaba para lograrlo sin el impulso de turbinas a reacción ni hélices propulsoras, y que aquello nada tenía que ver ya con los aviones convencionales. A costa, no obstante, de no poder volver jamás a la Tierra. Los satélites habían escapado a las leyes de la gravedad, prestos para emprender un viaje espacial eterno.

Mientras en la taberna los ánimos de los hombres se iban caldeando al hablar sobre el propósito del nuevo objeto volador, mi abuelo Ilja se mantenía tranquilo.

—Lo de la ingravidez no está mal. Cuenta con todos mis respetos. Pero el pitido no dará de comer a los rusos.

Dimitru Carolea Gabor se levantó y tomó la palabra. Algunos esbozaron una mueca de desprecio, ya que se decía del gitano que tenía los pies en el cielo y que pensaba con la lengua. Dimitru se llevó brusca y solemnemente la mano al pecho. Con el puño derecho sobre su corazón y firme como una roca, juró que el sonoro aparato volador era obra del Supremo Camarada entre los Camaradas. Cuando aún vivía, Iosif Vissarionovich Stalin había encargado en persona una flota entera de *Sputniks*.

—Máquinas maliciosas, camufladas como inofensivas esferas de hojalata, embarcadas en una misión operativa. Ahora incluso con un perro a bordo. Qué se le ha perdido al chuchó en las estrellas, eso no está claro. Pero yo os digo que esas arañas de aluminio no extienden sus antenas en el cielo por diversión. Los soviéticos traman algo. Esos pitidos, ese chirrido de cigarras cósmico no sólo les robará el sueño a las personas pacíficas, también les hará perder el juicio. ¿Y sabéis qué significa eso? El hombre sin juicio se atonta, y la revolución mundial avanza así a paso marcial. Y entonces, camaradas —aseguró Dimitru mirando fijamente a los tres Brancusi—, entonces habréis conseguido por fin la igualdad proletaria. Para el tonto, todos son listos. Todos al mismo nivel.

—Desde luego en ti el pitido ya está surtiendo efecto —se mofó Liviu, tocó al gitano con el dedo índice en la frente, y en tono burlón añadió—: De todas formas, con vosotros los negros tampoco se podría crear un Estado. Empezad por hacer algo de provecho. Con Stalin estaríais todos...

—¡Eso es! Es justo lo que yo digo —lo interrumpió Dimitru—. Iosif era astuto como un zorro. Pero tenía problemas con la proletarización. Graves problemas. Porque con su método de gobierno sencillamente no lograba la igualdad de todos los soviéticos. Sin duda el Camarada Supremo se esforzó: prisiones mayores, calabozos con muros más altos, agua y pan, medias raciones. Multiplicó las horcas y los pelotones de fusilamiento a fin de erradicar los últimos focos de desigualdad. ¿Y qué resultó de aquello? Pues que tuvo que seguir ampliando los campos de trabajo para los desiguales. Los límites de las cárceles se volvieron inabarcables. Nadie sabe ya quién está dentro y quién fuera. Un dilema. Los soviéticos han perdido la perspectiva. Y ésa es la razón del *Sputnik*. El pitido anula el espíritu y la voluntad. Y donde no hay voluntad...

—¿Quién va a creerse semejantes estupideces? —exclamó Nico Brancusi. Bufando de ira, se levantó de un brinco y clavó los ojos en los parroquianos—. ¿Quién quiere escuchar esta mierda? ¡Maldita sea! —Desde lo más profundo de su garganta arrastró una flema, escupió sobre el suelo de madera y masculló—: Mentira de gitanos, palabrería de negros.

Dimitru tamborileaba nervioso sobre la mesa.

—No estoy mintiendo —dijo—. Si los cálculos son correctos, la madrugada del aniversario de mi amigo Ilja el *Sputnik* sobrevolará los Cárpatos de Transmontania entre los cuarenta y seis grados de latitud y los veinticuatro grados de longitud. Entonces pitará. Justo sobre nuestras cabezas. Os lo digo yo, lo que empieza con el *Sputnik* acaba en desastre. Y tú, camarada Nico, si quieres dirigir hacia él tu reluciente culo, es tu problema. Pero yo soy un gitano, y un gitano nunca se acuesta con bolcheviques.

Sus hermanos sujetaron a Nico, que quería saltarle a Dimitru al cuello. El cingaro apuró su copa, eructó y salió de la taberna sin despedirse, no sin antes susurrarle al abuelo:

—Te espero. Cinco en punto.

Yo no sabía qué pensar de todo aquel alboroto. Cuando me fui a la cama apenas pude dormir. Probablemente el gitano había vuelto a descarrilarse de la vía del pensamiento razonable, con esas espeluznantes suposiciones sobre el *Sputnik* y su pitido. Como otras tantas veces.

Sin embargo, la oración nocturna, que reconozco que olvidaba la mayoría de las veces, me hizo reflexionar. «Padre nuestro que estás en los cielos, venga a nosotros tu reino...» Con quince años tenía claro ya que el advenimiento del reino de Dios probablemente no tendría lugar en un futuro próximo. Al menos en Baia Luna. Pero con el *Sputnik* la cosa cambiaba. De acuerdo, el reino de Dios no se extendería por la Tierra, pero mientras tanto el hombre subía al cielo. O por lo menos un ser terrestre. Un perro. Seguro que el animal pronto moriría de hambre, pero ¿qué se le había perdido a un chucho en la inmensidad celeste?, allí donde reinaba el Señor con sus ejércitos celestiales, como predicaba cada domingo nuestro anciano párroco Johannes Baptiste desde el púlpito.

La noche se acercaba ya a su fin cuando la madera del suelo crujió. Escuché pasos sigilosos, de alguien que pretendía pasar inadvertido. El abuelo no quería despertarnos, ni a mí, ni a mi madre ni a la tía Antonia. Los pasos se dirigieron escaleras abajo y se perdieron en la tienda. Esperé un rato, me vestí y me deslicé con curiosidad tras él. La puerta exterior se hallaba abierta. Estaba oscuro como boca de lobo.

—¡Joder! —siseó alguien—. ¡Qué mierda de tiempo!

Era Dimitru.

—Baja la voz, vas a despertar a todo el pueblo.

—He rezado. Qué digo, Ilja, he suplicado al Creador que barrierá con determinación estas malditas nubes con un soplo de su todopoderoso aliento. ¿Y qué hace él cuando un gitano le pide algo por una vez? Nos envía esta bruma del demonio. Con esta niebla ya podemos olvidarnos del *Sputnik*.

Me escondí tras la puerta y miré fuera. Dimitru tenía razón. Durante toda la jornada había llovido a cántaros y ahora la niebla había bajado de las montañas. Ni siquiera se divisaban los contornos del campanario. Cinco campanadas sordas atravesaron la noche. Ilja y Dimitru miraron al cielo. Aguzaron el oído. Ladearon la cabeza, colocaron las manos tras las orejas y escucharon atentamente una vez más. En vano. Decepcionados, ambos encaminaron sus pasos a la tienda. No me vieron.

—Ilja, me pregunto si no sería razonable volver a la cama una horita más —comentó Dimitru.

—Es razonable.

Entonces la mirada del gitano recayó sobre el embudo de hojalata con que el abuelo embotellaba para las mujeres del pueblo el aceite de girasol, enviado en bidones desde Valaquia.

—Hombre, Ilja, aquí está el embudo. Lo utilizaremos como megáfono. Igual que un altavoz, pero al revés. Ya conoces el principio de concentración de las ondas sonoras. *Sonatus concentratus*, o algo parecido. Así puede captarse hasta el más leve atisbo de sonido.

Los dos salieron de nuevo y, a fin de amplificar el sonido, se colocaron el embudo de hojalata primero en la oreja izquierda, luego en la derecha. Durante un cuarto de hora giraron las cabezas en todas direcciones.

Cuando por fin carraspeé y les di los buenos días, se rindieron.

—Qué, Dimitru, ¿entonces quieres que el *Sputnik* te robe el juicio? —me mofé.

—Ríete, Pavel. Bienaventurados los que no ven ni oyen y a pesar de todo creen. No te quepa duda de que pita. Es evidente. Sólo que no lo oímos.

—No me extraña —dije hipócritamente—. La niebla de noviembre lo engulle todo. No se oye nada. Ni el balar de los corderos, ni siquiera a los gallos. Así que ni hablar del *Sputnik*, que está bastante lejos. Más allá de la fuerza de la gravedad, por lo que sé.

—¡Pavel! ¡Qué buena idea! Probablemente sea cierto que con niebla el *Sputnik* no funciona. El Camarada Supremo no reparó en eso. Entre nosotros, bien pensado, Stalin era bastante idiota. Pero no vayas diciéndolo por ahí. En estos tiempos esas cosas traen problemas. Y ahora perdonadme, la cama me llama.

El abuelo parecía algo abochornado. Lo avergonzaba que le hubiera pillado en su quincuagésimo quinto cumpleaños delante de la tienda con un embudo en la oreja.

—Pavel, acompaña a Dimitru a su casa. Se va a romper la crisma. No se ve tres en un burro.

A regañadientes, fui a tuestas con Dimitru hasta la parte baja del pueblo, donde vivía su clan. Ante el umbral de su chabola se colocó una vez más la mano tras la oreja y escuchó atentamente.

—Déjalo, Dimitru. Es inútil.

—*Sic est*. Tienes razón —admitió, me dio las gracias por acompañarlo y entró.

Quizá fuera casualidad, no lo sé, pero justo cuando volvía al pueblo el gallo

comenzó a cantar y frente al campamento gitano una débil luz brilló en la niebla. Por segunda vez esa madrugada me dejé llevar por la curiosidad. La luz provenía de la casucha de la profesora del pueblo, Angela Barbulescu. ¿A esas horas? La Barbu, como la llamaban, siempre dormía hasta tarde. Rara vez llegaba puntual a clase, y cuando estaba ante los alumnos solía tener la mirada perdida y los ojos hinchados, pues aún le duraban los efectos del aguardiente de la noche anterior. Me desvié del camino y espí por su ventana. Estaba sentada a la mesa de la cocina con una pesada manta de lana sobre los hombros. ¡Increíble! Estaba ahí sentada, escribiendo. De vez en cuando levantaba la cabeza y miraba al techo, como si buscara las palabras apropiadas. Más allá del hecho de que la Barbu pareciera estar poniendo por escrito algo muy importante a horas intempestivas, me sorprendió su cara. Durante el último curso había empezado a resultarme repugnante, nunca la miraba con nada que no fuera desprecio, si no asco.

Sin embargo, la Barbu que vi la madrugada del 6 de noviembre de 1957 era diferente: clara y luminosa, incluso hermosa. Un día no tan lejano comprendería lo que había ocurrido aquella fecha en la casucha de Angela Barbulescu. Y me precipitaría en un abismo. Pero ¿cómo podía preverlo aquella turbia mañana de noviembre?

—Pavel, no le cuentes nada a Kathalina de esa estúpida idea del embudo, ¿estamos? A tu madre no le gustan esas bromas. Yo no vi nada. Y menos en tu cumpleaños. Palabra de honor.

El abuelo se quitó un peso de encima, yo le di la mano, lo felicité por sus cincuenta y cinco años y le entregué un paquete envuelto en papel satinado rojo.

Como cada año, mi madre, y nuera del abuelo, había pedido al cartero Adamski que trajera una caja de puros de la capital del distrito, Clusoara. Ilya desempaquetó su regalo sabiendo que tenía entre las manos una caja de madera de sesenta Caballeros Fino del grosor de un pulgar. El número de cigarros se ajustaba con precisión a los metódicos hábitos de fumador del abuelo. Estaba calculado para que duraran un año. Aquella caja de sesenta puros le permitía fumarse uno los domingos, uno en la festividad parroquial de la Asunción de María en agosto, otro en las fiestas de la patrona de Baia Luna, la Virgen del Perpetuo Socorro, así como uno en dos o tres días festivos más. Si se añadían los cumpleaños de sus amigos más cercanos, y calculando la posibilidad de que algún festivo parroquial o general como Todos los Santos, Nochebuena o el Día de la República cayera en domingo, resultaba que para su cumpleaños aún le sobraba el último Caballero, antes de recibir la siguiente caja.

Mi abuelo me dio las gracias y, en contra de su costumbre de no fumar hasta la noche, decidió permitirse ya entonces un cubano, como llamaba a sus puros. Sacó el último de la caja del año anterior y lo encendió.

—América —suspiró, exhalando anillos de humo—. ¡América! Menudo país.

Mi madre y yo sabíamos muy bien que los puros cubanos del abuelo nunca habían cruzado el Atlántico en la bodega de ningún barco. Los caracteres cirílicos en la vitola revelaban que el tabaco había sido liado en una fábrica búlgara cerca de Blageovgrad y que probablemente había sido transportado en un camión diésel de Ruse a Giurgiu, cruzando el Danubio por el nuevo puente de la Amistad. Sin embargo, mi madre no dijo nada y dejó que su suegro creyera que Cuba era el estado federal más maravilloso de los Estados Unidos de América.

A los cinco o seis años comencé a sospechar que el abuelo apenas sabía leer. Hasta entonces lo había escuchado embobado cuando contaba historias o fingía leer un libro, pero a partir de cierto momento advertí que se enredaba sin remedio en el argumento, confundía lugares, tiempos y personajes, y sólo pasaba las páginas de libro muy de vez en cuando. En cuanto empecé a ir a la escuela, aquella suposición se convirtió en certeza. Para no dejarlo en evidencia no revelé a nadie ese hecho. Como él se manejaba fácilmente con los números y mi tía soltera Antonia, que se había instalado escaleras arriba en una buhardilla, era quien llevaba la contabilidad del negocio familiar, durante muchos años la carencia del abuelo fue ignorada por los habitantes del pueblo, incluso por el gitano Dimitru.

En cambio, era obvio que mi padre Nicolái no había tenido ninguna dificultad para leer y escribir en su tiempo, como deduje del subrayado y las notas al margen que había hecho de joven en un libro de poesía de Mihail Eminescu. Por lo demás, *El capital* de Karl Marx y un ajedrez gastado, en el que un cabo de vela sustituía a la reina blanca, fueron lo único de su legado que más adelante se demostraría útil.

No tenía ningún recuerdo de mi padre. Nicolái Botev era un extraño que para mí sólo existía en una fotografía colocada bajo un cristal del mueble del salón. En ella, fechada en diciembre de 1942 gracias a una nota en el reverso, aparecía como soldado de permiso. Con las mejillas chupadas, estaba sentado junto a mi madre en un trineo de patines ante la pendiente nevada de la colina del cementerio de Baia Luna. Yo, que tendría alrededor de un año, estaba de pie delante de él embozado en una bufanda y un gorro de cosaco encasquetado hasta las orejas. En esa foto familiar había algo perturbador que saltaba a la vista: las manos de mi padre yacían inertes y privadas de fuerza sobre mis hombros, incapaces de transmitir seguridad.

Las noches de invierno mi madre sacaba la foto del cristal, la colocaba en su regazo y permanecía sentada en silencio en su sillón. Podía estar así horas, hasta que el sueño dibujaba en su rostro una sonrisa ensimismada. Jamás hablaba de mi padre. Creo que quería esconder que sus pensamientos siempre giraban en torno a él y no quería recordarme su pérdida. Para mí, sin embargo, la ausencia del padre era algo natural. Además, la presencia del abuelo garantizaba que nadie en el pueblo me echaría en cara la falta de una figura paterna en mi educación.

En los años cincuenta vivían en Baia Luna doscientas cincuenta personas,

distribuidas en treinta casas. Al sureste se elevaba la montaña de la Luna con la capilla de peregrinación de la Virgen del Perpetuo Socorro, al oeste el imponente macizo rocoso de los Cárpatos marcaba el límite del pueblo, mientras que hacia el norte se extendían los pastos y campos hasta que la vista se perdía en el paisaje de colinas de Transmontania. A los pies de la montaña de la Luna fluía el Tirnava. Tras el deshielo primaveral, el río se convertía en un torrente impetuoso, pero en los veranos secos y calurosos quedaba reducido a un riachuelo de agua pútrida desde el que los peces saltaban a tierra firme tratando de no asfixiarse. Siguiendo el curso del río se pasaba junto a una cruz de madera que conmemoraba el accidente causado por la tormenta de nieve de 1935, antes de llegar en una media hora a pie al vecino pueblo, Apoldasch.

En cambio, el trayecto a la montaña de la Luna duraba tres horas. Cuando mis piernas fueron lo suficientemente fuertes para soportar el ascenso sin lamentos ni refunfuños, el abuelo me llevaba regularmente consigo a la Virgen del Perpetuo Socorro. Al entrar en la capilla nos santiguábamos y ofrecíamos nuestro saludo a la Madre de Dios. De niño la Virgen siempre me pareció algo inquietante. Su semblante, tallado en haya siglos atrás por un escultor de mediocre talento, era de todo menos hermoso. Cuando alzaba la mirada hacia la Reina de los Cielos, que estaba colocada sobre un zócalo, sus rasgos me resultaban más atormentados que majestuosos. El proceder del artista con la cuchilla había sido bastante tosco, de manera que no apreciaba su dulzura hasta el segundo o tercer vistazo. El pie derecho de la Madre de Dios asomaba por debajo de su manto y estaba colocado sobre una media luna. Era evidente que el escultor no tenía mucho sentido de la proporción. El Niño Jesús, sentado encima de un globo terráqueo y con la mano protectora de María sobre él, le había quedado demasiado pequeño, mientras que los majestuosos pechos de la Virgen eran demasiado grandes. Al igual que la media luna. Generaciones de fieles habían interpretado el pie sobre ésta como el triunfo de la Madre de Dios sobre los turcos, que bajo el símbolo de la media luna habían intentado convertir Europa al islamismo. Pero no lo habían conseguido gracias a la protección divina de la Virgen del Perpetuo Socorro de Baia Luna.

Tras visitar a la Madre de Dios, me sentaba con el abuelo en las rocas entre los arbustos de enebro. Empleando siempre las mismas palabras, «A ver qué nos ha preparado de bueno Kathalina», el abuelo abría la mochila y sacaba un recipiente con té negro azucarado, huevos cocidos, tomates, tocino y bocadillos de jamón. Después de comer, se tumbaba en la cálida hierba y despertaba media hora después, fortalecido por la siesta. Entonces nos quedábamos sentados un rato en silencio, contemplando el paisaje.

Mi abuelo me explicaba que si se pudiera volar desde la montaña de la Luna como la Madre de Dios, que como es sabido ascendió a los cielos en forma corpórea, en algún momento se aterrizaría livianamente en América. Al decirlo extendía el brazo en la dirección donde suponía que se hallaban los rascacielos de una ciudad a la

que llamaba «Niuyorque». Según el abuelo esa extraordinaria ciudad se imponía como destino de un vuelo de tales características. Dimitru también se lo había confirmado al explicarle que el espacio geográfico entre Baia Luna y *Niuyorque* funcionaba como el campo magnético de un imán eléctrico, es decir, positivo y negativo, donde uno de los polos está condenado al vacío de la nada sin el otro. Visto así, la ciudad americana de *Niuyorque* debía a Baia Luna su grandeza. Por el abuelo me enteré de que los americanos, dada su naturaleza libre, nunca se entretienen con pequeñeces y por principio sólo piensan en términos ciclópeos. Construyen las casas más altas del mundo, lían los mejores puros y alzaron la más colosal de las estatuas de María en honor a la Madre de Dios a las puertas de *Niuyorque*, justo en medio del agua. La Virgen garantiza a los habitantes de los rascacielos paz, bienestar y protección ante los ataques enemigos. No sólo la antorcha encendida en su mano indica el camino a barcos de todo el mundo, sino que además las cadenas rotas a sus pies prometen al recién llegado libertad de toda servidumbre. Por esa razón una diadema de siete puntas ciñe su cabeza, cada una de las cuales es más grande que el campanario de la iglesia de Baia Luna. Dimitru había interpretado el número 7 como los siete confidentes más cercanos a María: Dios Padre, su Hijo y el Espíritu Santo eran responsables de lo celestial, mientras que los cuatro evangelistas lo eran de lo terrenal.

No encontré ninguna ciudad llamada *Niuyorque* en el globo terráqueo del colegio. Pero la historia de la Virgen gigante y su antorcha de fuego parecía verdadera, pues un día vi en casa de mi amigo del colegio Fritz Hofmann un póster de la Virgen colgado de la pared en el salón, tan impresionante que me quedé boquiabierto. Era ella. Me sorprendió descubrir tal imagen de la Virgen justo en casa del fotógrafo profesional Hofmann, ya que a Fritz y sus padres, Heinrich y Birta, de origen alemán, la fe católica les era indiferente y eran los únicos del pueblo que no acudían nunca a la santa misa. Lo curioso además era que la estatua no estaba en *Niuyorque* sino indudablemente en Nueva York, como rezaban las letras negras del póster. Dado que el señor Hofmann tenía un estudio de fotografía en Clusoara, me pareció natural preguntar si era él mismo quien había sacado con su cámara la impresionante imagen. Pero por toda respuesta recibí un malhumorado «¡No!».

Por la mañana iba con Fritz Hofmann, de mi misma edad, a la escuela del pueblo, donde nos apiñábamos en un aula sesenta chicos y chicas desde los siete a los quince años. El hecho de que hubiera suficientes asientos para todos se debía a que los gitanos sólo enviaban a sus hijos a la escuela muy de vez en cuando o nunca. Angela Barbulescu era la maestra. A principios de los años cincuenta el Ministerio de Educación la había enviado de la capital a Baia Luna, presumiblemente obligada, aunque los motivos de dicho traslado jamás se aclararon. Por las conversaciones de los hombres en la taberna de mi abuelo, yo había intuido que antaño había sido muy

guapa y que al principio se había esforzado en ocultar su tendencia a la bebida. Pero en algún momento todo sentido del pudor la había abandonado. Sin embargo, las mujeres del pueblo insistían en que la Barbu no podía haber perdido el sentido del pudor, por la mera razón de que jamás había poseído el instinto natural y femenino de la decencia. Todo el mundo se había fijado en sus manos durante su primer domingo en Baia Luna, cuando subió al altar con ocasión de la misa para recibir el cuerpo del Señor. Sus uñas relucían con un estridente esmalte rojo sangre. Kora Konstantin aseguraba incluso que aquella bruja obscena le había impedido escuchar las palabras del párroco con el debido recogimiento. Kora puso en circulación el rumor de que la Barbu padecía de ninfomanía, y que la habían desterrado a las montañas para sofocar sus inclinaciones. De todas formas, hacía tiempo que yo no oía semejantes comentarios. El esmalte de uñas de Angela Barbulescu se había descascarillado. Además, las mujeres, detrás de sus cortinas, no le daban la oportunidad de dar ni tres pasos sin vigilarla.

Durante mi último año de escuela, la Barbu entraba en clase por las mañanas arrastrando sus botas de agua, con un vestido azul oscuro que brillaba pringoso de suciedad y oliendo a mantequilla rancia. A menudo se tambaleaba frente a la pizarra, esforzándose por mantenerse erguida. Cuando braceaba con su vara dirigiendo el himno nacional, nosotros debíamos colocarnos firmes, poner la mano sobre el corazón y cantar de carrerilla las ocho estrofas hasta el final. Después nos preguntaba sobre la historia nacional, y los más pequeños escuchaban cómo los mayores glorificaban las heroicidades de Miguel el Valiente, vencedor de turcos, cómo recitaban de corrido datos históricos desde los dacios hasta Gheorghe Gheorghiu-Dej, y cómo explicaban por milésima vez por qué la católica Baia Luna no se había unido a los reformistas a principios de siglo y nunca había sido conquistada por los turcos. Entonces entonábamos el himno de la Patrona llena de gracia en su manto protector. Y después tocaba Cálculo.

Los cursos de primero a cuarto sumaban y restaban columnas del cero al cien, los cursos de quinto a octavo debían multiplicar millares y decenas de millares y convertir en porcentajes las cuotas de aumento de la producción de leche y el engorde de los cerdos tras la colectivización de la agricultura, a pesar de que la nacionalización de las granjas del distrito de Clusoara ni siquiera había tenido lugar aún. Por suerte la Barbu sólo miraba por encima los resultados. Por eso mi compañero Fritz Hofmann y yo acabábamos los ejercicios en un abrir y cerrar de ojos, pues apuntábamos extravagantes cifras inventadas.

Sin embargo, cuando la señora Barbulescu estaba sobria y tenía un buen día, se sentaba a su mesa, alisaba su vestido azul y hablaba de la vida en la París del Este. Así se llamaba a la capital, «la reluciente joya de Occidente». Siempre lo repetía. Alababa también las poderosas voces de las cantantes líricas y la gracia de las bailarinas del *Lago de los cisnes*, se deshacía en elogios sobre palacios de cultura recubiertos de espejos, templos del teatro y salas cinematográficas donde virtuosos

actores americanos hechizaban con sus interpretaciones a los espectadores. Relataba de manera tan conmovedora la historia de una pareja de amantes llamados Rhett y Scarlett, que me sentía conmovido y escuchaba encantado sus palabras.

Cuando miraba ensimismada por la ventana, la profesora viajaba en sueños a un mundo sofisticado donde la sociedad elegante, tras disfrutar de una velada cultural, frecuentaba lujosos restaurantes no para «cenar», menos aún para «comer», actividades ambas propias del vulgo, sino para «degustar exquisiteces culinarias». Eso me confundía, porque «cenar» era para mí la única manera de alimentarse por la noche. En cuanto al refinamiento de las bebidas, nos hablaba de camareros en frac negro que revoloteaban silenciosamente en los locales de primera categoría y que para cien bebidas distintas tenían a mano cien copas diferentes. Eso me sumía en la perplejidad, porque en la taberna del abuelo sólo disponíamos de un tipo de vaso. Pero cuando escuchaba a la Barbu elogiar a los hombres de frac que servían el vino gota a gota en copas de cristal y a continuación secaban con esmero la botella con servilletas blancas, y al mismo tiempo observaba el rostro de mi maestra visiblemente estragado por el aguardiente, entonces hasta yo mismo me percataba de que algo en su vida se había torcido.

Por eso predominaban los días malos, en que tocaba Instrucción Ciudadana. Recientemente, el gobierno había impuesto una promesa solemne de lealtad a la patria, a la que se añadía una profesión de fe en favor del Partido de los Trabajadores, asunto que estaba entonces en boca de todos. El periódico de Clusoara notificaba a diario la creación de nuevas organizaciones locales. En Baia Luna fueron los tres hermanos Brancusi y el herrero Emil Simenov quienes más se lanzaron a la tarea de convencer a los campesinos de afiliarse al Partido y celebrar la colectivización de la agricultura como un avance hacia el progreso. Aquella empresa no suscitaba gran entusiasmo, pero tampoco provocaba abierta resistencia. Aunque, claro, ¿hacia quién dirigir una eventual resistencia? ¿Hacia los arrogantes hermanos Brancusi, que daban sus discursos de propaganda en Baia Luna pero que, aparte de eso, no tenían voz ni voto? ¿Hacia los señores del Partido, que en la lejana capital promulgaban leyes cuyo cumplimiento nadie controlaba en el pueblo? Así que la gente esperaba demostrar estas cosas a los colectivistas si algún día ponían un pie en Baia Luna. A veces la Barbu también me daba la impresión de que enseñaba los estatutos del Partido a regañadientes. En ocasiones me parecía que exageraba su palabrería propagandista para provocar en sus alumnos rechazo de puro aburrimiento.

—Quizá quiera vengarse por algo —había conjeturado yo una vez ante Fritz—. Por algo que le ocurrió en la París del Este. Posiblemente una amarga decepción. O una grave injusticia.

—No, no me lo imagino —había respondido mi amigo—. ¿Quieres decir que nos hace tragar las consignas del Partido para que vomitemos? No, la Barbu no es tan lista.

Así que el aguardiente, que probablemente había alterado el curso de sus flujos

cerebrales, se impuso como explicación de la palabrería socialista de la Barbu. En cualquier caso, a una persona en su sano juicio jamás se le habría ocurrido hacer copiar a alumnos indefensos poesía de Alfred Margul-Sperber. Seguramente ya habíamos escrito docenas de veces el poema *El Partido*:

*Allá donde dirijas tu mirada
surge el devenir de un nuevo mundo,
y mañana verás ya completada
la obra que tu razón imaginar no pudo.*

Así rezaba la primera estrofa. Y así aparecía en los libros de lectura oficiales, impreso en la página 5 justo después del retrato del presidente Gheorghiu-Dej.

Como lo de copiar una y otra vez lo aburría mortalmente, Fritz había adoptado la costumbre de modificar los versos del poema. Durante una clase me pasó su cuaderno y leí:

*Si miras alrededor habrás desperdiciado tu mirada
en favor de los idiotas del Partido, que gobiernan el mundo,
y mañana verás ya la locura completada
que hoy la señorita Barbu imaginar pudo.*

—¡Estás loco! —siseé—. Guárdatelo.

No fueron las palabras rebeldes lo que me asustó, sino la sangre fría con que había anotado las rimas en su cuaderno. Pero cualquier miedo a ser descubiertos por la Barbu se demostró infundado. Como no ponía ningún empeño a la hora de controlar los cuadernos, jamás parecía percatarse de la lírica insubordinada de Fritz. Lo que animaba a éste a multiplicar sus parodias sobre el Partido con creciente entusiasmo, hasta el desvarío grotesco. Pero un día el padre de mi amigo descubrió el cuaderno. Durante las dos semanas siguientes Fritz Hofmann no apareció por clase, y a partir de entonces un justificante de su madre lo dispensaba de Educación Física. A todo esto, Fritz no soltó una sola palabra acerca de lo ocurrido en su casa.

Por las visitas a su casa me enteré de que, a pesar de su nombre típicamente alemán, Heinrich Hofmann no daba ningún valor a las tradiciones de sus compatriotas. Entre los sajones de origen alemán cuyos antepasados se habían instalado en Baia Luna, la familia Hofmann era la única que no vivía de la agricultura ni la ganadería. En su patio ni siquiera cacareaban las gallinas. Hofmann evitaba todo contacto con los del pueblo, que por su parte lo dejaban en paz. Yo sólo lo veía u oía a veces, cuando se dirigía a toda velocidad a Clusoara con su chaqueta de cuero negro sobre su rugiente moto de fabricación italiana, una máquina potente que nadie más en Baia Luna habría podido permitirse.

Durante la semana Heinrich Hofmann trabajaba en su estudio de fotografía en la capital. Si antes la gente acudía a él cuando necesitaba una foto de recuerdo de su

boda o para su documentación, en los años cincuenta se ganaba la vida realizando retratos artísticos de estudio. Así llamaba Fritz a la actividad que sin duda proporcionaba a su padre ingresos considerables. Desde luego a mí la familia Hofmann me parecía bastante adinerada. La madre de mi amigo, Birta, era la única mujer en el pueblo que no tenía que encender el fuego para cocinar. Colocaba sus cazuelas sobre fogones de hierro electrificados que se ponían al rojo con sólo girar un botón de baquelita y hacían silbar cualquier tetera en segundos. Era una mujer treintañera, con rizos rubios cortos y ojos azules como el acero. Cuando reía, sus dientes blancos relucían entre unos labios rojos. Sin embargo, me había percatado de que tan sólo irradiaba esa alegría relajada si su marido estaba en Clusoara. Cuando los fines de semana Heinrich Hofmann se sentaba en su sillón bajo el póster de la Virgen de la antorcha de Nueva York y una estantería con muchos libros de un tal F. W. Nietzsche, ella siempre parecía nerviosa. Se mordía las uñas y su risa sonaba forzada. Fritz también se volvía súbitamente más callado cuando su padre entraba en la habitación. Al contrario que en el colegio, reprimía los comentarios impertinentes y limitaba sus palabras a lacónicos monosílabos.

Yo no soportaba al padre de mi amigo. Cuando entraba en el salón de los Hofmann e intentaba tenderle la mano, él dejaba por un momento uno de sus libros de Nietzsche y me observaba con una mirada penetrante por encima de sus gafas de lectura. Entonces hacía un gesto con la cabeza, como quien espanta una mosca pesada, y retomaba la lectura. En algún momento juré ignorar al señor Hofmann. El juramento duró hasta poco antes de las vacaciones de otoño de 1957.

Un día, en la última hora de clase la Barbu nos encargó a los alumnos mayores calcular las tasas de crecimiento de las exportaciones de cerdos de engorde a la Unión Soviética. Como solíamos hacer, aposté con Fritz qué resultados ininteligibles llegaría a aceptar nuestra maestra. Anoté un siete con catorce decimales. Cuando Fritz subió la apuesta a veintitrés, la Barbu le dio palmaditas en la espalda.

—Exacto, exacto. Tu precisión te será de provecho, Fritz. De un provecho incalculable.

Fritz la miró, asintió con fingida educación y dijo:

—Muchas gracias, guapísima señorita Barbulescu.

Me sorprendió que Fritz no sonriera cuando ni yo mismo pude aguantarme y rompí a reír. El significado de aquella carcajada estaba claro para toda la clase. La Barbu alzó su vara y me miró. Entonces tomó impulso. Yo me agaché.

En ese momento ocurrió algo que nunca habría imaginado. Mientras rogaba que la vara no me diera, Fritz se levantó de un salto, sujetó el brazo de la Barbu y lo mantuvo firmemente aferrado. Con una mirada fría, le dijo tranquilo, casi en susurros:

—¡Adelante, péguele! Pegue a mi amigo y ya verá cómo mi padre le hace la vida imposible.

No entendí la descarada amenaza a la profesora. Es cierto que me libró de los

golpes, pero me pareció atroz. La Barbu se apartó de mí, pálida como un cadáver. Fritz la soltó y por un momento pareció que ella bajaba la vara. Pero sí que pegó. Aporreó una y otra vez a Fritz. Sin furia, más bien con desesperación, o al menos eso me pareció. Fritz se limitó a seguir de pie, sin decir ni pío, sonriendo mientras ella enrojecía. Hasta que la vara se rompió y la maestra desistió, agotada.

Al final de la clase, cuando estaba recogiendo mi cartera para irme a casa, anunció:

—¡Botev! ¡Tú te quedas una hora castigado! ¡A copiar!

La imposición de aquel castigo inofensivo sonó más a ruego que a orden.

Me repantigué en un banco del aula vacía y noté que la Barbu estaba más alterada que yo. Recorría la pizarra de un lado a otro, mientras sus manos jugueteaban con un trozo de tiza. Finalmente, con ostentosa severidad dijo que no se le había escapado que la clase me aburría y que estaba muy por debajo de mis capacidades.

—¿Va a decirme lo que tengo que copiar? —refunfuñé.

—No tienes que copiar nada.

—¿Y entonces qué estoy haciendo aquí?

La mujer tragó saliva, miró al techo y se mordió el labio, como si quisiera evitar que se le escapara alguna palabra insensata.

—Pavel, había pensado que tú y Fritz sois amigos. Y quizá, quiero decir, el padre de Fritz es... —Se tapó la boca con la mano.

Yo me puse impertinente.

—¡Lo que tiene es miedo del señor Hofmann!

La tiza se quebró entre sus dedos y el polvo blanco cayó en su vestido azul.

—Sí. Sí, Botev, vuestra maestra tiene miedo.

Me mordí el labio.

—Pero ¿por qué? —balbuceé por fin, consternado—. ¿Qué quería decir Fritz con eso de su padre? Yo creía que sólo estaba alardeando. Siempre lo hace. Es un fanfarrón. Él es así.

—Fritz será como su padre —dijo Angela Barbulescu mirando por la ventana.

No añadió nada, pero me bastó para comprender que yo era un chico de quince años y no un hombre. Lo que me separaba de los adultos era conocer secretos de los que no tenía ni idea.

—Tu castigo ha terminado —anunció la maestra de pronto.

No hice amago de levantarme.

—El señor Hofmann no le hará nada —solté sin pensarlo.

Rió de manera forzada.

—Y tú me protegerás. Qué detalle, chico. Será mejor que te vayas a casa.

—¡No! ¡Me iré cuando me diga por qué teme al señor Hofmann! —exclamé, sorprendido de la firmeza de mi voz.

—Créeme, Pavel, eres demasiado joven...

Me incliné y cogí un trozo de la tiza rota.

—Es verdad. Soy joven, como Fritz. Pero para hacer palidecer de miedo a una profesora, blanca como esta tiza, él sí es bastante mayor.

Me miró.

—Aquí no. En el colegio no. Ven a mi casa esta noche. Cuando esté oscuro. Y no hables de esto con nadie.

Con la excusa de ir a ver a Fritz a su casa, dejé a mi madre, la tía Antonia y el abuelo Ilja sentados a la mesa, acabando de cenar. Subí por la calle del pueblo entre las sombras del crepúsculo. Un poco antes del portal de los Hofmann me volví, no vi a nadie y me precipité a la derecha como un rayo para agazaparme junto al muro de la iglesia fortificada. Me apresuré por detrás de la iglesia junto a la colina del cementerio en dirección contraria, hacia la parte baja del pueblo, donde vivía la Barbu en la casucha de madera enfrente de los gitanos.

Aún no había llamado cuando ella abrió. Pasé y me quité los zapatos, como era costumbre al entrar en casas ajenas. Me cogió la chaqueta, me guió hasta la sala, que tenía la calefacción demasiado alta, y me pidió que me sentara en su sofá. Para mi sorpresa, no llevaba su mugriento vestido azul como esa misma mañana en el colegio. Se había puesto otro de verano, fresco y ligero con luminosos girasoles amarillos. Emanaba la fragancia de los rosales. Al contrario de lo que esperaba, la habitación parecía ordenada y limpia. Pero no me sentía a gusto. Una vela ardía sobre un tapete redondo en una mesita baja. Junto a ella había una botella de *tuica* abierta y encorchada. No vi ningún vaso. Al lado de la botella había un libro abierto boca abajo. Como no sabía qué hacer, lo cogí. Eran poesías de Mihail Eminescu.

—¿Puedo hojearlo? —pregunté para disimular mi timidez.

—Eres demasiado joven para esos versos.

Pasé por alto la objeción. Algunos versos estaban subrayados con lápiz: «Sólo tengo un deseo: que en la paz de la tarde me permitáis morir a la orilla del mar.» Aún alcancé a leer acerca del frío viento del anochecer, de árboles sin hojas y del pálido resplandor lunar sobre las tumbas, antes de cerrar a Eminescu bruscamente.

Un pedazo de papel se deslizó de las páginas del libro hasta la mesa. Era una foto cuadrada con un borde blanco dentado.

—Mírala tranquilo, chiquillo —dijo la profesora, tendiéndomela.

—Ya no soy un chiquillo —objeté—. Quería hablar conmigo del señor Hofmann. Aquí estoy.

Eché mano de la botella, quitó el corcho y dio un trago.

—¡Que ya no eres un chiquillo! Eso ya lo veremos.

Yo callaba y observaba la foto cautivado.

—Como podrás comprobar, yo antes no era mal partido.

Tuve que admitir en silencio que la Barbu tenía razón. En la fotografía aparecía con un hombre que llevaba el pelo hacia atrás y engominado, como era costumbre

entre la gente culta. Con la chaqueta abierta y una corbata con el nudo flojo, un cigarrillo encendido en la comisura de la boca, sonreía pícaro a la cámara. Incluso con osadía. Entre el dedo corazón y el anular de su mano izquierda sostenía despreocupadamente un vaso barrigudo de aquellos que yo nunca había visto en la taberna de mi abuelo. El engominado rodeaba con su brazo los hombros de la maestra Barbulescu, cuyo rostro sin embargo sólo se veía de perfil. A diferencia de ahora, tenía el pelo largo y rubio, recogido con un pañuelo en una coleta. Estaba radiante, con los ojos cerrados y alargando los labios, una fracción de segundo antes de besar la mejilla del hombre que se encontraba a su lado. Si no me equivocaba, en la foto en blanco y negro llevaba el mismo vestido de girasoles con el que estaba ahora sentada junto a mí en el sofá.

—¿Tomada en la capital? —pregunté con forzada indiferencia.

—Sí. Y te diré quién apretó el disparador de la cámara en aquella ocasión.

—¿Heinrich Hofmann?

—Exacto, chico. Exactamente. La hizo Hofmann.

—Y ese hombre de la foto, ¿era su prometido?

—Él tenía muchas prometidas. —La Barbu rió.

Aquella risa me inquietaba. Como ayudante en la taberna estaba familiarizado con los tipos de risa más variados. La sonrisa socarrona, la risa maliciosa, el vocerío estúpido. Conocía la sonrisa vergonzosa de los tímidos, las carcajadas de los bromistas y los berridos de los borrachos. Por la risa podía incluso determinar el grado de embriaguez de los clientes del abuelo. Pero nunca antes había oído una risa como la de la Barbu. Me extrañó y desconcertó. Deseé estar muy lejos, de vuelta con mi abuelo, con mi madre y con la tía Antonia, con quienes acababa de cenar, a quienes había mentido.

—Es un hechicero —añadió, dejando de reír súbitamente—. Sabe brujería. Convierte el vino en agua y los campos en desierto. El fotógrafo Hofmann es su mano derecha. Estate atento, chico. Ándate con cuidado.

Antes de que comprendiera la locura de aquellas palabras me arrebató la fotografía y la sostuvo sobre la vela encendida. Las llamaradas azules devoraron el papel. Cuando el fuego había chamuscado la mitad de la imagen, sopló encima unas cuantas veces, enérgicamente. Copos de ceniza flotaron por la habitación. El hombre que estaba a su lado había desaparecido. Me tendió el resto de la instantánea, en que besaba la nada.

—Es para ti. ¡Cógela!

—¿Qué voy a hacer con ella? —inquirí, reacio.

—¡Cógela! Cógela como recuerdo de que vuestra Barbu fue una vez Angela Maria Barbulescu.

Me la metí en el bolsillo a regañadientes. Se sentó junto a mí en el sofá y se colocó el libro de poesía de Eminescu en el regazo. Sin abrirlo, recitó:

—«Hasta qué punto tus encantos pueden cegarme para siempre, y los murmullos

de tu boca, y el estrecharme de tus brazos.»

Dio otro trago y se acercó a mí. El aroma a rosas se desvanecía en su fuerte aliento a alcohol. Estaba borracha. Me quedé petrificado cuando me pasó los dedos por el pelo.

—¿Tienes miedo, chico?

—No —susurré.

De pronto asustada por haber intentado un acercamiento prohibido, retiró la mano y se alisó el vestido. Como hacía siempre en clase cuando se sentaba en su pupitre y hablaba de la París del Este. Me levanté de un salto.

—Discúlpame, Pavel, por favor. Lo siento —suplicó. Yo ya estaba en el pasillo, poniéndome los zapatos—. ¡Pavel, a menudo las cosas no son lo que parecen! Y créeme, las personas tampoco.

Pero yo ya subía por la calle del pueblo, y tras tropezar con mis cordones y caer, me levanté a duras penas y eché a correr.

A la mañana siguiente en el colegio todo seguía como siempre. Himno, vestido azul, porcentajes y poemas del Partido. Las semanas sucesivas, en que el invierno ya estaba a las puertas, transcurrieron con la misma monotonía, sólo que yo rehusaba colaborar en clase. La Barbu me dejó en paz y evitaba hablarme. Hasta aquel día de noviembre que empezó con el intento de mi abuelo Ilja y su amigo Dimitru por captar el pitido del *Sputnik* con un embudo de hojalata.

—¡Pavel, *tuica*! ¡Pavel, una jarra de vino Silvaner! ¡Pavel, mi vaso tiene un agujero!

Los clientes me llamarían a gritos y yo acudiría corriendo, como todos los años en el cumpleaños de mi abuelo, el 6 de noviembre. Al volver del colegio, apartaría cajas con verduras, cubos de sirope de azúcar y pesados sacos de patatas, recogería la caja registradora, la balanza y las pesas del mostrador, y arrastraría las mesas de madera y las sillas de mimbre desde el almacén. Cuando el vino y las botellas de aguardiente de frutas estuvieran sobre la barra, empezarían a acudir todos. Casi nadie en Baia Luna dejaba pasar la oportunidad de visitar al comerciante y tabernero Ilja Botev en su aniversario. Hans, el sastre de origen alemán, nunca despreciaba un licor de ciruela, al igual que sus compatriotas Hermann Schuster y Karl Koch. Alexandru Kiselev y el mordaz herrero Simenov permanecerían dentro una hora más o menos. El húngaro Istvan Kallay, como una cuba, se tambalearía por la noche hasta casa con su mujer, y Trojan Petrov probablemente introduciría a su hijo de diecisiete años Petre en el círculo de los adultos. Por supuesto los exaltados Brancusi también se dejarían ver. Y el gitano Dimitru, claro. Lo único incierto era si el anciano párroco Johannes Baptiste, casi nonagenario, acudiría ese año a la cantina.

Va a ser una jornada larga, pensé cuando por la mañana le di a mi abuelo la caja de puros envuelto en papel rojo. Mientras él disfrutaba su cubano, mi mirada se posó en el reloj. Tenía que irme a la escuela.

—¡Pero si no has comido nada! —me gritó mi madre mientras yo me echaba sin ganas la cartera al hombro.

Salí de casa y deseé que las horas sobre el duro banco de madera ya hubieran pasado, pero el octavo y último curso se alargaba en el tiempo con espesa lentitud. Tras el largo invierno, quedaría hasta la primavera, y habría cumplido por fin con la aburrida época del colegio. Mientras avanzaba calle abajo la mañana del 6 de noviembre de 1957, no podía imaginar que con el sonido del timbre daría comienzo mi último día escolar.

Angela Barbulescu apareció puntualmente a las ocho. Parecía otra. No miraba con ojos turbios, sino francos y claros. Como cuando la había espiado al amanecer escribiendo sentada a la mesa de su cocina. Bajo el brazo llevaba un paquete gris. Yo ya sabía qué había dentro, pero aún ignoraba que su contenido haría descarrilar mi vida.

Días atrás había aparecido un mensajero en Baia Luna bajo una lluvia torrencial. Tras entrar en nuestra tienda, se había identificado como enviado del gobierno del distrito y había preguntado por la profesora Barbulescu. El abuelo le tendió un paraguas, que el hombre aceptó agradecido.

—Seguro que hay algo importante en ese paquete —opinó el abuelo, dando pie así al repartidor para desahogarse.

—¡Gracias a Dios es la última entrega! Trescientas escuelas rurales en dos semanas, le digo yo que eso agota al más pintado. ¡Te dejas la espalda! Y con este tiempo de perros. Dos horas de reloj me ha llevado llegar a este poblacho. El diésel me ha dejado tirado tres veces en el barro. ¡Tres veces! En la administración se quejan cuando no cumplo los plazos, pero nadie te avisa de que las carreteras aquí arriba son un desastre. Tienen baches como cráteres.

Sólo escuché a medias cuando el mensajero se puso a hablar de un nuevo secretario del Partido en Clusoara, un hombre capaz con futuro cuyo retrato habría que colgar en todas las escuelas del distrito. Creo que esa tarde fue la primera vez que oí el nombre de Stefan Stephanescu. En cualquier caso, el mensajero dejó entrever que el nuevo secretario no era uno de esos individuos arrogantes del Partido, uno de esos listillos que creen saberlo todo y no tienen idea de nada.

La Barbu renunció al himno nacional. En cambio, abrió el paquete gris y sacó un cuadro enmarcado. A pesar de que había chicos más hábiles en las tareas manuales, me eligió justo a mí para colgarlo de la pared. A la derecha del presidente Gheorghiu-Dej, de mirada penetrante, a quien los hombres de Baia Luna llamaban con disimulo y respeto «el pequeño Stalin». Avancé hacia la pizarra de mala gana y me subí a una silla. El alboroto se extendió por la clase. Angela Barbulescu me pasó un martillo y un retrato en un marco dorado mate. Me agaché para recoger la fotografía. Me llegó la misma fragancia a rosas que aquella horrible noche en el sofá en su cuarto de estar. Me susurró algo. En un primer momento no percibí su rabia. Sólo dos breves frases. A pesar del barullo, las oí claramente. Sin embargo el sentido de las mismas no se

desveló hasta instantes después, cuando levanté la imagen para saber dónde colocar el clavo. Entonces reconocí a quién tenía que colgar en la pared.

—¡Manda a este hombre al infierno! —había dicho la maestra—. ¡Elimínalo!

El martillo me resbaló de la mano y me dio en el dedo del pie. Sentí un dolor punzante y caí de la silla. La clase celebró con entusiasmo mi desgracia.

«¡Manda a este hombre al infierno! ¡Elimínalo!»

Conocía al retratado. Ya había visto una vez a aquel hombre que me miraba con una sonrisa cautivadora. Sólo que su pelo esta vez no brillaba engominado y la corbata estaba en su sitio. Al pie de la imagen se leía la máxima: «Los niños son nuestro futuro.» Era el hombre de las muchas prometidas. El hombre hacia quien la Barbu en tiempos más felices había acercado los labios, dispuesta al beso. El hombre que había quemado de la foto, cuya mitad restante estaba en *El capital* de Karl Marx en mi habitación.

—¡Silencio! ¡Guardad silencio! —ordenó la Barbu sacándome de la rigidez del espanto—. Tenemos que agradecer este retrato magistral al buen criterio de un fotógrafo que ha llegado lejos en el arte de las instantáneas. Muy lejos. Como sabéis, su hijo Fritz también entrará pronto en el mundo de los adultos y quizá algún día siga incluso las huellas paternas.

Los ojos de la clase volaron hacia Fritz Hofmann. Él se reclinó lentamente y fingió un bostezo, antes de exclamar «¡Bravo, bravo, bravo!» y ponerse a aplaudir. La Barbu pasó por alto la provocación y explicó que aquella persona era el nuevo secretario del Partido en Clusoara, el doctor Stefan Stephanescu, un experto en economía y administración doctorado con honores en la universidad de la capital.

—Pero recordad: no es oro todo lo que reluce. —La clase se quedó en silencio—. Diferenciar lo real de lo falso —continuó— es una tarea que exige mucha perspicacia. Corazón y razón. Quizá el doctor Stephanescu se encuentre algún día con alguien que esté a la altura de dicho cometido.

—¡Amén! —soltó Fritz.

Me deslicé de vuelta a mi sitio con un dedo del pie azul e hinchado. Percibí con asombro cómo el horror desaparecía dejando paso a una lucidez que me era desconocida. «¡Elimínalo!» Esta orden me había noqueado, pero estaba de nuevo en pie, sereno y concentrado. «¡Manda a este hombre al infierno!» Tan sólo una lunática, una borracha con la razón anegada en *tuica* podía haberme murmurado al oído a mí, un quinceañero, semejante encargo demencial. ¿Yo, Pavel Botev, debía eliminar a ese doctor? ¡Menuda ridiculez! Un hombre al que no conocía y que en las fotos resultaba de todo menos desagradable. Ni hablar. No me dejaría utilizar por una mujer trastornada para un asunto sucio. Jamás.

—La Barbu está chiflada. Stephanescu es un buen tipo. Es amigo de mi padre.

El comentario de Fritz pareció casual, pero me llamó la atención. ¡Heinrich Hofmann! Mi recelo silencioso hacia el trabajo artístico del padre de Fritz cobraba por momentos nuevas y venenosas fuerzas. Mi desconfianza fue en aumento hasta

convertirse en una grave sospecha que sin embargo quedó en el aire porque, aparte de una considerable dosis de antipatía, no encontraba argumentos en que apoyarme. Lo único que estaba claro era que la Barbu y Stephanescu tenían un conocido en común. Aunque en este caso el término «conocido» era quedarse corto. Heinrich, el padre de Fritz, era en realidad amigo de ese tal doctor, que a su vez había sido en el pasado amante de mi maestra. Algo debía de haber sucedido entre ambos, algo desagradable, incluso cruel, visto que la Barbu había reducido a cenizas la cara de ese hombre a quien una vez había querido besar. ¿Y qué si la Barbu tenía una cuenta pendiente con aquel tipo? ¡Era su problema! Pero ¿qué tenía que ver con ello el señor Hofmann? Había fotografiado a Stephanescu al menos dos veces, como estudiante y ahora como secretario del Partido en Clusoara. Hofmann se movía en las altas esferas. Tenía influencias. Poder. Y usaba ese poder para tener a la Barbu en su punto de mira. Fritz la había amenazado antes de las vacaciones de otoño con que su padre le haría la vida imposible. La profesora se había quedado lívida. Tenía miedo, pero ¿de qué? Yo estaba más alerta que nunca. Era presa de la curiosidad.

De pronto comprendí por qué Fritz había justificado últimamente su desinterés en los demás compañeros de clase asegurando que sus días en Baia Luna estaban contados. «Mi padre busca una casa en Clusoara, y en cuanto encuentre algo adecuado, nos iremos de este pueblucho.» Yo no creía que Fritz hablara en serio. La simple idea de marcharse voluntariamente jamás se les habría ocurrido a las familias de origen alemán como los Schuster o los Schneider. Sin embargo, cuando el retrato del amigo del señor Hofmann, Stephanescu, estuvo colgada de la pared del aula comprendí que mi amigo había dicho la verdad. Muy pronto volvería la espalda a Baia Luna. Fritz se repantigaba aburrido como siempre en su banco, pero yo ya no lo veía como un confidente, sino como un extraño. Inaccesible, reservado. De todas formas la frialdad de la distancia no sólo procedía de él. La fosa de la enemistad también se abría en mí, como si siempre hubiera estado ahí pero sólo ahora se hiciera visible.

—¡Libro de lectura página once! —decretó la Barbu—. El himno patriótico de Hans Bohn. ¡Julia, lee!

Julia Simenov, la primera de la clase, se levantó y recitó con voz clara:

*Amo el país que los Cárpatos coronan de bosques,
tan hermoso y rico en su naturaleza.
El país de los andamios y los heroicos actos,
en el que el hoy ya no se asemeja al ayer.*

Luego sacamos los cuadernos. Mientras todos, excepto Fritz y yo, ponían por escrito las estrofas del himno, la Barbu se apoyó en la pared del fondo de la clase. Tiraba de su vestido azul y se frotaba la barbilla; yo mordía mi lápiz. Tardé en darme cuenta de que se acercaba a Fritz. Le acarició la cabeza, con aire trastornado y extrañamente ausente. Casi de forma involuntaria, o eso me pareció.

—Dile a tu padre que se acabó. La Barbu ya no tiene miedo —la oí murmurar.

Fritz la miró con aire burlón. Entonces se levantó de su sitio y fue tranquilamente hasta la pizarra. Tomó una tiza y escribió:

*Quando la Barbu al oído me sisea
se me pone como una chimenea.*

De pronto sentí frío y calor a la vez. El valor de Fritz me impresionaba tanto como me asustaba su desvergüenza. Estaba seguro de que los mayores estallarían en carcajadas. Sin embargo, no sucedió nada. En las primeras filas un lápiz cayó al suelo. La Barbu caminó hacia su pupitre, muy despacio. Iba a coger su vara para empezar a zurrar vociferando. Pegaría y pegaría. Y Fritz no movería ni un músculo, sonreiría como siempre que la maestra le daba una tunda y chillaba furiosa hasta derrumbarse de puro agotamiento. Pero esta vez la Barbu no siguió el guión habitual. Cogió un paño y limpió la pizarra. Después se sonó en el trapo y se frotó los ojos. El polvo de tiza se mezcló con sus lágrimas y le embadurnó la cara.

—Podéis iros a casa —dijo en voz baja y con expresión de infinito cansancio.

Pero todos permanecimos sentados. Únicamente Fritz recogió su cartera y se largó. Entonces sonó el timbre. Angela Barbulescu descolgó el cuadro de Stephanescu de la pared y salió de la clase arrastrando sus botas de goma.

Gitanos honrados, sajones piadosos y los estudios del filósofo negro

«¡Manda a este hombre al infierno! ¡Elimínalo!» Fuera lo que fuera lo que había querido decir la Barbu, sobrepasaba mi entendimiento. ¡Vete al infierno! ¡Vete al diablo! Cuántas veces había oído esas maldiciones en la taberna. Ni siquiera el párroco Johannes Baptiste se mostraba remilgado cuando lanzaba desde el púlpito insultos contra los enemigos de la fe. Pero ¿eliminar a alguien? ¿Anticiparse al Juicio Final? ¡Eso nunca!

¡Eliminar! ¿Qué significaba en realidad? Se eliminaban las malas hierbas, los insectos molestos y las ratas si se convertían en plaga. Y a los enemigos, por supuesto. Pero sólo en la guerra y en legítima defensa y cuando se era un héroe. Había que andarse con cuidado con todos aquellos eliminadores cuyo nombre acabara en «istas», según predicaba siempre Johannes Baptiste. Los hitleristas eliminaban a los judíos, los fascistas eliminaban a los socialistas, los estalinistas eliminaban a los enemigos del Estado, y los capitalistas eliminaban a quien le tocara: llevaban a sus competidores a la ruina y precipitaban a familias de trabajadores a la pobreza y la miseria.

Pero en Baia Luna no. Por lo que yo sabía, aquí nunca nadie había eliminado a nadie, ni nadie había sido jamás eliminado. Ciertamente, los hermanos Brancusi eran comunistas y no dejaban de bravuconear, asegurando que los ricachones, los terratenientes y los parásitos de la burguesía serían exterminados. Eso ya sonaba a eliminación. Sin embargo, Liviu, Roman y Nico Brancusi no eran malos tipos en el fondo. Me resultaba inconcebible que asesinaran de verdad a alguien.

Por supuesto que en el pueblo existía alguna que otra rencilla. De vez en cuando se avivaba un enfrentamiento, una disputa acalorada que ocasionalmente acababa en pelea. Pero lo que un día encendía los ánimos por lo general se zanjaba al siguiente con un apretón de manos o caía en el olvido a los dos días. Yo nunca había descubierto en el pueblo signos de profunda maldad o enemistad irreconciliable. A mis quince años Baia Luna me parecía un lugar pacífico, donde los lugareños convivían con los húngaros y los alemanes sajones que inmigraran siglos atrás, según el tácito acuerdo de no fastidiarse la existencia los unos a los otros.

Los gitanos también se atenían a este principio. La gente siempre se refería a ellos como «los negros», según era habitual en Transmontania, a pesar de que entre los gitanos del pueblo hubiera un par de niños de pelo rubio pajizo y ojos azules. En respuesta, ellos no nos llamaban «los blancos», sino los *gadje*, que significaba tanto «extraño» como «paleto» o «tonto».

En cualquier caso, nosotros, los *gadje*, considerábamos a los negros de Baia Luna gente pobre pero honrada. Pertenecían al clan de los Gabor. Sus antepasados provenían de Hungría. Los hombres llevaban pantalones negros, chaquetas negras y sombreros negros de ala ancha. Las mujeres usaban faldas rojas y entretejían monedas doradas y cintas de colores en sus trenzas. Cuando era niño creía que los diferentes colores de las cintas eran cuestión de gustos, hasta que pregunté a Buba Gabor en el patio del colegio por el significado de los colores. La preciosa Buba era la única niña gitana del pueblo que, debido a su terquedad y a la intercesión de su tío Dimitru ante la familia, había logrado permiso para ir a la escuela al menos los días impares, lunes, miércoles y viernes. Me explicó que entre los suyos gracias a los colores se sabía si una muchacha estaba soltera, comprometida o ya casada. Enrojecí al preguntarle en qué situación se encontraba ella. Buba me contestó desafiante que no podía contárselo a un *gadjo* como yo. Entonces apartó sus rizos negros de la cara y dijo zalamera: «A mí sólo me conseguirá un hombre que tenga las manos bonitas», ante lo que yo, por la razón que fuera, metí las manos rápidamente en los bolsillos mientras ella escapaba riendo.

En los días de verano, los Gabor recorrían la calle del pueblo arriba y abajo, o se acuclillaban frente a sus casas, donde jugaban a las cartas y fumaban Carpati sin filtro. Se sentían orgullosos de sus posesiones, consistentes en su descendencia y dos docenas de fuertes percherones que pastaban en la linde de Baia Luna. En octubre acudían a la feria de caballos de Bistrita, donde aprovechaban el encuentro con otros clanes para emparejar a sus hijos e hijas y cambiar los colores de sus cintas. Cuando los Gabor regresaban al pueblo celebraban bodas a lo grande que duraban días antes de recuperar la triste rutina. Bien es verdad que en el pueblo se veía con recelo la indolencia de los negros, pero se toleraba sin acosarlos abiertamente. Incluso por parte de los habitantes de origen alemán, que a causa de su naturaleza trabajadora despreciaban profundamente cualquier ociosidad.

Que los corazones de los sajones no se hubieran anquilosado en una beatería exagerada y exaltada se debía en parte a la autoridad del padre Johannes. Yo sólo conocía su historia a grandes rasgos. Pero sabía que en 1935, dos años después de que los nazis hubieran tomado el poder en Alemania, Baptiste había sido enviado de la abadía benedictina de Melk, a orillas del Danubio en Austria, a las montañas de Transmontania. Probablemente su orden quisiera librarse del hermano Johannes a causa de su edad, ya que por aquel entonces frisaba los setenta.

Tras instalarse en la casa parroquial vacía con carretadas de libros de teología y tratados filosóficos, circularon por el pueblo suposiciones de lo más fantasiosas de las que participaban sobre todo el sacristán Julius Knaup, la rolliza Kora Konstantin y su corpulenta madre Donata. Se rumoreaba que Johannes Baptiste había concebido un hijo ilegítimo con una mujer vienesa de vida alegre. También se contaba que, a pesar

de haberse torturado a sí mismo con penitencias, no había podido apartarse de los niños del coro de la abadía. Los católicos consideraban aún más grave la acusación de que había sido trasladado a Baia Luna por haber pronunciado sermones con injurias y herejías contra la Santa Sede y el papa Pío en Roma.

Al parecer, el veneno de la maledicencia no dejaba tranquilo a mi abuelo. Un domingo de otoño de 1935 hizo de tripas corazón y, aprovechando que el sacerdote estaba en la taberna, le preguntó:

—Reverencia, ¿es cierto lo que cuentan sobre usted?

La respuesta de Johannes Baptiste se recordaría durante años en el pueblo como «el sermón de la taberna».

El párroco primero estalló en carcajadas, se golpeó el muslo y aseguró que en virtud de su virilidad no había engendrado un bastardo, sino alrededor de una docena. Sin embargo, a continuación y poniéndose muy serio, añadió:

—Sí, se me envió a las montañas con vosotros porque cumplí con mi conciencia y no con el voto de obediencia para con mi orden y el Santo Padre en Roma.

A continuación, habló de un pacto, un concordato entre el Vaticano y el Reich alemán, cuyo canciller precipitaría al mundo al abismo absoluto. Hacía tiempo que las señales de lo maligno estaban escritas en los muros y eran legibles para todos, pero su patria austríaca se había convertido en un país de ciegos, sus compatriotas estaba deslumbrados por el orgullo de que pura sangre aria corriera por sus venas, así como embriagados por la idea de poder participar en la construcción del Imperio milenario alemán. En vez de oponer al delirio de sangre la fuerza de la autoridad papal, el Vaticano se humillaba ante esa banda de criminales alemanes y mendigaba el favor del Führer para que tratara de manera favorable a la Iglesia.

—Pero yo os digo que el Señor no se dejó clavar en la cruz para esto, para una Iglesia que pide al diablo que favorezca al clero y deje a los sacerdotes en paz. El que hace negocios con Satán ya tiene un pie en el infierno. Lo mismo que todos aquellos que, en el pueblo, se sientan cada noche frente a la radio y escuchan desde Berlín las promesas de ese gritón que jura que los acogerá a todos en el Reich.

El abuelo me contó que los jóvenes sajones Karl Koch, Anton Zikeli y el sastre Hans se habían encolerizado con el sermón, habían estrellado sus vasos contra la pared y estado a punto de llegar a las manos con el sacerdote. Tras la guerra mundial nadie habría tenido una reacción así, ni por asomo, pero entonces los de origen alemán reprocharon al padre Johannes que se entrometiera en asuntos de política mundial en lugar de preocuparse, como clérigo que era, por la salvación eterna. Una acusación que Johannes Baptiste no dejó pasar.

—¡O católico o hitlerista! Lo uno excluye lo otro. ¡Cielo o infierno! La elección es vuestra. O amamos al prójimo como a nosotros mismos, o eliminamos a aquellos a quienes declaremos enemigos. Y os digo que los hitleristas serán los peores eliminadores que el Maligno haya creado jamás. Los alemanes matarán primero a los judíos. Después a los gitanos. Y a continuación a todos los que no sean como ellos.

Muchos católicos no alzarán la voz en señal de protesta cuando comiencen los asesinatos. Seguirán yendo a misa los domingos, santiguándose y cantando *Alabad al Señor*. Pero conmigo que no cuenten. Recordaré a todos que Jesús Nuestro Señor también era judío. Si su pueblo no hubiera aceptado el difícil destino de clavarlo en la cruz, ¿cómo podría habernos redimido? Sin Gólgota no hay Ascensión. La historia demostrará si estoy equivocado o no. Y creedme, rezo a diario para que el Señor haga que me equivoque, aunque entonces tuviera que expiar mi desobediencia al Santo Padre mediante la condenación eterna.

Tras oír estas palabras, mi abuelo Ilya nunca más dudó de la franqueza del clérigo. Y expulsaba inmediatamente de la taberna a todo aquel que alzara la voz contra el benedictino. Johannes Baptiste se convirtió así en el párroco más respetado que había predicado desde el púlpito en Baia Luna, a pesar de que en mi juventud había dejado ya en buena medida de ceñirse a la Biblia. En el pueblo nadie olvidaría el sermón de las últimas navidades, cuando mezcló a Judas entre los tres Magos de Oriente y lo hizo correr al pesebre en Belén, donde el traidor arrepentido devolvió sus treinta siclos más intereses.

Los gitanos adoraban a su Papá Baptiste. A él debían que en su día no fueran expulsados de Baia Luna. La gente de Dimitru había aparecido en el pueblo a finales de verano de 1935, en la época en que los rumores acerca del padre Johannes habían enfervorecido los ánimos. Laszlo, el *bulibasha* de los gitanos y padre de Dimitru, había solicitado al consejo del pueblo derecho de permanencia para su clan. Como su patriarca, propuso que su gente se instalara en una zona más abajo de Baia Luna, a la orilla del Tirnava, donde algunos establos ruinosos habían sido destruidos por las inundaciones años atrás. A cambio del derecho de residencia los hombres estarían dispuestos a ayudar a los campesinos con la cosecha estival. Además se les daba muy bien el trato con jamelgos de cualquier raza, sin olvidar que él, el *bulibasha* Laszlo Carolea Gabor, podía garantizar personalmente que nadie de su familia había sido acusado jamás de robo ni llevado ante la policía por embriaguez injustificada. El consejo del pueblo, formado por cuatro lugareños, cuatro húngaros y cuatro sajones, se retiró para una breve deliberación. Después comunicaron a Laszlo que los gitanos tenían hasta el domingo para desaparecer.

Cuando los hombres, mujeres y niños de Baia Luna se presentaron el domingo en la iglesia, los gitanos seguían en el pueblo. Johannes Baptiste celebró la misa como siempre. Sé por el abuelo que el ordinario de la misa de aquel día preveía la parábola de la multiplicación de los panes y la alimentación de los cinco mil, pero el párroco no respetó la liturgia. Leyó de la Natividad. Con cuatro meses de antelación. Y en vez de anunciar el alegre mensaje del nacimiento del Señor, anunció el menos alegre de la búsqueda desesperada de posada por parte de María y el padre de su hijo. El escándalo estalló tras consagrar Johannes Baptiste el pan y el vino para la celebración de la eucaristía. Los creyentes se levantaron y avanzaron a fin de comulgar. Se arrodillaron, sacaron la lengua y esperaron en vano la hostia. Baptiste les negó el

cuerpo del Señor. En su lugar, arrojó una cascada de agua bendita sobre los fieles y exclamó:

—¡Y Jesús dijo: «Todo lo que hagáis a vuestro prójimo, a mí me lo hacéis»! ¡Y ahora, id donde los gitanos y reflexionad sobre este mandamiento!

Mi abuelo aún reía con malicia cuando contaba lo que ocurrió después. La gorda Donata cayó desmayada frente al altar, sin que su hija Kora, que lloriqueaba, lograra evitarlo. Algunos hombres se consideraron tan agraviados por el clérigo que se precipitaron fuera de la iglesia y redactaron al momento una carta de queja exagerada dirigida al obispo de Clusoara. El cartero Adamski, indignado, proclamó a voces un cisma y exhortó a toda la comunidad a unirse a los reformados. Entonces Hermann Schuster se destacó del grupo de los indignados. Exigió silencio, y como era un hombre apreciado en el pueblo y aún sigue siéndolo, tras algunos rezongos se impuso el orden.

—Debemos hacer lo que nuestro párroco nos ha encomendado. Tenemos que cargar con nuestra cruz, así como el Salvador cargó con la suya.

Nadie se atrevió a pronunciarse en contra de Schuster. En aquel momento la joven mujer de Ilja, Agneta, apareció en el umbral del negocio familiar. Sostenía el bizcocho dorado que había horneado para el café de la tarde. Abriéndose paso entre la multitud, se encaminó directa a la parte baja del pueblo, donde acampaban los gitanos. Mi abuelo la siguió. Hermann Schuster y su mujer Erika, así como una docena de habitantes de Baia Luna, se unieron a ellos, mientras que otros recordaron de pronto que una vaca estaba enferma o a algunas mujeres se les ocurrió que debían sacar el asado del horno.

Cuando Laszlo Carolea Gabor vio acercarse el pequeño grupo, avanzó a su encuentro lentamente. Agneta le tendió el bizcocho. Una gruesa lágrima corrió por la mejilla del *bulibasha* y quedó pendida de su espeso bigote. Entonces se echó a llorar de forma desconsolada. Al principio su clan se mantuvo en silencio en torno al bizcocho hasta que los hombres también imitaron a Laszlo, después las mujeres y por último los niños; todos sin excepción derramaban torrentes de mocos y lágrimas, de manera que su llanto de alegría recorrió el pueblo hasta la parte más alta. Entonces Laszlo Gabor chasqueó los dedos y aquel flujo se secó.

—¡Matad tres ovejas y preparad una fiesta! —ordenó.

En el clan estalló un potente grito de júbilo y los hombres afilaron sus cuchillos. Los gitanos sacaron sus címbalos, violines y tambores y marcharon por el pueblo en una fanfarria bullanguera. Al principio fueron los niños quienes los siguieron a pesar de la estricta prohibición de los padres, después tímidamente los lugareños fueron uniéndose al cortejo, y luego hasta los húngaros y sajones. Al final, el temor de perderse un acontecimiento extraordinario hizo que la gente saliera de sus casas.

A primera hora de la tarde todos bailaban en la plaza del pueblo. Johannes Baptiste se paseaba entre la gente con gesto satisfecho y repartiendo bendiciones. En el sótano de la casa parroquial sirvió un barril de tinto del lago Caldaro y veinte

botellas de aguardiente de frutas que había traído consigo en la diáspora. Únicamente la familia Konstantin se mantuvo tras los visillos rezando el rosario de carrerilla, hasta que la afonía hizo enmudecer sus gargantas roncadas.

En torno a la medianoche, cuando los últimos habitantes se dirigían a sus casas con paso vacilante pero con fe reafirmada y el viejo Adamski proclamaba a voz en grito que los reformados podían irse al cuerno, todo el mundo en Baia Luna estuvo de acuerdo en que había sido la mejor fiesta celebrada jamás en el pueblo. Los gitanos podían quedarse.

Para que aquella maravillosa jornada festiva no se desvaneciera en los recovecos de la memoria, el párroco Johannes decretó una procesión anual de penitencia. A fin de purificar de manera preventiva los corazones duros. Además ordenó levantar una capilla de madera en la montaña de la Luna, que se convirtió en el nuevo hogar de la Virgen del Perpetuo Socorro, cuya estatua permanecía desde hacía generaciones en la iglesia fortificada de Baia Luna. A partir de entonces la Madre de Dios no sólo nos recordaría la victoria de la cristiandad sobre los musulmanes, sino que también nos protegería de la frialdad de espíritu. Y nada le pareció más adecuado para ello al sacerdote que una marcha de penitencia hacia la montaña en pleno diciembre glacial, el 24, el día de la desesperada búsqueda de posada de María y su hijo aún no nacido.

La razón de que yo no conociera a mi abuela Agneta se debió a un golpe del destino que se abatió sobre mi abuelo en el invierno de 1935. Una semana antes de Navidad enganchó su jamelgo y se encaminó hacia Clusoara con Agneta y sus dos hijos, mi tía Antonia y el que después sería mi padre, Nicolái. Mientras Ilja reponía el surtido de productos de su tienda, la familia visitó a algunos parientes lejanos. Dado que como anochece pronto se hacía difícil volver esa misma jornada, y además caía ya la primera nevada, decidió pernoctar en la ciudad y partir de vuelta a Baia Luna muy temprano la mañana siguiente.

Hacia el mediodía ya habían alcanzado Apoldasch con el carro cargado hasta los topes. Siguiendo el curso del Tirnava, con los animales de tiro fatigados, tardarían una hora en llegar a casa.

Lo mismo pensaban los gitanos Laszlo y su hijo Dimitru. Quiso la casualidad que también hubieran tenido que viajar por negocios a Clusoara. Habían hecho un pedido de quinientos frasquitos de medicina con tapón de corcho en la farmacia de György en la capital. Sólo dos décadas más tarde me enteraría de lo que hacían con aquellas extrañas botellitas marrones. Pero vayamos por partes. En cualquier caso, Laszlo y Dimitru habían cargado sus caballos con las cajas atestadas de frascos y pusieron rumbo a Baia Luna. Tras alcanzar a mi abuelo después de Apoldasch, decidieron recorrer el resto del camino juntos.

Por lo que sé, la tormenta procedía del suroeste, de las montañas de Fagaras. Llegó en cuestión de minutos, primero unas densas nubes grisáceas, seguidas de

ráfagas de viento y luego la tempestad de nieve. Laszlo y Dimitru se bajaron de un salto. Sus dos percherones se echaron de costado, de espaldas a la tormenta. La abuela Agneta, mi padre, que entonces tenía doce años, y su hermana Antonia, de seis, se arrastraron al fondo del carro bajo las mantas de lana, mientras el abuelo intentaba calmar al caballo. Dominado por el pánico, el animal se encabritaba y relinchando alzaba las pezuñas contra la tormenta. Cuando el abuelo gritó pidiendo ayuda a los dos gitanos, el caballo se lanzó de pronto hacia la derecha, hacia el interior de la tupida pared de nieve, y cayó al Tirnava arrastrando el carro a la corriente helada. Nicolái logró saltar en el último momento, antes de que volcara. Laszlo se precipitó hacia el carro, cuando estaba a punto de agarrar a Agneta y a la pequeña Antonia, la rueda de hierro le golpeó en la frente con tal violencia que cayó desplomado sobre el manto nevado como alcanzado por un rayo. El abuelo y Dimitru saltaron al río sin pensárselo. Azotados y cegados por la tormenta de nieve, lucharon contra el agua gélida que les llegaba al pecho en dirección a los gritos de Agneta y Antonia. Mientras el jamelgo coceaba desesperado por no ahogarse, enredándose cada vez más en los arreos, la abuela se agarraba con una mano a las maderas del carro y con la otra estrechaba a su hija contra sí.

Para cuando el abuelo y Dimitru llegaron hasta ellas venciendo el hiriente frío, Antonia colgaba amoratada y rígida del brazo de su madre. Los hombres emplearon sus últimas fuerzas para arrastrarlas a la orilla. Dimitru arrancó la ropa mojada a Antonia y la envolvió en la manta de su caballo.

—¡Frota, frota! —le gritaba a Nicolái—. Frota a tu hermana hasta que entre en calor, o morirá.

Entonces la mirada de Dimitru recayó sobre su padre. Laszlo yacía sin vida en la nieve, que se había teñido de rojo en torno a su cabeza, formando una corona.

—¡Que Dios me dé una larga vida para poder llorarte! —gimió Dimitru. Y dirigiéndose a mi abuelo y a mi padre, ordenó—: Coged los caballos, lleváoslas y metedlas en la cama. ¡Rápido! —Dio unas palmadas y los percherones se levantaron—. Ilja, coge a tu hija, y tú, Nicolái, a tu madre. Montad y cabalgad. Yo iré andando.

—No —repuso mi abuelo—. No os dejaremos solos.

Pero Dimitru no le escuchaba, sino que se desgañitaba presa de la rabia. Y maldecía con tal virulencia que Agneta, temblando por los escalofríos, sintió que enrojecía de vergüenza.

—¡Dejadme solo! —chilló el gitano y dio una palmada en la grupa de los caballos, que emprendieron el trote. Dimitru se arrancó el abrigo tieso por el frío y se quitó zapatos y pantalones. Luego echó a correr—. ¡Los gitanos somos duros! —gritó bajo la tormenta—. Y yo soy gitano. ¡Soy gitano! ¡Viviré eternamente! ¡Viviré eternamente para llorar a mi padre! Padre, mi padre. —Después, la tormenta se tragó su voz.

Gracias a los resistentes percherones, una hora más tarde la familia del abuelo ya había llegado al pueblo. Los vecinos acudieron deprisa, los envolvieron medio

congelados en cálidos edredones de plumas e hirvieron jarras y jarras de infusiones de menta.

Sorprendentemente, la pequeña Antonia fue la primera en recuperarse. La mañana siguiente ya estaba restablecida, y aparte de un fuerte resfriado, la salud de Ilja no se vio resentida. En cambio su mujer se había enfriado tanto que, a pesar del doble edredón de plumas de ganso, no lograba entrar en calor. Terribles escalofríos sacudieron durante tres días el cuerpo de Agneta, mientras el abuelo se esforzaba por administrarle con la cuchara jugo caliente de saúco. Su marido y su hijo la velaban las veinticuatro horas del día, frotaban sus manos para calentarlas y le colocaban paños calientes en la frente.

Después de algún tiempo pareció que la abuela estaba mejor. Incluso se incorporó un poco y pudo beberse por sí sola una taza de leche con miel. A continuación el frío de su cuerpo se transformó en calor. Agneta ardía, y el termómetro se disparó por encima de los cuarenta. Gemía por los fuertes dolores en el pecho, apenas podía respirar y sufría violentos accesos de tos. Cuando por fin mandaron llamar al doctor Bogdan de Apoldasch, el médico diagnosticó una pulmonía muy avanzada. La última esperanza para mi abuela era un nuevo medicamento llamado penicilina del que el médico aún no disponía, pero que muy probablemente vendería el farmacéutico György en Clusoara. Hermann Schuster montó a caballo. Cuando regresó con las ansiadas pastillas diez horas después, mi abuela ya había fallecido en los brazos de mi abuelo.

Unos guardabosques encontraron a Dimitru en Apoldasch, en el cruce donde la carretera se bifurca hacia Schweischtal y Clusoara. Bajo la tormenta, había seguido la dirección equivocada y girado varias veces en círculo, hasta perder toda orientación en la oscuridad nocturna. Tras envolver el cuerpo helado en pieles de oveja, lo llevaron a la herrería de Apoldasch, donde trabajaba entonces el soldador de hierro Emil Simenov, que después se casaría en Baia Luna y se haría cargo de la herrería local. Por todos era conocido que el gruñón de Simenov no era amigo de los gitanos, pero en realidad no era amigo de nadie. En la taberna del abuelo, cuando los hombres le reprochaban a aquel tipo rudo su mal humor y su falta de humanidad, Simenov siempre decía lo mismo: «¿Y quién, quién salvó a ese negro sabiondo? ¿Vosotros o yo? Un bloque de hielo fue lo que me trajeron a la herrería. Si no hubiera colocado a ese Dimitru Carolea Gabor junto a la chimenea, nunca se habría descongelado. ¿Y quién le prestó entonces al negro una camisa caliente, un mono y unos zapatos con tacones, que nunca ha recuperado? ¿Yo o vosotros? Yo mismo cargué con ese enclenque llorón de vuelta a Baia Luna, junto con esas estúpidas botellitas. Estos negros sólo traen problemas.»

Cuando Emil Simenov obtenía el asentimiento de aprobación de los tres hermanos Brancusi, se calmaba y volvía la tregua.

Johannes Baptiste fechó el sepelio de mi abuela Agneta y del padre de Dimitru el mismo día, la mañana del 22 de diciembre. Tiempo después aquel entierro de 1935 se

recordaría como el más importante de la historia del pueblo. Docenas de delegaciones llegaron desde Besarabia y Bukovina, desde el Banat y Valaquia, desde Dobrudja e incluso desde la lejana Budapest para presentar a los fallecidos sus últimos respetos.

Hubo que atender a tantos invitados en el banquete fúnebre, que el clan Gabor se endeudó para muchos años, al punto de vender todas sus joyas y caballos. Nadie en el pueblo debía faltar aquel día en el cementerio, y la banda de instrumentos de viento venida de Apoldasch tocó de manera tan conmovedora que a los dolientes se les cortó la respiración y sus lágrimas se helaron en perlas glaciales. A pesar de que las condolencias de los habitantes del pueblo también estaban dirigidas al gitano Laszlo, su compasión fue sobre todo para mi abuelo y los huérfanos de madre, Antonia y Nicolái. Incluso los comerciantes al por mayor de Clusoara, los hermanos Hossu, acudieron para dar el pésame por la muerte de la joven madre Agneta. Prometieron al abuelo que sustituirían la mercancía que se había hundido en el Tirnava sin costes, y cumplieron la promesa.

El día anterior, Johannes Baptiste se había asegurado de que en el doble entierro no fuera a producirse ningún alboroto. Mientras inspeccionaba la colina del cementerio reparó en que los enterradores contratados ya habían excavado un hoyo. Entonces escuchó voces sigilosas más allá del muro del camposanto. El organista Marku Konstantin y el sacristán Knaup cavaban un agujero con picos y palas en el suelo helado bajo la atenta mirada de la cuñada de Konstantin, Kora.

—¿Qué significa esto? —preguntó el sacerdote.

—La fosa para el gitano —respondió Julius Knaup—. No está bautizado.

La cólera sagrada hizo arder la sangre del benedictino. El párroco no se había cuestionado ni por un segundo si Laszlo Gabor tenía partida de bautismo. Jamás se le habría pasado por la cabeza enterrar al honrado gitano en suelo profano.

—Os doy cinco minutos —espetó con rabia—. Cinco minutos exactos. Si no, rezaré cada mañana, cada mediodía, cada tarde y cada noche para que en el fin de los tiempos vuestras sucias almas se arrastren eternamente por la mugre del infierno.

El abuelo sonreía satisfecho cuando contaba que dos minutos más tarde el agujero estaba tapado.

Por lo que sé, Laszlo Carolea fue el primero del clan Gabor cuyos restos mortales reposaron en tierra consagrada. Tras el entierro de su *bulibasha*, los gitanos acudieron muy agradecidos a la casa del párroco, donde insistieron en que todos debían besar su mano sagrada. Después, encabezados por Dimitru, solicitaron recibir el sacramento del bautismo. Se les concedió. Dimitru permitió sin aspavientos que el padre Johannes hundiera tres veces su desgreñada cabeza en el agua bendita de la pila bautismal, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, lo que permitió a Kora Konstantin indignarse de nuevo en lo más profundo de su decencia.

Los gitanos celebraron durante tres días su reciente condición de hijos de Dios, y el domingo la iglesia de Baia Luna estaba a reventar. Media hora antes de que sonaran las campanas los Gabor ya aguardaban delante del templo, obsesionados con

recibir el cuerpo de Cristo. De todas formas, su entusiasmo por la magia del sacramento disminuyó rápido con el tiempo. Cuando constataron que a pesar del incienso, el agua bendita y las bendiciones sacerdotales las preocupaciones cotidianas seguían siendo las mismas, el ritual de la misa comenzó a aburrirlos.

Salvo a Dimitru.

No recuerdo ningún domingo en que no lo viera en la iglesia, excepto en verano, cuando turbios negocios lo obligaban a viajar. Cuando Johannes Baptiste se subía al púlpito, Dimitru lo escuchaba con la boca abierta sentado en una de las primeras filas. Junto a su amigo Ilja. Yo veía cómo Dimitru se embebía de cada palabra del párroco. Al contrario que el abuelo, que durante el sermón daba algunas cabezadas.

El accidente del río marcó el inicio de una amistad entre ambos hombres, un hermanamiento del espíritu que, me permito anticiparlo, sobreviviría a los ataques del tiempo. A pesar de que el abuelo no supiera mucho de la vida de Dimitru.

—¿Sabes nadar en realidad? —le preguntó al gitano años después de que saltaran juntos al helado Tirnava.

—¿Tú qué crees? —respondió Dimitru—. Ya era como un pez en el vientre de mi madre.

Sin embargo, en el pueblo se sabía que Dimitru, al que le horrorizaba el agua, se moría de miedo con sólo meter el pie en un charco.

El abuelo creía que a raíz del duelo por la muerte de su padre Dimitru había desarrollado cierta seriedad que, en mi opinión, no era del todo firme debido a su naturaleza inconstante. Sin embargo, el bautismo debió de dar un verdadero empuje a su interés por las cuestiones fundamentales de la existencia.

Sin duda, a ello también contribuyó la relación paternal y amistosa con Johannes Baptiste. A su llegada a Baia Luna, el benedictino había puesto los libros que había traído consigo desde Austria a disposición de todos en una biblioteca en la casa parroquial, que prácticamente los habitantes nunca frecuentaron; y cuando lo hacían, no debían pedir permiso al párroco sino a Dimitru, que en el curso de dos décadas se había convertido en dueño y señor de aquellos volúmenes.

En verano se lo veía tumbado en el jardín de la casa parroquial con la nariz metida entre las páginas de un libro, y en invierno la luz de la biblioteca siempre estaba encendida, incluso de noche, porque Dimitru se dedicaba al estudio de alguna materia alumbrado por una lámpara de petróleo. Para facilitarle la lectura, el párroco había hecho instalar en la biblioteca un diván rojo desechado con un caliente edredón de plumas.

Los hombres de Baia Luna no le llamaban «el filósofo negro» en señal de reconocimiento, sino más bien de burla. Pero a Dimitru no le molestaba lo más mínimo. Se servía abundantemente de las cazuelas del saber humano, probaba de aquí, picaba de allá y al final mezclaba todo a su gusto. Le daba igual que sus pensamientos fueran inconsecuentes. Para él no era «lo uno o lo otro», sino «tanto lo uno como lo otro». A menudo acababa enredado sin remedio en incongruencias

lógicas, pero al día siguiente deshacía el nudo de sus contradicciones desde una nueva perspectiva. Lo que hoy era cierto mañana podía ser falso, y viceversa. Memorizaba las palabras más importantes de los grandes sabios sin importarle un comino la correspondencia entre pensadores e ideas. Liviu Brancusi lo había apodado el Sabiondo después de que el párroco Johannes hubiera enseñado al gitano algunas nociones de latín. El abuelo Ilja había aconsejado a su amigo que no fuera soltando por ahí conceptos tan complicados y con tanta frecuencia; dejarlos caer bien dosificados causaría en los demás la impresión de hallarse ante un hombre de cultura. Dimitru aceptó el consejo, aunque la mayor parte de las veces «yerraba» en ello, por utilizar una de sus palabras favoritas.

Cuando el abuelo quería charlar tranquilamente con su amigo, lo visitaba en la biblioteca. De niño me llevaba a veces con él, pero el olor del papel enmohecido me provocaba náuseas. Con quince años, durante el otoño de 1957, empecé a frecuentar de vez en cuando la biblioteca por voluntad propia. Pero no para leer, como creía mi madre, sino por huir de las obligaciones domésticas. A cambio, aguantaba la tabarra de Dimitru.

Como el párroco había dado plena libertad al gitano en cuestiones bibliotecarias, Dimitru había clasificado los libros según su propio criterio.

—Tiene que haber orden, Pavel, si no esto tendría el mismo aspecto que las casas de los gitanos de Moldavia.

Me explicaba animado que había comenzado su carrera como bibliotecario sacando los libros de las cajas y colocándolos en las estanterías.

—Un reto —se quejaba aún veinte años después—, Pavel, un verdadero reto para cualquier hombre de espíritu. Primero ordené los libros por tamaños, desde gruesos folios hasta delgados cuadernillos edificantes, después por el color de los lomos, de oscuro a claro. A continuación por año de publicación. Es que al principio, en la primera página, están impresos los números. Ahora los libros están colocados como deben. Alfabéticamente, desde el Augustinus hasta Zola. Émile Zola, seguro que en la escuela has oído hablar de él.

—No.

—¿Qué os enseña la maestra Barbulescu? ¡Zola! Eso sí es literatura. No esa palabrería de los imbéciles del Partido de vuestros textos de lectura. Menuda mierda. ¿Cómo voy a mandar a la escuela a mi Buba con la conciencia tranquila? Por cierto, Zola escribió un libro sobre Lourdes. Lourdes, eso lo conocerás, ¿no?

—Nunca lo he oído.

—¡Nunca lo has oído! Y eso que vosotros los *gadje* peregrináis constantemente hasta la Virgen del Perpetuo Socorro. Incluso en las heladas y bajo nieve. ¡Vaya estupidez! Vosotros los *gadje* sois gente rara. Mentecatos. ¿Por qué no tenéis a la Madre de Dios en el corazón? Así podríais ahorraros el camino. Como en Lourdes. Allí no se reza a una figura de madera, sino que allí María la Madre de Dios se apareció encarnada. ¡Encarnada, Pavel! ¿Sabes lo que significa? Deberías derretirte el

cerebro pensando por las noches en estas cuestiones, en vez de estar rellenando vasos de aguardiente. No me malinterpretes. No tengo nada contra el *tuica* ni la respetable profesión de tabernero, pero justamente tú eres capaz de más. Qué digo: ¡estás llamado a ello!

Dimitru me ponía muy nervioso. Su adulación me resultaba insoportable. Debería haberme ido, pero en cambio pregunté:

—María. ¿Apareció encarnada? ¿Cómo es posible?

—Lo sabía. Eres listo, chico. Si ya no se halla en la Tierra, ¿cómo puede aparecerse encarnada? ¡Ésa es la pregunta! Solamente hay que darle la vuelta con lógica dialéctica, ¿entiendes? Entonces se trata de lo siguiente: ¿adónde debe ascender una persona para poder descender de nuevo a la Tierra después de muerta y mostrarse así a los vivos?

Me entristecí. ¿Cómo podía alguien pensar de manera tan extraña?

—No entiendo adónde quieres llegar, Dimitru. ¿Cuál es el problema?

—Pavel, eres joven. Sin embargo, a mí esta pregunta me atormenta. Y te diré también desde cuándo y por qué. Echo de menos a mi difunto padre. Desde que cerré la tapa de su ataúd sólo quiero saber una única cosa: ¿cómo puede llegar una persona al cielo? Quiero decir, no sólo el alma, sino también el cuerpo. La resurrección de la carne. Me refiero al ser como un todo.

—Eso es imposible, Dimitru. Si he entendido bien las enseñanzas cristianas, hasta ahora sólo Jesús logró la resurrección de la carne.

—Pero también funcionó con su madre. María llegó asimismo a los cielos en cuerpo y alma. El papa Pío lo proclamó personalmente. ¿Cómo ocurrió esa ascensión? ¿Cómo exactamente? ¿Cuerpo y alma? ¿Qué ocurrió? Cuando lo sepa, Pavel, lo sabré todo.

—¿Y por qué no preguntas a Johannes Baptiste? Seguro que entiende de esta cuestión.

Ya pregunté a Papá Baptiste. «Hijo Dimitru», me dijo, «para averiguar eso se necesita una vida entera. Puede que incluso más». Pero no sé, Pavel, si yo tengo tanto tiempo...

¿Qué era el tiempo al fin y al cabo? Aparte del deseo de que acabaran mis aburridos años de colegio, el tiempo no tenía importancia especial en mi vida. En Baia Luna el hoy era como el ayer y como sería el mañana. Y eso tampoco lo cambiarían los versos propagandísticos de Margul-Sperber. «Allá donde se dirija tu mirada surge el devenir de un nuevo mundo.» En Baia Luna no surgía nada. Por lo menos, no para mí.

Hasta el quincuagésimo quinto cumpleaños de mi abuelo.

Ilja se había fumado el último cubano del año anterior y esperaba a la clientela en la tienda mientras mi madre preparaba la comida en la cocina y la tía Antonia aún

dormitaba en la cama. Como siempre, de vez en cuando habría estirado un brazo hacia los bombones de su mesilla y, dejando que el chocolate se derritiera en su boca, habría vuelto a dormirse.

Estaba en clase, donde nadie excepto yo sospechaba que la mujer con el vestido azul nunca más nos mandaría copiar la oda patriótica de Hans Bohn sobre la belleza del país de los Cárpatos, un país que se encaminaba hacia un futuro grandioso en el que «el hoy ya no se asemeja al ayer». Hasta entonces las poesías de los libros escolares sólo me habían parecido huera palabrería. Pero ya no. El hoy ya no se asemejaba al ayer desde que Angela Barbulescu me susurrara aquel encargo incomprensible: «¡Manda a este hombre al infierno! ¡Elimínalo!»

¿Qué significaba? ¿El llamamiento de la Barbu era una orden para que asesinara al secretario del Partido de Clusoara, Stephanescu? Eso era imposible, nunca podría exigir nada igual, ya que en clase de Religión siempre había alabado la santidad de los Diez Mandamientos. «No matarás»: de todos, aquél era el pecado por antonomasia. Eso lo sabía cualquier persona medianamente inteligente, incluso sin que Moisés lo dijera. Seguro que la profesora no me había pedido que asesinara. Eso quedaba descartado. Por supuesto que había medios y maneras de enviar a un enemigo al más allá sin ensuciarse las manos. Si se creía en la brujería.

Se decía de las gitanas que sabían de magia negra. Para mí la hechicería con vello púbico pulverizado, sangre menstrual y excrementos de gato era una bobada. Buba Gabor, de cuya madre se rumoreaba que se comunicaba con poderes ocultos, me había confirmado con un guiño mis ideas.

—Escuchamos a la gente, comprendemos sus preocupaciones, les cobramos y pronunciamos un par de abracadabras. A veces funciona, la mayoría de las veces no, pero ya tenemos para comer un par de días.

Creía a Buba. Porque tenía una risa maravillosa, porque era preciosa y porque era imposible que una bruja oliera tan bien.

Angela Barbulescu, en cambio, era supersticiosa. Resultaba evidente. Sin embargo, eliminar a su antiguo amante de una foto quemándola no me pareció ningún ritual mágico eficaz, más bien un gesto inútil de infelicidad desesperada que no revelaba el poder secreto de la Barbu, sino su impotencia. Era indiscutible que aquel doctor Stephanescu le había jugado una mala pasada alguna vez. Tal vez un desengaño amoroso. Quizá por eso se había dado a la bebida. Prefería a ese hombre muerto que vivo, pero ella era demasiado débil para encargarse. Así que yo debía mandar al infierno a un hombre del que sólo sabía que antes fumaba cigarrillos sin filtro, bebía *konjaki* y ahora ocupaba un importante cargo en el Partido. De todas formas, tan sólo la gente estúpida como Kora Konstantin creía en el infierno. ¿Por qué debería entrar en liza por la Barbu? ¿Debía declarar míos a sus enemigos? ¿Ensuciarme las manos hurgando en la porquería del pasado? El tal Stephanescu era sin duda un rompecorazones, un canalla. Pero a un doctor, a un pez gordo del Estado y el Partido, no se lo elimina sin más ni más. Sobre todo sin plan, sin cómo ni porqué.

«¡Manda a este hombre al infierno!» Al volver de la escuela, cuando removía sin ganas la comida con el tenedor, algo había cambiado. Yo había cambiado. Y no por aquella exigencia demencial, sino por el retrato, el que había colgado en el aula. Algo no cuadraba. ¿Por qué la Barbu lo había descolgado y se lo había llevado? «Come de una vez, tienes que engordar un poco. Te morirás de frío», me regañaba mi madre, mientras yo visualizaba la sonrisa de Stephanescu.

El cumpleaños de Ilja, el vuelo del *Sputnik* y la ardiente preocupación del padre Johannes

Durante aquel 6 de noviembre de 1957 no dejó de llover en todo el día, por lo que prácticamente casi ninguna mujer del pueblo apareció en nuestra tienda. Yo estaba acucillado tiritando frente a la estufa, mientras mi abuelo dormitaba detrás del mostrador. Hacia las tres entró la viuda Vera Raducanu, una cuarentona flaca de pelo rubio pajizo de la que se decía que se comportaba como si poseyera en exclusiva el derecho de estar siempre indignada y ofendida.

En lugar de felicitar al abuelo por su cumpleaños, Vera se señaló sus zapatos sucios y echó pestes contra el lodo de la calle. Como siempre, examinó recelosa los productos y pidió el exquisito Luxor en envoltorio dorado, un jabón blanco como la nieve con esencia de rosas, sabiendo que entre nuestro surtido no contábamos con semejantes refinamientos. Cuando el abuelo le ofreció amablemente un jabón de manzanilla, Vera lo tachó de tendero vulgar, giró sobre los tacones y salió pavoneándose.

Poco más tarde llegó Elena Kiselev con sus gemelas de cuatro años, Drina y Diana, que desearon al abuelo lo mejor en su aniversario con graciosas reverencias.

—Tu pedido ha llegado —anunció mi abuelo mientras yo traía del almacén una flamante maleta marrón de piel artificial.

—Es un regalo para mi marido. —Elena observó la maleta con tímido orgullo—. Para su nuevo trabajo, cuando viaje el domingo en tren a Ciudad Stalin.

Hacía tiempo que en Baia Luna se rumoreaba que Alexandru Kiselev había encontrado trabajo como mecánico montador en la nueva empresa nacional de tractores. El hecho de que su marido fuera a triplicar el salario que se obtenía en la agricultura local no consolaba a Elena por la inminente separación.

Mientras ella pagaba la maleta, sus hijas miraban esperanzadas el tarro de cristal de caramelos que había sobre el mostrador. El abuelo lo abrió y les dio un auténtico chicle envuelto en papel de plata, demostrando así no sólo que comprendía las pequeñas emociones de la niñez, sino también su pasión por América. Ilja soñaba con que en algún momento de su vida cruzaría en barco el Atlántico hasta la patria de la Virgen de la antorcha.

Este cumpleaños será como todos los demás, pensé aquel 6 de noviembre. La conversación de los hombres irá acalorándose. Al principio hablarán de temas

anodinos, inocentes. Probablemente empezarán con la enfermedad de la rabia. En algún momento el pastor Avram Scherban maldecirá a los lobos y los osos. Porque de noche le matan las ovejas y porque no puede defenderse de esos voraces depredadores sin escopeta. Y porque la caza está reservada a los señores del Partido. Avram se quejará. Y beberá. Primero el vino Silvaner joven. Una jarra y otra, y una más. Después los hombres querrán *tuica*. Entra bien este aguardiente. Eso dirán. Yo iré de un lado a otro sin parar mientras el tono de sus conversaciones irá subiendo. Se volverán más audaces, dispuestos a todo. Echarán pestes de la bajada de los precios de la leche y la carne y protestarán por la progresiva devaluación de la moneda. Entonces ya no les irá tan bien a los camaradas, a los colectivistas. ¡Abajo con los rojos!, gritarán los hijos de Scherban. Y su padre borracho gesticulará con las manos alzadas. *Ratatatá, ratatatá*. Pero Avram Scherban no se cargará a nadie. No puede, ya que tuvo que entregar su fusil porque esos mandamases apoltronados confiscaron todas las armas de fuego. El orgullo de los hombres, eso fue lo que se llevaron. Eso desatará su cólera. Tendrán que hacerla desaparecer a tragos. Hasta desplomarse. Entonces dormirán. Hasta la mañana siguiente. Tan sólo el patrón y cumpleaños, mi abuelo Ilja, se ahorrará una terrible resaca. Él no habrá bebido.

Y tendrá un motivo.

En Transmontania se dice que la pobreza te hace rezar, pero aún más trasegar. Los mayores contaban que durante la terrible hambruna de 1907 Ilja, que estaba a punto de comenzar la escuela, había caído en una de las cubas de maceración en que los campesinos del pueblo fermentaban las peladuras de patata podridas. Por suerte, los destiladores clandestinos descubrieron al chico enseguida y lo sacaron. De todas formas el abuelo, intoxicado por alcohol adulterado, padeció un delirio del que no despertó hasta horas después. No sufrió daños visibles y el incidente fue pronto olvidado. Solamente su entonces compañera de la escuela, la viuda santurrona y maledicente Kora Konstantin, comentaba con acidez que Botev había fracasado por completo a la hora de aprender a escribir el alfabeto, por lo que no entendía cómo alguien así podía salir adelante como comerciante honesto y encima sin deudas.

Yo tenía suficiente experiencia como mozo de taberna para juzgar adecuadamente las maldades de la Konstantin. Kora era una de esas mujeres con un presupuesto familiar siempre a cero y media docena de mocosos lloriqueantes que recibían de su padre más palizas que pan. Hasta el día de la Semana Santa de 1956 en que el abuelo juró que no volvería a servir ni una gota a Raswan Konstantin. El borracho fue por todo el pueblo vociferando y amenazando con retorcerle el cuello a Ilja y quemar la tabernucha del clan Botev. Pero a tanto nunca se llegó.

Kora regresaba a casa después de confesarse en la iglesia el día de la Crucifixión del Señor, cuando los niños se le acercaron gritando. Raswan yacía muerto en el pasillo. Se rumoreaba que con la bragueta abierta. Y al parecer sostenía un dibujo detallado y manoseado que su mujer quemó al instante en la estufa. Tras ajustarle la ropa a su detestado esposo, anunció su muerte entre lamentos y chillidos. Dado que

en caso de defunción repentina había que llamar a la policía, se hizo venir al joven sargento Cartarescu desde Apoldasch, que tenía fama de ser extremadamente escrupuloso, pero al no entender de cadáveres en pasillos, ordenó la autopsia en el hospital de Clusoara. Días después, el difunto volvió en un carro de caballos a Baia Luna en un modesto ataúd de abeto, curiosamente con unos kilos menos de peso. Se determinó como causa del fallecimiento un fallo cardíaco debido a un estado de excitación extrema. Es decir, que a causa de un movimiento interno de los órganos, el hígado de Raswan había aplastado el músculo cardíaco, un hígado que por cierto era propio de un buey.

En vez de valorar el intento del abuelo por mantener a Raswan lejos de la bebida, Kora arremetía contra él en cuanto podía. Pero en lo referente a las dificultades para leer de mi abuelo, la malvada viuda no andaba errada. Los engranajes del intelecto del abuelo giraban despacio, y el pensamiento lógico, mediante el cual se reconocen normalmente las coincidencias o se descubren las contradicciones, tampoco era su fuerte. En cambio, siempre se le había dado bien el cálculo. Al parecer, con nueve años ya multiplicaba y dividía mentalmente números de varias cifras sin jamás equivocarse. Temiendo que este don lo hiciera parecer un raro entre los solteros de Baia Luna, ya de adolescente se habituó a beber fuertes licores. Pero acabó desistiendo porque un solo dedo de *tuica* bastaba para provocarle migrañas espantosas, accesos de temblores e incluso lagunas de memoria. Desde luego, yo nunca le había visto beber un vaso de alcohol.

Vinieron todos. Estaban sentados en la taberna antes de lo habitual, como si a lo único a que hubieran aspirado fuera escapar de aquel día de noviembre frío y húmedo. Tras felicitar a Ilja con un fuerte apretón de manos, dejaron las botellas de regalo y buscaron sitio. Algunos hombres tomaron asiento apáticos en sus sillas, otros me pidieron dados y cartas.

—¿Qué ocurre, Pavel? —preguntó Karl Koch—. Tienes peor aspecto que el tiempo. ¿Algo va mal en la escuela?

No estaba escuchando. Cuanto más trataba de no pensar en Angela Barbulescu, más me obsesionaba. ¿A qué venía ese encargo demencial? ¿Por qué había tenido que clavar justo yo la foto del secretario del Partido en la pared? ¿Por qué debía conservar como recuerdo la foto quemada del beso de la Barbu? El señor Hofmann había tomado ambas instantáneas y probablemente sabía por qué la vida de la Barbu había perdido su rumbo. Un mundo separaba su vestido de girasoles en la París del Este de su mugriento vestido azul en Baia Luna. Además el señor Hofmann disponía de medios para hacerle la vida imposible. Seguro que la Barbu no estaba de manera voluntaria en el pueblo. Resultaba evidente que como profesora era pésima. Pero no siempre había sido así. Y encima estaba la historia de Fritz y su chimenea. Cuanto más vívidamente recordaba aquella hora de clase más compasión me merecía la

maestra.

—¡No pongas esa cara, Pavel! ¡Arriba ese ánimo, chico!

Yo me esforzaba, pero la carga de mis pensamientos era muy pesada.

Hermann Schuster tomó la palabra. Ahorrándose el rodeo sobre la enfermedad de la rabia, abordó directamente el último plan quinquenal del Partido. Ya empieza la bronca, pensó el abuelo, cuya mirada lo delató. Pero el sajón se expresó con serenidad, habló sobre la herencia de los antecesores, de costumbres, honor y patria, y aseguró que no estaba dispuesto a que siglos y siglos del trabajo de sus antepasados fueran a parar a las garras de un colectivo estatal.

—¡Todo para el Partido, nada para nosotros! —exclamó—. Yo digo no, no y otra vez no.

Hans Schneider lo secundo y refirió los planes para construir enormes granjas industriales de cerdos cerca de Apoldasch.

—Todo para la exportación, todo para los rusos —añadió Hermann Schuster—. El koljós nos llevará a la ruina.

Sorprendentemente los hermanos Brancusi, propensos a los accesos de cólera, reaccionaron con notable pragmatismo a los ataques de Schuster y Schneider. Liviu Brancusi defendió los proyectos de nacionalización de la agricultura y la industrialización de Transmontania en términos de progreso.

—Tenemos que salir de una vez de las tinieblas del subdesarrollo —afirmó. Y explicó que, siguiendo fielmente el ejemplo soviético y bajo la dirección de Comité Central, ya se había devuelto al pueblo el noventa por ciento de las propiedades burguesas. La industria y los bancos, el transporte y el comercio al por mayor habían pasado con éxito a ser propiedad obrera, así como los hospitales, los teatros y las salas de cine. A continuación recitó de memoria las estadísticas sobre el aumento de las cuotas de producción de leche y cría de vacuno en los distritos de Prahova, Covasna y Buzau, hasta casi ahogarse en su marea de cifras.

Hermann Schuster aprovechó el momento propicio.

—Brindemos de una vez por el cumpleaños.

Cuando los hombres alzaron sus vasos, alguien desde fuera pateó con fuerza la puerta.

El abuelo fue a abrir. Se encontró ante el gitano Dimitru, empapado y resoplando, y con una enorme caja tapada por una manta de lana que chorreaba de lluvia.

—¡Sitio! ¡Haced sitio! —gritó respirando trabajosamente, y avanzó con paso tambaleante hasta el centro de la taberna.

Los hermanos Scherban se precipitaron hacia la barra para apartar las botellas, mientras el fuerte Karl Koch echaba una mano al delgado Dimitru. Juntos levantaron la caja hasta el mostrador. El gitano, sin aliento, se desplomó sobre una silla ante las miradas curiosas de los parroquianos.

—Por la santa joroba de Simón de Cirene —dijo al fin, en tono solemne—, os juro que esta maldita tecnología lo desloma a uno. Ilja, ponme un vasito.

El abuelo sonrió y le sirvió él mismo. Dimitru bebió. Todos observaban intrigados la caja cubierta. El gitano se levantó y, dándole una palmadita en la espalda, pidió al abuelo que descubriera su regalo de cumpleaños.

—Para ti. Por tu aniversario.

Ilja se resistió.

—Venga, ábrelo —insistió Liviu Brancusi, que se sentía ofendido porque había sido precisamente un gitano trastornado quien había puesto fin a su discurso propagandístico, alguien a quien consideraba de todo punto inepto para la construcción de la Nueva Nación.

El abuelo dio un paso. Levantó con cuidado la manta húmeda. Los hombres se quedaron petrificados, llenos de admiración. Tenían ante ellos un flamante televisor.

Grande y de pantalla brillante, estaba revestido de madera noble y tenía botones color marfil que se apretaban o giraban. Mi abuelo lo observaba atónito. Lágrimas de felicidad resbalaban por sus mejillas.

Se me ocurrió que ni siquiera los Hofmann poseían un aparato tan lujoso. Tendría que enseñárselo a Fritz. Sin falta. Iba a quedarse pasmado. Salí a la carrera. Fritz no se hizo mucho de rogar.

—Quiero verlo —dijo.

Cuando volvimos, el abuelo seguía mudo frente al imponente receptor; después pulsó titubeante un botón. No ocurrió nada.

—Corriente —opinó Dimitru—, necesita corriente eléctrica.

—¡Aquí! —gritó el joven Petre Petrov. Había descubierto un enchufe bajo la estantería de los pepinos en vinagre.

Petre acercó un taburete de madera. Karl Koch y Alexandru Kiselev levantaron con cuidado el pesado aparato y lo colocaron sobre el taburete mientras Petre enchufaba el cable.

—Enciéndelo tú —pidió el abuelo a Dimitru.

El gitano dejó su vaso y se apostó frente al televisor mientras los hombres se apretaban en torno a la nueva adquisición.

—Bueno —dijo el gitano, alzando con gesto teatral el índice derecho para a continuación bajarlo despacio hasta el botón de encendido. Hizo clac. Al cabo de un rato, minúsculos flashes centellearon en el tubito de vidrio bajo la pantalla, hasta que se encendió una lamparita de tenue luz verde—. Esto es el ojo mágico —explicó con solemnidad.

Al mismo tiempo la pantalla se aclaró, y en ella titilaron miles de diminutos puntos de luz como cristales de nieve únicamente interrumpidos por una barra negra que recorría incesante la imagen de arriba abajo. Del altavoz salía un zumbido suave, cuya intensidad fue en aumento hasta convertirse en un crepitante petardeo muy molesto. Petre Petrov bajó el volumen.

—Tenemos que encontrar una emisora —señaló.

Dimitru asintió.

—Eso es, sin emisora no hay recepción —corroboró Dimitru asintiendo con la cabeza—. Y sin recepción no hay imagen.

Petre giró durante un rato todos los botones posibles, pero no había forma de que la imagen apareciera.

—¡La antena! Dimitru, ¿dónde está la antena?

—Oh, ¡mierda! —El gitano se dio un manotazo en la frente—. Qué desastre, qué desastre. Mi primo Salman, menuda cabeza hueca. Diez, no, veinte veces le he dicho: «No se te ocurra olvidarte de la dichosa antena cuando consigas el televisor.» ¿Y qué hace Salman? Pues va y se olvida. Ojalá le caiga el diluvio encima a ese idiota mequetrefe. ¿Qué hora es?

—Casi las cinco —contestó Petre Petrov.

—¡Oh, mierda santísima! A las cinco, a las cinco en punto veréis que vuestro filósofo negro Dimitru no es ningún sabiondo. *Sputnik*, os lo digo yo. La cadena estatal emite un programa sobre el *Sputnik*. A las cinco en punto. No, oh, no —se lamentó el gitano, sin dejar de pulsar todos los botones, girándolos y toqueteándolos, y hasta dando un puñetazo sobre la caja—. Virgencita, ¡ayúdanos! —exclamó—. Van a dar las cinco y no hay imagen. Mi primo, qué idiota, qué caraculo atontado.

—¡No blasfemes!

Todos miraron hacia la puerta. Johannes Baptiste entró con paso lento, con una mano en su bastón y sujetando con la otra un paquete de regalo envuelto en papel marrón. Los hombres le ofrecieron una silla en el acto. El párroco le dio al abuelo su presente y se sentó. Entonces levantó su mano como para bendecir.

—Un vaso de agua, por favor. Y vosotros, hermanos, continuad a lo vuestro.

Dimitru se santiguó.

—Perdone, Papá Baptiste. —El gitano tomó la mano del sacerdote, le plantó un húmedo beso y balbuceó—: Papá Baptiste, ayúdenos. Gracias a sus manos benditas podrá exorcizar los trucos de la técnica de esta caja. Tan sólo una bendición, una oración jaculatoria, una salpicadura de agua bendita.

Antes de que Johannes Baptiste pudiera responder alguien gritó:

—¡Dejaos de santurroneías! Traed alambre.

Todos alzaron la vista y miraron asombrados al que acababa de pronunciar estas palabras: Fritz Hofmann. ¡Un chaval! ¡El impertinente hijo de un fotógrafo! ¿Con qué derecho tomaba la palabra entre hombres adultos?

—Usad un trozo de alambre de verja como antena. Funcionará.

—El muchacho tiene razón —dijo el párroco, el único de los presentes que no se había quedado sin habla.

Fui con Hermann Schuster al almacén, donde cortamos algunos metros de un rollo de alambre de púa. Saqué el alambre por el resquicio de una ventana y enrollé un extremo en el canalón mientras Schuster liaba el otro a la toma de antena del televisor.

De pronto, por el altavoz sonó una orquesta de cuerda. Los hombres aplaudieron

y se dieron palmadas en la espalda. Dimitru, exultante, se arrodilló y besó la pantalla, pero de inmediato se apartó horrorizado.

—¡Corriente! —exclamó, frotándose asustado los labios—. Toda la caja está llena de corriente.

—Utilizaremos la caja como radio —determinó Petre Petrov.

—*Bene bonus* —dijo el gitano, más tranquilo—. Un televisor con sonido siempre será mejor que una radio sin imagen.

Nadie lo contradijo.

Tras unos pitidos, se oyó un gong. «Son las diecisiete horas.» A continuación una vibrante voz masculina anunció el discurso del secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética. Con la pantalla parpadeante, escuchamos la voz de Nikita Sergéyevich Jruschov, sobre la que se superponían las palabras del traductor.

«A partir de ahora la historia de la humanidad deberá reescribirse. Con el *Sputnik* da comienzo una nueva era. Y nosotros la hemos inaugurado. ¿A quién le interesa ya el televisivo perro *Lassie* cuando nuestra *Laika* ya ha dado cien veces la vuelta a la Tierra? Estados Unidos ha sido vencido.»

—¡Eso jamás! —exclamó el abuelo, levantándose exaltado.

«La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas —retumbó en la caja— ha logrado la victoria decisiva contra el poder imperialista de los Estados Unidos de América en la carrera espacial. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas ha empleado a la élite del proletariado intelectual para vencer la fuerza de la gravedad por primera vez en la historia de la humanidad. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas está creando el futuro.»

—¡Apaga esa bazofia! —gritó Hermann Schuster, a quien sólo la palabra «socialista» ya le revolvía las tripas desde que seis años tras el final de la guerra volviera en los huesos de las minas de carbón de Donezk a su patria en Transmontania.

—¡Escuchad, escuchad! ¡Proletariado intelectual! ¡Creadores del futuro! Es lo que siempre decimos nosotros —exclamó Liviu Brancusi.

«Hasta ahora ningún pueblo en el mundo había sido capaz de catapultar seres vivos más allá de la poderosa fuerza de atracción terrestre. Pero pronto no sólo enviaremos satélites a la ingravidez sino también cosmonautas, para izar en la luna la bandera de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas como prueba del rendimiento de nuestros recursos de producción. Los bombarderos de Estados Unidos se han convertido ya en piezas de museo. Con el alcance de sus cohetes ahora mismo apenas pueden...» Entonces el altavoz empezó a graznar.

Mi abuelo giró impaciente el botón de sintonización. Pero los borboteos y silbidos de las interferencias no dejaban oír más que retazos sueltos del discurso, hasta que la señal volvió a ser nítida.

«Esa especie de limonada de coca, el éxtasis de la droga y las horribles disonancias de la música de jazz llevarán a la burguesía capitalista a la ruina. Su

juventud desperdicia el tiempo en cinematecas y bares turbios. Se agitan como animales con sus bailes burdos e intercambian obscenidades en plena calle. En lugar de estudiar la ciencia, la juventud masca chicles pegajosos de la mañana a la noche que transforman el semblante humano en la cara estúpida de una vaca rumiante.»

Algunos hombres rieron y señalaron el tarro con caramelos del abuelo. Él los interrumpió con un seco «Cerrad el pico». Después se oyó ladrar a un perro, que no fue traducido. El comentarista explicó que se trataba de una grabación original de la perra *Laika* que, lanzada a la ingravidez del espacio con la fuerza de medio millón de kilopondios, ahora giraba alrededor de la Tierra en la cápsula espacial *Sputnik 2*.

—Increíble —exclamó Alexandru Kiselev, el futuro mecánico montador en la fábrica de tractores de Ciudad Stalin—. Sencillamente increíble. Medio millón de kilos. ¡Menuda fuerza!

—Equivale a la de sesenta y seis mil seiscientos sesenta y seis caballos —calculó el abuelo.

—¡Tonterías! ¡Mentiras propagandísticas! ¡Basura rusa!

Rojo de ira, Hermann Schuster se levantó de su silla y arrancó el cable del enchufe. El televisor chasqueó y la pantalla se oscureció.

—Me cago en los rusos. —Petre Petrov también estaba furioso—. Lanzas miles de millones al espacio exterior y aquí abajo en la Tierra a la gente le toca comer hierba. Y así nos irá a nosotros también con esos malditos colectivistas.

—¿Y la nueva fábrica de tractores? ¿Quién la construyó si no el Partido, chaval? —replicó Alexandru Kiselev—. Dime, ¿cómo voy a alimentar a una mujer y seis niños en este pueblucho? Explícame, ¿cómo se puede vivir aún de dos vacas y un par de cerdos? Sobre todo ahora que llega el invierno. Si conoces un modo de salir de esta miseria, granuja, pues dilo. Si no, será mejor que cierres ese pico impertinente.

Petre me susurró que para evitar la pobreza Alexandru debería dejar de cebar la barriga de su parienta. Sin embargo, Petre sabía muy bien que a un chico de diecisiete años rodeado de hombres no le correspondía hacer un comentario así en voz alta.

Los Brancusi y el herrero Simenov celebraron efusivamente las palabras de Kiselev.

—Nos negamos el progreso y defendemos nuestro atraso —opinó Liviu—. En el pueblo cada uno ara su propio campo y la cosecha apenas alcanza para sobrevivir. Nos arrastramos detrás de los arados de nuestras bestias de carga cuando el Partido hace tiempo que produce tractores. Tenemos los mejores pastos, pero no vendemos ni un solo litro de leche. Y es que ¿dónde deberíamos venderlos? A Apoldasch solamente lleva una senda plagada de socavones, a pesar de que el Partido esté construyendo nuevas carreteras por todo el país. Seguimos yendo a pie mientras en otros lugares hace tiempo que funciona el ómnibus. Por no hablar de nuestra escuela. Sesenta, setenta niños en un aula educados por una docente de ideología discutible. Y los niños son el futuro. ¿Queremos que nuestra juventud acabe como la de Estados Unidos? Mascando chicle, egoísta, pervertidos por la ociosidad. El camarada

Jruschov tiene razón.

Liviu Brancusi se dio cuenta de que las jornadas de formación del Comité habían servido para algo. La opinión en la taberna estaba cambiando. A su favor.

—¿Por qué no tomamos como referencia a aquellos que tienen éxito? ¿Por qué permanecemos en el bando de los perdedores de la historia? ¡Situémonos codo con codo con los ganadores! Os lo digo yo, ¡aprender de la Unión Soviética significa aprender a vencer! El *Sputnik* es el resultado victorioso de la lucha por el progreso.

Su hermano Nico tomó el relevo.

—Escucha, sabiendo —terció, dirigiéndose autosuficiente a Dimitru—. Respecto a ti y tu palabrería reaccionaria de anoche sobre el *Sputnik*, acerca de que con su pitido hará perder el juicio a las personas, te digo que es lo más estúpido que se ha oído jamás.

—*Quod erat demonstratum* —replicó el gitano con insolencia.

—¡Callad! ¡Reñís como ciegos contra invidentes!

Todas las cabezas se volvieron hacia Johannes Baptiste.

—El próximo domingo —anunció— abordaré las apremiantes preguntas de la actualidad. Desde el púlpito. Y para la ocasión os espero a todos en la iglesia. Católicos, comunistas o no bautizados, no importa. —El párroco señaló el televisor—. Lo que hemos oído por ese aparato es el principio del fin. Se ha abierto la caja de los males, y creedme si os digo que se ha sobrepasado el límite. Los vuelos espaciales de todo tipo, ya sean con perros o personas, deberían estar prohibidos *in principio y ex cathedra*. Las excursiones al espacio exterior son un pecado mortal y absoluto contra el Espíritu. Al ser humano no se le ha perdido nada en la infinidad del firmamento, sólo el Creador todopoderoso.

—*Sic est* —confirmó Dimitru—. Una palabra verdaderamente verdadera.

—¡Qué le importan a la gentuza socialista los preceptos del Señor! —exclamó fuera de sí el sajón Schuster—. Juegan a ser Dios —criticó, y a voz en grito proclamó—: ¡Al infierno con los comunistas!

Roman, el mediano de los hermanos Brancusi, no aguantó más sentado.

—¡Tra-tra-i-do-dor de-de la-la pa-pa-pa-tria! —le gritó a Schuster, tartamudeando como siempre que lo dominaba la excitación.

Acto seguido se lanzó sobre el sajón y al grito de «¡Ma-ma-maldito hitle-terista!» le rompió una botella de Silvaner en la cabeza. Schuster se tambaleó por un instante. Y a continuación se desplomó como un saco empapado. Mientras algunos hombres se ocupaban del desmayado y lo sacaban al aire libre, el abuelo consiguió con gran esfuerzo evitar que los clientes furiosos se arrojaran contra los Brancusi.

—¡Tendréis noticias nuestras! —amenazaron los tres, antes de poner pies en polvorosa.

Hermann Schuster volvió poco a poco en sí, aturdido por el golpe. Acompañado de Kristan Desliu, Karl Koch y yo mismo, regresó lentamente bajo la lluvia hasta su casa. Erika Schuster palideció cuando vio a su marido, sobre cuya frente despuntaba

un chichón. Puso agua a hervir y le colocó paños mojados en la cabeza. Pero Hermann Schuster se arrancó el vendaje y apartó la taza de manzanilla, comportándose como si en la taberna no hubiera ocurrido nada extraño.

Después de la pelea nuestro bar quedó vacío. La mayoría de los hombres se dirigieron a casa malhumorados y sobrios. El reloj no daba ni las siete. La fiesta de Ilja por su quincuagésimo quinto cumpleaños había acabado antes de empezar.

El abuelo ya no entendía el mundo.

—Los satélites rodean la Tierra, y a nosotros los hombres se nos va la cabeza. Pavel, créeme, el orden de las cosas se va a pique. El remolino del mal vuelve a ser poderoso.

Podía leer los pensamientos de mi abuelo. Sabía exactamente hacia dónde vagaban en ese momento. Hacia su hijo Nicolái, mi padre. El abuelo ya había vivido una vez el torbellino de la perdición cuando el Führer había atraído a los sajones a las radios con sus coléricas peroratas, cuando incluso vecinos pacíficos se habían entusiasmado ante la idea delirante de que su canciller los trajera de vuelta a casa, al imperio de sus antepasados. Pero eso no fue lo que ocurrió. Hubo una guerra que proyectó su sombra hasta Baia Luna, durante la cual mi padre se encontraba en el bando equivocado. Y perdió la vida porque creía que estaba en el correcto.

Las unidades de la Wehrmacht habían entrado en Transmontania en otoño de 1940. Como aliados contra Stalin. Los jóvenes, los mejores muchachos de Baia Luna, se habían unido a ellas, encabezados por Karl Koch, Hermann Schuster y Hans Schneider. Y Nicolái Botev. Se presentaron como voluntarios para la inminente campaña militar contra los soviéticos. Querían obtener una victoria gloriosa sobre los bolcheviques, fundir los tanques y los cañones de los ateos de la estrella roja y convertirlos en campanas que proclamarían la victoria de la cruz sobre el comunismo.

La guerra no había dejado huella alguna en mi memoria. Tenía dos años cuando terminó. Pero para el abuelo aún no había acabado. Vivía con una pérdida. Había perdido su futuro, a Nicolái, su único hijo. Creo que desde entonces no había pasado un solo día sin que Ilja pensara en él, a pesar de que le quedáramos su nuera Kathalina y yo. Por supuesto, su hija Antonia también. Sé que el abuelo deseaba que mi tía hubiera abandonado su hogar desde hacía tiempo. Anhelaba de corazón que encontrara un hombre decente. Sin embargo, esa perspectiva de una nueva familia y más nietos no pintaba bien. Una historia de amor truncada sobre la que nadie hablaba había afectado de tal modo a mi tía que se había refugiado en la impasibilidad y la apatía. Llevaba la contabilidad y el papeleo de la tienda de manera concienzuda, pero a eso se reducían sus obligaciones domésticas. La mayor parte del tiempo permanecía tumbada en su cama, consolándose de su dolor con bombones y dulces y contemplando con indiferencia cómo su robusto cuerpo engordaba día a día.

Yo ya tenía quince años, pronto dejaría atrás la escuela. Últimamente, el abuelo me preguntaba más a menudo cómo me imaginaba mi futuro. Pero yo no lo sabía.

—Señor camarero, ¿otro vasito?

Dimitru nos devolvió a la realidad. Estaba sentado en el banco de la esquina junto a la estufa, al lado de Johannes Baptiste y mi compañero de clase Fritz. El abuelo saco Silvaner y *tuica* mientras yo iba al almacén por la escoba y el recogedor. Barrí los cristales de la botella que Roman Brancusi había roto contra el duro cráneo de Hermann Schuster y después me senté con el variopinto grupo.

—Pavel, puedes irte —dijo el abuelo—. La taberna está cerrada.

Miré a Fritz, que me dio a entender que no quería volver a casa.

—Queremos quedarnos —dije—. Aún es temprano.

Fritz asintió.

—La compañía de la juventud siempre resulta agradable —comentó el párroco.

El abuelo no replicó.

Sólo se oía el tictac del reloj, cuya manecilla pequeña sobrepasaba apenas las siete. Johannes Baptiste giraba los pulgares uno en torno al otro, una costumbre que delataba que estaba pensando cómo entrar en materia. Entonces carraspeó y dijo:

—Dimitru, ¿así que crees que detrás de ese *Sputnik* se esconde una historia turbia que nadie es capaz de ver?

—¡Por supuesto!

—¿Y qué fuerzas oscuras crees que lo manejan?

—Estoy muy cerca de hallar la *conclusio*, si tan sólo... —respondió el gitano, evasivamente.

—O sea, que no sabes nada —lo interrumpió el párroco—. ¿Te suena de algo el nombre de Sergéi Pávlovich Koroliiov?

—Deduzco que es un ruso.

—Ucraniano. Ingeniero experto en cohetes. El mejor. Desde hace años, Koroliiov está desarrollando con miles de ingenieros un programa secreto de viajes espaciales tripulados. Mal, muy mal. Y desde hoy sabemos —el cura señaló el televisor— que el *Sputnik* es sólo una fase previa del delirio de omnipotencia humano. Por lo que parece, los bolcheviques efectivamente han logrado vencer la poderosa fuerza gravitatoria, en contra de la naturaleza. Primero un perro, después un mono, luego el hombre. Sin embargo, yo os digo que, según las Sagradas Escrituras, una ascensión está reservada tan sólo a Cristo Nuestro Señor. Aparte de eso, según el plan de salvación divino, la asunción corporal a los cielos sólo le fue concedida a una única persona de carne y hueso. Y como muy bien sabes, Dimitru, ésa fue María, la Madre de Jesús. Así lo determinó en 1950 por escrito en el misterioso dogma el papa Pío en Roma.

—*Sic est* —confirmó el gitano.

—Pero volviendo a Koroliiov. Me preocupan las intenciones de ese ucraniano tan inteligente. De hecho, me preocupan mucho. ¿Qué busca el más importante ingeniero soviético en la soledad del firmamento? Ésta es la pregunta que nos interesa. Y la respuesta aún nos interesa más. —El sacerdote bebió un trago de agua—. Lo habéis

oído a través de la centelleante caja de las desgracias. De la boca de Jruschov. Los soviéticos quieren enviar cosmonautas al cielo e izar la bandera comunista sobre la luna.

—Bueno, ¿y qué? Pues que lo hagan —soltó Fritz, interrumpiendo con descaro al sacerdote.

—Así que tú eres Fritz Hofmann, el muchacho al que se le ocurrió lo de la antena de alambre. Qué listo eres, chaval, aunque nunca te he visto en la iglesia. Pero deberías permanecer callado cuando un adulto habla de cosas sobre las que no tienes ni idea. ¿De acuerdo, listillo?

Fritz trató de disimular cuánto lo había afectado la reprimenda, mientras el benedictino continuaba:

—Si mis informaciones son correctas, Koroliov colabora con un hombre llamado Yuri Gagarin. Cuando Jruschov fue nombrado el año pasado secretario general, Koroliov y Gagarin se presentaron ante el Politburó. Desplegaron los planos de sus cohetes sobre el escritorio de Jruschov y pidieron dinero para un programa espacial titánico. Muchísimo dinero.

—Y lo recibieron —intervino Dimitru—. Probablemente incluso el doble. Supongo que el ejército añadió además una suma considerable.

—En cualquier caso, Koroliov está autorizado para producir cohetes, tantos como quiera. Eso sí, sólo bajo el más estricto secreto en los confines de la estepa kazaja y a condición de que no pronuncie jamás la palabra «ascensión». Sólo puede hablar en clave de «el proyecto». De lo contrario —Baptiste chasqueó los dedos como una tijera—, le cortarán la lengua.

—Pero ¿por qué quiere cortar lenguas el jefe de los soviéticos? —se entrometió el abuelo—. ¿Por una bandera rusa sobre la luna que de todas formas nadie verá desde aquí abajo?

—Olvida la bandera —respondió el cura—. Sólo servirá para hacer rabiar a los estadounidenses y dejarles clara la superioridad soviética. Por presumir. Por la misma razón envía el *Sputnik* esa señal de radio. Desde el punto de vista científico, el pitido carece de sentido. En realidad el *Sputnik* solamente anuncia: Escuchad, escuchad. Existo. Estoy aquí arriba. Así encoleriza Jruschov a su contrincante Eisenhower y demuestra a los estadounidenses que los ingenieros bolcheviques son más rápidos, más avanzados y más inteligentes. Pensad que, en términos terrestres, nos encontramos en plena guerra fría, que en ocasiones puede desencadenar escaramuzas realmente impetuosas. Incluso en Baia Luna. La dolorida cabeza de nuestro valiente Hermann Schuster es prueba de ello. Parece que en la guerra entre sistemas económicos, el Kremlin vencerá la carrera contra los Estados Unidos capitalistas. Pero ésa no es la raíz del problema. La naturaleza de una ascensión es totalmente diferente. Y mi teoría es que Koroliov lo sabe.

El párroco pidió agua fresca e hizo una pausa, supongo que para darnos a los oyentes la oportunidad de formular preguntas. Como no la aprovechamos, prosiguió:

—No veo el mundo con los ojos de la política, sino con los de un guía espiritual. Y cada vez con mayor claridad porque intuyo que mis días están contados. Y lo que veo me preocupa mucho. ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? Éstas son las preguntas fundamentales de la existencia humana. La Tierra solamente conoce una respuesta: de ceniza a ceniza, de polvo a polvo. No hay Dios, no hay cielo. Sin embargo, yo creo en la Santísima Trinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Creo en el cielo. Y en que aún hay alguien ahí arriba.

—¿*Laika*, el perro ese? —sugerí.

—Déjate de chuchos. No, Pavel, me refiero a una mujer. Ya he mencionado el misterioso dogma vaticano de la ascensión corporal en los cielos de María, Madre de Dios. ¿Os hacéis una idea ahora de por qué Koroliov está construyendo cohetes? La razón de que los soviéticos quieran lanzar cosmonautas al firmamento es un asunto tan confidencial que tan sólo Jruschov, Koroliov y ese tal Gagarin están al corriente. Buscan la respuesta a esta pregunta: ¿Dios existe?

—Oh, Dios mío —gimió Dimitru dándose un puñetazo en la cabeza—. Los bolcheviques vuelan hacia las estrellas y simplemente lo verifican. ¡Puro empirismo! ¡La prueba definitiva de la existencia divina! ¡Se acabó Tomás de Aquino!

—Es una manera de verlo. Y apuesto a que cuando en un futuro próximo el primer cosmonauta vuelva del cielo, Koroliov y Jruschov sólo le preguntarán una cosa.

—¿Has visto a Dios allá arriba? —soltó con chulería Fritz.

—Fritz Hofmann, jovencito. Eres un estúpido. Eres el único que no ha estado escuchando. Crees que no puedes aprender nada más. Ni en la iglesia ni de la Iglesia. ¡Craso error, chaval! ¡Craso error! Si reflexionaras, respondón, que no eres otra cosa, sabrías cuál sería la pregunta de Koroliov. Solamente puede ser: ¿has visto a María allí arriba?

Me percaté del tic nervioso de Fritz. Él, a quien ni siquiera la vara de la Barbu le hacía perder la compostura, estaba inseguro. Optó por no replicar y se mordisqueó las uñas. Tuve claro que Fritz había decidido en silencio devolverle al sacerdote la humillación. Pero aún no sabía cómo.

—¿Y por qué no preguntará Koroliov directamente por Dios? —me entrometí.

El benedictino me dio unas palmaditas en el hombro.

—Chico, ponte en su lugar. ¡Intenta pensar como piensa él! Koroliov es un investigador: medir, pesar, contar, comprobar, es decir, un materialista. Un ateo declarado para quien sólo son válidas las hipótesis científicas y su comprobación. De todas formas, no es tonto. Obviamente es consciente de que si, contra todo pronóstico, Dios existiera sus cosmonautas nunca podrían verlo. El Todopoderoso es invisible. Eso ya lo sabían los judíos. Es invisible no sólo para el ojo humano, sino asimismo para aparatos ópticos de todo tipo. El Espíritu Santo también. El *Spiritus Sanctus* escapa a cualquier pupila por el simple hecho de ser un espíritu. Con Jesucristo el asunto es más complicado. Él vivió, sufrió y murió como hombre, y se

elevó como Salvador. Como tal es completamente visible. En la forma del pan bendito y en el brillo de la luz eterna que atestigua la presencia del poder divino absoluto en nuestra iglesia día y noche. Pero ¿qué ocurre con María? María era una criatura humana, y continuó siéndolo en la muerte y más allá de ésta. Así lo reconoció con exactitud el papa Pío, a quien por lo demás no le tengo mayor estima. En 1950, cinco años después de la guerra, promulgó la constitución apostólica *Munificentissimus Deus*. Ésta dice aproximadamente: «Pronunciamos, declaramos y definimos ser dogma de revelación divina que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste.» Eso significa que no sólo el espíritu de María está en los cielos, sino también su carne y su sangre. Ahora imaginaos lo que este dogma de fe significa para un materialista: el reto definitivo. Si el dogma es cierto, entonces esta judía de Nazaret se adelantó a Koroliov. Protagonizó la primera ascensión de la historia, la primera superación de la gravedad. Sin cohetes. Por eso los rusos quieren lanzar cosmonautas a las estrellas. Deben encontrar la respuesta a la pregunta decisiva sobre Dios. Si la Madre de Dios existe y es visible, entonces en buena lógica también existirá el Creador invisible de todas las cosas. Y eso nadie lo sabe mejor que este ingeniero.

—¡Oh, mierda santísima! —aulló Dimitru—. Esto no tiene buena pinta. Malas noticias para los católicos. Y aún peores para los gitanos. ¡María es nuestra madre! ¡Nuestra reina! ¡Ella es nuestra valedora en el trono celestial! ¡*Mater Regina* de los miserables! Sin ella nada funciona en torno a Dios Nuestro Señor. Oh, oh, oídme, si Koroliov encuentra a la Virgen, que Dios nos ampare. ¿No os avisé con tiempo de que con el *Sputnik* comenzarían las desgracias? Pero a un negro nadie lo escucha. ¿Acaso no se rieron de mí? ¿No me criticaron? ¿No me denigraron? ¿No me escupieron? Pero aquí y ahora profetizo que lo que empezó como un pitido acabará en *desastrum*.

—Un momento, un momento. No nos precipitemos —intervino mi abuelo—. Hay un modo de parar a Koroliov.

—No se me ocurre cómo —objetó el párroco Johannes.

—Donde reina la nada, es ciego incluso quien ve —sentenció el gitano tras beber un trago.

—Muy sencillo —aseguró impasible el abuelo—. Los americanos deben adelantarse a los rusos. No pueden permitir que el pitido del *Sputnik* los haga enloquecer. Deben mantener la cabeza fría y construir cohetes a su vez. Mejores que los rusos. Que vuelen más lejos y más alto. Por algo tienen los Estados Unidos de América ciertas obligaciones para con la Virgen María, ¿no? Al fin y al cabo ella protege la ciudad de *Niuyorque* de los ataques enemigos. Es hora de que los yanquis pongan algo de su parte y protejan a María.

Dimitru se levantó despacio, manifiestamente borracho. Tras tambalearse, recuperó el equilibrio y se echó a los brazos de Ilja.

—¡Exacto! América construye cohetes y salva a la Virgen. Y los soviéticos se dan cabezazos contra la pared. ¿Por qué no se me ocurrió a mí? ¡Sería la solución!

—No sería, sino que es la solución, Dimitru —lo corrigió mi abuelo, envalentonado.

La luz del Santo Sacramento, cabello rubio al viento y un plazo de tres días

—Es hora de irse —anunció Johannes Baptiste, cogiendo su bastón—. Hasta el sermón del domingo. Ha llegado el momento de hacer frente a los colectivistas.

Golpeó con el bastón el aparato de televisión, farfulló acerca de *apparatura diavoli non grata* cuya presencia transformaba toda taberna pacífica en un antro de peleas constantes, y señaló el regalo de cumpleaños envuelto en el paquetito marrón que Ilja había depositado junto a la caja registradora.

El abuelo tendió el brazo al sacerdote y se ofreció a acompañarle a la casa parroquial. Pero Baptiste negó con la cabeza bruscamente, y a continuación sus pasos lentos y pesados fueron perdiéndose en la oscuridad nocturna.

Fritz y yo también nos levantamos. Aunque bostecé, no estaba cansado. Tenía ganas de movimiento, de aire fresco. Mi amigo permanecía en silencio. Apretaba los labios como una prensa. Hervía de rencor contra el sacerdote por su reprimenda.

Dimitru cogió la botella de *tuica* y alzándola la sostuvo a contraluz. Estaba vacía. Echó un ojo al vaso de vino que el párroco había dejado intacto y balbuceó con la lengua trabada:

—Lo que la mano bendita ha rechazado, bien puede servirle al gitano.

Entonces se echó el Silvaner al gaznate y tambaleándose se encaminó a la veranda. Sus manos buscaron apoyo en la barandilla de madera, pero se asieron al vacío. Dimitru trastabilló, se deslizó panza abajo por los resbaladizos escalones y aterrizó de cabeza en el barro. Tras soltar un lastimoso gemido, maldijo a san José, el patrón de los carpinteros, y contra la fatalidad de las escaleras mojadas por la lluvia. Después se palpó el muslo, la rodilla y la pantorrilla, mientras el barro le chorreaba del pelo.

—*Morphium* —gimió—, dadme morfina.

—Déjate de teatros, blandengue —lo increpó mi abuelo.

Dimitru obedeció con la boca desencajada y el rostro desfigurado en una mueca tan afligida que no pude reprimir una sonrisa maliciosa.

—¡Pavel! ¡Fritz! Ayudad a Dimitru, llevadlo a casa.

Lloriqueando, el gitano se levantó a duras penas y se apoyó en mi brazo. Entonces empezó a cojear, entre llantos y quejidos, colgado de mi hombro como un saco de cereales mojado. Fritz nos seguía. El reloj de la torre en la iglesia fortificada dio las nueve y media cuando llegamos a la barraca del gitano en la parte baja del pueblo. Su sobrina Buba recogió a su tío, borracho como una cuba. Dimitru cayó

sobre la alfombra, se acurrucó en posición fetal y se durmió de inmediato. Buba le quitó los zapatos, le encajó un cojín bajo la cabeza y lo tapó con mantas y pieles de oveja.

—El tío Dimi se enfría fácilmente. Seguro que fue un bloque de hielo en una vida anterior —dijo sonriente, tendiéndome la mano. Aunque aquella chica de rebeldes rizos negros normalmente no escatimaba en impertinencias descaradas, nos dio las gracias por nuestra ayuda y preguntó si queríamos quedarnos un ratito.

—Aún tengo cosas que hacer —rehusó Fritz.

—Otra vez será —dije a mi pesar, encogiéndome de hombros.

Buba quiso darme la mano de nuevo, pero sonrió y me acarició fugazmente la mejilla. Me llegó el aroma de su cabello. Lo de sus rizos no era un olor, sino una fragancia de fuego, humo y tierra húmeda. La sangre se me subió a la cabeza. Me acaloré.

—¡Bubaa! ¡Bubaa! ¿Hay alguien ahí? —gritó una voz estridente.

—Mi madre llama. Hasta pronto, en la escuela —dijo la gitana, desapareciendo.

¡La escuela! Me pareció que había transcurrido una eternidad desde la mañana en que la maestra Angela Barbulescu me había encargado colgar de la pared el retrato de Stephanescu. La orden «¡Manda a este hombre al infierno! ¡Elimínalo!» resonaba ahora débil desde una incierta lejanía. Sin embargo, volvía a ver a la Barbu frente a mí. De pie ante la clase, enfundada en sus botas de goma, la frase de Fritz en la pizarra, la de la chimenea. Y ella llorando en el trapo sucio de polvo de tiza.

Fritz y yo dejamos atrás el asentamiento gitano en silencio. Allí donde la calle del pueblo empezaba a subir ligeramente, a mano derecha se encontraba la casucha de madera de Angela Barbulescu, de la que una vez había huido en estampida.

—¿Por qué no hay ninguna lámpara encendida donde la Barbu? —pregunté.

—Y yo qué sé —gruñó Fritz.

—La luz debería estar encendida. La Barbu siempre se acuesta tarde. —Me acerqué y reparé en que las cortinas no estaban echadas—. No está en casa —deduje—. Normalmente siempre está. Nunca sale.

—Probablemente se haya emborrachado y esté sobando. Como ese gitano cabeza de chorlito.

Sacudí la cabeza sin objetar nada. Volvimos al pueblo. Cuando alcanzamos los muros de la iglesia fortificada me dirigí a la izquierda. Quería acostarme, pero entonces cambié de opinión sin saber por qué.

—Te acompaño a casa —propuse.

Fritz se detuvo y me miró boquiabierto. De manera hostil. Y el dique se rompió. El rencor que había ido acumulando a lo largo de la noche se derramó rugiendo con toda su fuerza.

—¿A casa quieres acompañarme? En este pueblucho no tengo hogar. ¡Entérate de una vez! Solamente vivo aquí con mis padres. ¡Por desgracia! Aquí todos están locos. Ese párroco hipócrita. Ese estúpido gitano. Tu tonto abuelo y tú también. Tú eres uno

de ellos. Uno de esos idiotas. ¡No entendéis nada! ¡El Partido, la Barbu con sus poesías de mierda, Koroliiov! ¡Sputnik! Todas esas imbecilidades estúpidas. ¡María en los cielos! Qué ridículo. ¡Absolutamente ridículo! —gritó enfurecido—. No existe el cielo. Y tampoco el infierno. —Entonces parodió al cura Johannes—: Proclamamos «que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste». A la mierda María. A la mierda. No está en ninguna parte. Y Dios tampoco. Dios está muerto. Vuestro estúpido Dios está muerto. Sois ciegos e idiotas. Idiotas imbéciles e ignorantes.

Para mi asombro, constaté que no me había asustado. Tan sólo estaba sorprendido. Jamás había visto a mi compañero de escuela así. Rabioso, temblando de ira. Todos los cañonazos de insultos que disparó me alcanzaron, pero rebotaron. Bombas sin detonador. Ineficaces proyectiles que no estallaron. Sin embargo, habíamos llegado al enfrentamiento. Siempre había temido una pelea así, había buscado vías de escape para evitarla. Pero aquí estaba. La pelea no me atemorizaba ni amedrentaba. Las compuertas de la ira se habían abierto y yo estaba preparado, pleno de ardor y vida. Y sereno.

—No has dicho nada nuevo. Sé desde hace tiempo que algún día desaparecerás de Baia Luna. Realmente no eres uno de los nuestros. No perteneces a este lugar. Y también sé que pagarás un precio por tu partida. Habrás de pagarlo.

—¡No debo nada! —La cólera de Fritz dejó paso a la obstinación—. ¡No debo nada a nadie!

Me reí con sorna. Sólo en mis años de madurez comprendería por qué fui injusto con Fritz al provocarlo:

—Hace cinco minutos sí debías. Le has dicho a Buba que aún debías hacer una cosa. ¿Justo ahora? ¿A estas horas?

Fritz miró hacia la iglesia. En la oscuridad, las manecillas del reloj de la torre no se distinguían.

—Hablas siempre como si estuvieras más enterado que los otros, pero nunca pasa nada —seguí pinchándolo—. Tú vete a Clusoara, que yo me voy a la cama.

—¡Espera! —Fritz se acercó a la pared de piedra, el muro de defensa que una vez hubo de proteger la iglesia fortificada de Baia Luna del ataque musulmán. Continuó hasta el portón de roble que llevaba al patio interior de la iglesia—. ¡Ven conmigo! —gritó.

—¿Qué buscas ahí?

—Ven —repitió—. Quieres que pase algo. Pues ahora verás.

—¿Qué?

—Que Nietzsche es más listo que vosotros los católicos piadosos. Vuestra iglesia no es más que el panteón de vuestro Dios. Anda, ven de una vez.

Lo seguí. Sin vacilar. No guiado por su tono autoritario, sino por un vago instinto. ¡Nietzsche! No tenía ni idea de lo que ese prolífico autor había puesto por escrito. Pero había despertado mi curiosidad. Había leído el nombre en múltiples ocasiones:

F. W. Nietzsche, grabado en letras doradas sobre volúmenes encuadernados en cuero marrón oscuro. Los libros estaban en un estante del salón de los Hofmann, junto al póster de la Virgen de la antorcha. Al padre de Fritz le hacía gracia ese Nietzsche. ¿Por qué? Nietzsche en sí me importaba un bledo, a mí me interesaba otra cosa: la turbia existencia de Heinrich Hofmann. Era el único en Baia Luna que debía de saber algo sobre el pasado de la profesora Barbulescu. Fritz había asegurado que su padre y el doctor Stefan Stefanescu eran buenos amigos. Hofmann había hecho el retrato del secretario del Partido de Clusoara para las aulas y las oficinas. Además había tomado en la París del Este aquella foto en que la bella Angela tendía anhelante los labios para besar a Stefan Stefanescu. A través de Fritz y ese Nietzsche esperaba averiguar algo sobre Heinrich Hofmann. Acerca de sus opiniones. Quizá el tal Nietzsche escondía una pieza del mosaico para resolver el acertijo que me planteaba un hombre en quien no confiaba, a pesar de que no era capaz de identificar por qué me resultaba sospechoso.

Cuando nos encontrábamos debajo de la torre, el reloj de la iglesia dio las horas. Conté diez campanadas. En el patio de la familia Schuster el perro pastor comenzó a ladrar. Al principio con un ladrido estridente, después con un gruñido furioso, hasta que calló. Al mismo tiempo todo se hizo oscuro. Como siempre a las diez, cuando la central eléctrica de Clusoara cortaba la corriente de las farolas de los pueblos del distrito.

Fritz empujó el picaporte de la puerta de la iglesia, que por orden del párroco Johannes nunca podía permanecer cerrada.

—¿Por qué está tan oscuro? —siseó Fritz.

—A lo mejor podrías apartar la cortina —aconsejé en tono desdeñoso. Busqué a tientas frente a mí y palpé el grueso terciopelo que protegía a los feligreses de la corriente en los días fríos. Levanté la cortina y pasamos agachados por debajo hacia la nave del templo.

Fritz Hofmann pisaba una iglesia por primera vez en su vida. Se respiraba un aire estancado, un vapor enmohecido mezcla de incienso frío, cera quemada y sudor humano.

—¿Siempre apesta así?

No respondí y permanecí quieto un rato hasta que mis ojos se hubieron acostumbrado a la tenue luz. Ésta brillaba desde una lamparita de aceite en la pared situada a la derecha junto al altar y bañaba la casa de Dios con un resplandor rojizo. Miré alrededor. Todo estaba en su lugar. A mi derecha la escalera hacia la sillería del coro, la pila bautismal, el púlpito, debajo de éste los bancos, en dos hileras separadas para hombres y mujeres, los reclinatorios para recibir la Sagrada Comunión, detrás la zona sagrada con el ambón, el altar mayor con el Santísimo y la imagen del Pantocrátor, los altares laterales tallados con los condenados y los justos en el Juicio Final. Sabía que los malditos se arrancaban los pelos y rechinaban los dientes, mientras que los salvados gritaban de júbilo y alegría. Cada uno de los detalles, que

de manera tan plástica se me presentaban durante las misas de los domingos, eran ahora apenas perceptibles como sombra bajo el brillo apagado de la luz del Santo Sacramento. Había aprendido que esa luz atestiguaba la existencia de Cristo, avalaba su presencia en la forma del pan bendito en el sagrario, pero durante el día nunca había prestado atención a la lamparita. Sin embargo ahora, de noche, el farolillo rojo cautivaba mi mirada. La pequeña lamparilla de aceite brillaba de manera discreta y silenciosa. Como si no quisiera iluminar el mundo, sino simplemente robarle algo de sus tinieblas.

Fritz avanzó a zancadas por el pasillo central. Sus zapatos golpeteaban el suelo de piedra y resonaban en la bóveda. Se detuvo en la pila bautismal y chasqueó los dedos en el agua. Algunas gotas humedecieron mi cara. Entonces hundió las manos en la pila e hizo con la izquierda gestos extravagantes que parodiaban la señal de la cruz.

—¿Ves? —dijo—, me bautizo a mí mismo. Con agua, con H dos O estancada.

—Por supuesto que es agua —repliqué en voz baja—. Vámonos.

—Enseguida. Pero antes mi pequeña demostración. Atento. Verás lo muerto que dormita vuestro Dios en este sepulcro. Y te prometo que ni se dará cuenta.

Antes de que comprendiera a qué se refería, Fritz saltó sobre el banco de la comunión hacia el altar. Subió los escalones y cogió una de las sillas que ocupaban los monaguillos durante el sermón. Después la empujó hasta debajo del candelabro de hierro forjado del que colgaba con finas cadenas la pequeña lámpara de cristal. Vi que el reflejo de la luz caía sobre el tablón de cantos, las cifras de madera indicaban el número 702 del cancionero católico. *Te alabamos, Señor* era la última canción que se había cantado en la iglesia.

—¡Ninguna luz brilla eternamente! —chilló Fritz.

Entonces hinchó los carrillos y sopló. La pequeña llama titilaba, como en lucha contra la muerte. Durante uno, quizá dos segundos. Y se extinguió.

Recuerdo que en aquel momento pensé en la gitana Buba, en su áspera mano en mi mejilla, su cabello fragante y los graznidos de su madre: «Bubaaa, ¿hay alguien ahí?» Cuando el aliento de Fritz Hofmann apagó la luz del Santo Sacramento, ese recuerdo de Buba se iluminó de pronto. De nuevo me sorprendí. Me pareció que me observaba a mí mismo en plena oscuridad con la mirada de un extraño y al mismo tiempo de un íntimo amigo. Vi cuanto podía hacer. Podía rugir. Tachar a Fritz de chiflado. Abalanzarme hacia el sacrílego, darle una paliza. Un puñetazo en el estómago, en la cara. Podía salir corriendo. Llamar al párroco. Tocar la campana. Ninguna opción quedaba excluida. Podía elegir. Sin embargo, no escogí yo. Fueron mis pies los que me indicaron el camino. Simplemente salí de allí con los ojos cerrados. Por el pasillo que había recorrido cientos de veces. Cada domingo desde que aprendí a caminar. Cuando la puerta de la iglesia chirrió, me sobresaltó un grito. La voz, quebrada por un gallo, resonó desde la oscuridad repetidamente entrecortada por su propio eco: «¡Espera! ¡Espérame! ¿Cómo salgo de aquí?»

No paraba de dar vueltas en la cama. El abuelo Ilja y mi madre dormían. Desde la habitación contigua me llegaban los ronquidos regulares de la tía Antonia. Ni pensar en dormir. Mi corazón bombeaba la sangre con tal fuerza que las venas del cuello se me hinchaban y la cabeza amenazaba con estallarme. Llevaba así dos o tres horas ya.

Me levanté, abrí la ventana y contemplé la noche. Aspirar, espirar. Aspirar, espirar. No pensar en nada. Tranquilizarse. Percibía la paz que reinaba en Baia Luna, pero no podía unirme a ella. Aquel silencio era engañoso. No estaba en ningún lugar. Venía de la nada.

Fritz Hofmann no había apagado una mecha, había sobrepasado un límite. Había infringido una prohibición tan incuestionable, tan innegable que no precisaba ser nombrada ni formulada. Aquel límite era invisible pero real. Era «el» límite; el umbral que se oculta y esconde y no se muestra hasta el momento en que se cruza. Un umbral tras el que no había retorno posible.

Si al menos no hubiera ido con él... Si hubiera agarrado a Fritz, si lo hubiera bajado de la silla. Si así hubiera sido, habría ido a la escuela al día siguiente, habría hecho los ejercicios de cálculo, copiado de buena gana cuanto la señorita Barbulescu me hubiera mandado.

Por otra parte, ¿por qué debía sentirme responsable, culpable por las acciones de otros? Fritz era Fritz, y yo era yo. Ésa era mi exculpación, la absolución del sentimiento de culpa que me consumía. Sin embargo, yo había dejado hacer a Fritz. Lo había dejado solo con el tal Nietzsche. Había utilizado a mi compañero de manera fría y calculadora para que pasara algo, únicamente para obtener alguna información sobre su padre.

Me puse el jersey y me subí apresuradamente los pantalones. Con los zapatos en la mano, bajé sigilosamente la escalera. En la tienda cogí una cajita de cerillas. Después me encaminé a la salida trasera, me calcé y eché a correr hacia la iglesia. El portón se hallaba abierto. Como estaba oscuro, casi tropecé con la pesada cortina de terciopelo, que había sido arrancada de su sujeción y yacía sobre las losas. Encendí una cerilla y avancé por el pasillo central hasta el altar. Me acerqué con cuidado al presbiterio. La silla sobre la que se había subido Fritz seguía bajo la lamparita apagada. Olía a aceite quemado y mecha extinguida. Metí la caja de cerillas en el bolsillo del pantalón y, a oscuras y encorvado, subí los escalones del altar. En unos momentos todo volvería a ser como antes. Al enderezarme, me golpeé la cabeza contra algo duro. El ambón cayó con gran estrépito. Sentí un dolor agudo y punzante. Al llevarme la mano a la cabeza noté la sangre caliente, que ya goteaba en el suelo. Entonces la puerta de la sacristía se abrió de golpe. Alguien entró en el templo despacio, con paso torpe y sosteniendo una lámpara de petróleo. Era Johannes Baptiste. Se acercó y alzó la luz frente a mi cara ensangrentada.

—¡Pavel! —La voz del párroco traslucía el horror de la decepción—. ¡Pavel, tú! ¿Qué has hecho? Pero ¿qué has hecho?

—Yo, yo sólo quería...

—¡Largo! ¡Fuera de la casa de Dios! —tronó—. Jamás volverás a pisar este templo.

Para cuando llegué a comprender el alcance devastador de aquellas palabras, el cura ya había desaparecido en la sacristía con un «¡Vete al infierno!». Abandoné el templo.

En el extremo de la plaza del pueblo me incliné sobre un tronco hueco que servía de abrevadero y me lavé las manos. Metí la cabeza en el agua fría y me limpié la pegajosa sangre de la cara y el pelo.

¿Qué debía hacer? ¿Con quién podía hablar? El abuelo Ilja se pondría siempre del lado del párroco. De mi madre, mejor olvidarme. ¿Y el propio Johannes Baptiste? ¿Debía acudir a él al día siguiente y aclarar el malentendido, demostrarle mi inocencia? Presentarme ante un viejo vociferante que me había prohibido la entrada en la casa de Dios sin verificar las circunstancias. Que me había insultado y condenado al infierno, a mí, que lo único que pretendía era restablecer el orden anterior. Sentí una rabia... ¿Qué se creía ese cura? ¿Cómo se atrevía a erigirse en juez del bien y el mal?

No, no iría a verlo. Aunque aquella noche mi amistad con Fritz Hofmann hubiera muerto para siempre, no lo delataría. Nunca me convertiría en un Judas para pedir la absolución a ese engreído hombre de la Iglesia, y además por una acción que yo no había cometido. Jamás.

Pronto cumpliría los dieciséis. Me hallaba en un limbo, a medio camino entre la niñez y la hombría. Y entonces, mientras me lavaba la cara ensangrentada en el abrevadero de la plaza del pueblo en plena noche, comprendí que estaba solo. Por primera vez experimenté el dolor de no tener padre, el vacío, el abandono. Nunca había echado de menos la figura paterna. Me bastaba la fotografía que mi madre sacaba de la vitrina las noches de invierno. Cuando se sentaba en la butaca y recordaba en sueños a su hombre, a su Nicolái Botev, a mi padre. Un desconocido. Ahora añoraba a ese extraño que había marchado a una guerra de la que no había vuelto. Que se había llevado algo mío, algo que yacía muerto y reseco en la lejana Rusia, una parte de mis raíces, la fuente de las certezas. Anhelaba una mano firme, un brazo fuerte y la seguridad de que al final todo acabaría bien. Y sin embargo, no sólo sentía dolor, no sólo tristeza y rabia. Asimismo, una sensación desconocida nacía en mí, se abría paso hacia la conciencia, se imponía, al principio con dificultad, después poderosa y fuerte. En la noche en la que la luz del Santo Sacramento se extinguió en Baia Luna, me di cuenta de que estaba solo en el mundo. Y aquella toma de conciencia no me disgustó. Ya de madrugada, tumbado en mi cama, lloré amargas lágrimas de felicidad. Me sentía libre.

Aún dormía cuando sonó el timbre de la escuela. Mi madre y el abuelo no me despertaron. Así que no me enteré cuando Buba Gabor entró en la tienda poco antes

de las ocho. Había estado cuidando de su tío Dimitru, que después de caerse por la escalera de nuestra veranda aún seguía durmiendo bajo una montaña de pieles de oveja. Más adelante Buba me contó que le había sorprendido que su tío se hubiera girado mientras dormía, hasta acabar con los pies sobre la almohada. Sin embargo, no mencionó que había registrado los bolsillos de la chaqueta de Dimitru a toda prisa y le había birlado un par de monedas.

—Hijo, ¿qué te ha pasado? —soltó mi madre cuando bajé hacia las nueve. Tenía profundas ojeras y el pelo pegado en greñas—. Siéntate —me ordenó, y se puso a examinar la herida de mi cabeza.

Sobre la frente, por encima del nacimiento del pelo, se abría un desgarro, una herida aún fresca que, según mi madre, por suerte no era tan grave.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber. Mi abuelo también se mostró preocupado. Esboqué un gesto con la mano quitándole importancia y conté que me había golpeado contra el quicio de la puerta abajo, en el asentamiento gitano, cuando había llevado al borracho Dimitru a su casa la noche anterior. Mi madre, satisfecha con la explicación, fue por gasas para vendarme la cabeza y me prescribió reposo en cama. Rechacé malhumorado los cuidados.

—Ah, antes de que lo olvide —dijo—, esta mañana tuviste visita. Vino Buba. Creo que quería recogerte para ir a la escuela.

—¿Lo crees o te lo dijo ella? No es propio de Buba.

—Preguntó por ti. Le dije que aún dormías y que quizá te hubieras resfriado. Como ayer estabas congelado y pasaste medio día sentado junto a la estufa... Bueno, tu amiga pareció desilusionada. Después compró unos chicles. Todo un puñado. Y lo más increíble: les arrancó el papel plateado y se los metió en la boca todos a la vez.

—He de ir a clase —dije, y me eché la chaqueta por encima y salí por la puerta.

Por la noche había refrescado bastante. Aunque lucía el sol, se notaba la inminencia del invierno. Arriba en las montañas ya había nieve. Del patio de la escuela llegaba el griterío de los alumnos. Miré hacia el reloj del campanario. Marcaba las nueve menos cuarto. A esa hora no había recreo. Seguro que la profesora no había aparecido y que nunca más vendría. Tuve la certidumbre de que la Barbu jamás volvería a dar clases en Baia Luna.

—¡No hay clase! La Barbu no está. —Buba me había visto y corría hacia mí—. Creía que estabas enfermo. Resfriado.

—¿Cómo lo sabes? —No dije que mi madre me había referido su visita.

—El tercer ojo —repuso ella, tocándose la frente—. Deberías saber que el tío Dimi y yo tenemos visiones. Espero que valores el hecho de que le cuente esto a un *gadjo* como tú. Porque entre nosotros los gitanos...

—¿Dónde está la Barbu?

—No lo sé —respondió, echándose los rizos atrás—. En cualquier caso, no aquí.

—¿Y qué ve tu tercer ojo? —pregunté con sorna.

Ella bajó la mirada y cerró los ojos.

«¿Qué significa esta tontería?», estaba a punto de decirle, cuando las palabras se me atascaron en la garganta. Buba parecía una estatua. Inmóvil. Entonces juntó sus manos y alzó la cabeza hacia el cielo infinitamente despacio. Apenas me atrevía a respirar. Estaba maravillosa, sucia y bella. Su cabello desgredado, su proporcionado rostro, la piel aterciopelada y los carnosos y oscuros labios.

De pronto se estremeció, permaneció inmóvil un instante y luego miró fijamente, con ojos muy abiertos.

—Tengo miedo —susurró.

—¿Qué ves? —pregunté, sintiendo un escalofrío.

—Veo flores, girasoles amarillos, brillantes.

—¿Y?

—Su pelo. El pelo de la Barbu ondea al viento.

Entonces salió corriendo en dirección a la parte baja del pueblo. A reunirse con su gente. La seguí sin prisa. Jamás la habría alcanzado. De camino al asentamiento gitano vi que las cortinas de la Barbu seguían descorridas. Frente a la barraca de Dimitru, palmeé las manos.

—Adentro —exclamó una voz desconocida—, y que todos los disgustos se queden fuera.

Me quité los zapatos y entré en la habitación de Dimitru. Él no estaba.

—Nada de asustarse —dijo un gitano de espeso bigote—. Soy Salman, primo de Dimitru. —Estaba sentado en un taburete al que le faltaba una pata, con una tabla de madera en el regazo sobre la cual había una sartén con cebollas y carne de carnero grasienta. Me ofreció un trozo de pan y me pasó la sartén—. Mojar y masticar despacio. Ahuyenta a los espíritus de la noche.

Rehusé.

—¿Dónde está Dimitru? ¿Y Buba?

—Dimitru en la biblioteca. Estudios urgentes. Pero no me preguntes qué le ocurre, porque si no tendré que preocuparme. «¿Adónde vas tan pronto?», le pregunté esta mañana. ¿Y sabes lo que me respondió? «Si no salvo a María estoy perdido.» Eso dijo. ¿Acaso lo entiendes? ¿A qué María se refiere? Ayer aún estaba de buenas. Ahora esa mujer le ha hecho perder la cabeza. Algo ha ocurrido. Ayer, en ese cumpleaños. Y hazme caso: fuera lo que fuera, no es bueno.

—¿Y dónde está Buba?

—¿Dónde va a estar? En la escuela.

—Hoy no hay clase. La profesora ha desaparecido.

—¿Dónde va a desaparecer una profesora en este pueblucho? —inquirió Salman, frunciendo el ceño.

Sin esperar respuesta apartó la sartén, se limpió la grasa de la boca y el bigote con la manga de la camisa y se levantó. El taburete volcó. Poco después volvió con Buba. Él se sentó de nuevo sobre el taburete cojo y nos ofreció asiento en el dormitorio de Dimitru.

—Buba, tengo que saber qué más has visto acerca de la Barbu —supliqué—. Por favor. Dímelo.

—Tan sólo girasoles amarillos y su cabello al viento.

—Pero la Barbu tiene el pelo corto, ¿cómo va a ondear al viento?

—Yo tampoco lo sé. Pero la he visto así. Con cabello rubio y largo. Seguro. Y el pelo estaba atado con un pañuelo, en una coleta.

—Como en mi foto —se me escapó.

—¿Qué foto? ¿Es que una muchacha rubia te ha regalado una foto suya?

Observé su expresión ofendida y pregunté:

—¿Cuándo viste a la Barbu por última vez? Porque vive aquí al lado.

—Ayer no fui a la escuela. Así que anteayer —respondió ella secamente—. Después ya no más.

—¿Barbu? —se entrometió Salman—. ¿Os referís a la señorita Barbulescu?

—Sí. ¿De qué la conoces?

—No la conozco. Nunca la he visto. Pero ayer recogí a un tipo. Es que traje el televisor ese a Dimitru, en el carro desde Clusoara. Recogí al hombre de camino hacia aquí, después de Apoldasch. Me dio pena, iba a pie con un tiempo de perros, así que me lo traje. Ojalá lo hubiera dejado, porque por el camino me dio la tabarra... Que a quién conocía en Baia Luna, si me sonaba el nombre de la profesora. ¿Sí, de qué?, me preguntó entonces. Y después, sin más, el tipo va y me sigue hasta aquí dentro, a este cuarto, y pregunta presuntuoso como un gallito a Dimitru por la casa de la señorita docente Angela Barbulescu. Mi primo dice: «Enfrente en diagonal.» Y zas, el tipo desaparece. Sin dignarse ni a dar las gracias. Por lo menos podría haberme ayudado a descargar el armatoste ese.

—¿Qué aspecto tenía?

—Grandullón, unos dos metros. Un armario. Abrigo largo marrón. Sombrero. Bigote como el mío, sólo que más claro. De unos treinta, treinta y pico, calculo, si es que se os puede calcular la edad a vosotros los *gadje*. Una verruga en la mejilla derecha. No, espera, en la izquierda. Desde mi perspectiva en la izquierda, una cosa abultada... Tenía un aspecto extraño. Me pregunté por qué no se quitaría esa cosa. Un pequeño corte, y fuera. En cualquier caso no dio las gracias. No le gustaban los gitanos. Un negro como yo se huele esas cosas.

Me levanté.

—¿Adónde vas? —preguntó Buba.

—A casa de la maestra.

—Te acompaño.

Ante la casucha de la Barbu ya se habían congregado algunos habitantes de Baia Luna. El hijo de Hermann Schuster había informado a sus padres de la ausencia de la profesora. El padre había pedido a su mujer, Erika, que fuera a ver qué pasaba con la Barbu, ya que él sufría fuertes jaquecas desde que le habían roto la botella de vino en la cabeza. Ahora madre e hijo estaban delante de la casa de la maestra, tan

desconcertados como Julia Simenov y su padre Emil, el sacristán Knaup y una buena docena de alumnos. La viuda Kora Konstantin se mantenía un poco apartada murmurando el primer avemaría del rosario de los misterios gozosos.

—¿A qué esperamos? —inquirió Emil Simenov dando un paso al frente. El herrero, que llevaba un martillo al hombro, abrió de una patada la cancela del jardín—. En caso de urgencia debemos echar abajo la puerta de la casa —masculó mientras yo lo adelantaba.

Empujé el picaporte. No estaba cerrado. La llave estaba puesta por dentro.

—Quita de ahí, muchacho. ¡Aparta! —gruñó el herrero.

—Es mi profesora, no la tuya —repliqué, y me adentré en el pasillo—. ¿Señorita Barbulescu? —llamé—. ¿Señorita Barbulescu?

—¡Hola! ¿Hay alguien? —terció Erika Schuster. Pero no hubo respuesta—. Tenemos que echar un vistazo —dijo la señora Schuster, abriendo con determinación la puerta del salón.

La maestra no estaba. La habitación tenía el mismo aspecto que recordaba de mi única visita. Limpia y recogida. Junto a la estufa había un montón de leña apilada. Erika Schuster tocó la chimenea.

—Templada. No ha puesto la calefacción. Seguramente anoche no estuvo aquí.

—Ha vuelto a beber —observó Simenov—. Y mucho.

Sobre la mesa había una botella vacía y un vaso. Cogí el vaso.

—¡Trae aquí! —El herrero me lo arrebató y lo sostuvo brevemente bajo la nariz—. ¡*Tuica!* Lo sabía...

Algo no cuadraba. Recordé aquella noche aciaga en que la Barbu se me había insinuado en su sofá. Entonces también había bebido. Pero mi ojo experto de mozo de taberna había detectado la ausencia de vasos a la vista. La Barbu bebía de la botella. Así que el vaso en su salón únicamente podía significar que durante sus últimas horas en Baia Luna no había estado sola. Alguien había bebido en su compañía. Me guardé esa conjetura para mí.

—¡Una botella entera! —recló incrédula Erika Schuster—. Seguro que aún está tan borracha que anda vagando por alguna parte. Y con este frío, ahora que empieza a helar. Veamos si cogió su abrigo.

Emil Simenov miró alrededor en el pasillo.

—¿Un abrigo negro con cuello de piel?

—Sí —dijo la señora Schuster.

—Está aquí colgado.

La mujer abrió la puerta del dormitorio.

—¡Oh! Se hace la cama y todo. —La sajona pareció sorprendida y su mirada se posó en cada esquina de la estancia. Luego abrió de golpe la puerta del ropero—. Uno, dos, tres. Tres jerséis de lana —contó en voz alta.

—Aquí no se nos ha perdido nada —decidió el herrero—. Vámonos. Ya aparecerá.

—Una falda. ¡Y dos vestidos azules!

La señora Schuster aún seguía con las narices metidas en el armario de Angela Barbulescu. Miré por encima de su hombro. Aspiré la fragancia a rosas. Yo sabía qué buscar, pero intuí que no lo encontraría. Había una percha vacía. Faltaba el vestido de los girasoles amarillos. Miré alrededor. Tampoco encontré el retrato enmarcado de Stephanescu.

Tiempo después se rumoreó que cuando salí por la puerta del jardín a la calle estaba tan pálido como la muerte. Que los alumnos se hicieron a un lado y que la Konstantin, al verme, se llevó tal susto que rompió su rosario, cuyas cuentas cayeron como granizo sobre la acera. Que la gitana Susanna Gabor tiró del pelo de su hija Buba gritando «¡Ven inmediatamente a casa!» y que, señalando con el índice la casa de la Barbulescu, declaró: «Bajo ese techo habita la desgracia.»

Yo sólo recuerdo que me tumbé en mi cama exhausto, con la voz de Buba resonando en mi oído: «Dormir, Pavel, tienes que dormir.»

En aquellos días, la cazuela de los rumores se desbordó en Baia Luna. Y todos la removían. Excepto el cingaro Dimitru, que no salía de la biblioteca parroquial. Ni siquiera tocaba la comida que Buba le dejaba frente a la puerta. Se reavivaron las habladurías más o menos silenciadas sobre el turbio pasado de Angela Barbulescu. Kora puso en circulación rumores sobre las «inclinaciones ninfómanas» de la Barbu, que la habían atraído de vuelta a la ciudad, mientras que el pastor Scherban estaba convencido de haber oído aullar a la maestra con los lobos allá arriba, en Fagaras. Muy probablemente desnuda, como insinuaba Erika Schuster. En cualquier caso, decía, llamaba la atención que en el armario de la Barbulescu no faltara ni una sola prenda.

El sacristán Julius Knaup también alimentó la suposición de que ciertos poderes diabólicos podían estar detrás de la desaparición de la profesora. Atónito, contaba a todo el mundo que en la iglesia había tenido lugar una lucha encarnizada. Primero había descubierto la cortina arrancada en la entrada, para enseguida darse cuenta de que en el altar alguien había volcado el atril de lecturas. Y aquella sangre. Sangre por todas partes. Incrustada en los escalones que conducían al altar, en el ambón, en la nave central. De inmediato, algunos hombres se apresuraron con Julius para seguir el rastro de sangre. Éste se desvanecía en el abrevadero, donde sólo podían verse huellas de pezuñas, lo que el cuñado de Kora Konstantin, Marku, señaló como un claro indicio de que el propio diablo había subido del averno para profanar el templo. Y en su camino de vuelta se había llevado consigo a la Barbu al Reino de las Tinieblas. Marku Konstantin y el sacristán Julius Knaup no mencionaron que la luz del Santo Sacramento ya no brillaba en la iglesia.

El párroco Johannes Baptiste podría haber arrojado luz sobre las tinieblas de los rumores. Sin embargo, se había retirado a su casa parroquial para trabajar en el

sermón del siguiente domingo y había ordenado a su ama de llaves, Fernanda, que enviara enérgicamente de vuelta a su casa a cualquiera que llamara a la puerta. La noticia de que el párroco había ordenado expresamente acudir a la iglesia ese domingo incluso a los comunistas, refiriéndose a los Brancusi, se había extendido hacía tiempo y auguraba bronca. Sin embargo, algunos en el pueblo dudaban del peso de sus palabras, ya que la senilidad de Johannes Baptiste se hacía de día en día más evidente. Cada vez estaba más envejecido, cansado y perturbado. ¿Y el domingo siguiente? ¿Apelaría al combate desde el púlpito? ¿Se posicionaría contra los bolcheviques en la cuestión del *Sputnik*? ¿Qué opinaría de los planes de los camaradas, de la colectivización de la agricultura, del koljós? Cuando vinieran los expropiadores, ¿exigiría entonces obediencia incondicional al Estado? «Al César lo que es del César» era una de sus expresiones preferidas. Por otro lado el benedictino siempre había sido amigo de los agricultores. Pero ¿se pondría esta vez también de su parte? ¿Llamaría a la desobediencia, a la resistencia, incluso a la sublevación?

No me enteré hasta más tarde de todas estas preguntas, de todos estos rumores. Dormía. Mi madre Kathalina y el abuelo Ilja me dejaron tranquilo.

Cuando la mañana del viernes desperté recuperado, había tomado una decisión: nada me impediría averiguar qué se ocultaba tras la desaparición de la Barbu. Sin embargo, antes debía liberarme del peso de la condena que había cargado sobre mí el arrogante Johannes Baptiste. El profundo rencor hacia el viejo se había transformado durante mi sueño. El ardor de la ira se había enfriado hasta convertirse en clara premeditación. Era injustamente sospechoso de un acto grave. Atentar contra la luz del Santo Sacramento le costaba la salvación a un católico. Pero yo no había cometido tal falta. No quería tener nada que ver con Fritz Hofmann nunca más. ¿Y delatarlo? De ninguna manera. En mi situación, la única salida pasaba por el secreto de confesión.

En contra de mi intención inicial de no dignarme a mirar al sacerdote nunca más, me confesaría con el benedictino. Por supuesto que callarse intencionadamente un pecado en el confesionario era una falta grave, pero ¿podía lo contrario estar prohibido? ¿Podía ser pecaminoso reconocer una infamia que sí había sido cometida, pero no por uno mismo? ¿Eran las personas así viles mentirosas? ¿Pecadoras? ¿O eran más bien mártires, santos como los primeros cristianos que prefirieron ser despedazados por leones en el Coliseo a besar la moneda con la efigie del emperador romano? Reconocería haber apagado la luz del Santo Sacramento en el curso de una inexplicable ofuscación de la fe. Y me arrepentiría y haría penitencia. Así el sacrilegio desaparecería del mundo y se restablecería la paz interior sin que yo hubiera hablado mal de Fritz. Después de la misa del domingo esperarí al párroco fuera, frente a la sacristía, y solicitaría el sacramento del perdón de los pecados.

Aquel viernes 8 de noviembre, el segundo día después de la misteriosa desaparición

de la Barbu, se llamó al sargento Cartarescu de Apoldasch, más por mantener un poco el orden que por verdadera inquietud.

Por la tarde, un jeep gris de cristales sucios y parachoques abollado paró en la plaza del pueblo delante del abrevadero. Para asombro general, dos hombres acompañaban a Cartarescu. Detrás del sargento bajó con dificultad un agente barbudo y obeso cuyo cabello entrecano e hirsuto asomaba por debajo de su gorra como un nido de grajos. Se encendió un Carpati y estrechó las manos de los hombres del pueblo. A mí y a Petre Petrov nos pasó por alto. El tercer hombre permaneció un rato aún en el asiento trasero del vehículo. Al principio sólo vi asomar por la puerta sus relucientes zapatos negros y me pareció que aquel calzado refinado se resistía a ensuciarse en el barro de la plaza. Después bajó el mayor Lupu Raducanu. De civil. Su abrigo marrón había sido confeccionado con tejido caro y colgaba ondeante de sus hombros. Su aspecto elegante contrastaba de manera extraña con sus rasgos suaves y barbilampiños. Sus mejillas mofletudas le conferían una apariencia más adolescente que viril. Lupu Raducanu contaba unos veinticinco años, aunque parecía mucho más joven, por lo que no daba la impresión de poseer méritos para ocupar un alto cargo en la Securitate del distrito de Clusoara. Debido a su actitud en apariencia apática y su expresión aburrída, el otoño anterior algunos funcionarios habían recibido con disgusto su ascenso a mayor e incluso habían tratado de impedirlo. Pero todos esos celos se habían disipado cuando corrió la voz de que con sus métodos de interrogatorio, tan originales como taimados, el agente lograba que cualquier enemigo de la República Popular confesara. O en ocasiones, como susurraba Karl Koch, que callara. Nadie en Baia Luna conocía más detalles, tan sólo que era mejor no tener nada que ver con la Securitate en general y con Lupu Raducanu en particular.

Raducanu miró alrededor, impasible pero con aquellos ojos centelleantes incapaces de relajarse. Vi cómo hombres que acababan de saludar jovialmente a Cartarescu y al policía gordo retrocedían un paso y bajaban los brazos. Las mujeres sólo hablaban en voz baja. También enmudeció el griterío de los niños, desconcertados por el ambiente angustioso.

—¡Mi hijo, mi querido hijo! ¿Cuánto hacía que no venías?

La viuda Vera se precipitó hacia Lupu con los brazos abiertos. Hacía un año que no sabía nada de él. La Navidad pasada le había llegado un paquetito en un camión de abastecimiento del ejército. Además de un salami, café en grano y un jabón Luxor en lámina dorada, Vera había encontrado una nota con tres lacónicas palabras: «Felices fiestas. Lupu.» Pero ahora la decepción ya estaba olvidada. Se abalanzó hacia su hijo, que permanecía de pie en la plaza con ostensiva serenidad.

—Lupu, hijo mío, no sabes cuánto te echa de menos tu madre. Nunca me visitas. ¿Por qué no me sacas de este pueblucho miserable? ¿Por qué eres tan ingrato?

Vera, de soltera Adamski, se había casado joven con Aurel Raducanu, un alto oficial de la Securitate, y se había mudado muy orgullosa de Baia Luna a Clusoara, a

una villa imponente en la colina del monasterio. Hasta una noche de hacía tres años, cuando había encontrado a su marido en el baño. Estaba junto al retrete, con la cara amarillenta y el vientre hinchado como el de un cerdo muerto. Descomposición de hígado, fue el diagnóstico que corrió de boca en boca. Vera Raducanu sufrió una caída libre al abismo. Se le suprimió la pensión y tuvo que abandonar la mansión de la colina de Klosterberg. Para ahorrarse la deshonra de venirse a menos, ella, una mujer de cierto rango social, en un deslucido bloque de viviendas a las afueras de la ciudad, prefirió refugiarse en Baia Luna en casa de su primo, el cartero Adamski. Sólo por poco tiempo, como no dejaba de señalar a la menor oportunidad, ya que su hijo Lupu, que siguiendo los pasos de su padre estaba haciendo una carrera fulgurante en la Securitate, la llevaría pronto de vuelta a los círculos exclusivos de la ciudad.

El mayor Lupu Raducanu salió al paso de las quejas maternas con un escueto «Estoy aquí de servicio», antes de dirigirse a los presentes.

—¿Vive allí abajo? —preguntó, haciendo un gesto en dirección a la casa de Angela Barbulescu, para el que obtuvo otro de asentimiento. El oficial alzó brevemente la barbilla, lo que Cartarescu y el policía obeso interpretaron como una invitación a seguirlo.

Durante unos quince minutos echaron un vistazo a la casa de la maestra y llegaron a la conclusión de que no se requería un registro minucioso. El sargento Cartarescu solamente confiscó la botella de aguardiente vacía y el vaso. Pruebas que servían como indicio de que el alcohol había llevado a una persona una vez más a cometer un acto de desesperación.

El policía de más edad explicó en la plaza que sólo en el distrito de Clusoara se daban por desaparecidas cuatrocientas personas al año. La mitad reaparecía en una semana, buena parte de ellas habían puesto pies en polvorosa debido a obligaciones familiares o conyugales, o se habían fugado con el amante o la amigueta, mientras que las desapariciones de dos o tres docenas de personas eran consecuencia de una adicción a la bebida.

—Terrible, terrible, lo de estos borrachos —confirmó Cartarescu, corroborando lo dicho por su superior—. Y nosotros debemos identificar a la gente. Sobre todo en primavera, cuando aparecen los cadáveres tras el deshielo. Primero se emborrachan hasta desmayarse, los suicidas, y después se quedan congelados mientras duermen. ¿Te acuerdas, el verano pasado, el caso de la dentadura?

—No me lo recuerdes —se lamentó el gordo y se colocó un nuevo Carpati entre los labios—. Tres dientes de oro. ¿De quién podrían ser? Allí sólo estaba el cráneo. Arriba en Fagaras, bajo la garganta de Ortuella. Tan sólo el coco desnudo con un par de mechones de pelo adheridos. Y los huesos repartidos por todas partes. Brazos, costillas, fémures. Claro, los lobos y los osos la lían bien. Como los negros. Supimos cuál fue el lugar de los hechos cuando hallamos la botella. El corcho aún estaba puesto. Los suicidas jamás se emborrachan como cubas y cierran la botella con cuidado. Y además la botella estaba a mitad. ¿Queréis saber por qué? ¡Porque era una

mujer! Ya creíamos que íbamos a tener que ir de dentista en dentista por todo el distrito. Pero dimos rápidamente con el correcto. Enseguida dijo: «La conozco. Tres dientes de oro, dos arriba a la derecha, uno abajo a la izquierda.» Era la esposa de Dascalescu, segundo en la compañía de electricidad de Clusoara. Un tipo lascivo, ya os lo digo, que perdía la cabeza en cuanto veía una falda. Probablemente no lo aguantó más. Ser la esposa y siempre la última opción. Se mata a sí misma en vez de a su pariente. Estuvo desaparecida sin rastro durante dos años. Qué digo, nadie desaparece sin dejar rastro. La cuestión es cuándo encontramos los restos.

El sargento Cartarescu añadió que de momento no debíamos preocuparnos por la señorita Barbulescu.

—Seguro que aparece. A no ser que esté en algún nidito de amor con un amante secreto. —Cartarescu soltó una risita, miró avergonzado al silencioso Lupu Raducanu y comentó que la vida amorosa es por principio un asunto privado y por lo tanto no está sujeta al control de las autoridades. Sin embargo, como la señorita Barbulescu era una persona al servicio del Estado, su ausencia en la escuela debía ser sancionada como incumplimiento grave de sus obligaciones, y dada la situación debía descartarse por el momento una operación de búsqueda.

El policía gordo asintió con la cabeza y se quitó el cigarrillo de la boca.

—Buscar no sirve de nada. No ahora, que ya está nevando en las montañas.

Cartarescu nos exhortó a mantener los ojos y oídos abiertos y a que informáramos de cualquier observación a la policía de Apoldasch. Después se llevó la mano a la gorra, hizo un saludo militar y abrió la puerta del conductor del todoterreno.

—¡Un momento! Aún tenemos tiempo.

Lupu Raducanu, a quien, por la impresión que me había dado todo el rato, el destino de la borracha desaparecida le interesaba tan poco como la desaparición de una maestra de pueblo, se dirigió a los hombres de Baia Luna.

—Un par de preguntas más —dijo. Entonces miró alrededor y se acercó al sajón Hermann Schuster. A nadie se le había escapado el chichón azul oscuro de su frente azul—. Deberían examinarlo en el hospital —opinó Raducanu—. Una conmoción cerebral no tratada puede causar daños permanentes.

—No merece la pena —respondió el sajón.

—Pero es que tiene mala pinta.

—De verdad, no merece la pena.

Raducanu rebuscó en los bolsillos de su abrigo y sacó una cajetilla de cigarrillos blanca. Kent, una marca desconocida en Baia Luna. El mayor abrió un encendedor de gasolina plateado. Con gran calma se encendió el cigarrillo y aspiró el humo.

—¿Es cierto que, según he oído, hace un par de días tuvo usted un pequeño enfrentamiento?

—¿Yo? No. Le repito que no merece la pena hablar de esto. —Schuster parecía inquieto.

—Correcto. Fue tan sólo un malentendido.

Liviu Brancusi y sus hermanos Roman y Nico se separaron del grupo de hombres y se acercaron a Raducanu y Schuster.

—So-so-sólo un ma-ma-malentendido entre ho-hombres —repitió Roman—. Una di-difere-rencia de o-o-piniones sin impo-po-portancia entre ho-ho-hombres que quizá habían be-be-bebido demasiado. Mire usted, mayor, la-la-la pelea se te-te-terminó hace tiempo.

Y para demostrarlo, Roman Brancusi tendió la mano a Hermann Schuster. El sajón se la estrechó.

—Vaya, vaya, así que la pelea se ha olvidado. Qué bien. Da gusto escuchar algo así. Por lo tanto ¿se pusieron de acuerdo?

Schuster y los tres hermanos Brancusi asintieron con timidez.

—Muy bonito. Se cuenta que en esa pelea trataron el tema de la implantación de los planes quinquenales del gobierno. De la inminente colectivización de la agricultura.

—¿Quién ha dicho eso? —quiso saber Schuster.

—¿Acaso importa ahora que se han puesto de acuerdo usted, un sajón de origen alemán, y los camaradas Brancusi?

Schuster no respondió.

El mayor Raducanu se volvió hacia Roman.

—Camarada, si lo he entendido bien, ¿la diferencia de opiniones está realmente superada?

—Por su-su-supuesto, ca-ca-camarada mayor.

—Perfecto. ¿Eso significa que el traspaso de la propiedad privada de Baia Luna al patrimonio de los bienes comunes estatales puede tener lugar de inmediato?

—Es probable que aún sea necesaria un poco más de labor propagandística —terció Liviu Brancusi—. Pero la razón está de nuestra parte. Baia Luna necesita el progreso.

—¿Eso significa, camarada Brancusi, que la campaña de persuasión aún no ha concluido?

—¡Pero acabará pronto, camarada mayor! Muy pronto.

—No lo entiendo. Acabáis de hablarme de un acuerdo. ¿Y ahora? ¿Hay problemas para reconocer la necesidad del progreso? ¿Tozudez? ¿Protestas? ¿Resistencia?

Los presentes observaron cómo el militante Liviu enrojecía.

—¿Protestas? ¿Resistencia? ¿Aquí en el pueblo? No, no, yo no lo diría así.

—¡Claro que puede decirse así! —exclamó Karl Koch, abriéndose paso entre los hombres—. Y así lo voy a decir. Alto y claro. —Miró al mayor Raducanu a los ojos—. Después de la guerra, tu padre Aurel nos envió a las minas de los rusos. Y eso que vosotros habíais aclamado tan fuerte como nosotros al Führer. Nosotros los sajones os sacamos las castañas del fuego. Cuando volvimos nos habíais quitado las tierras, las casas, incluso el derecho a voto que corresponde a cada ciudadano. Hemos luchado

durante mucho tiempo para recuperar lo que es nuestro. Y ahora queréis volver a expropiárnoslo. ¡Óyeme bien, caradura! No daré nada. ¡Nada de nada! Vosotros los bolcheviques no conseguiréis nada de mí. ¡Tendréis que pasar encima de mi cadáver!

Lupu Raducanu permaneció tranquilo, incluso asintiendo.

—Es usted un hombre franco, una persona sincera, señor, ¿señor...?

—Koch —respondió el sajón—, Karl Koch.

Raducanu se encendió otro Kent.

—Nuestro país necesita hombres honestos. Gente como usted, señor Koch. Gente que diga lo que piensa.

El sajón estaba perplejo.

Yo, que me encontraba algo apartado, me asusté cuando Lupu Raducanu alargó de pronto un brazo y señaló con el dedo nuestro negocio.

—Señor Koch, en esa tienda seguro que habrá papel y lápiz, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió el desconcertado sajón—. ¿A qué viene esa pregunta?

Para sorpresa de Koch, Raducanu sacó su cartera del abrigo y extrajo un billete. Antes de que el otro se diera cuenta, el mayor le había introducido el billete en el bolsillo de la chaqueta.

—Señor Koch, va a entrar usted en esa tienda y a comprar papel y lápiz. Después se sentará en su salón y escribirá todos los nombres. Sólo de los hombres del pueblo. En dos columnas. A la izquierda los nombres de aquellos que están a favor del koljós, a la derecha los de quienes se resisten al progreso. Sé que es usted un hombre sincero. No sé olvidará de nadie. Le doy tres días. Después me enseñará la lista. Usted ya me comprende. Tres días. —Raducanu lanzó el cigarrillo.

—No voy a hacer una mierda, cara de crío —soltó Koch, escupió sobre el refinado zapato de Raducanu y rompió el billete en pedazos.

El mayor sonrió, se dio la vuelta y subió al vehículo.

El policía gordo se encogió brevemente de hombros, lo que interpreté como un gesto de compasión, y entonces Cartarescu arrancó el motor. La máquina rugió y los neumáticos derraparon. Cuando se disipó la nube de humo de diésel, rectificué un error. Siempre había creído que la policía de la Securitate hacía sudar a los interrogados, pero ante Lupu Raducanu había sentido frío.

El último día de un sacerdote, el silencio y un ataúd perdido

Es cierto que yo veía a Karl Koch con ojos de adolescente, pero después de cuanto había visto tenía claro que el valiente sajón nunca escribiría aquella dichosa lista. Era viernes, 8 de noviembre. El lunes, el mayor de la Securitate regresaría a Baia Luna y exigiría la lista. A la izquierda los nombres de los que estuvieran a favor del koljós, a la derecha los de quienes se oponían a la nacionalización de sus tierras.

Cuando el jeep gris se alejó a toda velocidad en dirección a Clusoara, algunos hombres dieron palmaditas en los hombros a Koch, en señal de admiración. Por sus palabras claras, por sus agallas.

—¡Cara de crío! No está mal —opinó Istvan—. Mofletudo habría sido más acertado.

Según lo que yo sabía de los hombres del pueblo, el húngaro figuraría a la derecha en la lista que Karl Koch jamás entregaría. Como los Petrov y los Desliu. Y por supuesto los hermanos Scherban y el abuelo Ilja. A la izquierda estarían los tres Brancusi, todos ellos acérrimos camaradas. Sin duda también su padre Bogdan, que de todas formas no araba su campo y dejaba que se echara a perder. El herrero Simenov también figuraría a la izquierda. De los Konstantin y el sacristán Julius Knaup no estaba seguro, como tampoco de Alexandru Kiselev. ¿Podía permitirse como futuro trabajador de una fábrica estatal de tractores ver su nombre a la derecha de la lista? No hacía falta preguntar de qué lado estaban los sajones, excepción hecha del fotógrafo Heinrich Hofmann. Los gitanos se hallaban fuera de la lista. En su caso no había nada que colectivizar.

—Vamos, Karl, ¿te has vuelto loco? —reprendió Hermann Schuster a su compatriota, apartando a los aduladores—. ¿Era necesario que llamas cara de crío a Raducanu? ¡Ese hombre es peligroso!

—No permito que nadie me prohíba la palabra. Un cara de crío es un cara de crío.

—Tienes razón, pero ha sido un error insultar así a Raducanu. Un error muy estúpido.

—Aquí en la calle no. Hablemos con tranquilidad donde Ilja —terció Hans Schneider.

Algunos estuvieron de acuerdo y se dirigieron a la taberna; tan sólo aquellos cuyo nombre habría estado a la derecha de la lista.

El terror nocturno por la extinción de la luz del Santo Sacramento y la misteriosa desaparición de Angela Barbulescu aún me pesaban, así que acaté malhumorado la orden de mi abuelo de ayudar en la taberna. Cuando me disponía a abrir una botella

de *tuica*, los hombres se negaron con un gesto. Aquellos que acababan de felicitar a Karl Koch por su oposición a Lupu Raducanu reconocieron apocados que la protesta abierta de Koch contra la Securitate había sido muy estúpida y que podía tener consecuencias imprevisibles.

—Si no lo hubieras provocado, a Raducanu jamás se le habría ocurrido lo de la lista de nombres —dijo Hermann Schuster, cuyo reproche todos captaron.

—Nunca hay que enfrentarse con la Securitate. Y menos con ese Lupu. Sólo trae problemas —señaló poco decidido Alexandru Kiselev, que hacía tiempo que se veía montando piezas de motores en Ciudad Stalin.

—¿Tienes idea de lo que has hecho, Karl? —increpó Hermann Schuster a su amigo—. ¿Sabes lo que significa tener a la Securitate de enemigo? Eso significa párrafo ciento sesenta y seis. Resistencia al poder público, amenaza a la seguridad nacional. Por esto caen dos, cinco, siete años. A Aiud. O a Pitesti. Acabarán contigo. ¿Merece la pena escupir a un gilipollas en el zapato a cambio de eso? Si escribes la lista, nos veremos en dificultades. Si no lo haces, vendrán por ti.

—A la mierda la lista —replicó el joven Petre—. Con o sin ella, nos obligarán a aceptar el koljós. Si no hoy, mañana. Y si Karl no redacta la lista, lo hará otro. Los Brancusi o Simenov, qué sé yo. Lo importante es que quieren fracturar el pueblo. Así es más fácil expropiar a la gente. Divide y vencerás.

—¡Yo no me dejaré colectivizar! —exclamó Karl Koch dando un puñetazo en la mesa—. Recordadlo. Ya estuve una vez en el bando equivocado. ¡Nunca más! Estaba loco cuando me precipité a aquella guerra de mierda. Colaboré vociferando por ese alborotador del Tercer Reich. ¡E hice cosas que un ser humano no debe hacer! ¡Nunca, nunca más! No quiero convertirme en cómplice de estos criminales. Da igual si son negros, marrones o rojos. Tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

—Ya está bien, Karl. Todos fuimos unos estúpidos. —Hermann Schuster pasó un brazo por los hombros de su amigo—. Pero no se trata sólo de ti, sino de todos nosotros, de cuantos quieren vivir aquí en paz, incluidos tu esposa y tus hijos. Karl, piensa en tu Klara, en Franz y Theresa.

Karl Koch no dijo nada.

—Es cierto. Petre tiene razón —continuó Schuster—. Raducanu quiere dividirnos. No lo permitiremos. Necesitamos estar unidos.

Los hombres permanecieron sentados juntos un rato aún, pero no avanzaron en la cuestión de cómo luchar contra la amenaza de discordia en el pueblo. Lo único seguro era que Karl Koch no redactaría ninguna lista. Sin embargo, nadie fue capaz de aportar ningún consejo útil sobre cómo debía comportarse el sajón cuando Lupu Raducanu apareciera el lunes. Más desorientados que decididos, acordaron esperar primero al sermón del domingo del párroco Johannes. Después, debido a la urgencia de la situación, cambiaron de idea y decidieron pedirle consejo a la mañana siguiente. Si la autoridad espiritual los apoyaba, les resultaría más fácil oponerse al poder de la Securitate.

Cuando Karl Koch se levantó para irse a casa me asusté. Parecía envejecido y agotado, varios años mayor, más bajo que de costumbre. De pronto comprendí lo que era el miedo. Vi sus efectos, aunque no lo experimentara en mi propia piel. El llamamiento de Hermann Schuster a que Karl pensara también en su mujer y sus dos hijos pequeños había despertado el temor en él. Su poder lo había paralizado. Un poder que se acercaba sigilosamente con la pregunta: «¿Qué ocurrirá si...?»

Traté de imaginarme en qué estaría pensando Koch. ¿Qué sucedería si no escribía los nombres? Si el lunes simplemente se marchaba al bosque. Si se escondía por un par de días. Raducanu se largaría sin lista. Pero volvería en algún momento. Con diez o veinte de los suyos. Lo buscarían. Y seguramente no lo encontrarían. Pero ¿qué ocurriría después? Con su mujer, con los niños. ¿Quién se ocuparía de ellos? ¿Qué ocurriría a los otros habitantes del pueblo? ¿Iría la Securitate contra los amigos de Koch? ¿Por ser cómplices de un enemigo del Estado? ¿Y si Karl Koch se quedaba en el pueblo? ¿Si se enfrentaba a Raducanu? ¿Si dijera: «Mofletudo, me cago en tu lista. Escríbela tú mismo»? Eso significaba Aiud o Pitesti. Ni siquiera sabía dónde se encontraban esas ciudades, pero no ignoraba que en ellas había grandes prisiones. Se decía que el que salía de allí ya no era el mismo. Que tras dos o tres años a la sombra, las mujeres no reconocían a sus maridos, ni los hijos a sus padres.

—La Konstantin está chalada —proclamó mi madre en la cena—. Está convencida de que el diablo corre por el pueblo de noche. A veces me pregunto en qué clase de sitio vivo.

—No hay que hacerle caso a Kora. Lo mejor es que sus palabras entren por un oído y salgan por el otro —aseguró el abuelo—. Pero sí que es extraño lo de la sangre. En el pueblo no se habla más que del rastro que va desde el altar hasta el abrevadero. Ya me gustaría saber lo que ocurrió.

Me tranquilizaba que a nadie se le ocurriera relacionarnos a Fritz y a mí con la historia. Curiosamente nadie mencionaba la luz del Santo Sacramento, ahora apagada. ¿Quizá relucía de nuevo? ¿El cura la habría encendido otra vez? ¿O el sacristán Knaup? Debía ir a ver. A la mañana siguiente, cuando una delegación de hombres visitara al párroco para que les aconsejara cómo solucionar el dilema de la lista de Koch, entraría en la iglesia.

A pesar de que la modesta llama de la lamparita roja apenas se percibía a plena luz del día, enseguida vi que no ardía. Pero nadie lo había notado. Tenía en el bolsillo una caja de cerillas. Podía restablecer el orden de las cosas.

No lo hice. No había sido yo sino Fritz Hofmann quien la había apagado. Y era su deber aclarar el asunto. En la medida de lo posible. El Dios cristiano era ciertamente misericordioso, perdonaba a todos los pecadores. A un mentiroso, a un ladrón, quizá también a un asesino. Siempre que se arrepintieran sinceramente. Pero tal vez no pudiera hacerse mucho por alguien que había soplado la llama del Santo Sacramento.

Fritz sería castigado. Puede que no hoy ni mañana, pero en algún momento pagaría por su sacrilegio. Por otra parte, ¿qué pasaría si en efecto Dios estuviera muerto como aseguraba el tal Nietzsche? Entonces Fritz Hofmann no tendría nada que temer, porque un Dios muerto no puede castigar. Pero ¿podía Dios estar muerto? ¿Podía Dios morir en realidad? Si está muerto, deduje, tuvo que estar vivo antes. Claro que si una vez estuvo vivo, entonces tuvo que haber sido todopoderoso e inmortal. Porque un dios que no sea todopoderoso ni inmortal no vale nada como dios. O sea, el auténtico Dios obviamente no podía estar muerto debido a su inmortalidad. Por tanto, Nietzsche se había equivocado. Sin embargo, ¿de veras tenía ese pensador tan pocas luces que yo, un mozo de taberna, había podido desbaratar su afirmación de la muerte de Dios con un par de reflexiones lógicas? Tenía que descubrir qué había querido decir en realidad Nietzsche. Y de paso quizá averiguara algo sobre Heinrich Hofmann. En qué creía. Cómo pensaba.

Preguntar al maestro fotógrafo quedaba descartado. Y Fritz ya no existía para mí. En otras circunstancias posiblemente hubiera pedido consejo al párroco. Pero si después de la extinción de la luz del Santo Sacramento encima le iba al cura con el acertijo de la muerte del Señor, me negaría la absolución por toda la eternidad. Mi única posibilidad era el gitano Dimitru, dueño y señor de la biblioteca. Quizá sus fondos también albergaran los escritos de Nietzsche. De ser así, seguro que Dimitru los habría estudiado.

Salí de la iglesia y me dirigí hacia la biblioteca. El invierno era inminente, una buena época para leer, hábito que por lo demás no solía practicar.

Si durante la noche del viernes al sábado ya hubiera nevado, a los cuatro hombres que se reunieron por la mañana en la plaza del pueblo para ir a ver al padre Johannes les habría llamado la atención el rastro de huellas directas a la casa parroquial. Pero la primera nevada del invierno de 1957 comenzó al mediodía. Karl Koch, Petre Petrov y el húngaro Kallay se encontraban delante de la rectoría cuando Hermann Schuster pulsó el timbre. El ama de llaves se mostraría comprensiva. Bien es verdad que en los días pasados había mantenido todas las visitas alejadas de su Johannes, que no quería ser molestado bajo ningún concepto durante la redacción del sermón dominical, pero los hombres estaban decididos a no permitir que les negaran la entrada. Necesitaban el consejo del pastor con absoluta urgencia.

—Voy a ver a Dimitru, a la biblioteca —declaré para evitar que los hombres sospecharan que quería entrometerme en los asuntos de los mayores.

—Olvídate de la biblioteca. Aquí nadie abre —dijo Petre—. Llevamos un buen rato llamando.

Karl Koch golpeó con los puños la pesada puerta de madera. Hermann Schuster estaba sugiriendo llamar al herrero Simenov, que reventaba cualquier cerradura, cuando llegó Dimitru a la casa parroquial de camino a la biblioteca.

—¡Oh! ¿Vosotros aquí? Bienaventurados los que buscan palabras sabias, porque...

—No nos abren —dijo Karl Koch—. Es muy raro.

Dimitru sacó una llave.

—¿Habéis llamado?

—¿Nos crees idiotas? —vociferó Petre—. Llevamos llamando toda la mañana.

—Entonces es que pasa algo. —El cingaro abrió.

En la planta baja y en la biblioteca reinaba el silencio. Los hombres subieron la escalera encabezados por el gitano y encontraron la puerta de la vivienda privada de Johannes Baptiste entornada. Cuando los llamaron a gritos, al cura y a Fernanda, y no obtuvieron respuesta, los seguí. Nadie reparó en mí. Hermann Schuster trató de empujar la puerta, pero encontró una fuerte resistencia.

—La alfombra está enganchada —dijo, y entonces todos empujaron a la vez hasta echar a un lado algo pesado. Era Fernanda. La mujer yacía en el pasillo del ropero en su bata blanca, sin heridas visibles. Karl Koch se arrodilló y le tomó el pulso. El ama de llaves estaba rígida y fría.

De repente los hombres comprendieron que nunca más podrían pedir consejo al párroco. Nunca más pronunciaría sermones. Preparados para lo peor, entraron primero en la sala de estar, y al no encontrar allí al benedictino, siguieron hacia su estudio. Yo me había mantenido en un segundo plano hasta que entraron en aquella estancia completamente devastada. Los libros habían sido tirados de las estanterías, los cajones arrancados de los armarios. La máquina de escribir estaba destrozada en el suelo; la alfombra, repleta de papeles y notas. Y en medio de aquella desolación se hallaba Johannes Baptiste sentado en la silla de su escritorio. Lo que horrorizaba no era que el párroco estuviera muerto, sino la forma en que había sido asesinado. Estaba desnudo, con las manos atadas, la cabeza inclinada sobre el pecho ensangrentado. Cuando Karl Koch le levantó con cuidado la cabeza, se abrió una herida atroz. Lo habían degollado.

Al principio paralizado, Dimitru se precipitó de repente hacia la puerta. Y empezó a golpear una y otra vez la cabeza contra el marco. Sin pronunciar palabra.

Los demás hombres se enjugaron las lágrimas. Nadie dijo nada. Todas las palabras estaban muertas, extinguidas antes de ser pensadas.

—¿Qué es esto? —susurró al fin Petre señalando algo que parecía un trozo de cordón gris.

Los hombres se miraron desconcertados. El hilo colgaba de la boca del sacerdote.

—Un cordón de zapato —se arriesgó a decir Hermann Schuster—. ¿Qué hace ahí un cordón de zapato?

Cuando Karl Koch lo agarró vacilante, supo que no se trataba de ningún cordón de zapato. Hermann Schuster asintió con la cabeza. Karl tiró. Entre sus dedos colgó un ratón muerto.

—¿Quién puede haber hecho algo así? —murmuró Istvan Kallay, llevándose las manos a los ojos.

—No deberías estar aquí. —Hermann Schuster me tomó del brazo para hacerme

salir del estudio.

Yo me había quedado de una pieza, tan petrificado que el sajón no logró moverme ni un palmo. Permanecía paralizado frente al viejo hombre desnudo en la silla. No sentía nada pero lo veía todo. Cada detalle. Me había transformado en un aparato fotográfico capaz de retener en una imagen los acontecimientos, pero no de sentir ninguna emoción. Algo llamaba la atención en esa imagen, algo que se grababa a fuego, que me saltaba a la retina. No era el párroco, ni la herida abierta, ni la sangre, ni los hombres que se tapaban la cara con las manos incapaces de aceptar lo que veían. En el suelo, entre los libros y los folios, había una notita blanca. Un pedazo de papel arrancado. Con pocas palabras escritas. Un mensaje manuscrito. Estaba demasiado lejos, no lograba leerlo. La única palabra reconocible era un nombre: «Barbu.»

Aquello me sacó del ensimismamiento. Pasara lo que pasase en aquella habitación, solamente podía pensar en una cosa: hacerme con la nota.

—Tenemos que informar de esto. —Hermann Schuster se dispuso a irse.

Kallay y Koch lo siguieron retrocediendo, con los ojos fijos, absortos en la macabra escena. Petre, que nunca antes me había prestado verdadera atención, me tomó de la mano. Como una persona de confianza, como un buen amigo.

—Ven, Pavel. Hay que salir de aquí.

Mis ojos no se despegaban de aquella nota. Pero no podía simplemente cogerla. Sin embargo, tenía que hacerlo. Ahora. Tras el registro policial, sería demasiado tarde. En las escaleras se oyó un fuerte ruido. A Hermann Schuster le habían flaqueado las rodillas y se había caído.

—¡Petre! ¡Rápido! ¡Ayúdanos a sujetarlo!

Petre Petrov se precipitó hacia la escalera. Avancé un par de pasos y metí la nota en mi bolsillo.

Por el momento, los hombres decidieron limitarse a dar la noticia de la muerte de párroco. En ningún caso debían filtrarse las circunstancias de su fallecimiento, sobre todo para no aterrorizar a las mujeres y los niños. Ya convocarían por la tarde una reunión, pero primero debían proceder como siempre que moría un habitante del pueblo. Karl Koch fue a buscar a Julius Knaup y le pidió que tañera las campanas a muerto. Dos minutos después la plaza del pueblo estaba llena de personas que se sacudían la nieve del pelo y especulaban acerca de cuál de sus vecinos había pasado a mejor vida. Cuando el nombre de Johannes Baptiste se propagó, todos contuvieron el aliento. Las mujeres rompieron a llorar. Los hombres bajaron la vista, u observaron confusos el revoloteo silencioso de los copos de nieve sin saber muy bien qué hacer. Hasta que por fin alguien tendió la mano a su vecino, quien tendió a la vez la suya, y al final todos los hombres y mujeres deambulaban en silencio dándose mutuamente el pésame. Incluso los Brancusi, que siempre habían considerado su rechazo a la Iglesia y al clero como parte de su labor revolucionaria, se mezclaron con sus paisanos en el luto, sinceramente conmovidos por la pérdida, intuyendo que aquel cura siempre

había sido su adversario pero nunca su enemigo.

Karl Koch cometió el error de pedir a la gente que no entrara en la casa parroquial bajo ningún concepto antes de que llegara la policía de Apoldasch. Tras esta petición, un tenso silencio se apoderó de todos, pero poco a poco la gente empezó a comprender el mensaje del sajón. Cuando Avram Scherban gritó: «¿Para qué llamar a la policía si nuestro pastor ha muerto con casi noventa años?», la tristeza dio paso a un furioso horror. El rumor de que el párroco no había fallecido de muerte natural empezó a circular. De pronto todos hablaban al mismo tiempo, algunos incluso maldecían e increpaban a Koch exigiendo saber lo que ocurría.

—¡Le han cortado el cuello! —gritó entonces Petre Petrov, incapaz de reprimir su dolor—. Los han matado. A él y a Fernanda. Asesinados. ¡Lo han callado, enmudecido para siempre!

Petre se dirigió tambaleante hacia su madre y se derrumbó. Mientras Aldene Petrov se inclinaba sobre su hijo, todos, hombres y mujeres, se precipitaron hacia la rectoría. Tan sólo los gitanos se mantuvieron apartados de la plaza, tiritando de frío con sus ropas finas, con el temor no expresado de que a partir de entonces Baia Luna ya no sería un buen lugar.

Schuster, Kallay y un par de hombres fuertes trataron de bloquear la entrada a la casa parroquial. En vano.

Los primeros que se colaron en la rectoría llegaron hasta el lugar del crimen, y entonces su griterío cesó. Ese mutismo colmó la habitación, se extendió por aquellos que se abrían paso por detrás, por los pasillos, la escalera, la plaza del pueblo. Muy despacio, poco a poco se hizo el silencio. Se oía nevar.

—¡Ahora es un ángel! —exclamó de pronto una voz. Todos se volvieron hacia Dimitru—. Y debe tener la apariencia de un ángel. Y su Fernanda también. —La gente se hizo a un lado, abriendo paso al gitano. Dimitru llevaba un fardo de sábanas blancas como la nieve.

A las cuatro en punto, Julius Knaup y Marku Konstantin se colgaron de las cuerdas de las campanas y las hicieron tañer hasta la extenuación, ya entrada la noche. Seis hombres llevaron a hombros a Fernanda Klein, y otros seis a Johannes Baptiste. Tres a la izquierda, tres a la derecha. Detrás de ellos iba toda Baia Luna. La gente marchó por el pueblo con lentitud infinita bajo las primeras nieves. Los copos caían sobre el lino blanco. Sobre dos muertos de cuerpo presente sostenidos por hombros fuertes y al mismo tiempo débiles. Copos blancos sobre abrigos oscuros y sobre cabezas rubias, castañas y morenas que no temblaban. Hombres, mujeres y niños sostenían velas con mano la izquierda, mientras con la derecha protegían la llama del viento.

Llegamos a la iglesia. Los portadores depositaron ambos cadáveres sobre el altar, donde descansaron, de blanco, como un anciano matrimonio. No hubo cánticos, ni oración en voz alta ni murmullo de rosario. Tan sólo el repique de las campanas y de vez en cuando una tos entre los fríos bancos. La iglesia resplandecía de claridad

por la multitud de velas sujetas por manos sobre las que goteaba la cera caliente. Había tal claridad que nadie reparó en que la luz del Santo Sacramento ya no ardía.

Me senté delante, en el lado derecho de la nave, junto a mi abuelo y Dimitru. A la izquierda se sentaban las mujeres. Hacia la medianoche los niños dormían en los brazos de las madres, las velas estaban consumidas, las campanas mudas.

Cuando Hermann Schuster e Istvan Kallay estaban aproximándose en el carro de tiro al puesto de la policía de Clusoara, los primeros habitantes de Baia Luna se retiraban a sus casas, agobiados por la tristeza y la temerosa pregunta de quién podía haber cometido tamaña atrocidad. Quienquiera que estuviera tras el asesinato de aquellas dos personas, no sólo había matado. El día más silencioso que había conocido Baia Luna trajo el miedo al pueblo. De vuelta a casa, entre aquellos rostros sombríos que salían de la iglesia creí divisar también el de Fritz Hofmann y el de su madre Birta.

La nota. Desde que había cogido el papel en el asolado estudio ante los ojos del sacerdote asesinado, aquella nota me obsesionaba. Pero no podía reflexionar sobre ella. La imagen del cura desnudo en su silla había causado estragos en mi mente: creció, se agrandó y cobró poder, amenazó con hacer estallar mi cabeza, y sin dejar sitio a nada más. Me senté en mi cama. La nota se hallaba sobre la mesilla, iluminada por la lámpara: «6.11. A. Barbu, llave biblioteca. ¡¡¡Devolver!!!»

En el papel no había nada más escrito. Se había garabateado a toda prisa con un lápiz. Estaba claro que aquella caligrafía tan brusca y afilada sólo podía pertenecer a un hombre. No era la del ama de llaves Fernanda. La había escrito Johannes Baptiste, aparentemente el 6 de noviembre. En cuanto rememoré aquella jornada, entendí por qué se había redactado la nota.

El 6 de noviembre había sido el miércoles anterior. Me había levantado antes que lo normal, había descubierto al abuelo con un embudo de hojalata en la oreja y le había regalado los cubanos por su cumpleaños. Después había ido a clase, desgano como siempre. Angela Barbulescu me había susurrado «¡Manda a este hombre al infierno! ¡Elimínalo!». Al mediodía había visto a la maestra por última vez, cuando arrastraba los pies hacia la pizarra, cogía el trapo y borraba la frase de Fritz y su chimenea. Por la tarde el primo de Dimitru, Salman, había transportado el televisor en su carro desde Clusoara a Baia Luna; por el camino había recogido a un tipo desagradable y lo había traído consigo al pueblo. Probablemente la Barbu conocía al extraño y había bebido con él en su sala de estar. Ella de la botella, como siempre, él con un vaso. Después ella había desaparecido. Sin embargo, la nota revelaba que antes Angela Barbulescu había acudido al párroco. Esa tarde de miércoles. Antes de las tres, puesto que a esa hora Dimitru ya se dirigía cargado con el televisor hacia la taberna. Mientras los hombres admiraban el aparato, yo había salido a la carrera para explicar a Fritz Hofmann el regalo que le habían hecho a mi abuelo. Fritz me

acompañó de inmediato. Justo después entró Johannes Baptiste en la taberna. Se quedó hasta tarde. Por tanto, la Barbu no podía haber estado con el párroco a ninguna otra hora más que al inicio de la tarde, tras las clases.

«Llave biblioteca.» El párroco había entregado a la Barbu la llave de la biblioteca. Normalmente Johannes Baptiste no se ocupaba de la biblioteca parroquial. Quien quería tomar prestado un libro se dirigía a Dimitru. Pero a esa hora el gitano no estaba en la biblioteca, sino liado con el asunto del televisor. El cura Johannes, a quien la memoria le jugaba malas pasadas cada vez más a menudo, había entregado la llave a «A. Barbu» y había anotado una observación para sí mismo: «¡¡¡Devolver!!!» La nota debía recordarle que no se olvidara de la llave en caso de que la profesora, con fama de despistada, no se la entregara. ¿Había devuelto la llave la Barbu? La pregunta me pareció secundaria. Más importante era lo siguiente, ¿qué buscaba mi profesora en la biblioteca precisamente la tarde del 6 de noviembre? ¿No hubiera podido esperar al día siguiente, cuando Dimitru estuviera tumbado de nuevo en su diván rojo, entreteniéndose en sus estudios? ¿Qué libro era tan importante para ella como para tener que molestar expresamente al anciano párroco por la llave? ¿Y dónde estaba ese libro ahora? Una sola persona podía comprobar si faltaba un libro en la biblioteca: Dimitru.

Sin embargo, ¿era correcto ir a buscarlo solo? No, necesitaba un aliado, un amigo. Fritz ya no existía para mí. Hermann, el hijo tocayo del sajón Schuster, era un buen tipo, pero demasiado ingenuo para contarle toda la historia, empezando por el vestido de girasoles de la Barbu y acabando por el asunto de la luz del Santo Sacramento. ¿Y Petre Petrov? Petre me había cogido de la mano en la escena del crimen, por un momento habíamos sido aliados en el dolor. Pero yo apenas lo conocía, él era dos años mayor, poco a poco estaba introduciéndose en el mundo de los hombres y normalmente no trataba con los más jóvenes. Sólo conocía a una persona a quien podía contarle todo: Buba. Sin embargo, no la veía ante mí, no lograba recordar su imagen. Conocía bien sus ojos, su risa franca, sus observaciones insolentes, las manos suaves y el aroma a tierra y humo de su cabello. Pero no la veía, no la oía, no la sentía. Y tampoco la olería ni la sentiría mientras la imagen de Johannes Baptiste, desnudo y maniatado a su silla, ocupara mi imaginación entera.

Algo terrible se había abatido sobre nuestro pueblo. Nos había arrebatado a Fernanda y al pastor, trayendo consigo el miedo. El cuchillo en la garganta no sólo había enmudecido al párroco, también lo había ensordecido para siempre. El benedictino no podría escuchar nunca más. Eso me desesperaba. «Fuera de la casa de Dios. ¡Vete al infierno!», habían sido las últimas palabras que oí de la boca del cura. Johannes Baptiste había muerto creyendo erróneamente que yo, Pavel Botev, había apagado la luz del Santo Sacramento. Y el sacerdote ya jamás oiría: «No, no, padre Johannes. Todo fue muy diferente.» Para no chillar de pena en plena oscuridad, mordí la almohada.

La mañana del domingo Hermann Schuster e Istvan Kallay volvieron de Clusoara

con el caballo de tiro exhausto. Habían viajado toda la noche.

—La policía está en camino para investigar el asesinato —explicó Istvan mientras Schuster desenganchaba su jamelgo.

Llegaron hacia el mediodía. Dos jeeps y un coche fúnebre negro. En uno de los vehículos iban el sargento Cartarescu y el policía gordo. En el otro, seis hombres uniformados.

—Vaya mierda —se quejó el gordo con los pelos como un nido de pájaros. A pesar del frío se enjugó el sudor, se colocó la gorra bajo el brazo y se presentó por primera vez con nombre y rango—: Capitán Patrascu, comisario del distrito. No había estado en Baia Luna en toda mi vida y ya estoy de nuevo aquí. Dos veces en dos días. Sí que ocurren cosas en vuestro pueblo... Primero desaparece una maestra y ahora esto. —Se encendió un Carpati—. ¿Dónde está el lugar del crimen?

Kristan Desliu señaló la casa parroquial.

—Pero los muertos están en la iglesia.

—¿Qué? ¡Los cadáveres en la iglesia! ¿Quién los trasladó? —saltó el sargento Cartarescu.

—¡Nosotros!

—¿Os habéis vuelto locos? Eso supone una grave obstrucción del trabajo policial. La escena del crimen no debe modificarse en ninguna circunstancia. ¿Cómo vamos a indagar si todas las huellas están borradas? ¿Quién es responsable del transporte no autorizado?

—No nos pongamos nerviosos —terció Patrascu—. Analicemos la situación con calma.

Mientras algunos policías esperaban en la plaza del pueblo, el comisario, Cartarescu y dos uniformados se dirigieron a la casa parroquial. Como la puerta estaba de nuevo cerrada, se llamó al herrero Simenov, que desencajó la madera de los goznes de un fuerte tirón con el escoplo. Una hora después los agentes volvieron de su inspección.

—Es complicado —admitió Patrascu y dio una calada a su cigarrillo—. Hay miles de huellas de zapato. Delante de la casa, en la escalera, allí donde, mires. No se puede hacer nada. Menudo caos hay allí arriba. ¿Qué vamos a encontrar? Ni siquiera sabemos qué buscar. Por lo que se ve, los autores también debían de estar buscando algo. Pero a juzgar por los estragos causados, probablemente no encontraron nada.

—¿Por qué dices eso? —Cartarescu no comprendía—. ¿Por qué no iban a encontrar nada los asesinos? ¿De dónde te lo has sacado?

—Es cuestión de experiencia. Los ladrones sólo lo ponen todo patas arriba cuando no hay nadie en casa. Pero si hay alguien, proceden de otra manera. Créeme, si te amenazara con una cuchilla de afeitar en el cuello, me revelarías cualquier escondite. Dinero, joyas, licor, documentos importantes, todo. Cantarías rápidamente. Si no hay nada escondido, entonces los tipos lo revuelven todo hasta convencerse de que no van a encontrar nada. Si son listos, se largan. Pero si están enfadados, hazme

caso, hacen daño. Y aquí tenemos un caso así.

Cartarescu se encogió de hombros malhumorado y apremió a su superior para que inspeccionara de una vez a las víctimas.

—Hacedlo vosotros —replicó Patrascu—. El quince me jubilo. ¿Es que tengo que pasar aún por algo tan atroz después de cuarenta y cinco años de servicio? Ya he visto bastante.

Cuando el sargento Cartarescu volvió con otros dos sargentos de examinar ambos cadáveres en la iglesia, el resto de los policías aún estaba interrogando a las mujeres y los hombres. ¿Personas sospechosas? ¿Desconocidos en el pueblo? ¿Enemigos personales del párroco en su entorno cercano, incluso en el clerical? ¿Sucesos fuera de lo normal? ¿Dinero en la casa parroquial? ¿Arte sacro? ¿Oro de la Iglesia? Preguntaron por la relación entre Fernanda y el sacerdote, querían saberlo todo sobre sus costumbres, preferencias, antipatías.

—¡Estaba en contra del Partido! —exclamó Karl Koch, incapaz ya de contener su furia—. En contra de vuestro maldito comunismo. Y sabéis perfectamente quién está detrás de este cobarde crimen. ¡Vuestra Securitate del demonio! De hecho sabían muy bien que el cura quería predicar hoy en la iglesia en contra del koljós. Así que lo asesinaron a él y a Fernanda. Detrás sólo puede estar ese mofletudo de Lupu Raducanu. La Securitate cubre todo de mierda y la policía se ocupa de que nadie la pise.

El Carpati del comisario del distrito cayó sobre la nieve.

—¿Puede usted probarlo? —inquirió, colocándose la gorra del uniforme.

—¿Pruebas? ¡A la mierda con las pruebas! ¡Son criminales, criminales repugnantes!

—¡Panda de criminales, gentuza socialista! —gritaron entonces Petre Petrov y Kristan Desliu.

El padre de Petre, Trojan, agitó los puños y el pastor Avram Scherban, que ya estaba bebido, saltó hacia los Brancusi ciego de ira.

—¡Chusma comunista! —chilló, aferrando con ambas manos el cuello de Roman y tirándolo al suelo.

Precisamente fue Hermann Schuster, a quien el tartamudo Roman había hecho un buen chichón, quien arrastró al viejo Scherban lejos de Roman, y entonces Hans Schneider le espetó:

—Primero te dejas apalear y después metes la cola entre las piernas.

Liviu Brancusi tenía la frente sudorosa.

—¡No tenemos nada que ver con este asunto! ¡Creednos!

Los gritos angustiados de los Brancusi se ahogaron bajo los puñetazos y el alboroto general. El comisario Patrascu miró a sus hombres y se puso la mano en el cinturón. Los policías desenfundaron las pistolas y dispararon al aire. La multitud se separó y la calma volvió de inmediato. Cartarescu empujó a los Brancusi hacia uno de los vehículos y abrió la puerta trasera.

—Una medida policial para vuestra protección. Será bueno para la seguridad local que desaparezcáis una temporada —dijo, pero antes de que hubiera terminado de hablar, los tres hermanos ya estaban acurrucados al fondo del vehículo policial.

Los policías aún apuntaban con sus armas al cielo cuando el comisario explicó que habían recibido órdenes superiores de llevar los cadáveres a Clusoara para la autopsia. El conductor del coche fúnebre masculló que sólo había recibido el encargo de un muerto, que nunca se había mencionado una mujer adicional, y que si ninguno de aquellos señores del distrito se había cuestionado lo que significaba meter dos cuerpos, que además eran pesados y rígidos, en un solo vehículo, algo que nunca se lograba sin contusiones y heridas. Y que le explicaran cómo en dichas condiciones iban a obtenerse resultados razonables de una autopsia, y es que Dios sabía que a él personalmente le iba mucho en que se realizara un examen decente de los cadáveres, ya que en su calidad de conductor, de último mono de la cadena, siempre recibía las broncas.

—Basta —le espetó Patrascu—. ¿Crees que a mí me gusta todo esto? Lo único que hacemos es limpiar la mierda. Pero la semana que viene pondré las piernas en alto y mantendré mi trasero calentito. —Y dirigiéndose a Karl Koch añadió—: Si me permitís un consejo: no juguéis con fuego. Mantened la llama baja. De lo contrario provocaréis un incendio que os quemará.

Uno de los sargentos que había estado en la iglesia pilló al vuelo la palabra «fuego».

—Escuchad, sois católicos, ¿no? Pues deberíais acudir más a menudo a vuestra iglesia y ocuparos de que la luz del Santo Sacramento brillara en la casa de Dios.

Mis temores a que Kora Konstantin hiciera de las suyas se cumplieron.

—La llama está apagada. Johannes ha sido asesinado. ¡Eso ha vuelto! ¡Eso ya ha vuelto! —Kora corría de aquí a allá como una loca. Pregonaba el retorno de la criatura apocalíptica en un éxtasis horrorizado y chillaba—: ¡El diablo, el demonio, la bestia infernal! —Tras tirarse al suelo, se revolcó en la nieve y gruñó como un cerdo.

Julius Knaup desvariaba sobre el regreso del anticristo, sobre la sangre en el altar que había fluido hasta el abrevadero.

—¡La pezuña, la pezuña! —gritó el sacristán—. La habéis visto. ¡La criatura ha vuelto! ¡La bestia está viva! Johannes está muerto. La luz, apagada. ¡El fin de los tiempos se acerca!

Como la gente, en parte petrificada de miedo y en parte asqueada, no respondía a los espasmos porcinos de Kora ni al sacristán, la tensión amainó. Sostenida por su cuñado Marku y por Julius Knaup, Kora se arrastró a casa jadeando de agotamiento.

—¡Queréis abandonaros a la locura! Ignorantes. ¿Acaso no escuchabais a Papá Baptiste? —se oyó clamar a Dimitru, que había salido de su biblioteca.

En aquellos momentos de enajenación me pareció la única persona sensata. Aquel gitano había absorbido como una esponja cada palabra pronunciada por el párroco desde el púlpito. Del sacerdote se sabía que era un gran experto en espíritus. Conocía

las más sutiles diferencias entre la Bestia y el Diablo, Lucifer y Belcebú, entre fantasmas, demonios y el Maligno en sí. Ahora el cingaro se revelaba como digno alumno suyo. Explicó a los presentes que ni la criatura apocalíptica ni el demonio podían ser los causantes de los graves acontecimientos de esos días. La Bestia rehuía cualquier iglesia y evitaba acercarse a la luz del Santo Sacramento, por lo que tampoco podía haberla apagado. Y quienquiera que fuera el asesino del hermano Baptiste, seguro que no había sido el demonio.

Los demonios tan sólo siembran miedo. Pero no pueden matar. Porque no tienen pies, manos ni cuchillos. Vagan por todas partes y buscan cuerpos de personas vacías por dentro. Y cuando han encontrado una, sonrían porque están contentos de que alguien los lleve consigo...

—¡Basta ya! —exclamó el comisario Patrascu, y ordenó a los policías—: Cargad los cadáveres y volvamos a la ciudad lo más rápido posible.

Hacia el anochecer, el húngaro Istvan Kallay, Hermann Schuster y Trojan Petrov cogieron lápices y papel donde mi abuelo. Los tres pretendían ir de casa en casa. Karl Koch, que quería acompañar a la delegación a toda costa, fue excluido con el argumento de que había recibido suficientes disgustos durante las jornadas anteriores y debía quedarse con su mujer e hijos para serenarse. Al día siguiente aparecería Lupu Raducanu y exigiría la lista. Y por todos los diablos que la recibiría. Pero no de Karl Koch. Él se encontraba en la línea de fuego y debía escapar del incendio.

Aquella noche aprendí una lección importante. Quería averiguar si era capaz de influir en las personas a mi favor en contra de su voluntad. No me resultó difícil. Justo cuando los tres hombres salían a visitar a todas las familias de Baia Luna me propiné un puñetazo en la frente y me eché a llorar:

—¡La pezuña, la pezuña, la sangre en el altar!

Eso bastó para que todos se preocuparan de mí. Me sentí terriblemente miserable. Pero ése era el precio.

—El chico ha visto demasiado. Necesita tomar el aire —dijo mi madre. Los demás estuvieron de acuerdo. Incluso el abuelo.

—No quiero estar fuera solo —le dije a Hermann Schuster—. ¿Puedo acompañaros? También llevo papel y lápiz.

Así conseguí estar presente cuando la delegación avanzó por la nieve. Ninguno de los tres estaba a favor del koljós, pero no les quedaba elección. El miedo había cumplido con su misión: hacer comprender amargamente que había que ser razonable y resignarse a lo inevitable. Para mantener posibles nuevos horrores alejados de nuestro pueblo, cada cabeza de familia estamparía su firma en una lista en la que no habría columna izquierda ni derecha. Solamente un listado con los nombres de todas las familias. Tras el asesinato de Johannes Baptiste ya no se planteaba la pregunta «¿Queréis el koljós o queréis que vuelvan las desgracias?».

Empezamos por la parte baja del pueblo. De los gitanos no era necesaria firma alguna. No poseían tierras propias y sólo habían arrendado los pastos a los campesinos para sus caballos. Primero firmaron Avram Scherban y el viejo Lopa, así como Vasili Adamski. Y como era de esperar, Bogdan Brancusi, cuyos tres hijos aguardaban en Clusoara a que las aguas en Baia Luna volvieran a su cauce. El herrero Simenov declaró al firmar que era «un acto juicioso en tiempos difíciles». A Julius Knaup lo localizamos en casa de Marku Konstantin y su cuñada Kora. Se sentaron a la mesa de la cocina e incluso dejaron a un lado sus rosarios para documentar su consentimiento. De los sajones firmaron con gran dolor de corazón los Schneider, los Zikeli y la familia Klein. Karl Koch quebró el lápiz cuando, rechinando los dientes, estampaba su nombre en el papel.

En la parte alta del pueblo llegamos por fin a casa de los Hofmann. Me sentí incomodo. Durante mi ataque de locura simulado no pensé que me toparía por el camino con Fritz, que había pasado de amigo a enemigo. Hermann Schuster llamó. Birta abrió la puerta y nos hizo pasar. Sólo yo había cruzado aquel umbral antes. Los tres hombres quedaron asombrados por la espaciosa habitación y por el póster de una enorme mujer con aureola de puntas y antorcha delante de casas gigantescas. Schuster explicó a la mujer que habían venido por un asunto serio y preguntó por su marido.

—Heinrich no está —repuso ella.

—Y tampoco vendrá más —añadió malévolo Fritz.

Los hombres se miraron con expresión interrogante. Heinrich Hofmann se pasaba la vida en Clusoara y en Baia Luna no se lo echaba de menos, pero ninguno de los tres lograban comprender por qué nunca más volvería a cruzar el pueblo con su moto italiana. Y yo tampoco.

—¿Que no vendrá más? ¿Qué quiere decir? —preguntó Hermann a Birta.

—He presentado una solicitud para tener papeles. Para mí y Fritz.

—¿Y tu marido, Birta? —preguntó Hermann desconcertado, a quien la solicitud de la autorización para salir del país le parecía inconcebible.

—Heinrich se queda en Clusoara —respondió apocada—. Fritz y yo nos marchamos a Alemania.

—Pero ¿sin tu marido? Birta, ¿cómo vas a hacer eso?

—Para que lo sepáis —intervino Fritz, lanzándome una mirada envenenada—, mi madre va a divorciarse. Ya iba siendo hora. En cuanto llegue la autorización, nos vamos.

Birta Hofmann enrojeció. Las palabras de su hijo, tan sinceras como descaradas, la avergonzaban.

—Sí, así es. Por el momento Heinrich trata de vender la casa y el terreno, pero ¿quién va a adquirir tierras que quizá sean expropiadas, o comprar una casa en un pueblo sin futuro?

Los hombres replicaron a las últimas observaciones con un poco convincente

«Eso aún está por verse», pero con la visita a Birta se aclaró que la comisión ya podía olvidarse de Heinrich Hofmann.

Cuando el reloj de la torre dio las nueve sólo faltaba un nombre en la lista, y Kallay, Schuster y Petrov esperaban conseguir su firma en un periquete. O eso creían. La firma de mi abuelo. Bajamos de nuevo al pueblo y nos dirigimos a la entrada trasera, ya que la taberna estaba cerrada debido al luto por el párroco y su ama de llaves.

Las expropiaciones pendientes no afectaban a mi familia. Sólo poseíamos una insignificante parcela de pastos que apenas alimentaba a un par de ovejas, tan pequeña que estaba por debajo del tamaño a partir del cual el terreno privado debía ser convertido en bien colectivo. Además, se oponía al sentido común colectivizar una tasca con un par de mesas y bancos y declarar propiedad del pueblo una tienda de baratijas que proveía al pueblo de lo más necesario.

Al entrar nos topamos con mi tía Antonia, vestida completamente de negro por la pérdida del querido párroco. Con los ojos enrojecidos por el llanto se limitó a decir que Ilja y Dimitru estaban en la tienda.

—No queremos molestar —dijo Hermann en voz baja—. Ilja, firma y nos vamos. —Schuster le tendió el lápiz y la lista.

Cuando el abuelo la leyó, pareció que se negaría a firmar.

—Primero tengo que ir por mis gafas al salón.

Hermann Schuster se sorprendió, sobre todo porque nunca había visto al abuelo con gafas. Yo no me sorprendí, aunque el abuelo no tenía gafas.

—Ven conmigo —le susurró a su amigo, el gitano, tirándole de la manga. Tras pasar a Dimitru el papel y el lápiz, le pidió—: ¡Rápido, escribe ahí mi nombre!

—Pero ¿es que tú no sabes? —repuso Dimitru no en tono de reproche sino compasivo—. Siempre lo sospeché. Pero ahora, amigo mío, sabes que tu amigo lo sabe. A partir de ahora somos dos. —Y a continuación firmó con mano diestra.

—¿Has encontrado tus gafas? —preguntó luego Schuster.

El abuelo se limitó a tenderle la lista con los nombres y las firmas. Abajo del todo rezaba con caligrafía clara: «Borislav Ilja Botev.»

Kallay, Petrov y Schuster dieron las gracias y se marcharon.

—Reza por nosotros cuando ese Raducanu venga mañana —dijo el sajón al despedirse, y el abuelo asintió.

Pero Lupu Raducanu no vino. Durante toda la jornada la tensión en el pueblo fue palpable, la gente se preguntaba qué pasaría cuando apareciera. Los hombres que cavaban dos hoyos para Fernanda Klein y Johannes Baptiste necesitaron más tiempo del que normalmente se requería para tan triste labor. Se paraban sin cesar, alzaban la vista y miraban hacia Apoldasch, al camino por el que debía aparecer el jeep. Pero no apareció. Ni el lunes ni el martes, tampoco el miércoles. Al mediodía del jueves los habitantes acudieron en masa cuando Margitha Desliu avistó desde la colina del cementerio un punto negro a lo lejos que destacaba en la nieve. Al reconocer lo que

se acercaba lentamente, había bajado al pueblo corriendo y gritando:

—¡El coche fúnebre! ¡Viene el coche fúnebre!

El vehículo paró en la plaza. No era el mismo chófer que había transportado los cadáveres del cura y su ama de llaves a Clusoara para la autopsia. Llevaba un traje negro, al igual que su joven acompañante. Ambos saludaron de manera más formal que amable, esforzándose por mostrar piedad.

En el pueblo habían esperado los ataúdes para velarlos en la iglesia y al día siguiente enterrarlos. Cuando fallecía un sacerdote, por lo general era el obispo o un obispo auxiliar quien celebraba la ceremonia del sepelio. Sin embargo, como en Baia Luna era un secreto a voces que la relación del clero de Clusoara y el cura Johannes se caracterizaba por una mutua antipatía, se había llamado al clérigo de Schweischtal, que estaba dispuesto a darles la extremaunción y ofrecer digna sepultura a su compañero y al ama de llaves.

En señal de máximo respeto, el consejo del pueblo había decidido no enterrar a los difuntos en la colina del cementerio, como siempre, sino en el jardín de la iglesia. El consejo reunido discutió acerca de cómo proceder respecto a la luz del Santo Sacramento extinguida. Algunos sugirieron simplemente encenderla de nuevo con una cerilla, pero al final se propuso pedir al párroco de Schweischtal que encendiera una vela en la luz del Santo Sacramento de su iglesia y trajera la llama sagrada a Baia Luna. En último término se rechazó también esta propuesta porque se decidió que aquella luz extinguida no debía brillar hasta que los cobardes asesinos hubieran sido atrapados.

—Ahora deberíamos llevar los ataúdes a la iglesia —le dijo Hermann Schuster al conductor.

—¿Qué ataúdes? —inquirió éste con perplejidad y abrió la puerta trasera del coche fúnebre. Dentro sólo había uno.

—¡Deberían ser dos! —exclamaron varias voces al unísono. Los hombres que estaban preparados para cargar con los féretros se abalanzaron incrédulos hacia el vehículo para comprobarlo.

—¡Sólo un ataúd! Efectivamente sólo hay uno. ¿Os habéis vuelto locos?

El conductor y su acompañante no dejaban de repetir «Calma, por favor» y «Seguramente será un malentendido». Al final, como todos acabaron por comprender que en pleno tumulto no se aclararía el error, fueron tranquilizándose.

El chófer dejó a un lado sus maneras piadosas.

—Hemos recibido el encargo concreto de transportar un ataúd con un cadáver de Clusoara a Baia Luna. —Sacó un papel—. Aquí lo pone claramente: «Autorización para transporte. Johanna Fernanda Klein, nacida el quince de julio de 1886 en Apold, soltera, fallecida el nueve de noviembre de 1957 en Baia Luna. Firmado: doctor Petrin, Instituto Patológico, Hospital Cooperativo Popular del distrito de Clusoara.» Una difunta. Un ataúd. Ésa es nuestra orden.

—Fernanda no falleció. Fue asesinada —terció un enfurecido Petre Petrov.

—¿Dónde está nuestro cura? ¿Dónde está Johannes? ¿Dónde? —lo secundaron los demás.

—No sabemos nada de un cura —insistieron el chófer y su ayudante—. Será un malentendido. Algún fallo organizativo. Ocurre muchas veces. El fallo es de Clusoara. Lo mejor es que uno de vosotros venga con nosotros, así podréis aclarar bien el asunto.

El acompañante del conductor señaló que por desgracia el vehículo sólo tenía dos asientos en la cabina. Pero que llevarían con mucho gusto a dos o tres personas a Clusoara siempre que no les importara apretarse en la parte de atrás. Sí, olía un poco, pero estaba todo bien limpio. Sólo había que no pensar a quién se reservaba ese sitio normalmente.

—A mí no me importa —se ofreció Petre—. Yo voy.

Los demás hombres dudaron ante la idea de traquetear por las montañas durante tres horas largas en la trasera de un coche fúnebre, pero tampoco querían permitir que se enviara a Clusoara precisamente a un impetuoso chico de diecisiete años a hacer pesquisas en la policía y el hospital.

—Petre, eres demasiado joven —advirtió el húngaro Istvan.

—¡Entonces ve tú! —increpó el herrero Simenov.

—Está bien. Iré —aceptó Istvan tras pensárselo un momento.

—Y yo te acompaño —dijo Petre, obstinado.

—¡Yo también voy!

La gente se volvió y me miró con perplejidad y desaprobación.

—¡Te lo prohíbo! —gritó mi abuelo, cuya voz nunca había sonado tan severa.

—Pavel, de eso ni hablar —convino Hermann Schuster, apoyando a mi abuelo—. Antes iré yo.

Mientras Erika Schuster torcía el gesto y le lanzaba a su marido una mirada de reproche porque una vez más pensaba más en el pueblo que en su propia familia, repliqué a mi abuelo:

—No hay día que no me digas: Pavel, haz esto. Pavel, haz lo otro. Pavel, ya eres mayor. Bueno, pues ahora soy mayor.

Como el abuelo no replicó enseguida, terció Karl Koch en su ayuda:

—Pavel, ¿qué se te ha perdido en la ciudad? Nadie se tomará en serio a un chaval como tú.

—Exacto —dije—, a mí nadie me hará caso. Y en eso consiste nuestra oportunidad de averiguar algo sobre el padre Johannes. Si la desaparición de su ataúd se debe sólo a un malentendido, el error se solucionará. Si por el contrario hay algo detrás, algo turbio, yo podría...

—¿Qué diablos va a haber turbio? —me interrumpió el conductor—. Se trata de un error. Como siempre. En octubre tuvimos siete cadáveres y ningún conductor sabía ya adonde correspondían. No os hacéis una idea de los kilómetros que hicimos por la zona. Y todo por ese delirio burocrático en que ni siquiera la mano izquierda

sabe lo que hace la derecha. Pero en algún momento, uno puede aclarar algo en todo ese papeleo. Al final cada difunto vuelve a su hogar. Encontraremos a vuestro párroco.

—Y por eso no hay ninguna razón por la que no pueda acompañar a Istvan y Petre —añadí.

Como excepto el abuelo nadie replicó, fue un hecho consumado: Istvan Kallay, Petre Petrov y yo iríamos a Clusoara para averiguar el paradero del cadáver del párroco. Tras descargar el ataúd de Fernanda, los tres nos acurrucamos en la parte trasera del coche negro.

Aquel conductor resultó ser un loco al volante. A pesar de que entretanto la nieve ya había alcanzado dos palmos de altura, una hora después estaba aparcando delante del letrero «Hospital Popular Salud de la Patria - Distrito de Clusoara».

—Lo solucionaréis todo —opinó su acompañante cuando bajábamos.

Respiramos hondo el aire de la ciudad. Aunque el hedor a carbón quemado en las estufas de miles de viviendas cargaba el ambiente, el olor a alquitrán y ceniza me pareció brisa fresca. Istvan, que nunca fumaba, pidió un cigarrillo para quitarse de la nariz el tufo dulzón del coche fúnebre.

—A ver, que quede claro, Pavel: tú mantente en segundo plano. Déjame hablar a mí —dijo.

A continuación nos dirigimos a la entrada del hospital, directamente a la recepción. Istvan preguntó a una mujer corpulenta en bata por el doctor Petrin.

—En Patología, en el sótano. Tres tramos de escaleras abajo y después siempre a la derecha. ¿Por qué lo buscan? ¿Me dejan sus documentos? ¿Tienen una autorización?

Pero para entonces ya estábamos bajando las escaleras. Enfilamos el pasillo de la derecha y pasamos ante docenas de puertas amarillentas. Había unos olores extraños que, salvo un producto de limpieza con amoníaco, no pude identificar, pero que daban la sensación de que se había querido hacer desaparecer un olor desagradable con otro más desagradable aún. En el último pasillo pasó velozmente junto a nosotros una mujer joven con una bata blanca ondulante.

—¡Hola! —la llamó Istvan—. ¿El doctor Petrin? Buscamos al doctor Petrin.

La bata ondeante se detuvo.

—¿Tienen cita?

—Venimos de Baia Luna.

—¿De tan lejos? ¿Ha nevado ya allí? Se dice que está en el fin del mundo. Bueno, seguro que el verano es muy bonito en las montañas. ¿Qué desean del doctor Petrin?

—Queremos hablar con él para aclarar un malentendido —respondió el húngaro.

—Buscamos un cadáver —se me escapó—. Nuestro difunto cura ha desaparecido. ¿Comprende?

—¡Cierra la boca! —me siseó Istvan.

—No, jovencito, no comprendo. Pero veré si el doctor Petrin tiene tiempo para

recibirles, ya que vienen expresamente de Baia Luna. Pero como máximo les dedicará un par de minutos. No puedo prometerles más.

Me enfadé por el apelativo de «jovencito», de hecho ella misma era de todo menos vieja, pero tal como caminaba delante de mí con las manos en los bolsillos de la bata, el cabello por los hombros sobre la tela blanca y aquel contoneo tan suave, comprendí que en la ciudad las muchachas tenían una actitud muy diferente a las de Baia Luna.

Se paró ante una puerta color ocre un tanto desconchada y abrió sin llamar. No echamos ni un vistazo al letrero, que rezaba «Dra. Paula Petrin - Medicina Interna». La patóloga estaba sentada a su escritorio.

—¿En qué puedo ayudarlos?

Petre y yo nos quedamos boquiabiertos. Istvan Kallay actuó como si nada en este mundo pudiera sorprenderlo. Se aclaró la voz y dijo:

—¿Es usted el doctor Petrin? Perdome, pero en realidad esperaba encontrarme con un hombre.

—Un hombre, eso es. Yo también —se le escapó a Petre.

—No es del todo inexacto. Hasta hace poco mi padre estaba a cargo del Departamento de Patología. Sin embargo, ya está disfrutando de su jubilación, a pesar de que ahora en invierno seguro que el tiempo es bastante desapacible en el mar Negro. Pero ¿qué desean?

Una fugaz ojeada de Istvan bastó para que Petre y yo mantuviéramos la boca cerrada.

—¿Puedo hablarle con franqueza?

—Adelante. Pero no dispongo de mucho tiempo.

Paula Petrin escuchó con atención mientras el húngaro describía los acontecimientos de Baia Luna sin excesos ni detalles dramáticos, pero de manera vívida y exacta.

—Según dice, dos personas fueron asesinadas. Después las trajeron aquí para la autopsia y sólo uno de los cadáveres volvió al lugar de origen. En efecto, es extraño. No llevo mucho tiempo aquí, pero si ya se hubiera dado un caso así con anterioridad, seguro que mi padre lo habría contado en casa. De todas formas, lo consultaré.

Abrió el cajón de un archivo y deslizó los dedos por los ficheros. Nunca pela patatas, pensé. Ninguna muchacha de Baia Luna tenía dedos tan finos y bien formados. Ni siquiera Buba.

—¿Los cadáveres fueron recogidos el pasado domingo?

—Sí.

—Entonces debieron de llegar al depósito hacia el anochecer. Pero los domingos no hay nadie aquí. Así que tenemos que ir al lunes. Los lunes siempre hay mucho movimiento, porque los casos del fin de semana de todo el distrito se acumulan y deben tramitarse. ¡Aquí está! Baia Luna. El lunes. Sí, tienen razón. El fin de semana sí que se produjo una muerte sin aclarar en su pueblo.

—¡No, dos! —corrigieron Istvan y Petre al unísono.

—Esperen. A ver... —Puso un fichero sobre la mesa—. Fernanda Klein. Sí, lo recuerdo, una señora mayor de Baia Luna. Incluso lo recuerdo muy bien. En ocasiones puede percibirse en los difuntos cómo fueron en vida. Seguro que era una persona agradable. Soltera, aunque muy curiosa. ¿Cierto? *Angina pectoris*. Clarísimo. Su corazón no recibía suficiente oxígeno. Depósitos de calcio obstruyeron sus arterias. Es un problema que se agrava con los años y no suele ser causa inusual de fallecimiento entre personas de la edad de esta señora. Si he examinado bien los datos, esta mujer debió de vivir los últimos tiempos con una fuerte hipertensión. Es muy posible que su cuerpo no pudiera resistir un gran esfuerzo, y entonces...

—Fernanda nunca tuvo que realizar esfuerzos —la interrumpió el húngaro.

—Bueno, no tiene por qué ser una actividad física, a veces una fuerte carga emocional también puede desencadenar una angina.

—¿Se refiere a una fuerte conmoción? —pregunté.

—Sí, no puede descartarse. En una situación extrema, digamos, un miedo terrorífico o una amenaza de peligro, el cuerpo humano reacciona con un aumento del flujo sanguíneo hacia el corazón. Sin embargo, si las vías se han estrechado debido a una arterioesclerosis, el músculo cardíaco no recibe suficiente oxígeno. Pero, por Dios, ¿qué pudo infundir semejante terror a esa pobre mujer?

—El asesinato de nuestro sacerdote —dijo el húngaro—. Fernanda Klein era su ama de llaves.

—Y por eso estamos aquí —intervino Petre—. El padre Johannes fue degollado en la casa parroquial.

—Así es —confirmó Istvan—. La policía se llevó su cadáver y el de su ama de llaves para la autopsia, pero para el entierro solamente volvió el de ella.

La médica se mordió el labio inferior.

—Eso es muy extraño. Pero les aseguro que sobre mi mesa de autopsia no hubo ninguna víctima con el cuello seccionado. Se lo prometo por lo más sagrado. Por desgracia, no puedo ayudarlos más en la búsqueda del cadáver de su párroco. Definitivamente no estuvo aquí. ¿Quién investigó el caso en Baia Luna?

—Un policía viejo y gordo, de pelo hirsuto. Creo que se llamaba... —Istvan se rascó la frente.

—Patrascu —dijo la doctora.

—Ése —confirmó Petre—. Y Patrascu, a punto de jubilarse, dio la impresión de no querer mover el culo ya por nada.

—Quiere decir que parecía desmotivado —corrigió la mujer sonriendo—. Pero es un buen policía. Por mediación de mi padre, conozco al comisario desde que era niña. Patrascu es un gran profesional, aunque es posible que, perdón por la expresión, ya no levante mucho el culo del asiento. Deberían ir a hablar con él. La comisaría no está lejos de aquí. Yo creo que el comisario los ayudará. Llévelle una cajetilla de Carpati y saludenlo de parte de Paulita. Así es como me llama. —Paula Petrin nos

tendió la mano—. Les deseo mucha suerte. Háganmelo saber si consiguen aclarar esta extraña historia.

Oscurecía ya y las farolas se encendían cuando entramos en la comisaría del distrito de Clusoara diez minutos más tarde. Istvan saludó a uno de los sargentos que, en Baia Luna, le había preguntado si había objetos de valor en la rectoría.

—Ah, tenemos visita de las montañas. ¿Queréis dar parte de algo? —inquirió el sargento, cómo si se tratara de un viejo conocido.

—Queremos ver al comisario Patrascu.

—Pues habéis llegado tarde. El jefe no está desde ayer. Quiero decir, el antiguo jefe. Se ha jubilado tras cuarenta y cinco años de servicio. Pero también podéis informarme a mí.

—Teníamos algo que hacer en la ciudad y pensamos: preguntemos si hay alguna noticia sobre la desaparición de nuestra profesora, la señorita Barbulescu —dijo Istvan, evitando ir al grano.

—Vaya, creía que habíais venido por esa terrible historia de vuestro párroco. Estamos en ello, os lo puedo asegurar. ¿Y ahora también ha desaparecido vuestra profesora? De eso no sé nada. —Y dirigiéndose a sus colegas, preguntó—: ¿Habéis oído algo de una profesora desaparecida? Arriba en Baia Luna. Una tal Barbulescu.

El sargento sólo recibió por respuesta gestos negativos, hasta que uno de sus compañeros dijo:

—Patrascu estuvo la semana pasada en las montañas. Quizá él sepa algo sobre una profesora.

—Ya lo veis —comentó el policía, dirigiéndose de nuevo a nosotros—, aquí no se ha denunciado un caso así. ¿Cuántas personas creéis que desaparecen y reaparecen? No podemos salir a buscar a cada una de ellas. Pero si queréis preguntar al viejo no hay problema. Vive arriba en la colina del castillo, en el callejón Viejo, una casa amarilla de contraventanas azules, no tiene pérdida. Con que le llevéis una cajetilla de cigarrillos estará contento. Y dadle recuerdos de sus compañeros.

En la plaza del mercado frente a la comisaría nos llamó la atención el escaparate iluminado de una tienda que, a juzgar por la fachada de un blanco reluciente, había sido abierta hacía poco. Sobre la puerta de cristal colgaba una enorme y llamativa pancarta en que se leía en letras rojas «Gracias al Socialismo - Gracias al Partido». Debajo ponía algo sobre el progreso imparable del socialismo y las cooperativas de consumo popular a nivel mundial. Petre propuso entrar para comprar cigarrillos a Patrascu.

Cuando crucé la puerta doble de la entrada no di crédito ni a mi vista ni a mi olfato. La única tienda que conocía era el negocio de mi abuelo, donde el humo de tabaco estancado se mezclaba con el olor de la col fermentada. En esa tienda, en cambio, todos los aromas del mundo penetraron en mi nariz, entre los que distinguí el de aceite de rosas, a repostería recién horneada y a pintura fresca. Detrás de un mostrador casi infinito había una docena de hermosas muchachas con delantales

blancos. Sentí una pizca de sorpresa cuando vi la indiferencia con que las vendedoras despachaban a su clientela. Las altísimas estanterías me dejaron atónito con su oferta. Comprobé que había cuatro marcas diferentes de pasta dentífrica y ocho tipos de jabón, entre ellos el exquisito Luxor con esencia de rosas que la caprichosa Vera Raducanu siempre pedía para dejar en evidencia al abuelo. Mientras Ilja sólo ofrecía a su clientela un estante de conservas de contenido ignoto, pues las etiquetas estaban semiarrancadas, en aquel local comercial del consumo popular socialista innumerables latas de todas las verduras imaginables se apilaban en artísticas pirámides. Al contrario que en nuestra tienda, las peras y manzanas no estaban colocadas simplemente en cestas de mimbre medio destripadas, sino que brillaban lustrosas detrás de un mostrador de fruta y llevaban nombres evocadores, como «Golden Deliciosa» o «Jonas Delux», según podía leerse en las pizarritas negras. Al lado relucían montañas de plátanos, aunque al mirar más de cerca me di cuenta de que estaban expuestos delante de un refinado sistema de espejos que multiplicaban ópticamente la tentadora oferta. El colmo del lujo lo constituían tres ejemplares de un raro fruto marrón colocados en una vitrina, adornados con un envase blanco e iluminados por focos. Me recordaron a testas coronadas de cuya parte superior creciera una diadema de punzantes hojas verdes. Los tres frutos provenían de Hawái, lugar sobre el cual en las clases de Geografía de la Barbulescu sólo había retenido un vago recuerdo de que era una isla donde nunca nevaba. Al leer lo que valía uno de aquellos frutos llamados *pineapple*, me quedé de piedra. Era lo que ganaba mi abuelo en un mes.

—¡Mira eso! —le dije a Petre propinándole un codazo y señalando el precio.

Cuando por fin llegó nuestro turno, una dependienta de pelo castaño preguntó con tono pretencioso «¿Sí, por favor?», mirando con recelo mi gastado abrigo.

—Queríamos un paquete de Carpati, señorita —dijo Istvan con exagerada cortesía.

La dependienta se acercó al estante del tabaco, cogió los cigarrillos y estampó la cajetilla contra el mostrador.

—¿Algo más?

Sin decir palabra, Istvan rebuscó en su bolsillo, sacó un par de monedas y las arrojó sobre el lustroso mostrador. Mientras la dependienta recogía ofendida el dinero, el húngaro se dirigió con la cabeza bien alta hacia la calle.

Cuando subimos por el resbaladizo adoquinado hacia el castillo sentí vergüenza. De nuestra tienda miserable, del abuelo, de Baia Luna y de mí mismo.

A la luz de una farola, la casa del comisario jubilado efectivamente llamaba la atención por su pintura amarilla. Estaba situada en medio de una hilera de fachadas medievales todas inclinadas que no se desmoronaban porque una casa se apoyaba en la siguiente. En la puerta de madera pintada de azul había una cabeza de león de hierro con un aro en el hocico. Istvan lo golpeó tres veces. Poco después oímos el tintineo de un manojito de llaves y Patrascu abrió la puerta. Llevaba un Carpati en la

boca y se remetía la camisa en el pantalón.

—Buenas tardes, señores. ¿Qué se les ofrece? —preguntó. Su mandíbula rumiante revelaba que estaba haciendo memoria. Mi cara y la de Istvan no parecían decirle nada, pero sí recordaba a Petre Petrov—. Tú eres uno de los brutos que les saltaron a la yugular a los Brancusi después del asunto de vuestro párroco.

—Precisamente por eso estamos aquí, señor comisario. Me llamo Kallay, Istvan Kallay, si me permite presentarme.

—Entonces podríais haberos ahorrado el viaje. Ya estoy jubilado. Y no quiero que nadie me haga recordar nada relacionado con mis días al servicio de la patria. ¿Queda claro?

—Le traemos saludos de parte de los compañeros de guardia —dijo el húngaro, tratando de congratularse con él.

—¿Acaso no me he expresado con suficiente claridad?

—Y de Paulita, también ella le saluda —intervine yo—. Paulita, me refiero a la doctora Petrin, aseguró que usted nos ayudaría.

Patrascu lanzó la colilla al callejón y se pasó la mano por la coronilla.

—¿Habéis visto a Paula? Por Dios, ¿qué queríais de esa buena chica? No será por el asunto del sacerdote, ¿verdad?

Asentimos.

—Pero ¿no os aconsejé mantener la llama baja? ¿No os dije que de lo contrario esta historia os chamuscaría el culo?

—Antes quemarnos que congelarnos —solté arrogante.

Patrascu no pudo contener la risa.

—Qué curioso, también Paulita tiene salidas así. Bueno, de acuerdo, pasad. Pero me temo que no podré ayudaros. Además, no tengo nada que ofrecer. Desde que murió mi esposa ya no hay mucho movimiento en esta casa.

El salón de Patrascu parecía ciertamente un poco descuidado, en la medida en que el denso humo de los Carpati fumados permitía juzgarlo. A causa del pegajoso calor, la frente se nos perló de sudor. Nos quitamos los abrigos. Patrascu trajo cuatro vasos y sirvió *konjaki* Napoleón.

—Yo no —dije, pues al fin y al cabo sólo tenía quince años.

—Si hemos de tratar un asunto entre hombres, entonces compórtate como tal. ¡Salud!

Brindé con ellos y bebí. Istvan refirió el traslado de Fernanda Klein desde el hospital de Clusoara a Baia Luna y lo del cadáver de Johannes Baptiste, de cuyo paradero nada sabían ni el conductor del coche fúnebre ni la doctora Petrin.

—Señor comisario, usted estaba allí cuando el chófer se llevó ambos cuerpos a Clusoara. Entonces, ¿por qué se practicó la autopsia a un cadáver y no al otro? Nuestro sacerdote fue víctima de un macabro asesinato y después desaparece su cuerpo. Supongo que se hace cargo de que al menos debemos enterrar como es debido al padre Johannes.

Patrascu se mesó la barba y dio una calada a su cigarrillo.

—Una historia terrible. Pero yo tampoco sé dónde está vuestro cura.

—¿Y si lo supiera? —me atreví a preguntar, envalentonado por el fuerte alcohol.

—Seré sincero. —Hizo una pausa—. Mantendría el pico cerrado —reconoció al fin—. Sí, me callaría. Y os diré por qué. Durante cuarenta y cinco años me he jugado el tipo por este país. Y creedme, nunca había visto tanta porquería como en los últimos años. Y cuando alguien se va demasiado de la lengua a cierta edad, esto lo sabéis hasta en Baia Luna, se le hace callar. Pero como ya he dicho, todo esto son conjeturas, no tengo la menor idea de dónde se encuentra el cadáver del sacerdote.

Yo temblaba de excitación. Ya que tenía que beber como un hombre, entonces también quería hablar como tal.

—Si la doctora Petrin supiera que el comisario Patrascu considera que su propio miedo es más importante que la justicia, ¿cree que nos habría mandado saludos para usted?

Patrascu apagó el cigarrillo. La tensión se podía cortar con cuchillo. Le había faltado al respeto a un hombre que hasta el día anterior había sido el policía de mayor rango del distrito de Clusoara. Sin embargo, contra todo pronóstico, se dirigió a mí en tono paternal.

—Te llamas Pavel, ¿no? Hazme caso, chico, no sabes en la que estás metiéndote. No sé qué ha ocurrido con el cadáver del cura. Tampoco me importa. Sólo puedo deciros una cosa: parece que allí arriba en vuestro pueblucho de las montañas no os enteráis de que aquí está en juego la política mundial. Vuestro Johannes Baptiste tiene madera de mártir. Al cien por cien. ¡Metéoslo en la cabeza! Aquí impera el comunismo. Un cura en las montañas va y se pone en contra. Bien, se le degüella. Pero resulta que más allá de las fronteras de nuestro país existen ciertos círculos, llamémoslos católicos feroces y estrictos anticomunistas para simplificar, que tienen gran interés en ese tipo de mártires. Y ésta es una opinión muy personal: aunque toda esta parafernalia religiosa me parece un disparate, estos mártires acabarán con nuestros delirios socialistas de colectivización. No será hoy ni mañana, pero sí algún día. Así es la lógica de la historia. Un delirio sustituye al anterior. ¡Monárquicos, legionarios de la Guardia de Hierro, fascistas, comunistas, clericales! ¡Qué sé yo! Y cuando por fin comprendáis que en nuestra República existen asimismo ciertos círculos a los que no interesan en absoluto los mártires del bando equivocado, también entenderéis por qué desaparecen cadáveres. El recuerdo de las personas cuya sangre ha sido derramada siempre es peligroso. La sangre de las víctimas causa revuelo. Pero si estas figuras desaparecen como la nieve en primavera, se acabó. Muerto el perro, muerta la rabia. Los mártires desconocidos no son tales. A menudo se subestima la capacidad de olvido de la gente. Cuando no hay ninguna tumba a la que peregrinar, el recuerdo se apaga en un pispás. Sin tumba no hay flores. Sin templo no hay dioses. En ningún lugar crece la hierba más rápidamente que sobre la tumba del soldado desconocido.

—Entonces si en Baia Luna no tenemos una tumba para recordar a nuestro cura, se lo debemos a la Securitate —dijo Istvan Kallay titubeante.

—Ahora deberíais iros. —Patrascu se levantó pesadamente de su butaca.

—Sí, señor comisario, la nieve se derrite en primavera —comenté al despedirme —, lleva usted razón. Pero en invierno vuelve a nevar.

—Chico, no me has escuchado. Esa nieve también se derretirá. Es la rueda de la historia. Eres joven y quieres cambiar el curso del mundo. Pero para lograrlo debes acercarte mucho a la rueda. Y entonces te aplastará.

Bajamos de la colina del castillo en silencio. El autobús nocturno hacia Apoldasch había salido de Clusoara hacía dos horas. Decidimos pernoctar en la sala de espera de la estación y tomar el primer autobús de la mañana.

Istvan hundió las manos en los bolsillos de su abrigo para calentarse. Sacó una cajetilla de Carpati. Aquella noche fumé mi primer cigarrillo.

Fritz Hofmann hace un descubrimiento, Dimitru una pirueta y una persona se revela muy distinta

Durante la noche había nevado de nuevo en las montañas. El trayecto a pie desde la última parada del autobús en Apoldasch hasta Baia Luna iba a ser duro. Sobre todo porque nos pesaba la carga de no haber averiguado nada sobre el paradero de nuestro párroco, además de la desmoralizante certeza de que su desaparición no era un error burocrático. Detrás se alargaba la sombra de una violencia oscura y amenazadora para la que yo no tenía nombre. Tras la conversación con Patrascu, Petre e Istvan tampoco dudaban que las ruedas de ese poder eliminaban a cualquiera que obstaculizara su giro. «Mantened la llama baja.» La frase del viejo comisario resonaba una y otra vez en mi cabeza, inquietándome.

Para nuestra sorpresa, recorrimos el camino a lo largo del Tirnava con facilidad. Pudimos avanzar por la pista abierta de madrugada por un camión con cadenas de camino a Baia Luna. En el rastro de los neumáticos descubrimos otra huella, más estrecha. Era de una motocicleta. Los policías de Apoldasch conducían ese tipo de vehículos y el fotógrafo Hofmann también poseía una moto. Istvan estaba preocupado. En esos días las huellas de neumático en dirección a Baia Luna no presagiaban nada bueno.

Cuando llegamos a nuestra meta hacia el mediodía, reparamos en que los surcos en la nieve conducían a casa de la familia Hofmann. En el caso del camión, se trataba de un modelo que sólo se avistaba en las carreteras de Transmontania muy de vez en cuando. En la rejilla delantera resaltaba una estrella y el distintivo de nacionalidad en la parte trasera era una D. En la sucia matrícula se perfilaba una M.

—Múnich —dijo Istvan.

Mi antiguo compañero Fritz Hofmann vivía sus últimas horas en Baia Luna. Heinrich Hofmann estaba junto a su motocicleta vestido de cuero negro y daba instrucciones a dos hombres de la mudanza. El Mercedes estaba casi cargado. No vi a Fritz y a su madre por ninguna parte.

—¡Has vuelto, gracias a Dios! —exclamó mi madre, aliviada y alegre por mi regreso, mientras que el abuelo no dio muestras de emoción alguna. Yo había viajado en un coche fúnebre a Clusoara contra su voluntad y me había entrometido en asuntos que en su opinión, a mi edad, no me concernían. Se limitó a señalar con el pulgar hacia el banco junto a la estufa de carbón y dijo:

—Tienes visita.

Fritz se hallaba sentado en la esquina.

—Te estaba esperando.

—¿Qué quieres? —pregunté, quitándome el abrigo.

—Hablar contigo. Tengo que enseñarte algo. ¡Es importante!

—Quizá para ti, pero no para mí.

—Vamos, escúchame de una vez, es muy, muy importante. Y dentro de una hora como máximo nos habremos ido. ¿Crees que te habría esperado aquí durante horas si no fuera importante?

—Pero si siempre has estado muy orgulloso de no depender de nada ni de nadie... Si es que aquí en Baia Luna todos somos demasiado estúpidos para ti...

—¡Basta ya, Pavel! ¡Por favor! Hablo en serio.

—Entonces enseña lo que tengas que enseñar.

—Aquí no —dijo Fritz, tras volverse y ver a mi abuelo y mi madre—. ¿Podemos ir a tu habitación?

Nos sentamos en mi cama. Él se irguió y respiró hondo para tratar de hablar con voz serena.

—¿Recuerdas la semana pasada, cuando fuiste corriendo a mi casa para que viniera a ver nuestro televisor?

—También recuerdo cuando después apagaste de manera tan heroica la llama y te largaste como un cobarde.

—Déjalo ya. ¡Pavel, por favor! Aquella tarde, cuando me recogiste para ir al cumpleaños de tu abuelo, no sabes lo que me alegró poder salir de casa por fin. Era asfixiante. Mis padres se habían peleado de nuevo. Ahora están divorciados. Mi padre quiere mudarse a Clusoara, quizá incluso a la capital. Mi madre y yo nos vamos a Alemania.

—A Múnich.

—Sí, a Múnich. Mi padre vino a casa anteayer para empaquetar sus cosas, que debe llevarse a Clusoara antes de la mudanza. Llenó dos cajas y dijo que podíamos hacer lo que quisiéramos con los demás trastos. Tirarlos o quemarlos. Le daba igual. Los colocó arriba en el pasillo y echó una manta encima. Después nos dijo a mí y a mi madre: «Pero no se os ocurra meter las pezuñas en mis cosas.» —Fritz tomó aire. Yo no comenté nada—. Pero ya me conoces. Con su prohibición despertó mi curiosidad. Y ayer, cuando mi viejo estaba de nuevo en Clusoara y mi madre había ido a despedirse de algunas personas en el pueblo, me puse a registrarlas.

—¿Y? —El corazón se me aceleró.

—Encontré esto —dijo Fritz, metiéndose la mano bajo el jersey y sacando una fotografía.

—¡No puede ser! —Me quedé boquiabierto. Del susto, la vergüenza y la excitación. A pesar de que el rostro de la mujer estaba oculto por el desenfocado trasero desnudo de un hombre, supe al instante quién estaba tumbada sobre la mesa de piernas abiertas. Sus pechos estaban descubiertos y llevaba el vestido subido hasta las caderas. Un vestido con estampado de girasoles. Rodeaban a Angela Barbulescu

cinco o seis hombres. Reían. Algunos tenían los pantalones bajados hasta las rodillas, a otros el hinchado miembro les asomaba por la bragueta abierta. Reconocí a uno de los tipos. Era el único que no se manoseaba frente a la mujer desnuda. Llevaba el pelo engominado hacia atrás, un cigarrillo sin filtro entre los labios y rociaba las partes pudendas de la Barbu con una botella de vino espumoso.

—¿Conoces al del cigarrillo? —preguntó Fritz.

—Claro. ¡Es increíble! La semana pasada lo colgué en la pared de la escuela.

—Exacto. La imagen tendrá unos diez años, pero está claro que éste es el nuevo jefe del Partido en Clusoara. El doctor Stefan Stephanescu y sus colegas cachondos. Fotografiados por mi padre.

—¡Esto es el colmo! —exclamé. Toda enemistad entre Fritz y yo se desvaneció. En su lugar me sentí ligado a él por una confianza que nunca había creído posible—. Y ahora te diré yo algo: ¿sabes quién es la mujer?

—¿Cómo voy a saberlo? No se ve la cara. Quizá era una prostituta callejera. Qué te crees, mi padre ha sacado muchas fotos así. Estaban en una de las cajas, bien camufladas entre montones de viejas fotos de boda. Créeme, en las fotos sólo salen mujeres jóvenes. Todas guapas y rubias. Y se ve todo. Es brutal. Los hombres son todos mayores. ¿Qué piensas que pasaría si esto saliera a la luz? He repasado las fotos, pero ésta es la única en que se reconoce a Stephanescu.

—La mujer ahí tumbada es la Barbu.

Fritz contuvo el aliento.

—¡Estás loco! ¿De dónde te lo has sacado? Si no se reconoce nada... Me refiero a su cara...

—Lo sé con absoluta seguridad. Créeme. Pero para explicarlo necesito tiempo.

—Mierda, mierda —se lamentó Fritz—. No había entendido lo que quiso decir mi padre hace un par de meses. Un fin de semana me preguntó cómo me iba en la escuela y le hablé sobre la incesante verborrea de la Barbu acerca de la París del Este, donde todo parecía tan refinado. Mi padre comentó que la profesora no debía hurgar en el pasado sino enseñar algo de provecho, o le haría la vida imposible. Estoy seguro, Pavel, de que está ocurriendo algo muy feo, pero no sé qué. Y pronto estaré camino de Alemania.

—Siempre decías que vivirías en Clusoara. ¿No quieres quedarte con tu padre por estas fotografías guarras?

—Hace tiempo que no quiero tener nada que ver con mi padre.

—¿Y por qué? Siempre pensé que os llevabais bien. Si a los dos os gusta ese Nietzsche...

Fritz se levantó y se quitó el cinturón. Cuando se le deslizaron los pantalones, me mordí el labio para no gritar. Los muslos de mi amigo estaban llenos de cardenales, algunos amoratados, otros negros. Y su trasero repleto de cicatrices.

—La última paliza se la debo a nuestra poesía del Partido. A mi viejo no le gustó que hubiera retocado un poco esos versos descabellados.

De golpe comprendí por qué Fritz no había asistido más a la clase de Educación Física. Y yo que lo había envidiado en secreto... Mientras a mí y a mis compañeros de clase aún nos enviaban en pantalones cortos a clase, él era el único alumno de Baia Luna que llevaba pantalones largos de tela incluso en verano. Su padre, Heinrich, los había traído de Clusoara. De una tienda de ropa de caballero. Lo que a mis ojos hacía a Fritz tan adulto no tenía más objeto que ocultar las huellas de su maltrato. Recordé la frase que Angela Barbulescu me había gritado cuando me marché precipitadamente de su casa. «¡Pavel, a menudo las cosas no son lo que parecen!»

—¡Fritz! ¡Tu madre te espera! —gritó la mía desde la escalera.

—Tengo que irme, Pavel. Conserva la foto y haz algo. Coloca a esos cabrones un par de piedras en el camino.

Metí la instantánea bajo el colchón. Birta esperaba en la tienda. Salí a la puerta con el abuelo y mi madre para despedir a Fritz y la señora Hofmann. Fuera aguardaba el Mercedes con el motor en marcha. Al lado estaba la motocicleta del señor Hofmann con dos cajas de cartón atadas con una cuerda. El fotógrafo se acercó a su hijo y le tendió la mano. Fritz se metió los puños en los bolsillos del pantalón.

—Procura llegar a ser algo en Alemania —le dijo su padre, y acto seguido se colocó su casco y se montó en su moto sin volverse para mirar a su hijo y su esposa.

Incómoda, Birta no dijo nada y nos tendió la mano para despedirse.

—Que te vaya bien —dijo Fritz—. Qué pena que tenga que irme. Y lo de esa historia de la iglesia... Siento de verdad que te creara problemas. Pero en un pueblucho como éste, ¿qué más da si brilla o no una pequeña lámpara?

Cuando entré en mi casa nevaba de nuevo. Los copos caían lenta y pesadamente en la tierra. El calendario señalaba el viernes 15 de noviembre de 1957. El invierno había irrumpido al fin. Baia Luna tenía por delante los largos meses durante los que el pueblo languidecía adormecido en su profundo aislamiento. Con la nieve nadie salía del pueblo ni entraba en él. Sin embargo, la soledad también tenía algo tranquilizador. El agente de la Securitate Raducanu aún no había aparecido para recoger la lista de nombres. A Karl Koch no volvería a verle la cara de crío hasta la primavera.

«6.11. A. Barbu, llave biblioteca. ¡¡¡Devolver!!!»

Metí la nota en el bolsillo del pantalón. Con el pretexto de que me aburría, dije a mi madre que iba a la biblioteca parroquial a ver si Dimitru podía recomendarme un buen libro.

—¿Quieres tomar prestado un libro? —preguntó asombrada ella.

Incluso el abuelo, que a falta de clientela dormitaba tras el mostrador, intervino:

—Que Dimitru no te endilgue ninguna porquería. —Me alcanzó una botella de *tuica*—. Los libros no calientan. Dile que venga por aquí y que no se beba la botella de una sola vez.

Pulsé el llamador de la casa parroquial, pero no sonó. Sin embargo, como el herrero Simenov había hecho bien su trabajo, la puerta podía abrirse sin esfuerzo. De la biblioteca me llegaron confusos juramentos. Al principio creí que Dimitru estaba discutiendo con alguien de su clan, pero enseguida vi que se hallaba solo, discutiendo consigo mismo. El escandaloso gitano no me oyó llamar a la puerta. Giré el picaporte. Cuando crucé el umbral tuve que agacharme más rápido que un rayo para que no me alcanzara un grueso volumen.

Me asusté. Dimitru llevaba un par de trapos de tela en torno a la cabeza, ya que al ver a Papá Baptiste asesinado se la había golpeado hasta sangrar. Con aquel mísero vendaje parecía un guerrero tras una batalla perdida, como una persona extraviada en el tiempo. Entonces me vio.

—¡Oh, oh, oh! ¡Qué honor, qué gozo, qué fortuna! Pavel, ¿tú por aquí? ¿En el hogar del espíritu?

Antes de que pudiera oponer resistencia, me atrajo y me besuqueó las mejillas. Me aparté y el gitano recogió el mamotreto que acababa de arrojar al aire.

—Esto de aquí es el manual del universo —dijo golpeando con los nudillos las tapas de cuero—. Hazme caso, Pavel, el lenguaje críptico de estos investigadores del cielo acabará conmigo. Fórmulas larguísimas, leyes de la gravitación, rotaciones circulares, aceleraciones parabólicas. Todo incrementado en multiplicaciones por pi. Únicamente números tortuosos, pura crueldad matemática.

—¿Por eso estás tan enfadado? ¿Tanta rabia te provoca ese cacharro en el espacio?

—Una persona iracunda siempre encuentra motivos para su ira —sentenció, llevándose las manos al vendaje—. Como si una deliciosa manzana en el paraíso tuviera la culpa de que esa estúpida Eva la mordiera. No, Pavel, no son esos burócratas del cielo los que me enfurecen con sus cálculos, es, es... —Se frotó los ojos para no llorar—. Es porque echo en falta a Papá Baptiste. Ya no está. Ya nunca más podré pedirle consejo. Nunca más, ¿comprendes?

A continuación pareció serenarse. Entonces, me armé de valor y le pregunté si era posible que su confusión estuviera relacionada con ese *Sputnik* que pitaba y la Asunción de María, Madre de Dios.

—¡Por supuesto! —Los ojos del cingaro brillaron como los del niño que se siente comprendido. Entonces cantó una alabanza a Papá Baptiste, elogió su sabiduría y su visión de futuro, que les habían sido arrebatadas a la humanidad en general y a los habitantes de Baia Luna en particular por asesinos cobardes, y se lamentó de que el peso del conocimiento recayera ahora única y exclusivamente sobre los débiles hombros de un pobre gitano.

—Pero ¿cuál es el problema? —pregunté con curiosidad—. ¿Cómo podría sacarte el cura Johannes de ese callejón sin salida?

—Chico, ésa es exactamente la expresión apropiada. Doble callejón sin salida sería aún más acertada. Hacia delante no se puede avanzar más y el camino de vuelta

está cerrado. Y ¿sabes dónde acaba el callejón?

—Ni idea.

—Pues te lo diré. El callejón sin salida de mis investigaciones termina muy lejos de aquí. Para ser exactos, estoy atascado en algún lugar entre el cielo y la tierra.

—En el espacio. ¿Allá arriba? —Yo ya no entendía nada—. ¿Cómo se te ha ocurrido algo así?

—Escucha. Supón que la Asunción corporal de María, Madre de Dios, sea un hecho. Dogma vaticano. Pronunciado de manera infalible por el papa Pío y no obstante totalmente correcto. ¿Entendido hasta aquí?

—Sí.

—Bien. Resucitar de manera corpórea no significa sólo hala, hala, hala y ¡arriba!, al firmamento por el *spiritus sanctus*. Resucitar de manera corpórea significa para una persona, concretamente una mujer que al fin y al cabo fue la madre de nuestro Jesús, subir al cielo con trasero, muslos y pechos.

—Parece lógico. Pero ¿dónde están? Quiero decir, ¿dónde está María y sus partes?

—Ésa es la pregunta del millón, en cuya respuesta estoy trabajando. Es posible que esté a punto de producirse un avance decisivo en el conocimiento.

—¿Significa que no tienes ni idea? ¿No sabes dónde está la Madre de Dios?

—¿Crees que soy idiota? Por supuesto que me hago una idea. Lo que ocurre es que eso no cuenta. Lo que cuenta es la demostración. Reúno indicios, diseño hipótesis y me remito a la lógica de la razón. «¡Limitate a los datos de hecho!», me aconsejaba siempre Papá Baptiste. No una vez. Miles de veces. Y a ello me atengo. El hecho es que los rusos quieren llegar a la luna a toda costa. Eso es sospechoso, en mi opinión más que sospechoso. Ni vodka ni chuletas de cerdo, el presidente ruso ha prometido a su pueblo un vuelo lunar. Si es posible en un aniversario de la Revolución. Los bolcheviques no invertirían tales sumas astronómicas en sus cohetes simplemente para observar viejas piedras en la luna y colocar una banderita esmirriada que ni siquiera ondea. —Entonces Dimitru golpeó de nuevo el manual de las inmensidades del universo—. Aquí dentro está. Solamente hay que sustituir la palabra «atmósfera» por «aires gástricos» y entonces todo se entiende hasta cierto punto.

—¿Quieres decir que los rusos serían tan estúpidos para viajar a la luna a buscar a María? ¿Crees ese disparate? ¿Como el párroco, que también opinaba que los rusos buscaban en el cosmos al Señor?

—¿Y si no fuera un disparate, Pavel? ¿Eh?

—Si se diera el caso de que el Papa tuviera razón y María efectivamente hubiera ascendido a los cielos, ¿por qué tendría que haber aterrizado precisamente en la luna? Bien podría estar a saber dónde. En Marte. O en Venus. O ahora aquí y después allá. Flotando ingrávida entre las estrellas.

—No has ido suficiente tiempo al colegio —replicó ofendido el gitano—. Pavel,

no comprendes la esencia de una deducción dialéctica. Pero te la explicaré. Tesis: María está en la luna. Antítesis: María no está en la luna. Y ahora la *conclusio*. Y aquí está el problema. Que no la hay. En cualquier caso no la habrá hasta que la verdad de la tesis no sea comprobada según el método de la verificación.

—Eso lo he entendido más o menos —asentí.

—Suponiendo, y sólo suponiendo, que la tesis sea cierta y María esté en la luna o en algún lugar del universo, ¿qué crees que ocurrirá cuando los cosmonautas de Koroliov la descubran y la tengan en el punto de mira? Mejor ni pensarlo. ¿O acaso crees en serio que los ateos dirían entonces: «Oh, oh, querida Madre de Dios, qué sorpresa. Lo sentimos. Nos hemos equivocado. Perdona que no hayamos creído en ti. Ha sido todo un malentendido»?

—No te enfades, Dimitru, pero me temo que en algún lugar de tu cabeza hay un error considerable.

El cíngaro se desinfló como un globo.

—¿Por qué lo dices, Pavel? Justo es eso lo que me desespera. Una deducción equivocada, tan sólo un minúsculo *faux pas*, y ¡zas!, la lógica se va al garete. En mi mente una locomotora viaja a toda velocidad. ¿Quizá llegue a su destino? ¿Quizá hace tiempo que descarriló? Y en tal caso, ¿dónde? Un pensador debe tener mil ojos, debe examinar todas las caras de la moneda, recabar opiniones contradictorias, verificar, sopesar, verificar de nuevo, hasta el amargo final de la *conclusio correcto*. Los caminos equivocados acechan por doquier. Y sólo existe una persona en este mundo que podría salvarme de adentrarme en sendas erradas. Solamente una. ¡Y está muerta! Y ni siquiera sé dónde reposa su cuerpo. ¿Por qué no estaba yo en la casa parroquial cuando llegaron los asesinos? ¿Por qué estaba Papá Baptiste solo con Fernanda? ¿Por qué no me llamó a gritos? ¡Que me hubieran matado a mí! Tan sólo soy un gitano. Pero no al bueno de Papá Baptiste. ¡Papá Baptiste, ay, cuánto te echo de menos! ¡Cómo añoro tus sabios consejos! Debes saber, Pavel, que en el tema del cielo nadie le ganaba. ¡Nadie! Di, ¿qué llevas ahí escondido bajo el abrigo?

—Un presente del abuelo —dije sacando la botella de *tuica*.

Dimitru, con los brazos abiertos, se abalanzó hacia mí presa de un nuevo ataque de cariño, pero yo me aparté de un salto y el gitano acabó besuqueando la botella.

—El mundo —dijo animado— aún está lejos de precipitarse al abismo. — Después abrió la botella, lanzó el corcho a un rincón y bebió.

Aparte de en la escuela, prácticamente nunca leía, y no me había presentado en la biblioteca con intención de cambiar. Mi curiosidad no se dirigía a los muchos libros allí alineados, sino sólo a aquel volumen de mal agüero que según mis deducciones faltaba. Pero no estaba seguro de que fuera el momento adecuado para preguntar al gitano qué libro se había llevado de la biblioteca mi maestra.

—Dimitru, ¿tienes en la biblioteca también los escritos de un tal Nietzsche? — pregunté, en lugar de sacarme del bolsillo la nota del cura difunto.

El gitano dio un brinco, como si le hubiera picado una avispa, e hizo revolotear

sus manos sobre el pecho, los hombros y la frente santiguándose bruscamente. Casi sin respirar, se bebió la mitad de la botella de *tuica*.

—¡Ése no es para chicos como tú! Si quieres leer sus disertaciones, en calidad de bibliotecario me veré obligado a negarte el préstamo.

—Tienes miedo, Dimitru —contraataqué—. No quieres que lea que Dios ha muerto. Temes que ese Nietzsche dijera la verdad. Si Dios está muerto todas tus hipótesis son un sinsentido. Entonces no habría ninguna María en el cielo. ¿No es así?

Cerró los ojos y miró inmóvil el techo. Me arrepentí de haber arremetido contra él tan fríamente. Transcurrió una eternidad hasta que el cíngaro asintió levemente con la cabeza. Entonces abrió los ojos y se arrancó el vendaje. Me estremecí cuando vi la frente llena de costras de sangre, y escuché las frases más sensatas jamás pronunciadas por Dimitru Carolea Gabor.

—Venimos de Dios y hacia Él vamos. Alfa y omega, principio y final. Nunca había osado dudar de ello, Pavel. Jamás. Hasta que vi a Papá Baptiste. Vi a un anciano desnudo en una silla y mucha, mucha sangre. Allí ya no había cielo. Sólo tierra. Nada más que tierra. Del polvo al polvo. Sin principio y sin final. Desde entonces tengo miedo, Pavel. Llevas razón, tengo miedo. Ni del diablo ni de ese Lupu Raducanu y su panda de criminales a quienes todos en el pueblo temen. Tengo miedo de que vengamos de la nada y hacia ella vayamos.

Dimitru hizo una larga pausa. Entonces preguntó si la maestra Barbulescu nos había hablado de Friedrich Nietzsche en la escuela.

Lo negué.

—Fue Fritz Hofmann quien mencionó lo de la muerte de Dios y aseguró que las iglesias eran únicamente su tumba. Y su padre tenía muchos libros de Nietzsche en su salón. Seguro que ocupan un metro de estantería. Nunca los he leído. Pero ¿por qué son tan peligrosos?

—Los libros nunca son peligrosos. Peligrosos son sólo quienes los malinterpretan.

—¿Tú rezas a menudo? —pregunté de pronto.

—Mucho, hijo mío. Un gitano reza allá donde vaya. Y si quieres saber si las oraciones son escuchadas, puedo decirte que no. Dios es un mal compañero cuando se le pide algo.

—Entonces da igual si Dios está vivo o, como dice el Nietzsche ese, muerto.

—No, Pavel, no da igual. Recuerda: quien comprenda bien a Nietzsche enloquecerá. Y quien lo entienda mal ya no tendrá límites. Y quien no conoce límites cree que todo está permitido. Si el cielo desaparece, sólo queda la tierra. Y a ella todo le da igual. La Madre Tierra es una mala madre. Nada le importa. Hundir su espada, sufrir, parir, comer, morir. Del polvo al polvo. Y entremedias un pedo expulsado por el culo de la vida. Nada más.

Dimitru apuró el aguardiente. La botella vacía resbaló de sus manos flácidas al

suelo. Entonces pronunció estas extrañas palabras:

—Dios muere porque no soportamos ser quienes lo matamos.

A duras penas se levantó de su diván. Afectado por la preocupación y el alcohol, se tambaleó hacia los estantes. A pesar de estar borracho como una cuba, tomó con decisión un libro, lo abrió y me lo tendió. Me senté y comencé a leer la historia del hombre trastornado que a plena luz del día enciende un farol, corre al mercado y grita: «¡Busco a Dios! ¡Busco a Dios!»

En el pasillo alguien dio una patada a la puerta. Dejé a Nietzsche a un lado y abrí. Era Buba, con una jarra de agua fresca y una cazuela con puré de maíz caliente.

—Por desgracia no tengo una tercera mano para llamar —dijo sonriendo—. Traigo la comida al tío Dimi. Siempre se le olvida cuando está entre sus libros.

El gitano roncaba en su canapé rojo. Buba dejó la comida en el suelo, le arregló a su tío la chaqueta, que se le había subido, le quitó los zapatos y lo tapó.

—Hacía mucho que no te veía, Pavel. No tenía ni idea de que visitaras al tío Dimi y de que te gustaran los libros.

—¿Tienes tiempo? —pregunté, aprovechando la ocasión.

—¿Para ti? ¿Quieres decirme algo?

Buba trató de disimular su alegría y se sentó en suelo y apoyó la espalda contra una estantería. Me acomodé a su lado y todos los pensamientos opresivos de los días anteriores se esfumaron. Le hablé del ataúd desaparecido, la búsqueda del difunto sacerdote, el viaje a Clusoara y el encuentro con el comisario Patrascu. Al contar la mudanza de Fritz Hofmann y su madre a Alemania llegué a la historia de la luz del Santo Sacramento. Entonces saqué la nota del cura y expliqué el verdadero motivo de mi presencia en la biblioteca, le confié mi preocupación por nuestra maestra y expuse mi sospecha de que el día de su desaparición la Barbu podría haberse llevado de la biblioteca un libro importante. Y como interpretaba el silencio de Buba como lo que era, es decir, la expresión del maravilloso don de la escucha, con cada frase se aligeraba mi espíritu, de modo que no me supuso ningún esfuerzo hablar del turbio pasado de nuestra profesora, de las obscenas fotografías del maltratador Heinrich Hofmann y de su amigo, el secretario del Partido doctor Stefan Stefanescu, con quien la Barbu había tenido un amorío años atrás que había terminado de manera muy desgraciada para ella. Cuando le conté el misterioso encargo, que cada vez se me antojaba más una petición desesperada, Buba tomó mi mano, así que preferí no contarle nada sobre la noche en que la borracha Angela Barbulescu se me había acercado demasiado, enfundada en su vestido de girasoles.

Cuando me hube desahogado de todo agobio, Buba dijo:

—Y yo que pensaba que ya no te gustaba. —Miró brevemente hacia su tío, vio que aún dormía y luego me besó en la boca—. Ahora eres mi novio. Y yo, tu novia. No hagas ninguna otra estupidez sin mí.

Borracho, el gitano se revolvía en el diván. Después empezó con un canturreo monótono que sonó como si viejas mujeres murmuraran letanías en latín.

—Cuando bebe, el tío Dimi habla en sueños. —Buba le puso la mano sobre la frente herida, le dio un beso y apagó la luz—. Mejor le preguntamos mañana temprano qué buscaba la Barbu en la biblioteca. Cuando haya dormido bien, y si es que quieres que yo esté presente.

—No haré ninguna estupidez más sin ti.

De regreso a casa, me sentía arder y me parecía que podía derretir la nieve a mi paso. La impotencia había desaparecido. Las sombras de los últimos días ya no eran una amenaza, sino un reto, una oscuridad que debía ser iluminada.

A la mañana siguiente, a las siete ya estaba en pie. Me lavé con agua fría y, en contra de toda costumbre, me limpié los dientes a conciencia. Cuando me aproximaba a la biblioteca, me alegró ver que Buba me esperaba a la entrada de la casa parroquial. Temíamos que debido a la borrachera de la noche anterior su tío no estuviera en condiciones; sin embargo, no lo encontramos aturdido, sino de muy buen humor. Apartó a un lado la cazuela con el puré de maíz frío, se limpió los restos de comida con la manga y nos ofreció un sitio en su diván.

—Después de nuestra disputa de anoche he reflexionado —me dijo—. Primero sobre Dios, después sobre Nietzsche y por último sobre ambos al mismo tiempo a efectos de la investigación sincrónica. Pensándolo bien, la cuestión es: ¿quién es más inteligente de los dos, el que anuncia la muerte de Dios o el Creador de todas las cosas? ¿Cuál de los dos aguantará más? ¿El plan infinito de salvación del aliento de la creación, o una obra efímera de un filósofo, lo reconozco, extremadamente listo?

—¿A quién se refiere el tío Dimi? —me preguntó Buba.

—Supongo —repuse yo, sin hacer caso a mi amiga— que Dios es más inteligente que cualquier pensador. A largo plazo. Pero sólo si no está muerto ya.

—Correcto, hijo —exclamó el cingaro, palmoteando entusiasmado—. Pero Dios no está muerto. Dios es un erizo.

Buba puso los ojos en blanco, aburrida de no poder seguir las intrincadas sendas de la inspiración de su tío. También yo me temía que el *tuica* aún estuviera surtiendo efecto. Algo malhumorado hice notar que la comparación entre Dios y un erizo era muy descabellada.

—De ninguna manera —me contradijo Dimitru—. Seguro que conocéis la fábula de la carrera entre la liebre y el erizo. La liebre es rápida como el viento pero tonta como un alcornoque, y el erizo tiene las patas cortas pero es más astuto que un zorro. Por eso aprovecha el *principium duplex*, la ley de la duplicación. Papá erizo se coloca junto a la liebre en la salida. Preparados. Listos. ¡Ya! La orejuda echa a correr por los surcos arados como si el diablo la persiguiera. En la línea de meta la espera ya mamá erizo. «¡Ya he llegado!, ¡ya he llegado!», exclama. La liebre, tonta como es, exige una revancha inmediata. El mismo truco. Sólo que esta vez el papá erizo es quien grita: «Ya he llegado, ¡ya he llegado!» La liebre casi se vuelve loca, exige otra carrera

y otra y otra y otra más. La liebre corre hasta reventar y se desploma sobre el campo. La tierra la acoge de vuelta. *Exitus finitus*. Del polvo al polvo.

—Una historia convincente —señaló Buba—. Pero si Dios es el erizo doble, ¿quién es la liebre? ¿Te refieres a gente como tu primo Salman, que siempre está por ahí haciendo negocios pero nunca saca nada?

—Me refiero a Friedrich Nietzsche —respondió su tío.

Y Buba comentó decepcionada:

—A ése no lo conozco.

—Dimitru, tu historia tiene una pega —intervine—. Tu Dios erizo engaña a la liebre. Tu Dios es un estafador, un tramposo que sólo aparenta estar siempre ahí sin moverse en realidad, mientras que la pobre liebre, para mí también Nietzsche, se desloma de verdad y sin trucos baratos.

—Exacto —convino Buba—, la liebre muere de agotamiento porque Dios la engaña. Es cruel.

Dimitru carraspeó y dijo:

—En este caso, los jóvenes os equivocáis. La liebre no pierde porque el erizo la estafe, sino porque quiere ser la primera a cualquier precio. Prefiere reventar que renunciar a la victoria.

Tomé la mano de Buba, que respondió a mi suave presión.

—Dimitru —dije—, ¿me harías un favor?

—De buena gana y en todo momento.

Saqué la nota del bolsillo del pantalón y se la tendí.

—¡A-punto-Barbu! ¡Es su letra! ¡Lo escribió Papá Baptiste! —El gitano observó el papel con infinito respeto, como si sostuviera una valiosa reliquia—. Seis-punto-once-punto. Tú sabes, Pavel, que al contrario que el bueno de tu abuelo Ilja, los números no son lo mío.

—Se refiere al seis de noviembre. Ese día la maestra estuvo en la casa parroquial. Y por lo que parece, el padre Johannes le dio la llave de la biblioteca.

Dimitru frunció su frente herida.

—Ahora entiendo algunas cosas. Nunca me olvidé del seis de noviembre. Es el cumpleaños de tu abuelo. Este seis del once yo no estaba en la biblioteca. Me pasé toda la mañana en ascuas, esperando en casa a que mi atolondrado primo Salman trajera puntual el televisor. Salman llegó pasado el mediodía. Con el aparato, sí, pero en vez de con la antena con ese gigante de bigote y verruga en la mejilla, ese tipo que preguntaba por la docente señorita Barbulescu con un lenguaje tan rebuscado. No fui a la biblioteca hasta el día siguiente, tras el cumpleaños de tu abuelo. Cuando entré me dije inmediatamente: Dimitru, aquí hay algo raro. Todo parecía igual. Sin embargo —se tocó la nariz con el índice—, algo olía diferente. Primero pensé que alguien habría colocado flores, pero no las vi. Mas juro que olía a rosas. Imaginaos, ahora en pleno invierno helado, ¿cómo puede oler a rosas? Pero no estoy desvariando. Nunca desvarío.

—La Barbu tiene un perfume que huele así —expliqué.

—¡Entonces estuvo aquí! —El gitano miró una vez más la nota, le dio la vuelta y la sostuvo contra la luz—. La señorita Barbulescu estuvo aquí, no hay duda. Y como proteger los libros del acceso no autorizado forma parte de las obligaciones de un bibliotecario, siempre cierro la puerta con llave cuando no estoy. Por eso fue a buscar a Papá Baptiste. Resulta que hay dos llaves. Una está en mi bolsillo y la otra siempre cuelga de una tabla junto al guardarropa arriba, en la vivienda del párroco. Aquí será útil el empirismo. ¡Comprobar y controlar!

Dimitru subió a la carrera la escalera. Volvió en un abrir y cerrar de ojos y me mostró las dos llaves.

—Son la misma —observé.

—Son idénticas —me corrigió.

Juntos llegamos a la conclusión de que la maestra había pedido al párroco la llave de la biblioteca a primera hora de la tarde del 6 de noviembre. Johannes Baptiste le había entregado su llave y lo había anotado en un pedacito de papel para acordarse. La Barbu había entrado en la biblioteca, había dejado tras de sí un aroma a rosas y había devuelto la llave, de modo que el cura o la ordenada Fernanda la habían colgado otra vez en la tabla. Hasta ahí todo aclarado.

—Ahora debemos averiguar qué se le había perdido aquí a la Barbu, entre estos libros —resumió Buba.

—Normalmente uno acude a una biblioteca para tomar libros prestados —opiné.

—O para devolverlos —añadió Dimitru.

—¿Había tomado prestado uno antes? —pregunté nervioso.

—No. Nunca. Jamás traspasó el umbral de la casa parroquial. Yo lo hubiera sabido. Porque vivía cerca de nosotros, los gitanos. Cuando llegó al pueblo a menudo la invité a que viniera. «Bienvenida al mundo del saber», le decía. No una vez sino miles. Al fin y al cabo era la maestra. Siempre me prometía: «Dimitru, en algún momento te haré una visita. Seguro.» Pero como ya se sabe, el carácter de la mujer es caprichoso.

—No es cierto —terció Buba—. El seis de noviembre estuvo aquí, pero tú no estabas.

—Pero ¿qué querría? Dimitru, ¿puedes averiguar si falta algún libro?

El gitano cerró los ojos. Buba se llevó un índice a los labios para indicarme que guardara silencio.

—Aquí no falta ningún libro —declaró Dimitru al fin—, pero algo ha cambiado en esta habitación.

Para mi asombro, el gitano se dirigió hacia una estantería, tomó carrerilla e hizo el pino. Con los pies apoyados contra un estante alto, justificó su extraño comportamiento:

—Miramos pero no vemos. Las cosas se muestran a aquel que pone el mundo patas arriba.

Me quedé estupefacto y mudo. Primero pensé que aquellos delgados brazos no aguantarían mucho tiempo su peso, después tuve que reconocer que fue presa de un raro estado en que su peso pareció volatilizarse. Permaneció más de una hora boca abajo apoyado contra el estante. Con los ojos abiertos. Sin embargo, de pronto se desplomó como un saco hacia un lado, aturdido, al parecer sin recordar su excéntrica conducta.

—Todos los libros que deben estar en esta habitación están —concluyó entonces—. Angela Barbulescu no se llevó ninguno. Hizo lo contrario: no se llevó nada, dejó algo. Buscadlo y lo encontraréis. En algún lugar entre los libros. Es una libreta verde. En la portada tiene la imagen de una rosa roja. Pero tal vez la imagen ya esté arrancada. Disculpadme, pero voy a dormir. Estoy muy, muy cansado.

Buba ayudó a su tío a llegar al diván. Minutos después sacó de uno de los estantes el cuaderno en cuestión.

Nos sentamos delante de la estantería junto a la que habíamos sellado nuestra amistad la noche anterior. Buba abrió con manos temblorosas una especie de álbum de poesía con encuadernación verde. En la cubierta había restos de pegamento seco. Algunas niñas de la escuela, como Julia Simenov y Antonia Petrov, poseían libritos parecidos que se intercambiaban. Sin embargo, este álbum pertenecía a una mujer adulta. Yo ya lo había visto una vez, brevemente, cuando la Barbu había arrancado una foto de él y a continuación había reducido a cenizas a Stefan Stefanescu. En la cara interior de la tapa había unos renglones a lápiz trazados con regla. Sobre ellas había escrito con caligrafía infantil: «Este libro sólo puede leerlo quien tenga permiso de: Angela Maria Barbulescu. Calle Bogdan Voda 18, Popesti.»

—¡Popesti! —exclamó Buba—. Conozco ese sitio. Está cerca de la capital. Allí vive el tío Salman cuando no está de viaje de negocios.

Buba abrió la página inicial. La primera entrada era del 17 de septiembre de 1930. «Lo que pronto florece rápido, pronto se marchita. Tu amiga, Adriana.» Tres días después una tal Juliana Dinescu rimaba: «El amor es una delicia, guárdate el odio y la malicia», y una «mejor amiga» llamada Alexa aconsejaba: «Si yo no estoy y tú estás lejos, piensa siempre que te aprecio.» Fechado el 2 de octubre: «Cree con firmeza y ten fe sin dudar, a pesar de que la suerte no siempre esté de tu lado. Tu profesora Aldene Dima.» Nos saltamos los siguientes refranes escritos por las compañeras de clase, las amigas y las tías. Uno de los dichos estaba firmado «Tu madre» y fechado el 24 de diciembre de 1931: «Quien no tiene esperanzas, no se lleva decepciones.»

—Eso no es cierto, Pavel —susurró Buba—. Quien no tiene esperanzas no es una persona de carne y hueso.

Supuse que el año de esas primeras entradas Angela Barbulescu debía de rondar los diez o doce años e ir al colegio en Popesti. A partir de estos datos hice un cálculo aproximado y constaté con sorpresa que si la Barbu tenía diez años en 1930, ahora debía contar unos treinta y cinco.

—Parecía mucho mayor cuando estaba en clase.

—Estaba consumida —supuso Buba—, porque no había cazado a ningún hombre.
—O a demasiados.

En la siguiente entrada, en que aún se veía la caligrafía infantil, faltaba la fecha. «Siempre estamos metidos en casa. Mamá no quiere estar con gente. Todo la supera. Nunca quiere hacer nada. Y lo único que hace papá es prometer. ¿Por qué no tuve la misma suerte que Alexa y Adriana con los padres? En verano viajan a las montañas. Papá quiere llevarme alguna vez al mar. ¡Pero no lo hace!»

El carácter de la libreta verde había cambiado con estas líneas. Lo que en la niñez había sido un álbum de poesía, se convirtió en un diario que la Barbu llevaba de manera muy esporádica. Durante años faltaba toda anotación, después había breves apuntes, de vez en cuando también textos largos en que la caligrafía perdía las redondeces infantiles y se volvía cada vez más tosca y descuidada. A menudo había palabras deformadas hasta lo indescifrable; la Barbu escribía una y otra vez pasajes con letra clara que sin embargo más tarde tachaba con burdos trazos, lo que me hizo suponer que seguramente se habría emborrachado mientras escribía. Buba sostenía que debía de haber estado muy desesperada.

—Busquemos lo que escribió últimamente —insistí.

—No seas tan impaciente, quiero saber en orden lo que ocurrió durante aquella época en Popesti.

Si las anotaciones de la maestra eran verdaderas, su padre había fallecido en 1942 como soldado de guardia a consecuencia de una explosión en los campos petrolíferos de Popesti, de manera que ni siquiera quedaron restos mortales que enterrar. La pérdida de su marido no parecía haber afectado a la madre de la Barbu, Trinká. En cualquier caso daba la impresión de que su aburrida vida continuó con su melancólico curso. Como no se hacía mención alguna a un hermano o una hermana, era de suponer que nuestra maestra había sido hija única. Si en vida de su padre ya había sufrido la melancolía materna, tras la guerra Trinká Barbulescu fue presa de un odio feroz hacia todo lo vivo y alegre. Angela había intentado una y otra vez escapar de aquella prisión de tristeza, pero por lo visto su madre reaccionaba a cada tentativa de huida con ingeniosos métodos para encadenar a su hija a ella. Era difícil saber si las diversas enfermedades, desde ataques de migraña hasta infartos, pasando por fiebres y escalofríos, eran ciertas o si la madre las simulaba. En cualquier caso, Angela se sentía obligada a permanecer en la sofocante estrechez de las cuatro paredes domésticas, excepto algunas mañanas en que acudía a la nueva academia del Partido en la capital, donde cursaba estudios de Magisterio. «Los cursos me resultarían más fáciles si pudiera estudiar con los demás candidatos. ¿Por qué mi madre me lo pone tan difícil?», escribió en marzo de 1946.

El 14 de agosto de ese mismo año, cuando ya tenía veinticinco o veintiséis años, anotó algunas frases que constituyen el primer testimonio de sus ansias de felicidad. Un joven de la academia llamado Fabian le había enviado una postal con una rosa roja y le había pedido que lo acompañara al baile estival en la fiesta de las juventudes

del Partido. «Nunca he bailado. Fabian me ha prometido enseñarme los pasos. Es tan amable y yo estoy tan nerviosa...» Cuando su madre se enteró de que Angela se entregaría a los placeres del baile, al parecer estuvo sin hablarle durante días, lo que su hija no interpretó como aprobación pero tampoco como prohibición expresa. «Alexa es muy buena», anotó en su libreta. «A pesar de que ya apenas nos veamos, me prestará su vestido azul de verano.»

Cuando leímos la siguiente anotación, Buba lloró por primera vez sobre el diario de nuestra antigua profesora.

«20 de agosto de 1947. La odio. La odio. ¡¡¡Por qué tuve que salir de ese vientre!!!»

La tarde del día del baile Angela ya se había pintado los labios con el carmín rojo de Alexa y se había puesto el vestido de su amiga. Después se dispuso a esperar sentada junto a la ventana. Cuando Fabian llamó a la puerta, Trinkka se acercó a su hija. Con la mano derecha aferraba el cuchillo de cortar el pan. Entonces levantó sonriente la muñeca izquierda, se hizo un corte y la sangre salpicó el traje prestado. El timbre seguía sonando. La imagen de su madre demente le oprimió de tal modo la garganta que el grito de Angela sólo resonó en su interior. Se echó sobre su cama y se mordió los puños, y así siguió horas después de que el timbre hubiera enmudecido.

Fabian no había dado señales de vida nunca más y Alexa había tirado el vestido manchado de sangre a la basura.

«Quiero comprarle uno —había escrito—, pero Alexa dice que no merece la pena porque el vestido le recordaba a un capullo. Es cierto que Alexa es muy mal hablada, pero desde luego es una buena persona.»

La amiga le había ofrecido entonces a Angela mudarse con ella a su pequeño piso en la ciudad. «Tengo que salir de aquí. Mi madre está loca y ahora se pasa todo el día tumbada en la cama. Me dejo todo mi dinero en la farmacia, pero a pesar de tantos medicamentos mi madre no mejora. No tiene remedio. Pero ¿por qué no habría de tenerlo yo tampoco?»

Por lo visto, Angela no había aceptado la oferta de su amiga y durante un año había escrito apenas una línea.

Me sentí arder por la emoción cuando leí en la entrada del 2 de septiembre de 1947 el nombre que llevaba esperando todo el tiempo: «Stefan.»

—Ése tiene que ser nuestro secretario del Partido en Clusoara —le susurré a Buba.

—¿El amigo ese del guarro del padre de Fritz Hofmann?

—Sí, ése.

Mi sospecha se confirmó. Angela se había enterado por Alexa de que a principios de octubre un tal Stefan Stephanescu iba a doctorarse en Economía. Primero se celebraría un acto formal con las autoridades universitarias, donde no se les había perdido nada, pero por la noche Stefan había previsto una fiesta con mucha gente divertida.

«7 de septiembre de 1947. No tengo vestido pero igual voy a ir, aunque mi madre...» Aquí se interrumpía la línea. Angela estaba decidida a acompañar a su amiga a la fiesta de Stefan. Las siguientes semanas había seguido yendo a la farmacia, pero en vez de las caras pastillas para el corazón, todo parecía indicar que sólo compraba a su madre complejos vitamínicos baratos. «Mi madre no se da cuenta de nada. Debería tener remordimientos, pero no los tengo. Pronto habré reunido el dinero para mi vestido. Me hubiera gustado el del estampado de rosas. Por desgracia ya no está en el escaparate. Pero los girasoles también son preciosos, y quizá Alexa lleve razón y los tonos tostados queden mejor con mi pelo rubio ahora que llega el otoño.» El 11 de septiembre escribió: «¡Primer pago realizado! En tres semanas será mío.»

Hasta más tarde, tras repetidas lecturas del diario, no me di cuenta de que a partir de ese momento la madre de Angela no volvía a aparecer. Ni una sola palabra permitía deducir qué había sido de Trinká Barbulescu.

Tras la fiesta del doctor Stefan Stephanescu, Angela Barbulescu se había mudado con su amiga Alexa. Las anotaciones perdieron el tono melancólico y torturado. Parecía que ahora las escribiera una niña soñadora y no una mujer adulta.

«3 de octubre de 1947. Bailó conmigo. Fue precioso. Siempre pensé que no sabría. Pero con Stefan sé hacer de todo. Cuando me estrecha al bailar me siento ligera. Floto. Es muy atento y en absoluto como una se imagina a un doctor en Economía, aburrido y estricto. Tampoco es engreído. Es gracioso, popular y hace reír a todo el mundo. Especialmente a mí. Quiere volver a verme. Será pronto, con ocasión del cumpleaños de un amigo suyo. Se llama Florin y es un médico recién licenciado especialista en enfermedades de los nervios. Stefan quiere que lo acompañe y que me ponga el vestido de los girasoles de nuevo. Le gusta. Le gusto. La vida es maravillosa.»

«11 de octubre de 1947. La fiesta estuvo bien gracias a Stefan. Sus amigos son muy interesantes, aunque prefiero evitar a Florin, tiene una mirada demasiado penetrante. Heinrich vino expresamente desde Clusoara. Es algo mayor y ya está casado; sacó muchas instantáneas con su cámara, también de Stefan y de mí besándonos como amigos. Espero no parecer estúpida en la foto, seguro que cerré los ojos. Heinrich prometió que me traerá una copia la próxima vez, porque ahora tiene trabajo más a menudo en la capital. Algunos amigos de Stefan me siguen resultando ajenos. Quizá porque son muy libres y espontáneos. Pero hay uno, un tal Koka, que me resulta repugnante. Alexa dice que es asqueroso y sin embargo flirtea con él. Aunque asegura de sí misma que es exigente, besa a cualquiera. Stefan dice que la vida ofrece miles de posibilidades y que apenas he aprovechado un par. Tiene razón. Quiere mostrarme todas. Debo aprender que vivir no da miedo.»

«28 de octubre de 1947. Hoy al mediodía salió el enésimo tipo de la habitación de Alexa. Es tan simpática, pero ¿por qué no se enamora del adecuado? Dice que espera a uno que le ofrezca algo más que su... No me gusta cuando habla así. ¿Cómo decirle

que no puedo dormir si chilla tan fuerte justo en la pared de al lado? Stefan ha estado dos semanas de viaje por encargo del Partido. La espera ha sido horrible. ¿Me echará él tanto de menos también? Me he sentido realmente enferma y apenas he podido comer. No obstante, acudí a la academia y estudié con mucho esfuerzo. Alexa opina que aprobaré de sobra los últimos exámenes. Sí, siempre que estudie. Pero me cuesta. Stefan asegura que ahora, tras la guerra, se necesitarán buenas profesoras. Pero no sé si de verdad seré una buena maestra para los niños. Aprender del pasado, planear el futuro, disfrutar el presente, suele repetir Stefan. El Partido tiene grandes planes para él. Lo dijo Heinrich. Me alegro por Stefan.»

«2 de noviembre de 1947. Ayer no fui al cementerio. Stefan me invitó a su casa. Por fin. Alexa ya empezaba a burlarse de cuánto tiempo más iba a andar virgen por el mundo. No tiene pelos en la lengua. Pensaba que dolería, pero Stefan fue muy considerado. No tenía ni idea de cuántos sitios se pueden besar. Ya vuelvo a sentir calores.»

Las siguientes anotaciones del año 1948 permitían deducir que Angela Barbulescu había invertido mucho esfuerzo en su formación como profesora, pero al mismo tiempo había disfrutado la vida. Pasaba los fines de semana en compañía de Alexa y los amigos de Stefan, a menudo salían a divertirse hasta el amanecer, en ocasiones permanecía en la cama todo el día en brazos de su amor, como llamaba a Stefan. Algunas veces iban los dos al nuevo cine en el bulevar de la República. Después de las veladas culturales Stefan la llevaba a restaurantes exquisitos. «París no puede ser más bonito que esto.»

En el verano de 1948 había aprobado los exámenes en la academia de profesores, con la salvedad de que, para su consolidación ideológica, se recomendaba que acudiera a las jornadas de formación del Partido. Al día siguiente salió de viaje con Stefan para pasar dos semanas en Constanza, a orillas del mar Negro. Por el día se bañaban en el mar azul, al anochecer deambulaban cogidos del brazo por el paseo marítimo antes de cenar en el Rapsodia. Por la noche se amaban entre las sábanas en su cama del noble Athénée Palace, y las anotaciones de Angela desvelaban que ya desde antes del desayuno no deseaba nada más que sentir a Stefan en su interior.

—Yo también quiero ir al mar —se le escapó a Buba. Me ruboricé.

En las entradas de 1948 nada permitía deducir que algo hubiera turbado la despreocupación y felicidad de Angela. Tan sólo pareció insegura al final de la escapada veraniega. «Pregunté a Stefan cuánto estaba costando este maravilloso viaje. Él se echó a reír. El hombre gana, la mujer gasta, me dijo. Alexa opina que sus padres son muy adinerados. Pero ¿por qué no me los presenta?»

«23 de diciembre de 1948. No me apetece nada la Navidad. Koka me ha invitado, en papel de carta con membrete del Partido, a una falsa Nochebuena. Ese tipo de ideas le parecen graciosas. Stefan viaja demasiado últimamente, por la colectivización. Dice que algunos campesinos se resisten al progreso. Pero lo conseguirá. Sabe convencer a las personas. Ojalá no bebiera tanto los fines de

semana. Si ya me tiene a mí... Alexa cree que no debería rehusar lo de la Navidad en casa de Koka. Bebe bastante y te parecerán simpáticos, aconseja. En fin, Alexa y sus licorcillos. Stefan no me hace caso cuando digo que no quiero celebrarlo en casa de Koka. Dice que Koka sólo es un estúpido zapatero remendón y un fanfarrón cabeza hueca, pero es miembro suplente del Comité Central y tiene óptimos contactos con el presidente Gheorghiu-Dej. Stefan cree que no puede rechazarse tal invitación. Alexa opina lo mismo. Ha propuesto que para variar podríamos cambiarnos los vestidos en Nochebuena. ¡Yo con su vestido de rayas! ¿Por qué no? Aunque todos dicen que los girasoles van muy bien con mi pelo.»

«26 de diciembre de 1948. Todo ha sido un mal sueño. No puedo más. Una vez me preguntó qué haría por él. Todo, respondí, por ti saltaría desde un puente. ¡No se lo merece! Cuánto duele que te traicionen. Él no me defendió. ¿Qué debo hacer? Alexa aún sigue en su cama. Se esconde. ¡Qué vergüenza debe de sentir!»

Al parecer la velada en la lujosa vivienda de Koka no había comenzado de manera desagradable, aunque Angela estaba molesta porque Stefan no había querido asistir antes a la misa de Navidad. El anfitrión había gastado una fortuna para su buena docena de invitados, mitad hombres y mitad mujeres. Sobre la mesa del bufet en el salón se apilaban variadas exquisiteces: caviar del mar Caspio, langostas y ostras de Francia, vieiras del Atlántico. También había pasteles de carne y de caza adornados, y un enorme cerdo asado tenía clavados un cuchillo y un tenedor gigantescos. En cuanto a las bebidas, el vodka ruso y el coñac francés estaban listos para servir junto al whisky estadounidense que Koka siempre diluía con auténtico refresco de cola. Cubiteras plateadas mantenían el champán frío, y sobre un aparador se sucedían los Riesling locales de la región de Tirnava y los tintos Murfatlar del Dobrudja, así como licores de frutas para las mujeres. Con el argumento de que la experiencia es la madre de la ciencia, Alexa se había abalanzado sobre ellos inmediatamente.

Como al parecer Angela estaba muy deprimida cuando redactó los acontecimientos de aquella velada, a Buba y a mí nos costó descifrar algunos pasajes. De nuevo había tachado o reescrito mucho, de manera que tuve que rellenar los huecos de las anotaciones con mi imaginación a fin de reconstruir la noche de Navidad de 1948 en casa del tal Koka.

Debía reinar una atmósfera alegre. En contra de su costumbre, Angela había bebido algunas copas de espumoso. Alexa seguía tomando Cherry Exquisit y flirteaba con cualquiera, mientras que Stefan alternaba el coñac y el tinto. Las mujeres estaban contentas y los hombres achispados cuando Koka y un tal Albin apostaron a cuál de ellos podría tragar más «pis de ruso» en un minuto. Stefan contó hasta sesenta entre gritos de ánimo. Ambos habían trasegado la mitad de sus botellas de vodka, sin que pudiera decidirse por el nivel del líquido quién había ganado finalmente. No obstante, Koka fue proclamado vencedor porque aseguraba que Albin había dado un trago más una vez acabado el tiempo. Lo que probablemente no era cierto. Angela tachó la

apuesta de fanfarronada de machitos terminada en empate, y Koka, sintiéndose ofendido como anfitrión, la había llamado puta católica barata que no tenía voz ni voto en aquella casa. «Todos se quedaron callados —contaba en su diario—. Stefan fingió no haber oído nada.»

Tras la salida de tono del dueño de casa, el ambiente amenazaba con decaer. En algún momento Koka se levantó de un brinco, se palmeó el muslo y bailó un polca para levantar de nuevo los ánimos. Al principio vacilantes, los demás acabaron marcando el ritmo con palmas. Excepto Angela, que quería marcharse a casa pero no reunía las fuerzas suficientes para hacerlo. Koka se comportaba de manera cada vez más brutal y obscena, agarraba el champán y se lo echaba babeando al gaznate. Sus invitados se desternillaban y se atragantaban con el contenido de las botellas que Koka les ponía en la boca. Saltó sobre la mesa del bufet y vociferó: «¡Noche de paz, noche de amor!» Angela vio con repugnancia cómo se bajaba los pantalones y se sacaba el miembro. Entonces el anfitrión orinó sobre las ostras entre vítores y aplausos. «¡Las damas primero!», gritó, y tras bajar de un brinco de la mesa, cogió la bandeja y fue ofreciendo las ostras a las jóvenes. Lenutza y Veronika cogieron y tragaron. Lenutza chilló y dejó que la sustancia gelatinosa goteara entre sus pechos. Exclamó que el jugo le recordaba a aquello de lo que nunca tenía suficiente. «¡A ver cuánto lo necesitas, a ver!», gritó Florin. Los invitados se abandonaron al griterío. Lenutza se arrodilló frente al dueño de la casa para trabajárselo. La embriagada Alexa la empujó a un lado y acercó con codicia su boca para terminar la faena que la otra había empezado con las manos. Koka la rehuyó argumentando que la excitada Alexa podría complacer a más de un tipo. Stefan sonrió burlón cuando Albin, Heinrich y el joven médico Florin despejaron la mesa del bufet. Alexa se deslizó de los hombros a las caderas el vestido de los girasoles que había intercambiado con su amiga, se quitó las medias, la ropa interior y el sostén y se tumbó de espaldas sobre la mesa. Abrió las piernas mientras los hombres se abrían presurosos la bragueta. Excepto Stefan Stephanescu. Él agitó una botella de espumoso y roció con la espuma la desnudez de la joven. Mientras Heinrich Hofmann iluminaba la escena con su cámara de fotos y los hombres se derramaban en Alexa, la puerta de la casa se cerró y Angela Barbulescu vagó perdida en aquella Nochebuena.

—Qué pena me da la Barbu —murmuró Buba—. Pero ¿qué clase de animal es ese Stefan? Le destrozó el corazón. —Se estremeció y se apretó contra mí—. ¿Me abrazas? —susurró cuando ya llevaba rato estrechándola contra mí.

—Era una persona distinta a la que conocemos —susurré.

A pesar del horror provocado por las confesiones de Angela Barbulescu, en el fondo me sentí aliviado. La mujer desnuda de la foto que había bajo mi colchón no era mi profesora desaparecida.

Desde el diván rojo nos llegaba la respiración regular de Dimitru, punteada por un balbuceo incomprensible que para Buba constituía una señal segura de que su tío buceaba en un océano de sueños del que aún tardaría en emerger.

«29 de diciembre de 1948. Alexa se comporta como si nada. Me pregunta totalmente en serio adónde iremos en Nochevieja.»

«31 de diciembre de 1948. Me ha enviado una carta. La he quemado sin abrirla.»

«3 de enero de 1949. S. ha venido con flores. Quiere hablar a toda costa. Como si aún quedara algo por decir.»

«5 de enero de 1949. S. llama como un loco. No quiero verlo nunca más.»

«10 de enero de 1949. Puedo mudarme pasado mañana a una habitación amueblada cerca de Piata Romana. ¿Trabajo? ¿Dinero para el alquiler?»

En algún momento de esos días Angela Barbulescu debió de recibir una carta en que se le exigía que se personara en el Ministerio Nacional de Educación para el reparto de puestos de profesor del curso 1949-1950. «Debería ir —escribió—, pero ¿para qué? Ya no quiero ser maestra. Ya no quiero nada.»

Lo que ocurrió en su vida los meses siguientes era un misterio, ya que faltaban todas las entradas. Sin embargo, para desconcierto de Buba y mío, medio año después, en julio de 1949, de pronto hablaba de matrimonio. A Buba se le escapó un gritito cuando dedujo que el doctor Stephanescu se convertiría quizá en el marido de Angela.

—Como lo haga me corto los rizos —dijo temblando, pues para ella habían desaparecido los límites entre pasado y presente, y parecía olvidar que estaba enterándose de acontecimientos acaecidos años atrás.

—Los rizos se quedarán donde están —decidí.

—¿Y por qué?

—Porque me gusta olerlos.

—Está bien. Pero no puede casarse con un hombre así. ¡Ni hablar!

De la lectura de las siguientes páginas dedujimos que a Stephanescu le había ocurrido algo, un accidente del que probablemente había salido gravemente herido. Primero pensamos en un accidente de tráfico. Los comentarios posteriores de Angela dejaban entrever que se había cometido un atentado contra Stephanescu durante las medidas de colectivización en Valaquia. Lo único que estaba claro era que el funcionario del Partido pasó mucho tiempo en el hospital. Y Angela estuvo sentada junto al lecho del enfermo las veinticuatro horas del día. Las heridas del pasado parecían curadas, sobre todo porque en reiteradas ocasiones la maestra se refería a falsos amigos a quienes Stefan ahora evitaba. Especialmente a Koka. «Stefan parece otro. Habla de matrimonio. ¡Familia! ¡Hijos! ¡No puedo creerlo!»

—Si se casa con ese hombre, morirá. —Buba suspiró y bajó los párpados.

Yo ya había sido testigo de cómo mi amiga en algunos momentos pulsaba una suerte de interruptor invisible que le permitía ver con su tercer ojo, al que ya nunca me referiría con sorna. La observé. Lloraba con los ojos cerrados y tarareaba en voz muy baja, como flotando, igual que si un canto maravilloso venido de un mundo luminoso sonara a través de ella. Después se recobró.

—Buba, ¿qué ocurre? —pregunté preocupado, enjugándole las lágrimas.

—Si no se casa con ese hombre, entonces no tendrá que morir. Pues ya estará muerta.

«6 de julio de 1949. No me viene la regla. Desde hace diez días.»

«18 de julio de 1949. La doctora Bladogan dice que es demasiado pronto para un diagnóstico, pero los síntomas son claros. ¡¡¡Voy a tener un hijo!!! ¿Debería esperar antes de decírselo a Stefan? Sí. Quiero estar totalmente segura.»

«31 de julio de 1949. ¡Estoy segura! La señora Bladogan dice que el 1 de abril del año que viene seré madre. ¡Vamos a ser padres! Quizá ahora sí consiga llevar a la iglesia a Stefan. Casarse sólo en el juzgado no es nada bonito.»

«1 de agosto de 1949. No he podido dormir. Stefan no vino, aunque había prometido recogerme. Heinrich llamó a la puerta a las diez de la mañana y me dio muchos besos de parte de Stefan, que había tenido que irse urgentemente a Valaquia. Otra vez problemas con los campesinos por los traslados de población. Stefan estará dos semanas fuera. Debería cuidarse. La política es horrible.»

«2 de agosto de 1949. Estoy muy confusa. ¿Qué debo pensar? Desde que Heinrich estuvo aquí estoy segura de que Stefan me oculta algo. Miente. Ayer tuve que salir. Era asfixiante. Esta habitación estrecha... Y este calor veraniego. ¿Y con quién me topo en el parque? Pues ¡con Alexa! No la veía desde que me mudé. Se me arroja al cuello, totalmente alterada. Habla, habla y no para de hablar. Se comporta con mucha desenvoltura. Creo que está bebida, aunque no huele a alcohol. Tiene un vestido nuevo y elegantes zapatos de piel. Cuenta que actualmente está con Albin y que ahora encuentra el lunar de su mejilla muy mono, no como antes cuando no podía soportar a ese tipo. Dijo que en general ahora todo es diferente. Que Koka también está más tranquilo. Que se casó con Lenutz, la bruja a la que tanto excitaban las ostras. Que Heinrich viene ahora más a menudo de Clusoara. Que debido al largo viaje Koka incluso le prestó dinero para comprarse una motocicleta y puso a su disposición su enorme casa como estudio de fotografía, donde ahora ella trabaja con él. Le pregunto si de verdad sabe manejar una cámara de fotos. “Mira que eres tonta”, exclama y se ríe. “Yo no fotografío, yo me dejo fotografiar”, explica orgullosa. “A cambio de un salario.” Algunos hombres pagarían mucho dinero por ver esas fotos. “Algunos incluso muchísimo dinero.” Vuelve a reír. “Para que nadie llegue a ver esas imágenes.”

»¡¡¡Qué estúpida soy!!! ¿Por qué le contaría a Alexa que estoy esperando un niño? Quizá sólo deseaba compartir mi alegría con alguien. Pero ella no se alegra en absoluto. Ya no la entiendo. Antes quería tener un montón de niños. La veo muy intranquila, muy inquieta, y le tiemblan las manos sin cesar. Apenas escucha. Le cuento además que Stefan aún no sabe lo del niño porque está en Valaquia por culpa de esos agitadores. Parece muy sorprendida. “¿En Valaquia? Vaya. No tenía ni idea de que Stefan te había preñado. Nunca lo ha mencionado. Bueno, estos accidentes ocurren.” ¿Cómo puede hablar así? ¿Cómo se le ocurre decir que si quiero deshacerme de él debo ir ver a Florin, al doctor Pauker, que todo sería discreto,

limpio y nada traumático? “Vaya”, dice, “de verdad que no sabía que Stefan te había hecho un bombo a ti también...”. Me sobresalto. ¿¿¿Cómo que también??? Alexa se muerde el labio, suelta un “cuídate” y se va. Me mareo. Chillo. Todo se oscurece. Seguramente me desplomé, sólo recuerdo eso. ¿Qué debo hacer?»

«16 de agosto de 1949. Stefan volvió ayer. Se presenta con flores en la puerta y quiere cogerme del brazo, pero me aparto. Me lleva a la calle. Fuera hay un coche nuevo. Se ha dado cuenta de que no estoy contenta. Quiere saber qué ocurre. Le cuento el encuentro con Alexa. Le pregunto si es verdad lo de las otras mujeres. Me tiemblan las rodillas. Ha sido horrible. ¿Por qué ha tenido que decir algo tan cruel, que ya puedo olvidarme del asunto matrimonio? Me reprocha que lo espío y me dejo engatusar por la miserable de Alexa. ¿Por qué dice cosas tan feas? Que a partir de ahora tendré que ganarme yo misma el dinero del alquiler. Como Alexa, que abre las piernas y se deja fotografiar. No me atrevo a contarle lo del embarazo. ¿Cómo voy a decirle que esperamos un hijo? Es una mala persona. No me quiere. Me da miedo.»

—A mí también. —Buba temblaba toda ella—. Estoy helada.

En ese momento ningún abrazo podría haber hecho entrar en calor a la muchacha que estaba a mi lado. Y el mío aún menos. Yo también sentía un frío horrible. Fuera el reloj de la torre anunció el mediodía.

—Dios mío. Pavel, es tarde. Tengo que ir a casa. Seguro que mi madre está buscándome.

Me dio un fugaz beso en la mejilla. Coloqué la libreta verde de Angela de nuevo entre los demás libros. Buba salió corriendo. Seguiríamos leyendo tan pronto fuera posible.

Dimitru se agitó en su diván, emergió de las mantas y se frotó los ojos. Me miró como recién llegado de un mundo infinitamente lejano.

—¿Qué haces aquí, Pavel? Dime, ¿Papá Baptiste ya se ha ido? ¿Sigue enfadado conmigo?

—Dimitru, ¿qué dices? El párroco está muerto.

—Pero si acaba de estar aquí.

—Dimitru, estabas soñando. Vamos, despierta.

—Pero lo he visto. Papá Baptiste entró por esa puerta. Se acercó y me amenazó con su bastón. «¿Qué haces, Dimitru?», refunfuñó. Quería pedirle perdón, tenderle la mano, pero ¡zas!, ya se había ido. ¡Desaparecido!

—No, Dimitru. Johannes Baptiste fue asesinado. No ha podido desaparecer porque no ha estado aquí.

—¡Ha estado aquí! Y blasfemaba.

—¿Contra ti? ¿Y qué decía?

—Decía: «¡Dimitru, mi soberbio hijo! ¡Sé fiel a la tierra! ¡Sé fiel a las personas! ¡Como tu padre Laszlo! ¿Acaso no va a quedar nada más del legado de tu padre que polvo y huesos? ¡Enmiéndate! ¿Qué te enseñé? Allá donde haya dos o tres reunidos en mi nombre, ahí estaré entre vosotros, en medio. Sin embargo tú, Dimitru Carolea

Gabor, tú te bastas a ti mismo.» Eso me ha dicho. ¡Me ha repudiado, Pavel! ¡Soy un hijo perdido! ¡Repudiado eternamente!

—Pero tú sabes que al hijo pródigo es a quien más quiere el padre. Más que a los hijos obedientes que siempre son buenos y sumisos. El párroco no dejaba de predicarlo en sus sermones.

—Pero en ese caso el hijo pródigo volvía al padre, no lo olvides.

Dos invencibles, una cruz marrón y la última procesión a la montaña de la Luna

Aún estaba helado. Desde que había leído con Buba el diario de la maestra no había conseguido entrar en calor. Armado de edredones y mantas busqué el lugar más caliente de la casa, el banco junto a la estufa en la taberna. Sólo ahí podía soportarlo. Los cuidados de mi madre me sentaron bien. Frió morcilla con puré de maíz, me preparó té a la menta con doble ración de miel y me acarició el pelo, algo que no había hecho en años, sobre todo porque yo siempre reaccionaba con irritación a sus caricias. Con los ojos abiertos, permanecía tumbado observando indiferente al abuelo, que dormitaba tras el mostrador de la tienda. Sobre él colgaba un calendario. Señalaba miércoles 20 de noviembre de 1957. Solamente habían transcurrido catorce días desde su quincuagésimo quinto cumpleaños. En esas dos semanas había envejecido.

Dimitru apareció dando zancadas en la penumbra. Había vuelto a la tierra. Cuando gritó «¡Señor tabernero! ¡Tiene un cliente con el corazón rebosante y los bolsillos vacíos!», el abuelo abrió de golpe los ojos. Sus rasgos mortecinos cobraron color.

—Siéntate —ordenó a Dimitru—. Hace días que aquí no ocurre nada. Bien podría cerrar el local.

—Y tu amigo gitano se congelaría el trasero ahí fuera. ¿Así se comporta un camarada?

Mi abuelo soltó una risa forzada.

—¿*Tuica* o *Silvaner*?

—Mi idiosincrasia racial me obliga a responder con sinceridad: ambos.

El abuelo cogió dos vasos y colocó el vino y el aguardiente sobre la mesa. Pero el cingaro no tocó los vasos.

—¿Primero pides y después no bebes? ¿Qué ocurre?

—Ya no puedo beber solo. Ilja, tienes que acompañarme con un vasito —insistió Dimitru, aunque sabía que su amigo no aguantaba el alcohol desde que cayera de niño en una cuba de maceración.

—¿Por qué no puedes beber solo? Pero si no está prohibido... De hecho, la mayoría de las veces le das a la botella en solitario.

—Precisamente por eso. Pero ya nunca más. Nunca más cuando quiera brindar por el difunto Papá Baptiste. Para saber que está en aquí, cerca, debe haber al menos dos personas. Si no, no funciona.

—En tal caso, no puedo dejarte en la estacada —repuso el abuelo, reprimiendo la risa.

A pesar de que el doctor Bogdan de Apoldasch le había advertido de las consecuencias de tomar las mínimas dosis de licor, a las que su cuerpo achacoso probablemente respondería con temblores y pérdida de memoria, el abuelo se bebió un vaso de Silvaner.

—Por nuestro padre Johannes.

—¿Qué le pasa a tu nieto? ¿Está enfermo?

Cuando Dimitru me descubrió en el banco bajo las almohadas de plumas cerré los ojos y fingí roncar. Así me convertí en testigo de una conversación entre dos hombres tan serios como extraños.

Al abuelo debió de resultarle agradable el rápido beneficio del inusual trago. Su cansancio se desvaneció. Su lengua se soltó y se sintió lo bastante cómodo como para compartir con el gitano la carga de sus preocupaciones.

—Dimitru, tú sabes que como vendedor y tabernero siempre fui honesto. Con todo el mundo. Pero ya no sé en quién puedo seguir confiando en el pueblo y en quién no.

El cíngaro permaneció callado, de lo cual deduje que estaba dispuesto a escuchar.

—Corren malas lenguas, rumores que me intranquilizan. Ya no me siento en condiciones de diferenciar la verdad de la mentira. Al principio se supuso en el pueblo que los comunistas, posiblemente incluso los Brancusi, estaban detrás del crimen del padre Johannes. Está claro que los hermanos son camaradas de sangre caliente. Pero un crimen tan atroz como el de nuestro párroco... No, ningún Brancusi habría hecho jamás algo así. Y eso lo han confirmado también la policía y los testigos. Los hermanos ni siquiera estaban en el pueblo la noche del asesinato, sino en Apoldasch, donde asistían a un curso del comité. Después está lo de la extraña desaparición del cadáver. Nadie tiene idea de dónde se encuentra nuestro difunto padre. Los sajones murmuran que la Securitate es responsable del asesinato. Que habría hecho callar a Baptiste porque quería predicar en contra de la colectivización. Pero últimamente he oído rumores que afirman algo muy diferente: que la muerte de nuestro cura está relacionada con la profesora Barbulescu. Kora Konstantin afirma haberla visto pocos días antes del asesinato de Johannes entrar a hurtadillas en la casa parroquial. Ignoro si podemos fiarnos de Kora, esa cotilla. Pero juró que la Barbulescu fue a ver al párroco, y encima para confesarse. De graves pecados mortales acumulados a lo largo de la licenciosa vida que llevó en su primera juventud. La Konstantin va diciendo por ahí que los vicios de la Barbu eran tan monstruosos que Johannes Baptiste no pudo administrarle el sacramento de la absolución pues esos pecados habían sobrepasado el límite de cualquier perdón.

Sentí mucho calor bajo el edredón. Era todo oídos.

—Sigue hablando —dijo Dimitru.

—Si es cierto lo que Kora va contando por ahí, entonces las cosas ocurrieron así:

el padre Johannes sí escuchó la confesión de la Barbulescu, aunque después le negó la absolución. Y entonces, según sostiene Kora, sin indulto una confesión no es válida, así que Baptiste ya no estaba sujeto al secreto de confesión. Dimitru, sabes tan bien como yo que nuestro párroco siempre se guardaba para sí las confidencias. Nadie debía temer que divulgara ni una palabra sobre nadie.

—¡Antes se hubiera cortado la lengua!

—Pero ¿lo sabía también la Barbulescu? En cualquier caso, Kora asegura que Johannes exigió a la Barbu que abandonara Baia Luna. Que una persona de tal calaña no era apta para dar clase a los niños. Y ahora no sólo la Konstantin, sino también el sacristán Knaup, afirman que la Barbulescu está relacionada con el asesinato. Sobre qué aspecto exactamente, guardan silencio. Pero no por mucho tiempo, según se encarga de pregonar Kora a los cuatro vientos.

Como Dimitru permanecía callado, parpadeé ligeramente y vi que se pasaba la mano por su pelo enmarañado. Bebió un sorbo de *tuica*, escupió y apartó el vaso.

—Ni siquiera tu aguardiente me sabe bien, Ilja, así que la situación es grave. Sobre todo cuando la gente comienza a tomarse en serio a los chalados.

El abuelo asintió con aire de aprobación.

—O sea, ¿que no te crees lo que cuenta Kora Konstantin?

—Amigo Ilja, estoy consternado. Primero: Papá Baptiste nunca habría echado a un alma arrepentida sin consolarla. Segundo: la mujer en cuestión se comporta *in principio* siempre de manera muy afectada. Sabe odiar, oh, sí, eso lo hace muy bien. Al igual que amar. Hazme caso, sé de qué hablo. Pero una mujer que odia no ata a un anciano a una silla y le corta el cuello, después de haberlo tirado todo por ahí, vamos, como no lo harían ni los gitanos. Y tercero: ¿qué dice esa Konstantin? Por Dios, ¿qué pecados va a haber cometido la Barbu?

—Matricidio y aborto.

El cingaro permaneció callado. La sangre me hervía.

—Algo raro sí que hay —convino al fin, dubitativo—. Es cierto. En efecto, la Barbulescu estuvo en la rectoría. El día de tu cumpleaños, antes de que nos reuniéramos en esta taberna y nos tocase escuchar el discurso sobre el *Sputnik* de Jruschov. Sin embargo, por lo que un humilde servidor sabe, no quería confesarse con Papá Baptiste sino simplemente tomar prestada la llave de la biblioteca.

—¿La llave de la biblioteca? ¿Del párroco? Pero si todos en el pueblo saben que eres tú quien tiene esa llave. ¿Por qué fue a molestar al viejo Johannes? ¿Por qué no te buscó a ti? ¿No vive cerca, además?

—Quizá también debería plantearme esa pregunta cuando tenga ocasión —contestó el gitano tras un largo silencio—. Tan sólo sé una cosa *sine dubio*: pese lo que pese sobre la conciencia de la señorita Barbulescu, seguro que no es la muerte del bueno de Papá Baptiste.

La escalera crujió. Reconocí los pasos dificultosos de mi tía Antonia. Saludó a ambos y oí que se dirigía a la estantería donde se guardaba el chocolate. Tras desear

las buenas noches, los escalones rechinaron de nuevo.

—Me ronda algo más por la cabeza —terció el abuelo, retomando la conversación—. Dimitru, ¿crees que Baptiste dijo la verdad sobre el proyecto de ese tal Koroliiov? ¿Crees posible que los cosmonautas vuelen efectivamente al espacio y después tengan que informar a Jruschov acerca de si han visto a Dios o a María?

—¡Ilja, amigo mío! ¡Estoy aquí sentado para impedirlo! Debemos tomar medidas. Por los pechos de la santa, ese proyecto debe ser sabotado. Tan cierto como que soy gitano. Le pondremos un par de buenos obstáculos a Koroliiov. Sólo que... aún no sé cómo.

—Si alguien puede pararlo, hazme caso, éstos son los americanos.

—Pero los yanquis están ciegos. No se enteran de lo que están tramando los soviéticos. Y nadie alza la voz para avisarlos. Mientras, Koroliiov se frota las manos. América ha caído en su truco del *Sputnik* y está que echa humo por el estúpido pitido mientras el reloj corre. Yo creo que Koroliiov y Jruschov ya están contando los días para el *cauntdaun*.

—¿El qué?

—El intervalo de tiempo entre el momento X y el lanzamiento del cohete —explicó el gitano—. Cuando los cosmonautas hayan superado la gravedad y estén en la luna, les llegará el siguiente mensaje de radio: «¡Dispersaos y buscad a María!»

—Y si no encuentran a la Virgen pregonarán a los cuatro vientos que Dios no existe...

—¿Y sabes qué significa eso?

Oí llenar dos vasos al abuelo y que respondía:

—No exactamente.

—Te lo diré. Si Dios no existe será el fin de los Estados Unidos de América. Hasta ahora los yanquis han estado muy por encima de los soviéticos. América tiene edificios más altos, automóviles más grandes...

—Estatuas de la Virgen más colosales y mejores puros —añadió el abuelo.

—Exacto. En general todo es mejor en América. Lo que ocurre es que sin Dios, se acabó. Los estadounidenses tendrán que reducir su dinero a pasta de papel. Sin Dios, los bonitos dólares no valen nada. *In God we trust!* Es inglés y está escrito sobre cada dólar, por la parábola de Jesús. La del señor y sus siervos y los talentos. Si tienes un talento, gana dos. Si tienes mucho dinero, gana mucho más. Así lo hacen los estadounidenses, como en la Biblia. Lo sé por el primo Salman, que una vez lo intentó con las divisas. Pero si Dios no existe, entonces no se puede confiar en él. Por no hablar de una moneda que confía en algo que no existe. Sin Dios, América ya podrá quemar sus dólares. Entonces será el turno del rublo.

—Entiendo. Por eso los estadounidenses deben ser rápidos. Más rápidos que los rusos. ¿Otro vasito?

—¡Eso no se pregunta!

—Alguien debería advertir al presidente norteamericano. Pero ¿cómo?

—*Sic est*. Sin embargo, aún es demasiado pronto para intervenir. Primero debemos saber si María ascendió realmente a los cielos. De lo contrario, nos convertiremos en dos hazmerreír. ¿Por qué crees que estoy estudiando? Compruebo la posibilidad de que las infalibles enseñanzas papales sean falibles. Si resulta que Pío en Roma cometió un error fatal en su dogma o incluso engañó a los creyentes deliberadamente, el asunto quedará zanjado. Entonces no restará de la Madre de Jesús más que polvo y huesos esparcidos en algún lugar de Tierra Santa. ¡Y sólo quedará consternarse y olvidar la ascensión! Así lo veo yo.

—Bien puede ser —confirmó el abuelo—. También yo lo veo así.

Sirvió más bebida y se levantó. El cajón bajo la caja registradora chirrió. Además de la de beber, el abuelo iba a quebrantar al parecer otra de sus normas. Sacó la nueva caja de puros que yo le había regalado por su cumpleaños.

—Aquí tienes, Dimitru, date un capricho. No hay nada mejor que un buen cubano.

Los oí encender las cerillas. El penetrante aroma del tabaco se extendió en la taberna en silencio. Entonces Dimitru abordó un asunto pendiente desde el día que había prestado su mano al abuelo y firmado «Borislav Ilja Botev» en la lista de nombres exigida por Raducanu.

—Tus cubanos son algo exquisito, Ilja. Los búlgaros sí que saben liar puros. Pero no entiendo muy bien por qué al hacer esos garabatos cirílicos siempre giran las letras hacia la izquierda. Ningún conocedor del latín puede leerlo. Por cierto, ya es hora de que aprendas a descifrar las letras.

—Lo sé, Dimitru, lo sé. Ya va siendo hora.

—A partir de mañana recibirás clases. Te las daré yo, personalmente. Una hora diaria. Como hostelero puedes permitirte la inocencia de la ignorancia, pero no como aliado en una delicada misión. ¿Cómo quieres superar al astuto zorro de Koroliov si ni siquiera puedes escribir tu nombre en una hoja en blanco?

—¿Y no le contarás nada a nadie?

—¡Menuda pregunta! ¡Soy tu mejor amigo! Juro tener la boca cerrada. ¿Ahora te sientes mejor?

—Mucho mejor. Pero hay algo más... —repuso el abuelo sonriendo.

—¡Desembucha!

—A ver, aunque esta caja sólo funcione como radio, créeme, Dimitru, me diste una gran alegría con el televisor. Pero a veces pienso que la alegría de poseer un aparato así está muy por encima de mí. El regalo tuvo que costar un dineral y vosotros los gitanos no tenéis un céntimo. Creo que ahora que no sólo somos amigos, sino también aliados, puedes contarme de dónde sacaste el dinero para comprarlo. No es que esté sugiriendo que te hayas hecho con el aparato, cómo decirlo, fuera de la ley, pero...

—¡Un buen romaní no roba!

Estaba seguro de que Dimitru, ofendido, se levantaría de sopetón y entre

improperios rompería la amistad con mi abuelo. Pero siguió imperando la calma. Abrí los ojos y vi cómo el cingaro se esforzaba con valentía por ocultar su tristeza.

—Dimitru —preguntó el abuelo, preocupado—. ¿Qué te ocurre?

—¿Tienes que recordarme precisamente ahora a mi difunto padre, Laszlo?

—Pero, oye, han pasado más de veinte años desde la desgracia del Tirnava. Tu padre murió hace mucho y nunca olvidaré su intento de salvar del carro a mi Agneta y mi Antonia. Al igual que jamás podré olvidar que te metiste conmigo en el agua helada. Pero ¿qué diablos tiene que ver la muerte de Laszlo con el televisor?

—Fue idea de mi padre —explicó el gitano, y suspiró—. Es decir, no la historia del televisor, sino lo de cómo pensábamos obtener dinero. Igual que los estadounidenses. Si no tienes dinero, ve a donde lo haya. De ese modo se nos ocurrió lo del negocio de los pequeños frascos.

—Recuerdo que aquella vez habíais comprado botellas en Clusoara. Muchas botellas.

—Botellas no. ¡Fascos! —corrigió el cingaro—. Botellitas diminutas con corchos aún más diminutos, de cristal marrón. Para proteger el contenido de la luz. Lo entiendes, ¿no?

—¡No entiendo un pimiento!

—Está bien, si insistes te lo confesaré todo. —Dimitru apuró su *tuica* y contó que la crónica escasez de dinero de los gitanos había inspirado a su padre métodos cada vez más ingeniosos para procurarse fondos. Poco después de la llegada de su clan a Baia Luna, un precioso día de verano de 1935 Laszlo estaba tumbado en un prado en la linde del pueblo. Pero no ocioso, como quizá podría suponerse. Observando las vacas de los campesinos, reflexionaba sobre cómo ganar dinero con el ganado de otras personas sin que nadie tuviera que lamentar pérdidas. En comparación con esos estúpidos *gadje* que robaban caballos y reses por todas partes y eran cazados en la siguiente feria de ganado, la idea de Laszlo Carolea Gabor fue muchísimo mejor. ¡Leche! Antes de que los hijos de los ganaderos condujeran las vacas a los establos por la noche para ordeñarlas, habría que sacarles un poco de leche a escondidas. No mucho, como máximo el equivalente a un vaso de licor.

Entonces Dimitru señaló su vaso vacío. Ilja descorchó otra botella mientras comentaba que con unas gotas de leche era imposible hacerse rico.

—¡Exactamente!

Justo por ese motivo Laszlo había tenido la idea del ordeño clandestino y el relleno posterior de los frascos. Por eso habían pedido un préstamo a unos parientes de Valaquia, con el que habían comprado quinientas botellitas en la farmacia de Clusoara.

—Pero ya no hubo tiempo para el negocio de la leche —prosiguió—, ya que mi buen padre perdió la vida en la tormenta de nieve. En señal de luto, esperé tres veces siete años, pero luego llegó la hora de que el hijo pudiera poner en práctica la genialidad paterna. El verano pasado fue el momento justo. ¿Y? ¿Alguien del pueblo

se ha quejado de que su vaca diera menos leche?

—No, que yo sepa.

—¡Lo ves!

Dimitru confesó que durante semanas había recorrido a gatas los pastos, aligerando un poco las vacas del pueblo antes del regreso a los establos, y luego había duplicado la cantidad de leche ordeñada con agua del Tirnava según el *principium duplex*. Después había rellenado los frascos, y los había encorchado y sellado con cera derretida de una vela votiva roja de la parroquia.

—¡Y las reliquias estaban listas! Las mejores que he tenido nunca.

—¿Qué reliquias? —inquirió el abuelo sin entender. Yo tampoco entendía adonde quería llegar el gitano.

—Leche de los pechos que una vez amamantaron al niño Jesús.

—¡Estás loco!

De ninguna manera, desmintió Dimitru, y explicó que un par de gotas de leche materna de la bienaventurada Virgen María eran un codiciado objeto de veneración que, en su día, los cruzados habían traído como recuerdo de Tierra Santa y que protegía muy eficazmente a su poseedor del hostigamiento diabólico. Lo que naturalmente tenía su precio. Sobre todo porque la leche de quien alimentaba a Dios era mucho más efectiva que las astillas de la cruz o las espinas de la corona que Jesús llevara durante su crucifixión. Por desgracia, ese saber había caído en el olvido entre los católicos debido a la Ilustración y sus historias, pero no entre los ortodoxos.

—Pero ¡eres un estafador! ¡No vendes a la gente leche de la Virgen, sino leche de vaca aguada!

—¡Un momento! ¡Un momento! Cuando recibes la Sagrada Hostia, ¿qué es lo que comes?

—El cuerpo del Señor —respondió el abuelo sin reflexionar.

—Correcto. Tan sólo los paganos, los bolcheviques y la gente que no tiene ni idea afirmarían que se trata de un insípido trocito de pan. La fe cambia las cosas. Tanto el agua y la harina, como el agua y la leche.

—Pero el pan era sagrado para el Señor —lo contradijo el abuelo—. Jesús sirvió pan en la última cena. Y vino, por supuesto. Lo convirtió en su cuerpo y su sangre. Nunca mencionó la leche. Timar a los ortodoxos no es honesto.

—No soy un estafador. ¡Rechazo tal acusación! Según los principios de la dialéctica de la negación, un estafador que estafa a otros estafadores no es un ladrón, sino alguien que lucha por la justicia. A ver, ¿quién confía en un gitano? ¡Nadie! Pero los ortodoxos se lo creen todo de un pope con sotana dorada. Si un negro se instala en la plaza del mercado a proclamar los beneficios de sus frascos con leche de la Virgen la gente se ríe de él. Eso, en el mejor de los casos. Si tiene mala suerte, le lanzarán piedras. Por eso lo sabía ya hasta mi padre: si quieres hacer dinero, júntate con aquellos que también quieren lo mismo. Con los codiciosos. Así que el verano pasado cargué mi carro y me encaminé con los frascos hacia Moldavia. Allí proliferan los

monasterios, créeme. Por el camino, miles de ortodoxos acudían en masa al de Humor. Así que fui tras los peregrinos con mi mercancía. Al principio el pope del claustro no quería recibirme. Entonces le hice llegar el mensaje de que los gitanos querían donar un tejado resistente al agua para la basílica y dinero para la restauración de los frescos del Juicio Final. Así logré audiencia. «Vamos al cincuenta-cincuenta», le propuse al pope si liquidaba los frascos.

—¿Y qué? ¿Aceptó?

—Pues claro. Dos horas después la leche estaba vendida. La gente casi se pegaba por conseguirla. El que se hacía con un frasco era dichoso como un ángel. El pope incluso ordenó que me sirvieran una opípara comida, abrió un exquisito barrilete de tinto y dijo que si el próximo verano traía otras reliquias sería bienvenido en su casa. Créeme, con el dinero ese ortodoxo podría construir tres tejados para la iglesia. Después devolví el préstamo a mis parientes con el doble de interés y le di al primo Salman mi parte para que te comprara un buen televisor. El dinero habría alcanzado para otras diez antenas, pero ese cabeza hueca ¿qué hizo? Va de americano, quiere multiplicar el dinero y se pone a jugar a las cartas con esos gitanos listillos de la estación de Clusoara.

Yo sudaba de tal manera junto a la estufa que aparté el edredón y me incorporé. Inexplicablemente, no repararon en mí.

—Aquí tienes, incrédulo. —Dimitru se sacó del bolsillo del pantalón un papel doblado—. Todo de manera legal —aseguró y le tendió el recibo por la compra del televisor—. Esto es para ti. Guárdalo bien.

Al colocar el resguardo bajo el compartimento de las monedas de la caja registradora, mi abuelo se fijó en la cantidad pagada por el aparato. Se sintió mareado.

—Dios mío, Dimitru, eres listo, terriblemente listo. Como David. Como David contra... ¿cómo se llamaba aquel gigante?

—Nuestro gigante se llama Koroliov. Él es nuestro Goliat. No tenemos armadura ni ejército y por eso debemos ser inteligentes. El truco es la piedra en nuestra honda. Es nuestra arma.

—¡Y no estamos solos! —El abuelo descorchó una botella de Silvaner—. En América se puede confiar. Los cohetes americanos serán mejores que los soviéticos. Los yanquis no quieren los rublos. ¡Oh, Pavel!, estás despierto. ¿Te encuentras mejor? Entonces tráenos unos chicles de éstos. Dimitru, hazme caso, los americanos auténticos son los mejores.

—Voy a salir a tomar un poco el aire otra vez. No me encuentro muy bien —anuncié. Según mi experiencia, así me garantizaba el permiso para desaparecer durante un rato.

La biblioteca de la casa parroquial no estaba vigilada. Dimitru ya tenía la mirada

ligeramente vidriosa y seguro que en las próximas horas no volvería. Me puse el abrigo y salí de casa.

A pesar de la nieve, caminé a buen paso hacia el asentamiento gitano. Cuando estuve frente a la barraca de Buba lamenté no haber acordado con ella un santo y seña. Calculé que serían las nueve. Muy tarde para llamarla a gritos. Con cautela, lancé una bola de nieve contra la ventana que supuse correspondería al dormitorio de mi novia. Me pareció que había transcurrido una eternidad cuando se abrió y una voz susurró «¿Pavel?».

Buba salió por la ventana, descalza y vestida sólo con un fino camisón. Le puse mi abrigo sobre los hombros y en medio de la oscuridad corrimos hacia la rectoría. Subí a tientas hasta la vivienda del párroco y comprobé aliviado que la segunda llave de la biblioteca colgaba de nuevo en la tabla junto al ropero.

Cuando fui a cogerla, algo plateado brilló, una llavecita pequeña aunque muy ornamentada. La metí en mi bolsillo con una vaga idea de en qué cerradura podría encajar.

Dos minutos más tarde me deslicé bajo las mantas con la congelada Buba en el diván de Dimitru. Ante nosotros, el diario de Angela Maria Barbulescu.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Buba, apretándose contra mí—. En los últimos días sólo he pensado en la maestra y en lo que le sucedería en la capital. Entonces deseaba estar contigo. Pero mi madre no me permitía salir de casa. Nuestra profesora también debe de haber sido madre. Se quedó en estado del asqueroso de Stefan. Sin embargo, no vino a Baia Luna con un hijo. Pues bien, quiero saber dónde se encuentra ese niño.

—Eso mismo no dejo de preguntarme. —La rodeé con un brazo y con la mano libre cogí la libreta verde. Entonces la puerta se abrió de golpe.

A Susanna Gabor le había bastado con seguir las huellas en la nieve.

—¡Golf! ¡Granuja! Acurrucada con un *gadjo* bajo una manta. ¡Fulana, sucia mujerzuela! —gritó la mujer, abalanzándose sobre mi novia.

Me levanté de un salto para colocarme delante y protegerla, pero no estaba preparado para la ira enfurecida de la gitana. Como poseída, Susanna nos dio de puñetazos, primero a mí y después a su hija. Logró agarrar a Buba por el cabello y le arrancó unos pelos. Mientras Buba gritaba desesperada «¡Es mi novio, es mi novio! ¡No quiero ningún otro! ¡Jamás, jamás, jamás!», su madre vociferaba: «¡Deshonra! ¡Qué deshonra! ¡Fuera de aquí! ¡Amante lujuriosa de un *gadjo*!»

Salió de la casa parroquial y atravesó el pueblo llevando a rastras a Buba, que no cesaba de gemir. Los gritos de Susanna Gabor resonaron en la noche invernal como el aullido de una loba. En las casas se encendieron luces y los habitantes de Baia Luna abrieron las cortinas asustados y enmudecidos.

Entré en la taberna. Ciego de dolor, vi a aquellos dos hermanos de espíritu roncar en el banco de madera junto a la estufa, embriagados de vino y satisfacción. Bajo mi abrigo llevaba el diario de Angela.

Con qué impaciencia había esperado el momento de volver a leer con Buba las anotaciones de la profesora desaparecida. Pero cuando me tumbé en mi cama con la libreta verde entre las manos, su contenido antes tanpreciado había perdido valor para mí. No estaba preocupado por lo que una vez le había sucedido a Angela Barbulescu, sino por lo que le ocurría ahora a mi novia. Como no había manera de conciliar un sueño reconfortante, encendí la lámpara de noche sabiendo que, dadas las circunstancias, Buba no se enfadaría conmigo por hojear el diario solo.

Abrí las primeras páginas y releí la frase que Trinka Barbulescu había escrito en el álbum de poesía de su hija un cuarto de siglo atrás, en la Navidad de 1931: «Quien no tiene esperanzas, no se lleva decepciones.»

Angela había tenido esperanzas, en contra de la recomendación de una madre hostil a la vida. Y se había llevado una decepción. A causa de un hombre que había despertado sus ansias de vivir, pero que tras su apariencia jovial y su sonrisa sólo escondía un frío glacial. «Le va a chupar la vida hasta vaciarla», había dicho Buba.

«3 de noviembre de 1949. Revisión con la doctora Bladogan. Dice: “Señorita Barbulescu, ya es hora de actuar si no quiere aparecer ante el altar con una barriga prominente.” Ni siquiera pude llorar. Ahora estoy de cinco meses. Quizá él lo sepa desde hace tiempo por Alexa. No he vuelto a ver a S. desde el verano. Traeré a mi hijo al mundo sola. Sin él. Pero al menos se lo diré a la cara. ¡Mañana me presento en su oficina!»

Me habían bastado unas pocas líneas para sumergirme de nuevo en el pasado de mi profesora desaparecida sin tener la sensación de ser un intruso. Angela no había escondido su diario en la biblioteca para preservar sus pensamientos, sino con la esperanza de que fueran descubiertos. Al menos ese deseo se había cumplido. A medida que pasaba las páginas, me decepcionó que varias hojas hubieran sido arrancadas. La frustración fue en aumento porque las siguientes páginas tampoco desvelaban nada. La caligrafía era nerviosa, apenas legible y además estaba tachada con líneas confusas y desordenadas. Me salté esa parte hasta que de repente sentí un escalofrío. En una página derecha destacaba una cruz pardusca. De los trazos podía deducirse que Angela Barbulescu había emborronado el papel con el pulgar de arriba abajo y de lado a lado. En la página izquierda, con gruesos caracteres de imprenta que recordaban una inscripción en una lápida, se leía:

Los poderosos caen de sus tronos.

Los humildes son elevados.

Su hora llegará

cuando él esté en lo más alto.

Baia Luna, 15 de agosto de 1950.

Echaba de menos a Buba. Junto a ella la violencia de la cruz y el epígrafe, cuyo mensaje inescrutable me aterraba, se habrían atenuado un poco. Ese «él» no se refería

a nadie más que al secretario del Partido en Clusoara, Stefan Stefanescu, el hombre al que yo debía eliminar y mandar al infierno. Traté de razonar. Los datos del lugar y la fecha revelaban que Angela Barbulescu había escrito aquella sombría nota cuando ya no vivía en la capital, sino en Baia Luna. Habían transcurrido casi nueve meses desde su anotación sobre el avanzado embarazo y su intención de presentarse ante el padre del niño, Stefanescu. No encontré respuesta a la pregunta de qué le había sucedido los últimos meses en la capital. En la historia de su vida faltaban justo las piezas más importantes del mosaico.

En agosto de 1950 yo tenía ocho años y sólo un recuerdo aproximado de la llegada de la maestra al pueblo. Así pues, entré en el primer curso algo tarde para mi edad, pues cuando me hubiera correspondido no había clases en Baia Luna debido a la falta de personal docente. El Ministerio Nacional de Educación envió a Angela Barbulescu en calidad de maestra de escuela. Su relación con los lugareños comenzó ya bajo un mal signo. Así lo confirmaban las anotaciones en el diario en los meses posteriores a su llegada. Había escrito sobre la desconfianza con que la habían recibido como mujer de la capital, mencionaba el cotilleo del pueblo, rumores, maledicencias y odios, y las iniciales «KK» aparecían sin cesar, tras la cuales sólo podía estar Kora Konstantin. A pesar de todo, las primeras notas escritas en Baia Luna no me desvelaron más de lo que ya sabía por experiencia propia.

En la última parte del diario, había escrito con mano temblorosa declaraciones de intenciones que revelaban más el deseo que la voluntad de renunciar al alcohol. Aunque no había apuntado fechas, los textos documentaban el irremediable deterioro de una bebedora desesperada. De cuando en cuando destacaban momentos de lucidez; la Barbu era muy consciente de su autodestrucción, pero no tenía fuerzas para resistir a su propia caída. Sabía muy bien que era una mala profesora, que apenas tenía energía suficiente para asignar a los niños interminables tareas de copia. Y también era consciente de que los alumnos no tanto la temían cuanto la despreciaban. Cuando leí mi propio nombre y el de Fritz Hofmann me di cuenta con dolor de que a ella no se le había escapado que en los ejercicios de cálculo Fritz y yo escribíamos en nuestros cuadernos cifras absurdas. Se había enterado incluso de que Fritz modificaba las estúpidas rimas del Partido a su antojo. «Fritz puede ser mezquino. Y es que de tal palo, tal astilla. Pero no es idiota. Y tiene cierta imaginación poética. Espero que no se vuelva como su padre, ese...» No pude descifrar la última palabra, pero tampoco era necesario, visto lo que sabía sobre el fotógrafo Heinrich Hofmann.

Fui pasando las páginas. Cuando me sumí en la lectura de la última anotación, supe enseguida el momento en que la había escrito: la mañana del cumpleaños de mi abuelo, el día en que, junto a Dimitru, había tratado de escuchar el pitido del *Sputnik*. Yo había acompañado a casa al gitano a través de la niebla y observado por su ventana cómo la Barbu escribía sentada a la mesa de la cocina.

Era una carta de despedida. En mayúsculas limpias y claras. Comenzaba con un frío encabezamiento y se parecía a un escrito institucional, formal e impersonal.

Estimado camarada Secretario del Partido, Dr. Stephanescu:

El mensajero trajo ayer el paquete del gobierno del distrito. Por la presente confirmo la recepción de la fotografía. Cumpliré con el requerimiento de colgar su retrato de inmediato y bien visible en la escuela de Baia Luna. Su imagen colgará en los colegios junto a la del presidente del Estado. Los niños alzarán sus ojos hacia usted y hacia su sonrisa. Su compañero Hofmann hizo un buen trabajo, como siempre, aunque esté especializado en otro tipo de imágenes.

Lo que me hicisteis en la consulta del doctor Pauker durante mi alumbramiento fue una maldad. Las fotos que tomó Hofmann de mí y de tus asquerosos amigos son repugnantes. Durante años han sellado mi boca. Pero ya basta. Por mí, como si Hofmann las envía al párroco del pueblo. Haced con ellas lo que queráis. Podéis colgar mis fotografías de las farolas. Ya no tengo miedo.

Una vez le dije a un alumno que eras como un brujo que convertía el vino en agua. No pude contarle la verdad a aquel buen chico. Conviertes el vino en sangre. «Los niños son nuestro futuro», se lee bajo tu imagen. La frase es preciosa, y cierta. Mi futuro no cumplió los nueve meses. Tú y tus camaradas os deshicisteis de él. En forma de pedazos ensangrentados de carne destinados al contenedor de basura. Desde entonces, ya nada de lo que me suceda podrá hacerme daño.

Stefan, un día estarás en lo más alto. Pero tus horas están contadas. Para ello no rezo a ningún Dios, sino que sacrifico lo último que me queda. Y si por este sacrificio me entierran en suelo profano y voy al infierno, te juro que algún día vendremos para llevaros con nosotros.

Baia Luna, 6 de noviembre de 1957
Firmado: Angela Maria Barbulescu
y un niño sin nombre

Me estremecía de horror al darme cuenta de que la cruz marrón en el diario había sido trazada con sangre, cuando la puerta del dormitorio contiguo se abrió. Escuché los pasos de mi madre. Debían de ser casi las seis de la mañana. La noche había tocado a su fin, aunque para mí apenas comenzaba. Aún no había cumplido los dieciséis; era incapaz de imaginar lo que le habrían hecho a Angela en aquella consulta médica. Tan sólo sabía que el doctor Stefan Stephanescu se había encargado de que su hijo, que Angela Maria Barbulescu llevaba en su vientre, no viera la luz. Pero aquella información no debía correr la misma suerte.

Al leer aquel cuaderno verde me había despedido definitivamente de mi infancia. Mi profesora era distinta a la persona a quien yo creía conocer. De esta certeza surgió un deber.

«¡Manda al infierno a este hombre! ¡Elimínalo!»

—Sí —dije—. Sí, lo haré.

—Vamos, señores, la noche ha terminado —anunció mi madre, dando palmadas.

Mi abuelo y el cingaro estaban tumbados junto a la estufa en el suelo de madera. Volvieron en sí lentamente, frotándose los ojos legañosos. Sin rechistar, obedecieron la orden de Catalina de someterse a un lavado de cara en el pozo del patio trasero, que no obstante resultó insuficiente en el caso de Dimitru. Reanimado por el agua helada, mi abuelo recordó las placenteras libaciones de la noche anterior. Comprobó con satisfacción que ni el dolor de cabeza ni las taquicardias lo atormentaban, mientras Dimitru lo amenazaba con el dedo índice como un profesor:

—Primera clase. Escritura y lectura. Lección número uno. El alfabeto.

Las semanas siguientes, durante las clases impartidas al abuelo en la mesa de la cocina, me di cuenta de que si bien Dimitru no era el más paciente de los profesores, sabía enseñar. Bendecido con el don de la imaginación, él mismo redactaba los ejercicios para las lecciones diarias. Comenzó con palabras simples, escribiendo todas las que se le ocurrieron de dos, tres y después cuatro letras. Después pasó a las palabras compuestas y refranes breves, hasta que el abuelo por fin fue capaz de leer poemas redactados por Dimitru sobre la belleza de las mujeres y los placeres del deseo, al principio entrecortadamente resiguiendo las letras con el índice y después con mayor seguridad. Pronto el gitano cogió de la biblioteca opúsculos edificantes sobre la vida de los santos mártires, así como una Biblia ilustrada para niños.

Contra todo pronóstico, mi abuelo aprendió a leer a sus cincuenta y cinco años a una velocidad de vértigo, pero no a escribir. Únicamente con mucho esfuerzo consiguió escribir sobre el papel un par de palabras más o menos legibles, pero en cambio bastaron cuatro semanas de clase para pedir un «libro de verdad».

—¿Qué te ronda por la cabeza? —preguntó Dimitru, encantado y empeñado en poder cumplir los deseos de su amigo gracias al rico fondo de la biblioteca.

—Estoy pensando en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Sólo conozco la Biblia por boca de nuestro buen párroco. Ahora siento el deseo de estudiar por mí mismo las Sagradas Escrituras.

—¡Magnífico, magnífico, vas por el buen camino! —exclamó Dimitru, exultante. Y se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa como hacía siempre que estaba muy nervioso—. Yo también conozco la Biblia. Bueno, creo conocerla. Pero me ocurre como a ti. Cada domingo acudía a la iglesia, excepto cuando mi negocio de reliquias me obligaba a viajar, y créeme: las lecturas, los evangelios y los sermones de Papá Baptiste aún resuenan en mis oídos como si estuviera en su púlpito. Sin embargo, reconozco no sin vergüenza que a pesar de tanto estudio nunca he leído las Sagradas Escrituras. Pero es que no lo necesito. Conozco cada palabra del Señor, desde el Sermón de la Montaña pasando por el padrenuestro hasta su última frase en

la cruz, cuando se dio cuenta de que su Padre lo había abandonado. También sé cuándo y cómo obró Jesús cada uno de sus milagros. Multiplicó panes, resucitó al pobre Lázaro, los ciegos recobraron la vista. Bastaba una palabra suya para que los demonios huyeran despavoridos y las adúlteras no fueran lapidadas. Sin olvidar que convirtió agua en el vino más exquisito. Y en lo que respecta al Antiguo Testamento, puedo recitar de memoria los diez mandamientos hacia atrás y toda la progenie desde Adán pasando por Abraham e Isaac y el sabio Salomón hasta quién sé yo quién. Por supuesto, sólo si me lo pides, amigo mío.

—Déjalo —declinó el abuelo—. Pero ya podrías conseguirme de la biblioteca una Biblia auténtica. Por supuesto, sólo en préstamo.

Dimitru suspiró.

—Ilja, no te enfades. Debo confesártelo: en la biblioteca no hay ninguna Biblia. Hubo una hace tiempo, cuando comenzó mi carrera como bibliotecario. En invierno, cuando tu difunta esposa Agneta y mi difunto padre Laszlo murieron, llevé aquella Biblia a mi gente, a pesar de que Papá Baptiste me lo había prohibido. ¿Y qué hicieron esos gitanos? Pues avivaron el fuego del hogar con el papel. El Señor los perdonará, como a todos los que no saben lo que hacen.

—Por lo que oigo, los doctos señores han llegado de nuevo a cuestiones fundamentales —intervino mi madre saliendo de la cocina.

—Imagínate, hija, entre los miles de libros de la biblioteca de Dimitru no hay ni una sola Biblia.

—Bueno, lo importante es que ahora dispones de una y puedes leerla por ti mismo.

—¿Qué quieres decir...?

—Pues eso, el libro en la vieja caja de puros. Con la edad estás volviéndote un desmemoriado.

¡El regalo de Johannes Baptiste! Envuelto en papel de embalar. Cuando el sacerdote le había entregado el presente en su cumpleaños, el abuelo se había dado cuenta de que se trataba de un libro.

—¡Las Sagradas Escrituras, Dimitru, dime si no es una coincidencia! —exclamó el abuelo al sacarlo de la caja.

—No lo es. Es una señal del cielo.

Mi abuelo se propuso esperar aún unos días antes de comenzar la lectura. Quería empezar por el Nuevo Testamento, y qué podía ser más apropiado que la inminente fecha del 24 de diciembre. No obstante, el benedictino Johannes Baptiste había dado al aniversario de Cristo un nuevo significado. La alegría por el nacimiento del Niño Jesús había sido ensombrecida por el recuerdo de la vana búsqueda de posada de José y María, ésta ya en avanzado estado de gestación. Enfadado por la obstinación de su comunidad, que había negado alojamiento en el pueblo a los gitanos, Baptiste había hecho llevar en aquel entonces la Virgen del Perpetuo Socorro de la iglesia parroquial a una nueva capilla en la montaña de la Luna. Los creyentes subían con esfuerzo a la

cima a pesar de la nieve y el hielo, maldiciendo sus pecados y prometiendo enmendarse. Hasta la siguiente Navidad. Desde hacía ya veintiún años. El año anterior, en las navidades de 1956, a la cabeza de la comitiva me había dado cuenta de que aquella peregrinación contra la insensibilidad era todo menos un paseo. La vigesimosegunda marcha de penitencia era ahora inminente.

Sin embargo, el padre Johannes estaba muerto y su cuerpo había desaparecido. Aunque no habían transcurrido ni dos meses desde el hallazgo de su cuerpo torturado hasta la muerte, los dientes del olvido ya roían la memoria de algunos en Baia Luna. Los ardientes juramentos de fidelidad eterna al sacerdote se enfriaban. En la taberna empecé a oír que algunos preguntaban titubeantes si una procesión de varias horas a la montaña aún tenía sentido esos días. Otros insistían en que, si hubiera sido por ellos, aquel año también habrían soportado con gusto las fatigas de la marcha de penitencia, dando a entender que quizá en Nochebuena tendrían que cuidar del anciano padre o la suegra enferma.

Para oponerse al lento decaimiento de la comunidad, Hermann Schuster, Istvan Kallay y Trojan Petrov convocaron a todos los hombres y mujeres de Baia Luna a una asamblea el cuarto domingo de Adviento. Resultó la asamblea más lamentable que el abuelo recordara. Entre los siete hombres había cinco sajones y los organizadores de la reunión, Kallay y Petrov. Tras una escasa media hora habían tomado tres decisiones. Primera: la procesión tendría lugar en cualquier caso, por muy reducido que fuera el grupo de peregrinos. Segunda: cada uno de los presentes se comprometía a convencer por lo menos a otros dos habitantes del pueblo de la necesidad de la marcha penitencial. Y tercera: temiendo que en los años sucesivos el toma y daca a favor y en contra de la procesión fuera en aumento, se acordó bajar a la Virgen del Perpetuo Socorro de la montaña de la Luna y colocarla de nuevo en el lugar de la iglesia parroquial donde estuviera antes de la llegada de Johannes Baptiste. Cuando el sacristán Julius Knaup se unió con retraso a la reunión y vaticinó que en cuanto la Virgen estuviera otra vez en la iglesia la luz del Santo Sacramento brillaría de nuevo seguro, la asamblea se disolvió.

La madrugada del 24 de diciembre, cuando nos encontramos en la plaza del pueblo poco antes de las cinco bajo un cielo frío y estrellado, Hermann Schuster contó dos docenas escasas de peregrinos. Su decepción quedó mitigada gracias a que en la siguiente hora se presentaron unos cuantos más dispuestos a rendir honores a la Virgen. Se disculparon por su retraso alegando que desde que el reloj del campanario no daba las horas, perdían la noción del tiempo. En algún momento del Adviento las oxidadas y corroídas agujas se habían detenido a las doce y quince, para no moverse nunca más.

Habíamos sobrevalorado nuestras fuerzas. En contra de las recomendaciones de los mayores, Petre Petrov y yo habíamos aumentado el ritmo de la marcha para recuperar el tiempo perdido por el retraso. Ya era mediodía y cada vez avanzábamos más despacio. Petre Petrov, fumador de Carpati, jadeaba cada dos por tres a pesar de

su juventud, y Hermann Schuster junior se quejaba de punzadas tan fuertes en el costado que cada paso le representaba una tortura. Iba quedándose más y más rezagado. Cuando el cansancio lo hizo vomitar, su padre lo mandó de vuelta al pueblo. El hecho de que a pesar de las bajas temperaturas no nos congeláramos se debía a la intensidad del sol, que ardía en un cielo azul intenso. No obstante, era de esperar que más allá del lindero de los árboles el viento soplara sin piedad. Nos quedaba hasta allí aún una hora escasa. Otra hora más nos conduciría en suave ascenso hasta la capilla de la Virgen. Habíamos decidido demorarnos allí justo para una breve oración, envolver la estatua de María en mantas y regresar lo más rápido posible a Baia Luna. En cuanto el sol se pusiera tras los montes, el frío sería terrible.

En vez de una tardamos casi dos horas para alcanzar el linde de la arboleda. Quizá se debiera al cansancio, aunque posiblemente también a que, con cada penoso paso, el sentido del peregrinaje se desvanecía un poco más. Todas las ansias de penitencia dejaron paso a un apático letargo, de manera que ninguno de nosotros, los jóvenes a la cabeza de la comitiva, logró gritar de horror. Cuando llegamos allí donde las últimas hayas extendían su ramas negras hacia el azul celeste, Andreas Schuster dio un empujón a Petre y después a mí. Mudo de espanto, extendió la mano y señaló el pelado bosque invernal. Los demás peregrinos se detuvieron también como embobados, atisbaron alrededor, aturdidos y resoplando, hasta que todos dirigieron la vista en la misma dirección.

La muerta colgaba de una soga en una rama negra. Oscilaba al viento. Su cabello se había congelado en mechones y sobre su cabeza se había formado una corona de nieve. En aquel momento de terror sólo yo supe de inmediato quién era aquella mujer con un vestido veraniego de girasoles color mostaza.

Karl Koch fue el primero en reaccionar. Llevó a un lado a Hermann Schuster e Istvan Kallay. Los tres asintieron brevemente. Karl se dirigió a los mayores y las mujeres, que sin protestar cogieron a los niños de la mano y emprendieron el camino de regreso al pueblo. Cuando Koch tomó también a Kora Konstantin del brazo para empujarla suavemente pero con decisión hacia el camino que bajaba a Baia Luna, ella bufó y le arañó la cara con sus afiladas uñas, dejando tres marcas de sangre en la mejilla de Koch.

—¡No quiero volver! ¡Quiero llegar hasta la Virgen! —chilló enfurecida.

Hermann tendió un pañuelo a su amigo, y entonces los jóvenes y los hombres nos abrimos paso lentamente hacia el bosque de hayas. Seguidos por la Konstantin sin aliento. Nos detuvimos en silencio bajo el árbol y alzamos la vista hacia el cadáver cuyos pies desnudos se bamboleaban en el aire.

—Los muertos se conservan bien en el frío —comentó Karl Koch—. Lo que me pregunto es por qué subiría aquí la Barbu con un vestido de verano en pleno invierno para algo así.

—Seguro que la nieve cubrió su abrigo y sus zapatos —opinó Petre, pero Schuster lo hizo callar con una severa mirada.

Entonces el sajón juntó las manos y dijo:

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

Todos se unieron en murmullos a la oración, y permanecieron con la mirada fija en la nieve centelleante aún mucho después del amén.

Yo no podía apartar la vista. No sentía tristeza. Únicamente un dolor insondable, infinito, como si mi corazón se hubiera desgarrado. Era un dolor silencioso, pero que tronaba en mis oídos. Era demasiado joven para ponerle un nombre. Hasta años después no comprendería que lo que oí esa Navidad fue el grito agónico del amor.

El frío se hizo más punzante. La procesión hacia la Virgen del Perpetuo Socorro había terminado sin haber llegado a su destino. Pero había que reaccionar. Istvan Kallay se sentía lo bastante en forma como para seguir el camino a la capilla y recoger la estatua. Petre, que aún amenazaba con ahogarse por falta de aire, demostró energías renovadas y se ofreció para acompañar al húngaro.

—Nos faltas tú para el trío —me dijo Istvan, aludiendo a nuestro viaje conjunto a Clusoara y la visita al comisario Patrascu—. ¡Ven!

—Pavel, acompáñalos —corroboró mi abuelo a Istvan—. Esto no es para un chico.

—Mi lugar está aquí.

—Mis piernas aún resisten. —Andreas Schuster cogió las mantas con que se pretendía envolver la estatua y se unió al ascenso con Istvan y Petre hacia la capilla, cuya puntiaguda torre se recortaba contra el cielo.

Cerré los ojos como había visto hacer a Buba. Miré hacia arriba. Eso de la segunda visión no me resultó complicado. La imagen llegó sin mi intervención. Vi, pero no a mi amiga, a la que echaba de menos ardientemente, sino a su tío. Ante mi ojo interior Dimitru, en la biblioteca, tomaba carrerilla y hacía el pino con las piernas flacas apoyadas contra una estantería. Entonces escuché la frase: «Las cosas se muestran a aquel que pone el mundo patas arriba.»

Abrí los ojos. Agaché la cabeza y la apoyé en la nieve. Mientras los hombres pensaban erróneamente que no podía soportar la imagen de la suicida, el dolor de mis sentimientos dejó paso a una fría claridad de ideas. Me incorporé y miré a los hermanos Scherban.

—¿Podéis ayudarme? Debemos cavar.

—¿No pretenderás buscar sus zapatos y su abrigo? —preguntó Rasim—. Podemos hacerlo en primavera.

No respondí. Me puse a excavar con las manos, lastimadas por el hielo. Algunos se hicieron con ramas que la tormenta había arrancado de los árboles y las usaron para cavar. Pronto estaban todos ayudando a retirar la nieve. La tarea permitía a los hombres apartar la mirada de la mujer semidesnuda bajo el fino vestido. Nadie sabía qué buscaba exactamente. Excepto yo. Cuando una mujer decía el adiós definitivo, como había explicado el comisario Patrascu, seguro que la botella de la que había bebido para motivarse estaría encorchada. Pero ¿y si se encontraba una botella sin el

corcho, como me temía? Entonces Angela Maria Barbulescu no habría estado sola en el instante final. No se habría suicidado. Sin embargo, mis temores se revelaron infundados. No encontramos ninguna botella, ni descorchada ni con el corcho.

—¡Aquí! ¡Aquí hay una cosa! —gritó Hermann Schuster sacando del manto nevado algo que había estado apoyado en el tronco del haya. Sostuvo en alto su hallazgo. Era una imagen en un marco dorado con el cristal hecho añicos—. ¿Quién es? ¿Lo conocéis?

—Podría ser uno de esos caciques del Partido, uno de esos de la capital —conjeturó Karl Koch—. Por su aspecto. —Miró hacia arriba—. Supongo que él es la causa de esto. Hacedme caso: esta mujer estaba chalada. Alguien que se cuelga con un vestido así está como un cencerro. No me extraña que un tipo tan elegante no quisiera saber nada de una mujer así.

Karl Koch estaba rozando la verdad, pero se equivocaba.

Si al menos hubiera tomado y sostenido su mano aquella vez en su sala de estar... Cuando quemó a Stephanescu. Pero entonces para mí era sólo la Barbu. En cambio, de aquella rama colgaba Angela Maria, que había dejado atrás todo el dolor y el sufrimiento. Y el odio.

Andreas, Istvan y Petre volvieron antes de lo esperado.

—La Virgen no está —resopló el primero, y arrojó las mantas a la nieve.

—¿Cómo que no está?

—Pues que no está en la capilla... —A Petre le faltaba el aire—. El pedestal está vacío.

Se desató una tormenta de preguntas: ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—¡La pobre ha desaparecido! —gritó Istvan—. Sólo sabemos que la Virgen no está en su sitio.

De puro desconcierto, a Hermann Schuster no se le ocurrió otra cosa que entonar «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo», aunque pocos se sumaron a la oración. Cuando Schuster pronunció «bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre», Kora Konstantin atrajo todas las miradas.

Durante todo ese tiempo había permanecido sentada aparte en la nieve, como descansando de las fatigas de la caminata. Ahora todos repararon en su expresión tensa, en la que acechaban la malicia y la rabia. Y parecía que había aguantado aquella monstruosa tensión únicamente para vomitarla en aquel preciso instante: se estremeció un momento a causa de los temblores y, antes de que nos hubiéramos hecho cargo de la situación, todo su odio estalló.

—¡Bendito es el fruto de tu vientre...! ¡No! ¡No! ¡No! Ese vientre está maldito. ¡La Barbu tiene la culpa! ¡Diablesa! ¡Bruja! —gritó, y sus agudos chillidos reverberaron en las montañas, helándome la sangre. Luego, se abalanzó como una demente hacia el cadáver colgado—. ¡Putas asesinas, maldita novia de Satán! ¡Al infierno contigo! —aulló, saltando hacia la muerta. Tras agarrar una punta del

vestido, estiró y tironeó de la fina tela hasta que el vestido de girasoles se desgarró. Al final lo arrancó, dejando desnudo el cuerpo inerte de Angela Barbulescu.

Todo ocurrió a tal velocidad que nadie se movió para frenar la locura de la Konstantin. Me dirigí hacia ella con tranquilidad y le propiné un puñetazo en la cara. Un borbotón de sangre de su nariz salpicó la nieve. Kora Konstantin enmudeció.

Faltaba media hora para que el sol se pusiera tras la montaña de la Luna.

—Aunque haya acabado así, también era un ser humano —dijo el sacristán Julius Knaup.

—Por esa razón no deberíamos dejarla a merced de lobos y osos —opinó Hans Schneider mientras Karl Koch se agarraba a una rama, tomaba impulso y escalaba el haya para cortar la cuerda por encima de la muerta.

—¡Al menos no la dejéis caer al suelo! —masculló.

Los dos Scherban se precipitaron hacia mí y me ayudaron a recibir el cadáver rígido y congelado. Lo envolvimos en las mantas destinadas a la estatua de la Virgen. Después Karl Koch ató el fardo con la soga y lo cargó a hombros. Emprendimos el descenso hacia el valle. Cada uno caminaba por sí mismo, sin fijarse en si el vecino seguía o no el ritmo.

Mi abuelo y yo supimos en ese momento que los lazos de la comunidad de Baia Luna se habían roto. Que las mujeres del pueblo hubieran adornado entretanto la iglesia parroquial nada cambiaba. A lo largo de los años anteriores, la oración final tras la penitencia había ido acortándose y simplificándose, ya que tras llegar de noche al pueblo agotados y helados, los peregrinos sólo pensaban en una estufa caliente. Sin embargo, esta vez las mujeres habían preparado la iglesia al estilo navideño, con ramas verdes de abeto, velas blancas y lazos rojos, para ofrecer a la Virgen un digno recibimiento. Pero cuando se enteraron de que era la Barbu la que iba a hombros de Koch, apagaron de nuevo las velas de la iglesia.

En el camino de vuelta de la montaña, el sacristán Knaup y el organista Konstantin ya habían decidido dónde colocarían el cadáver de Angela Barbulescu. Pero Hermann Schuster no estuvo de acuerdo con dicha solución. En la historia de Baia Luna nunca había habido un caso de suicidio. Era cierto que con Laszlo Carolea Gabor se había enterrado por primera vez a un no bautizado en el cementerio por orden de Johannes Baptiste, pero incluso para un católico como Schuster, a quien no podía reprocharse insensibilidad, suponía un exceso de misericordia que una mujer destrozada por el alcohol y suicida recibiera sepultura en suelo consagrado.

Algunos hombres cargados de palas, picos y antorchas se dirigieron a la colina del cementerio. Antes de llegar a la puerta giraron a la izquierda y buscaron un lugar adecuado, que en un primer momento situaron junto al viejo roble. Sin embargo, dado que desde allí se divisaba a los niños jugar en el patio del colegio, como señaló Julius Knaup, se escogió un lugar al amparo del muro del camposanto. Los enterradores apartaron la nieve, cavaron un agujero en la tierra helada y depositaron a la difunta. Después taparon el hoyo y compactaron la tierra con sus botas.

Yo no tenía nada que hacer allí. Navegaba a la deriva en un mar sin orillas.

Una gran estupidez, una larga separación y el delirio de las verdades a medias

A pesar de contar ya cincuenta y cinco años, mi abuelo nunca había salido de la región de Clusoara. Aunque con su mente viajara en ocasiones hasta la Virgen de la antorcha en la lejana América, sus expediciones espirituales no eran en absoluto excursiones de una imaginación desatada. En lo más profundo de su alma, mi abuelo consideraba que el pueblo era su mundo y su hogar. Baia Luna proporcionaba raíces a sus pies, equilibrio a su vida y a sus sueños, un lugar donde volver a salvo. Su regla sagrada era ser honesto con todo el mundo. Para respetarla requería una mirada benévola, libre de desconfianza y sospechas. Eso le permitía soportar al beato sacristán Knaup o la intransigencia política de los Brancusi, así como a la mordaz Kora Konstantin o a la engreída Vera Raducanu, sin que los rencores lo devoraran.

Hasta aquella desdichada Navidad de 1957.

Mi madre aún dormía y el abuelo estaba sentado a la mesa de la cocina. Su mirada derrotada, incluso amarga, revelaba que el veneno latente y desmoralizante de la duda lo corroía.

—Pavel —dijo tras un silencio que pareció eterno—, ésta ya no es mi Baia Luna. Y la culpa es mía.

—Abuelo, ¿qué dices? Tuya, seguro que no. No tienes culpa de nada.

—Sí, Pavel. Soy el responsable de lo que esa loca de la Konstantin le hizo a la señorita Barbulescu. Y me duele en lo más hondo. Cuando Dimitru se entere de lo estúpido que fui me negará su amistad.

—Pero ¿qué pasó?

El abuelo se sirvió un vaso de *tuica* y dio un trago, como si tuviera que liberar la lengua de sus ataduras.

—Perdona, hijo, si lastro tu corazón con historias para las que eres demasiado joven.

—Ya soy bastante mayor.

—Sí, hijo, lo eres. Mira, hasta donde puedo recordar, en Baia Luna siempre rigió el acuerdo de no amargarse la vida unos a otros. Y puedo decir que siempre fui garante de ello, alguien en quien se podía confiar. Para ser honestos, es un rasgo del carácter de los Botev. Ser amigo y no enemigo de la gente; un rasgo que ya habían atribuido a mi padre Borislav, y que yo mismo me esforcé también en transmitir a lo largo de la vida tanto a tu padre Nicolái, caído en la guerra, como a ti. Pero ahora ha irrumpido en el pueblo algo que no sólo anula las reglas de honorabilidad, sino que

también nos hace perder el norte a todos. A pesar de que no logré oír el pitido del *Sputnik* con Dimitru, a posteriori me parece un indicio de la desgracia que está abatiéndose sobre nosotros. Han ocurrido demasiadas cosas, Pavel. La luz del Santo Sacramento ya no brilla. Johannes Baptiste fue asesinado y su ama de llaves recibió un susto que le causó la muerte. El cadáver de nuestro amado párroco no halla la paz, su tumba sigue vacía, y ahora ha desaparecido incluso la Virgen del Perpetuo Socorro, la patrona protectora de nuestro pueblo. En los tiempos más difíciles ella siempre alimentó la esperanza de que al final el bien triunfara. Siempre encontré dulzura y afecto en su semblante de dolor. Cientos, no, miles de veces me arrodillé ante ella y la contemplé. Y sin embargo se ha esfumado. Desde que vi a la pobre señorita Barbulescu balancearse en la rama, la Virgen ha desaparecido. Pavel, ya no la veo. Se fue. No soy capaz de invocarla.

Yo estaba sorprendido y también un poco orgulloso de que mi abuelo me confiara sus reflexiones y no me hablara como a un niño, ahora que casi tenía dieciséis años.

—Nunca, Pavel, jamás mi fe sufrió el tormento de la duda. Sin embargo, desde el asesinato de Johannes Baptiste mi confianza se desvanece como un manantial que se seca. Me pregunto quién habrá envenenado el manantial. Quién habrá permitido que el árbol se secase. Al principio pensé que la Securitate estaba detrás de todo. Pero ¿por qué querría llegar tan lejos, degollar a un anciano sacerdote? A pesar de las cosas tremendas que se cuentan de la Securitate, no puedo imaginármelo. Sobre todo porque un sacerdote nunca está solo: tiene las espaldas cubiertas por la autoridad de la Iglesia católica. El Estado no se pelea con ella si no existe una amenaza grave. Por otra parte, Pavel, ¿no podría ser que haya algo de cierto en lo que la loca de la Konstantin va proclamando por ahí? ¿Y si la señorita Barbulescu se suicidó en la montaña de la Luna porque efectivamente estaba relacionada con el asesinato de nuestro párroco?

—No tenía nada que ver —respondí.

—Yo opino lo mismo. Dimitru también está convencido de que ella no fue la autora del doble asesinato. Y yo tampoco creí las calumnias de Kora. Sin embargo, abrigó terribles sospechas. Pavel, cometí una estupidez. Y si las cosas toman mal cariz, habrá sido incluso una gran estupidez.

—¿Qué, a qué te refieres? —balbuceé—. ¿Qué estupidez?

—La Konstantin asegura que el miércoles seis de noviembre, en mi quincuagésimo quinto cumpleaños, la profesora Barbulescu visitó la casa parroquial. La mayor parte del pueblo pensó que eran habladurías de esa adicta a la cháchara. Pero ¿y si la mentirosa resentida había dicho la verdad por una vez? Es un hecho que la Barbulescu jamás pisaba la rectoría, sí, incluso evitó en la medida de lo posible el contacto con el párroco durante todos los años que estuvo en Baia Luna. La verdad es que me sorprende que realmente fuera a ver a Johannes aquel día. Dimitru también lo ha confirmado. Al parecer, la Barbulescu quería tomar prestada la llave de la biblioteca. Así que Kora no mentía cuando pregonaba que la había visto de camino a

la casa parroquial. Dimitru era su testigo. Y yo, tonto de mí, creyendo tener que ser honesto con todo el mundo, repetí esta versión a unos y otros. A las mujeres que hacían la compra y también a los hombres en la taberna. En el pueblo se hablaba naturalmente de las conjeturas de la Konstantin, según las cuales la Barbulescu estaba detrás de todas las desgracias que azotaban Baia Luna. Al principio me mantuve al margen de estas suposiciones. Pero cuando alguien como la buena de Elena Kiselev asegura en mi tienda que Kora estaba tan loca que quería hacer creer que vio a la Barbu camino de la rectoría, entonces tengo que contradecirla. Los rumores son una cosa, los hechos otra. Cuando Kora tiene razón, la tiene. Pero Pavel, ahora que veo ante mí a la chalada de la Konstantin arrancando el vestido a la suicida, debería haberme mordido la lengua antes de decir que «Dimitru también vio a la Barbu».

Aquella Nochebuena mi abuelo fue presa de la dolorosa certeza de que hay momentos en la vida en que la astucia es más importante que el sincero deseo de querer agradar a todos y cada uno. Presentía que sus irreflexivas palabras tendrían consecuencias.

El 25 de diciembre hacia mediodía, alguien llamó a la puerta trasera de casa. Mi madre fue a abrir.

—¡Pavel, te busca una jovencita! —me gritó al pie de la escalera.

Me precipité escaleras abajo con la esperanza de ver a Buba.

—Ah, eres tú.

—¿Te molesto? ¿Prefieres que me vaya? —preguntó con inseguridad Julia Simenov, percibiendo mi decepción. Sujetaba una corona de ramas de abeto y una cruz sencilla hecha con dos listones de madera. Como yo no respondía, mi compañera de clase explicó—: Pensé en llevarle esto a nuestra profesora, ya que no tiene un sitio en el cementerio. Y tampoco parientes que cuiden de su tumba.

—Te acompaño.

No habría esperado eso de Julia. Ya tenía dieciséis y era la mayor de mi clase. Mentiría si dijera que me resultaba simpática. Pero en ese momento desvirtuó cuanto yo creía saber de la hija del herrero tras ocho años de colegio juntos. En la escuela era considerada una empollona. De cabeza ágil y mano aún más, pues siempre estaba con el dedo siempre levantado. Antes de que la maestra hubiera formulado la pregunta, ya estaba Julia Simenov con la mano en alto, daba igual que se tratara de resolver una regla de tres, enumerar datos históricos o leer en voz alta la oda a la patria de Hans Bohn. Tampoco se había unido nunca a los chismorreos sobre la profesora, probablemente, según Fritz Hofmann, para allanarse con notas excelentes el camino hacia el internado superior de Clusoara, algo jamás logrado por ningún alumno de Baia Luna, y menos aún por una alumna. No cabía duda de que la ambición de Julia no tenía límites, pero ahora se encontraba ante mí con una sencilla corona de ramas de abeto y una cruz sin nombre. Me avergoncé.

Me calcé y me puse el abrigo.

—Además voy a escribir una carta a Fritz Hofmann. Mi padre averiguó su

dirección en Alemania. Así al menos se enterará de lo que pueden provocar las palabras maliciosas —dijo Julia.

—¿Crees que la historia de la chimenea llevó a la Barbu a suicidarse?

—Tal vez. Fue la gota que colmó el vaso. Debemos apresurarnos. Mis padres no saben dónde estoy. Y no sé si aprobarían que fuéramos a la tumba de la Barbu. Cuando llegue la primavera podemos fabricar una cruz de verdad, con su nombre y el año de su nacimiento. ¿Sabes qué edad tenía?

—Nació en 1920 en Popești, cerca de la capital.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó Julia—. ¡No puede ser de 1920! Te equivocas seguro, Pavel. Entonces tendría sólo treinta y siete años. Seguro que tenía diez más. Por lo menos.

—Si tú lo dices... —me limité a responder.

Caminamos en silencio a lo largo del muro externo del cementerio. Las huellas de los enterradores dejadas la noche anterior en la nieve nos condujeron a la sepultura situada tras el muro posterior de piedra, más allá del viejo roble.

—Oye, ahí hay alguien —dijo de pronto Julia, sobresaltándose y propinándome un empujón.

Junto al montón de tierra bajo el que habían inhumado a Angela Barbulescu, yacía una persona, como una momia. Cuando vi la cabeza que asomaba de un fardo de mantas reconocí el pelo enredado de Dimitru. Antes de caer presa del pánico temiendo que el gitano también se hubiera dormido para siempre junto a la tumba, el fardo se movió.

Dimitru se incorporó. Se estremeció de frío, se frotó las manos para calentarlas y parpadeó cegado por la nieve y el sol deslumbrante.

—¿Ya ha acabado la noche?

Julia se quedó estupefacta y yo dije:

—La noche acaba de comenzar. ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que vosotros —respondió el cingaro al reparar en la cruz de madera que llevaba Julia—. Le rindo a una persona el último homenaje. Al fin y al cabo, alguien debe velar a esta pobre alma de noche. Pero soy un velador horrible. Me dormí, como los discípulos en el jardín de los olivos de Getsemaní.

—¡Menuda comparación, Dimitru! Los discípulos se durmieron cuando Jesús su Señor aún vivía —le replicó Julia mientras colocaba la corona verde sobre el túmulo—. Tú te has dormido velando a una muerta. Eso debe de estarle permitido a un velador.

—Mi agradecimiento por esas sabias palabras —replicó Dimitru tras reflexionar un instante.

Clavé la cruz en la nieve. Después me coloqué con mi compañera de clase ante la tumba profana, sin hablar y con las manos juntas, mientras el gitano trataba de quitarse el frío de los huesos retorciéndose de diversas maneras.

—Era demasiado buena para este mundo —aseguré, rompiendo el silencio.

—No —replicó el cingaro—, este mundo no era bueno para ella.

—¡Viene a ser lo mismo!

—Oh, no, Pavel. No lo es. —Dimitru recogió sus mantas y caminó abatido de vuelta con su gente.

El año tocaba a su fin. En la capital, pero también en Clusoara e incluso en Apoldasch, se colocaban banderas en los edificios públicos y las plazas por orden del gobierno. En los muros resaltaban carteles recién impresos. El Partido Comunista se agradecía a sí mismo sus éxitos al servicio del progreso en pancartas rojas y prometía al pueblo un resurgimiento nacional y un futuro socialista glorioso y planetario. Mientras en todo el país recibían el Año Nuevo con la esperanza de tiempos mejores, en Baia Luna el paso de un año a otro estuvo marcado por el desinterés.

En Nocheviejas anteriores niños y mayores se habían reunido siempre en la plaza del pueblo, donde esperaban juntos con gran impaciencia las doce campanadas de medianoche. Cuando comenzó 1958 la plaza se hallaba desierta, el oxidado reloj del campanario mudo y los habitantes, en lugar de alzar las copas y desearse lo mejor unos a otros, dormían en sus camas. Tan sólo el salón de Vera Raducanu se veía débilmente iluminado por dos velas titilantes. Vera brindó consigo misma con una copa de vino espumoso, en la firme convicción de que la hora de su triunfo llegaría y su hijo Lupu la llevaría de vuelta a los círculos selectos de la ciudad.

Por lo demás, el nuevo año empezó en nuestro pueblo como había terminado el anterior. Las personas rara vez salían de sus casas, y cuando lo hacían sólo intercambiaban las palabras indispensables. Aún ofendida por el comentado puñetazo que yo le había propinado en la montaña, Kora Konstantin ya no se dejaba ver. Renunciaba a comprar en nuestra tienda porque había jurado jamás volver a pisar la casa de aquellos brutos Botev. Para hacerse con una taza de azúcar, sal o una bolsa de copos de avena, enviaba a casa de los vecinos a los seis mocosos con quienes la había dejado el borracho de Raswan. Seguro que amenazaba a sus hijos con las torturas más terribles si se atrevían a aceptar del abuelo un caramelo o un chicle americano.

Ilja y mi madre se sentaban en la tienda, a esperar entre suspiros que el invierno terminara pronto y que con la primavera no sólo regresara la vida a la naturaleza, sino también el espíritu del optimismo. Dimitru no acudía a la biblioteca, no por falta de interés en sus estudios mariológicos, sino porque su clan debía tratar asuntos familiares apremiantes para los que se requería su consejo. Yo mismo estaba paralizado por la inactividad y añoraba a Buba. Mis pensamientos giraban de la mañana a la noche en torno a mi novia, desde que su histérica madre la hubiera arrastrado del pelo por todo el pueblo y hubiera amenazado con expulsarla de la familia.

El sábado 18 de enero mi madre puso un pastel de nueces a hornear. Pero no entendí el motivo hasta que se retiró en secreto al almacén para envolver un grueso

jersey de lana y una bufanda azul oscuro en papel de regalo. El motivo era yo. Era la única que se había acordado de que el domingo su hijo cumplía los dieciséis. Incluso a mi abuelo Ilja y la tía Antonia, que siempre tenían listo un pequeño regalo en mi aniversario, se les había pasado la fecha, algo que no me tomé a mal ya que yo mismo la había olvidado. Sin estar realmente cansado, la noche anterior me había metido pronto en la cama deseando que el sueño me liberara durante un rato de mi tristeza.

Debió de ser en torno a medianoche cuando oí un ruido sordo. Me incorporé tieso como una vela y permanecí a la escucha. Cuando una bola de nieve se estrelló de nuevo contra el cristal, supe quién trataba de hacerse oír fuera, en el frío nocturno.

—Ven a la puerta trasera —susurré en la oscuridad, desde la ventana que acababa de abrir.

—¿Tienes cera en los oídos? Hace siglos que estoy aquí.

Coloqué los dedos en sus labios, la tomé en silencio de la mano y llevé a Buba hacia mi habitación. En la casa todo siguió en silencio y a oscuras.

—Es que tenía que verte en tu cumpleaños —dijo en voz baja y me cubrió de besos.

Busqué a tientas su pelo, pero noté que llevaba un pañuelo en la cabeza. Me asaltó el miedo a ser descubiertos, aunque sólo un momento pues Buba enlazó sus brazos en mi cuello y se acercó a mí. Sentí su cuerpo helado bajo una fina camisa. Buba temblaba. La abracé fuerte, mis manos agarraron sus caderas, resbalaron por la firme redondez de su trasero hasta sus muslos. Acaricié su fría piel desnuda mientras ella se apretaba cada vez más contra mí y abría mis labios suavemente con su lengua. Tomó mi mano y la llevó al único lugar de su cuerpo congelado que aún irradiaba calor. Mi corazón se desbocaba de pura excitación y bombeaba sangre hacia mi sexo hinchado. Ella se quitó su camisa y me arrancó la ropa. La llevé a mi cama.

—Yo... yo no sé muy bien... —balbuceé cuando me acarició el pelo.

—Pero yo sí.

Se acurrucó aún más, piel contra piel, y cuando respondí titubeante a sus caricias se tumbó sobre mí y se dejó resbalar, muy despacio, hasta que la penetré poco a poco y por fin estuvimos unidos como hombre y mujer. Permanecimos quietos como si así pudiéramos alargar el instante hasta la eternidad. Noté que ella se acaloraba cada vez más, sentí crecer su sofoco, olía su sudor, su aroma a tierra, fuego, humo y el dulzor acre de su sexo. Sus senos se movieron acompasadamente hasta hacerme olvidar de todo. Toda mi tristeza, toda la angustia de las últimas semanas se desvaneció en aquel momento de felicidad, mientras Buba se mordía la mano para no gritar de alegría y placer. Poco a poco nos recobramos del éxtasis de la dicha. Estábamos tumbados el uno junto al otro, estrechamente abrazados, cuando sentí sus lágrimas sobre mi pecho.

—Buba, ¿qué te ocurre? —pregunté, con la voz quebrada por el miedo y la preocupación. Busqué a tientas una cerilla y encendí una vela.

—Pasaré mucho tiempo antes de que estemos tan juntos como ahora. Muchísimo

—dijo con tristeza.

—Pero ¿por qué? Quiero estar contigo siempre. Y nada puede impedirnoslo.

—Sí puede. Pavel, no olvides que soy una gitana y tú un *gadjo*.

—Me da igual.

Buba se quitó el pañuelo. Me asusté. No le quedaba ni un solo cabello. Aquellos maravillosos rizos que yo tanto adoraba habían desaparecido.

—Me raparon porque mi madre asegura que yací contigo bajo la manta aquel día. Al menos ahora tendrá razón.

Mi consternación por la mata de rizos perdida dejó paso a una ira colérica.

—Aunque sea tu madre, esa mujer es horrible.

—Sí, está enferma. Pero sólo desde que mi padre se fugó con otra. Antes no era tan terrible. Y no debes olvidar que somos gitanos. Mi madre aún más que yo. Cuando nos descubrió en la biblioteca, quería repudiarme. Iba muy en serio. Pero el consejo del clan no pudo reunirse porque con la nieve nadie podía avisar a nuestros parientes. Al único que debo agradecerle que no me expulsaran es al tío Dimi. Sin él no estaría hoy aquí contigo. El tío Dimi lo sabe todo.

—¿Qué sabe?

—Lo nuestro. Le conté que nunca querré a nadie más que a ti.

—¿Y qué dijo?

—Quería saber por qué estaba tan segura. Le expliqué que te quiero y que tienes unas manos preciosas.

Enrojecí. Cuando miré a Buba, a pesar de su cabeza rapada supe que ninguna tijera del mundo podría arrebatarle un ápice de su belleza.

—¿Y Dimitru está conforme?

—Sí, dice incluso que nunca encontraré a nadie mejor que tú. También sabe que esta noche estaría contigo. Por eso le preparó un té a mi madre para que durmiera como un tronco.

—¿Y consiguió que no te expulsaran de tu familia por querer a un *gadjo*?

—Los amenazó: «Si repudiáis a mi Buba me iré yo también y dejaré de ser un gitano.» Pero no pudo hacer más por mí. A pesar de que todos en la familia lo respetan, el tío Dimi tampoco podría haber evitado que me castigaran.

—¿Y por eso te cortaron el pelo?

—Sí, pero no importa. El tío Dimi dice que volverá a crecer tres veces más bonito. Lo que es mucho peor —añadió, sollozando de nuevo— es que este verano vamos a la feria de Bistrita. Mi madre quiere casarme allí. Con algún hombre al que jamás he visto.

Se me cortó la respiración.

—Pero, pero... yo no quiero que seas de otro. Si pienso que puedes estar tan cerca de otro hombre como lo estás de mí...

—Nunca. Jamás de los jamases. Así estaré sólo contigo. Nunca con otro.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando percibí a la débil luz de la vela

que sus ojos brillaban. Sí, incluso sonreía y movía suavemente la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—El tío Dimi no sólo es una buena persona, también es listo. Mucho más de lo que podamos imaginar.

—¿A qué te refieres?

—Me extrañó que me permitiera venir esta noche a verte. Pero ahora sé por qué lo hizo.

—¿Por qué?

—Porque para una gitana como yo no se trata de que no quiera a ningún otro hombre, sino de que ningún otro hombre me quiera. El tío Dimi sabe que después de pasar esta noche contigo ya no seré inocente. Y ningún futuro esposo querrá vivir con esa vergüenza.

—¿Significa eso que sí que podemos estar juntos para siempre?

Buba empezó a besarme.

—Sí y no. He de casarme. Y cuando el hombre que elijan para mí se dé cuenta de ya no soy virgen, no sé lo que ocurrirá. Pero debo casarme, ¿entiendes? No se trata de mí. Se trata del honor de mi familia.

—Entonces ¿qué debemos hacer?

—El tío Dimi asegura que siempre llega un día en que las leyes del corazón son más fuertes que las de la sangre. Y también que es necesario tener paciencia. Mucha. Pero me prometió que ese día llegará, tan cierto como que él es gitano.

—¿Y cuándo llegará?

—No lo sé, Pavel. De verdad que no. Puede tardar mucho, pero esperaré. ¿Prometes esperar también tú?

—Sí, aquí estaré.

—Bien. —Buba se puso la camisa apresuradamente y se ató el pañuelo—. El tío Dimi también me explicó que los amantes cometen a menudo un gran fallo. Creen que están solos en el mundo y en su felicidad olvidan a los demás. Y cuando de pronto se dan cuenta de que sólo se tienen a sí mismos, el amor ha muerto.

Guardé silencio. De repente aquella imagen reapareció: arriba en la montaña de la Luna, Angela Barbulescu se balanceaba al viento.

—Estás pensando en nuestra profesora —me dijo Buba, tomándome del brazo.

—Sí. La vi colgada de la rama vestida con su fino vestido de girasoles. Todos creen que se quitó la vida. Pero no estoy seguro. Y es que el día antes de desaparecer recibió visita. De ese tipo de la verruga al que tu tío Salman trajo al pueblo en el carro en que transportaba el televisor. El hombre se sentó en el salón de Angela y bebió con ella. Quizá la asesinó y la colgó, aunque tal vez no. No entiendo qué quería de ella ese hombre. Al fin y al cabo, ella había anunciado que rompería su silencio acerca de los hechos de la capital. También le dijo a Fritz que debía darle a su padre el recado de que ya no tenía miedo. Leí el diario hasta el final y sé qué ocurrió con su hijo.

—Entonces cuéntamelo. No puedo irme sin saberlo.

Busqué debajo de mi colchón, saqué la libreta verde y se la di. Después saqué de *El capital* de Karl Marx la foto en que Angela Barbulescu, en tiempos felices, tenía los labios en un beso. Buba cogió la foto.

—¡Conozco esta imagen! Vi a la profesora exactamente en esa pose una vez. ¿Te acuerdas? El día que esperábamos en el patio del colegio y ella no vino a clase me preguntaste burlón qué veía mi tercer ojo. Entonces la vi así, con el pelo rubio recogido en una coleta. Pero en la foto falta un trozo. Un hombre. ¿Era ese Stefan?

—Sí. Lo quemó con una vela. Es la foto que Heinrich Hofmann tomó en una de aquellas fiestas.

—¿Cómo lo sabes?

—En verano la visité una noche en su casa. Me había invitado y tuve que ir.

—No te habrás acostado con ella, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Creo que buscaba un aliado en mí. Pero había bebido mucho y quiso seducirme. Y yo no quise. No, de verdad que no.

Buba cogió el diario verde. Abrió una página y vio la cruz marrón junto a la que se leía:

Los poderosos caen de sus tronos.

Los humildes son elevados.

Su hora llegará

cuando él esté en lo más alto.

Baia Luna, 15 de agosto de 1950.

Siguió hojeando en silencio hasta que leyó la carta de despedida de nuestra maestra.

Cuando toqué su brazo, estaba helada de nuevo.

—Stephanescu y su gente le sacaron al niño del vientre —dijo—. Pagarán por ello. Algún día Stephanescu saldrá la cuenta. Y nosotros, Pavel, nosotros le presentaremos esa cuenta.

—Pero ella predijo que Stephanescu caería cuando se encontrara en lo más alto. Dijo incluso que lo arrastraría consigo en la caída. ¿Por qué me susurró en su último día en Baia Luna que debía mandarlo al infierno? ¿A qué se refería? ¿Qué debo hacer?

—Eso no lo sé. Tan sólo sé que quería justicia. Únicamente justicia. Nada más. Pavel, debo irme. —Me abrazó—. Te esperaré —musitó.

Y desapareció en silencio.

Durante todo enero pareció que la frase del abuelo «Dimitru también vio a la Barbu» hubiera recorrido el pueblo sin que nadie le hubiera prestado atención, pero entonces

el 2 de febrero, la víspera de la Candelaria, el eco la trajo de vuelta. Fue el día en que el gitano Dimitru Carolea Gabor entró en nuestra tienda con una mirada dura como la piedra y rompió la amistad con Ilja.

—¿No sabes que la verdad es frágil? Pero tú siempre se la llevas en bandeja a la gente que todo lo tergiversa y transforma en mentira. ¿Cómo quieres ser mi aliado si ni siquiera sabes hacer frente a estos chalados?

A continuación dio media vuelta y se fue. El abuelo no se sorprendió. Dimitru tan sólo había puesto palabras a los propios sentimientos de Ilja. Era un soñador, incapaz de pensar con previsión o calcular con claridad, y de todo punto inepto para las estrategias de astucia que el cingaro le había aconsejado vivamente. Desde que conocía a Dimitru, el abuelo había echado en cara a su amigo gitano que se comportara como un chiquillo mientras que él se había enfrentado a las obligaciones de la vida adulta como tabernero y comerciante. Sin embargo, él mismo aún seguía siendo un muchacho ingenuo. A sus cincuenta y cinco años. Había creído como un niño en la inocencia de las palabras. «Dimitru también vio a la Barbu.» Cuando el abuelo se percató de las consecuencias de sus palabras, sus sueños sobre América y *Niuyorque* murieron por mucho, mucho tiempo.

Todo comenzó cuando Julia Simenov entró llorando furiosa en la tienda aquella tarde, víspera de la Candelaria.

—¿Qué ocurre, muchacha? —preguntó el abuelo justo cuando yo salía de la cocina.

—¿Quién puede ser tan canalla, Pavel? ¿Quién puede hacer algo así?

—¿A qué te refieres?

—Han profanado la tumba de la Barbu. Alguien arrancó la corona, y también rompió nuestra cruz de madera. Y después se aliviaron sobre la tumba y han dejado caer sus mojonos.

Me hirvió la sangre.

—¿Quieres decir que han ido a su tumba y se han cag...? ¿Quién ha sido?

—Quizá los perros —terció el abuelo, tratando de tranquilizarse a sí mismo.

—No —replicó Julia—. Fueron animales humanos. Los perros no rompen las cruces.

Las sospechas del abuelo recayeron de inmediato en Kora Konstantin. Desde que había arrancado el vestido del cadáver de la maestra, de aquella loca podía esperarse cualquier cosa. No podía imaginar nadie más en Baia Luna capaz de un acto tan repugnante.

Hasta que Vera Raducanu entró en nuestra tienda con la cabeza alta y frunciendo la nariz en señal de desprecio, como siempre. Sin embargo, no pidió jabón envuelto en papel dorado, sino que inició una conversación con una amabilidad que no le era propia. Hizo un par de comentarios sobre el frío invierno, se quejó brevemente sobre el aislamiento de Baia Luna y después fue al grano, al asunto que de verdad le importaba: su hijo Lupu. En las últimas semanas había advertido cómo algunos

vecinos responsabilizaban del asesinato del sacerdote al mayor de la Securitate, por supuesto sin mencionar el nombre de su hijo. Vera empleó la expresión «colgarle el muerto». No quería dar nombres, pero no era casualidad que aquel Karl Koch y los alemanes de su entorno hubieran sido los primeros a la hora de difamar a su Lupu. Dijo que su hijo pediría cuentas a esos sujetos difamadores una vez que la horrible nieve se hubiera derretido y el camino hacia nuestro pueblo fuera practicable. Sobre todo ahora que en relación con el asesinato de Johannes Baptiste ya no había preguntas sin responder.

—¿Qué significa eso? —preguntó el abuelo.

—Fue la Barbu. Kora tiene razón. Poco a poco todo el mundo lo sabe. Incluso los gitanos la vieron entrar a hurtadillas en la casa parroquial.

—¡Lárgate de aquí! —le gritó mi abuelo a Vera Raducanu por toda respuesta.

Pero cuando aquella misma tarde, primero Erika Schuster, después Elena Kiselev y finalmente también Istvan Kallay, Karl Koch y Hermann Schuster vinieron a nuestra casa y todos, sin excepción, contaron que la loca de la Konstantin iba a romper su silencio y presentar pruebas irrefutables de que la maestra era la única culpable del asesinato del párroco, el abuelo fue consciente de que con su ingenuidad había desencadenado un alud. Hermann Schuster, el único que mantenía la cabeza fría, propuso convocar una asamblea popular durante la Candelaria para tapar de una vez por todas la cazuela rebosante de rumores. Para terminar con las confabulaciones, Kora tendría la oportunidad de exponer su visión de los acontecimientos, presentar sus pruebas y someterse a las preguntas de sus vecinos. La idea de Schuster fue aprobada enseguida, de manera que rápidamente corrió la voz de que al día siguiente, a las once en punto, tendría lugar en la taberna de los Botev una asamblea popular extraordinaria a la que todos los hombres y mujeres debían acudir sin falta. Cuando Kora Konstantin se enteró, declaró que diría lo que tenía que decir, pero jamás de los jamases en casa de los Botev. Como nada en el mundo la haría cambiar de opinión, se decidió celebrar la reunión en la parroquia, lo que no fue una mala decisión desde el punto de vista práctico, ya que la presencia de apenas un tercio de los curiosos habría bastado para reventar una de las paredes de nuestra taberna. Incluso los que llegaron a la iglesia media hora antes de lo acordado se vieron obligados a permanecer de pie.

Kora llegó la última. Avanzó por el pasillo central con paso parsimonioso apoyada en su cuñado Marku y el sacristán Knaup, hasta las tres sillas que había frente al altar. A pesar del frío vestía únicamente un traje negro. Llevaba el pelo oculto por un gorro de piel y el rostro por un tul negro. Tomó asiento entre sus dos acompañantes mientras Istvan Kallay, a quien se había nombrado moderador, saludaba a los presentes.

—¡La señora Kora Konstantin tiene la palabra!

La mujer apartó con dificultad el velo, sacó pecho y exclamó:

—Aquí no estamos en un juzgado, sino en la casa de Dios. Alabado sea Jesucristo. Ave María.

Algunos de los reunidos se santificaron y murmuraron: «Por los siglos de los siglos, amén.»

—Ahora di lo que tengas que decir —le pidió Istvan.

Todos miraban como embobados a Kora cuando Marku se levantó, buscó en el bolsillo interior de su abrigo y extrajo un papel.

—En aras de la exactitud, la señora Kora Konstantin ha plasmado por escrito su declaración. Querría leerla en voz alta, pero sólo si no es molestada por interrupciones intempestivas. Al final de su declaración podrán plantearse las preguntas. En caso de que alguien quiera hacer una objeción a este modo de proceder, que lo haga ahora.

Como Istvan Kallay interpretó el murmullo en señal de conformidad, advirtió al público que no interrumpiera bajo ningún concepto a Kora durante su declaración, ni con manifestaciones de aprobación ni de descontento. Después cedió de nuevo la palabra a la mujer. Ésta se levantó y se puso las gafas. Yo estaba detrás del todo, apoyado en uno de los pilares de la nave, buscando con la vista a Dimitru. Pero ni un solo gitano había acudido a la iglesia.

—Yo, Kora Konstantin, residente en Baia Luna, calle de la Libertad número once, juro decir la verdad con la ayuda de Dios. El miércoles seis de noviembre hacia la una y cuarto vi desde la ventana de la cocina a una mujer que caminaba a hurtadillas por nuestro pueblo. Esa persona llevaba un pañuelo negro en la cabeza, botas de goma y un abrigo oscuro, y miraba continuamente a izquierda y derecha como alguien que no quiere ser visto. Estaba nublado y llovía, por eso al principio no pude reconocerla con claridad. Sin embargo, después me di cuenta de que se trataba de la docente Barbulescu. En un primer momento pensé: seguro que se olvidó algo en la escuela. Pero no se dirigió a la escuela, sino hacia la casa parroquial. Vi cómo llamaba al timbre durante mucho rato hasta que alguien le abrió. En el pueblo es bien sabido que la Barbulescu nunca antes había visitado al párroco. —Kora levantó la vista del papel y miró a los congregados—. Cuando digo nunca me refiero a que esa mujerzuela no pisó la casa del párroco ningún día en los siete años y tres meses que vivió aquí. Esta observación mía fue confirmada por el bibliotecario Dimitru Gabor.

—¡Y qué! —gritó el abuelo—. ¿Qué prueba eso? Johannes Baptiste seguía vivo tras la visita de la maestra. Vivito y coleando. Estuvo desde la tarde hasta la noche en mi casa, celebrando mi cumpleaños.

—¡Es cierto, es cierto! —exclamaron algunos hombres, y aplaudieron.

Otros se asombraron de que el tabernero, por lo demás siempre reservado, tomara la palabra tan enérgicamente. Por su parte, Kora hizo decir a su cuñado que si volvía a ser interrumpida cubriría sus conocimientos con el manto del silencio eterno. Istvan llamó de nuevo a la calma, amenazando con disolver la asamblea. Kora continuó repitiendo aquello que hacía tiempo circulaba como rumor.

—Esta Barbulescu acudió al párroco para solicitar el sacramento de la confesión. Pero en sus pecados gravitaba la peor culpa imaginable. Una culpa inextinguible. De

ahí que el padre Johannes le negara el indulto. Algunos pecados mortales son tan graves que ni siquiera el Santo Padre en Roma dispone de la autoridad para conceder la absolución en nombre del Señor. Porque Dios Nuestro Señor se reserva para sí a los peores pecadores para el día del Juicio Final. Antes de ser asesinado de un modo tan infame, nuestro señor párroco, ejerciendo por última vez sus obligaciones sacerdotales, tan sólo pudo hacer una cosa: exhortó a dicha mujer a abandonar nuestro pueblo. Con razón me permito suponer que debido a la influencia que esa mujerzuela ejercía sobre nuestros hijos.

—Konstantin, estás chiflada —mascullé furibundo—. Deberías irte con tus fantasías obscenas al manicomio.

Si bien obtuve aprobación contenida, la mayoría tan sólo siseó: «Chist, chist, si no callará para siempre.» Istvan se vio obligado a exigir silencio absoluto por última vez. Quien no se atuviera a las normas a partir de entonces sería expulsado de la iglesia sin más preámbulo. La gente aplaudió el aviso del húngaro y Kora saludó esta iniciativa con satisfacción.

—Una hora después de que se le abriera la rectoría a la Barbulescu —continuó leyendo—, salió de nuevo a hurtadillas. Vi el odio brillar en sus ojos. Odio hacia nuestro párroco. Odio hacia la Madre Iglesia. Y odio hacia el mismo Señor. La Barbu mostró en ese momento su verdadero rostro. Y yo le dije entonces a mi cuñado: «Marku, mira esa cara. La Barbu trama venganza. Va a ocurrir algo terrible.»

Kora miró a su pariente, que asintió y dijo con gravedad:

—Así ocurrió, más o menos.

Kora Konstantin siguió explicando que más tarde, al abrigo de la oscuridad nocturna, la Barbu se dirigió de nuevo a la casa parroquial con un cuchillo afilado bajo el abrigo. Primero dio un susto terrible a la pobre ama de llaves, tan terrible que le costó la muerte. Y a continuación asesinó al sacerdote.

—Lo hizo callar para siempre a fin de que no pudiera ir contando por ahí sus infames pecados.

Estaba tan consternado por los delirios de la Konstantin que incluso fui incapaz de negar con la cabeza. Miré más allá de ella y a la derecha del altar, donde divisé el farol con la luz del Santo Sacramento extinguida. Pensé en Fritz Hofmann. Al apagar la pequeña lamparita, mi amigo había asegurado que no ocurriría nada. Pero no era cierto: Baia Luna era víctima de una pesadilla disparatada.

—¡A la Barbu le resultó fácil cometer un asesinato! —prosiguió Kora, alzando la voz, y añadió a gritos—: ¡Lo sé, lo sé, lo sé! ¡Desde el verano pasado! ¡Desde que estuve en la capital! La verdad siempre acaba por saberse.

Nadie lo había olvidado. Durante semanas Kora se había pavoneado y había fanfarroneado porque iba a visitar a su tía en la París del Este, adonde de hecho había viajado en agosto del año anterior. La asamblea escuchó fascinada su relato de cómo no había podido soportar el aire viciado de la capital debido a su asma. Por esa razón su tía la había acompañado a una farmacia, donde un hombre de cabello entrecano la

había atendido muy solícitamente, algo a lo que no estábamos acostumbrados en Baia Luna. No sólo le había recetado medicamentos excelentes contra la apnea, sino que también le había preguntado amablemente por su origen. Después habían conversado un rato, sí, mucho rato sobre el pueblo, e inevitablemente la charla había derivado hacia el tema de esa maestra alcoholizada.

—Cuando pronuncié el nombre fatal de Angela Barbulescu el farmacéutico se sorprendió. «¿La conoce?», pregunté. «Sí», repuso el hombre. «Sí, me acuerdo. Pero hace tantos años... Una joven con ese mismo nombre venía casi a diario y compraba preparados para el corazón. Medicinas caras. Para su madre enferma, llamada Trink.»

—¡Y qué! —gritó Karl Koch.

—Después, así me lo confió el viejo farmacéutico —continuó impasible la mujer —, de repente aquella Angela había dejado de pedir esas medicinas. En su lugar, exigió vitaminas baratas que tuvieran justo el mismo aspecto que el remedio para el corazón que necesitaba su madre. El hombre incluso recordaba que su clienta, que siempre llevaba vestidos gastados, se presentó durante las siguientes semanas con un caro vestido de girasoles. Exactamente el mismo con que se colgó de la soga. Como expiación vana por haber administrado a su madre medicamentos inútiles, que al final causaron miserablemente la muerte de la pobre mujer. Como puede suponerse.

Temblé de miedo. En efecto, Angela había dejado entrever en su diario que en realidad debería haber sentido remordimientos y que su madre no se había percatado del cambio en los medicamentos. Además, llamaba la atención que en los años posteriores a aquellos hechos la hija no volviera a mencionar jamás el nombre de la madre.

—Alguien que asesina a su madre porque es una molestia para su vida licenciosa también mata a un párroco por negarse a concederle la absolución. —Kora se dio cuenta de que la opinión general estaba cambiando. A su favor: los que antes ya se inclinaban a creer en sus rumores quedaron persuadidos; quienes habían tachado su palabrería de estúpido delirio comenzaron a dudar. Ella no dejó pasar la oportunidad —. Cuando la asesina Barbulescu hace enmudecer al padre Johannes con su cuchillo, ve sus manos manchadas de sangre. Corre al abrevadero de la plaza del pueblo para borrar las huellas de su acto de crueldad, pero sabe que su alma está perdida sin remedio. Se convertirá en la novia de Satán. Y entonces se rebela incluso contra el propio Dios. Se cuele en la iglesia, baila con el diablo ante el altar y vuelca el ambón con las Sagradas Escrituras. Después se sube a una silla y apaga la luz del Santo Sacramento. Después deja tras de sí un rastro de sangre menstrual mientras se precipita hacia su casa. Se pone ese vestido obscuro de los girasoles, agarra a su amigo el aguardiente y sube a la montaña para hacer desaparecer también a la Virgen del Perpetuo Socorro mediante hechizos diabólicos. Y finalmente se suicida.

La asamblea permaneció en silencio. Yo tenía ganas de abalanzarme sobre aquella mujer y retorcerle el cuello. Pero también era consciente de la atmósfera que reinaba

en la iglesia. Cualquier acción irreflexiva, cualquier palabra atolondrada me convertiría en parte de aquel estúpido delirio. Por supuesto que Angela Barbulescu no había asesinado al párroco, como tampoco había tenido nada que ver con la extinción de la luz del Santo Sacramento. Pero ¿qué posibilidades me quedaban? ¿Debía ponerme en pie y revelar toda la verdad? ¿Quién me creería? La gente interpretaría como una acusación oportunista que imputara la extinción de aquella luz a alguien que se había marchado del pueblo un par de semanas atrás y que ahora vivía muy lejos, en Alemania, en especial porque todos sabían que las familias Botev y Konstantin estaban en pie de guerra. Por un momento sopesé desenmascarar las mentiras de la Konstantin respondiendo con otra mentira legítima, según la cual yo mismo asumiría la culpa por apagar la luz del Santo Sacramento. Es cierto que no se correspondía con la verdad, pero le habría cortado las alas a la Konstantin. La enfermiza construcción de su delirio se habría desmoronado como un castillo de naipes. Seguramente me habrían echado del pueblo con cajas destempladas, algo que me era indiferente dada la situación, pero sí me importaba que el abuelo Ilja, mi madre y la tía Antonia tuvieran que vivir con la vergüenza y el deshonor de haber criado a un sacrílego. De pronto comprendí a mi querida Buba, que no veía cómo oponerse a la ley de la sangre en su clan. Estaba dispuesto a pagar ese precio, a renunciar a mi propia familia. Pero ¿de qué serviría? Si yo cargaba con la profanación de la iglesia se habría aclarado el asunto de la luz y de la sangre en el abrevadero, pero no el asesinato de cura. En Baia Luna siempre quedaría la sombra de una duda. Al fin y al cabo, los vecinos del pueblo creían conocer a Angela Barbulescu y pensaban que era capaz de todo. ¿Qué pensar de una mujer que administraba medicamentos inútiles a su madre enferma? Tan sólo yo sabía que aquella madre era un alma gemela de Kora Konstantin en cuanto a maldad.

Karl Koch pidió la palabra. En lugar de dirigirse por el nombre de pila, como era habitual en nuestro pueblo, dijo en tono formal:

—Señora Konstantin, el seis de noviembre vio usted desde la ventana de su cocina cómo Angela Barbulescu se dirigía hacia la casa parroquial...

—A hurtadillas. ¡He dicho a hurtadillas! Está tergiversando mis palabras.

—Bueno, observó usted a la señora Barbulescu de camino a la rectoría. Y también vio que la profesora pulsó el timbre durante largo rato.

—Así fue.

—Sin embargo, desde el lugar en su cocina donde usted pasa agazapada la jornada entera, detrás de la cortina, no puede verse la puerta de la rectoría.

—¡Sí que se ve!

—¡No! —exclamaron entonces Erika Schuster y otras mujeres—. La vista desde su cocina sólo da a la calle.

—Así que miente usted cuando asegura haber visto a la señora Barbulescu delante de la rectoría desde su cocina —concluyó Karl Koch en tono más enérgico.

—No miento —masculló la Konstantin—. Además, no he afirmado eso en ningún

momento. Vi perfectamente que la Barbu estuvo llamando al menos durante diez minutos. Pero nunca dije que estuviera en la cocina.

—¿Así que siguió usted a la Barbulescu en su camino a la casa parroquial?

—¡Tuve que hacerlo después de todo lo que hoy sabemos sobre esa pájara!

Me aparté de la columna de piedra contra la que estaba apoyado y avancé lentamente. Kora palideció y se tapó la nariz con la mano. Miré a Istvan Kallay.

—¿Puedo hacer una pregunta yo también?

—Para eso estamos aquí —aceptó él, asintiendo.

—Él no. ¡A él no le respondo! —gritó Kora.

—¡Tienes que responderle de manera apropiada! —la reprendió por una vez su cuñado Marku, y Kora se calmó.

—A ver —dije—, después de seguir a Angela Barbulescu y ver también cómo salía de la rectoría una hora después, ¿hablaste luego con ella?

—¿Yo? ¿Hablar con ésa? ¡Qué pregunta más estúpida! —se indignó la Konstantin—. Tanta idiotez sólo puede provenir de un Botev. Por sus frutos los conoceréis. Si tu abuelo no sabe ni leer. El tonto ese no es capaz de lidiar ni con una sola línea.

El abuelo se levantó de un brinco, avanzó por el pasillo y, para asombro de todos, blandió los puños.

—¡Bruja, que mientes con sólo abrir la boca! —Ilja cogió el Evangelio que se hallaba sobre la mesa del altar y lo alzó—. Dime un capítulo, Kora Konstantin, y demostraré a todos los aquí presentes que estás mintiendo.

La mujer estaba tan perpleja que no replicó. El sacristán Julius Knaup acudió en su ayuda y exclamó a grito pelado:

—¡Ya lo veremos, o mejor dicho, oiremos! Evangelio según Juan. Capítulo tres. ¡A partir del versículo cuatro!

Ilja pasó las hojas hasta encontrar el texto.

—«Y Nicodemo dijo: “¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? —leyó entonces—. ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?” Respondió Jesús: “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es...”»

—Gracias, Ilja, ya basta —lo interrumpió Karl Koch y, dirigiéndose a Kora, añadió—: Va siendo hora de que alguien cierre tu boca de mentirosa. ¿Cómo se te ocurre echar en cara a nuestro tabernero Ilja que no sabe leer?

—Botev está engañándonos a todos —repuso furibunda, enrojeciendo como un tomate—. Nos toma el pelo. No he mentado. Seguramente habrá aprendido a escondidas. Todo lo que he dicho sobre la Barbu es cierto. ¡Lo juro! ¡Lo juro por la vida de mi madre Donata!

—Pues bien —tercié de nuevo—, ahora podrás responder de una vez a mi pregunta en vez de insultar a mi culto abuelo delante de todo el mundo. ¿Cómo fue? ¿Hablaste pues con Angela Barbulescu cuando salió de la casa parroquial? —Kora lo negó—. ¿Y hablaste con el padre Johannes cuando la profesora abandonó la rectoría?

—Kora lo negó—. Entonces ¿cómo pretendes saber que Angela Barbulescu visitó al párroco para confesarse? Si no hablaste tú misma con nuestro cura, ¿cómo puedes saberlo? Estuve informándome. Un sacerdote también se halla sujeto al secreto de confesión aunque no conceda la absolución a un pecador. Johannes Baptiste jamás habría contado lo que alguien le hubiera comunicado confidencialmente.

Los murmullos aumentaron, Kora empezó a buscar pretextos, sin dejar de mirar fijamente y por turnos a Marku y al sacristán Knaup. Las venas de su cuello se hincharon, su pecho palpitaba.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Lo sé! —chilló entonces, y el eco de su voz ronca hizo estremecerse a los congregados—. Y juro por el Todopoderoso que digo la verdad. — Y de repente se tiró al suelo, sus extremidades se contrajeron y gruñó igual que un cerdo degollado, como hacía a menudo cuando creía defenderse de los ataques del demonio.

Algunos hombres la agarraron con fuerza de los brazos, la incorporaron y sacudieron. Karl Koch le propinó una sonora bofetada.

—Pero si es que lo sé... —lloriqueó ella, completamente abatida.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntaron varias voces al unísono.

—Que Dios me ayude. Hubo una persona que escuchó la conversación entre el padre Johannes y la Barbu. Una persona que no estaba sometida al secreto de confesión.

—¿Y de quién diablos se trata? —inquirió Karl Koch en representación de toda la asamblea.

El nombre que Kora Konstantin lanzó al aire cayó como un mazazo sobre los vecinos de Baia:

—Fernanda Klein. El ama de llaves me lo contó todo.

De repente se hizo el silencio. Todos se miraron turbados. Nadie dudaba de que en ese momento Kora Konstantin dijera la verdad. Y nadie podía imaginarse que Fernanda, aquella alma fiel a su párroco, fuera capaz de algo semejante. También yo estaba tan consternado que me di collejas en la cabeza para tratar de pensar con claridad. Después me acerqué a la Konstantin.

—Kora, ahora es muy importante que refieras aquí qué te contó exactamente Fernanda.

—Lo diré todo —asintió con vehemencia—. Tal como fue. Cuando la Barbu salió de la casa parroquial esperé un rato. Entonces acudí yo misma a la rectoría. No por curiosidad, no, sino para estar al corriente de lo que pasaba en el pueblo. Fernanda me abrió y me condujo a la cocina. Dijo que no debía hacer ruido para no molestar otra vez a Johannes durante su siesta. «¿Cómo que otra vez?», pregunté, fingiendo no saber nada. Fernanda me pidió que adivinara quién había visitado al señor párroco a aquella hora inoportuna. Mencioné un par de nombres, entonces ella me susurró: «Ha venido la Barbu.» Creedme, había mantenido alguna que otra conversación confidencial con Fernanda y sé que el ama de llaves también tenía a esa golfa entre

ceja y ceja, aunque no lo pregonara a los cuatro vientos. Me aseguré que no había podido evitar oír las palabras con que la maestra había saludado al párroco: «Se lo ruego, no me eche. Después de tantos años de odio debo confesarme.» Johannes Baptiste la hizo pasar de inmediato a su estudio y cerró la puerta.

Kora expuso ante su fascinada audiencia que, dada una situación tan extraordinaria, era sin duda comprensible que Fernanda hubiera querido enterarse mejor y escuchado detrás de la puerta, tampoco por curiosidad sino para ayudar al párroco en caso de que aquella imprevisible mujer lo agrediera. El ama de llaves aseguró que no podía dar información precisa sobre los pecados que la Barbu había confesado con todo detalle porque la muy lista había hablado muy bajo, pero había oído claramente decir al cura: «No puedo. Por favor, créame. ¡No puedo ni debo!» A lo cual la Barbulescu había implorado: «Pero debe hacerlo. Debe hacerlo, señor párroco. Por favor, absuélvame.»

Kora Konstantin contempló a su público, que contenía el aliento. Alzó la mano derecha y renovó su juramento:

—Que me condenen eternamente si miento. Fernanda me contó lo que oyó de boca del sacerdote después de que la Barbulescu le mendigara la absolución. «Por favor, ahora váyase, señora Barbulescu. Rezaré por usted. Cuenta con toda mi comprensión humana. Pero no puedo hacer nada por usted en nombre del Señor», dijo el párroco, y después llamó al ama de llaves para que acompañara a la profesora a la puerta. El padre Johannes quiso incluso ayudar a la pecadora a ponerse el abrigo, pero ésta lo rechazó con brusquedad y se limitó a sujetar la prenda contra sí. Fernanda se dio cuenta de que la Barbu había escondido algo debajo, algo que quería proteger de miradas ajenas. Sin embargo, el ama de llaves no estaba segura de esto; tan sólo me contó que la Barbu pidió la llave de la biblioteca, supuestamente para tomar un libro prestado. El párroco le entregó la llave y le pidió que luego la trajera de vuelta. Sabiendo lo descuidada que era la Barbulescu, Fernanda bajó la escalera con ella, abrió la biblioteca y esperó. Además, como el negro Dimitru Gabor cumplía con cierta negligencia sus obligaciones en calidad de bibliotecario autodenominado, la pobre mujer quería apuntar en una tarjeta el título del libro prestado para mantener un poco el orden. Sin embargo, no fue necesario, ya que la Barbu no tomó prestado ningún libro. Fernanda podría confirmarlo si aún se hallara entre nosotros. Y en este punto, he llegado a mis propias conclusiones. ¿Por qué quiso Angela Barbulescu entrar en la biblioteca justo el seis de noviembre después de haberle sido negada la absolución? ¿Cuál fue el motivo?

Cuando Kora observó los rostros turbados de los presentes, afloró a su rostro una sonrisa maliciosa.

—¿Qué buscaba esa matricida el seis de noviembre en la biblioteca? —repitió con voz alta y clara—. Calláis porque ignoráis lo fría y calculadora que es la maldad. Pero la Barbu lo sabía. Cuando entró en la biblioteca ya había decidido que nuestro sacerdote debía morir. Y sus manos le darían muerte. Pero ¿cómo entraría sin ser

vista por la noche en la casa parroquial? No fue a la biblioteca por los libros. Nada de eso. Abrió una ventana de la planta baja por la que pensaba trepar y meterse de nuevo en la rectoría de noche con su cuchillo, sin ser vista. ¿Y por qué pudo abrir la ventana sin que nadie se lo impidiera, casualmente la tarde del seis de noviembre? ¡Porque no había nadie más en la biblioteca! Porque el negro Dimitru Gabor no estaba pensando en sus obligaciones como bibliotecario, sino en el maldito aguardiente por el cumpleaños de Ilja Botev, que nos acaba de tomar el pelo con un pasaje de la Biblia aprendido de memoria.

Abandoné la iglesia.

«Aquí están todos locos. Tú eres uno de ellos», me había echado en cara Fritz Hofmann segundos antes de soplar la luz de la iglesia. «En un pueblucho como éste, ¿qué más da si brilla o no una pequeña lámpara?» Para Fritz daba igual. Sin embargo, la extinción de la luz del Santo Sacramento dividía mi vida en un antes y un después. No es que la oscuridad en la iglesia fuera para mí la causa, pero existía una conexión temporal directa entre este hecho y una serie de acontecimientos funestos y peligrosos. El asesinato del sacerdote, el turbio suicidio de Angela Barbulescu, el robo de la Virgen del Perpetuo Socorro y las quimeras delirantes de Kora Konstantin habían cambiado Baia Luna. La negrura de la noche reinaba incluso a plena luz del día. Mi único rayo de luz era Buba. Pero no sabía cuándo volvería a verla.

Resistí la tentación de embriagarme con *tuica* en la taberna. ¿Realmente había cambiado Baia Luna? ¿Los vecinos se habían convertido de hecho en otros? ¿O más bien la muerte de la montaña de la Luna había obligado al pueblo a mostrar su otra cara? Ya no quería formar parte de la comunidad. Quería irme. Pero ¿adónde?

Desde fuera me llegaban voces alteradas. El abuelo entró en el local. Seguido de Trojan y Petre Petrov, los sajones Karl Koch, Hans Schneider, Hermann Schuster y su hijo Andreas, así como Karol Kallay, el pastor Avram Scherban y, para asombro de todos, incluso el viejo Bogdan, el padre de los hermanos Brancusi. Los hombres juntaron dos mesas y se sentaron. Ilja preguntó si querían beber algo. Todos rehusaron.

—No me extraña —dijo Avram, continuando con la encendida conversación— que la Barbu se quitara la vida. Tenía que ocurrir. Si Fernanda no hubiera escuchado tras la puerta de nuestro párroco, la intrincada vida de la Barbu habría quedado para siempre en el misterio. Pero respecto al asesinato del párroco, tengo mis dudas.

Nadie lo contradijo.

—Si hubierais visto a Baptiste desnudo y atado a su silla en aquel terrorífico caos —añadió Karl Koch—, entenderíais que detrás de un acto así no puede haber una mujer. Y apuesto a que no hay un solo culpable.

—Pero ¿no has visto a la gente en la iglesia? Eso es lo que ocurre cuando uno es partidario de las supersticiones y se resiste al progreso. La mayoría del pueblo cree a esa santurrón chiflada de la Konstantin —la vituperó Bogdan Brancusi—. Pero si la maestra no es la asesina del sacerdote, ¿entonces quién es? Karl, ¿acaso insinúas que

detrás de esta sucia historia hay algo político? Aunque mis hijos aboguen por el koljós, no tienen nada que ver con este asunto. Pongo mi mano en el fuego por ellos.

—Yo también. Tus chicos no harían algo así —terció el abuelo—. Pero debemos preguntarnos a quién le interesaba la muerte de Baptiste.

—A alguien que quería hacerlo callar —añadió Karl Koch, y obtuvo la aprobación de todos.

—Debemos aclarar la sucesión temporal de los hechos —intervine—. Para descartar por completo que la maestra sea responsable del asesinato. —Como nadie protestó, continué—: La Konstantin parte de la idea de que el párroco fue asesinado la misma noche que Angela Barbulescu desapareció. Eso ocurrió la tarde y la noche del cumpleaños de mi abuelo. Pero estoy seguro de que entonces Johannes y Fernanda aún vivían. No encontramos al párroco hasta tres días después, tras la visita del policía Patrascu y el agente de la Securitate Lupu Raducanu.

—Pero después de que el cura abandonara la taberna la noche de mi cumpleaños, nadie más lo vio con vida —comentó el abuelo.

—Pavel lleva razón —lo interrumpió Hermann Schuster—. Es cierto que nadie de nosotros vio a Johannes Baptiste. Pero Fernanda aún seguía con vida. Seguro. Se deshacía de todos los visitantes a la puerta de la rectoría porque el párroco quería trabajar en su sermón sin que lo molestaran. Lo sé por Erika. Mi mujer fue a visitarlo un día después del cumpleaños de Ilja. Fernanda no le permitió entrar porque no había que interrumpir bajo ningún concepto al cura. Para entonces la Barbulescu probablemente ya colgaba de la soga.

—Creo que sólo avanzaremos cuando sepamos quién diablos tenía tanto interés en que ese sermón no se diera. Todos sabían que el padre Johannes pretendía echar pestes contra esa condenada colectivización. —Karl Koch se enfureció—. Esos malditos de la Securitate dejan pudrirse a la gente en la trena sólo por hacer chistes tontos sobre el Partido. Un sermón contra el koljós supondría un buen cabreo para los altos cargos.

—¿Acaso conoces a alguien que haya tenido que ir a la cárcel? —intervino el viejo Brancusi.

—Se oyen cosas —replicó Koch.

—Ah, claro, rumores. No conoces a nadie personalmente —se burló Brancusi—, pero actúas como si todos los comunistas no tuvieran nada mejor que hacer que matar sacerdotes.

—No he dicho eso —saltó Koch—. Pero a ese repugnante cara de crío de Raducanu lo creo capaz de todo. Que se deje ver de nuevo por aquí y se va a enterar.

Los hombres golpearon las mesas en señal de aprobación.

—Pavel, tráete algo de beber.

Cogí una botella de *tuica*. Por primera vez yo mismo tomé un vaso y bebí con ellos sin que ningún adulto se escandalizara. Petre Petrov me ofreció un Carpati. Sin hacer caso a la mirada de desaprobación de mi abuelo, me puse a fumar.

Entonces tomó la palabra Petre y nos recordó el viaje a Clusoara y las visitas a la patóloga Paula Petrin y aquel comisario jubilado del pelo hirsuto.

—Patrascu sabe más de lo que dice. Pero a su edad no quiere líos. Dejó entrever que tras el asesinato del párroco y la desaparición de su cadáver estaba la mano del Estado. Éste no tolera a los anticomunistas ni quiere tumbas de mártires anticomunistas. Patrascu repitió varias veces que el asunto de nuestro párroco nos quemaría si no manteníamos la llama baja.

—Y estoy seguro —añadió Istvan Kallay— de que no se trataba de una amenaza. Era una advertencia. Pero Petre lleva razón. Por un lado, ese Patrascu actúa como si el terrorismo bolchevique no le interesara, y por el otro, está metido hasta el fondo. Lo sabe todo sobre el asesinato del padre Johannes, pero no suelta prenda.

—Está de mierda hasta el cuello —sentenció Petre.

—Durante veinte años a nadie le importó un comino lo que el cura proclamara en la iglesia —dijo Hans Schneider, negando con la cabeza—. ¿Y de pronto era peligroso para la Securitate justo cuando ya no regía bien? No lo creo. No deberíamos perder de vista la hipótesis de la Barbulescu. Por supuesto que no pudo cometer el crimen sola. Quizá tuviera cómplices. Tal vez incluso alguien del pueblo.

—Los asesinos vinieron de la ciudad. De eso no hay duda.

—¿Y por qué, Pavel? ¿Desde cuándo eres vidente? —me preguntó Karl Koch.

—¿Y justo tú me lo preguntas? Al fin y al cabo, tuviste la prueba en las manos en el lugar del crimen y la tiraste por la ventana.

—¡Maldita sea, el ratón! —exclamó Koch, cuya mente había funcionado a toda velocidad—. Los asesinos metieron un ratón en la boca del difunto Baptiste. Tan sólo la cola colgaba fuera, como un cordón.

—Y seguro que no cazaron el ratón antes en la casa parroquial, sino que lo trajeron consigo —añadí—. Y provenía de la ciudad. No imagináis la de veces que tuvimos que copiar en la escuela la historia del ratón de ciudad y el de campo. Por fin sirvió de algo. Los ratones de ciudad son grises. Pero los de aquí, los de Baia Luna, son castaños. Los asesinos no lo tuvieron en cuenta.

—El ratón era gris —comentó entonces Hermann Schuster—. Eres un chaval espabilado, Pavel.

—Sí señor, sí que lo es —corroboró mi abuelo.

—Pero ¿por qué lo mataron? Quizá la Securitate se olió que en su vejez el párroco quería poner contra las cuerdas a los bolcheviques —conjeturó Karl Koch—. Si es que la Securitate tiene las narices metidas en todo...

—Ahora pasa lo contrario. Ellos nos presionan a nosotros. ¿No os dais cuenta de que nuestro pueblo cada vez está más dividido? —exclamó el abuelo, con una exaltación de la que nadie lo habría creído capaz—. Desde que nuestro párroco ha muerto las desgracias se suceden. ¿No veis que Baia va de mal en peor? ¿Qué queda de la comunidad del pueblo? Una mitad apoya a esa loca de la Konstantin y nosotros damos palos de ciego con nuestras conjeturas. ¡Securitate! Todopoderosa Securitate,

es lo que oigo todo el tiempo. El mal se ha abatido sobre nuestro pueblo. Debemos preguntarnos de una vez: ¿a través de quién se enteró la Securitate de que esa homilía iba a ser tan peligrosa para el Estado? No se lo olieron con sus propias narices, alguien tuvo que mencionarles el cariz del sermón. A ese Raducanu o a algún otro. De lo contrario no habrían enviado un comando asesino hasta aquí arriba. ¿Es que no veis que en las filas de nuestro pueblo tiene que haber uno o incluso más traidores?

Los hombres tragaron saliva.

—¡Traidores! —Cogí mi vaso y bebí. Después me levanté y, por primera vez ante los ojos del abuelo, saqué un paquete de cigarrillos del estante detrás de la caja registradora. Di una calada a mi Carpati, pero luego lo apagué. Un pensamiento atroz me cruzó la mente. ¡Traidor! Sí, yo conocía a alguien que, si bien no era un traidor, servía para el papel. Alguien con quien yo aún tenía una cuenta pendiente.

—Cualquiera podría ser un Judas —sentenció el húngaro Kallay—. Todos sabíamos que el párroco había anunciado una homilía contra el comunismo.

—¿Cómo lo sabes? —reflexionó Hermann Schuster—. Recordad. A Johannes se le ocurrió la idea del sermón tras la palabrería bolchevique que oímos por el televisor. Aquel discurso de Jruschov. Después de que los rusos lanzaran su *Sputnik*. Nuestro cura aseguró aquí en la taberna de Ilja que con la ascensión de un perro se había abierto la caja de los males. Sobre eso quería predicar.

—Pero también habló del koljós. Me acuerdo muy bien —replicó mi abuelo—. Aquella noche ya era tarde. Después de que los Brancusi te dieran con la botella en la cabeza...

—Algo por lo que mis hijos se han disculpado de todas las maneras posibles —terció el viejo Bogdan—. No veo por qué tenéis que sacar a colación esa historia una y otra vez.

—En cualquier caso —continuó el abuelo—, el ambiente en mi cumpleaños se había echado a perder y os habíais ido ya. El padre Johannes se quedó un poco más. Estaba aquí junto a la puerta, con el bastón en la mano. Me ofrecí a acompañarlo a la rectoría. Pero rehusó. Por último dijo: hasta el domingo, en la iglesia. Añadió que el *Sputnik* había colmado el vaso y que iba siendo hora de enfrentarse a los colectivistas con el espíritu del mensaje evangélico.

—¿Quién más estaba aquí en ese momento? —inquirió Karl con impaciencia.

—Yo, por supuesto. Y Pavel. Y Dimitru —repuso el abuelo tras reflexionar un instante.

—¡El gitano! ¿Crees que el negro delató a Johannes Baptiste ante la Securitate? —Hermann estaba horrorizado—. Precisamente él. Vale, será un fanfarrón, pero no le creo capaz de eso.

—Yo sí —se entrometió el pastor Scherban—. Los gitanos no saben de amigos ni enemigos. Como Judas. Por un buen dinero son capaces de vender a su madre. Yo ya me manifesté en contra de que el clan Gabor se mudara al pueblo. ¿Por qué siguen aquí?

—Dimitru no fue —lo contradijo Ilja—. No es ningún traidor. Además, no podría haber revelado nada. Al final de mi cumpleaños ya no se enteraba de nada, estaba como una cuba. Incluso se cayó en las escaleras de fuera y creo que se rompió alguna costilla. Pavel tuvo que cargar con él hasta su casa.

—Pero ¿entonces quién queda como informante? Sea quien sea, yo me lo cargo —soltó Karl Koch, que echaba chispas.

Volqué mi vaso y el *tuica* se derramó sobre la mesa. Todos me miraron.

—Había alguien más. —Dudé un momento, pero ya no podía echarme atrás—. Había alguien más. Además del cura, Dimitru, el abuelo y yo, aquella noche alguien más estuvo aquí: Fritz Hofmann.

Los hombres se quedaron estupefactos, sin atreverse ni a respirar. No porque les faltaran las palabras. Supuse que muchos pensamientos y miles de imágenes se agolparon en sus cabezas. La enorme tensión de las últimas horas, días, incluso semanas se concentraron en ese único nombre. ¡Fritz Hofmann! ¡Un colegial!

Entonces empezaron a hablar todos a la vez. Cada uno contribuía con una pequeña tesela, como en un mosaico, para componer un retrato imaginario de una familia de traidores. ¿Era casualidad que sólo una semana después del asesinato de Johannes Baptiste apareciera en el pueblo un camión alemán y los Hofmann abandonaran Baia Luna para siempre? ¿No había reprendido el sacerdote al muchacho delante de todos los hombres allí, en la taberna, llamándolo listillo? ¿No tenía el chaval una fría expresión iracunda después de aquella bronca? Claro que un muchacho apenas disponía de la posibilidad de llevar a cabo sus deseos de venganza. Pero ¡y su padre! ¿Heinrich Hofmann, que no sentía más que desprecio por cuanto ocurría en el pueblo? El fotógrafo artista. Que se había divorciado. A quien el Señor le importaba un bledo. Que tenía dinero. Que conducía una costosa motocicleta italiana. Y su mujer, ¿no tenía incluso un fogón eléctrico? ¡El distinguido señor Hofmann! Que jamás saludaba, para quien la taberna de Ilja no era lo bastante buena y que prefería frecuentar la alta sociedad de la ciudad. Que tuteaba a ese doctor Stephanescu, el mayor colectivista de toda la región de Clusoara. Era evidente que Fritz y Heinrich Hofmann eran cómplices en la traición. Junto con los caciques del Partido. Ellos habían enviado a los sicarios al pueblo para darle una lección a un viejo cura que se atenía a la palabra de Dios, pero no a las reglas del juego de los gobernantes terrenales.

Me di miedo a mí mismo. Sentí en mis manos un poder invisible. Con la simple mención de un nombre había cambiado el rumbo de los acontecimientos. Mi rumbo. La reacción que había desencadenado el nombre de Fritz Hofmann me había catapultado a la vida adulta. Ahora mi voz tenía peso, los hombres me habían aceptado en su círculo. Ya no era un muchacho. Muchos años después entendería que fue la culpa lo que extinguió en mí las últimas chispas de mi naturaleza infantil. En el momento que mencioné el nombre de mi antiguo compañero de clase me convertí en culpable. De manera consciente, intencionada y calculadora. Si Fritz Hofmann no iba

a pagar por un delito que había cometido, entonces lo haría por un delito del que no podía acusársele.

Fritz había apagado la luz del Santo Sacramento. Era el sacrílego, pero Johannes Baptiste me había maldecido a mí con aquel ¡Vete al infierno! El sacerdote me había condenado. En el momento de su muerte seguía convencido erróneamente de que yo, Pavel Botev, me había manchado con la vergüenza de la profanación sacra, mientras que el reducido grupo de seguidores de la Konstantin creía que Angela Barbulescu se hallaba detrás de aquellos horrores. Fritz era el único que podía y debía haber exculpado a la profesora de la deshonra, pero en lugar de asumir la responsabilidad de sus actos había puesto pies en polvorosa, se había largado a Alemania. Fritz Hofmann me había dejado solo. Con la lamparita apagada en la iglesia, con el delirio que se había adueñado del pueblo y consciente de los negocios guarros de su padre. Bajo mi colchón estaba la foto de la mujer desnuda con un vestido de girasoles, una mujer llamada Alexa, entre cuyos muslos Stefan Stephanescu rociaba vino espumoso. Fotografiada por Heinrich Hofmann. Así que si los hombres de la taberna imputaban a Fritz y a su autoritario padre una traición que sin duda no habían cometido, ¿no se trataba simplemente de hacer justicia?

Cogí mi paquete de Carpati y ofrecí cigarrillos a los hombres. Petre, el viejo Brancusi y el pastor Scherban se sirvieron. El abuelo ya no me miró con desaprobación. Yo era un adulto, los hombres me habían aceptado como uno de los suyos. Pero aquél no era mi lugar. Ya no tenía sitio en Baia Luna, en ese pueblo desgarrado, dividido. La turba alrededor de Kora Konstantin me repugnaba, los hombres de la taberna eran tan honrados como ignorantes. Su ira por la traición al párroco era sincera, pero no tenía ninguna válvula de escape. Fritz Hofmann se había ido, su padre era inaccesible y estaba protegido por las altas esferas políticas. Nadie podía acercarse a ellos. En un arrebató de cólera, Karl Koch había jurado que se vengaría del cacique Hofmann, y el impetuoso Petre Petrov alardeado de que tras el deshielo viajaría a Clusoara para lanzar un par de bidones de gasolina contra un estudio fotográfico bien conocido. Pero la ira se desvanecería en poco tiempo, dejando paso a un rencor amargo y luego a una angustiada sensación de impotencia.

¿Y el verdadero culpable?

Yo estaba completamente solo. Y no me quedaba más opción que aguantar y esperar. Hasta que pudiera vengar a Angela Barbulescu. Estaba muerta, pero no se había llevado consigo al infierno al secretario del Partido. ¿Qué ocurría con ese hombre malvado al que yo debía eliminar? La maestra me había convertido en su instrumento. Y yo estaba preparado para mi cruzada, para una lucha de la que ignoraba cuándo o dónde se libraría, o con qué armas sería dirimida. Lo único indiscutible era que apenas se derritiera la nieve me iría a Clusoara.

El legado de Ícaro, el cuarto oscuro y el sanctasanctórum de Heinrich Hofmann

La primavera se hizo de rogar. Hasta mediados de mayo de 1958 la naturaleza no demostró que podía confiarse en su ritmo constante. De los arces, los fresnos y las hayas brotaron vigorosas yemas, los azafranes y narcisos despuntaron de la tierra, los vencejos surcaban el cielo y los primeros corderos balaban en los pastos del pueblo. Como cada año. Los campesinos recorrían los campos con caballos, arados y rastras a fin de prepararlos para la siembra, mientras los gitanos pasaban horas a orillas del Tirnava observando la impetuosa corriente rogando que la crecida, provocada por el deshielo, no afectara a sus moradas. Dimitru se había atrincherado en la biblioteca. Supuse que aún iba a tientas entre la niebla de la incertidumbre, especulando sobre la probabilidad de la Asunción corporal a los cielos de María, Madre de Dios.

El abuelo sufría profundamente por haber convertido ingenuamente a Dimitru en un testigo de descargo para la horrible Kora Konstantin, e hizo todo lo posible por retomar la vieja amistad. Tan pronto acudía arrepentido a la biblioteca con una botella de licor, como regalaba al cingaro un cubano de Bulgaria, lo que le llevó a perder el ritmo de sus hábitos de fumador. Mi tía Antonia, que se dio cuenta de cuánto atormentaba a su padre aquella amistad perdida, accedió incluso sin rechistar a que le llevara al gitano la última caja de bombones de chocolate. Dimitru aceptaba los regalos sin decir ni mu y de inmediato volvía a los libros, lo que llevó a mi abuelo a pensar que el cingaro había roto con él para siempre.

De todos los defectos que se atribuían a los negros en el país, un rasgo de carácter quedaba sin embargo excluido. Ni siquiera los menos dispuestos respecto a aquéllos podían acusar a ningún gitano de ser rencoroso o vengativo. Aunque Dimitru hubiera descartado al abuelo como aliado para la misión histórica, hacía tiempo que en su fuero interno se había reconciliado con Ilja, según me confió años después.

Así que daré un salto hacia delante, hasta el 12 de abril de 1961. Recuerdo esa fecha con exactitud porque ese día Yuri Alekséyevich Gagarin se convirtió en el primer ser humano que flotó en la ingravidez del espacio. Aquella jornada Dimitru Carolea Gabor rompió un silencio de años y me confió sus pensamientos en un momento de debilidad. Entonces yo estaba convencido de que sus arriesgadas, incluso osadas teorías, eran irremediabilmente descabelladas. Hoy, que soy viejo, prefiero no juzgarlas de tal manera.

—Pavel —me dijo—, no había nadie más allí y tuve que cargar en solitario con la cruz de la soledad. Nadie en el pueblo estaba ni por asomo en disposición de

comprender *in principio* la amenaza histórica que suponían los cohetes soviéticos. Tampoco el bueno de tu abuelo Ilja. Era incapaz de ser calculador. Y fue un error por mi parte querer implicar a mi amigo en aquella misión para salvar a María, Madre de Dios. Ilja carece de las estrategias de la astucia. Su honradez es digna de admiración, pero no esa estúpida de la Konstantin y los beatos que la secundaban. Además habló demasiado. Pero es *mea culpa maxima*. Ilja habló demasiado porque yo le conté demasiado. Por esa razón me decidí. Tomé la determinación de guardar silencio e hice un voto: ninguna palabra saldría de mis labios hasta el día en que mi afán de conocimiento se viera coronado por el éxito del saber. Es decir, la respuesta a la pregunta: ¿dónde se metió María tras su Asunción?

»Recuerda, Pavel. Papá Baptiste ya había advertido acerca de que las ascensiones estaban reservadas al resucitado y su madre. Y ahora los soviéticos se toman la libertad de imitarlos. El premier Jruschov prometió un alunizaje y su mejor ingeniero de cohetes debe hacerlo realidad. Únicamente Koroliov, un hombre ambiguo, está en condiciones de ello. Se trata de un astuto experto ingeniero, listo y culto. ¡Marxista! Por esa razón peiné en la época todos los tomos de Karl Marx que había en la biblioteca. Esperaba encontrar alguna indicación secreta sobre la resurrección y la ascensión. Pero nada, Pavel, ahí no hay nada útil. Después pensé en echar mano de las obras de Lenin con la misma intención, aunque entonces hice un descubrimiento: me cayó en las manos un texto cuya lectura te recomendé vivamente hace años. Sin embargo, nunca me haces caso. El libro estaba abierto bajo una de las muchas pilas de tomos. Cuando le di una ojeada me acordé de Papá Baptiste, que una vez me dio este consejo: “Dimitru, olvida a esos marxistas. Si quieres adentrarte en las tempestades de las dudas de fe, lee a Friedrich Nietzsche.”

»Entonces releí la historia que ya había leído una docena de veces, analizando bien. Un loco corre a plena luz del día de aquí para allá con un farol buscando a Dios. Pero no lo encuentra. Y después asegura que hemos matado a Dios. Este muchacho observa con toda la razón que el acto del homicidio divino fue posiblemente excesivo para la humanidad. Sí, porque desde entonces, como yo mismo constato con consternación, va dando tumbos en el frío nocturno a través de una nada infinita. Pero ¿es esa nada realmente posible? Y si fuera así, ¿cómo se soporta? ¿Quién es capaz de aguantarla? ¿No debe ser vencida? “¿No tendremos que volvernos nosotros mismos dioses?” ¡Ésa es la pregunta, Pavel Botev! Presta atención. El loco sobre el que escribió Nietzsche planteó la pregunta, pero sólo ahora podrá ser contestada. Y la respuesta es sí. Y viene de Koroliov. ¡Volverse dioses! ¡Ser Dios! El más importante ingeniero tiene los libros de Marx en la estantería sólo para contentar a los camaradas. Créeme, Pavel, Koroliov ha leído a Nietzsche. Por eso sabía que el loco con el farol se había anticipado a su época. Llegó demasiado pronto con su mensaje. Los hombres aún no estaban preparados para la noticia de la muerte de Dios. Pero ahora sí lo están. El *Sputnik* de los rusos ha demostrado que la fuerza de la gravedad puede vencerse.

»¡Volverse dioses! ¡Volar a la estrellas! ¡La patria en los cielos! ¡Ingrávidos! ¡Liberados de las banalidades del valle de lágrimas terrenal! ¡Pavel, es eso! Koroliiov recibe el legado de Dédalo e Ícaro. Sólo que de manera más inteligente. Ambos griegos estuvieron encerrados una vez en el laberinto del tirano Minos que el propio Dédalo había construido estúpidamente de manera tan perfecta. Por desgracia, con la edad el constructor había olvidado la salida, pero no había perdido inventiva. Fíjate, Pavel, cuando no es posible continuar ni a izquierda ni a derecha, ni adelante ni atrás, entonces únicamente queda ir hacia arriba. Así que, sin perder un minuto, Dédalo fabrica unas alas para sí mismo y para su hijo. Hasta aquí todo bien. Lo único malo es que el muy idiota utiliza cera para pegarlas. Y el impetuoso Ícaro no sólo quiere salir del laberinto, sino también llegar al cielo. Vuela alto, más alto, demasiado cerca del sol. La cera se derrite, cosa que él no ha previsto, y ¡zas!, se hunde en el mar como una piedra.

»Koroliiov no es tan estúpido. Sus naves son bastante buenas. Los prototipos de *Sputniks* han funcionado. Las intenciones detrás del proyecto son evidentes. ¡Volverse dioses! Koroliiov es el nuevo Ícaro. ¿Comprendes, Pavel, que ese bigotudo de Nietzsche es el reto? Papá Baptiste tenía razón, como siempre. Pero mira alrededor en el pueblo. La gente escucha a la Konstantin y la memoria del difunto Papá Baptiste se desvanece. Sin tumba no hay recuerdo. Y apuesto contigo, hijo, a que detrás de la desaparición de su cadáver y la Virgen del Perpetuo Socorro anidan los mismos nexos causales.

En 1958, la vida regresó a Baia Luna con la primavera tardía. Los campesinos sembraban, las mujeres charlaban en el lavadero y los padres esperaban que el gobierno del distrito enviara pronto un nuevo docente al pueblo.

Sin embargo, en nuestra familia reinaba un sombrío estado de ánimo. El abuelo Ilja sufría como un perro. Por las mañanas apenas conseguía salir de la cama, se enfrentaba a la jornada de mal humor y por las noches se revolvía en su lecho sin hallar descanso. Quien por las tardes acudía a la taberna se encontraba con un camarero irritable y gruñón que servía las botellas dando un golpe contra la mesa y no pronunciaba ni una palabra amable, excepto un par de frases farfulladas. La desavenencia con Dimitru lo atormentaba más de lo que él hubiera querido. Desde la exhibición de Kora en la iglesia el cingaro no cruzaba palabra con Ilja. El abuelo se consolaba de la dolorosa pérdida del amigo bebiendo una copa ya por la mañana, para comenzar el día con cierta entereza. Como el efecto del *tuica* cada vez duraba menos y su sombrío humor no dejaba de agravarse, se veía obligado a mantener su engañosa serenidad bebiendo más copas.

Hasta que una mañana Vera Raducanu pidió una libra de azúcar y el abuelo le respondió: «¡Anda y que te den morcilla!» Cuando la mujer frunció la nariz y se puso a vociferar que en Baia Luna habían caído muy bajo si el tendero del pueblo recibía a

sus clientas con improperios y apestando a aguardiente, a mi madre se le acabó la paciencia.

—¡Ya basta! —increpó a su suegro en un tono que dejaba muy claro que tomaba las riendas de la familia Botev.

Estaba tan rabiosa que su ira nos alcanzó también a la tía Antonia y a mí. Ella pasaba la mayor parte del tiempo dormitando en su cama y yo tampoco me ocupaba ya ni pizca de mis obligaciones, ni en la tienda ni en la taberna. Todos permanecemos con las orejas gachas mientras nos llovía la bronca de mi madre.

—Pasara lo que pasara en el pueblo, la vida continúa. Y los hombres tenéis la maldita obligación de cumplir con vuestro trabajo. Como no salgáis inmediatamente de vuestro letargo, me voy. Os aseguro que me marchó a la ciudad. Seguid regodeándoos en vuestros lamentos, adelante. Pero ¡sin mí!

Yo nunca había visto a mi madre así, ni Ilja a su nuera. Pero el impacto de su furia fue terapéutico. Comprendimos al instante lo que había que hacer. Tan sólo la perspectiva de viajar a Clusoara me despertó del sopor e hizo resucitar la capacidad de resistencia que necesitaba para mi misión: hacer justicia para la que una vez fuera mi maestra, Angela Maria Barbulescu. Cogí un cuaderno y ayudé al abuelo a preparar el inventario del surtido de productos. Faltaba de todo. Durante los largos meses de invierno se habían acabado el aceite, el azúcar y el café de cebada. Las existencias de sal sólo alcanzaban para unos días. Las últimas botellas de Silvaner se habían agotado ya hacía semanas y el bote de cristal de los chicles americanos también estaba vacío. Hacía tiempo que hubiéramos debido visitar al comerciante al por mayor de Clusoara. Mientras mi madre fregaba el suelo y quitaba el polvo de las estanterías, puse a punto con Ilja el carro en que nos dirigiríamos por la mañana a la ciudad.

Adormilados por el madrugón, nos subimos bostezando al pescante y limitamos nuestra conversación a lo estrictamente necesario. Si hablábamos, lo hacíamos acerca del temor a que los precios hubieran subido como cada año. Compartí mi inquietud sobre la posibilidad de que los escasos ahorros familiares no alcanzaran para adquirir toda la mercancía necesaria, pero al mismo tiempo supe que no quería dedicar el resto de mi vida a la profesión de comerciante y tabernero, siguiendo los pasos del abuelo. Aunque ¿qué otra cosa podía hacer?

Hacia las siete llegamos a la cuenca de Schweischtal con sus extensos campos, otrora propiedad del terrateniente más rico de Transmontania. La región de Clusoara ya estaba colectivizada hasta allí y los campesinos de la montaña en Baia Luna sabían que sus modestas parcelas también serían pronto objeto de las expropiaciones forzosas. Tras dejar atrás Apoldasch, pasamos por las futuras naves destinadas a la cría de vacuno y el engorde de cerdos cuyas dimensiones impresionaban tanto como su aspecto monótono, producto exacto de un proyecto diseñado en una mesa de dibujo. Por todas partes se veían grúas recortadas contra el cielo, las excavadoras dejaban surcos en el duro suelo y los camiones transportaban materiales de

construcción. En los gigantescos carteles podía leerse que el nuevo «Complejo Agroindustrial Apoldasch II» sería inaugurado el 1 de junio, acontecimiento para el que se esperaba incluso la presencia del presidente de la República, Gheorghiu-Dej. A medida que nos acercamos a los límites de la fábrica de engorde admiramos los veintidós flamantes tractores dispuestos en filas de a dos cuyo rojo anaranjado relucía al sol matutino. Las máquinas procedían sin duda de la nueva fábrica de tractores Gozo de la Patria, de Ciudad Stalin.

—Ésos los ha montado nuestro Alexandru tornillo a tornillo —comentó el abuelo, señalándolos—. Seguro que ha recibido un bonito diploma por ello.

Después de mucho tiempo, volví a reír.

Hacia las once llegamos a las afueras de Clusoara y condujimos nuestro carruaje hacia el local del mayorista de alimentos del cual el padre de mi abuelo, Borislav, ya había sido cliente. Sin embargo, en lugar del familiar rótulo «HERMANOS HOSSU. IMPORTACIONES Y EXPORTACIONES AL POR MAYOR», nos encontramos con otro que rezaba «EMPRESA NACIONALIZADA. COMPLEJO DE CONSUMO DE LA ORGANIZACIÓN DE COMERCIO DE CLUSOARA». Entramos en los almacenes en busca del mayor de los hermanos Hossu, con quien el abuelo discutía generalmente las listas de mercancías y los precios. Vimos que se había duplicado el número de empleados y que todos vestían batas azules idénticas. La mayoría estaban fumando sentados sobre palés de madera. Cuando el abuelo preguntó por Vasili Hossu, uno de los trabajadores se limitó a responder «Hora del almuerzo» y señaló con el pulgar hacia un despacho en cuya puerta figuraba la inscripción «DIRECCIÓN». Ilja llamó. Como nadie respondía, bajó el picaporte y entramos. Tras el escritorio había una mujer joven limándose las uñas.

—Es la hora del almuerzo —dijo—. ¿Es que no sabe leer?

—Siempre éramos bienvenidos en el negocio de los Hossu, a la hora que fuese —respondió el abuelo—. ¿Dónde puedo encontrar a los dueños?

—Vuelva a la una treinta. Antes no recibirá información —respondió la oficinista sin levantar la vista de su manicura.

Salimos del almacén y seguimos un poco más con el carro. Gracias a Dios aún existía el Buen Provecho, que no era más que un tugurio miserable. Aquí, los caballos exhaustos de los compradores recibían agua y paja, mientras los hombres recuperaban fuerzas a base de cerveza, pan y rollitos de carne picada a la brasa. Delante del establecimiento ya había aparcados al menos media docena de carretas. El abuelo desenganchó el carro, abasteció al jamelgo y luego vino a sentarse conmigo en un banco de madera. El dueño nos explicó que los hermanos Hossu habían sido expropiados ya a principios de año y habían desaparecido como tragados por la tierra, pero no quiso decir más. En la mesa de al lado dos hombres conversaban animadamente sobre la política de precios de la nueva Organización de Comercio. No parecían descontentos. Los demás clientes se habían echado sobre la paja en el granero contiguo para descansar durante la espera. A la una y media aulló una sirena.

La hora del almuerzo había terminado.

El director de la cooperativa de consumo nacionalizada era un cincuentón de baja estatura y regordete que llevaba una corbata azul claro y un traje marrón algo estrecho.

—¿Son nuevos clientes? —Nos miró por encima de las gafas y se sentó tras un amplio escritorio para ordenar algunos papeles.

—No —respondió el abuelo—. Somos clientes desde hace décadas. Empresa familiar Botev. Baia Luna. Calle de la Paz número siete. ¿Dónde están los hermanos Hossu?

El director nos ofreció asiento.

—De Baia Luna. Almas de cántaro. No me extraña que allá arriba no os enteréis de cómo va el mundo. Los Hossu fueron apartados de sus negocios privados. ¿Que dónde están ahora? Ni idea. Desde luego aquí no. ¿Sois clientes particulares? —El abuelo asintió—. La OC ya no vende a particulares. Ordenes de arriba. Pero no hay problema. ¿Qué tamaño tiene vuestra tienda?

Ilja calculó los metros cuadrados y dio una cifra.

—Pero la mayor parte de la superficie comercial corresponde a nuestra taberna —observé.

—Ajá. Así que también os dedicáis a la gastronomía ahí arriba. Seguro que os va bien. No hay mucho más que hacer donde vivís. ¿Tenéis una concesión? ¿Licencia para bebidas alcohólicas?

—¿Licencia para bebidas alcohólicas? —El asombro inicial del abuelo se transformó en enfado—. Dime, ¿acaso os falta un tornillo? Durante generaciones nunca la necesitamos. ¿Realmente no tenéis nada mejor que hacer que idear toda esta mierda burocrática?

—Para el carro. Yo no ideo nada, pero debe haber un orden. Y la ley es la ley. De lo contrario, cualquiera podría tener sucios negocios privados. Y entonces tendríamos el mismo capitalismo que los yanquis, donde cada uno hace lo que le viene en gana. Y al final los gitanos nos manipularían a su antojo.

—¡Pero necesitamos mercancía fresca! —Mi abuelo estaba indignado—. Nuestro almacén está vacío y la gente del pueblo empieza a protestar. No podéis simplemente suspender la venta de mercancía a particulares de la noche a la mañana.

—Ya he dicho que no hay problema. Tan sólo tenéis que unir vuestro negocio al colectivo de comercio. Pura formalidad. Entonces vuestro negocio privado se desprivatizará. Por lo demás, todo seguirá como antes. Incluso recibiréis la mercancía en condiciones óptimas. Pagaréis en definitiva menos que con esos capitalistas de los Hossu. Primero debéis acudir a las autoridades de colectivización y firmar. Y ya que estáis en la ciudad, obtened también una licencia estatal para venta de alcohol. Sin esa concesión lo único que os podremos vender aquí será limonada. Todas las administraciones se encuentran en la plaza de la República. Podéis ir andando. Las oficinas están abiertas hasta las cuatro.

Con los peores presagios y maldiciendo al Estado, al Partido y al socialismo nos dirigimos al centro de la ciudad. Veinte minutos más tarde estábamos sentados en un banco de madera en un pasillo desierto. En la puerta de enfrente, un cartón escrito a mano advertía: «No llamar - Entrada permitida sólo bajo requerimiento.» Al lado, había otro pequeño letrero: «OC. Concesiones A-D.»

Llevábamos un par de minutos allí cuando se abrió la puerta y asomó una cabeza de mujer.

—Pero ¿por qué no han dicho que estaban aquí? Entren. —Vestía un traje sencillo e irradiaba una amabilidad que nos sorprendió. Nos ofreció asiento e incluso preguntó si queríamos recuperar fuerzas con un café expreso. Rehusamos—. ¿Son ustedes de Baia Luna? No sabía que hubiera allí un comercio.

La mujer aún sonreía al explicar que en el proceso de construcción del socialismo la tarea más urgente del Estado y el Partido era garantizar una amplia cobertura al abastecimiento de la población, que habría que optimizar continuamente. Ni siquiera un pueblo tan alejado como el nuestro debía quedarse atrás respecto al avance del país. La Organización de Comercio estatal aseguraba el progreso con sus socios cooperativos. Después dijo que el capitalismo occidental conducía a corto plazo a un empobrecimiento dramático de las masas, mientras que la nueva República estaba en constante desarrollo a nivel planetario.

—Quiero saber qué pasará con nuestro negocio —la interrumpió el abuelo—. En Baia Luna no hay azúcar, sal ni aceite. Necesitamos mercancía de manera urgente.

—Y deberían recibirla —repuso ella sin perder un ápice de cordialidad. Entonces se acercó a una estantería repleta de ficheros—. Botev. Baia Luna. Aquí está. —Abrió una carpeta y ojeó los documentos. Nos dimos cuenta de que se trataba de los albaranes y recibos que los hermanos Hossu nos habían extendido en los últimos años—. Bueno, nunca adquirieron grandes cantidades. Por lo que veo faltan productos de carne y charcutería, así como verdura fresca. Probablemente los campesinos de su pueblo se autoabastecen. ¿De manera particular, cada uno a sí mismo?

—No hay mucho dinero en el pueblo —reconoció el abuelo, asintiendo.

—Eso cambiará. Afiliense a la cooperativa y verán que el abastecimiento no sólo mejorará, sino que tendrá un precio más conveniente. Dicen que falta aceite, sal y azúcar. Como se pronostica que las cifras de producción previstas se cumplirán con creces, el mes pasado el gobierno bajó los precios de los alimentos básicos casi a la mitad.

Nos miramos atónitos.

—¿Y podemos seguir vendiendo todo como hasta ahora?

—Sí. Pero ya no como empresarios particulares que establecen los precios de venta por libre para obtener beneficios. Se convertirán en empleados de la OC, cobrarán un sueldo mensual fijo y recibirán toda la mercancía en depósito según un cálculo mensual. Y todo eso con un horario establecido por su filial de la OC de ocho a doce y de tres a seis en días laborables. Los sábados sólo hasta el mediodía. Pero en

confianza: nadie subirá a Baia Luna para supervisar que se respeten los horarios de venta al público.

La sola idea de no constar como comerciante y tabernero autónomo le resultaba al abuelo ciertamente insoportable. Noté que un dolor punzante contraía su estómago. Se balanceaba en la silla adelante y atrás, esforzándose por contener sus gases. Sin embargo, cuando la funcionaría mencionó el salario que en el futuro recibiríamos mensualmente por giro postal, se le escapó una ventosidad. Era el doble de los ingresos que nos quedaban ahora una vez descontados los gastos.

El abuelo se quedó pensativo.

—¿Qué alternativa hay a este modelo de cooperativa? —pregunté.

—Ninguna —replicó la mujer, y sacó un formulario contractual del cajón del escritorio—. No tienen por qué firmar. Nadie los obliga. Pero entonces volverán a su pueblo sin mercancía. Para no quedarse sin empleo podrían solicitar un puesto en una de las nuevas fábricas estatales. Por lo que sé de la región, podrían dirigirse al nuevo complejo agrario de Apoldasch. Pero entre nosotros, ¿cree realmente que alguien que demuestra tal falta de discernimiento y es incapaz de admitir la necesidad de colectivización de su empresa privada conseguirá empleo en una fábrica estatal? ¡Por favor, señores míos! —exclamó, sin dejar de sonreír—. Firmen el contrato y les garantizo que no se verán perjudicados. Y también les aseguro que hasta ahora únicamente un privado no ha firmado. ¿Y saben qué pasó? De lo rabioso que estaba salió dando un portazo, se precipitó corriendo a la calle y lo atropelló un camión. El pobre aún sigue en el hospital y nunca volverá a andar. ¿Cómo alimentará ahora a su familia? Mujer y cinco hijos. Si dos minutos antes hubiera firmado, se habría asegurado la pensión de invalidez de los cooperativistas de la OC. Y en cambio ¿qué tiene ahora? Nada. Aquí está el contrato. En él se especifica todo. Tómense su tiempo y léanlo bien. ¿Quizá les apetece ahora un expreso?

Lo leímos. A pesar de no entender cada detalle de las disposiciones, el contrato parecía un trato honesto que, en la medida en que yo podía valorarlo, no escondía trucos ni trampas.

—¿Y nuestra taberna? —preguntó mi abuelo—. Me dijeron que necesitaría una concesión.

—¿También es usted dueño de un bar? —La joven estaba confusa.

—Soy tabernero y comerciante. Así ha sido en mi familia desde hace generaciones.

—¿Y todo en el mismo local? Algo así sólo puede ocurrir en las montañas. ¿Venta de alimentos y hostelería bajo el mismo techo? ¡Increíble!

—¿Y dónde si no? —tercié.

—Bueno, lo pasaré por alto, yo no he oído nada. La higiene alimentaria no es de mi competencia. Para la licencia de bar se han equivocado de despacho. Deben subir dos pisos más. Departamento OC Espirituosos y Gastronomía. Les presentarán el mismo contrato que nosotros en el O C de Alimentación. Sin contrato no hay venta

de espirituosos. —Reflexionó un momento—. ¿Saben qué? Lo gestionaré por ustedes. Este ir y venir de un despacho a otro no resulta nada agradable. Sobre todo cuando uno llega de las montañas y no conoce bien todo esto. Tan sólo necesito sus documentos personales.

El abuelo sacó su pasaporte. La funcionaria lo observó negando con la cabeza.

—Ya no es válido. Si es de la época del rey Carol. ¿Y esta foto? ¿Se supone que ése es usted? No, no, debe renovarlo sin falta. Abajo en la plaza del mercado hay un estudio de fotografía. Fotógrafo Hofmann. Allí puede hacerse fotos nuevas. Por mucha buena voluntad que yo ponga, sin un documento vigente no puedo conseguirle una concesión para un bar. Vuelva mañana al mediodía con las fotografías.

—No tenemos elección —me limité a decir cuando salíamos de la oficina de colectivizaciones.

El abuelo asintió.

En la plaza del mercado, frente a la comisaría, de nuevo me llamó la atención la moderna tienda de la OC que tanto me había impresionado el noviembre anterior, cuando había investigado en vano el paradero del cadáver de nuestro párroco con Istvan y Petre. En Baia Luna ya sólo se hablaba del muerto desaparecido en contadas ocasiones. Ahora, en primavera, otras preocupaciones atormentaban más a los vecinos que la tumba vacía ante la iglesia. Esta vez, en la plaza de Clusoara frente al enorme escaparate de la tienda de la OC, el negocio se me antojó mucho menos imponente de lo que recordaba. La pancarta con la inscripción en caracteres rojos «Gracias al socialismo - Gracias al Partido» aún colgaba endeble sobre la entrada, aunque con muestras de deterioro a causa de las inclemencias del invierno.

—¿El estudio de fotografía Hofmann está cerca de aquí? —pregunté a un transeúnte; estaba tan nervioso que las rodillas me temblaban.

—Se encuentra usted casi delante —respondió el hombre—. Allí, donde está aparcado ese coche oficial.

El abuelo estaba a punto de jurar que por nada del mundo se dejaría fotografiar por ese soplón de la Securitate cuando le increpé:

—Calla. ¡Mira!

Observé la lujosa limusina negra con los parachoques cromados aparcada frente al estudio. Un chófer uniformado con gorra abrió el maletero y metió dos bolsas de viaje. En él reconocí al conductor del coche fúnebre en que viajáramos Petre, Istvan y yo a Clusoara, al sitio donde supuestamente se habían realizado las autopsias de los cuerpos de Fernanda Klein y Johannes Baptiste. El chófer abrió las portezuelas y se llevó la mano a la gorra en señal de saludo. Heinrich Hofmann salió de su estudio. Entonces vi al hombre al que conocía tan bien desde que leyera el diario de Angela Barbulescu. El doctor Stefan Stefanescu abandonó el estudio detrás del fotógrafo. Ambos vestían elegantes trajes oscuros y bromeaban, sin duda de un humor magnífico.

Entonces se me nubló la vista. Las rodillas casi cedieron. A duras penas llegué

hasta una farola, a la que me sujeté con fuerza. No podía ser verdad. Era imposible que la hermosa mujer que había salido del negocio de Hofmann tras Stephanescu fuera mi maestra. Pero era idéntica. Como la joven Angela de la foto del beso. La mujer que había ante la puerta del estudio rondaba los veinte, se había recogido el pelo rubio en una coleta y reía. El parecido resultaba aterrador. Tuve la sensación de que Heinrich Hofmann le daba un par de instrucciones antes de subirse al asiento de atrás. La rubia se acercó a Stephanescu y le tendió la mano. Él acarició su mejilla fugazmente y después se sentó delante. El chófer cerró las puertas, sacó brillo a los retrovisores con un pañuelo y tomó asiento al volante. Ella los despidió con la mano.

«Sólo salen mujeres jóvenes. Todas guapas y rubias», había dicho Fritz tras haber estado husmeando en las cajas de su padre y haber encontrado aquellas indecentes fotos.

Cuando el coche oficial arrancó, yo ya no albergaba ninguna duda. Angela Barbulescu había firmado su sentencia de muerte en el instante en que, hundida y liberada de miedos, había escrito en su diario sobre las imágenes que Hofmann había sacado en la consulta de Florin con todos aquellos «asquerosos amigos repugnantes. Durante años han sellado mi boca. Pero ya basta. Por mí, como si Hofmann las envía al párroco del pueblo. Haced con ellas lo que queráis. Podéis colgar mis fotografías de las farolas. Ya no tengo miedo».

Comprendí que Angela Barbulescu había cometido un error fatal. Estos dos señores jamás se ensuciarían las manos. El poder de Heinrich Hofmann y Stefan Stephanescu consistía en provocar temor. Su arma era la amenaza. Tan sólo quien pasaba por alto ese temor era liquidado. Como Angela, que quería hablar porque ya no tenía nada que perder. ¿En verdad mi maestra se había colgado de la soga voluntariamente? ¿O aquellos dos hombres habían ordenado escenificar su supuesto suicidio en un árbol de la montaña de la Luna?

—¿Has visto? —me preguntó el abuelo sin aliento—. Ahora resulta que quien traicionó a nuestro párroco se ha largado. Hazme caso, ese perro de Hofmann está metido hasta el cuello en esa banda de caciques.

Permanecí en silencio, reflexionando. Dos bolsas de viaje, dos hombres, un chófer. Hofmann y Stephanescu estarían unos días de viaje. «Los poderosos caen de sus tronos», había escrito Angela en su cuaderno verde. Se había equivocado. El jefe del Partido en Clusoara estaba lejos de dar la impresión de que la profecía de la maestra se cumpliría a corto plazo.

—Está metido hasta el cuello —respondí por fin a mi abuelo—. Pero ahora Hofmann se ha marchado. Echemos un vistazo a ese estudio.

Me lo había imaginado más pequeño. Tres amplios escaparates exponían hacia la plaza del mercado una variada muestra de las creaciones del maestro fotógrafo. En el escaparate central había tres retratos enormes de los cuales reconocí a dos. Uno de ellos lo había colgado en la pared en un formato más pequeño junto al presidente Gheorghiu-Dej. Allí en el escaparate, el pequeño Stalin provocaba un efecto aún más

imponente y solemne. Y todavía era más evidente el efecto cautivador de la sonrisa impostada de Stephanescu, jefe del Partido en Clusoara. La tercera imagen era una foto de grupo de los setenta y nueve miembros del Comité Central del Partido Comunista. Los demás escaparates estaban pensados para convencer al común de los mortales de dejarse fotografiar. A la izquierda, cientos de pequeñas fotos de carnet formaban un gran puzle, lo que también ilustraba sobre el rendimiento de los negocios del fotógrafo. A la derecha, sobre un fondo de terciopelo granate, colgaban fotos de boda en marcos con arabescos dorados.

Un armonioso tintineo de campanillas de latón nos recibió al franquear la puerta. Sin apenas pronunciar un «Buenos días» por la tensión que me embargaba, eché una ojeada furtiva al espacioso local. Para mi decepción no vi a la belleza rubia calcada de Angela Barbulescu. Tras el mostrador había dos empleadas que para mi gusto tampoco tenían nada que envidiarle. Ambas eran rubias. Una de ellas estaba envolviendo un pequeño marco de fotos en papel de regalo para un señor mayor. Nos sentamos en un sofá de cuero junto a una exótica planta verde que con seguridad no pertenecía a la flora local. A nuestra derecha, una joven pareja estaba sentada a una mesa con forma de riñón recibiendo información. Hacían manitas, asentían sin cesar y exclamaban «Bonito, muy bonito, sencillamente maravilloso» mientras miraban el álbum que les mostraba la segunda empleada con cabello de ángel etéreo y rubio. Bastaba una mirada de sus ojos azules para derretir a cualquiera.

En conjunto, reinaba una atmósfera glacial y de orden que me recordaba al antiguo salón escasamente amueblado de los Hofmann. El largo mostrador era de madera de haya clara y lustrada, tras el cual se exponían máquinas de fotos en vitrinas acristaladas como pequeñas obras de arte de la técnica, mientras que en las paredes laterales lo que captaba la atención eran retratos artísticos de mujeres, todas muy hermosas.

La pareja de novios se levantó.

—Entonces, quedamos así —oí decir al hombre—. Hasta el domingo entonces, a las once en la catedral de San Pablo. ¡No se olviden de nosotros!

La mirada de la mujer con el cabello de ángel habría bastado para disipar todos los temores del futuro matrimonio.

—Pueden confiar en nosotros. Será una boda de ensueño.

Se oyó el tintineo de latón y la pareja abandonó la tienda, así como el señor del marco de fotos.

No reparé en la puerta blanca tras la caja hasta que se abrió. Y allí estaba ella. La joven de coleta rubia echó un vistazo al local y se dirigió a sus dos compañeras.

—Van a dar las cuatro y media. Seguro que hoy ya no hay mucho más que hacer. Si queréis, marchaos a casa. —Entonces nos sonrió—. Seguro que podré atender a estos señores.

Un minuto después las campanillas tintinearón de nuevo y las dos empleadas, cogidas del brazo, se alejaron por la calle riendo.

—Disculpen la espera —se excusó la rubia. Era realmente hermosa. Su parecido con la joven Angela Barbulescu ya no era tan espectacular, pero sin duda existía. Traté de imaginarme a esta mujer con veinte años más ante la pizarra del colegio en Baia Luna, con botas de goma, un mugriento vestido azul oscuro y desgredada. No fui capaz. Observó mi vestimenta y la del abuelo con semblante impasible.

—Los señores desean seguramente una fotografía para el pasaporte.

Asentimos.

—Entonces, acompañenme al estudio pequeño.

En un cuarto trasero había una máquina de fotos monstruosa colocada sobre un trípode, focos fastuosos y un taburete para retratos.

—No tengan miedo —dijo sonriendo—, no duele. Por cierto, soy la señorita Irina Lupescu, la mano derecha del señor Hofmann.

—¿Es que su jefe no está? —pregunté como si tal cosa.

—No. A menudo se encuentra de viaje. Justo acaba de irse otra vez a la capital. Por no sé qué congreso del Partido. Allí el señor Hofmann fotografía a las altas esferas políticas. Mis compañeras y yo nos ocupamos de encargos más normales: bodas, aniversarios, fotos de pasaporte.

—Pero el señor Hofmann ¿no fotografía en persona las bodas? —pregunté con sincero desconcierto.

—Por supuesto que no —exclamó riendo Irina—. Ya hace años que no. Esos encargos los realizaba mi predecesora. Y hoy en día me ocupo yo de que las parejas de novios tengan un bonito recuerdo de ese día tan señalado. Ahora, en mayo, es época de bodas. Hoy ya han pasado por aquí una docena de parejas para acordar la fecha.

—Sí, sí —comentó el abuelo—. La primavera, la sangre altera.

—Creo que la primavera no tiene la culpa —repuso la joven, sonriendo con picardía—. Es más bien por los largos inviernos. Al fin y al cabo, la gente tiende a apretarse más en las noches frías, ya me entendéis... Sí, y en mayo las novias tienen prisa por acudir al altar. No todo el mundo tiene por qué enterarse enseguida de que hay algo pequeñito en camino.

—Dice que su predecesora fotografiaba las bodas. Hacía un buen trabajo. Según las muestras del escaparte, incluso un ciego se daría cuenta. ¿Por qué no sigue en el estudio? —pregunté, tratando de disimular mi curiosidad.

—No lo sé. Una mañana del pasado noviembre simplemente dejó de venir. Por desgracia nunca llegué a conocerla.

—Entonces no lleva usted mucho tiempo aquí...

—Desde enero. Antes completé mi formación en un estudio de la capital.

—Pero ¿por qué no se quedó usted allí, donde todo es más refinado que aquí en Clusoara? —me arriesgué a preguntar, ignorando si aquel interrogatorio estaba resultándole incómodo.

Irina Lupescu rió despreocupada.

—Bueno, digamos que una persona muy importante me descubrió y me presentó al señor Hofmann. Tampoco vuestra Clusoara es pobre en el plano cultural. Pero ahora deberíamos... Me temo que no van vestidos adecuadamente para una fotografía oficial. Me refiero a su indumentaria informal.

—Si hubiéramos sabido que necesitábamos pasaportes nuevos habría traído mi traje —se disculpó el abuelo.

—No hay problema. Estamos preparados. Después miren tranquilamente la cantidad de fotos de carnet que hay en el escaparate. Son más de mil. Le apuesto a que uno de cada cuatro, incluso uno de cada tres hombres, lleva la misma chaqueta, la misma camisa y la misma corbata a rayas. —La asistente abrió un armario y sacó unas prendas—. Busquen lo que les quede mejor. Hay un cepillo y un peine ahí, frente al espejo. Ahora he de bajar cinco minutos al laboratorio del sótano. Volveré en cuanto se hayan cambiado.

Y se marchó sonriendo.

—¿Te hubieras imaginado que Hofmann tuviera una empleada tan simpática?

—Ese capullo no se la merece.

Me quité el jersey y me puse una camisa blanca y una americana azul marino que me quedaba como hecha a medida. En lugar de la de rayas, escogí una corbata oscura, pero no tenía ni idea de cómo se ataba esa cosa endiablada. El abuelo, que en su juventud había llevado corbata alguna vez, tampoco se apañaba con el inusual complemento.

Los tacones de Irina Lupescu resonaron cuando subió la escalera del sótano. Con un «¿Me permite ayudarle?», en un santiamén me anudó la corbata.

—Esto ya parece otra cosa. El hábito sí hace al monje —bromeó—. ¿Puedo preguntar de dónde vienen?

—De Baia Luna.

—¡No puede ser! Entonces seguramente conocerán al jefe, ¿no? Ha vivido durante años con su familia en las montañas. Debe de ser precioso, sobre todo en verano. De todas formas, si he de ser sincera, el señor Hofmann no es un hombre de pueblo. Me pregunto por qué iría a parar allí. Por las noches se oye aullar a los lobos. ¿Es cierto?

—De día aúllan todavía más.

—¿No me diga? —replicó ella, sin captar mi ironía—. No, eso no es para mí. Qué pena que por unos minutos no hayan coincidido con el señor Hofmann.

—Sí, en verdad es una lástima.

La asistente de Heinrich Hofmann carecía por completo del sentido de la ironía. Rebosaba buena fe. Me colocó suavemente en el taburete. El pecho fuera, la barbilla un poco hacia delante. Entonces ajustó la cámara y llevó la mano al disparador.

Mientras notaba los flashes sentí mucha pena por ella. Sí, porque en ese momento supe que la engañaría. Había pergeñado un arriesgado plan, que daba a mi viaje a Clusoara una dimensión muy distinta a la de simplemente volver a Baia Luna con el

carro cargado de azúcar y aceite.

Durante todo el invierno la impotencia de la inactividad me había sumido en la melancolía. Sin embargo, aquel día podía dar un paso importante en mi campaña contra las maquinaciones de Heinrich Hofmann y el doctor Stephanescu. Únicamente debía utilizar a mi favor el esmero, el gusto por su trabajo y el carácter despreocupado de Irina Lupescu. Me cambié de nuevo. El abuelo se puso las prendas que me quité, eligió sin embargo la corbata a rayas y aguantó la sesión fotográfica.

—Una máquina de fotos así es un aparato mágico. Resplandece y chasquea y uno queda fijado en la imagen para siempre —comenté, haciéndome el tonto.

—Oh, no, la cosa no es tan fácil —repuso ella sonriendo—. Primero hay que revelar la película, fijarla y humedecerla. Cuando el negativo está seco, entonces puede plasmarse la imagen sobre papel.

—¿Un negativo? ¿Y eso qué es?

—¿Acaso nunca ha visto uno?

—En Baia Luna no tenemos esas cosas. Pero sería fantástico, quiero decir, me gustaría mucho ver el truco gracias al que una imagen pasa al papel. ¿O se trata de un secreto de empresa?

—¡Por Dios! —exclamó la joven, muy divertida—. Pero si eso se aprende en la escuela. Química y física. Bueno, aunque pensaba revelar vuestras fotos cuando cerrara la tienda, la verdad es que no hay clientes. Si quieres te enseño cómo funciona en el laboratorio. Quiero decir, si te interesa. No te importa que te tutee, ¿verdad?

—Qué va. —Me gustaba representar el papel del chico curioso—. Ver un laboratorio de verdad sería estupendo.

—¡Entonces acompáñame!

—Yo no entiendo de esas cosas técnicas —terció el abuelo—. Así que mientras daré una vuelta por la tienda de la OC. —Y salió del estudio.

Irina sacó el carrito de la cámara y la seguí escaleras abajo. En el sótano ya no reinaba el orden. En estanterías torcidas se apilaban hasta el techo innumerables cajas de cartón llenas de fotografías. Por todas partes había bidones con productos químicos, y en una esquina se amontonaban marcos de fotos polvorientos y aparatos ópticos inservibles. Irina abrió una pesada puerta de hierro y encendió la luz roja. Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la semioscuridad del laboratorio, después distinguí ampliadoras, recipientes con diversos líquidos, medidores, pinzas y cuerdas de tender de donde colgaban para el secado tiras de película e imágenes en papel. Aunque era la primera vez que veía esos utensilios, me imaginaba su uso. Fritz Hofmann me había descrito con frecuencia el proceso de revelado fotográfico. Irina cogió un paño negro y cubrió el haz de luz que se filtraba por una ventana.

—Esto no deja ni un resquicio. Así no pasa ni un rayo de luz. Debes saber que en principio la película sólo puede revelarse en absoluta oscuridad. La más ínfima luz y el delicado material se estropea.

—¿Por qué no tapiáis la ventana en vez de colgar un trapo delante cada vez?

—Por los vapores de los baños químicos. Si respiras esos efluvios durante horas te dan náuseas. De vez en cuando hay que airear. —Y cogió el carrete y apagó la luz roja—. Atención, ahora estaremos a oscuras. Necesito un par de minutos para bañar la película en líquido revelador. Una vez revelada, debe fijarse y humectarse. Después encenderemos la luz de nuevo y verás el primer negativo de tu vida.

Escuchaba cómo Irina trajinaba, orientándose a ciegas en el laboratorio. Después de unos cinco minutos encendió de nuevo la luz y abrió el grifo.

—Puedes aclararla tú mismo —dijo sonriendo y me tendió la película—. Pero agárrala del borde, si no más tarde aparecerán tus huellas dactilares en tu cara. Si sostienes la película contra la lámpara sabrás por qué un negativo es un negativo. Tu piel clara se ve oscura, y tu pupila es una pequeña mancha blanca. Todo está al revés en un negativo. ¿Lo entiendes? Normalmente los clientes deben esperar tres días para recoger las fotografías. Con vosotros haré una excepción. Pero si te cruzas con el señor Hofmann, no se te ocurra decirle que estuviste en el sótano. Aquí no puede entrar ningún extraño. Incluso a mis compañeras les está prohibida la entrada. El señor Hofmann teme que alguien encienda la luz sin querer, mientras estamos trabajando. Por eso el interruptor se encuentra aquí arriba, sobre el marco de la puerta. El señor Hofmann es muy suyo en algunas cosas. Yo soy la única que disfruta de su confianza y que puede realizar las tareas del laboratorio. Las fotos más importantes las hace él en persona. Bueno, ahora te enseñaré cómo se convierte un negativo en un positivo. Entonces verás plasmarse la imagen en el papel.

En otras circunstancias habría encontrado apasionantes sus explicaciones, pero en aquella situación debía obligarme a estar muy centrado. Mi mente estaba en otra cosa, pero necesitaba paciencia. Y un poco de suerte. A la luz mortecina de la lámpara roja Irina cogió un papel fotográfico de una caja de cartón y lo colocó en un marco bajo la ampliadora. Sobre él situó la película donde se habían expuesto cuatro negativos del tamaño de una foto de carnet y lo cubrió todo con un cristal.

—Cuando un cliente quiere copias de gran formato, sujeto el negativo aquí arriba en el portanegativos de la ampliadora. Con las fotos pequeñas de pasaporte no es necesario. Se copian directamente del negativo. ¿Lo has comprendido? Te lo enseñaré.

Irina encendió la ampliadora, contó «veintiuno, veintidós» y apagó el interruptor. Después cogió el papel fotográfico y lo introdujo en la bandeja del líquido revelador.

—Ahora comienza la magia —susurró moviendo el papel de un lado a otro con una pinza. Poco a poco vi teñirse de negro el margen, después aparecieron la chaqueta y la corbata oscura, hasta que se perfiló el contorno de mi cara. Ella esperó un rato aún, luego sacó el papel y lo sumergió en el baño fijador. Dándome una pinza, me pidió—: Muévelo bien. Cuenta lentamente hasta sesenta. Después puedes encender la luz normal, dejar escurrir el papel y aclararlo un par de minutos bajo el grifo. Si lo logras, te nombraré de manera honorífica primer asistente de la asistente. Y elige qué foto quieres en tu documento.

Entonces apareció la deseada suerte. De la tienda nos llegó el tintineo apagado de las campanillas de la puerta.

—¡Ay! Tendría que haber cerrado. Debo subir, pero ya sabes lo que hay que hacer. —Irina abrió la puerta de hierro y desapareció.

—Cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta. —Había contado rápido, pero no demasiado. Dejé el papel en la pila y abrí el grifo. Entonces corrí hacia la ventana tapada y aparté el paño negro. Una reja separaba el laboratorio de un tragaluz que con toda probabilidad conducía a un patio trasero. La ventana estaba cerrada. Pensé en Kora Konstantin. A posteriori, la idea de la vieja tenía su lado bueno. Puse en práctica aquello que Kora con su imaginación depravada había atribuido a mi maestra. Según ella, había abierto en secreto la ventana de la biblioteca para colarse en la rectoría de noche. Giré la manija noventa grados. La bisagra podía abrirse y cerrarse sin dificultad. Después entorné la ventana, colgué de nuevo el paño y aclaré mi retrato.

—Tu abuelo ha regresado —me anunció Irina al volver—. El pobre se aburría. Está esperando arriba. Qué, ¿has elegido ya una foto para tu pasaporte?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué has hecho cuatro? Con una habría bastado.

—¡Que por qué he sacado cuatro! —exclamó ella, quitándose el papel y observando los pequeños retratos—. ¡Aquí! ¡Mira! Esta foto está movida. Y en ésta cerraste los ojos cuando disparaba el flash. Las otras dos están bien. Yo escogería ésta. Pareces amable y resuelto y no tan tremendamente severo y rígido.

Decidí que se podía confiar en el gusto de Irina.

—Aún tengo que recortar tu imagen y terminar las fotos de tu abuelo.

—¿Qué haces con las que no salen bien?

—Las tiro. Pero puedes llevártelas si quieres. No nos sirven de nada.

—¿Y los negativos?

—Oh, éstos no puedo dártelos. Por orden estricta del señor Hofmann. Son lo más valioso para cualquier fotógrafo. Y para mi jefe son incluso sagrados. De ellos siempre pueden sacarse copias, ilimitadamente. Aunque el cliente casi nunca lo pide.

—¿Y qué hacéis con los negativos cuando no se utilizan?

—Recopilar y archivar. Aquí al lado está la sala de archivos. Lo llamamos el tabernáculo, el sanctasanctorum del señor Hofmann. Hay miles de negativos. Todos en carpetas, clasificados con esmero y etiquetados. Si no, después no encuentras nada. Por ejemplo, tal vez dentro de veinte años tú mismo tengas nietos y quieras regalarles una foto de tu juventud. Todo elegante, con corbata y chaqueta —dijo, riendo de nuevo.

Era realmente encantadora, así que me esforcé para no dejarme influir por ello.

—Te he contado muchas cosas pero ni siquiera sé tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Pavel. Pavel Botev. Mi abuelo se llama Ilja. Por desgracia mi padre ya no vive.

—Pavel Botev. Es bonito. Me gusta.

—¿Y tú? ¿Ya estás casada? ¿Tienes hijos?

—No, sólo comprometida —respondió con expresión seria—. Pero me apetece tener hijos. Mucho. Aunque primero he de casarme.

—¿Puede saberse quién será el feliz afortunado? —inquirí, haciendo acopio de todo mi valor.

—Por supuesto, puedes preguntarlo. Pero aún no quiero desvelarlo. Mi madre siempre ha dicho que hay que pregonarlo cuando tocan las campanas, no cuando el vestido de novia está en el armario. Tan sólo te diré una cosa: trabaja muy a menudo con mi jefe, el señor Hofmann.

Me mordí el labio para no gritar. Hubiera querido abrazarla muy fuerte y decirle: «¡Déjalo! No lo hagas. Regresa a la capital. Olvida a ese hombre. ¡Olvídalo para siempre!» En cambio, se me escapó el nombre:

—El doctor Stephanescu, ¿verdad?

Irina me observó negando con la cabeza. Entonces se echó a reír divertida, lo que me irritó sobremanera.

—Pero ¿acaso estás loco? ¿Cómo se te ocurre pensar en nuestro dirigente? Es demasiado mayor para mí. Podría ser mi padre. Sin embargo, mi prometido conoce bien al señor Stephanescu. Pero que muy bien... Comen juntos a menudo en el Estrella Dorada. Con mi jefe también. Si me prometes que no se lo contarás a nadie...

—Lo prometo. Palabra de honor.

—Se llama Lupu. Lupu Raducanu.

Arriba en la tienda, el abuelo dormitaba en el sofá para los clientes.

—Abuelo, hemos terminado. Tienes que pagar —dije sacudiéndole los hombros.

—Dejaos de dinero —dijo Irina—. Me he divertido mucho con vosotros. De todas formas, el señor Hofmann apenas gana con las fotos de carnet. Lo sé muy bien. Sólo podemos ofrecer este servicio porque hacemos suficiente caja con los encargos del Partido. Pero yo no he dicho nada, ¿eh?

—De todos modos queremos pagar. Como cualquiera. —Los remordimientos me reconcomían, así que trataba de llevar de nuevo mi relación con Irina al ámbito de los negocios.

—¿Quieres que me enfade? Basta con que no se lo cuentes al señor Hofmann si te lo cruzas por la ciudad.

Una vez fuera, en la plaza del mercado, me sentí sucio. La buena fe de Irina Lupescu era conmovedora. Y yo la había utilizado de manera fría y calculadora. Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? Stephanescu no caería como había predicho mi maestra. Stephanescu debía ser derribado. Y si había algo que podía hacer caer a ese hombre lo encontraría en el archivo del fotógrafo Hofmann.

Como hasta la mañana siguiente no obtendríamos nuestros nuevos documentos para firmar el contrato con la Organización de Comercio estatal, era inevitable pernoctar en la ciudad. Volvimos al recinto de la OC, pero nos encontramos la puerta cerrada con un pesado candado. Dos ansiosos perros pastores se abalanzaron contra la verja.

—Los hermanos Hossu no tenían chuchos y abrían por las tardes —refunfuñó mi abuelo.

Continuamos hasta el Buen Provecho y le dimos al dueño un par de billetes para que vigilara nuestro carro y los caballos durante la noche.

—Nunca he dormido en un hotel. Seguro que tú tampoco, ¿no? —dije.

El abuelo reflexionó.

—Ahora mismo no consigo acordarme —contestó al fin—. Pero ¿tienes idea de lo caro que es? No es para personas como nosotros.

—En la plaza del mercado he visto el Estrella Dorada. Tenía muy buena pinta. ¿Por qué no preguntamos por los precios? Podríamos comer allí. Tienen un restaurante de verdad. Mi estómago empieza a quejarse y recuerda que hemos ahorrado en las fotos. Además, cuando el cartero te entregue tu primer sueldo de la OC saldremos del apuro.

El abuelo pareció considerarlo. Por supuesto que los familiares de su difunta esposa, mi abuela Agneta, nos habrían preparado una habitación, como siempre que debíamos pernoctar en Clusoara.

Pero él tenía ganas de tranquilidad y no de conversaciones con parientes. Y también el hambre lo acuciaba.

—Bien. Vamos allá. Preguntar no cuesta nada.

Los precios del Estrella Dorada, donde incluso el rey Carol se había hospedado en tiempos de la monarquía, eran altos, pero no tanto como el abuelo se temía. Después de convertirse en propiedad del Estado no se renunció a emplear como reclamo la visita del regente, pero las tarifas de las habitaciones de categoría estándar habían bajado drásticamente. En la recepción, donde aceptaron su viejo pasaporte sin poner reparos, el abuelo pagó por una habitación doble.

Era pequeña pero muy limpia, empapelada con motivos florales. Acababan de cambiar la ropa de cama, de la cual emanaba un aroma que me resultaba desconocido.

—Lavanda —dijo Ilja y señaló las almohadas, sobre las que reposaban dos minúsculas chocolatinas. En el baño había una bañera esmaltada en blanco con dos grifos que probó enseguida. Agua fría y caliente. Funcionaban. Dos toallas de baño colgaban de una barra de metal reluciente, mientras que las toallas de mano estaban cuidadosamente dobladas en una repisa—. Mira esto. —El abuelo se veía feliz como un niño sosteniendo dos pastillitas de jabón con envoltorio dorado—. El auténtico Luxor. Utilizaremos uno, el otro nos lo llevamos. Esa idiota de la Raducanu va a quedarse de piedra cuando pregunte de nuevo por su exquisito jabón.

Nos refrescamos y bajamos a la planta baja por la escalera porque el ascensor no nos inspiraba confianza. Empujamos la puerta batiente con la inscripción «Restaurantul» sin imaginar la agresión que sufrirían nuestros sentidos: las paredes estaban pintadas de un naranja chillón y competían en brutal contraste con una moqueta azul.

—¿Desean los señores una mesa junto a la ventana? —preguntó un camarero que había surgido de la nada. Llevaba un frac negro y sobre su antebrazo izquierdo colgaba una servilleta blanca.

De inmediato me acordé de las historias que mi maestra había contado sobre la París del Este. En lo referente a conquistas culturales Clusoara probablemente no podía equipararse a la capital, pero bastaba para hacernos una idea.

—Junto a la ventana no estaría mal —respondí, y me sorprendí irguiéndome y alzando un poco la barbilla. Como en mi nueva foto de pasaporte.

—Por favor, síganme.

Dejé que el camarero me apartara la silla mientras el abuelo tomaba asiento sin más. Al observar la mesa de mantel blanco almidonado sobre la que estaban dispuestos de la manera más elegante platos, copas y cuencos, traté de no dejar traslucir lo impresionado que estaba. Naturalmente, como mozo de taberna el oficio de restauración no me era ajeno, pero era fascinante la forma en que cuchillos y tenedores, cucharas grandes y pequeñas estaban colocados con precisión milimétrica junto a servilletas drapeadas conformando pirámides. Incluso en el centro de la mesa había un jarrón con rosas rojas.

Mi abuelo no puso ninguna objeción cuando saqué una cajetilla de cigarrillos. El camarero se acercó de inmediato y me dio fuego.

—¿Qué hay de comer? —preguntó el abuelo.

—¿Los señores desean la carta? Enseguida la traigo.

—Sí, gracias —respondí antes de que el abuelo hiciera alguna penosa observación que delatara nuestro origen.

En un santiamén el camarero estaba de nuevo ante nosotros, tendiéndonos las cartas abiertas. Y se puso a esperar la comanda. El tipo me ponía nervioso.

—Necesitamos algo de tiempo —le dije con mirada resuelta, la barbilla un poco alzada como Irina me había enseñado. Funcionó. El camarero se alejó silencioso por la moqueta azul.

La carta presentaba con caligrafía arabesca platos a base de varios alimentos que nos resultaron bastante sospechosos. Al parecer en aquel local se servían rarezas culinarias que no se presentaban unas junto a otras, sino unas a las otras, como por ejemplo «alcachofas a la vinagreta», nombre que al abuelo no le hacía pensar en nada bueno. Además los precios eran astronómicos. Sin embargo, en la última página, bajo la rúbrica «copiosos tesoros de la cocina popular», descubrimos lo que nuestro paladar deseaba. Si bien las tarifas seguían siendo propias de un príncipe, eran más comedidas. Llamamos al servicio con señas y el abuelo pidió repollo relleno, chuletas de cerdo y patatas cocidas, pero antes de todo sopa agria con callos.

—Dos de todo —resumió—. Y que sean porciones abundantes.

El camarero recomendó entonces una cerveza de barril, lo que entusiasmó al abuelo ya que en nuestra taberna casi nunca había. Yo pedí gaseosa. Temía que el alcohol me adormilara. Y dada la noche que me esperaba, necesitaba tener la mente

despejada.

A pesar de que al acabar se relamió y pidió otra cerveza, el abuelo rezongó que su nuera Kathalina cocinaba mejor, pero que tratándose de la ciudad la comida podía considerarse más que aceptable. Yo, por el contrario, afirmé que nunca antes había tomado nada tan exquisito. Cuando el camarero recogió los platos y preguntó si los señores querían un digestivo o un café expreso, al final me hice una idea de lo difícil que debía de resultarle a una persona normal de ciudad la vida tosca y cruda de Baia Luna, donde sólo existía un tipo de vaso para todas las bebidas. El abuelo, que había ido cogiéndole el gusto, pidió otra rubia.

—No todos los días le atienden a uno tan bien. Bebe algo bueno, abuelo —lo exhorté con tono condescendiente, y entonces le pedí un *konjaki* Napoleón doble sin permitir que adivinase mis intenciones. El sueño profundo de mi abuelo embriagado me sería muy útil si quería escurrirme fuera de la habitación en plena noche.

Sirvieron el *konjaki* en una copa abombada de coñac. Conocía ese tipo de copas. Había visto una igual en la mano de Stefan Stephanescu durante la fiesta de cumpleaños del joven médico Florin Pauker mientras tonteaba con Angela Barbulescu, perdidamente enamorada de él. Heinrich Hofmann había apretado el disparador en ese momento. Pero la prueba de identidad del hombre al que había querido besar entonces la mujer del vestido de girasoles había sido reducida a cenizas por mi profesora. Sin embargo, la posibilidad de dar con una prueba no había desaparecido. A través de Irina Lupescu había averiguado algo más acerca de Heinrich Hofmann. Si existía algo sagrado para el fotógrafo, eran los negativos de su archivo.

El abuelo bostezó. El brandy surtía efecto. Poco antes de las nueve, cuando el camarero nos preguntó si queríamos algo más, el abuelo me tendió la cartera y me pidió con la lengua trabada que pagara la cuenta. Como la costumbre de la propina me era desconocida, el camarero se limitó a decirnos un frío «Buenas noches» y renunció a acompañarnos hasta la salida.

Subimos la escalera hasta nuestra habitación del quinto piso. Para no desaprovechar tan extraordinaria ocasión, el abuelo decidió darse rápidamente un baño caliente antes del reposo nocturno. Yo me tumbé en mi cama. Debía ser paciente.

Cuando la campana de la catedral de San Pablo sonó doce veces, me até los zapatos. El abuelo respiraba de manera regular y dormía a pierna suelta. Me metí la llave de la habitación en el bolsillo y cerré tras de mí. En el pasillo del hotel brillaba una luz de emergencia. La moqueta ahogó mis pasos en la escalera. El portero de noche estaba recostado en una silla junto a la entrada, dormitando con la barbilla sobre el pecho. Choqué contra la puerta. Estaba cerrada. Zarandeeé al portero.

—¿Qué ocurre? —El hombre se incorporó rápidamente—. Fuera ya no hay nada. Todo cerrado.

—No puedo dormir —dije tosiendo ligeramente—. Es por el asma. Cuando uno

viene de las montañas siempre tiene problemas con el aire de la ciudad. Debo caminar un poco hasta cansarme.

—Ah, muy bien, muy bien —respondió medio adormilado—. Yo soy de Schweischtal. Allí el aire es bueno. —Abrió la puerta—. Dejaré cerrado con la llave por fuera. Cuando vuelvas, gírala tres veces. Pero no hagas ruido y no vuelvas a despertarme con tu alboroto.

Las farolas de la plaza del mercado estaba apagadas, pero la luna en el cielo despejado me ayudaba a orientarme. Miré alrededor. Ninguna luz encendida en las casas, incluso allí donde yo suponía la comisaría todo estaba a oscuras. Pasé despacio ante el estudio de fotografía de Hofmann. Temí que sólo fuera posible acceder al tragaluz del patio trasero por una de las calles a espaldas del mercado. Aliviado, descubrí un callejón estrecho pocos metros a la derecha del escaparate. Encendí un par de cerillas y me encontré frente a un portal con una docena de placas con nombres y timbres. La puerta estaba entornada, así que me metí por un pasillo desde el cual un pasadizo conducía a un patio oscuro. Agucé el oído un momento, pero todo permanecía en calma. Entonces avancé a tientas, a lo largo de una pared tras la que suponía la tienda de fotos de Hofmann a mano izquierda. Pisé una rejilla de metal. Bajo ella había un tragaluz hacia los sótanos. Me agaché para quitar la reja, que podía moverse un poco pero no levantarse. A la llama trémula de una cerilla vi que sería imposible el acceso. La rejilla de hierro estaba asegurada desde abajo con un candado. Seguí avanzando pegado a la pared, y entonces de repente el suelo desapareció bajo mi pie derecho. Tras el sobresalto, me tumbé, alargué un brazo dentro del hueco y toqué una ventana. Podía abrirse hacia dentro. Calculé que el agujero tendría un metro de profundidad como máximo. Me deslicé con cuidado y entré resbalando en el laboratorio de Hofmann a través del paño negro. Caminé lentamente a oscuras hasta la puerta y a tientas di con el interruptor sobre el marco. Se encendió la luz. Sobre la mesa de cortado había unas tijeras y los restos del papel fotográfico en los que Irina Lupescu había expuesto mis fotos de carnet y las del abuelo. Abrí la puerta del laboratorio, me encontré en el pasillo del sótano y encendí la luz del techo. El sanctasanctórum de Heinrich Hofmann, el archivo de los negativos, estaba al lado, según había dicho la joven. Descubrí la puerta de hierro, accioné el picaporte y empujé. Nada. Lancé mi hombro contra la puerta, una y otra vez, hasta convencerme de que jamás entraría en el archivo sin la llave correspondiente. Qué rabia. ¿Por qué no lo pensé antes? Si los negativos y las imágenes que esperaba encontrar estaban efectivamente escondidos tras esa puerta, entonces sólo Heinrich Hofmann tendría acceso a ellos. Descarté que la llave estuviera colgada de un gancho en algún lugar a la vista.

Me había precipitado a ciegas en mi cruzada. ¿Cómo podía haber creído que mis oponentes incumplirían las reglas elementales de su juego perverso? Secretismo y precaución. No me quedaba nada más para registrar que las cajas de cartón que se apilaban en las torcidas estanterías hasta el techo del pasillo. Cogí una caja al azar. En

la tapa había escrito con grueso trazo negro: «BD Codarcea, Clusoara, 17.5.56.» La abrí. Contenía fotos de boda. En la de «BD Gherghel, Clusoara, 29.5.1956» también apareció una pareja de recién casados, un novio con acné y una novia que podría haber sido su madre. En «BD Iliescu, Clusoara, 4.10.1955», un matrimonio mayor había posado en sus bodas de oro. En «BD Schweischtal, Georgescu-Buzau, 28.4.57», la sonrisa del joven marido era forzada, y el vestido de su esposa se tensaba sobre la barriga.

Retiré montones de cajas para echar al menos una ojeada al azar a algunas de las situadas más abajo, en las que probablemente nadie había hurgado desde los años cuarenta. Pero no tuve suerte. Sólo encontré esposos que miraban directamente al objetivo mientras las novias alzaban la vista hacia sus cónyuges preferentemente de perfil. También padres de novios, damas de honor con ramos de flores, niños con cestitas de pétalos, grupos grandes y pequeños de invitados, y de vez en cuando escenas del banquete o del baile de bodas. Entremedias aparecían una y otra vez homenajes y condecoraciones a camaradas de gran mérito y héroes del trabajo.

Dos horas después, lo único que había descubierto es que Heinrich Hofmann insistía en que sus ayudantes mantuvieran un orden meticuloso rotulando cada caja de cartón con nombre, lugar y fecha. Aunque hubiera seguido buscando hasta la noche siguiente, en aquel pasillo no encontraría ninguna prueba de la complicidad entre Hofmann y Stephanescu, que con fotos comprometedoras hacían callar a las personas. O hablar. O lo que fuera.

«Me dejo fotografiar a cambio de un salario», decía Alexa en el diario de la Barbu. La antigua amiga de mi maestra había dejado entrever que había hombres que habrían pagado mucho dinero por ver fotos así. Y algunos aún más para que nadie llegara a verlas. Alexa se dejaba «fotografiar entre las piernas», como lo llamaba Stephanescu. También existían algunas instantáneas de ese tipo de Angela. Durante los años en Baia Luna había vivido aterrada por si llegaban a manos del sacerdote Johannes Baptiste. Todos esos años había guardado silencio por el miedo. Heinrich Hofmann había tomado esas fotos en la consulta del médico que le había sacado al niño del vientre. Fueran como fuesen las imágenes, lo que era evidente es que mi antigua profesora no se había dejado retratar voluntariamente. La habían obligado a hacer algo que ella no quería.

Me senté sobre un bidón de productos químicos vacío. Había dejado huellas en el pasillo. Demasiadas. Irina Lupescu se daría cuenta de la intrusión a la mañana siguiente. Abatido, me encendí un Carpati. Me imaginé que en ese instante las campanillas de la puerta repicaban arriba en la tienda, que ella bajaba la escalera con sus ruidosos tacones. «Mi amigo Pavel —diría sonriente—, aquí está la llave de los negativos. Ese Hofmann recibirá por fin lo que se merece. Y el canalla de Stephanescu también. He roto mi compromiso. Ya no necesito a Lupu. Nosotros dos acabaremos con esos criminales.»

Pensé en Buba, en lo que diría entonces, en lo que vería su otra mirada, pero sólo

comprobé que la sentía lejana. Cerré los ojos. Vi a Fritz Hofmann. Pero no en Alemania, sino en algún lugar del mundo. De viaje, infatigable e inquieto, en una búsqueda continua. Y Fritz miraba siempre a través de una cámara de fotos, como su padre. Cuando abrí los ojos de nuevo divisé la caja.

Entre viejos marcos de fotos apilados descuidadamente en una esquina se adivinaba el cartón marrón. Apagué la colilla en el suelo y aparté los marcos. Sí, se trataba de una de las cajas que Heinrich Hofmann había transportado con la motocicleta durante su mudanza de Baia Luna a Clusoara. Tiré de una hacia mí. Era pesada.

Fritz había descubierto, bien camuflada entre viejas fotos de boda, la imagen de la fiesta de Navidad de 1948 en que Alexa, con el vestido de girasoles de su amiga Angela, abría los muslos y Stephanescu la rociaba con vino espumoso. Volqué el contenido y me encontré ante un montón desordenado de fotografías en blanco y negro. También había una docena de sobres amarillentos. Hurgué entre bodas, bodas y más bodas que seguramente databan de los primeros años de la posguerra. Después cogí los sobres. Algunos tenían rotulados los años 1946 y 1947. Por lo que parecía, todas las fotografías habían sido tomadas en la capital. Imágenes inocentes de gente joven, sacadas en verano. En mi opinión estudiantes. Paseaban con sus novias por la ciudad, se sentaban y hacían manitas en bancos del parque y en cafés, tonteaban ante la estatua del poeta Mihail Eminescu y esbozaban muecas ridículas. En algunos sobres había fotos que Hofmann había sacado en fiestas nocturnas. Todos reían mucho y bebían aún más. Salvo contadas excepciones, los hombres llevaban el pelo hacia atrás con gomina, cogían del brazo a sus chicas y sonreían a la cámara. Angela Barbulescu no aparecía en ninguna instantánea, lo que me pareció lógico ya que no había conocido a Stephanescu hasta más adelante. Lo reconocí de inmediato en algunas imágenes. Solía aparecer en el centro, siempre con un cigarrillo en los labios y la mayor parte de las veces rodeado por dos o tres mujeres atractivas. Su preferencia por las rubias ya era evidente entonces. Sin embargo, nada de indecente había en aquellas fotografías. Sólo me sorprendió una, en la que se veía a Stephanescu repantingado en un sofá rodeando con el brazo a una joven que reía. No me llamó la atención el hecho de que hubiera introducido su mano demasiado en el escote, sino el vestido de la mujer. Tenía un estampado a rayas. En la Navidad de 1948 Angela Barbulescu había cambiado su vestido de girasoles por el de rayas de su amiga. Sin embargo, esa imagen se hallaba en un sobre de 1947. Aquella hermosa mujer de labios carnosos que posaba al lado de Stephanescu únicamente podía ser Alexa. El pequeño vaso que sujetaba también lo probaba. Sabía por el diario de mi maestra que a Alexa le gustaba beber licorcillos. Me había imaginado a Alexa como una mujer salvaje, infame. Ahora me resultó difícil cambiar esa imagen. La mujer que con despreocupación se dejaba toquetear el pecho por Stephanescu causaba más bien una impresión infantil, de niña algo atolondrada pero provista de todos los encantos de la femineidad.

Las manos me temblaron cuando sostuve un sobre fechado el 24 de diciembre de 1948. Aquel día se había celebrado la «falsa Nochebuena» en casa de un tal Koka que había terminado tan mal para Angela. Desgarré el sobre con nerviosismo. En la primera foto, vi a un hombre en ademán de llevarse un cigarrillo a los labios con una llamativa verruga en la mejilla derecha. Debía de tratarse de Albin. Era el mismo desconocido que había visitado a Angela Barbulescu durante su último día en Baia Luna. Salman, el primo de Dimitru, había recogido al hombre de la verruga cuando volvía al pueblo cargado con el televisor para el abuelo. En la siguiente foto se veía la mesa de la suntuosa cena. Koka había ofrecido a sus invitados un enorme cerdo asado con un cuchillo y un tenedor clavados. Aquellas cosas extrañas que se apilaban al lado en forma piramidal dentro de un cuenco de plata me eran desconocidas, pero supuse que serían las ostras de mal agüero sobre las que el anfitrión orinaría más tarde. ¡La apuesta! Angela Barbulescu había mencionado una estúpida apuesta entre Koka y Albin en que se trataba de saber quién podría beber más «pis de ruso» en un minuto, y que había provocado una pelea entre ambos contrincantes. Hofmann los había inmortalizado a los dos pegados a las botellas de vodka. Albin era el de la verruga, por tanto el otro era Koka, el funcionario del Partido, el hombre que había humillado a mi maestra porque ésta había opinado que aquella tonta competición había terminado en empate. Aquel asqueroso la había insultado sin que su Stefan la hubiera defendido. En otras dos fotos se veía bailar a Koka. Los presentes aplaudían. El de las gafas tal vez fuera el médico Florin Pauker. Alexa reía y lo tenía cogido del brazo, con un vasito de licor en la mano. Llevaba el vestido de girasoles de su amiga. La propia Angela sólo aparecía en una foto de esa noche. Y encima borrosa y al fondo.

Fritz Hofmann había descubierto esas imágenes husmeando entre las cajas de la mudanza de su padre. Lo que me había contado al despedirse de Baia Luna era cierto. Cuando Alexa se abrió de piernas sobre la mesa del bufet, Heinrich Hofmann había apretado el disparador varias veces. Existían cinco imágenes de la escena. Coloqué cuatro de ellas una junto a otra, sin ninguna dificultad para ordenarlas cronológicamente de manera correcta. Faltaba la única en que se veía a Stefan Stephanescu. Estaba en mi casa, bajo mi colchón. Después del primer destello del flash, Stephanescu debió de escabullirse de la comprometida situación. También faltaba Koka. Supuse que el brazo con la botella del lado derecho de la imagen pertenecía al anfitrión. En las demás fotos Alexa adoptaba poses tendida en la mesa mientras Albin, el hombre de las gafas y dos desconocidos se tocaban sus miembros erectos.

Al volver a meter en el sobre las fotos de la Nochebuena de 1948, noté que dentro había pegado otro sobre más delgado. Lo abrí y apreté los puños al tiempo que soltaba un breve chillido de júbilo. Heinrich Hofmann había incumplido la regla de la precaución: no había protegido lo más sagrado para él. Lo que sostenía contra la lámpara eran los negativos. Aunque a simple vista no se podía reconocer mucho, se

distinguían dos muslos de mujer sobre algo muy negro. Yo sabía que en un positivo se transformaría en un mantel blanco. Y las salpicaduras oscuras sobre las partes de Alexa evidenciaban la estela luminosa que había dejado el vino espumoso tras ser agitada la botella.

«Haced con ellas lo que queráis.»

Heinrich Hofmann también había sacado fotografías desagradables de Angela Barbulescu. Y en contra de su voluntad. Se viera lo que se viera en ellas, ya no eran importantes en el juego de amenazas, extorsión y asesinato, un juego perverso cuyas oscuras reglas yo más que descubrir adivinaba. Daba igual dónde estuvieran ya esas imágenes (probablemente tras la puerta de hierro del archivo de Hofmann), con la muerte de Angela habían perdido su poder. Pero la foto que se hallaba debajo de mi colchón y cuyo negativo estaba metiéndome ahora en el jersey poseía ese poder intacto.

«Podéis colgar mis fotografías de las farolas.»

Tan sólo debía dar la vuelta a la tortilla de la amenaza. Seguro que al hombre que rociaba el espumoso, el dirigente del Partido en Clusoara, el doctor Stefan Stephanescu, no le gustaría ver su propia imagen en cada poste de farola.

El tañido de la campana de la catedral de San Pablo llegó atenuado al sótano. No estaba seguro de si había contado cuatro o cinco campanadas. En cualquier caso, el tiempo apremiaba. Rápidamente volví a meter el montón de fotos de boda en la caja. Cuando ya no esperaba encontrar nada más, hice otro descubrimiento: aquellas fotos que Fritz sólo había acertado a denominar «brutales», discretamente unidas con un elástico. Eran imágenes que lo mostraban todo con máxima crudeza. Debían de ser más recientes. Reconocí a una de las empleadas de Hofmann, la que el día anterior había asesorado a la joven pareja de novios. Su maravillosa melena de rizos rubios me saltó a la vista. Experimenté una mezcla de sensaciones —repugnancia, fascinación y fuerte excitación— que me confundió. Había dos o tres desconocidas de aspecto muy parecido. Tampoco reconocía a los hombres. Para captar muchas de aquellas imágenes, Hofmann prácticamente había debido colocarse en la entrepierna de las mujeres con su cámara; otras por el contrario habían sido captadas a mayor distancia. Las revisé con rapidez. Reapareció la bella joven del cabello de ángel: desnuda, inclinada sobre un hombre mayor tumbado en una cama con la bragueta abierta. La chica se servía de la boca. Yo conocía a ese hombre. Estaba seguro de haberlo visto antes. Pero ¿dónde? Cuanto más lo pensaba, más se escondía la imagen en los recovecos de mi memoria. Pero en cambio el presente cobraba presencia. Cuando me fijé en el decorado de la indiscreta fotografía, supe dónde se había sacado. El empapelado de las habitaciones del Estrella Dorada tenía el mismo estampado floral.

Debía volver. Guardé la caja de cartón tras los viejos marcos de fotos y ordené un poco el pasillo del sótano, a sabiendas de que mi visita no pasaría inadvertida. Cuando quise volver a salir por el tragaluz me di cuenta de que la presión de mi sexo

henchido no había cedido. Sentí el impulso de aliviarme.

Me desabroché los pantalones y pensé en Irina Lupescu, a quien no había descubierto entre todas las mujeres que se habían dejado retratar. Entonces caí en que había colocado a la asistente de Heinrich Hofmann y prometida del agente de la Securitate Lupu Raducanu en una situación muy delicada, si no fatal. Era responsable del laboratorio del sótano. Renuncié a tocarme, me abroché los pantalones y salí a rastras al aire libre.

Cinco minutos más tarde abrí la puerta del hotel. El portero dormía. El reloj sobre la recepción marcaba las cinco y cuarto. Llegué a nuestra habitación sin toparme con nadie. El abuelo también dormía. Me apetecía fumar. Cuando metí la mano en el bolsillo me di cuenta de mi error. Sobre el bidón de productos químicos había dejado una caja de cerillas y un paquete de Carpati.

Tras dos horas de sueño agitado, Ilja me despertó. Gemía y se quejaba del dolor de cabeza.

—Dichoso *konjaki* Napoleón.

Renunciamos al desayuno y a las ocho en punto ya estábamos recorriendo los pasillos de la oficina de empadronamiento con nuestras fotos de carnet. Aquella mañana no sufrimos en absoluto la lentitud del personal y la ineptitud profesional que se atribuía a la sobredimensionada burocracia de la nueva República. A las ocho y media una administrativa me entregó ya mi primer documento de identidad, al tiempo que preguntaba por qué tenía la expresión tan severa y rígida en la foto. Después le presentó el nuevo pasaporte al abuelo para que firmara.

—Sólo sé leer, no escribir —dijo él.

—Ocurre más a menudo de lo cree —repuso la funcionaría, cogiendo un tampón de tinta—. Valide usted con el pulgar.

Poco después estábamos sentados en la oficina para asuntos de colectivización en el despacho «OC Concesiones A-D», bebiendo un café expreso. Una hora más tarde el abuelo era cooperativista por contrato de la Organización de Comercio para Alimentos, distrito de Clusoara, filial de Baia Luna. Además ya no era tabernero a título privado, sino que poseía una licencia de bar estatal para espirituosos con una gradación de hasta cuarenta grados. En todo caso, sólo hasta las diez y media de la noche los días laborables y hasta las nueve los domingos.

—¿A qué se debe que nuestra burocracia mueva el culo por fin? —preguntó el abuelo al despedirse.

La mujer se aclaró la voz y contestó:

—A ver, digamos que la eficiencia de nuestras instituciones ha aumentado exponencialmente desde que el camarada doctor Stephanescu es el primer secretario del Partido de Clusoara. Si quiere saber mi opinión, ese hombre es una bendición para todos nosotros.

Yo no quería saberla. Luego, cuando entramos en el almacén central de la Organización de Comercio para adquirir por fin la mercancía, se confirmó cuán

equivocada estaba la funcionaria.

—A ver cómo serán los nuevos precios —dijo mi abuelo—. Desde luego, los Hossu siempre fueron honestos.

¡Hossu! ¡Exacto! Había visto algunas veces a los hermanos Hossu de pasada, al acompañar al abuelo cuando iba a comprar a los mayoristas. No conocía sus nombres de pila, pero sí sus caras. Una de ellas la había visto aquella misma noche, aunque no hubiera logrado recordar a quién pertenecía. Seguramente de vez en cuando ocurría que un anciano se divertía en compañía de un ángel rubio en una habitación de hotel. Pero no que mientras tanto se dejara fotografiar de forma voluntaria, eso no.

Un cigarrillo con filtro, la luz del conocimiento y los mares de María

Cuando por la noche cruzamos el puente sobre el Tirnava y entramos en Baia Luna con el carro sobrecargado, la noticia de que en la tienda de los Botev había a la venta mercancía no sólo fresca sino además poco corriente se extendió como un reguero de pólvora. Aún no habíamos descargado el carro y ya las mujeres hacían cola para reponer las existencias de sus hogares con aceite de girasol, sal, azúcar y harina de trigo. El abuelo pregonaba que por primera vez y especialmente para las damas había detergente con aroma a limón, tarros con crema blanca para manos delicadas y dos frascos de perfume de la marca Sueños de una Noche, de los que Vera Raducanu adquirió uno de inmediato, mientras que el otro reposaría durante años en las estanterías hasta que el gitano Dimitru y yo mismo le encontráramos uso. Sin embargo, lo más solicitado fueron unos exóticos frutos agridulces que sólo los mayores recordaban haber visto en tiempos de la monarquía, aunque nunca los habían probado.

Ilja explicó que los precios bajos, aunque extrañamente fijos, establecidos hasta el último decimal por decreto estatal, se debían a una política nacional de subvenciones que ni él mismo entendía y a su nuevo estatus de cooperativista de la Organización de Comercio estatal, lo que dio pie a Hermann Schuster para un comentario malicioso:

—Así que ahora también tú pactas con los comunistas.

Erika Schuster defendió al abuelo de la acusación de su marido y exigió que se dejaran a un lado de una vez esas horribles cuestiones políticas y se limitaran a juzgar por los hechos en sí. Las mujeres del pueblo compartían la opinión de Erika. Únicamente los niños parecieron decepcionados cuando el abuelo explicó que a partir de entonces sólo habría caramelos de frambuesa y no chicles auténticos. Sin embargo, como los ojos tristes infantiles lo conmovían, se inventó el cuento de que un barco de aprovisionamiento llegado de América no había logrado echar anclas a tiempo en el puerto de Constanza, en el mar Negro, debido a un fuerte temporal en el Atlántico, pero seguramente arribaría pronto. No explicó que el director de la Organización de Comercio de Clusoara había eliminado del surtido los chicles norteamericanos por representar un exceso decadente de las conductas de consumo capitalistas. A partir de entonces, cuando los niños metieran la mano en el tarro de caramelos de mi abuelo siempre encontrarían, con gran desilusión, las golosinas de frambuesa pegadas unas a otras por un grumo de azúcar inseparable.

En general en Baia Luna se impuso la opinión de que, aunque los tiempos no eran de color rosa, mientras el gobierno de la capital siguiera bajando los precios y los

colectivistas de Clusoara no se dejaron ver, la vida en el pueblo proseguiría en términos aceptables, aunque ahora sin párroco, Virgen ni luz del Santo Sacramento. A los padres les disgustaba sin duda que ningún docente impartiera clases aún en la escuela, pero eso también cambiaría en el curso siguiente o en el otro.

El nuevo modelo cooperativista parecía rentable para nuestra tienda. En la primera gran compra al por mayor, el abuelo había pagado la mitad en efectivo gracias a los ahorros familiares y la otra mitad la había adquirido a crédito, por lo que la mercancía se pagaría una vez vendida. Descontando los gastos del hotel Estrella Dorada y la comida en el restaurante, aún había sobrado algún dinero. Cediendo a mis ruegos, antes de volver a Baia Luna el abuelo había comprado un instrumento para un aparato que rompiera la monótona vida del pueblo enriqueciéndola con algo «cultural»: una antena para el televisor. Ilja tenía razón al suponer que un aparato que funcionara aumentaría considerablemente el atractivo de nuestra taberna, que en los últimos tiempos había menguado. Tan pronto como el cartero trajo el primer salario mensual y hubo que hacer otro viaje a Clusoara para adquirir mercancías, pagó lo que debía de la antena. Cuando volvió a servir Silvaner fresco e incluso algunas cajas de cerveza Kronenbrau, hasta los enemigos acérrimos del bolchevismo admitieron que en general el socialismo era el diablo, pero que sin duda tenía su lado bueno. A partir de entonces, en vez de jugar a las cartas o apostarse las rondas a los dados en la taberna, los hombres miraban absortos la pantalla.

Mientras el prestigio del abuelo en el pueblo crecía gracias al televisor, un asunto doloroso me remordió la conciencia los días siguientes a nuestra vuelta de Clusoara. Evitaba todo contacto con mi madre y apenas me atrevía a mirarla a los ojos. En un momento de tranquilidad, me había llevado aparte para, con mirada severa, dejarme claro que no quería volver a ver ese tipo de porquerías bajo su techo. Al airear las camas había llegado a sus manos una fotografía sobre la que ni siquiera quería preguntar su procedencia. Yo había enrojecido, deseando que se me tragara la tierra. Mi madre dijo que naturalmente había destrozado aquella cochinada de inmediato y la había arrojado a la estufa. Con ello el asunto estaba zanjado para ella, y no debía mencionarse nunca más. Obviamente no había reconocido en la imagen al doctor Stephanescu, especialista en rociar con espumoso, ni a los demás hombres.

Necesité unos días para digerir mi vergüenza, pero luego las relaciones con mi madre se normalizaron. Logré olvidarme de la pérdida de la foto. Al fin y al cabo, el negativo se encontraba en mi poder. El único problema era que solo no me servía de nada. No disponía de los recursos técnicos para transformarlo en positivo. Imaginaba copias llamativas del tamaño de las que colgaban en el escaparate del estudio de Hofmann. No tenía ningún plan para acceder a los utensilios de laboratorio necesarios, pero los días del doctor Stephanescu estaban contados. Tenía que ser paciente. Debía esperar.

En primer lugar, necesitaba un lugar seguro para el negativo, para el diario de Angela, al cual había escondido entre los libros de texto en mi cartera escolar, ahora

inutilizada, y para la foto quemada del beso, que aún se encontraba entre las páginas de *El capital* de Marx. La saqué y observé a Angela con su coleta. Tenía un parecido innegable con Irina Lupescu, aunque sin duda Irina era más bella en el sentido general del término. Sin embargo, la belleza de la joven Angela Barbulescu se mostraba en todo su esplendor sólo a los ojos de quien sabía verla. Más allá del deseo. Cuando me di cuenta del valor que tenía para mí aquella fotografía de mi maestra, supe también dónde debía esconderla. Si la llavecita de plata del padre Johannes que había sustraído de la tabla junto al perchero en la rectoría encajaba en la cerradura que yo suponía, ésa sería la caja fuerte más secreta y segura para la foto y el negativo comprometedor.

Mientras Baia Luna dormía, me deslicé en la iglesia. Avancé a tientas hasta el altar y hacia la pared bajo la extinguida luz del Santo Sacramento. Sirviéndome de una cerilla, vi la placa de plata con los símbolos del pan y el vino, que cerraba el tabernáculo empotrado. Allí había guardado el cura las hostias. La llave encajaba. En el interior había un cáliz vacío cubierto con un paño blanco. Coloqué dentro el negativo y las fotos de Angela, lo tapé con el diario verde y cerré.

El jeep apareció cuando probablemente nadie en el pueblo, excepto Karl Koch y yo, pensaba ya en Lupu Raducanu. El prometido de Irina Lupescu llegó con el policía Cartarescu y tres milicianos armados hasta los dientes. Cartarescu llevaba un uniforme nuevo con bandas y estrellitas doradas sobre las hombreras. Se bajaron en la plaza del pueblo y se dirigieron directamente a nuestra filial de la OC. A través del cristal vi que Cartarescu ordenaba a los hombres de los *kaláshnikov* que esperaran en la entrada.

Al abuelo aún no le había dado tiempo a preguntar «¿Qué querrán ésos?», cuando yo ya conocía la respuesta. Venían por mí. En el momento en que, antes de entrar, Lupu Raducanu apagó su colilla contra el suelo, tuve claro que el mayor de la Securitate seguía las huellas dejadas aquella noche en el estudio de Hofmann. No debería haber olvidado mis cigarrillos en el sótano.

Raducanu y Cartarescu entraron y saludaron.

—Ahora que es verano resulta muy agradable salir de la ciudad de vez en cuando —comentó el agente de la Securitate—. El paisaje aquí arriba es espléndido. Hay que saber apreciar el aire puro —continuó, mirándome—, sobre todo cuando no se puede dormir en el hotel a causa del asma.

—¿Qué queréis? —preguntó el abuelo mientras mi madre desaparecía en la cocina.

—Se trata de un asunto rutinario —explicó Cartarescu, recién ascendido a capitán—. Control general de personas. Sus papeles.

El abuelo sacó su nuevo pasaporte de la cartera.

—¡Tú también! —me espetó Cartarescu.

—Lo tengo en mi habitación.

—¡Pues ve a buscarlo!

Corrí a mi dormitorio, me senté en mi cama y respiré hondo.

—Todo saldrá bien, todo saldrá bien —murmuré al tiempo que escuchaba, como ya había ocurrido antes, la voz del tío de Buba, Dimitru: «Debes poner el mundo patas arriba.»

Coloqué mi pasaporte junto a los documentos del abuelo sobre el mostrador. Raducanu cogió primero el carnet de Ilja, lo miró con gesto indiferente y se limitó a comentar:

—Ah, sí. La vieja corbata de rayas. Nunca pasa de moda.

Después tomó mi pasaporte. Miró alternativamente el carnet y mi rostro. Permanecí tranquilo.

—¿Ocurre algo?

—Todo en orden —respondió—. Es una foto nueva, ¿no? ¿Por qué estás tan serio? Estudio de fotografía de Hofmann, ¿verdad?

—Exacto —contesté mirando a Raducanu a los ojos—. Están bien informados. Mis respetos. Nos hicimos las fotos allí hace poco. Mi primer documento de verdad. Nunca antes me habían retratado. En el estudio de Hofmann, una tienda elegante, se lo digo yo. Ésos sí que saben de fotografía. Incluso un ciego se daría cuenta.

Percibí que Raducanu pestañeaba y que su cerebro iba a toda velocidad.

—¿Tenéis un cenicero? —preguntó de pronto a pesar de que había uno situado a su izquierda sobre el mostrador. El abuelo lo empujó hacia él. Raducanu sacó un Kent blanco de la cajetilla—. ¿Quieres probar uno bueno? Americano con filtro.

Alcé el mentón.

—Gracias. No fumo.

—Pero siempre se puede probar. Son realmente buenos. No raspan tanto la garganta como esos Carpati.

—Lo siento, pero nunca fumo.

—Es admirable. —Parecía que Lupu Raducanu se esforzaba por sonreír. Sentí crecer la amenaza. Ahora todo dependía de mi abuelo. Él sabía que yo fumaba.

—Pero si he de ser sincero —dije jugándomelo todo—, no es cierto que nunca haya fumado. Una vez me fumé media cajetilla detrás de la escuela con un antiguo compañero del colegio, Fritz Hofmann. No se imagina lo que vomité. Desde entonces, se acabó.

Ilja permaneció en silencio y yo pensé que mi abuelo era un hombre listo. Lupu lo intentó de otra manera. Se palpó los bolsillos del pantalón como si buscara el mechero.

—¿Tienes cerillas?

—Claro —respondí. En vez de sacar la caja de mi pantalón, me acerque a la estantería de la tienda, abrí un nuevo paquete y le tendí al mayor de la Securitate una cajita de cerillas en que se leía: «Cooperativa Popular - Organización de Comercio de

Clusoara.»

—Puede quedársela. ¿No, abuelo? —inquirí mirando a Ilja.

—Pues claro que no tiene que pagarla. Por supuesto que no.

El semblante de Raducanu cambió. Ya no era dueño de la situación. La sangre se le subió a la cabeza y sus pequeños ojos llamearon.

—¡Estuviste en el sótano de la tienda de Hofmann! —gritó y se le escapó un gallo—. ¿Qué hiciste allí? ¡Sé que estuviste ahí abajo! ¡Lo sé muy bien! —De repente, bajó el tono—. Eres joven. Pero te aseguro que cuando te suelten después de cinco años en Aiud o Pitesti parecerás viejo. Confiesa y te doy mi palabra de que aclararemos el asunto entre nosotros.

Cerré los ojos y me tapé la cara con las manos, lo que podía interpretarse como un gesto de culpabilidad. Noté el brazo de Raducanu sobre los hombros.

—Todos hacemos tonterías durante la juventud. —Su voz no tenía nada de amenazadora—. Créeme, en otros tiempos yo también me metí en líos.

—Lo admito —dije, sollozando—. Estuve abajo, en el laboratorio. Pero prometo que no la toqué. De verdad que no.

Irritado, el agente de la Securitate clavó sus ojos en Cartarescu, que de puro desconcierto no sabía hacia dónde mirar.

—¿De quién estás hablando? —gruñó Raducanu, retirando el brazo.

—De la chica, quiero decir, de la preciosa rubia de la coleta. Es que fue tan amable... Así que le pedí que me enseñara el laboratorio, aunque todo eso de la fotografía no me interesa. Pero no tengo novia, y como era tan guapa... No sabía que estaba comprometida. Si hubiera sabido que usted era su prometido, jamás habría bajado con Irina al sótano. Pero palabra de honor, sólo la miré, no intenté nada. Aunque estuviera oscuro.

Tuve la impresión de que Raducanu esbozaba una mueca despectiva.

—Sus pasaportes están en orden —terció Cartarescu y, dirigiéndose al mayor, añadió—: Creo que hemos cumplido con nuestro cometido. Vámonos.

—Un momento. Aquel televisor de ahí, ¿a quién pertenece?

—A mí —respondió el abuelo con aspereza.

—¿Puede demostrarlo?

El abuelo volvió a sacar la cartera.

—¡Aquí tiene! El primer pago por la antena. Y el recibo del aparato... ¿Dónde lo tengo? —Entonces abrió la caja registradora y extrajo el comprobante que Dimitru le había confiado—. ¡Aquí! ¡Todo correcto!

Raducanu echó una ojeada al recibo.

—Parece que su tienda va viento en popa. ¿De dónde sacó tanto dinero?

El abuelo reflexionó cómo salir del aprieto.

—Si no aclara el origen del dinero, confiscaremos el aparato y nos lo llevaremos —amenazó Cartarescu.

Cuando mi abuelo respondió tuve que esforzarme para disimular mi

estupefacción. No, no sólo era un hombre listo, sino muy, pero que muy listo.

—Negocios —fue su respuesta—. Negocios privados. —Su cartera demostró ser una auténtica mina—. Aquí está el nuevo contrato con la cooperativa popular de comercio. El abastecimiento ahora es excelente. Pero durante los últimos años, antes del socialismo, ¿cómo iba a poder servir a la gente un *tuica* decente? Vosotros mismos sabéis que el suministro en las montañas es malo. En invierno no hay nada. Así que se hace un trato por aquí y otro por allá. Naturalmente, yo también sacaba algo de los negocios con los destiladores clandestinos. A lo largo de los años puse aparte ese dinero. Para el televisor. Si tuviera que escribir una lista de aquellos que tienen una destiladora en el granero, acabaríais deteniendo a todo el mundo. Y si queréis confiscar el televisor a toda costa, ¿qué haremos entonces nosotros? Aquí arriba no nos enteramos de nada de lo que ocurre en el mundo. Podéis preguntar en el pueblo. Cuando se emitió el discurso de Jruschov sobre el *Sputnik* acerca de la superación de la gravedad y la victoria del socialismo la taberna se llenó hasta los topes.

—Producción ilícita de alcohol. Fraude de impuestos. Venta ilegal —enumeró Cartarescu—. ¡Confiscamos el televisor!

—Déjale a la gente su aparato —le ladró malhumorado Lupu—. ¿Acaso crees que he venido hasta aquí arriba por un par de fabricantes fraudulentos de aguardiente y a confiscar un televisor? Anda y que te den con tus tonterías. Por cierto, ¿dónde está el sajón ese, Karl Koch?

Raducanu salió de la tienda sin despedirse. Fuera lo siguieron los tres milicianos armados.

A la llegada del jeep los campesinos habían dejado sus azadas en los campos y se habían apresurado de vuelta al pueblo. Entre ellos Karl Koch, que ahora sostenía una lista con los nombres de todos los hombres de Baia Luna. El agente de la Securitate se acercó a él lentamente.

—Aquí tienes tu maldita, lista, pedazo de...

—¡Cara de crío! Cara de crío, eso es lo que intentaba usted decir, señor Koch.

—Cierra el pico —siseó Hermann Schuster, dándole un codazo a su amigo.

Karl Koch guardó silencio. Lupu Raducanu cogió la lista y se echó a reír. Entonces, ante los ojos de todos, la rompió y lanzó los pedazos por encima de su hombro.

—¡Cabrón asqueroso! —espetó Karl Koch, dispuesto a abalanzarse sobre el agente, pero Schuster e Istvan Kallay lo detuvieron en el último momento.

—Es usted un verdadero luchador —sonrió burlón Raducanu—. Ya por aquel entonces. En Rusia, ¿no? Se presentó voluntario para la gran campaña militar contra los bolcheviques. ¿Fue entonces tan valiente con las mujeres y los niños de los pueblos del Don como ahora, cacho nazi?

Karl Koch escupió a Raducanu en la cara.

El agente cogió su pañuelo, asintió brevemente hacia los milicianos y dijo:

«Lleváoslo.»

—No podéis detener a la gente de manera arbitraria. Incluso en este Estado aún se requiere una orden de arresto —intervino Hermann Schuster.

—Muéstrale la orden —ordenó el de la Securitate a Cartarescu.

Cuando el jefe de policía de Clusoara sacó una orden judicial, los hombres de Baia Luna supieron que el destino de Karl Koch estaba decidido desde hacía tiempo.

—Señor Koch —dijo Cartarescu con aire formal—, se le acusa de lo siguiente: resistencia a la autoridad estatal, propaganda antisocialista y perturbación del orden social. Debemos conducirlo a prisión preventiva.

Koch se desprendió del amarre de Hermann Schuster e Istvan Kallay. Antes de que pudiera saltarle al cuello a Raducanu, los milicianos le encañonaron el pecho con sus armas.

—¡Podéis dispararme pero no conseguiréis llevarme a Pitesti!

—Pero ¿quién ha mencionado ese lugar, señor Koch? —repuso Raducanu plantándose ante él—. Primero espere el juicio. Quizá sea usted inocente y regrese con su familia antes de lo que cree.

Mientras los representantes de la autoridad pública se marchaban con Koch, de repente el abuelo empezó a quejarse de sudores y mareos. Mi madre fue a preparar compresas frías y al regresar lo encontró tendido en el suelo. El abuelo se había desmayado y caído de su silla. Cuando abrió de nuevo los ojos al cabo de un rato, tuve que explicarle lo sucedido en Baia Luna durante la hora anterior. Había una laguna en su memoria.

Ya en pleno verano, los gitanos partieron un sábado hacia el mediodía en dirección a la gran feria de caballos de Bistrita. Justo cuando me disponía a cerrar la tienda y barrer la escalera de la entrada vi los carromatos, cruzando el puente del Tirnava. Arrojé la escoba y eché a correr. Avancé sin aliento hacia un carro en el centro de la comitiva en cuya parte trasera, descubierta, iban sentadas Buba y su madre. Desde lejos mi novia parecía un chico por su corto cabello negro. Me saludó efusivamente, como si hubiera esperado ese momento con ansiedad. Cuando su madre me descubrió, empezó a propinar collejas a su hija. Justo me dio tiempo de ponerle algo en la mano. Mientras yo sólo alcancé a pronunciar su nombre, Buba exclamó «¡Te esperaré!» antes de que su madre la arrastrara dentro del carro. Permanecí inmóvil hasta que la caravana gitana se perdió en la lejanía. Buba tenía en la mano una pequeña foto de carnet. Mostraba a un hombre joven y decidido con americana y corbata oscura.

Caminé lentamente de vuelta al pueblo, muy afligido. No volvería a sentir un dolor parecido hasta décadas después, cuando me percatara de que mi amor se había ahogado en el pantano de una infelicidad sin perspectiva.

Dimitru Carolea Gabor y la familia de Ion Vadura, que cuidaba del asentamiento gitano, se habían quedado en Baia Luna. Dimitru había tratado de justificar sus pocas ganas de viajar alegando estudios urgentes, pero su clan no lo había entendido, ya que

para sus explicaciones se había servido de manos y pies, pero no del lenguaje. El voto de silencio que se había autoimpuesto afectaba también a su propia gente. Apenas se veía a Dimitru por el pueblo. De vez en cuando se aventuraba hasta el abrevadero para llenar una jarra de agua fresca. Su aspecto despertó la compasión de Erika Schuster y de mi madre, por lo que ambas mujeres cocinaban de manera alterna para una persona más al mediodía; le colocaban la comida ante la puerta de la biblioteca a fin de evitar que muriera de inanición.

El abuelo también experimentó una extraña transformación en aquel período. Los tiempos de comerciante en apuros económicos parecían haber terminado, pero no estaba bien de salud. El silencio de su amigo Dimitru lo afligía profundamente. Por las mañanas le costaba mucho despegarse de las sábanas y por las noches se metía tan pronto en la cama que yo debía hacerme cargo de las tareas de la tienda y la taberna si no quería que el negocio se fuera a pique. Tan hundido estaba en el lodo de la melancolía que incluso los intentos de persuasión o las sartas de insultos apenas lo sacaban de su letargo, de manera que mi madre y yo comenzamos a preocuparnos seriamente.

El trabajo en el negocio me exigía tanto que el verano y el otoño pasaron en un abrir y cerrar de ojos, lo que no me ahorró la tristeza que durante semanas me acompañó cuando los gitanos volvieron al pueblo sin Buba, al final del verano. Había esperado que la madre de Buba cambiara de parecer, aunque nunca con mucha convicción.

Era el momento de reponer las existencias de cara al invierno. Como no quería someter al abuelo al largo viaje en carro, pedí a Petre Petrov que me acompañara de compras a Clusoara. Cuando llegamos al recinto de la Organización de Comercio, una larga cola de cooperativistas esperaba que los atendieran. Debido a los horarios limitados, resultó que no recibiríamos la mercancía hasta la mañana siguiente. Decidimos pernoctar en el almacén de paja del Buen Provecho y beber unas cervezas en la ciudad con el dinero que así ahorraríamos. Por precaución no evité la plaza del mercado, aunque sí las inmediaciones del estudio de Hofmann. No quería encontrarme con su asistente Irina. Deambulamos por la zona medieval de Burgberg en busca de un local barato. Bajo la torre del reloj, Petre descubrió una tienda que parecía seguir en manos privadas. El letrero ponía: «Gheorghe Gherghel - Antigüedades, compraventa y comisiones.» Tras el cristal del escaparate, que nadie había limpiado en años, se exponían diversos instrumentos ópticos: monóculos anticuados, prismáticos y miras telescópicas de viejos fondos del ejército, catalejos de una sola lente e incluso un telescopio sobre un trípode. Petre, del que ni siquiera yo sabía que algunas noches salía de caza a hurtadillas con su padre, observó las miras telescópicas como hipnotizado.

—Entremos.

Había esperado encontrarnos con un señor de edad avanzada y pelo cano, pero en cambio fue un muchacho joven quien nos atendió. Mientras Petre pedía que le

enseñaran las miras telescópicas del escaparate y constataba decepcionado que los aparatos de segunda mano superaban con creces su bolsillo, eché un vistazo al local.

Descubrí algo que no habría esperado ni en mis sueños más atrevidos. Entre dos viejos transistores, un gramófono y máquinas de escribir usadas había una ampliadora fotográfica.

—¿Cuánto cuesta esto?

—He de preguntar a mi tío —repuso el dependiente—. Está enfermo. Pero sé que esa pieza no la vende por separado. Sólo el conjunto. Un laboratorio fotográfico completo. Pertenece a un juez jubilado que pasaba sus horas libres agachado entre los matorrales para fotografiar animales salvajes. Murió en primavera.

—¿Cuándo podrás saber el precio?

—Ahora mismo. Mi tío vive aquí arriba y está en cama. Se encuentra, cómo decirlo, enfermo de espíritu. Debéis saber que esta casa no nos pertenece. El dueño la vendió a un pez gordo del Partido. Y el tío Gheorghe está triste desde que sabe que debe abandonarla y que como particular no encontrará otro local. —El joven desapareció para regresar a los pocos minutos—. Mi tío está durmiendo. No quiero despertarlo. Pero calculo que todos los trastos, con máquina de fotos, podrían costar alrededor de los tres mil.

Tragué saliva. La suma equivalía a medio año del salario de mi abuelo.

—De todas formas el tío Gheorghe no es ningún usurero. Cuando la gente le gusta, a veces vende cosas incluso por menos dinero del que él pagó. Pero seguro que menos de los dos mil no será posible. Pasad de nuevo a preguntar cuando esté despierto.

No me forjaba ilusiones de poder reunir ese dinero jamás.

Hacia las seis entré con Petre en una taberna cuya fachada prometía muy poco, pero dentro aún era peor. El local estaba en las últimas y el camarero era un tiarrón mugriento con el cuero cabelludo lleno de costras rodeado de una corona de pelo claro. Como la sed y el cansancio eran mayores que nuestra voluntad de buscar otro local, nos sentamos a una mesa junto a la ventana.

—¿Tenéis cerveza? —preguntó Petre.

—Por supuesto, señores.

El camarero abrió dos botellas, limpió los cuellos con su delantal y las colocó sobre la mesa. Entonces vi a las dos mujeres de la barra. Una se inclinaba soñolienta sobre el mostrador, la otra nos miraba. Como mucho tendría veinte años. Era sólo cuestión de tiempo que nos abordara.

Aún no había dejado la botella tras el primer trago, cuando ella ya estaba ante mí. Llevaba un vestido barato que se ceñía excesivamente a su trasero y sus pechos.

—Me llamo Luca. ¿Os importa que mi compañera y yo nos sentemos con vosotros? Así, sólo para charlar. Viene de la capital y apenas conoce gente aquí.

Nos miramos.

—¡Ana, ven! ¡Son buenos chicos! —llamó Luca, aprovechando nuestra tardanza

en responder.

La segunda mujer casi se cayó al bajar del taburete. Aunque se esforzó en caminar recto hacia nosotros, se tambaleaba y se apoyaba en las sillas.

—Pues no sé si...

—Sentaos, por favor —interrumpí a Petre, y al punto me quedé de piedra.

La mujer que apenas se sostenía sobre sus piernas no se llamaba Ana. Parecía alguien que ha vivido mucho pero no tiene nada por delante. Un cerco violáceo rodeaba su ojo derecho, y cuando esbozó una sonrisa forzada sus labios agrietados revelaron que le faltaban los incisivos superiores. Ya no quedaba nada de aquella mujer niña que dejaba que el doctor Stephanescu rociara vino espumoso sobre su sexo. Petre se desplazó a un lado y la borracha se desplomó sobre la silla libre, mientras que Luca se apretó junto a mí.

—Yo también tomaré una cerveza —dijo resuelta—. Y para mi amiga licor, ya que nos invitáis.

Pasé por alto la exigencia.

—Buenas noches, Alexa.

—Se llama Ana —me corrigieron Luca y Petre al mismo tiempo.

Yo había esperado una reacción airada, pero la aludida sólo me miró con cansancio.

—Ana, Marina, Elena, Alexa. Chico, tú eliges.

El camarero trajo otra cerveza y medio vaso de licor.

—Ana vive aquí desde noviembre —explicó Luca—. Pasó sus mejores años en la capital. ¿No es cierto, Ana? ¿No fue así?

Alexa asintió levemente y bebió un sorbo de su vaso. Después se llevó los dedos índice y corazón a los labios con mano temblorosa. Le tendí un Carpati. Fumó con ansia y mirada extraviada.

—Ha bebido demasiado —me susurró Luca como si estuviera desvelando un secreto.

—Voy a mear. —Petre se levantó y el camarero señaló una puerta desconchada.

Alexa alargaba de nuevo la mano hacia su vaso cuando me levanté, y la tomé del brazo. Únicamente tenía una posibilidad, si es que la había, de llegar a esa mujer.

—El vestido de girasoles de Angela te sentaba bien —le susurré al oído, pero me arrepentí, pues eso la transformó en un amasijo de terror.

Su vaso se hizo añicos contra el suelo. Se levantó de un brinco y se precipitó a la calle. Luca se abalanzó sobre mí. Esquivé su bofetada.

—Cabrón asqueroso, ¿qué le has pedido que hiciera?

Y salió corriendo tras su amiga.

—¿Dónde están esas dos? —preguntó Petre cuando reparó en que pisaba cristales y un líquido pegajoso.

—Se han ido.

—Gracias a Dios. ¿Bebemos otra cerveza?

—Yo he tenido suficiente. —Deseé que el bofetón de Luca me hubiera alcanzado.

A lo largo del otoño se afianzó la certeza de que el abuelo había cometido un error al no haber hecho caso del consejo del difunto doctor Bogdan. El médico rural había advertido a Ilja durante años de que su achacoso cuerpo no soportaría la más mínima dosis de alcohol debido a la grave intoxicación sufrida en la infancia. Y tenía razón. Si bien los temblores sólo aparecían de vez en cuando, su memoria dejaba al abuelo cada vez más a menudo en la estacada.

Todo comenzó cuando atendía a sus clientas: escuchaba sus pedidos, pero en cuanto se situaba delante de la estantería ya había olvidado lo que buscaba. Mi madre se dio cuenta de que su suegro, que antes se había desenvuelto muy bien en el cálculo, cada vez se equivocaba más a menudo al sumar los precios en su propio perjuicio. Las mujeres me buscaban para que las despachara con rapidez, mientras que el abuelo cada vez se encerraba más en un mundo imaginario porque ya no sabía arreglárselas en el real.

Para los hombres, Ilja tampoco era ya el mismo tabernero de antes. A menudo debían repetirle tres o cuatro veces que rellenara los vasos, lo que al principio hacía amablemente pero después cada vez de peor gana. Incluso reaccionaba con gran enfado y maldecía como un carretero si alguien osaba hablarle cuando estaba sentado delante de su televisor. Había empezado por ver sólo noticias y largometrajes soviéticos, pero después se tragaba cuanto aparecía en pantalla, incluso la carta de ajuste al concluir la programación. Una de las múltiples rarezas a que se aferraba el abuelo consistía en que nunca podía encenderse el televisor antes de las cuatro, la hora oficial de cierre de su filial de la OC. Mi madre y yo convivíamos con ello perfectamente, sobre todo porque el abuelo también tenía días de lucidez en que se comportaba de manera completamente normal y afable.

Sin embargo, a su nuera Kathalina se le acabó la paciencia cuando en 1960 una fuerte tormenta otoñal abatió la antena. El abuelo permaneció sentado ante la caja tonta, acercándose cada vez más con su taburete.

—¡Ahí está otra vez! ¡Ahí está otra vez! —aplaudía y chillaba como un niño cuando la barra negra recorría la pantalla de arriba abajo.

Desesperados por su infantilización, mi madre y yo acudimos al sajón Hermann Schuster, que se ofreció a montar a Ilja en el pescante de su carro y llevarlo al hospital de Clusoara. Yo me empeñé en acompañarlos, en parte para cuidar al abuelo, pero también porque quería aprovechar la ocasión para visitar a una persona en el hospital. A la doctora Paula Petrin.

Por suerte, cuando estuvo frente a los médicos del servicio de neurología, Ilja tuvo uno de sus escasos momentos de lucidez. Se mostró consciente de que sufría una enfermedad que hacía necesario un internamiento, observación y análisis. Acordamos que recogeríamos al abuelo seis semanas después.

Cuando Hermann Schuster se dirigía presuroso a la salida del Hospital Popular Salud de la Patria, le pedí que esperara cinco minutos. Sin aguardar su consentimiento, bajé volando la escalera y seguí el letrero «Instituto de Patología» hasta aquella puerta amarillenta con el cartelito «Dra. Paula Petrin - Medicina Interna». Llamé.

—¡Pase!

Entré. La doctora alzó la vista de su escritorio, donde se apilaba un montón de expedientes.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin traslucir ni un rastro de su antigua amabilidad.

—Soy Pavel Botev, de Baia Luna. Hace tres años estuvimos aquí tres personas buscando el cuerpo de nuestro difunto sacerdote, Johannes Baptiste.

—Sí, claro —repuso, y su rostro se iluminó—. Me acuerdo bien de vosotros. Os envié a hablar con el viejo Patrascu.

—Estuvimos con él, pero tampoco sabía nada del paradero del cadáver.

—Has hecho bien en pasar de nuevo por aquí. Por desgracia ahora mismo estoy muy ocupada. Dentro de media hora debo dejar un informe importante sobre la mesa del director. ¿Vuestro sacerdote era católico, no protestante?

—Exacto.

—Por lo que sé, los sacerdotes católicos no son enterrados en sus comunidades, sino en el cementerio episcopal. Hace mucho que no visito la catedral de San Pablo, pero hay allí una cámara del tesoro, una especie de museo. Desde ella, un pasillo conduce a un patio interior donde se hallan tumbas y lápidas de sacerdotes y obispos. Quizá vuestro párroco se encuentre allí. Bien, ahora debo seguir trabajando.

—Mil gracias por la información. —Y antes de volverme hacia la puerta pregunté—: Por cierto, ¿qué hace ahora el viejo comisario?

—¿No lo sabéis? Murió. El bueno de Patrascu sólo pudo disfrutar de su jubilación dos o tres semanas.

—¿De qué murió?

—Del corazón. Probablemente había fumado demasiados Carpati.

—¿Hizo usted la autopsia?

—No. ¿Por qué debería haberla hecho?

Hermann Schuster se mostró dispuesto a hacer una excursión a la catedral de San Pablo, donde encontramos el cementerio según lo describiera Paula Petrin. Las lápidas más antiguas se remontaban al siglo XVIII. En comparación, la tumba más reciente era casi nueva. La tierra se había asentado y el borde había sido circundado de piedras. Sobre una sencilla lápida se había grabado: «Joseph Augustin Metzler 16.3.1872-12.11.1957.»

—Qué extraño —dije—, prácticamente todas las lápidas indican el lugar de nacimiento y el de defunción. En la del párroco Metzler ni siquiera el nombre de la

comunidad donde trabajaba.

—Sí, es raro —corroboró Schuster—. Este Metzler murió más o menos al mismo tiempo que nuestro Baptiste.

Cuando salimos, habíamos perdido toda esperanza de que algún día se aclarara el misterio del paradero del padre Johannes.

Dos semanas después, un vehículo blanco de la Cruz Roja llegó a Baia Luna. El tema de conversación en el pueblo no fue que Ilja Botev hubiera sido dado de alta antes de lo previsto, sino la circunstancia de que al parecer la Organización de Comercio estatal, de un modo en verdad ejemplar, ponía a disposición de los cooperativistas e incluso de los demás un servicio gratuito de transporte de enfermos.

El abuelo bajó riendo y saludó con la mano.

—¡Estoy sano de nuevo! —exclamó.

Mi madre, que pocas veces expresaba la alegría con muestras de cariño, se echó a los brazos de su suegro y lo cubrió de besos. Ilja se deshacía en elogios acerca de la competencia médica de Clusoara, y un neurólogo, cuyo nombre había olvidado, le había resultado especialmente simpático. Contó que los primeros tres o cuatro días tras su llegada al hospital se había sentido muy bien, y ningún médico había logrado hallar ninguna anomalía; sí, en una conversación en los pasillos del hospital había escuchado incluso la palabra «simulación». Sin embargo, poco después había sufrido un extraño ataque del que ya no se acordaba y al que los médicos más tarde se referían como el *grande male*. El abuelo explicó que por la mañana después del desayuno de té con pan y mermelada sintió una especie de relámpago en la cabeza y luego al parecer lanzó un grito estridente y se desplomó entre espasmos. Además de quedarse morado, se mordió con fuerza la lengua sin sentir dolor. Al despertar, la lengua le dolía muchísimo, aunque no fue tan terrible como la humillación de no poder controlar sus intestinos durante el ataque. Pero eso era normal cuando se sufría esa enfermedad. Se lo habían explicado los médicos después de salvarlo de morir asfixiado.

—Tuvieron que ponerme la máscara de oxígeno y también me administraron inyecciones. Cuando recobré el habla, me dijeron que debía alegrarme de no haber vivido en la Edad Media o antes.

—¿Por qué? —quise saber.

—Entonces se consideraba que la epilepsia era una posesión diabólica y se agujereaba el cráneo de los epilépticos para que los espíritus escaparan por ahí. Hoy en día existen medicamentos. Si tomo regularmente unas pastillas que contienen no sé qué sustancias, algo como fenitoína y mazelina, quizá los ataques no cesen del todo pero estarán bajo control. Esto me lo dijo ese neurólogo de las gafas. Era muy culto y lo sabía todo acerca de mi enfermedad. Antiguamente se la llamaba el mal de San Juan, porque se rezaba al apóstol para que los ataques remitieran. Hoy día se sabe que cuando se tiene epilepsia algo no fluye bien en el cerebro. La gente antes creía que era culpa de la luna. La llamaban «enfermedad lunar». Incluso los romanos

hablaban ya de *morbus lunaticus*. El médico dijo que también aparece en la Biblia. En el Evangelio según Mateo, capítulo diecisiete.

Mi madre no vaciló ni un instante. Rebuscó en una esquina de la estancia y tendió a su suegro las Sagradas Escrituras. Éste pasó las hojas durante un rato. Luego leyó fluidamente:

—«Señor, ten piedad de mi hijo, porque es lunático y está mal; pues muchas veces cae en el fuego y muchas en el agua. Se lo he presentado a tus discípulos, pero ellos no han podido curarle. Jesús respondió: “¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? ¡Traédmelo acá!” Jesús le increpó y el demonio salió de él; y quedó sano el niño desde aquel momento. Entonces los discípulos se acercaron a Jesús, en privado, y le dijeron: “¿Por qué nosotros no pudimos expulsarle?” Díjoles: “Por vuestra poca fe. Porque yo os aseguro: si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: ‘Desplázate de aquí allá’, y se desplazará, y nada os será imposible.”»

A partir de entonces, ocurrió con frecuencia que incluso yo quisiera leer la Biblia pero tuviera que oír de mi abuelo: «Primero yo.» La lectura de la palabra de Dios se convirtió en su nueva pasión. Era tan casi tan acuciante como las ansias por liberar a su amigo de la oscuridad del silencio.

Resolvió la situación un acontecimiento que tuvo lugar el 12 de abril de 1961, tan sólo tres días después de la fiesta pascual de la Resurrección. Mi madre había encendido pronto el televisor, ya en la hora de la comida. Como cada miércoles, la cadena de televisión estatal emitía desde la capital el programa de media hora *Mujer en el hogar. Cocina sencilla ¡en un santiamén!* El chef del Athénée Palace demostraba en la cocina del estudio cómo con pocos ingredientes y algo de destreza culinaria se podían crear platos sabrosos y a buen precio. A ella le agradaba el programa no tanto porque tuviera ganas de cocinar cosas diversas, sino porque el cocinero le caía bien y la hacía reír. Era locuaz y divertido. Metía una y otra vez el meñique en las cazuelas, lo lamía con los ojos cerrados y después se lamentaba con fingido desconcierto: «¡Aún, aún, aún falta algo!» Por supuesto, enseguida descubría el ingrediente correspondiente sobre la mesa de la cocina con asombro forzado, y entonces exclamaba: «¡Sí todo está aquí, aquí, aquí!»

Mientras mi madre se reía con aquel cocinero, el abuelo, sentado junto a la estufa, se quejaba. Había comenzado su lectura de la Biblia por el Antiguo Testamento, había concluido Moisés y llegado a las primeras Crónicas pasando por Josué, Samuel y los Libros de los Reyes. En el sexto capítulo, tras infinitas sucesiones que enumeraban cuándo, dónde y quién engendró a quién, se había atascado en la genealogía de los hijos de los Manasés, enfureciéndose tanto que había acabado por lanzar el libro sagrado con tal violencia que cruzó la taberna por los aires.

—Jo, ¿quién se inventaría este galimatías tan aburrido? No hay ser humano capaz de aguantarlo.

Kathalina desvió brevemente la mirada de su cocinero televisivo y dejó caer:

—Cuando el padre Johannes predicaba la Biblia siempre era interesante. ¿Por qué no lees lo que escribió en su día su santo patrón?

El abuelo siguió el consejo, recogió la Biblia y pasó las páginas hasta el último libro del Nuevo Testamento, la Revelación del apóstol Juan. Por alguna razón inexplicable que Dimitru después llamaría intuición, no comenzó a leer el Apocalipsis por el primer capítulo, sino por el doce. En el momento exacto en que el abuelo comprendía la enseñanza de los dos primeros versículos, terminó la hora del almuerzo.

Mientras volvía el cartel de «Abierto» en la puerta, Ilja dio un brinco como si cien avispas lo hubieran picado, tambaleándose de euforia. Gritó de júbilo y alzó los puños con expresión triunfal igual que si hubiera logrado la victoria en la más difícil de las batallas. Al principio creí que la enfermedad lunar había vuelto a hacer mella en el abuelo, como aquella vez que la barra negra de la televisión lo fascinaba y no dejaba de exclamar: «¡Eso es! ¡Eso es!»

—¡La prueba! ¡Aquí está la prueba! —chillaba, dando golpecitos en el capítulo doce de la Revelación.

—¡Silencio! Silencio, caramba. —Mi madre subió el volumen del televisor.

«Interrumpimos nuestro popular programa *Mujer en el hogar. Cocina sencilla ¡en un santiamén!* para informar de una noticia de última hora. Tras el exitoso vuelo del *Sputnik* en 1957, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas ha logrado un nuevo hito en la historia de la humanidad. El mayor de las fuerzas aéreas Yuri Alekséyevich Gagarin se ha convertido en la primera persona en volar al espacio. Hoy, doce de abril de 1961, el cosmonauta ha pasado ciento ocho minutos en estado de ingravidez a bordo de la nave *Vostok uno*. Gagarin ya ha vuelto a la Tierra, sano y salvo. Felicitamos a nuestros amigos soviéticos por este logro memorable, y a ustedes les recomendamos el programa especial que emitiremos a las ocho y cuarto: *Yuri Gagarin: el hombre a la conquista del espacio.*»

El entusiasmo del abuelo por haber comprendido la Revelación joánica se transformó en puro espanto.

—Ven conmigo —me ordenó y, tras coger su Biblia, echó a correr hacia la rectoría.

Entró sin llamar en la biblioteca, donde Dimitru, desgredado y con la mirada perdida, observaba fijamente un caos impenetrable de libros. No había hablado en sus tres años y cinco meses de vida de ermitaño.

—¡Aquí! ¡Lee esto! Revelación de Juan. ¡Capítulo doce, versículo primero!

—«Una gran señal apareció en el cielo: una mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita...» —obedeció Dimitru como si le faltaran las fuerzas para contradecir a nadie. Entonces se echó a llorar en brazos de su amigo Ilja—. Papá Johannes lo sabía —murmuró—. Y ahora también lo sabemos nosotros. La mujer vestida del sol. Si tiene la luna bajo sus pies eso significa...

—... que tiene que estar en la luna —completó mi abuelo.

—Es eso. Ésa es la prueba. Ahora por fin lo tengo claro. Por eso debía desaparecer la Virgen del Perpetuo Socorro.

—¿A qué te refieres?

—Ilja, mi buen amigo, recuerdo el semblante de la Virgen con exactitud. ¡El enclenque niño Jesús! Oh, y sus inmensos pechos. Pero también sus delicados pies. ¡Los pies! ¡Eso es! La Virgen está de pie sobre una hoz. O sea, ¡sobre una media luna! La historia del origen de Baia Luna es un error. Un error fatal en el que cayeron todos. La media luna no evoca la victoria de los cristianos sobre los musulmanes, sino ¡la Asunción de María! El escultor lo sabía entonces. ¿Lo entiendes? Por eso los bolcheviques robaron la Virgen de la montaña. Para que su propaganda de conversión de la humanidad al ateísmo vaya sobre ruedas. Nada debe recordarnos que la madre de Dios está en la luna. María es la soberana lunar.

—Es increíble. ¿Cómo no nos dimos cuenta antes?

—Porque no estudiamos las Sagradas Escrituras. Son la fuente de todo conocimiento, la fuente de la que siempre bebió Papá Baptiste. ¿Existe mayor prueba que la mismísima palabra de Dios?

El abuelo negó con la cabeza. El cingaro miró al techo, embelesado hasta lo más profundo de su alma por el rayo de luz del conocimiento. Entonces se echó al cuello de su amigo, que correspondió a sus sonoros besos de felicidad con la misma alegría.

—¡He hablado! ¡He pronunciado palabras! —exclamó Dimitru de pronto, cuando se dio cuenta de que se había liberado por fin de su voto de silencio. Brincó y saltó con ligereza, casi ingrávido sobre los libros diseminados por el suelo.

—Pronto tendrás que hablar aún más, Dimitru —tercié—. La situación es grave. El proyecto de Koroliov se encuentra en su fase final. Ya no lanza perros al cielo. Un hombre, un tal Gagarin, ha estado en el espacio. Justo ahora en la televisión se verán las imágenes que lo demuestran.

—Bueno, ¡a qué esperamos! *Tempus fugus!* Aquí sólo estamos perdiendo el tiempo.

El gitano cerró la biblioteca y, del brazo de Ilja, caminó orgulloso con nosotros hasta casa. Mi madre gritó de alegría cuando oyó decir al cingaro:

—Saludos, querida.

—Por fin vuelve a estar entre los vivos —solté.

—Cierto —rió mi madre, arrugando la nariz—, pero antes de que los vivos te acojan hay que tomar medidas higiénicas urgentes. Dimitru, hueles fatal.

Así que caldeó el baño y preparó agua caliente para el barreño. Después me envió a casa de Hermann Schuster a anunciar la noticia del renacimiento del gitano y a preguntar si quizá entre la ropa de Andreas, el hijo mayor, había un pantalón que ya no utilizara, una camisa y una chaqueta. Luego del baño empujó a Dimitru hasta una silla en la entrada, agarró las tijeras y le cortó el pelo entre el griterío de los niños del pueblo.

—¡Pero la barba no!

Al responder mi madre con malicia que sin barba sería aún más irresistible para las damas, Dimitru replicó:

—¿Crees acaso que el pueblo de Israel habría seguido a Moisés a través del mar Rojo de no haber tenido una barba tan poblada? ¡Jamás! Si el viejo nunca se fue solo a la cama por las noches, no fue a pesar de su barba sino gracias a ella.

El abuelo, en signo de aprobación, añadió:

—Lee la Biblia, Kathalina, y verás la estirpe que engendró Moisés.

Entonces fue evidente que Dimitru Carolea Gabor volvía a ser el de siempre. Y su amistad con el abuelo Ilja, también.

A las siete, los mejores sitios frente al televisor se hallaban ocupados; a las siete y media, la taberna estaba llena a rebosar. El reportaje especial anunciado para las ocho y cuarto comenzó con una larga introducción a la que, incluso quienes eran conscientes de su intención propagandística, debieron reconocer una realización extremadamente taimada.

El reportaje empezaba con una marcha fúnebre lenta y pesada. Con sólo tres compases ya imperaba un clima de funeral, como si se llevara a la tumba algo verdaderamente significativo. En la pantalla aparecía un enorme billete de dólar y se oía un solemne comentario: «Este dinero quiere gobernar el mundo.» A continuación sonaban dramáticos golpes de timbales y redobles de tambor. «Pero ¿quién? ¿Quién se esconde tras ese dinero?» Con esta pregunta, la lúgubre pregunta anterior se volvió aún más lúgubre y fue seguida, de manera aparentemente arbitraria, por breves secuencias de películas: capitalistas fumando puros cuyos chóferes de piel oscura les abrían la puerta de las limusinas; trabajadores en paro guardaban cola cabizbajos frente a fábricas cerradas, uno de ellos incluso descalzo; un corpulento productor de cine pellizcaba el trasero a una bella actriz de pechos turgentes; docenas de porras de policías caían sobre un negro indefenso. Pero el colmo del mal gusto lo protagonizó una rubia oxigenada: tras colocarse con descaro justo sobre una rejilla de ventilación, dejó que el vestido le ondeara sobre las posaderas de manera que cualquiera pudiera verle las bragas. Después apareció un hombre muy sonriente vestido de punta en blanco, al que besuqueaban una panda de mujeres semidesnudas con ridículas orejas de conejo. De pronto la música se volvió tan alta, estridente y salvaje que algunos parroquianos se taparon los oídos. Un tipo gritón y sobreexcitado se estremecía con las caderas al ritmo de un guitareo horrible y movía sus partes adelante y atrás, al tiempo que aullaba al micrófono algo indescriptible mientras chicas jóvenes que chillaban con gesto extasiado trataban de agarrarlo. Dimitru aún balanceaba el pie al ritmo cuando la música cesó, dando paso a unos estudiantes norteamericanos que holgazaneaban en un campus universitario y mascaban chicle.

«¿Es esta juventud la que hará despegar el espíritu humano e impulsará el

progreso?», preguntó la voz del locutor, y a continuación un murmullo que se convirtió en grito se extendió por la taberna: la pantalla mostraba un cohete sobre una rampa de lanzamiento. Alguien contó. *Faif, for, zri, tu, uan*, seguidos de un par de palabras más que nadie comprendió. Una enorme bola de humo y fuego lo cubrió todo. Apareció la leyenda «Lanzamiento del satélite *Vanguard 1*. EE.UU., 6.12.1957». El cohete fue despegando lentamente, hasta que se desplomó y explotó. «El sueño americano es una pesadilla», dijo entonces la voz en *off*.

Cambio de escena.

Música de Chaikovski y un radiante Yuri Alekséyevich Gagarin saludando a las cámaras. Muchísimas cámaras. Luego otra vez la imagen de una gigantesca rampa de lanzamiento. El nombre de la cápsula espacial *Vostok* significa «Este»; sólo eso ya enfadará a los yanquis. Empieza la cuenta atrás en ruso. 9.05 hora local de Moscú. De nuevo fuego y humo. Lanzamiento perfecto. Maravilloso rastro de fuego. Más alto, cada vez más. Voz de Gagarin: «Veo la Tierra. Hay buena visibilidad. Todo normal. Todo funciona de manera óptima. Sigo volando. Ambiente optimista. Todo va bien. Los motores funcionan con normalidad. Ahora veo el cielo.»

Otro cambio de escena y flashback. Escenas de su carrera: Gagarin, hijo de una familia de campesinos pobres, hijo del pueblo, trabajador, perseverante, con la mirada puesta en el futuro. El alumno Gagarin, el estudiante de Matemáticas, el camarada del Partido. El Gagarin culto, con Marx y Lenin bajo el brazo. El mayor de las fuerzas aéreas, siempre el mejor, siempre con condecoraciones, el grado más alto. Cosmonauta, héroe de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, primer hombre en el espacio, ingrátido, inmortal. Ya basta de Gagarin. En la imagen aparece Jruschov. Con aires de superioridad, seguro de sí mismo, jovial. Agita un telegrama. Felicitaciones del presidente norteamericano. Kennedy ha dado la enhorabuena, ha comentado las sublimes metas de la humanidad e incluso ofrecido colaboración a los soviéticos. ¿Explorar juntos el cielo? Jruschov ríe, niega con la cabeza. ¿Quién querría pactar con los perdedores? Los telespectadores ya saben que los norteamericanos no lo han logrado. Entonces Jruschov estrecha manos, da palmadas en los hombros. Toma la mano de Gagarin. La alza. «Bien hecho, Yuri.» Tormenta de flashes. Un momento histórico.

En ese momento, llega la pregunta decisiva: «Camarada Yuri, ¿acaso has visto a Dios allá arriba?»

Gagarin responde: «No.»

—Buena pregunta de Nikita —comentó Nico Brancusi.

—Buena respuesta de Yuri —apuntó su hermano mayor, Liviu.

Nadie de Baia Luna los contradijo. El programa especial terminó. Ilja apagó el televisor. Los clientes se fueron a casa como si no hubiera ocurrido nada extraordinario. En la taberna sólo quedamos el abuelo, Dimitru y yo.

—¿No creéis que tras mi época de abstinencia vuelve a ser hora de una copichuela?

Me levanté. Pero al contrario de años atrás, cuando servía a Dimitru como mozo de taberna, puse sobre la mesa una botella de *tuica* para el gitano por primera vez en calidad de tabernero.

—Cortesía de la casa.

—Vaya, Pavel —dijo alzando la vista hacia mí—. Te has convertido en todo un hombre.

Para mi asombro y el de Ilja, el cingaro efectivamente bebió sólo un vaso.

—Esto no pinta bien para América —dijo el abuelo—. Sus cohetes son una birria. Pero creo que Jruschov ha cometido un error.

—¡Oh sí, amigo mío, claro que sí! —exclamó Dimitru, asintiendo con la cabeza—. Un gran error.

—Si los yanquis son listos —continuó el abuelo—, comprenderán ahora por qué los rusos meten cosmonautas en los cohetes.

—Pero los norteamericanos no son listos. Sólo tienen la suerte de que Nikita sea aún más estúpido. Es tan tonto que anuncia a bombo y platillo cualquier amago de progreso del proyecto, en vez de esperar a dar el golpe decisivo. Los rusos aún no han llegado a la luna. Todavía no tienen a la Virgen. La pregunta sobre Dios se ha formulado con demasiada antelación.

—Demasiada. Los americanos estarán oliéndose algo. ¿Cuántos miles de millones crees que soltarán ahora para demostrar que Dios está en el cielo? No querrán quemar todos sus dólares y quedarse con el culo al aire.

—Exacto, exacto —confirmó Dimitru—. Jruschov se ha ido de la lengua muy pronto. Pecado mortal. Ha caído en la trampa de la vanidad. ¿Acaso no es considerada la *superbia, causaliter causalis*, la causa por antonomasia de la estupidez humana? Apuesto a que Koroliov sabe que su presidente es un idiota rematado. Pero así es la política, unos tienen el saber, otros el poder. Esto es lo que ocurre cuando no son hombres de ingenio, sino proletarios quienes gobiernan el mundo.

—Resumiendo: María, Madre de Dios, ascendió a los cielos corpóreamente —explicó mi abuelo, rascándose la cabeza—. Así lo certifica el dogma papal. Y se halla en la luna. Eso lo garantiza Dios personalmente con la Revelación al apóstol Juan. Ahora la pregunta decisiva es la siguiente: ¿qué harán los bolcheviques cuando encuentren a la Virgen?

—Mi querido Ilja, ésa es de hecho la pregunta de las preguntas. Y ateniéndome a las leyes de la lógica sólo se me ocurre una respuesta.

—¿Cuál?

—Los soviéticos le darán la vuelta a la ascensión. Devolverán a la Virgen a la Tierra.

—¿Y entonces? ¿No le harán nada? No la matarán, ¿verdad? ¿Crees que los bolcheviques se achicarán ante el asesinato de la Madre de Dios?

—Seguro que sí. Koroliov no es un marxista ingenuo, sino un astuto nietzschista, ¿entiendes?

El abuelo negó con la cabeza.

—Da igual. Presta atención. Si trae a la Madre de Jesús a la Tierra, Koroliov sacará la conclusión lógica de que Dios existe, a pesar de que Gagarin no lo haya visto desde la ventanilla de su cohete. Pero si Dios existe, entonces el mejor de los ingenieros puede olvidarse de su proyecto de convertirse él mismo en un dios. Y se guardará mucho de tocar un pelo a la Madre de Dios o incluso de hacer que la Securitate la liquide. Porque entonces tendría que dar por perdida la vida eterna tras la muerte prometida por Jesús. Un asesino de la Virgen ni siquiera necesita acercarse al trono de Dios durante el Juicio Final, sino que baja directo al infierno.

—Obviamente. Pero ¿qué hará el más importante ingeniero con María aquí en la Tierra?

—La dejará libre, deseándole lo mejor. Entonces ella podrá correr por las calles a plena luz del día, asegurando que es la Madre de Dios. Con un poco de buena suerte la gente se reirá de ella, pero con mala suerte irá a parar a uno de esos manicomios para el resto de su vida. Y Koroliov podrá afirmar que sus intenciones con ella habían sido buenas y se lavará las manos como el romano Pilatos.

Bostecé y señalé que habíamos sobrepasado con creces la hora de cierre. Dimitru me tendió la botella abierta pidiéndome que la guardara hasta la próxima noche, mientras el abuelo se tragaba sus pastillas contra la epilepsia con un vaso de agua.

Cuando fui a mi dormitorio la absurda conversación entre Dimitru y mi abuelo aún me resultaba incomprensible, pero de repente tuve una idea. Y cuanto más lo pensaba, más cuajaba el plan de servirme de las quimeras de ambos para lograr mis objetivos.

La tarde siguiente, cuando Dimitru entró en el local rebosante de espíritu emprendedor, los conduje con aire apremiante a él y al abuelo a la cocina y les pedí que se sentaran. Entonces colgué el cartel de «Cerrado» en la puerta, saqué el *tuica* de Dimitru y me senté con ambos viejos a la mesa de la cocina.

—¿Sabéis lo grande que es realmente la luna? —pregunté sin rodeos—. Ya en la escuela, en clase de Ciencias Naturales aprendí que tiene un diámetro de tres mil cuatrocientos ochenta kilómetros. Eso es un cuarto del diámetro terrestre.

—¿De verdad? —El abuelo estaba asombrado—. Entonces es bastante grande.

—Por no decir voluminosa —comentó Dimitru—. Desde aquí abajo, nadie lo diría.

—Exacto —convine con aire trascendente—. Y en ello podría residir el problema para los soviéticos.

—¿Qué problema?

—Si ayer os entendí bien, estáis convencidos de que la Virgen vive en la luna desde su ascensión y que los soviéticos quieren traerla de nuevo a la Tierra.

—Así es —admitió el cingaro—. Y detrás de eso está Koroliov, ese ingeniero de cohetes. Un materialista perspicaz. Y ahora que ya sabes tanto, Pavel, promete que no se lo contarás a nadie.

—Palabra de honor.

—Bien. Nuestra misión consiste en avisar a los norteamericanos. Deben anticiparse a los rusos en llegar a la luna y proteger a la Virgen, ¿entiendes?

—Entiendo. Pero, como he comentado, ahí radica la dificultad. En el tamaño de la luna. Da igual si son los rusos o los yanquis, tendrán que buscar durante años hasta dar con la Virgen. Como una aguja en un pajar. Y quizá nunca la encuentren. Si se esconde...

Intercambiaron una mirada, que revelaba que seguían mi razonamiento.

—De ello deduzco —señaló el abuelo— que habría que saber más o menos exactamente dónde se encuentra la Madre de Dios antes de escribir una carta al presidente americano o de cruzar el Atlántico.

—Eso mismo opino —dije.

—Vaya, hombre —se lamentó el gitano—, la cantidad de cosas que hay que tener en cuenta. Pero ¿cómo vamos a descubrir dónde está la Madre de Dios? Desde aquí abajo, a simple vista no se puede hacer nada.

—Conozco una manera de reducir la distancia en cierto sentido y acercar la luna. —Cuando cuatro ojos curiosos se clavaron en mí, saqué el conejo de la chistera—: Necesitáis un telescopio.

La recomendación surtió efecto. Mencioné que en el escaparate de una tienda de antigüedades de Clusoara había visto ese aparato óptico. Dimitru e Ilja ardieron de entusiasmo. Expliqué además que aquel hombre depresivo llamado Gheorghe Gherghel también poseía aparatos fotográficos, sí, incluso una cámara con lentes. Al principio no comprendieron la posible utilización de esos elementos, pero acabaron fuera de sí cuando les expliqué que si bien con el telescopio podrían localizar a la Virgen, con la película y una cámara podrían plasmar la prueba en una imagen visible para el resto del mundo.

Dimitru ya estaba ejecutando de nuevo una de sus danzas de la alegría, cuando el abuelo lo hizo bajar de nuevo a la realidad.

—Pavel, ya que estuviste en aquella tienda, ¿preguntaste el precio de esos cachivaches?

—Son bastante baratos en relación a la calidad. Mil quinientos. Como mucho dos mil. Por todo. El lote entero.

El abuelo se llevó la mano al mentón y movió la cabeza.

—Lo siento, pero no tengo tanto dinero. Para eso debería ahorrar durante un año.

—¡Qué tonto soy! —exclamó Dimitru—. ¿Por qué se me metería en la cabeza que tenía que guardar silencio todos estos años? De ese modo no pude liquidar las reliquias. Porque sin hablar no puede venderse una mercancía así.

—Se me acaba de ocurrir cómo podríamos conseguir esa suma —dijo entonces mi abuelo, chasqueando los dedos—. Aunque tal vez te enfades conmigo y dejes de hablarme de nuevo, Dimitru.

—Nunca más en mi vida me enfadaré contigo por nada.

—Podríamos vender el regalo que me hiciste. Me refiero al televisor.

—¿Harías eso? Mi regalo... ¿De verdad renunciarías a la tele para burlar a Koroliiov?

—Merece la pena.

A la mañana siguiente, al despuntar el sol ya estaba sentado en el pescante. El abuelo y Dimitru iban en la trasera del carro. Sus brazos descansaban sobre una caja tapada con una manta.

Llegamos a Clusoara antes del mediodía. Conduje hasta una plaza en la zona de Burgberg no muy lejos de la torre del reloj. Tras asegurarme de que el negocio de compraventa de Gherghel aún existía y de que el telescopio seguía en el escaparate, llevé el pesado televisor a la tienda.

—Un momento, señores —exclamó un hombre setentón de pelo cano—, ya no compro nada más.

Dimitru alzó la manta y Gherghel se puso sus gafas. Tenía una mirada de entendido.

—Uy, esto no se ve a menudo. Es un aparato fantástico. De ensueño. De la mejor calidad. Loewe Optalux, de Alemania. De la Alemania Occidental, para ser exactos. Pero llegáis demasiado tarde. De verdad que ya no compro nada. Cuando acabe la semana tendré que abandonar este local. Ahora mismo estoy de liquidación.

—¿Cuánto habría pagado por el televisor si su negocio aún funcionara? —pregunté obstinado.

—Por un aparato así habría llegado al límite de mis posibilidades financieras. Mil seiscientos, mil ochocientos. Si no os parece demasiado poco. Y por supuesto sólo si podéis demostrar su procedencia. Jamás he aceptado nada sin un comprobante. Al menos, no aparatos caros. Si trabajara con mercancía robada tendría ya un pie en Pitesti. Pero como ya he dicho, no compro nada más. Me daré por satisfecho si consigo librarme del resto de cacharros que hay aquí.

Miré alrededor. Todos mis objetos de deseo aún estaban disponibles.

—El telescopio del escaparate, la cámara fotográfica con las lentes y el laboratorio con toda la parafernalia, recipientes, papel, sustancias químicas —enumeré—, ¿cuánto costaría todo ello?

—¿Todo junto? ¿Es que tenéis tanto dinero? —Gherghel hizo un cálculo aproximado—. Alrededor de los dos mil. Realmente es un precio más que razonable.

—Le haremos una propuesta: hagamos un cambio —intervino el abuelo—. El televisor por todos los cacharros. También es razonable, ¿no? —Y enseñó el recibo.

Gheorghe Gherghel se quedó sin habla. Se acercó a una escalera que conducía a sus habitaciones privadas y llamó a un tal Matei. Enseguida bajó su sobrino, que me reconoció de mi primera visita.

—Hola, ¿aún te interesa la ampliadora?

—Mira este televisor —dijo el tío de Matei—. Podemos quedárnoslo a cambio de esos cacharros ópticos. ¿Qué te parece?

—Así ya no pasarás las noches mirando por la ventana muerto de aburrimiento — se limitó a responder el sobrino.

Un cuarto de hora después ninguno de los tres dudaba de que Gheorghe Gherghel no sólo era un hombre honrado, sino también feliz. Cuando supo que procedíamos de las montañas nos regaló un aparato de radio, algo estropeado pero que todavía funcionaba, con ojo mágico verde. Matei me preguntó si al chico que me acompañaba la última vez aún le interesaba una mira telescópica. Al responder que seguro que sí, añadió también una mira de las antiguas existencias del ejército.

—Sabes, desde que la caza está prohibida ningún particular compra ya estas cosas —me explicó.

Mientras me imaginaba los gritos de alegría de Petre, Gheorghe Gherghel sacó el telescopio del escaparate y explicó que se trataba de un aparato de lentes acromático que funcionaba según el principio de Kepler y tenía una capacidad de aumento considerable.

Dimitru sólo quería saber una cosa: ¿ese tubo incromático servía también para la luna? Gherghel, tras un instante de perplejidad, aseguró que el aparato estaba creado justo para reconocer detalles mínimos en objetos celestes muy lejanos.

—Estáis de suerte. Con el telescopio os lleváis también un viejo mapa de la luna de un astrónomo llamado Giovanni Battista Riccioli. Fue un sabio jesuita italiano. El mapa es de mediados del siglo diecisiete. Naturalmente no es el original, que sería impagable, pero sí una buena réplica algo más reciente. Os ayudará para orientaros en vuestro estudio lunar.

Cuando el amable anticuario desenrolló la copia del mapa de 1651 *Maria et Monti Lunae*, Dimitru se quedó petrificado por el desconcierto.

—¡María y las montañas! —gritó jubiloso—. Este sabio, este monje jesuita ya vio a María hace trescientos años. ¡En la luna! Y con un simple tubo telescópico.

—¿Quién? ¿A quién vio Riccioli? —Gheorghe Gherghel negaba con la cabeza.

—A la Virgen María. La Madre de Dios *in persona*. Este astrónomo la descubrió.

—¿Cómo demonios se te ha ocurrido eso?

—¡Ahí! —exclamó Dimitru tamborileando con un dedo en el mapa—. Ahí lo dice. *Maria et Monti Lunae*. Según mis modestos conocimientos de latín, bendito sea el difunto Papá Baptiste, eso significa: María y las montañas de la luna.

Gheorghe Gherghel se dio una palmada en el muslo, desternillándose de risa.

—¡Vosotros, los de las montañas, sí que vivís en otra galaxia! Santo Dios, menudos expertos que estáis hechos. ¡María! ¡Mira que ocurrírsele eso! *Maria* es el plural de *mare*. Y *mare* significa «mar». De hecho, los primeros astrónomos creían que las oscuras manchas lunares eran mares. De ahí los nombres: *Mare Australe*, el Mar del Sur, *Mare Imbrium*, el Mar de la Lluvia, *Mare Vaporum*, el Mar Humeante. Hoy se sabe que los *mare* son desiertos de piedra, pero los nombres se han mantenido. Y todos los *mare* juntos se llaman *maria*. Se acentúa la primera «a», *maa-ria*, no Ma-rí-a. Es jerga científica, no tenéis por qué saberlo.

Dimitru carraspeó mosqueado, pero estuvo de acuerdo con el abuelo en que el doble significado del nombre latino, igual para los mares como para la Madre de Dios, podía deberse a cualquier cosa excepto a una simple coincidencia.

El *Mare Serenitatis*, doce puntos blancos y un poco de teatro

Para no levantar revuelo en Baia Luna con el material óptico, lo llevé a nuestro almacén al amparo de la noche. Ilja y Dimitru ardían de impaciencia por utilizar su telescopio. ¿Había un lugar más apropiado para averiguar el paradero de María en la luna que la cumbre de la montaña homónima? Aunque habrían deseado poner en marcha la expedición de inmediato, por la tarde no dejaron de levantarse nubes que al anochecer cubrieron el cielo estrellado. De todas formas no permanecieron inactivos. Inclclinados sobre el mapa *Maria et Monti Lunae* trataron de familiarizarse con el terreno del satélite. Sirviéndose de lápiz, regla y compás, realizaron algunos cálculos para delimitar de manera especulativa posibles localizaciones de María antes de mirar por el telescopio. Tras haber traducido con la ayuda de un diccionario de latín todas las inscripciones del mapa lunar, Dimitru proclamó:

—María reina desde el *Mare Serenitatis*.

—¿Dónde? —preguntó el abuelo.

—En el Mar de la Serenidad. Podemos excluir todos los demás mares.

—¿Cómo estás tan seguro? La luna es grande —objetó Ilja—. *Mare Imbrium*, *Mare Humorum*, *Mare Nubium*. La bendita puede haber aterrizado en cualquier lugar en su ascensión. Eso significa que debemos buscarla por todas partes excepto en el *Mare Moscoviense*. Naturalmente, habrá dado un rodeo para evitar el mar de los rusos.

—Soy de la misma opinión. —El cingaro excluyó también otros lugares—: ¿Crees realmente que celebraría encuentros con los doce apóstoles en un lugar tan inhóspito como el *Oceanus Procellarum*, el Océano de las Tormentas? ¿O en el glacial *Mare Frigoris*, donde los dientes le castañetearían de frío? ¿O peor aún —añadió tapándose la nariz—, entre los vahos del *Mare Vaporum* o en la *Palas Putredinis*, la Marisma de la Podredumbre?

—¡Estáis como cabras! —se burlaba Kathalina al principio divertida, después preocupada por el estado mental de ambos amigos y al final enfadada—. Ya no servís para nada razonable. Desde que Johannes Baptiste no está con nosotros no pensáis más que disparates. ¡María en la luna! Rezo por que llegue pronto al pueblo otro párroco que os haga poner los pies en la tierra y renunciar a esos demenciales vuelos astrales.

Ante la objeción de que sabían que contaban con el apoyo de las más altas autoridades, un dogma papal y la palabra de Dios en la propia revelación bíblica, mi madre replicó que no dudaba de la verdad de la Biblia y la Iglesia, pero sí de la

influencia del Espíritu Santo. En lugar de iluminar a su prójimo, les nublabla la razón de manera evidente.

—Sólo a unos tontos se les ocurriría cambiar un televisor tan maravilloso por una vieja radio y todos esos trastos inservibles.

A pesar del enfado de mi madre, la radio se convirtió para Ilja y Dimitru en la ventana al mundo, que hacía llegar las últimas noticias hasta nuestra taberna. Bueno, sólo aquellas informaciones que hubieran pasado el filtro del organismo estatal de censura o que hubieran sido teñidas por la imaginación desbordante del aparato de propaganda. La transmisión radiofónica sufría además interferencias debido a problemas de tipo técnico. Tras haber estado dándole vueltas, averigüé que el aparato de radio recibía bien las señales pero tenía problemas para reproducir los sonidos. Dimitru conjeturó que los polos positivo y negativo de los imanes de los altavoces probablemente se habrían intercambiado a causa de los bandazos durante el transporte en el carro de caballos. El fallo se manifestaba de tal forma que en ocasiones el receptor emitía sonido de la mejor calidad durante horas, pero después de repente empezaba a crepitar o quedaba silenciado completamente durante pocos instantes pero decisivos. Entonces el irritado cingaro chasqueaba los dedos de la mano derecha mientras con la izquierda giraba furiosamente el dial, lo que irritaba de tal manera a mi madre que la mayoría de las veces acababa desenchufando el aparato.

Poco después del triunfo de la Unión Soviética con el vuelo espacial de Gagarin, oímos la noticia de que la América que con tanta pasión amaba el abuelo no sólo fabricaba cohetes penosos, sino que además daba una pésima imagen en la escena política internacional. Cuando escuchó el nombre de Fidel Castro, Ilja aguzó el oído. Dimitru subió el volumen al máximo. Al parecer, Estados Unidos había tratado de derrocar al revolucionario tan aplaudido en los círculos del Partido de los Trabajadores de Transmontania. Como Castro había expulsado de Cuba a todos los capitalistas, impulsaba la proletarización y ahora además pactaba con la Unión Soviética, los americanos se habían preparado para la contraofensiva. Si había que dar crédito al locutor, contrarrevolucionarios cubanos se habían vendido a Estados Unidos por unos miserables dólares, para ser enviados a Cuba armados hasta los dientes contra sus propios compatriotas. Lo ocurrido al final en Cuba siguió siendo un enigma, ya que la radio volvió a fallar. Al menos el abuelo y Dimitru pudieron escuchar repetidas veces el nombre del presidente norteamericano que había enviado a Jruschov un telegrama de felicitación tras el vuelo de Gagarin. Aparentemente ese tal John Ef Kennedy también había ordenado el asalto a Cuba para instaurar entre los habitantes la libertad americana, que sin embargo nadie en la isla de los revolucionarios parecía apreciar. La guardia rebelde de Fidel, o así lo entendió Dimitru, había lanzado a los invasores a una bahía llena de cochinos, a lo que mi abuelo, para entonces experto en la Biblia, añadió que ya Jesús había exorcizado demonios ordenándoles que entraran en cerdos que a continuación cayeron al mar y se ahogaron. En mi opinión, si las noticias tenían un fondo de verdad, era que los

hombres de Kennedy no habían logrado la caída de Castro. De ahí que Ilja y Dimitru preguntaran si la inteligencia de los norteamericanos bastaría no sólo para descubrir los planes secretos de Koroliov, sino también para contraponer una estrategia efectiva.

—América debe reaccionar de una vez —reclamó el abuelo.

Y reaccionó. El 25 de mayo de 1961 el presidente de Estados Unidos pronunció ante el Congreso un discurso de enorme relevancia nacional. Habló de una batalla inminente entre la libertad y la tiranía que Estados Unidos ganaría en cualquier caso, sin importar cómo acabara. Y también de la lucha por la conquista del espacio. Kennedy proclamó: «¡Nuestra nación tendrá como objetivo enviar a un ser humano a la luna y traerlo sano y salvo de vuelta a la Tierra antes de que acabe esta década!»

Ilja y Dimitru aún no habían tenido tiempo de celebrar la suerte que habían tenido, cuando otra noticia radiofónica atrajo toda su atención. Estaba hablando el presidente del Consejo de Estado de Transmontania Gheorghiu-Dej, considerado un acérrimo aliado de Moscú. Comentando la situación política mundial, explicaba que los delirios de grandeza de Estados Unidos en cuanto a la conquista espacial crecían en proporción inversa a los fracasos terrestres. En su opinión, Kennedy sólo había anunciado su plan utópico de llegar a la luna para armar revuelo nacional e internacional, y así distraer a la opinión pública del desastre en Cuba y de sus escándalos sexuales.

Cuando Dimitru oyó que las aventuras extramatrimoniales de Kennedy con una mujerzuela del cine siempre borracha y atiborrada de pastillas habían dañado su imagen en la política nacional, aplaudió gritando de júbilo.

—¡Los bolcheviques tienen miedo! Se están poniendo nerviosos. Ahora sus perros rastreadores olisquean hasta la cama del presidente. Cuando los rusos empiezan a tener el coco vacío, golpean en los huevos. Pero un hombre que quiere llegar a la luna a toda costa no se enreda en asuntos de faldas. Créeme, Ilja, si hay alguien que pueda parar a Koroliov ése es nuestro John Ef. —Se interrumpió y se golpeó la frente—. ¡Hombre, Ilja! ¡Esa historia de la amante del presidente! ¡Es parte del plan de la providencia! En Radio London hablan siempre de una tal Mérilin. ¿Sabes qué significa traducido? Marieta. ¡María y John Ef! John es el diminutivo de Johannes, Juan. Y Ef, que es seguramente como pronuncian Ev, ¡Evangelista! Y Juan el Evangelista fue la única persona a quien la mujer de la luna se apareció en sus visiones. ¿Comprendes, Ilja?

—¡Los yanquis lo han entendido! —Mi abuelo estaba feliz—. Kennedy empieza a desarrollar su contraproyecto. Quiere llegar a la luna. Y sabe que el tiempo apremia.

—Supongo que John Ef pondrá en marcha ahora las máquinas de imprimir dinero. Volar a la luna debe costar muchos dólares. Si he entendido bien las noticias de Londres, América ha contratado incluso a un alemán como fabricante de cohetes. Vorner Braun o algo parecido. Hazme caso, si un alemán se encarga de algo, funciona.

—Si los alemanes se alían con los yanquis —concluyó el abuelo—, entonces Koroliov lo tiene crudo.

—¡Y que lo digas! ¡Pavel, *tuica!*

Como siempre, las noticias de la noche acabaron con el parte meteorológico. Para el viernes 26 de mayo y los días siguientes se esperaban en los Cárpatos temperaturas veraniegas y radiante cielo azul. Ilja y Dimitru se precipitaron a la puerta. La noche era estrellada. Dentro de dos días habría luna llena. ¿Qué momento podría ser más propicio para sus observaciones telescópicas que las últimas jornadas de mayo, el mes de María?

Al día siguiente les expliqué cómo montar el telescopio y manejar la cámara de fotos, la película y el flash. Ellos pidieron a mi madre que les preparara provisiones para varios días. Tras la recomendación de Dimitru, que advirtió que la fatiga del ojo en el ocular del telescopio exigía bebidas que aumentaran la concentración, añadí un par de botellas de aguardiente, medida que empezó a despertar poco a poco mis remordimientos. Al fin y al cabo, era yo quien había dado alas a aquel estúpido plan de los dos investigadores marianos a raíz de la visita al anticuario.

—No te olvides de tus pastillas contra la enfermedad lunar —soltó Kathalina, hiriente.

A última hora de la tarde ambos se pusieron en marcha.

Hacia la medianoche llegaron a la capilla donde antiguamente estuviera la Virgen del Perpetuo Socorro. Levantaron su campamento en un claro entre rocas, clavaron el trípode en el suelo y fijaron el telescopio. Tras agradecer a las fuerzas celestes por haber hecho que la luna, clara y prácticamente redonda, fuese perfectamente visible, rogaron con fervor que la Madre de Dios no rehuyera el ojo de cristal del telescopio. Se embroncaron por quién habría de mirar primero por el telescopio. Ambos querían ceder la preferencia al otro. Al final, fue Ilja quien ajustó el catalejo en dirección al satélite terrestre.

En el momento en que pegó su ojo al telescopio de Kepler, mi abuelo abandonó la Tierra. Se internó en un espacio más allá del tiempo, boquiabierto de asombro. El esfuerzo de estudiar el mapa lunar había merecido la pena. El jesuita Giovanni Battista Riccioli había realizado un excelente trabajo. Los apuntes cartográficos del astrónomo coincidían al detalle con lo que Ilja observaba. Sobrevoló las gargantas inconmensurables de las monumentales cadenas montañosas, los picos rugosos y crestas erosionadas y se deslizó por desiertos que se extendían hasta el infinito, como si su espíritu hubiera salvado el abismo entre el cielo y la Tierra. Llanuras sombrías se abrían atravesadas por terraplenes accidentados y restos de rocas color granate. Entre ellas las corrientes, como ramales de cauces secos, abrían cráteres estratificados, redondos y ovalados, algunos de una profundidad insondable, muchos otros minúsculos como cabezas de alfiler. Ilja reconoció el cráter bautizado en honor al historiador romano Plinio. Estaba situado al norte del *Mare Tranquillitatis*, el Mar de la Tranquilidad, al que a su vez se unía el extremo sur del *Mare Serenitatis*.

—¡Lo tengo! —exclamó.

—¿Qué?

—El Mar de la Serenidad.

—¿Y? —Dimitru ya no tiritaba de frío, sino de nerviosismo—. ¿La ves?

—No. ¡Mira tú!

—Efectivamente. El *Mare Serenitatis*. Pero sólo veo piedras.

La pregunta «¿Qué ves?» y la respuesta «Nada» se sucedieron durante las siguientes cuatro noches en intervalos regulares, pero cada vez más espaciados. Como les dolían los ojos, se turnaban cada media hora. En vano. Cuando la luna se sumergía en el oscuro horizonte continuaban hablando un rato para constatar que no había nada de qué hablar. Por lo demás, se animaban el uno al otro proclamando que podían perderlo todo excepto la paciencia. Con los primeros rayos de sol mi abuelo bajaba hasta un pequeño manantial, saciaba su sed y tomaba sus pastillas para la epilepsia, mientras Dimitru se permitía un poco de *tuica* para dormir de un tirón hasta la noche. El último día de mayo, un miércoles, el pan, el embutido y el tocino se habían acabado hacía tiempo, pero a pesar de los crujidos de los estómagos, el acuciante dolor de espalda y el escozor de ojos, decidieron aguantar la noche del jueves 1 de junio. Cuando por fin oscureció y salió la luna, Dimitru descorchó la última botella de aguardiente de frutas. Como mi abuelo empezó a quejarse de que al mirar por el telescopio se mareaba y lo veía todo negro, el gitano, con voz pastosa, lo tachó de burro obstinado y le espetó que se fuera a dormir. Entonces el abuelo se metió bajo la lona.

Dimitru miró. Con el ojo en el ocular, clavó su mirada en el *Mare Serenitatis* incluso cuando la sed torturaba su garganta seca. De vez en cuando daba una cabezadita, se inclinaba atrás ebrio, se obligaba a mirar de nuevo, hasta que lo venció la sensación de que la luna comenzaba a rotar suavemente. Dimitru giró con ella y se sumergió en las cascadas tornasoladas de la Bahía del Arco Iris, *Sinus Iridium*, se embriagó con el púrpura de la *Palus Somnii* y se extasió con la pureza geométrica de los círculos concéntricos del cráter Taruntius. Desde el *Mare Humorum* vagó hacia el oeste, pasó por el Mar de las Nubes hasta el *Mare Nectaris*, viró en dirección norte hasta que su mirada encontró de nuevo el punto de partida de su viaje por encima del cráter Plinius, el Mar de la Serenidad. Tomó un último trago de *tuica* e hizo acopio de fuerzas para mantener pegado el ojo al telescopio.

Cuando las doce campanadas de la iglesia de Apoldasch sonaron a lo lejos, la vio. Relucía en el centro de un cráter insignificante en el extremo suroeste del *Mare Serenitatis*, con su rostro radiante dirigido a la Tierra. Y al borde del cráter la rodeaban los doce apóstoles, dispuestos como las cifras de un reloj. De sus gargantas se elevaba un angelical *Salve Regina, mater misericordiae*.

Dimitru, entregado a un llanto gozoso, de repente se acordó de su misión. Entonces montó la cámara ante el telescopio, encendió los flashes de magnesio para iluminar el cielo nocturno y disparó foto tras foto. Después se desmoronó ebrio de

tuica y aún más ebrio de felicidad, abrazado con fuerza al telescopio, como si fuese un amante tras una noche inolvidable.

El abuelo lo despertó cuando el sol se acercaba al mediodía.

—¿Y? —preguntó.

—Amigo mío, Ilja, nuestra expedición ha sido un éxito —se limitó a contestar el cingaro.

Mientras el abuelo empaquetaba la cámara con la valiosa película y el telescopio, Dimitru fue a buscar el percherón, que pastaba, y lo ató al carro. Luego emprendieron el camino a casa.

—La vi. *Sine dubio*. Se me reveló igual que al evangelista Juan —explicó Dimitru, tendiéndome la cámara fotográfica—. Pavel, está todo aquí. Ha llegado tu turno. ¿Estás seguro de que puedes convertir la película que está dentro de este aparato en una imagen real de papel?

—Sin problemas. —Era cierto que las tomas fotográficas de Dimitru habían despertado mi curiosidad, pero lo que me moría por revelar era la imagen cuyo negativo estaba a buen recaudo en el tabernáculo de la iglesia del pueblo—. Esta misma noche me pondré a ello.

Como el abuelo y el cingaro eran un cero a la izquierda en asuntos técnicos, me habían confiado la instalación del cuarto oscuro. Al comunicarles que en el laboratorio necesitaba agua corriente, a Dimitru se le ocurrió transformar el lavadero de la antigua ama de llaves Fernanda situado en la rectoría, que llevaba años vacía.

Montar el laboratorio no me supuso ninguna dificultad especial. El anterior dueño había mantenido los aparatos a punto y conservado todas las instrucciones de uso. Yo había estudiado a conciencia las explicaciones. Al amparo de la noche, trasladé los aparatos y la cámara al lavadero de la rectoría. Tapé la ventana con una tela oscura, monté la ampliadora sobre una vieja tabla de planchar y comprobé que el temporizador y el foco funcionaban. Después, siguiendo las instrucciones, mezclé carbonato de sodio, sulfuro de sodio y metol, así como sales para la estabilización de la imagen con agua, y llené los recipientes correspondientes con líquido revelador y fijador. Por último, conecté la lámpara roja y abrí las cajas de papel sensible a la luz.

Comprobé decepcionado que la mayoría de las cajas ya habían sido abiertas. Contenían fotografías que no me interesaban, pero que revelaban mucho sobre la pasión del antiguo dueño. Los osos pardos y los ciervos en celo que luchaban por su territorio eran algunos de sus temas favoritos. Por desgracia, de las diversas cajas apenas quedaban unas pocas láminas para mis propias copias.

Saqué mi valiosa posesión, el negativo, que había recogido previamente en la iglesia. Sujeté la película en el soporte y encendí la luz de la ampliadora. Funcionaba. El cabezal podía levantarse mediante una manivela hasta que las dimensiones del haz luminoso se correspondieran con el contorno de un cartel. Enfoqué el negativo,

apagué la luz y coloqué un papel fotográfico en el marco de la ampliadora a modo de prueba. Como carecía de experiencia respecto al tiempo de exposición, sólo conseguí determinar el valor correcto tras varios intentos fallidos.

Dos horas más tarde contemplaba el fruto de mi trabajo. Cinco fotos tamaño póster colgaban de una cuerda de tender la ropa en el lavadero de la rectoría. Dos de ellas se estropearon al secarse. Quedaban tres. Mostraban al doctor Stephanescu con el pelo engominado rociando con vino espumoso los muslos desnudos de una mujer con un vestido de girasoles, mientras que en un segundo plano un hombre con gafas, supuse que Florin Pauker, se tocaba sus partes. Estas tres copias caerían como una bomba. Su fuerza haría desplomarse del pedestal al jefe Stephanescu. Angela había escrito en su diario: «Podéis colgar mis fotografías de las farolas.» No conocía un lugar mejor para presentar en público al secretario del Partido en Clusoara. Extasiado por el más que probable éxito de mi cruzada, cometí un fallo.

Aún tenía que revelar las fotos marianas de Dimitru. Cuando saqué la película de la cámara recordé de pronto la explicación de Irina Lupescu: el más mínimo rayo de luz echa a perder el material sensible. Tenía la película del gitano en las manos, cuando me di cuenta de que la lámpara estaba encendida. El último atisbo de esperanza de que en los negativos todavía pudiera reconocerse algún detalle se extinguió cuando saqué la película del líquido revelador. La tira era transparente como el cristal. Eso significaba que el positivo no sería más que una superficie negra. Pero no podía aparecer ante Dimitru y mi abuelo con tal foto. Reflexioné. La convicción de haber fotografiado a la Virgen no era más que una disparatada idea de dos inofensivos chiflados que con sus locuras no podían causar ningún daño. ¿Debía decepcionarlos? ¿O debía recurrir a una manipulación fotográfica para complacerlos? El gitano había afirmado haber visto lo mismo que viera el apocalíptico Juan. Por lo que yo recordaba, había aparecido en el cielo una señal, una mujer que resplandecía con la luna bajo los pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Debía plasmar en el papel algo así.

Reuní toda la calderilla que encontré, una moneda grande de diez así como una docena de pequeñas piezas de aluminio. En la caja solamente había cuatro láminas tamaño postal. Coloqué una sin exponer bajo la ampliadora y situé la moneda grande en el centro. Con las otras monedas compuse un círculo alrededor. Entonces encendí la luz un breve instante e introduje el papel en el baño revelador. En pocos segundos se tiñó de negro con una redonda mancha blanca en el centro, rodeada de pequeños puntos blancos. Repetí el proceso con el papel restante, los aclaré y los agité al aire hasta secarlos.

El abuelo y Dimitru seguían sentados en la cocina. Habían esperado toda la noche. Dimitru jadeaba de impaciencia.

—¿Y? ¿Y? ¿Ha salido algo?

—Depende de cómo se mire —contesté, colocando cuatro imágenes negras con puntos blancos sobre la mesa.

—Pero ¿qué es esto? —inquirió el gitano, azorado.

—No sé qué fotografiaste allá arriba, en la montaña —respondí con indiferencia—, pero tiene un aspecto llamativo. Podrían ser la luna y las estrellas. Aunque quizá los flashes fueron demasiado potentes y lo han sobreexpuesto todo.

—Pero eso no es ninguna Virgen —terció el abuelo, también decepcionado—. ¿Qué fotografiaste allí, Dimitru? Pero si aseguraste que la habías visto...

—Es que la vi. Lo juro. La vi de verdad.

—¿Y qué aspecto tenía tu Virgen? —dije en tono burlón, aunque Dimitru no se percató.

—¡Hermoso! Era hermosa. Las vírgenes siempre lo son.

El cingaro se levantó. Abrumado por la decepción y el cansancio, se marchó arrastrando los pies hacia el campamento de los gitanos. Pasó metido en su cama siete días con sus siete noches, con tal amargura que ni siquiera su propia gente se atrevía a dirigirse a él.

Cuando por fin un sábado por la mañana se levantó, los niños gitanos no fueron los únicos en asustarse. La imponente barba negra de Dimitru había encanecido. Se encaminó hacia la biblioteca, que no había pisado desde que rompiera su voto de silencio. Los libros seguían desperdigados y el aire viciado por el vaho exhalado durante sus cavilaciones. Dimitru corrió las cortinas, abrió todas las ventanas de par en par y ventiló. Entonces se dispuso a colocar los libros de nuevo en las estanterías. Tras haber convertido el caos en un remanso de orden, volvió con su clan, se sentó en una silla al cálido sol de junio y llamó a las mujeres. Exigió que lo liberaran de todo aquello que pudiera recordar al Moisés bíblico. Las mujeres obedecieron al instante. Un cuarto de hora más tarde, el gitano se había desembarazado de su magnífica barba. A continuación se metió en la tina de baño, pidió que le restregaran la espalda y lo frotaran hasta secarlo. Después se perfumó con Tabac Oriental. Se puso una camisa blanca y el traje negro que sólo llevaba en sus viajes de negocios, se encasquetó un sombrero de ala ancha y se encaminó a casa de su amigo Ilja.

Mi madre, el abuelo, la tía Antonia y yo, que estábamos sentados en la cocina, no lo reconocimos en un primer momento.

—Es increíble —dijo Antonia—, menudo hombre más guapo e imponente estás hecho.

—Parece que en tus mejores años por fin estás volviéndote sensato —comentó mi madre, también impresionada—. Siéntate a comer con nosotros.

—Ilja, he sido un idiota —admitió el gitano más tarde, cuando las mujeres hubieron recogido la mesa—. Creí que la Virgen bendita se sometería a las leyes de los aparatos ópticos. ¿Existe peor error? ¿Cómo un hombre en su sano juicio puede suponer que logrará hacer aparecer a la Virgen en una hoja de papel gracias a mejunjes químicos en un laboratorio?

—¡Mira, Dimitru! ¡Mira! —exclamó mi abuelo, sacando las imágenes con los puntos blancos—. Las cosas no están tan mal. Cuando la viste ¿tenía la Virgen un

aspecto muy luminoso?

—Como un sol radiante.

—Y los apóstoles ¿también estaban allí?

—Como estrellas en su aureola.

—¡Hombre, Dimitru! —exclamó Ilja, tamborileando con el dedo sobre las fotos—. Pues precisamente: en el medio, el círculo blanco, es Ella. Justo en el centro de la negra oscuridad, ¿entiendes? Pero luminosa como es, lo deslumbra todo. Y a su alrededor, los puntitos son los apóstoles. Estas imágenes constituyen una prueba si eres capaz de interpretar el lenguaje de los símbolos.

—Lo que dices no es del todo descabellado —reconoció el gitano, muy atento. Entonces contó, hasta once—. Falta un punto. Deberían ser doce. Doce apóstoles, doce círculos blancos. Pero sólo cuento once.

—Exacto, a mí también me llamó la atención. —La cara del abuelo reflejaba inquietud—. Desde que leo la Biblia pienso con lógica. Dimitru, tú también deberías hacerlo. Deben ser once apóstoles. No doce. ¿Y sabes por qué?

—Dímelo tú.

—En la última cena Jesús reunió a doce. Pero debemos partir de la base de que su madre no querría tener cerca allá arriba en la luna al traidor de su hijo. Judas es el decimosegundo, y lógicamente falta.

—*Sic est!* ¡Pues claro! Supongo que el traidor está agachado allí en el *Mare Moscoviense*, maldiciendo sus treinta denarios. —Quiso mesarse la barba, pero su mano asió el vacío—. Eres un hombre inteligente, Ilja. A pesar de todo, debemos ser sensatos. Al clarividente, este papel fotográfico tan sólo le revela lo que ya sabía. El ciego seguirá ciego.

—Es posible. ¿Y qué deberíamos hacer ahora con las imágenes?

—Olvidad las fotos —intervine, para sacarlos de su perplejidad—. He descubierto una nueva emisora en la radio. Para iniciados, onda corta, frecuencia 3564 kilohercios, Radio Europa Libre. Desde Múnich. Ya no tenéis que salvar el mundo porque los yanquis están construyendo un gigantesco centro espacial en su país, en Huntsville, Alabama. Y han nombrado como jefe de todos los ingenieros a alguien que al parecer es mejor que vuestro mortal enemigo Koroliov. ¿Y sabéis quién es el nuevo director de cohetes norteamericano?

—Vorner von Braun —respondió Dimitru—. Un alemán.

—Vaya, hombre, tú sí que estás al día. Se llama Wernher von Braun. ¿Sabes algo más de él?

—¿Y cómo? El locutor de Radio London parlotea muy rápido...

—Ya os digo que Radio Europa Libre es mejor. En cualquier caso, este Von Braun entiende de cohetes. En tiempos del Führer ya fue el mejor ingeniero del Tercer Reich. Hoy en día es ciudadano norteamericano. Y como todo buen norteamericano, cree en Dios. Eso también lo confirma su mujer, que por cierto se llama María. —El abuelo y Dimitru comenzaron a agitarse. Sacando un papel, añadí

—: Lo he escrito aquí. Para no olvidarme de lo que Von Braun dijo en la radio. «Por encima de todo está el respeto a Dios, que creó el gran universo que el hombre y la ciencia van escudriñando e investigando día tras día en profunda adoración.»

—¿De verdad dijo eso ese alemán? —receló Dimitru.

—Exactamente eso, a pesar de que en su tiempo construyó cohetes muy dañinos por encargo de los nazis. Parece purificado. ¿Quizá tenga algo que expiar?

Dimitru negó con la cabeza.

—¿Purificado, dices? Podría ser. Pero los alemanes son listos y nunca olvidan. Vorner von Braun aún no ha saldado las cuentas con los bolcheviques, aún está pendiente aquella historia del Reich milenario. Vorner no olvida que fue liberado y que tuvo que desmantelar sus preciosos cohetes. Después de la rabia sentida cuando vio la bandera roja de los rusos ondear en el Reichstag, apuesto a que querrá evitar a cualquier precio que los soviéticos enarboleden su bandera con la hoz y el martillo en la luna.

—Y por eso los norteamericanos saben —señaló el abuelo— que no encontrarán a ningún ingeniero de cohetes mejor en todo el mundo que este alemán Von Braunen.

—Eso es. En la radio también dijeron que Kennedy había entregado en mano a Von Braun un par de millones de dólares para construir un cohete *Saturn* gigantesco que hará sombra a cuanto los soviéticos hayan logrado hasta ahora.

Dimitru tendió la mano al abuelo.

—Enhorabuena, Ilja. América ya no nos necesita. Hemos cumplido con nuestra misión.

—Qué pena, la verdad —suspiró mi abuelo—. Me habría gustado ir a *Niuyorque*.

—Quizá aún puedas —lo consolé—. Pero, por el momento, no dudéis que estáis en el bando correcto. América vencerá.

—¿Por qué está cerrado? ¿Dónde está el camarero? —oí decir desde la cocina a los clientes que habían entrado en la taberna.

La voz de Liviu Brancusi me recordó que era sábado. Los tres Brancusi, que habían encontrado empleos en la granja de cerdos del nuevo complejo agrario de Apoldasch, estaban de un humor excelente y querían disfrutar del fin de semana. Eso significaba que querían beber. El portavoz de los Brancusi se jactaba de que el Partido de los Trabajadores de Transmontania había expedido aquel día el carnet de afiliado un millón.

—Ni pa-a-pa ni papi-i-sa pueden parar el progreso sociali-i-sta —canturreó Liviu cuando puse la botella de aguardiente sobre su mesa.

Entonces empezó con una de sus campañas de reclutamiento. Me advirtió que como cooperativista de la Organización de Comercio de Clusoara no sólo era mi obligación comercial, sino también patriótica, manifestar mi solidaridad al Partido del pueblo. Si no como miembro activo, al menos debía prestar mi apoyo a los méritos de los camaradas como espectador el gran día del Partido que se celebraría en la plaza del mercado de Clusoara.

—Sí, lo pensaré —dije—. ¿Cuándo será?

—El sábado, dentro de dos semanas —respondió Liviu—. Vendrán miles de personas. Comida y bebida sin límite. Paga el Partido. Todos los altos cargos estarán allí. Será un acontecimiento inolvidable. Y dicho sea de paso, me reconocerás enseguida entre la multitud. Me han elegido por cumplir con los objetivos de manera ejemplar. En el desfile de los colectivos llevaré la pancarta del CAA dos.

—¿Del qué?

—Complejo Agroindustrial de Apoldasch número dos.

Prometí considerarlo, sobre todo porque tenía pendiente un viaje a Clusoara a fin de comprar nueva mercancía para la tienda. Eso podía resolverse el viernes por la tarde. Por la noche podría hacer mi aportación personal para que el Día del Partido fuera de verdad inolvidable para el secretario de Clusoara, Stephanescu.

—La oferta y la demanda regulan el precio —me instruyó el dueño del Buen Provecho, que de repente había triplicado las tarifas del almacén de paja. Pagué sin rechistar. No era el único que quería pernoctar en Clusoara antes de los festejos organizados por el Partido. Delante de la fonda había dos docenas de carros cargados pertenecientes a afiliados a la OC que habían aprovechado el viernes para reponer sus existencias y así poder participar al día siguiente en la celebración en honor del Partido. Me senté con los compañeros comerciantes y pedí una cerveza, pan y *mititei*, rollitos de carne picada a la parrilla. Por el humor que allí reinaba, nadie tenía nada que criticar del modelo de cooperativa. Al contrario, se elogiaba la mejora del abastecimiento así como la política estatal de subvenciones. Se decía que los únicos en el país que se quejaban y lamentaban siempre eran los campesinos. Cuando comenté que al fin y al cabo el Partido no se había andado con contemplaciones justo en el asunto de la colectivización, tuve que oír hasta la saciedad el proverbio de que al cepillar madera siempre saltan virutas. Al preguntar si alguien sabía del paradero del antiguo mayorista Hossu, recibí en respuesta encogimientos de hombros y miradas ceñudas. Un único afiliado algo mayor insinuó que en aquellos tiempos era aconsejable guardarse algunas preguntas para uno mismo.

A última hora de la tarde deambulé por la plaza del mercado para explorar el terreno. Los organizadores habían recubierto las fachadas de las casas con estandartes rojos y enormes banderas nacionales, transformando la plaza en un grandioso escenario propagandístico, cuyo poder realmente me impactó. Según las pancartas de veinticinco metros de largo, nuestra nación era la más avanzada, la más pacífica y la más productiva, siempre dispuesta a lograr resultados por encima de la media. Los lemas despertaban, levantaban y animaban a la gente, expresaban solidaridad, invocaban la amistad entre pueblos, reafirmaban vínculos, promovían afianzas y agradecían los esfuerzos realizados. Se daban las gracias a la patria, a los países hermanos, a los proletarios de todas las naciones y también a la *Internacional* contra

el capitalismo, el imperialismo y el fascismo. Pero sobre todo el Partido se daba las gracias a sí mismo en nombre del pueblo.

En la plaza, una muchedumbre de obreros se afanaba en las tareas de última hora. Trabajadores de la radio y la televisión montaban sus estaciones, los organizadores iban de acá para allá. Soldados con uniformes de camuflaje holgazaneaban por la zona, y en cada esquina había agentes de paisano con chaquetas de cuero negras que no dejaban de mirar en torno y hablar por sus radiotransmisores. Delante del local de la OC-Cooperativa del Pueblo, algunos carpinteros clavaban las últimas tablas del imponente estrado de la tribuna de honor. Comprobé satisfecho que desde la tribuna se divisaba la comisaría y el estudio de Hofmann. Ya había visto suficiente; sólo me quedaba rezar para que esa noche la plaza estuviera desierta.

En el jergón de paja del Buen Provecho el tiempo avanzaba igual de denso que el engrudo que había mezclado y metido en un bote de mermelada en Baia Luna. A mi lado roncaban algunos afiliados, y de vez en cuando uno de los jamelgos resoplaba. Por lo demás, todo permanecía en calma. En algún momento el reloj de la catedral de San Pablo tocó cuatro campanadas cortas y tres largas. Debía poner manos a la obra. A pesar de la temperatura cálida me puse el abrigo y me arrastré bajo el carro. Las fotografías estaban en un tubo de cartón que había atado al eje delantero. Las escondí bajo el abrigo. En un bolsillo llevaba el tarro del pegamento, de otro asomaba una botella de *tuica* a mitad. Por si acaso.

Un cuarto de hora después accedí a la plaza por detrás del armazón de la tribuna. Las farolas estaban apagadas. Ante la entrada del hotel Estrella Dorada había unos soldados. Sus risas resonaban amortiguadas en la plaza y el humo azulado de sus cigarrillos flotaba en el haz luminoso de una farola. Agucé el oído, pero sólo me llegaron las voces apagadas de los soldados. Una vez me hube acercado furtivamente a los escaparates del estudio fotográfico, distinguí con nitidez a los soldados ante el hotel. A veces echaban un vistazo a la plaza, pero yo estaba seguro de ser invisible en la oscuridad. Desenrollé las fotos, unté el engrudo en los dorsos y pegué una en cada uno de los tres escaparates. La campana de la catedral dio las tres y media. Los soldados habían desaparecido.

De pronto, unas pesadas botas resonaron contra el adoquinado. No localicé de dónde procedían. Los pasos se acercaban. Se dirigían hacia mí. Cerré los ojos y respiré hondo. Me asaltó una imagen: Buba con una jarra de agua. Se la tendía a su tío Dimi, que sólo decía: «Tu Pavel, querida, sí que sabe poner el mundo patas arriba.»

Cogí mi botella de aguardiente y me alejé con rapidez de los escaparates.

—¡Tú! ¡Zorra! —vociferé como un borracho en la oscuridad—. Puta miserable... ve-ve-vete a tomar por culo. Síííí, señor, a tomar por culo puedes irte, puta barata...

Se encendieron algunas linternas. Oí que alguien gritaba «¡Preparados!» y el clac metálico de las metralletas retumbó en la noche. Los soldados me apuntaban.

—¡Alto!

Ignorando la orden y blandiendo la botella de *tuica*, trastabillé aparatosamente.

—¡Golfa! ¡Maldita cabrona! —farfullé.

Entonces me detuve en seco y miré boquiabierto a los soldados. Realicé un saludo militar con gesto torpe y les tendí la botella animándolos:

—¡Arriba nuestra sagrada patria! ¡Mierda de fascistas! ¡Viva Fidel! ¡Viva la revolución! ¡Bebed, camaradas, bebed!

El oficial de la patrulla se acercó y me agarró por la nuca.

—¡Ésta es zona restringida! —me espetó, arrebatándome la botella—. ¡Hala, largo de aquí!

Me alejé haciendo eses.

—Otro imbécil —oí decir a uno de ellos mientras enfilaba un callejón lateral. Luego eché a correr.

Ya estaba amaneciendo cuando enganché el caballo y el dueño del Buen Provecho, aún medio dormido, vino a mi encuentro.

—¿Adónde vas tan pronto? Creía que querías llenar el estómago a costa del Partido.

—Ya he hecho lo que tenía que hacer. —Me subí al pescante.

—¡Espera! Tienes que firmar. Todos los clientes deben confirmar llegada y salida. Nueva ley.

—Esta noche no he estado aquí. ¿Entiendes? Ayer comí en tu fonda y salí enseguida de vuelta a las montañas. ¿De acuerdo?

—Pero si estás delante de mí —dijo el dueño, frotándose los ojos de sueño.

—Si le cuentas a alguien que esta noche he estado en Clusoara —lo amenacé entonces—, te echaré encima a la Securitate. Y ya sabes cómo las gastan con los usureros capitalistas que alquilan el almacén de paja a precios exorbitantes. Acuérdate de los Hossu.

El tipo se ofreció de inmediato a reembolsarme el precio de la estancia.

—¡Quédate el dinero!

—Gracias. No has estado aquí. Vete.

Fustigué al caballo y llegué a Baia Luna antes del sábado a mediodía.

Pasé toda la tarde pegado a la radio, que seguía informando acerca del extraordinario éxito del Día del Partido en Clusoara. Hacia las cuatro el locutor anunció el discurso del presidente Gheorghiu-Dej, que había volado expresamente desde la capital, y que sería precedido por el recibimiento oficial que le dispensaría el secretario del Partido en el distrito, el doctor Stephanescu.

Había fracasado. El jefe del Partido en Clusoara no había caído. En la radio resonaban las grandilocuentes palabras de siempre. Había sobrevalorado el poder de las imágenes y el mío propio.

La mañana del lunes pedí a mi madre que se hiciera cargo de la tienda y caminé hasta Apoldasch, para comprar el *Heraldo de Clusoara*. El periódico informaba en tres páginas dobles de los festejos del fin de semana. Se leían grandes alabanzas al

Partido. En muchas fotos se veía al envejecido presidente Gheorghiu-Dej. Y a Stepanescu. Reía, daba palmadas en los hombros a quienes ondeaban banderitas, estrechaba manos, cogía niños en brazos. Entonces algo me dejó perplejo. Bajo el último reportaje una nota rezaba: «Fotografías: Irina Raducanu.» Lo que me sorprendió no fue que ella hubiera contraído matrimonio con su prometido, sino que aquellas fotos no las firmara Heinrich Hofmann. Una semana después intuiría el motivo.

En Baia Luna apareció un joven que preguntó por un gitano locuaz y un señor un poco mayor y su nieto, que rondaría los veinte. Lo enviaron a nuestra tienda. Lo reconocí enseguida. Era Matei, el sobrino del anticuario Gherghel.

—Hombre, ¿qué haces aquí? —le pregunté.

—He venido a avisaros. En Clusoara están ocurriendo cosas alarmantes que no entiendo. Ayer por la noche detuvieron a mi tío, por negocios ilegales y apoyar la contrarrevolución. ¡Menuda estupidez! A mi tío le interesa todo menos la política.

—¿Quién lo detuvo? —inquirí, empezando a morderme nervioso el labio.

—El jefe de policía Cartarescu. Y también un tipo sucio de la Securitate, que sonríe burlón todo el rato. Raducanu se llama.

—¿Y qué querían de vosotros? ¿Por qué has venido a vernos?

—Sometieron al tío Gheorghe a un interrogatorio de horas. Raducanu no dejaba de preguntar por los compradores del laboratorio fotográfico. El telescopio y la cámara no le interesaban. Sólo la ampliadora y demás. Cartarescu dijo que era obligatorio registrar la propiedad de un cuarto oscuro, ya que podrían ponerse en circulación imágenes no autorizadas y hostiles al Estado.

Yo estaba completamente perdido.

—Pero, pero... ¿qué tipo de fotos serían ésas?

—Ni idea. El tipo de la sonrisa soltó tonterías sobre la guerra fría y las maquinaciones de los espías occidentales. Que Estados Unidos les paga para que debiliten el socialismo y el Partido. Al parecer se está presionando a algunos políticos con fotos que los muestran en situaciones, digamos, comprometidas. Por eso Raducanu se empeña en localizar a los dueños de laboratorios fotográficos. A mí me suena a excusa. ¿Cómo podríais fotografiar a funcionarios en momentos comprometedores aquí arriba, en las montañas? Es ridículo. Pero igualmente van por vosotros.

—¿Les hablasteis de nosotros?

—Yo no. Te lo juro. Me dejaron marchar porque aseguré que no estaba en la tienda cuando se efectuó la compra. Lo único que repitió mi tío fue que un gitano con barba, así como un hombre mayor y uno joven, es decir, tú, estuvieron en la tienda. No sabía vuestros nombres. Tampoco se acordaba de dónde veníais, sólo que de algún lugar en las montañas. Entonces registraron la casa. Descubrieron el televisor y

lo confiscaron. Pronto aparecerán por aquí. El aparato los puso sobre vuestra pista.

—¿Estás seguro? —inquirí, asustado.

—Sí. Raducanu sonrió cuando vio el televisor. Mi tío sacó vuestro recibo para demostrar que había sido un intercambio legal y que no había aceptado mercancía robada. Cuando el de la Securitate sostuvo el recibo, su sonrisa se ensanchó. Como si ya hubiera visto ese papel. Pero no puede ser, ¿no?

—Pues sí. Raducanu estuvo aquí. Entonces ya quiso confiscarnos el televisor, pero mi abuelo demostró con el resguardo que era dueño legítimo del aparato.

—No lo entiendo. Pero dime la verdad, ¿qué queréis hacer con un laboratorio fotográfico en Baia Luna?

—Fotos en las fiestas, bodas, para documentos, retratos. Me gustaría fotografiar la vida del pueblo y después vender las imágenes. Clusoara queda muy lejos. Además, aunque el estudio de Hofmann lo hace bien, es demasiado caro.

—No entiendo cómo pretendes ganar dinero haciendo fotos en este pueblucho. Pero si tú lo dices... Además, ahora Hofmann ya no te hará la competencia.

—¿Qué quieres decir?

—Si es que aquí no os enteráis de nada. Sufrió un accidente de moto. Abajo, en Campiña.

—¿Hofmann ha muerto? —pregunté, palideciendo.

—Pero si apareció con grandes titulares en la prensa: «Ilustre fotógrafo muerto en accidente.» En un tramo recto, iba a ciento veinte. Acabó bajo un camión militar. No llevaba casco. La cabeza no la encontraron hasta horas después, treinta metros más allá, en un maizal. Arrancada de cuajo. Bueno, eso decía el *Heraldo*.

—Pero ¿cómo pudo pasar? ¿Y cuándo?

—Sólo sé lo que ponía el periódico. Conducía a gran velocidad y perdió el control. ¿Que cuándo ocurrió? Creo que hace dos domingos, un día después del Día del Partido.

—Matei, ¿sabías que Hofmann era de Baia Luna? —dije, sintiendo que me mareaba—. Su hijo y yo éramos compañeros de clase.

—No, no lo sabía. Sólo conocía a Hofmann por la prensa. Frecuentaba las altas esferas. Lo vi un par de veces, cuando se dirigía al Estrella de los Cárpatos. Yo no pertenezco a ese mundo tan elegante. Se decía que Hofmann y nuestro cacique Stephanescu eran uña y carne. Aunque ahora que lo pienso... Durante la fiesta del Partido yo también estaba en la plaza... bueno, ya sabes, para comer y beber de gorra, y la verdad es que mis amigos y yo nos pusimos las botas. Incluso escuchamos los estúpidos discursos. Stephanescu estaba en la tribuna junto al presidente, pero Hofmann no. Lo hubiera visto, pues siempre se comportaba de manera ridícula cuando estaba entre autoridades. Pero el sábado no salió a escena. Una guapa fotógrafa, una rubia, fue quien se encargó de las fotos. —Como no dije nada, Matei continuó—: Si el hijo de Hofmann era compañero tuyo no me extraña que su muerte te afecte. El periódico también se llenó de necrológicas. A página completa. La

mayor fue de Stephanescu.

—¿Qué decía?

—Algo sobre la amistad eterna más allá de la muerte. Bah, pura palabrería hueca. ¿Comprendes?

—No, no del todo.

—Me refiero a que las muestras de condolencia resultaban exageradas. Falsas. El ojo mágico del maestro, una vida consagrada a la fotografía, la mirada insobornable de un gran artista, etcétera... Y que Hofmann seguiría viviendo para siempre en sus imágenes, cosas así. A todo esto, es un secreto a voces que las fotógrafas en realidad eran sus asistentes. Era un lameculos de caciques y retrataba a los cuadros del Partido como a ellos mismos les gustaba verse. Sabía el oficio, de acuerdo. Pero ¿y el arte?

—No me siento capaz de juzgarlo. Pero ¿por qué has venido desde Clusoara para avisarnos?

—Pues es obvio, ¿no? —replicó Matei—. Quizá alguna vez yo necesite ayuda. Pensad qué le diréis a Raducanu cuando aparezca. Id con cuidado, que se las sabe todas.

Cuando Matei se despidió para llegar a Apoldasch con tiempo de coger el autobús nocturno a Clusoara, lamenté haber desconfiado del sobrino de Gherghel, en lugar de darle las gracias y brindarle mi amistad.

Estaba solo. Había vertido aceite en un fuego que ahora llameaba y amenazaba con quemarme. «Mantened la llama baja. De lo contrario provocaréis un incendio que os quemará», nos había aconsejado el comisario Patrascu tras el asesinato de Johannes Baptiste. El comisario de pelo hirsuto no había podido disfrutar de su jubilación. ¿Realmente había muerto por ser un fumador empedernido? Y ahora, Heinrich Hofmann. Tuve un mal presentimiento. Poniendo las fotografías ampliadas en los escaparates había apuntado hacia Stephanescu, pero ¿y si había alcanzado a Heinrich Hofmann? Quien hubiera descubierto las imágenes había evitado que le causaran problemas al jefe del Partido de Clusoara. Y Stephanescu, una vez enterado del pegado de carteles, había soltado a sus sabuesos tras el rastro del autor y poseedor del negativo. ¿Su ira también había alcanzado a Heinrich Hofmann? ¿Acaso el fotógrafo no tendría que haber guardado aquel negativo comprometedor de tal manera que jamás nadie pudiera descubrirlo? ¿Había terminado la amistad entre ambos porque Hofmann se había convertido en un riesgo para la seguridad del dirigente? ¿Por qué no había asistido el fotógrafo a la fiesta del Partido? ¿Y había sufrido un accidente de moto sólo veinticuatro horas después? ¿Y sin casco, cuando yo nunca había visto al padre de Fritz subido en su moto italiana sin esa protección?

Necesitaba compartir con alguien la carga opresiva de estas cuestiones. Y el miedo. Estaban siguiéndome la pista. Había metido un molesto palo en las ruedas del poder. Las cosas se me habían ido de las manos. Y no había nadie que pudiera tranquilizarme. Fritz vivía en Alemania. ¿Se habría enterado ya de la muerte de su padre? Me pareció improbable que viajara con su madre al entierro de su odiado

progenitor. Añoraba a Buba, me habría encantado llevarla de la mano lejos, muy lejos de aquí. A algún lugar en las montañas donde buscarnos la vida. Como los rebeldes abajo, en Valaquia. O a Alemania, como Fritz. Pero no tenía la menor idea de dónde o con quién vivía Buba. Había preguntado mil veces a Dimitru, pero él me había jurado otras tantas que no sabía adonde había ido su sobrina.

Stephanescu enviaría a sus esbirros a Baia Luna. Si es que no estaban ya de camino. Pronto aparecería Raducanu, muy pronto, y no vendría solo. No conseguiría librarme de él por segunda vez con una treta barata. Era necesario actuar de inmediato. Las huellas que llevaban del escaparate de Hofmann a Baia Luna debían ser borradas. Tras la visita de Raducanu a Gherghel, no podía negarse el intercambio que habíamos hecho, pero no estaba dicho que efectivamente en el pueblo se hubiera montado un cuarto oscuro. Únicamente Ilja, Kathalina y Dimitru sabían de su existencia. Ahora se demostraría si mi familia no sólo se mantenía unida, sino si era inteligente también. Los reuní a los tres con suma urgencia. Debía plantearles el asunto sin que sospecharan de mi intento fallido de acabar con la carrera política del jefe del Partido en Clusoara. Una vez sentados, me dirigí a mi madre sin rodeos.

—¿Recuerdas aquella fotografía escandalosa que encontraste bajo el colchón?

—Sí, claro —repuso ella, sonrojándose.

—¿Y recuerdas también al tipo que rociaba el vino espumoso?

—¿Por qué me haces estas preguntas indecentes? —inquirió mi madre, asintiendo con vergüenza.

—¿De qué guarradas hablas, Pavel? —terció el gitano—. Además deberías explicarme para qué estoy aquí sentado.

—Esa fotografía muestra a una mujer sin ropa y algunos hombres semidesnudos, entre ellos el jefe del Partido en Clusoara. Fritz Hofmann encontró la imagen en una caja de la mudanza de su padre y me la confió. Y ese doctor Stephanescu tiene un enorme interés en que esa foto jamás sea reproducida y difundida. Por eso está haciendo que la Securitate busque el negativo.

—No entiendo —intervino el abuelo—. Deberían buscarlo en la tienda de Hofmann. ¿Qué tiene que ver con nosotros?

—Hofmann sufrió un accidente de moto hace diez días. Ha muerto.

—No puede ser. —Mi madre se llevó las manos a la cara—. ¿Muerto, dices?

—Sí. El problema es que la Securitate piensa que yo tengo el negativo. Vienen por mí.

—Pero ¿cómo se les ha ocurrido semejante tontería? —saltó Ilja.

—No lo sé —mentí—. Probablemente porque conocía bien a Fritz. O por el telescopio y el material fotográfico. Al fin y al cabo, es absurdo comprarse una ampliadora si no tienes negativos. ¿Cómo voy a explicar a la Securitate que necesitábamos revelar vuestras fotos de la Virgen? Me encerrarán en un manicomio. También se llevaron a Gheorghe Gherghel. Su sobrino Matei acaba de estar aquí. Me contó que ayer arrestaron a su tío por habernos dado el laboratorio. Hoy en día su

posesión está prohibida.

—¿Tienes ese negativo? ¿Sí o no? —intervino Dimitru yendo al grano.

—No —volví a mentir—. Pero la Securitate pondrá esto patas arriba. Debemos esconderlo todo. ¡La ampliadora, vuestro telescopio, la cámara!

—¿Las fotografías de la Virgen de Dimitru también? —preguntó el abuelo.

—Todo debe desaparecer. —Reflexioné un momento—. Todo menos la radio.

—Está bien —admitió el gitano—. ¿Tienes ya un plan?

—Más o menos.

—¡Lo sabía! —estalló mi madre, temblando de miedo—. Todas vuestras locuras no traen más que problemas. Y cuando vengan ahora esos de la Securitate se nos llevarán a todos. Acabaréis en prisión. Y yo también. ¡Todo por una fotografía asquerosa!

—Tranquilízate, mamá. —La abracé—. Pero si tú quemaste la foto...

Ella lloró desconsolada y después se enjugó las lágrimas con el delantal.

—Yo... yo... yo no... —hipó— no la quemé. Quería hacerlo, pero al final... la escondí. —Mientras seguíamos sentados a la mesa, ella desapareció escaleras arriba. Al volver, roja como un tomate, abrió la tapa del fogón.

—¿Estás loca? —exclamó Dimitru—. No puedes quemarla. —El cingaro dio un brinco y le arrebató la fotografía. Miró fijamente la imagen y negó con la cabeza. Tuve la impresión de que no se sorprendía. Sostuvo la imagen alternativamente contra la luz y delante de los ojos como si buscara algo oculto. Después señaló con el dedo al hombre de la botella de espumoso—. Pavel. Este de aquí, ¿es el tal Stephanescu?

—Sí.

—Ajá. Y le gustaría recuperar esta foto y el negativo. Por motivos obvios. La pregunta es: ¿deberíamos impedirlo? Sí, deberíamos. Lo que hace que la situación sea grave, dramáticamente grave.

—¡Trae aquí esa foto! —vociferó mi madre—. ¡Hay que quemarla!

—¡Por supuesto, querida! De ceniza a ceniza. Pero todo a su tiempo. Es demasiado pronto para ello. Temes que esta foto suponga una amenaza para nosotros. Pues no lo es. Es una amenaza para Stephanescu, le causa enormes quebraderos de cabeza. Sin embargo, Pavel protegerá la imagen como una verdadera reliquia, no como esos chismes baratos que los gitanos endosan a la gente. Creedme, sería un error echarla al fuego. Un error fatal. Y un error más que fatal si permitimos que este tesoro caiga en manos de la Securitate. Pavel, ¿conoces algún escondite seguro que nunca descubrirían esos burros?

—Creo que sí.

—Bien. —El gitano me dio la foto—. ¿Podemos poner allí también la ampliadora y lo demás?

—No hay suficiente espacio. Pero vuestras fotos de la Virgen sí caben.

Dimitru cerró los ojos y alzó la vista al techo.

—¿Qué haces? —preguntó el abuelo, que estaba sobre ascuas.

—Silencio. Estoy pensando en un escondite y pido a Papá Baptiste su ayuda celestial.

—¡Johannes Baptiste! —exclamé—. ¡Eso es! Conozco el lugar donde nunca buscarían los trastos del laboratorio.

—Yo también —dijo Dimitru, abriendo los ojos. Y preguntó—: ¿Os atrevéis a hacer un poquito de teatro? Podríamos aprendernos una obra breve.

—¿Qué dices? ¿Cómo que teatro?

—Es muy fácil. Cuando ese Lupu aparezca por aquí estaremos todos en un escenario y subiremos el telón. Entonces ofreceremos una representación producto de nuestra ingeniosa mente. Un chucho sólo ladra si percibe miedo. Pondremos el mundo patas arriba y le daremos de comer a ese perro de Raducanu un bocado que le costará tragar.

Dos horas más tarde habíamos acordado una estrategia y ensayado nuestros respectivos papeles. Mi madre se había tranquilizado, se sentía segura y sabía lo que tenía que hacer y decir. Yo también me sentía liberado de mis temores, y Dimitru se frotaba las manos como si el encuentro con Lupu Raducanu le causara un malicioso placer.

Como suponíamos que Raducanu y sus secuaces registrarían el pueblo entero en busca del laboratorio, me encaminé a casa de los Petrov para avisar a Petre y su padre de un posible registro domiciliario. La posesión de una carabina con mira telescópica con que cazaban furtivamente podría causarles graves problemas. Pero mi advertencia se reveló innecesaria.

—Ya pueden buscar en las montañas hasta que las ranas críen pelo —me dijo Petre, riendo.

Cuando estuve seguro de que Baia Luna dormía, me colé en la iglesia, abrí el tabernáculo y metí las imágenes de la Virgen y la foto. Después robé un par de velas votivas medio consumidas y fui a encontrarme con Dimitru en la rectoría.

El laboratorio seguía tal como lo había dejado dos semanas atrás. Como era de esperar, apestaba a productos químicos. Según lo acordado, Dimitru había traído de nuestra tienda un frasquito del perfume femenino Sueños de una Noche, que llevaba años en el estante. El gitano encendió las velas mientras yo abría de par en par la ventana del lavadero. Después me deshice del líquido revelador marrón, limpié el lavabo y desmonté la ampliadora. Media hora más tarde, todas las huellas que hubieran permitido deducir la existencia de un laboratorio fotográfico habían sido eliminadas. El cingaro arrastró dentro algunos colchones raídos que estaban tirados en el pasillo y los roció con perfume para eliminar los vapores químicos. Olía intensamente a rosas. Sentí una punzada en el corazón. Angela Barbulescu utilizaba ese perfume. Volví a verla colgando de un haya negra en la montaña de la Luna con su vestido de girasoles. «Tus horas están contadas», había escrito Angela en la carta de despedida a Stephanescu. Qué error. Angela Barbulescu no había recibido justicia

en vida. Tampoco una vez muerta. Y mi intento de eliminar a Stephanescu con una foto comprometedoras había fracasado estrepitosamente.

Pasada la medianoche cruzamos la plaza del pueblo cargados con los aparatos del laboratorio hasta el jardín de la iglesia. Nos situamos ante la fosa donde el sacerdote Johannes Baptiste debería haber sido enterrado años atrás. Poco después la ampliadora, los recipientes de revelado y los envases de productos químicos así como la cámara de fotos, el telescopio y la llave del lavadero habían desaparecido en el agujero, que estaba cubierto por coronas podridas, flores de plástico y lazos de seda gastados. Conservé una caja de cartón con las fotos de los ciervos en celo como parte de la trama urdida. Entonces nos fuimos a la cama. Lupu Raducanu ya podía venir.

Y vino, a las ocho de la mañana siguiente. Y, como suponíamos, acompañado.

De tres jeeps verde oliva saltaron una docena de milicianos que formaron en grupos de tres.

—¡Registrad primero todas las casas desocupadas! —ordenó el capitán Cartarescu.

Los hombres se dispersaron. Cartarescu se encaminó con Raducanu directamente a nuestra tienda. Era el momento de la entrada en escena de Kathalina.

Salió por la puerta y se encaminó hacia ellos diciendo:

—Ya era hora de os dejarais ver por aquí. ¿Traéis las cosas de vuelta o la indemnización?

Raducanu y Cartarescu aminoraron el paso. El abuelo, Dimitru y yo nos acercamos.

—¡No quiero ninguna indemnización! —increpé a mi madre—. Quiero recuperar mi ampliadora y mi cámara.

—¡Y yo mi telescopio! ¡Devolvedlo de una vez! —terció el abuelo, muy convincente. Parecía indignadísimo.

—¡Ladrones! —masculló Dimitru—. Primero confiscáis todas esas cosas valiosas y después no soltáis ninguna indemnización. Eso se llama robar, infractores de la ley.

—¡Cerrad el pico! —ordenó Raducanu—. ¡He dicho que cerréis el pico, coño! —se enfadó, el rostro encendido.

—Robáis como los cuervos y después endilgáis las culpas a los gitanos, como siempre —soltó Dimitru, impasible. Entonces blandió los puños y escupió.

El capitán Cartarescu se llevó la mano a la pistola.

—Todos a la tienda. ¡Interrogatorio!

—Pero si hace dos semanas ya nos acosasteis a preguntas. Otra vez... Ya me estoy cansando... —El guión iba sobre ruedas.

Raducanu pidió un cenicero y se encendió un Kent. Dio una profunda calada y se esforzó por serenarse.

—Comprasteis en Clusoara material fotográfico y óptico —empezó—. ¿Dónde está?

—No lo compramos. ¡Lo cambiamos! —exclamó Ilja—. Por un buen televisor.

Loewe Optalux de Alemania. ¿Sabéis lo que vale un aparato así?

—Maldita sea, ¿dónde diantres está la ampliadora y lo demás? —Raducanu tenía la frente perlada de sudor.

—¿Es una broma o qué? —salté—. Vuestros camaradas ya estuvieron hace catorce días aquí y lo confiscaron. Prometieron que si todo estaba en orden recuperaríamos nuestras cosas. Aún estamos esperando.

—¿Qué? ¿Qué compañeros? —saltó Cartarescu.

—Por lo visto, en vuestro departamento la mano izquierda no se entera de lo que hace la derecha. Dos oficiales de la Securitate estuvieron aquí.

—Y Heinrich Hofmann —añadió mi abuelo—. Pero él no tuvo que ver con la confiscación.

Raducanu se masajeó las sienes, perplejo. Con tantas preguntas, no sabía por dónde empezar.

—A ver, dices que dos oficiales de la Securitate estuvieron aquí. Imposible. Yo lo sabría.

—Pero si es cierto —mentí con expresión inocente—. Y traían a Heinrich Hofmann consigo.

—Todavía tenía algo que hacer en su antigua casa... —explicó el abuelo.

—De Hofmann hablaremos más tarde —lo interrumpió Raducanu—. Esos dos hombres, ¿cuándo llegaron y qué querían exactamente?

—Eso mismo nos preguntamos nosotros —respondí—. Al principio no sabíamos que eran de la Securitate. Creíamos que se trataba de colectivistas, por eso de las expropiaciones inminentes.

—¡Se sentaron aquí! —Ilja señaló una mesa de la taberna—. Mi nuera les sirvió café.

—No se dignaron ni a dar las gracias —refunfuñó mi madre.

—Me preguntaron si conocía a Fritz, el hijo de Heinrich Hofmann —proseguí—. ¿Cómo se puede preguntar algo tan estúpido? ¡Pero si fue mi compañero de pupitre durante ocho años! Y también querían saber si aún mantengo el contacto con Fritz. Menuda tontería. Vive desde hace mucho en Alemania y seguro que agradece cada día que no tiene que pasar en este pueblucho fantasma. De pronto los tipos quisieron saber si a mí también me interesaba la fotografía. Les contesté que sí, por supuesto, desde que la asistente del señor Hofmann me enseñó cómo funciona un cuarto oscuro. Y luego los acompañé a nuestro almacén y les mostré los aparatos que cambiamos por el televisor en la tienda de Gheorghe Gherghel. ¿Y sabéis lo que me dijo uno de ellos?

—Soy todo oídos —respondió Raducanu.

—«¡Estos aparatos son ya causa para detenerte!» Creí que se habían vuelto locos. Ni siquiera había acabado de desempaquetarlos... Pero ellos adujeron que habían sido adquiridos de manera ilegal.

—Pero todo era legalísimo. ¿O es que en los estatutos del socialismo se prohíbe el

trueque? —observó Dimitru.

—Esos dos supuestos funcionarios públicos, ¿qué aspecto tenían? —preguntó Raducanu a mi madre, sin hacer caso del comentario del gitano.

—Dios mío, ¿que qué aspecto tenían? Pues de hombres de ciudad. Uno de ellos llevaba una chaqueta elegante, jaspeada, muy buen tejido. El más alto iba con un abrigo de piel marrón, a pesar de que hacía mucho calor. Le sacaba al menos una cabeza a su compañero de gafas. Si quiere saber mi opinión, el de las gafas parecía un hombre culto. No como esos burros de la milicia estatal.

—El de las gafas tenía pinta de político —intervine—. O de médico.

—¿Un médico con gafas? —murmuró Raducanu. Luego sacó una libreta y tomó notas. En el dedo anular de su mano derecha relucía una alianza—. ¿Se presentaron con nombres y apellidos?

—No. Pero el alto —explicó mi madre— llamaba mucho la atención. Tenía bigote y rondaba los cuarenta, diría yo.

—Y una verruga en la mejilla —añadí—. A la derecha. No, a la izquierda. A la izquierda desde mi posición.

—Una cosa enorme —comentó Dimitru.

—Eso no era una verruga, sino un lunar —precisó mi madre—. Pero sí que llamaba la atención.

El mayor continuaba tomando notas. Parecía más tranquilo.

—¿Qué hacía aquí el fotógrafo Hofmann? —le preguntó al abuelo.

—No lo sé. Hacía años que no pasaba por el pueblo, desde que se mudó a Clusoara. Se dice que no consigue vender su casa. ¿Quién va a mudarse a Baia Luna hoy en día? En todo caso, cuando nos interrogaron él estaba en su antiguo hogar. Quizá olvidara algo en la mudanza. Sólo sé que se marchó de nuevo con los otros dos en un jeep. Con mi telescopio y los cacharros fotográficos de mi nieto.

—¿Para qué querías una ampliadora? —me preguntó Raducanu, con mirada penetrante.

—¡Un momento! —Subí corriendo la escalera. Volví con una caja de la que saqué las fotografías de los ciervos en celo—. Impresionante, ¿verdad? Cuando vi estas fotos en la tienda del señor Gherghel lo tuve claro: yo también quiero hacer algo así. Cazar con la cámara. Me gustaría mucho. Es que aquí en Baia Luna no hay nada que hacer. Además, en nuestras montañas los ciervos son aún más majestuosos que los de esas fotos. Seguro que imágenes así se venderían bien.

Raducanu reflexionó.

—¿Y el telescopio?

—¡No me lo recuerde! —se lamentó mi madre como si hubiera estado esperando que le diesen la entrada—. Mira que cambiar un televisor tan bonito por un catalejo de ésos... ¡Qué par de chiflados! —dijo señalando a Dimitru y el abuelo—. ¿No os dije entonces que ese cacharro sólo traería problemas? Pero a mí nadie me hace caso.

—Mujer, no entiendes nada de ciencia ni de *morbus lunaticus* —replicó Dimitru,

fingiéndose ofendido.

—¿Por qué no llamas a la enfermedad por su nombre cristiano? Mi suegro tiene la enfermedad lunar y es epiléptico —explicó mi madre—, y ese gitano lo convenció de la necesidad del telescopio. Para observar la luna.

Ilja se acercó a la caja registradora, donde se guardaban los documentos familiares importantes, y sin mediar palabra le tendió a Cartarescu un certificado médico.

—Correcto —confirmó el capitán—. El hospital de Clusoara le diagnosticó epilepsia.

Raducanu no echó ni siquiera un vistazo al papel. Pidió otro vaso de agua, abrió un tubito de analgésicos y se zampó dos comprimidos.

—Lo que yo decía —terció el cingaro—. Mi amigo Ilja sufre de *morbus* lunática. Y para eso lo mejor es estudiar la luna con la mayor exactitud mediante un telescopio. ¡Médicamente se define como investigación de las causas! Pero al parecer ciertos círculos reaccionarios de este país tienen interés en frustrar nuestras investigaciones. Vienen y se llevan nuestro telescopio en nombre de la seguridad nacional. Qué desfachatez. ¿Recibiremos ahora la indemnización que nos corresponde?

Raducanu agarró su vaso de agua y se lo lanzó a la cabeza, pero erró y se estrelló contra la pared. Se levantó de un brinco de la silla y gritó:

—¡Mierda, mierda y mierda! —Y salió del local echando humo.

En la plaza del pueblo, Vera Raducanu aguardaba con impaciencia entre los curiosos que rodeaban los jeeps a distancia prudencial. Al verlo, se acercó corriendo a su hijo, pero éste no le hizo caso.

—¡Tu lugar está allí! —gritó Lupu, apartándola malhumorado de su camino.

Los encargados del registro fueron volviendo poco a poco a la plaza. No notificaron ninguna particularidad. Sólo el jefe de los hombres que habían examinado la rectoría mencionó una habitación extraña en el sótano, con colchones, velas y un olor penetrante a perfume, que probablemente se utilizaba como nido de amor furtivo. Según las indagaciones, únicamente el sacristán Julius Knaup poseía una llave del sótano. Cuando el miliciano preguntó si el mayor quería detener al sacristán e inspeccionar el lugar, Lupu Raducanu se subió a uno de los vehículos, cerró de un portazo y se alejó a toda velocidad.

El capitán Cartarescu se llevó la mano a la gorra, a modo de saludo militar, disculpándose por las molestias causadas. Murmuró algo sobre un malentendido y prometió que en el futuro la familia Botev no volvería a ser importunada.

Cuando los vehículos de la milicia cruzaron el Tirnava, Erika Schuster y algunas mujeres se dirigieron hacia la rectoría camino del lavadero.

—Así olía en el armario de la Barbu —dijo Erika, y nadie ignoraba que Vera Raducanu era la única en Baia Luna que utilizaba el perfume Sueños de una Noche.

Mientras en el pueblo los rumores sobre el picadero del sacristán provocaban burlas de todo tipo, Dimitru y yo bailamos en la taberna de pura alegría. Descorché

una botella a cuenta de la casa mientras el abuelo, agotado, trataba de recuperarse en el banco de la estufa. Entonces mi madre también desahogó su tensión.

—¡Nunca más! —gimió—. ¡Nunca más me enredaréis en vuestras locuras! Creí que me iba a dar un ataque al corazón. Casi me muero de miedo. —Temblaba y sollozaba amargamente.

No se calmó hasta el anochecer, cuando nos arrancó la promesa de que a partir de entonces y para siempre seríamos sensatos. Ilja y Dimitru tuvieron que corroborar su promesa solemne con un juramento sagrado en nombre de la Trinidad y la mano sobre el corazón. Kathalina les había prohibido siquiera pronunciar el nombre de la Madre de Dios.

La Edad Dorada, el cuarto poder y la misión de Ilja Botev

—Se han olvidado de nosotros —aseguró Hermann Schuster—. Completamente.

Igual que el sajón, tampoco sus hijos —Andreas y Hermann junior—, Hans Schneider, el húngaro Istvan Kallay y los dos Petrov habrían sabido decir si la evaluación de la situación por parte de Schuster era algo positivo o negativo. Al principio tampoco yo di importancia al comunicado que oímos por la radio una tarde de la primavera de 1962 en la taberna, pero después prestamos mayor atención.

El Congreso Nacional ya no profetizaba una victoria triunfal del socialismo en el futuro, sino que la proclamaba en el presente. El utópico Estado-como-debería-ser había mutado por decreto, convirtiéndose en el Estado-como-es.

«Decenas de miles de campesinos han acudido en masa a la capital en el día de hoy para aplaudir al Comité Central y agradecer al Partido sus resultados excepcionales. El presidente Gheorghiu-Dej ha anunciado entre vítores que el proceso de colectivización de la agricultura en Transmontania ha finalizado con éxito. Así, todas las explotaciones agrarias del país han sido convertidas en cooperativas de producción estatal. En los círculos del Consejo de Estado se comenta que con ocasión de las celebraciones cuarenta mil antiguos contrarrevolucionarios serán amnistiados y puestos en libertad. Tendrán la oportunidad de cumplir con sus obligaciones patrióticas en la construcción de la Nueva Nación.»

—¿Que el socialismo se ha consumado plenamente? ¿Y eso dónde? —refunfuñó Trojan Petrov—. Hace años que esperamos a ese maldito expropiador. Y aquí no aparece nadie. Sí, se han olvidado de nosotros. A lo mejor para los comunistas el mundo acaba en Apoldasch.

El 1 de mayo, el Día Internacional del Proletariado, Karl Koch cruzó el portón de su propiedad. Su mujer Klara y los niños lo habían esperado durante tres años. Cada dos meses el cartero les había entregado una carta que siempre llevaba el mismo mensaje: «Estoy bien. La comida está buena.»

Cuando Koch llamó a la puerta de su propio hogar, por un segundo Klara se quedó petrificada, incapaz de reaccionar, y después se le echó al cuello y lloró de alegría. Había temido el regreso de un hombre destruido, pero contra todo pronóstico el aspecto de su marido no había cambiado desde el día en que Raducanu y Cartarescu lo detuvieran.

—Debes de estar hambriento —dijo Klara, poniendo un plato de alubias negras sobre la mesa de la cocina y sentándose.

Él apartó el plato y miró la inscripción de la pared, bordada en la tela que había

sobre el fogón. «De donde no hay no se puede sacar.»

—Llego tarde. Debo labrar el campo. Quien no siembra, no recoge —dijo, y se dirigió al patio. Antes de salir añadió—: Mañana, mañana. Hoy estoy muy cansado.

La mañana siguiente Klara también le preparó un almuerzo para la faena en el campo, pero su marido no logró levantarse. Al repetirse este proceso durante las siguientes semanas, Klara supo que, durante el resto de su vida en común, del antiguo Karl Koch no le quedaría más que un doloroso recuerdo.

Con el paso de los años, a fuerza de estar en nuestro local, yo había desarrollado un fino olfato para los cambios de ánimo, y así percibí que en el país estaba operándose una transformación radical. Alexandru Kiselev, que cada dos meses volvía con regularidad una semana de permiso, no sólo traía un buen dinero a su hogar, sino también las últimas noticias, que los hombres jóvenes absorbían con avidez. Encabezados por Hermann Schuster hijo. Éste no ocultaba que no veía ningún futuro en la agricultura y prefería la industria, lo que causaba cierto recelo en su padre. Sin embargo, Alexandru siempre le explicaba que las nuevas contrataciones estaban reservadas a miembros del Partido. Pero Hermann sabía de sobra que con un carnet del Partido en el bolsillo no podría volver a presentarse ante su padre. A pesar de ello formulaba siempre la misma pregunta a Alexandru:

—¿Cómo va todo en Ciudad Stalin?

—Bien. Pero ya no se llama Ciudad Stalin, sino otra vez Brasov. Como antes.

Hermann no le dio importancia a aquel cambio de nombre, pero yo deduje que los pilares de las relaciones políticas exteriores con la URSS, antaño tan sólidos, ahora se tambaleaban.

Mi suposición se confirmó cuando una noche Liviu Brancusi se sinceró y nos contó que en el colectivo del complejo agrario cundía el malestar porque los camaradas, que proporcionaban el valor añadido, estaban siendo forzados a aumentar la producción debido a las presiones de Moscú. Por supuesto que él, como colectivista ejemplar, estaba siempre dispuesto a poner su mano de obra al servicio de la causa proletaria más allá de los planes de producción, pero pensando en la mejora de las reservas alimentarias nacionales, no para exportar a la Unión Soviética los gordos cerdos criados en el CAA 2. Liviu subrayó que defendía totalmente la línea del Partido en lo referente a no cortar las ataduras de la amistad con el hermano mayor socialista, pero sí aflojarlas poco a poco. Antes de promover la proletarización internacional, un camarada tenía ante todo el deber de barrer para casa.

—Necesitamos una soberanía nacional autónoma e independiente —sentenció—, de lo contrario los rusos nos chuparán la sangre.

Tras la recuperación del antiguo nombre de Brasov para Ciudad Stalin subyacía una estrategia ideológica bien precisa. Una vez más, se cambiaron los letreros de las calles en todo el país. El nombre del dictador se sustituyó en todas las plazas Stalin, avenidas Stalin y bulevares Stalin por el de Gheorghiu-Dej, nombre destinado, con el tiempo, a desvanecerse a la sombra de su sucesor. Si bien el Comité Central seguía

evocando los lazos inquebrantables de solidaridad con la Unión Soviética, las tropas del Ejército Rojo tuvieron que retirarse de Transmontania al invocarse la independencia del país. En la capital, el monumento soviético al soldado desconocido fue retirado, y en el Museo Ruso se colgó el cartel de «Cerrado por reformas». En los programas escolares se eliminó el ruso como asignatura obligatoria y cuanto recordara a las raíces eslavas de la Nueva Nación fue suprimido poco a poco de los libros de historia. Esto se debía probablemente a que una gran nación necesita también una gran historia de libertad, además de querer jugarles una mala pasada a los húngaros. Los vecinos magiars no dejaban de manifestar ambiciones territoriales respecto a sus viejas tierras ancestrales de Transmontania, al tiempo que los habitantes de Transmontania aseguraban que ya estaban allí desde la era precristiana, o mejor dicho sus antepasados, los dacios y romanos.

Para fortalecer esta posición, el nuevo secretario general del Comité Central y más tarde Conducator envió grupos de arqueólogos por todo el país a fin de excavar y buscar restos de la época romana. Si los hallazgos efectivamente resultaban romanos, iban a parar a las vitrinas de los innumerables Museos de la Patria que fueron abiertos en cada pequeña ciudad de provincias. Sin embargo, si los fragmentos de loza eran de procedencia eslava, algo que ocurría casi siempre en el distrito de Clusoara, los sitios de las excavaciones debían clausurarse de inmediato. Se rumoreaba que para poner los hechos históricos de su lado, el secretario general había hecho erigir una manufactura clandestina cerca de Valea Mic, donde, bajo juramento de silencio, unos ceramistas fabricaban vasijas de estilo antiguo para después hacerlas pedazos y enterrarlas en zonas de viejos asentamientos húngaros. No había otra explicación para el hecho de que incluso en Baia Luna se encontraran restos romanos. En una obra municipal y por casualidad...

Cuando ya nadie se esperaba más cambios en el pueblo, una cuadrilla de obreros apareció sin previo aviso con maquinaria pesada. Los operarios fueron de hogar en hogar para repartir el opúsculo del Partido «Los niños son el futuro». Después se pusieron a derribar el viejo edificio de la escuela, vacío desde hacía años. En el plazo de unas semanas los retratos del futuro Conducator y el secretario del distrito de Clusoara, Stephanescu, colgaban en tres nuevas aulas.

Un camión llegó puntualmente para el curso 1967-1968 con mobiliario escolar y libros de texto seguido por un Lada desvencijado del que se bajó el nuevo profesor, Adrian Popescu. El hombre, de cuarenta y tantos años, ocupó la antigua vivienda de la familia Hofmann y resulto un tipo extraño y tímido que evitaba las tertulias masculinas en la taberna. Pero como se le daban bien los niños, era bastaste severo y no molestaba a nadie del pueblo, nos acostumbramos a su presencia. Entre él y el húngaro Istvan se desarrolló incluso algo parecido a una amistad, pues ambos opinaban que las falsificaciones romanas ni siquiera merecían la calificación de burdas.

Cuando el sucesor del pequeño Stalin había proclamado a mediados de los años

sesenta que, concluida la fase socialista, la Nueva Nación emprendía ahora el camino al comunismo con orgullo y la cabeza bien alta, en el pueblo el mensaje había sido considerado al principio palabrería política. ¿Socialismo? ¿Comunismo? ¿Y qué significaba eso? Aparte de una nueva escuela, precios un poco más bajos en los alimentos y discursos radiofónicos de propaganda, nadie sabía decir muy bien qué era exactamente lo que la Nueva Nación había traído a Baia Luna. Sin embargo, cuando el mecánico montador Alexandru Kiselev atrajo las miradas de envidia al aparecer con una máquina de coser eléctrica, una máquina centrifugadora automática para la ropa, un secador de pelo y un televisor con antena, tuvimos que reconocer que las promesas de progreso del Partido eran algo más que agua de borrajas.

Para la construcción de la Nueva Nación disponíamos de abundantes créditos proporcionados por nuestro enemigo de clase, los países capitalistas, y eso debíamos agradecerlo al Conducator, que en los albores de su gobierno se había presentado como un trabajador incansable y un humilde servidor de su pueblo. Hasta el día en que apareció un pobre poeta que esperaba recibir favores por cantarle alabanzas como garante del florecimiento y magnífico renacimiento de la patria. Como los versos agradaron sobre todo a su esposa Elena, ésta convocó a los poetas del país a una audiencia y encargó nuevas poesías. En ellas se elogiaba al lucero vespertino, se ensalzaba al guardián de la sabiduría y se enaltecía al genio universal y titán de titanes, lo que motivó a Elena a embarcarse en un avión rumbo a Persia. Allí compró al sah un cetro de oro por un precio ridículo. Después cosió con sus propias manos fajas de fantasía de seda brillante que colocaba a su marido cuando éste zarandeaba su nueva fusta de soberano en sus apariciones públicas.

El Conducator había sentado las bases de su ascenso cuando, tras convertirse en secretario general del Partido en funciones en 1965, proclamó su decisión de abandonar la vía seguida por su difunto predecesor Gheorghiu-Dej. En lugar de volar cada dos por tres a Moscú como el pequeño Stalin, prefería visitar China y América, eludiendo así los frentes de la guerra fría. A pesar de ser un marxista confeso, en Estados Unidos le extendieron una alfombra roja, en la idea de que así se abriría una brecha en el bloque comunista. Cuando los tanques soviéticos entraron en Praga en 1968, el Conducator también dio la espalda a Leonid Brézhnev y a los aliados socialistas y dejó sus tropas en casa en vez de enviarlas contra los checos rebeldes. Con esta decisión, se convirtió en un héroe nacional. Para regocijo de los poetas. En el extranjero también era un estadista muy respetado, y a ello contribuía el hecho de que recibiera permanentemente a invitados ilustres a quienes colmaba de generosidad y servía como reyes. A cambio, iba embolsándose condecoraciones y regalos para él y su esposa, e incluso la reina de Inglaterra le concedió un título nobiliario. Su relación privilegiada con Richard Nixon marcó el apogeo de la diplomacia del Conducator. Incluso antes de ser elegido presidente, el americano había ampliado la flota privada del Conducator con un cochazo rojo, al que sin embargo el dirigente renunció a subir porque la carrocería no estaba triplemente blindada.

Aparte del sajón Karl Koch, sólo quedaban dos habitantes en Baia Luna que, en los años sesenta, eran indiferentes a la mayor o menor prosperidad del país: los amigos Ilya y Dimitru.

El abuelo se levantaba hacia las ocho de la mañana, desayunaba y tomaba sus pastillas contra la epilepsia. Cuando tenía un buen día me ayudaba en la tienda o barría el almacén; en los días malos deambulaba sin dejar de refunfuñar, se peleaba con su hija, mi obesa tía Antonia, y estaba siempre en medio. En los días muy buenos daba extensos paseos a lo largo del Tirnava. Dimitru lo acompañaba a veces. Apenas hablaban porque no había nada de qué hablar.

Mi madre decía que esa lenta pérdida de vitalidad tenía algo que ver con la solemne promesa que ambos habían hecho de comportarse de un modo sensato, pero en su fuero interno la mortificaban los remordimientos, ya que se daba cuenta de que con la promesa que les había arrancado a su suegro y al cingaro les había cortado las alas. Pero sus nervios no habrían resistido volver a hacer teatro delante de Lupu Raducanu. Respecto al abuelo y Dimitru, sí se sentían atados por dicha promesa, pero el motivo de su abatimiento era otro.

El desastre se produjo el 5 de agosto de 1962, mientras Dimitru, sentado frente al altavoz, escuchaba Radio London.

—¡Callad! ¡No! ¡No! No puede ser. ¡Ha muerto!

—¿Quién ha muerto? —pregunté.

—¡Mérilin! ¡Marieta! ¡La amante de John Ef! ¡Suicidio! Dicen que con pastillas. Demasiadas pastillas y whisky. ¡Con sólo treinta y seis años!

—Pero ¿por qué iba a suicidarse? —intervino mi madre—. Si por lo visto era preciosa, famosa, rica y podía tener tantos hombres como quisiera. ¡En esa situación no se traga una tanta pastilla!

—Opino lo mismo —asintió Dimitru—. No sería razonable. ¡Algo oscuro se esconde detrás! Un negro como yo se huele estas cosas.

La mirada furibunda de madre y la frase «¡No empieces otra vez!» bastaron para que Dimitru cerrara la boca.

A pesar de que el cingaro y el abuelo evitaron las conjeturas acerca de la muerte de la actriz rubia, el año siguiente sus sospechas se vieron confirmadas: oscuros poderes operaban en Estados Unidos y la Unión Soviética. El temor, al principio vago, se transformó en una sólida y deprimente certeza el día en que incluso Radio Transmontania no hablaba de otra cosa que del asesinato del presidente americano John Ef Kennedy. En la respetuosa necrológica elogiaron su fuerza visionaria, así como su ambicioso proyecto espacial. Ya no se comentaban sus aventuras amorosas. En cambio, se supo que en su último acto oficial Kennedy había recibido al director del Centro Espacial Nacional de Huntsville. Wernher von Braun le había explicado los pormenores del cohete *Saturn* y del programa Apolo de vuelo a la luna.

Cuando Dimitru y el abuelo se enteraron de que el autor del atentado, un tal Li Jarvy Oswald, había vivido antes en la Unión Soviética, ambos amigos supieron

enseguida quién estaba detrás del complot magnicida. Estoy seguro de que no mencionaron el nombre de Koroliov únicamente para no enfurecer a mi madre.

—El tal Oswald no hablará —se limitó a decir Dimitru—. Los servicios secretos estadounidenses podrán torturarlo cuanto quieran. Si Oswald trabaja para los rusos, antes se arrancará la lengua.

Dos días más tarde Dimitru ya no tuvo duda alguna acerca de las personas que habían planeado el atentado contra el presidente norteamericano. Cuando lo conducían a la prisión, Oswald fue abatido, y enmudecido así para siempre, por el turbio propietario de un club nocturno, crimen que, en retrospectiva, supuso para el abuelo y el cingaro el inicio de una reacción en cadena de muertes.

Los soviéticos no tenían escrúpulos. Tampoco los norteamericanos. Si bien ambas potencias mundiales sólo estaban enfrentadas en una guerra fría, eso no impedía que se dedicaran a eliminar mutuamente a sus dirigentes respectivos. En todo caso, Dimitru y el abuelo sacaron esa conclusión de las noticias de la radio, y en los años sucesivos siguieron creyendo que esas hipótesis se confirmaban.

«Moscú, 5 de enero de 1966. El especialista en cohetes soviético Koroliov será sometido en los próximos días a una operación para extirparle un tumor. Se espera que tras su recuperación se anuncie la fecha del primer vuelo a la luna de la Unión Soviética. El cosmonauta Yuri Gagarin ha declarado que está preparado para la misión, también en el caso de que no pudieran traerle de vuelta a la Tierra.»

«Moscú, 14 de enero de 1966. El ingeniero de cohetes soviético Sergéi Pávlovich Koroliov ha muerto inesperadamente a consecuencia de un cáncer avanzado. Ha fallecido en un hospital de Moscú tras someterse a una operación sin éxito dos días después de su 59 cumpleaños. Se prevé que con su muerte el programa espacial lunar soviético se retrasará varios años.»

«Washington, 1 de enero de 1967. El vicepresidente norteamericano Richard Nixon anuncia para el 21 de febrero el lanzamiento de la nave espacial *Apolo* como primer vuelo tripulado espacial de Estados Unidos.»

«Moscú, 2 de enero de 1967. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas confía en enviar cosmonautas a la luna para el cincuenta aniversario de la Revolución de Octubre.»

«Cabo Kennedy, 27 de enero de 1967. Duro revés para el proyecto Apolo de vuelo lunar. Durante una prueba, en el momento de la simulación de una cuenta atrás, se produjo un incendio en la cápsula espacial. Como consecuencia, los tres astronautas Gus Grissom, Ed White y Roger Chaffee murieron asfixiados. El hijo del comandante Grissom ha declarado que su padre había recibido amenazas de muerte y siempre había creído que sería víctima de un complot. No se descarta que se trate de un sabotaje.»

«Moscú, 27 de marzo de 1968. Ha fallecido Yuri Gagarin, el hombre que hace siete años marcó un hito en la historia mundial al convertirse en el primer ser humano que volaba al espacio. Ha muerto al estrellarse con un avión de pruebas cuando

apenas contaba 34 años. No se descarta que se trate de un sabotaje.»

«6 de junio de 1968. Ha sido asesinado el senador Robert Kennedy, de 43 años, que siguiendo los pasos de su hermano John Fitzgerald se había convertido en el candidato favorito a la presidencia norteamericana. Ha fallecido a consecuencia de disparos en un mitin.»

—El Mal es más fuerte que nosotros —admitió Dimitru con voz apagada—. Se acabó. Nuestra misión ha fracasado definitivamente. Mérilin, John Ef, su hermano Robert, Koroliiov, Gagarin, tres astronautas americanos... Por no hablar de los múltiples cosmonautas desconocidos que han explotado con sus cohetes en los vuelos de prueba. Todos tuvieron que morir. Quemados, envenenados, tiroteados, estrellados. Algunos quizá incluso flotan por el frío vacío espacial incapaces de regresar. Y nadie los oye gritar. Y de Jruschov tampoco se sabe nada ya. ¿De verdad es necesario que se maten unos a otros? Dime, Ilja, ¿merece la pena?

El abuelo no dijo nada. Mi madre podía haber interpretado la derrota de los amigos como una victoria de la razón, pero la pena del cingaro la entristeció. También yo sentía remordimientos, ya que los dos amigos ni siquiera imaginaban cómo los había manipulado en mi propio interés. Estaba en deuda con ambos por el telescopio, las fotos de la Virgen con los puntos blancos de Dimitru, el teatro ante Lupu Raducanu y todas aquellas puestas en escena de hacía tantos años. Tenía algo que enmendar. Deseaba con toda mi alma, como mi madre, que Dimitru e Ilja volvieran a ser los de siempre.

Nuestro deseo se vio cumplido un cálido día de verano de 1969, cuando corrí tras el abuelo y Dimitru, que estaban dando uno de sus paseos, para transmitirles noticias muy interesantes. Los alcancé en el cruce donde una vez cayera fulminado Laszlo Gabor al intentar salvar a la joven familia del abuelo de las aguas heladas del Tirnava. Los dos amigos estaban sentados en la orilla, mascaban briznas de hierba y contemplaban el río en silencio.

—¿Es que no os habéis enterado de la noticia que está en boca del mundo entero?

—¿Qué noticia?

—El *Apolo* once está a punto de despegar. Dentro de pocas horas un cohete americano con pasajeros volará a la luna. Nuestro secretario general ha anunciado una conexión en directo desde el despegue hasta el alunizaje. Incluso se retransmitirá por televisión las veinticuatro horas del día. Si os dais prisa aún veréis la cuenta atrás del despegue.

—¡Eso, mi querido Pavel, se llama *cauntdaun*!

Ilja miró a Dimitru y negó con la cabeza.

—¡Un vuelo a la luna! No puede ser. Asesinatos, accidentes, atentados. Todas las personas importantes del proyecto lunar están muertas. En ambos bandos, tanto rusos como yanquis. Están en guerra.

—¡Ay, Dios mío! —Dimitru suspiró profundamente—. Ilja, te equivocas. Sí, están en guerra, pero no se han matado todos. Queda uno. ¡Un ingeniero de cohetes aún vive! ¡El alemán Verner von Braun! ¿No os lo dije? ¡Un alemán nunca olvida!

A pesar de que el abuelo rondaba los setenta y Dimitru tampoco era un chaval, corrieron como liebres hasta la casa de los Kiselev. En el salón, sobre una rinconera de contrachapado, se hallaba el único televisor de Baia Luna.

—Llegáis tarde —saludó Petre Petrov, que como tantos otros se había autoinvitado a casa de los Kiselev—. El *countdown* acaba de finalizar. El *Apolo* está volando.

Dimitru e Iija sólo vieron un rastro de fuego en el centro de la pantalla negra, cada vez más y más pequeño, hasta quedar reducido al tamaño de una moneda de aluminio, una imagen que me recordó las fotos de la Virgen del gitano. Cuando al final un minúsculo puntito blanco como la cabeza de un alfiler se perdió en la noche del universo, el cingaro preguntó:

—¿Ha ido todo bien?

—Un despegue perfecto —respondió Petre—. De lo mejor. Os habéis perdido algo impresionante.

—¿De verdad? ¿Cuántos van a bordo?

—Tres. Collins se quedará en la nave mientras Armstrong y Aldrin salen en el módulo lunar. ¡Trescientos ochenta mil kilómetros! Imagínate. En cuatro días estarán arriba si todo va bien. Según el locutor, al parecer los encargados de escribir discursos ya le han preparado al presidente Nixon las necrológicas de los tres. Por si las cosas se tuercen.

—¿Dijeron también dónde aterrizarán los dos astronautas? —Dimitru estaba emocionado.

—Hombre, Dimitru, no nos saques de quicio con tus preguntitas —se quejó Trojan, el padre de Petre—. Aterrizarán en la luna. ¿Ni siquiera te has enterado de eso?

—¿Dónde? ¿Dónde exactamente? ¿En qué *mare*?

—Ni idea. En algún lugar entre el polvo. Al fin y al cabo, sitio sí que hay ahí arriba para el *Erizo*.^[1]

—¿Para quién?

—Así llaman los americanos al módulo lunar —explicó Petre—. También nosotros nos preguntamos cómo no se les ha ocurrido un nombre mejor.

Igual que en los viejos tiempos, Dimitru aprovechó el comentario de Petre para soltar un sermón sobre la estupidez humana y explicó con desdén que en el idioma norteamericano el erizo no era un animal de púas, sino el nombre de un ave gigantesca.

Los demás hombres empezaron a abandonar uno tras otros la sala de estar de Elena, aburridos por las imágenes de la estación espacial de Houston, pero el abuelo y Dimitru hicieron guardia durante cuatro días ante el televisor, tan abstraídos que el

cíngaro ni siquiera necesitó beber para aumentar la concentración.

20 de julio de 1969. El salón de los Kiselev estaba lleno a rebosar. Elena ofrecía canapés y aquellas deliciosas galletitas saladas de la capital, pero nadie se servía. Todos los ojos estaban clavados en la pantalla. A las 16.17 horas, ciento dos horas y cuarenta y cinco minutos desde el despegue, el módulo lunar aterrizó. Nadie se dio cuenta de que sesenta segundos después Dimitru se llevaba las manos a la cabeza, horrorizado. Los espectadores esperaban impacientes. En unos instantes un ser humano pisaría por primera vez la luna. Pero al gitano no le importaba. Más que presentir, sabía que todo era en vano. A las 19.34 el locutor informó que Armstrong y Aldrin estaban poniéndose sus trajes espaciales. Tardaron lo suyo. 22.39 horas: apareció Neil Armstrong en la escalerilla del módulo lunar vestido con un mono hinchado, pero no bajó enseguida. 22.50: «¡Vamos!», exclamó Petre Petrov. Seis minutos más tarde Armstrong alargó el pie izquierdo y se convirtió en el primer hombre que pisaba la luna. El astronauta dijo entonces algo en inglés que nadie entendió en Baia Luna, excepto Dimitru. Gracias a Dios el locutor tradujo la frase, con un tono tan orgulloso que parecía que estuviera allí arriba. Todos gritaron de alegría y se abrazaron. Dimitru no se movió. Lloraba. Los demás pensaron que se había emocionado. Sin embargo, el pequeño paso para el hombre y el gran paso para la humanidad ya no impresionaban al gitano. Tiró de la manga del abuelo, lo llevó a un lado y le susurró algo. También me hizo una seña a mí. Abandonamos el salón de los Kiselev y nos sentamos fuera, en el banco junto al abrevadero donde Karl Koch solía mirarse fijamente las manos.

La misión mariana de los americanos había fracasado. Dimitru se había dado cuenta apenas un minuto después del aterrizaje lunar. El comandante Armstrong había llamado al control en Houston. La estación dio señal y le preguntó cuál era la situación. Armstrong contestó por su aparato de radio: «Aquí *Tranquility Base*. El *Eagle* ha aterrizado.» Pero ¿dónde? «En *Tranquility Base*.»

—Los yanquis han vuelto a echarlo todo a perder —se lamentó el cíngaro—. Nunca encontrarán a María. Ni siquiera Verner von Braun puede ayudarles.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el abuelo—. ¡Si los astronautas acaban de llegar ahí arriba!

—Armstrong está deambulando por el *Mare Tranquillitatis*, no por el *Mare Serenitatis*. María reina desde el Mar de la Serenidad, no desde el de la Tranquilidad.

—Mierda —soltó mi abuelo.

Debía reaccionar. Decir algo, lo que fuera. Los dos amigos se desmoronaban. Confusos, mudos, desorientados. Sin sentido, sin objetivos, sin metas ni esperanza. Quería prender una chispa de confianza, brindarles ánimo con las mejores intenciones. Pero los había subestimado a ambos. En su obsesión por la Virgen sólo había visto delirio y locura, sin jamás tomarme en serio su desesperación y honrada seriedad. Así que, mediante un par de estúpidas asociaciones de ideas, impulsé un nuevo capítulo de una tragedia cuyo desenlace me veía incapaz de controlar.

—Dimitru —dije—. Ese alemán... ese Wernher von Braun. Siempre has dicho que los alemanes son listos. ¿Y si lo que ha ocurrido no es que no haya alcanzado el Mar de la Serenidad? ¡Y si no quería alcanzarlo! ¡Intencionadamente! ¿Y si ha enviado a Armstrong y a sus compañeros al *mare* equivocado adrede?

—¿Qué dices, Pavel? ¿De forma deliberada? ¡Un acto de sabotaje! ¿Crees que ese Vorner quiere evitar que los americanos descubran a la Virgen?

—No lo sé, pero tal vez...

—Pero ¡no es lógico! Los yanquis le pagan muy bien... ¿Acaso el alemán estará pactando en secreto con los soviéticos? ¿Contra los yanquis?

—Eso jamás —lo contradijo el abuelo—. Los alemanes, me refiero a los alemanes occidentales, nunca se enfrentarían a los americanos. De ser así, se acabó el puente aéreo a Berlín sobre el muro. Y eso no puede beneficiarles. Sin embargo, ese Von Braun me resulta sospechoso. ¿De verdad se ha arrepentido de construirle al Führer los misiles para su Imperio milenario? ¿Realmente se ha convertido en otra persona? ¿Un aliado? ¿El salvador de la Madre de Dios? ¿O quizá persiga subrepticamente objetivos diferentes, personales y oscuros?

—¡Oh, oh, oh, Ilja, ya entiendo! O sea: los soviéticos quieren llevarse a la Virgen de la luna para anular su ascensión. Y así podrán seguir creyendo en su ateísmo. Los norteamericanos deben demostrar la existencia divina. Y encontrar a la Madre de Dios, porque no quieren hacer pasta de papel con sus dólares. Pero los alemanes están en medio, los alemanes no quieren ni lo uno ni lo otro. Prefieren que María siga sin ser descubierta. Por eso Vorner von Braun envía a Armstrong y Aldrin al *mare* equivocado. Y por eso tuvieron que morir todos, los Kennedy, Koroliov, Gagarin y todos esos astronautas y cosmonautas. Ese ingeniero es el único que ha sobrevivido. Está detrás de todo el tinglado. Ahora bien, me pregunto por qué. Quiero decir, ¿qué sacan los alemanes de ello?

—¿Qué has dicho antes? —intervino el abuelo—. ¿En qué mar ha aterrizado el módulo lunar?

—En el *Tranquillitatis*.

—No es casualidad. Los alemanes quieren descansar con tranquilidad.

—¿De qué?

—Hombre, Dimitru, como gitano deberías saberlo. A vosotros los negros también quisieron exterminaros. ¡Es muy fácil de entender! Desde que lo del Imperio milenario se fue al garete los alemanes quieren librarse de los judíos asesinados. ¡Y María era judía! ¡La madre de Dios pertenece al pueblo de Israel! María es la única de su pueblo que resucitó en carne y hueso. El dogma papal también lo dice así. Imagínate que ese Von Braun la descubriera. Seguro que María le diría cuatro cosas por el trato que dispensaron a su pueblo y se encargaría de que los alemanes jamás pudieran olvidar. Lo mejor para éstos sería que la Virgen se quedara allí arriba entre el polvo lunar. Así podría seguir celebrando su encuentro con los apóstoles y no interrumpiría el curso del mundo con sus recuerdos.

—Suenan lógico, Ilja —dijo Dimitru sin entusiasmo—. Mejor dicho, suenan demasiado lógico. Pero Papá Baptiste me enseñó que ante una teoría es necesario elaborar y comprobar las teorías que la contradicen.

—Explícamelo.

—Quizá Vorner sólo sea un ingeniero especialista en cohetes ignorante. Un científico curioso que quiere saber lo que ocurre ahí arriba en la luna y ya está. Quizá sea cierto que ya no es alemán, sino un americano auténtico que se arrepintió de haber colaborado con el Tercer Reich. ¡Al fin y al cabo era amigo de Kennedy! Y éste perdonó a los alemanes y no se pasaba el rato recordándoles esa época oscura. John Ef incluso se convirtió en berlinés.

—Suenan interesante, Dimitru. Pero eso significaría que un poder diferente está tirando de los hilos —tercié, consciente de lo ridículo de mis suposiciones—. Ni los soviéticos ni los yanquis ni Wernher von Braun. Alguien en la sombra. Alguien que quiere evitar a cualquier precio que la Virgen sea descubierta. Alguien que realmente teme a la judía María.

—*Sic est!* —Dimitru estaba impresionado por el alcance de su descubrimiento—. Saco la siguiente *conclusio*. Un poder, al que llamaremos X, utilizó a Vorner von Braun para sus propios fines. Probablemente lo atrajo al mare equivocado. Ni los americanos, ni los soviéticos ni los alemanes: ninguno de ellos mueve los hilos de la conquista espacial. El cuarto poder, Ilja, hazme caso, es el cuarto poder el que está detrás de todo. Y te diré más: Papá Baptiste lo sabía. Ese poder es el que elevó a María al trono celestial, y el que en 1950 declaró el cuerpo de una judía *Regina coelestis*, después de que aquí en la Tierra se dejara en la estacada a su pueblo de manera tan infame.

—Y quién se supone que es ese cuarto poder?

—Quién va a ser, ¡el Vaticano!

En Baia Luna, como en el resto del mundo, el primer alunizaje también dio mucho que hablar, pero sólo dos días. Cuando los tres astronautas americanos aún tenían por delante el viaje de vuelta, el pueblo ardió de excitación a causa de un acontecimiento de muy distinto tenor.

Una limusina gris recién salida de fábrica apareció en Baia Luna. El arrogante anuncio del Conducator de que bajo su mandato Transmontania, un país rural, prosperaría hasta convertirse en una nación industrial moderna no había sido huera fanfarronería. El jefe del Estado había cumplido su palabra. La Nueva Nación tenía su propia fábrica de automóviles. La marca Dacia relucía en letras plateadas en la parte trasera del vehículo, del que bajaron dos hombres de negro. Saludaron con parsimonia, levantando la mano derecha e inclinando la cabeza, primero en una dirección, después en la otra. Muy digno es su papel, el de más edad se presentó como vicario general del obispado de Clusoara.

—La parroquia de Baia Luna pronto tendrá un nuevo pastor —anunció.

Al principio los presentes no supieron muy bien cómo reaccionar, pero cuando los sajones comenzaron a felicitarse con apretones de manos se oyeron las primeras exclamaciones de alegría, los sombreros volaron por los aires, hasta que al final todos prorrumpieron en impetuosos gritos de júbilo con la participación nada desdeñable del griterío de los niños gitanos. Los representantes del obispado de Clusoara se mostraron satisfechos con la reacción y pidieron que se recibiera con los debidos honores al sacerdote Antonius Wachenwerther, aún joven, cuya vocación lo había llevado desde Austria a la diáspora. La solemne investidura tendría lugar una semana después, el último día de julio. Los habitantes prometieron limpiar el polvo de la casa parroquial y la iglesia y vestir el pueblo de fiesta.

—Si se me permite la advertencia a sus estimadas excelencias —dijo postrándose el sacristán Julius Knaup—, nuestra Virgen del Perpetuo Socorro fue robada hace años y la luz del Santo Sacramento tampoco brilla ya sobre el tabernáculo. En mi opinión, fuerzas satánicas encarnadas en una mujercuela pecaminosa llamada Barbu...

—¡Sigues apestando a rosas! —lo interrumpió Petre Petrov, lo que provocó una carcajada general entre los hombres. Las autoridades eclesiásticas parecieron desconcertadas, pero acabaron por sumarse a las risas.

El vicario general explicó que la luz extinguida brillaría de nuevo, igual que en los tiempos en que la fe era sólida, cuando el sacerdote Wachenwerther tomara posesión de sus funciones pastorales. Y sería encendida con la llama bendita de un cirio de la catedral de San Pablo de Clusoara. En lo que concernía al robo de la Virgen, declaró que el obispado observaba con preocupación creciente el aumento de expolios de valiosos objetos sagrados y figuras santas. Aunque advirtió que no quería pronunciarse sobre posibles sospechosos, no pudo dejar de señalar que miembros de una minoría étnica bien conocida por su tendencia al latrocinio vendían de contrabando el valioso patrimonio cultural al mercado de arte capitalista, a través de las redes mafiosas que operaban a nivel internacional dirigidas desde Moscú. Por tanto, recomendaría al párroco Wachenwerther que sólo mantuviera abierto el templo en las horas de servicio religioso.

Desde mi punto de vista, un nuevo sacerdote implicaba que el tabernáculo de la iglesia volvería a ser utilizado con fines eclesiásticos. Con estupor constaté que hacía mucho tiempo que no pensaba en el diario de la maestra Angela Barbulescu. Las ascuas de mi corazón aún ardían, pero la llama estaba apagada. Mirarme en el espejo me resultaba doloroso. El joven luchador que había asumido riesgos y peligros sin dudarlos se había convertido en un hombre amable y apreciado pero tibio, un tabernero y dueño de una concesión de la OC de veintitantos años que se esforzaba por no enemistarse con la gente y ser honesto. No temía a nadie, y nadie tenía por qué temerme.

No podía responsabilizar a nadie más que a mí mismo por aquella falta de pasión.

Quizá en parte al tiempo, que transcurría en Baia Luna con aburrida monotonía. Hacía mi trabajo, vendía mi mercancía, servía a mis clientes y una vez al mes viajaba a Clusoara para reponer mercancías. Claro que veía señales para marcharme, pero hacía tiempo que el virus de la apatía me había infectado. Mis ganas de vivir solamente despertaban a veces, sobre todo en forma de deseo sexual. Entonces me desfogaba con las mujeres que vendían sus cuerpos en la ciudad, aunque en teoría no existían en un régimen socialista. Cuando esas mujeres ya estaban susurrando obscenidades al oído del siguiente cliente, yo pensaba con melancolía en la promesa hecha a Buba Gabor la maravillosa noche de mi decimosexto cumpleaños, promesa que ella también me hiciera a mí. Tras aquellas visitas a mujeres desconocidas, el recuerdo de que una vez habíamos yacido como marido y mujer sobrevivía en mí como una espina clavada en la carne de la memoria, pero que hacía mucho tiempo que ya no me arrancaba gritos de dolor. Cuando en momentos de soledad recordaba a Buba diciendo que me esperaba, me invadían sentimientos que me hacían llorar. Entonces me emborrachaba, me sentía fuerte y combativo, pero a la mañana siguiente despertaba con un zumbido en la cabeza, incapaz de actuar en consonancia con los propósitos de la noche anterior. ¿Qué debía hacer? Buba se había ido a algún lugar. Angela se había equivocado. Stephanescu no había caído ni había sido eliminado, sino que lo mencionaban a diario en los noticiarios por sus éxitos en el distrito. Hacía tiempo que Heinrich Hofmann había muerto. Ningún tribunal de Transmontania aclararía ya si por culpa de un accidente o como resultado de un operativo montado por los esbirros de Stephanescu. El mundo no era justo. ¿Quizá al final de los tiempos sí lo sería? Pero ¿qué podía esperar realmente del Juicio Final, en el que mi abuelo aún confiaba con tenacidad? Tal vez existiera, tal vez no.

Entré en la iglesia a plena luz del día, subí a saltos los escalones hacia el altar y abrí el tabernáculo. Todo seguía allí. En el cuaderno verde estaban la foto del beso de Angela, la foto de su antigua amiga Alexa con el vestido de girasoles recogido, el negativo correspondiente y cuatro imágenes oscuras del tamaño de una postal con un gran punto blanco y once pequeños. Abrí el diario y por un instante aspiré el aroma a fuego, humo y tierra húmeda. «Quien no tiene esperanzas, no se lleva decepciones.» Me asusté. Vi a Buba. «Eso no es cierto, Pavel —me había dicho una vez entre mis brazos—. Quien no tiene esperanzas, no es una persona de carne y hueso.»

Me guardé el diario y las fotos, cerré el tabernáculo y dejé la pequeña llave de plata en la cerradura. Para Antonius Wachenwerther. Entonces me encaminé al campamento gitano. A ver a Susanna Gabor.

—¿Dónde está Buba?

El frío glacial que emanaba de mí provocó escalofríos en la madre de Buba. Se había hecho mayor, llevaba el cabello revuelto y tenía la espalda encorvada. Sus ojos, otrora tan grandes y que su hija había heredado, se habían reducido a unas finas ranuras desde las que me miraba torva.

—Yo no sé nada. ¡Lárgate, *gadjo*! No sé dónde está.

Fui presa de la cólera. Agarré a Susanna y le apreté la garganta con manos férreas.

—Te retorceré el cuello —espeté con tal firmeza que la mujer palideció de miedo.

—It-it-Italia —resolló.

—¿Qué dices? —inquirí, soltándola.

—Buba está en Italia —sollozó la gitana, desplomándose sobre una silla—. Créeme, no quería. Los hombres dijeron que enviarían dinero del bueno a casa cada mes, así que se la entregué. Querían ir a Italia por Yugoslavia. Pero no llegó ningún dinero. No supe nada más de mi hija. —Lloraba sin lágrimas—. No es lo que yo quería. Fue por la vergüenza que hiciste caer sobre nosotros. Pero ya no quiero dinero. Si tan sólo Buba volviera... Por mí puedes quedarte con ella. Tráela de vuelta. Ve a Italia y tráela.

Cuando volvía al pueblo mi antiguo compañero de escuela Hermann me gritó:

—¡Podrías arrimar el hombro!

Pasé por alto la invitación y me eché en la cama. Un viaje a Italia excedía todas mis posibilidades.

Entretanto, los habitantes de Baia Luna se dedicaban con empeño a los preparativos para la solemne investidura del párroco Antonius Wachenwerther. Los alumnos de la escuela aprendían poemas de memoria. Los hombres lustraban sus carros para que brillaran y cepillaban sus caballos. Y las mujeres trabajaban hasta bien entrada la noche ante sus máquinas de coser en la confección de pendones blancos y amarillos y disfraces al estilo de los antiguos trajes regionales de Clusoara. En realidad yo tenía pendiente un viaje a la OC esos días. Pero me sentía con tan pocas ganas de nada que pospuse las compras hasta después de la llegada del sacerdote. Lo que tendría consecuencias para mi abuelo, pues ya casi no le quedaban pastillas contra la epilepsia.

La ceremonia de investidura del sacerdote transcurrió a gusto de todos. Por lo menos hasta la celebración de la eucaristía de la misa mayor. La procesión se desarrolló de manera disciplinada y ordenada, de modo que los habitantes de Baia Luna recibieron diversas miradas de aprobación por parte del vicario general de Clusoara. El joven párroco tampoco parecía descontento, si bien aún evitaba el contacto visual directo con los miembros de la comunidad. Encabezaba la procesión un espléndido caballo tordo con la melena trenzada y cintas de colores en la cola, montado por Andreas Schuster, que portaba muy erguido el estandarte de la patrona. A Antonius Wachenwerther lo seguían el vicario general y los sacerdotes del obispado. Después venían los alumnos de la escuela con su profesor, las mujeres con los hijos pequeños, los hombres jóvenes, los ancianos y los gitanos. Cerraba el cortejo, aunque en realidad no formaba parte del desfile, Karl Koch, que de alguna manera se había quedado rezagado y al que ladraban dos perros callejeros.

Fue ya en la iglesia, durante el servicio religioso que concluía los festejos, donde se produjo el escándalo. Debo mencionar además que durante la procesión nos

habíamos dado cuenta de que los clérigos de Clusoara se habían olvidado de traer el fuego bendito. El vicario general, un hombre de la Iglesia dotado de un gran sentido práctico, se había dirigido entonces a los hombres para pedir cerillas. Cuando saqué una cajetilla del bolsillo, me susurró al oído que fuera a encender la luz del Santo Sacramento. Tras cumplir con su petición, me senté junto a mi abuelo y el cingaro en uno de los bancos delanteros, como en mi juventud, para escuchar con atención el primer sermón del nuevo párroco; la lamparilla roja brillaba de nuevo.

Sin pronunciar la menor fórmula de saludo, Antonius Wachenwerther se puso a explicar por qué desgraciadamente no podía subir al púlpito para la prédica. El Concilio Vaticano Segundo, nombre que a ninguno de nosotros nos decía nada, prohibía transmitir la palabra de Dios de arriba abajo, algo que él lamentaba personalmente por mor del honor debido al verbo divino. Después dejó entrever que las innovaciones de aquellos intelectuales de Roma al menos tenían la ventaja de declarar la guerra a la superstición popular. Dentro de dos semanas, el 15 de agosto, con motivo de la festividad de la Asunción de María, advertiría con decisión a los fieles que la asunción corporal de María en los cielos no debía ser interpretada de manera literal, ya que según el testimonio bíblico la ascensión estaba reservada únicamente al Hijo de Dios. Además, como ya se mostraba en Eva y sus pechos desnudos, la veneración de la mujer tan sólo distraía al hombre de la contemplación profunda del misterio de la virginidad de María. Miré a Dimitru, pero el cingaro se había quedado dormido.

Después del credo, las peticiones y el padrenuestro, el sacerdote llevó a cabo los preparativos para la eucaristía. Exactamente cuando el nuevo clérigo se encontraba a punto de convertir el pan y el vino en la sangre y el cuerpo de Jesucristo mediante las plegarias eucarísticas, el abuelo Ilja se encontró mal.

Al principio supuse que se trataba del incienso.

Él se levantó con la mirada perdida y señaló el zócalo vacío sobre el que muchos años atrás se erigiera la Virgen del Perpetuo Socorro.

—¡El sacerdote miente! —gritó, para desconcierto de todos—. Está mintiendo. ¡María está viva! ¡En carne y hueso! Reina desde el Mar de la Serenidad. ¡Abajo la Iglesia! ¡Abajo el Papa! ¡Abajo el cuarto poder! —Y, tras lanzar un aullido, sacudió los brazos y salió disparado hacia el altar.

Dimitru, arrancado de su duermevela, echó a correr tras él aún medio dormido, pero los puñetazos incontrolados de su amigo lo alcanzaron en la sien con tan mala suerte que chocó contra el reclinatorio para comulgar y cayó desplomado. Fuertes brazos masculinos sujetaron enseguida a mi abuelo, que se debatía con todas sus fuerzas, hasta que de pronto se desmayó con la flacidez de un saco vacío.

En ese momento al párroco se le escurrió el cáliz de oro. Las hostias consagradas revolotearon por doquier y un aluvión de vino rojo sangre se derramó por el blanco mantel del altar. El joven sacerdote desapareció en la sacristía horrorizado y lleno de vergüenza, mientras que el vicario general, manteniendo la compostura, se ponía a

recoger las hostias.

Hermann Schuster, Hans Schneider y yo, sujetándolo con fuerza, condujimos al atontado abuelo fuera de la iglesia.

La amargura del sacerdote por su fracasado comienzo como párroco de Baia Luna lo desmoralizaría durante mucho tiempo. Sin embargo, en lugar de desahogar su ira contra mi irreverente abuelo, Antonius Wachenwerther se refugió en un rencor silencioso que a lo largo de sus años de servicio iría creciendo hasta convertirse en un odio profundo hacia cualquiera que osara mencionar el nombre Botev en su presencia.

Como era de esperar en ataques de epilepsia, mi abuelo no recordaba su pérdida de conciencia y, a pesar de la incansable insistencia de Hermann Schuster, no estaba dispuesto a disculparse ante el cura. En cambio, desvariaba constantemente acerca de un cuarto poder que ahora con el nuevo sacerdote hacía proselitismo también en Baia Luna. Razón por la cual debía ir urgentemente a la capital ya que, como todos sabían, dos días después el presidente norteamericano Richard Nixon honraría con su visita al Conducator. Hermann consideraba las afirmaciones del abuelo puros delirios, pero de todas formas preguntó con buena intención a quién se refería Ilja cuando mencionaba ese oscuro cuarto poder.

—Está sentado en el Vaticano. El Papa y su gente hacen lo posible por que nunca se encuentre a la Madre de Dios. Por eso Wachenwerther tergiversa también la doctrina sobre la Asunción corporal de María en los cielos. Convierte a la mujer y madre redimida en una Virgen sin carne. Se desvía del hecho de que está viva, como lo demuestra la media luna bajo su pie. Reina sobre la luna, y por eso Jruschov preguntó a Gagarin por Dios.

—Pero, Ilja, caramba, ¿qué mosca te ha picado? Desde que tienes esa enfermedad lunar cada día estás más raro. —Hermann Schuster lo había agarrado del cuello y lo sacudía buscando hacerlo entrar en razón, cuando mi abuelo le espetó:

—Hermann, tú estuviste en la guerra. Dime sinceramente: ¿sabías que los alemanes estaban matando a los judíos?

—Sí, Ilja, lo sabía —respondió el otro, soltándole—. Pero no quería creerlo. Era joven y estaba en el frente. ¿Qué podría haber hecho al respecto?

—Tú quizá nada, pero el Papa de Roma sí. Hermann, él tendría que haber alzado la voz. Pero no lo hizo. Y por eso promulgó en el año cincuenta el dogma sobre la Asunción corporal de la Madre de Dios en los cielos. ¿Y sabes por qué? Porque los remordimientos lo torturaban. Durante el Tercer Reich dejó en la estacada al pueblo elegido. Johannes Baptiste ya decía que la Iglesia no había movido un dedo por los judíos en toda su historia, a pesar de que tuvieran que asumir la enorme pérdida de crucificar a uno de su pueblo, a Jesús, para salvarnos a nosotros. Con el dogma, el Papa quería complacer a María y certificar que no decayó en el polvo terrenal. Declarando su ascensión, Roma al menos salvaba a una judía a posteriori.

Hermann Schuster se había quedado sin palabras.

—Entonces la cosa se complicó para el Vaticano —continuó mi abuelo, imperturbable—. Todo comenzó con el *Sputnik*. Cuando el Papa hizo público el dogma no previó que el ser humano vencería alguna vez la fuerza de la gravedad y aterrizaría en la luna. Si el dogma es cierto, algún día hallarán a María. Los rusos o los americanos o quien sea. Pero el Vaticano no tiene ningún interés en que eso ocurra. Por eso el clero hace lo posible para que la Virgen permanezca oculta. Lo mejor sería que a nadie más se le ocurriera buscar a María. Por eso Wachenwerther declaró que el dogma no debía entenderse de manera literal, porque así cualquiera que se obstinara en la búsqueda quedaría como un imbécil.

Tras dos horas esforzándose por entender a Ilja, Hermann Schuster tenía la cabeza a punto de estallar. Agobiado por la certeza de que la *morbis lunaticus* había nublado la razón del tabernero, antaño tan sensato, volvió cabizbajo a casa, con su Erika, dejando a mi abuelo afanado en redactar, por primera vez en su vida, una carta con torpe caligrafía. Y dirigida al único hombre poderoso que aún podía plantar cara al cuarto poder.

Como supe más tarde, el abuelo pidió a su hija, mi tía Antonia, que cosiera el documento cuidadosamente al forro interior de su chaquetón de lana. Con triple costura por seguridad.

Era el último día de julio de 1969. La visita de Richard Nixon a la capital estaba anunciada para el 2 de agosto. El hecho de que un presidente americano visitara por primera vez un país socialista pocos días después del exitoso alunizaje había que agradecerse a la influencia del Conducator, de quien los poetas cantaban que hacía sombra incluso al sol. Se había organizado un desfile desde el aeropuerto hasta el Palacio de la República. Y se daba la ocasión de poder estrechar la mano de los poderosos. Una oportunidad así nunca se presentaría de nuevo para Ilja.

A Dimitru le habría gustado acompañar a su amigo, pero no pudo. Estaba en cama con una conmoción cerebral, tan aturdido que ni siquiera pedía morfina. Ilja le explicó su plan en pocas palabras y lo besó en la frente al despedirse.

—Amigo mío, estoy contigo. Cuida de nosotros —se limitó a decir Dimitru, asintiendo débilmente.

—¡Estás chiflado! ¿Adónde crees que vas? —gritó Kathalina a su suegro mientras Ilja sacaba el caballo de tiro del establo.

—¡A América! —exclamó, no porque fuera ésa su intención, sino porque en aquella misión no confiaba ni en sus parientes más cercanos.

Al principio no traté de impedir su partida. Además de que habría sido en vano, estaba seguro de que volvería pocos días después. Pero paulatinamente fui comprendiendo que en vez de protegerlo de su delirio mariano, lo había precipitado en el abismo de la desgracia.

Con la desaparición del abuelo, el tiempo de Dimitru en Baia Luna tocó también a su fin. Tras esperar en la biblioteca el regreso de su amigo, al final decidió abandonar el pueblo. Fue el mismo día en que maldijo a Antonius Wachenwerther y rogó a Dios

que el infierno existiera.

Pocos días después de asumir su ministerio, el nuevo sacerdote se dispuso a instaurar orden en la comunidad. Primero mandó que todos los católicos se inscribieran en la parroquia y creó un registro parroquial, algo que Johannes Baptiste nunca había llevado. Después se dedicó a la biblioteca. Dimitru, que se había retirado a su diván rojo, tuvo que llevarlo al sótano por orden de Wachenwerther y devolver la llave de la biblioteca. Al cura le bastó una sola jornada allí metido para hacer limpieza. Apiló todos los libros que no le parecieron apropiados para la comunidad en el viejo lavadero, donde con el curso de los años el mal olor del papel enmohecido acabaría con la vaga fragancia de rosas.

Después inspeccionó el cementerio. Tras señalar que la fosa medio vacía e inútil junto a la tumba de Fernanda Klein era signo del abandono del jardín de la iglesia, mandó rellenar el agujero. Después, con la ayuda de los nombres de las cruces, le pidió al sacristán Julius Knaup que lo introdujera en la historia de las familias de Baia Luna. El sacerdote se detuvo ante una sepultura sobrecargada de adornos cursis, como desconfiando de los ramos de coloridas flores de plástico que ocultaban la cruz.

—¿Quién está enterrado ahí?

—Laszlo Gabor, el padre de ese gitano imposible de la biblioteca. Murió en circunstancias misteriosas. En 1935 a orillas del Tirnava, mientras en el río helado una madre de nuestro pueblo, atrapada junto a su hija en las corrientes heladas del río, pedía ayuda a gritos. Y si se me permite la observación, Gabor murió sin estar bautizado.

Para contrarrestar con mano firme el desmoronamiento de la fe católica, se exhumaron los restos mortales de Laszlo Gabor y sus huesos fueron guardados en una caja de madera.

Dimitru no pronunció palabra cuando el sacristán le entregó el esqueleto de su padre y señaló que aún quedaba espacio junto a la Barbu detrás del muro del cementerio.

En menos de una hora cargó un carromato con la caja de madera y sus pertenencias, enganchó los caballos y se dirigió hacia nuestra casa para despedirse.

—Kathalina, Pavel, queridos. Os doy las gracias por todo.

Mi madre se volvió y se echó a llorar.

—¿Adónde vas, Dimi? —preguntó mi tía Antonia, que se había levantado con esfuerzo de la cama.

—Voy allá donde está mi padre. Pero antes buscaré al tuyo, a mi amigo Ilja. Lo buscaré hasta encontrarlo.

—Entonces, voy contigo. Bueno, si te parece bien que te acompañe una mujer rolliza como yo.

—Antonia, no veo el inconveniente.

—Llévate esto como recuerdo —ofreció mi madre, tendiéndole la Biblia que Johannes Baptiste regalara al abuelo por su cumpleaños—. Espero que Ilja sea

sensato y regrese pronto. No echará de menos la Biblia, y si lo hiciera al menos sabrá que la palabra de Dios está en buenas manos.

—Gracias por el regalo. Lo acepto, Kathalina, pero comprende que no la leeré de nuevo hasta que haya encontrado a tu suegro.

Decidí esperar unos días más al abuelo y después salir yo mismo en su busca. Abracé a Dimitru al despedirme y le pedí que me hiciera llegar un mensaje en caso de que averiguara el paradero de Buba.

—Pavel, piensa en las vírgenes insensatas —se limitó a contestarme—. Para cuando llegaron a casarse, el aceite de sus lámparas se había consumido. —Entonces se apretujó junto a Antonia sobre el pescante y cruzó en su carro el puente del Tirnava por última vez en su vida.

Hay que decir que la crecida catastrófica de un año después no sólo se llevó por delante el puente de hierro. Cuando el río se desbordó, las casas de adobe de los gitanos también quedaron disueltas en la marea. El clan de los Gabor, ahora sin hogar, se trasladó por un tiempo, con carros y caballos, a la periferia de Apoldasch, donde los hombres fueron reclutados como peones para la construcción de una presa en la cabecera del Tirnava. En los años siguientes una gigantesca central eléctrica controlaba a partir de la primavera el caudal fluvial, suministrando electricidad al distrito de Clusoara, y por lo tanto también a Baia Luna, las veinticuatro horas del día. Luego llegaría la época de escasez, en que el dinero y el material se agotaron y se hizo la oscuridad en el país, y para entonces en Baia Luna ya nada hacía recordar que una vez hubieran vivido gitanos allí.

Dos semanas después de partir hacia América, viaje en que obviamente nadie creía, el abuelo no había vuelto, así que me dispuse a buscarlo. Supuse que habría viajado en ferrocarril desde Clusoara hasta la capital para la visita de Estado de Richard Nixon y que habría dejado el carruaje a buen recaudo en el Buen Provecho. Sin embargo, el dueño aseguró que no conocía a ningún Ilja Botev de Baia Luna.

Sopesé todas las posibilidades: un accidente, un crimen o la opción más plausible, que hubieran encontrado al abuelo tirado en cualquier cuneta tras un ataque epiléptico. Recorrí todos los hospitales y comisarías en el trayecto de Clusoara a la capital e incluso llegué por último a la central de la Securitate en la Calea Rahovei. Allí escucharon mi caso, pero en aquel laberinto de secretos no obtuve ninguna información del paradero del abuelo. Emprendí el camino de regreso esperando de todo corazón que entretanto hubiera vuelto al pueblo.

No había sido así.

Para asegurarse un buen sitio, la tarde del 31 de julio de 1969 Ilja Botev ya estaba apoyado en una de las vallas en el bulevar de la Victoria. Al día siguiente, el presidente americano y el Conducator pasarían justo por allí delante. El colorido bosque de banderas que ya ribeteaba las calles hacía pensar en un desfile suntuoso.

Dos hombres con chaquetas de cuero negro se acercaron a Ilja y le pidieron la documentación.

—No la llevo encima.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—Ilja Botev de Baia Luna. Estoy esperando.

—Eso ya lo vemos. ¿Baia Luna? ¿Dónde queda eso?

—Distrito de Clusoara. Comarca de Apoldasch.

—¿Quiere decir que ha venido desde las montañas expresamente para ver al presidente americano?

—¡No he dicho eso!

—Entonces ¿por qué está usted aquí? ¿Y su documentación?

—¡Eso no os incumbe, fanfarrones!

Veloz como un rayo, uno de los hombres agarró la muñeca de Ilja y le giró el brazo a la espalda. Su compañero le cacheó las caderas, las perneras del pantalón desde los genitales hasta los zapatos, después la camisa, la barriga y la espalda.

—¡Nada! Ningún arma. Ningún manifiesto. Entonces ¿qué hace aquí?

—Eso es asunto mío.

El agente de la Securitate que le sujetaba el brazo apretó ligeramente. El dolor en el hombro dislocado le desencajó la cara al anciano, pero apretó los dientes.

—Soy un hombre mayor —se quejó—. ¿Por qué me hacéis esto?

No obtuvo respuesta. Ambos agentes lo empujaron y lo arrojaron al asiento trasero de un vehículo gris. Después se encaminaron a la Calea Rahovei.

En sus sesenta y siete años de vida nunca había pisado un edificio tan imponente como la central de la Securitate. Los hombres lo condujeron a través de alas laterales, pasillos y corredores, para acabar encerrándolo en una sala donde había dos sillas y una mesa de chapa abollada con un teléfono negro de baquelita. A pesar de ser verano, la temperatura en aquella sala de interrogatorios era de nevera. Los agentes le quitaron la chaqueta y los pantalones y lo dejaron solo.

Le temblaba todo el cuerpo y el hombro derecho le dolía de manera atroz cuando un mayor de la Securitate entró en la sala. Llevaba un abrigo de piel, interrogó a Ilja acerca de su largo viaje y tras una hora quedó convencido de la inocencia del detenido. Había muchos locos en el país, pero jamás había tenido enfrente a alguien tan chiflado como para asegurar que había viajado a la capital desde las montañas a fin de pedir al presidente Nixon que enviara de nuevo un barco con chicles auténticos a Transmontania.

El mayor le devolvió los pantalones y lo ayudó a ponerse la chaqueta. Entonces notó algo. Arrancó el forro del chaquetón de lana y se encontró con una carta y una fotografía negra a excepción de una docena de puntos blancos. La leyó, negó con la cabeza y salió.

Un rato después volvió con su superior. Ilja Botev conocía al hombre de rostro obeso que le lanzó una mirada penetrante.

El coronel Lupu Raducanu cogió la carta. Estaba dirigida al primer presidente del Consejo de Estado y comenzaba así: «Estimado camarada secretario general, Titán y Conducator, necesitamos su ayuda.» Lupu la leyó hasta el final y sonrió burlón.

—Ilja Botev de Baia Luna. Mira tú por dónde. Señor Botev, ¿qué vamos a hacer con usted?

Mi abuelo permaneció en silencio.

—Sí que tiene usted una confianza infinita en nuestro país. ¿Así que quiere que nuestro jefe de Estado mande construir cohetes? Un programa propio de viajes lunares para nuestra nación financiado por el presidente americano. Suena bien. — Raducanu le echó una manta sobre los hombros—. Está usted helado. Yo creo que sus ideas señalan el camino hacia el futuro. Seguro que puede hacerse algo.

La confianza iluminó los ojos de mi abuelo.

—Yo creo que el Conducator acabará con el cuarto poder —comentó Raducanu—. ¿Quién si no?

Ilja asintió.

—Si he leído bien, trabaja usted para una judía llamada María que vive en la luna en un mar sereno y que tiene un brillo resplandeciente, como demuestran los puntos blancos de esta fotografía.

—Así es.

—¿Sabe qué, señor Botev? Voy a quedarme con la carta y se la entregaré personalmente al Conducator. Así no tendrá que abrirse paso entre miles de personas durante el desfile. El jefe de Estado discutirá después el asunto con el presidente Nixon. ¿Le parece bien?

Ilja asintió de nuevo. Raducanu se guardó la carta y la fotografía. Luego descolgó el teléfono. Poco después entraron dos hombres de civil. Antes de que Ilja comprendiera a qué se refería Raducanu cuando ordenó «Llévalo con el doctor Pauker», los hombres le pusieron una inyección.

Despertó en un lugar aislado en un valle lateral del río Alt, a tres horas en coche de la capital. Tras las fachadas de antiguos barracones militares se escondía un sanatorio psiquiátrico acerca del cual los lugareños susurraban que quienes allí eran encerrados ya no volvían a proyectar su sombra.

Quien hubiera supuesto que Antonia, a raíz de aquel viaje, se convertiría en amante de Dimitru, que en el pasado nunca había dudado en vanagloriarse de su vigor masculino, probablemente habría salido con rapidez de su engaño observando a la desigual pareja. Mientras Antonia seguía ganando en corpulencia incluso en tiempos de escasez, el cíngaro adelgazaba cada vez más. En verdad encogía, iba haciéndose más y más pequeño y al final llegó a ser tan insignificante que apenas se le veía al lado de su voluminosa acompañante. En todos los pueblos por los que pasaban, preguntaban por un tal Ilja Botev de Baia Luna y se marchaban al cabo de un par de

horas. Nadie conocía a ningún hombre llamado así. Sólo en una ocasión, en el séptimo u octavo año de su búsqueda, un carpintero que fabricaba ataúdes en las montañas de Maramures les mencionó un entierro reciente en el cementerio de Viseu de Jos. Por lo que recordaba, el fallecido pasaba de los setenta y se apellidaba Botev.

Dimitru compró uno de los ataúdes infantiles pintados de blanco que el carpintero había construido de cara al invierno inminente, trasladó los huesos de su padre Laszlo y puso rumbo hacia el susodicho cementerio. En efecto, sobre un montón de tierra fresca había una cruz en la que, para gran consternación de Antonia y Dimitru, leyeron el nombre de Ilja Botev.

No les costó localizar a los parientes del fallecido. Se trataba de gente afectuosa que enseguida se ofreció a hospedarlos por varios días, a pesar de que ningún lazo de parentesco los unía con los Botev de Baia Luna. Dimitru y Antonia constataron con alivio que era imposible que el muerto fuera su amigo y padre.

El cingaro y su compañera se quedaron una noche, después continuaron su viaje sabiendo que Ilja Botev había tenido un tocayo en una respetable familia del extremo norte de Transmontania.

Aunque no fueran una pareja en el sentido habitual del término, su relación iba más allá de la de un vagabundo y una mujer que había querido compartir el destino de aquél. Por un lado, a Antonia le gustaba la sensación de viajar; sí, para ella el cambio constante de lugar resultaba incluso un acto de liberación. Por otro, mi tía había desarrollado un afecto por Dimitru que no nacía de la llama fugaz del deseo, pero tampoco del amor estable entre un hombre y una mujer. En su relación con el cingaro asumía más bien el papel de una madre atenta, y éste la satisfacía tanto y la hacía tan feliz que por primera vez pensó en los años pasados en Baia Luna como tiempo perdido.

A pesar de que su presencia corporal disminuía, el gitano había conservado intacta su lucidez mental, y desarrolló un estado de ánimo que se adecuaba perfectamente al papel materno de Antonia. Dimitru no se comportaba de manera pueril, no lloriqueaba ni refunfuñaba y por lo demás no daba una impresión infantil. Pero por las noches, cuando se acurrucaba encogido, con escalofríos y tiritando incluso en verano, no existía para él mayor felicidad y nada le daba más seguridad que arrimarse contra el cuerpo rollizo de ella no tanto como hombre, sino como un chico triste y abatido.

Aparte del ataúd infantil con los restos de su padre, la posesión más preciada de Dimitru resultó ser la Biblia de Ilja. Como para un negro era terrible hacer una promesa solemne, pero aún más terrible romper una promesa hecha, cumplió con el voto de no hojear las Sagradas Escrituras hasta dar con su amigo. Sin embargo, dado que Dimitru no perdía el último resquicio de astucia ni en los momentos más sombríos, esperó pacientemente a que Antonia sacara la *conclusio* correcta de ambas premisas: por un lado él tenía una Biblia, pero por otro no podía leerla.

—Dimi, mi amor —dijo Antonia una tarde de agosto, ambos tumbados en la

hierba junto al carromato disfrutando de los últimos rayos de sol—, tu promesa no excluye que yo pueda leerle las Sagradas Escrituras.

—Querida mía, tu inteligencia me deleita. Tú recitarás y yo memorizaré. Cuando conozca la palabra de Dios de memoria mi voto puede irse a freír espárragos. Lo mejor es que empecemos ahora mismo. Desde el capítulo uno hasta el... Dime, ¿cuántos capítulos dictó Nuestro Señor a sus cronistas?

—Muchos, diría yo. Muchísimos.

A partir de entonces Antonia leía en alto y al día siguiente le preguntaba por las líneas de la noche anterior, que Dimitru citaba correctamente indicando el libro, el capítulo y el versículo correspondiente, a no ser que hubiera bebido para mejorar su concentración. Sin embargo, como tras las agotadoras horas de viaje diario la capacidad receptiva de Dimitru quedaba muy limitada por la noche, a menudo Antonia no superaba los dos o tres versículos en sus sesiones.

Ocurrió así que a principios de los años ochenta, en el décimo segundo año de la búsqueda de su amigo, la catástrofe le sobrevino a Dimitru Carolea Gabor. Habían llegado al Evangelio según Juan, que el gitano esperaba con gran impaciencia ya que muchos pasajes le resultaban familiares gracias a los antiguos sermones de Papá Baptiste. Disfrutaba por anticipado de la parte final en que Cristo resucitado bajaba de nuevo a la Tierra para mostrar sus heridas, que el incrédulo Tomás podría tocar con sus propias manos y así recibir del Redentor la noticia de que benditos son los que no ven pero creen. Al gitano le gustaba mucho esta frase, ya que la palabra de Dios probaba que sólo aquellos de espíritu pobre necesitaban cosas tangibles, pero aquellos que confiaban no, pues eran capaces de percibir que las ideas eran reales. Por esta razón, de todas las frases escuchadas a lo largo de su vida con los oídos bien abiertos, el cingaro, al igual que Papá Baptiste, adoraba el principio del Evangelio según Juan por encima de todo.

—«En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios —leyó Antonia—. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.»

Dimi relucía como un cometa en el cielo.

—Ése, querida mía, es el mensaje más bonito jamás transmitido al mundo —proclamó, sin saber que pocos capítulos después ya no estaría tan radiante.

Antonia prosiguió. En los años de lectura bíblica había reprimido siempre cualquier comentario para no confundir a Dimitru mientras memorizaba la palabra de Dios. Pero entonces llegó al capítulo 3, versículo 5 del Evangelio según Juan:

—«En verdad, en verdad os digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu.» Esto lo conozco. Mi padre lo recitó una vez en la iglesia de Baia Luna para demostrar a Kora Konstantin que sí era instruido en el arte de la lectura —comentó mi tía.

—Así es. Sigue leyendo. —Después, al escuchar de labios de Antonia las palabras de Jesús: «Si al deciros cosas de la Tierra, no creéis, ¿cómo vais a creer si os

digo cosas del cielo? Nadie ha subido al cielo sino El que bajó del cielo, el Hijo del Hombre», exclamó—: ¿Qué has dicho?

Antonia lo repitió.

Dimitru le arrancó la Biblia presa del terror y rompió su promesa al leer en voz baja:

—«Nadie ha subido al cielo sino El que bajó del cielo, el Hijo del Hombre.»

—¿Qué te ocurre, Dimitru? —preguntó ella tan desconcertada como preocupada por el aspecto de su compañero.

—Todo fue en vano... María nunca ascendió corporalmente a los cielos. Aquí lo pone. El propio Dios lo dice en su palabra verdadera, tan sólo uno subió al cielo. Solamente Jesús, el Hijo del Hombre. Nadie más. ¿Por qué no nos avisó nadie? ¡Si lo hubiera sabido antes! Nunca habría permitido que Ilja se marchara. Sólo yo tengo la culpa. Enredé a mi amigo en el error de mi existencia. María era humana y lo fue hasta el final. No está en la luna. Se descompuso en el polvo de la tierra. Ilja jamás me perdonará. ¡Jamás!

—¡Pero está en el cielo! Tú mismo me contaste que la habías visto con el telescopio en la montaña.

—Antonia, Antonia —sollozó Dimitru—. ¡La vi! ¡Eso seguro! Pero ya no me acuerdo. ¡Estaba borracho, tu sobrino Pavel nos había dado aguardiente!

—¿Y el dogma papal? ¡La Asunción de la Madre de Dios en los cielos fue proclamada como dogma infalible!

—¡Bah, una mentira! No sé por qué, pero es mentira. ¿Cómo va a entender un gitano como yo por qué el Papa impone su palabra terrenal a la palabra divina del Evangelio?

Antonia no supo qué contestar, pero sintió cómo Dimitru se marchitaba entre sus brazos hasta convertirse en un pequeño anciano digno de lástima.

El abismo tras las palabras, encuentros inesperados y el enemigo más peligroso

Hoy, que soy viejo y rememoro aquellos tiempos, la Edad Dorada del socialismo me hace pensar en el ascenso y la caída de una estrella en el cielo, como un sol, que brilla y emite calor durante un tiempo hasta que se dilata y convierte en una gigante roja destinada a explotar bajo la presión de su propia masa. De la Nueva Nación no quedó al final más que un agujero negro de codicia que había devorado mi vida y donde los ardientes sueños de mi juventud se enfriaron hasta congelarse.

Ya no apreciábamos los colores. A pesar de que las praderas de Baia Luna eran verdes en primavera, azul el cielo en verano y blanca la nieve en invierno, sólo veíamos gris. Estábamos ciegos. Y mudos. Hubo un tiempo en que callábamos por miedo a la Securitate. Pero el temor al coronel Raducanu y su gente nunca me había paralizado, sino que me había mantenido alerta. Enmudecimos porque tras las palabras se hizo el vacío. Ya no había nada, tan sólo un abismo. Por supuesto que seguíamos hablando, pero las cosas se diluían y desaparecían en sus nombres. El ambiente estaba tan viciado que los nombres prescindieron de los objetos y ya no se podían señalar. Ya no podía decirse: ¿Ves aquello? Pues se llama así.

La iglesia ya no era una casa de Dios sino cuatro muros de piedra muerta. El reloj de la torre tampoco era ya tal. El sacerdote ya no era un padre espiritual y el cementerio ya no era un lugar para el descanso eterno, sino un sitio donde se amontonaban cadáveres.

Incluso la luz del Santo Sacramento era ya apenas una llamita mortecina. Nada hacía honor a su nombre.

Nuestro comercio popular de gestión familiar, el punto de venta de la OC, con sus estanterías vacías no tenía de tienda ya nada más que el nombre. No había azúcar, ni leche, ni aceite, sólo harina de maíz racionada. Y tomate en lata. De eso nos sobraba. Pero nada más. Para preparar un caldo un poco más graso en los días festivos, las mujeres del pueblo iban a la capital del distrito antes de Navidad. A pie, porque sin diésel los autobuses ya no funcionaban. Recuerdo bien una vez que mi madre regresó con un pie de cerdo y dos patas de gallina. Estaba tan furiosa que descargó su ira contra el párroco.

—Vete al infierno, sepulturero —le espetó. Cada mañana en la rectoría, Antonius Wachenwerther comía salchichas, huevos y tocino que la gente le llevaba, mientras que los niños del pueblo pasaban semanas sin poder beber un sorbo de leche.

Yo no pisaba la iglesia desde que el sacerdote había hecho exhumar los restos del

gitano no bautizado Laszlo Gabor. Con su gesto había obtenido aprobación en el pueblo, aunque no de todos. Los Kallay, los Petrov y los hermanos Scherban no asistieron nunca más a misa. Tampoco Hermann Schuster, pues se veía incapaz de rezar el padrenuestro. No lograba pronunciar al unísono con el cura las palabras «danos hoy nuestro pan de cada día». Por desgracia, Hermann Schuster falleció poco después de la revolución. Al igual que Istvan Kallay. Ojalá ambos hubieran vivido los tiempos de la libertad.

La gigante roja se colapsó, pero no con una implosión violenta y sonora, sino que se desvaneció en silencio, tan despacio que al principio en Baia Luna no nos percatamos de que la Edad Dorada se había extinguido. El esplendor de aquel hombre que hacía sombra incluso al sol fue empañándose hasta convertirse en una estrella muerta cuyos últimos rayos aún resplandecieron mucho tiempo como fuegos fatuos, a pesar de que se anunció por doquier que habían sido apagados para siempre por un pelotón de ejecución en el patio de una prisión militar.

—Está pasando algo. Estoy seguro de que pasa algo —nos dijo un alterado Petre Petrov al hijo de Istvan Kallay, Imre, y a mí—. Intentadlo vosotros.

Llevábamos horas acucillados frente a la radio ajustando el dial, pero la señal de Radio Europa Libre se interrumpía una y otra vez.

—Interferencias —conjeturó Imre—. No quieren que nos enteremos de lo que ocurre en el país.

Los tres habíamos logrado averiguar sólo una cosa: que en la ciudad de Timisoara se estaba luchando. Había un levantamiento. Imre dio por fin con una emisora de radio húngara. Según las noticias, soldados del ejército y tropas de asalto de la Securitate apoyadas por tanques se habían enviado desde la capital a la zona del Banato, al oeste del país, para reprimir la revuelta con gas lacrimógeno, lanza-aguas, escudos y porras. El pastor calvinista Laszlo Tokes había desencadenado la rebelión con incendiarios sermones en los cuales su creciente audiencia día a día había ido asimilando un solo mensaje: el Conducator debía marcharse. Al parecer, el propio superior de Tokes, un obispo, le había asestado una puñalada traperera, pues por presión de la Securitate había ordenado su traslado forzoso a provincias, a un pueblo que no aparecía en ningún mapa de Transmontania.

Sin embargo, la gente no se quedó quieta. Defendieron a su párroco. Las manifestaciones iban en aumento. En las empresas nacionalizadas los trabajadores se negaban a mover un dedo, llamaban a la huelga, acudían en masa y clamaban: «¡Libertad! ¡Libertad! ¡Abajo el titán! ¡Muerte al comunismo!» Hacían ondear banderas de Transmontania con agujeros en el centro: habían cortado el emblema nacional de la estrella roja.

Entonces llegaron los primeros disparos. La primera sangre. Los primeros muertos. En el bando de los rebeldes.

Petre Petrov, Imre Kallay, Andreas Schuster y yo fuimos a casa de los gemelos Kiselev y nos sentamos en su salón frente al televisor. Drina se disculpó por no poder ofrecernos galletas. El Conducator apareció en la televisión estatal. Su esposa Elena le colocó bien la corbata. De creer las declaraciones posteriores de un guardaespaldas, ella le habría espetado: «No vuelvas a irte de la lengua.» El Conducator habló. El pueblo aún lo escuchaba. Era la noche del 20 de diciembre de 1989.

«¡Los *juligans* —exclamó—, los *juligans* tienen la culpa! Lanzas piedras a los escaparates, queman coches preciosos y quieren acabar con nuestra Edad Dorada.»

—¿*Juligans*? No sé quiénes son —comentó Petre.

Tampoco yo sabía a qué tipo de gente se refería el jefe del Estado. Después nos enteramos de quién más tenía la culpa de que la tranquilidad y el orden se vieran amenazados en el país. Alborotadores reaccionarios al servicio del capitalismo imperialista. Agitadores con afán de notoriedad que se dejaban comprar con las divisas falsas de los servicios secretos occidentales. Pagados por espías de Inglaterra, de Francia, de América, posiblemente incluso de Rusia. Ya sólo podía confiarse en el gobierno chino. Éste aún mantenía las banderas en alto. Los gandules también eran culpables, esa panda de vagos, sobre todo los gitanos. Qué pueblo tan ingrato, a pesar de haber recibido viviendas tan bonitas. Se deslizaban tras los *juligans*, acechaban hasta que éstos lanzaban piedras a los escaparates y entonces saqueaban las joyerías nacionalizadas. ¿Y quién los había incitado? ¿Quién había tramado todo aquello? ¡Budapest! Los húngaros estaban detrás de todo, dirigían las revueltas, después de haber traicionado a su propio socialismo, ahora querían echarle el guante a la mitad de Transmontania. Traidores también eran los alemanes de la República Democrática, que recientemente le habían hecho entrega de la Orden de Oro de Karl Marx, prometiéndole que nada en el mundo podría detenerlos en su carrera para convertirse en la élite mundial. Traición también de Polonia, que prefería escuchar al Papa y a esa Virgen Negra antes que leer a Lenin. Los checoslovacos tampoco eran mejores que ellos, y los búlgaros menos aún. ¡Nada de países hermanos! Estados de Judas al servicio del capital. De acuerdo, era cierto que el país necesitaba muchas mejoras. Pero el problema era que el petróleo estaba muy caro y había que pedirlo a la Unión Soviética. También era culpable la falta de cerdos de engorde con que se pagaba el petróleo ruso. Y también Gorbachov, que precipitaba el mundo hacia el caos con aquella estupidez de la *glásnost*. Naturalmente, la libertad seguiría estando garantizada en el país. Todos eran bienvenidos, cubanos, chinos y norcoreanos. Sin embargo, más tarde y ya en privado, el Conducator bramó que la culpa era en realidad de sus ministros incompetentes.

—¡Ha-ha-haced callar a esos *juligans*! —rugió a sus generales—. ¡De lo contrario os mandaré al paredón!

Elena intervino, conciliadora, y aplacó los ánimos.

—Primero declararemos el estado de emergencia. Organizad una gran

manifestación. Repartid banderas, fabricad pancartas rojas. Después las cosas mejorarán.

Los funcionarios tuvieron que ponerse a ver vídeos de la plaza de Tiananmen de Pekín para comprender de una vez por todas cómo el poder de un Estado decidido hacía entrar en razón a los rebeldes. El presidente ordenó instalar un teléfono rojo. Conferencia urgente con todos los secretarios de distrito del país. Todos se comprometieron a conseguir gasolina y enviar a la capital cuantos autobuses quedaran utilizables repletos de probados colectivistas para dar testimonio de su entusiasmo.

Todos excepto uno.

En Clusoara, el teléfono del doctor Stefan Stefanescu comunicaba sin parar. Más tarde los cronistas escribirían que durante esas horas estuvo convocando a personalidades para formar un Frente de Salvación Nacional.

21 de diciembre de 1989. Banderas rojas, pancartas rojas y agradecimiento eterno hasta donde alcanzaba la vista. En la París del Este, decenas de miles de personas sostenían carteles con imágenes del rey y de la reina, si bien de muchos años atrás. Las masas juraban lealtad a la nación, lealtad al Partido, lealtad eterna al Conducator.

Imre, Petre y yo seguíamos sentados delante del televisor de Drina. No creíamos lo que estábamos viendo. ¿Qué habían dicho los de Radio Europa Libre? ¡Levantamiento! ¡Sublevación! ¡Revolución! Sí, pero ¿dónde?

22 de diciembre de 1989. Cada vez llegaban más personas a la capital. Sin banderas. Sin pancartas. Sin pósters. Un mar infinito de caras sombrías decididas a hacer algo, pero a la espera. La televisión mostró cómo los primeros puños martilleaban contra los portones del edificio del Comité Central. Después la cámara giró hasta el balcón. El Conducator hizo su aparición. Se acercó al micrófono. Sin cetro. Chaqueta negra, camisa blanca, corbata oscura con puntos que parecían diminutos soles. En cuanto abrió la boca se desató la ira popular, gritos de furia, silbidos ensordecedores. El jefe del Estado levantó las manos con gesto desamparado, intimidado. ¡El doble, el triple de sueldo! ¡Lo tendréis! Pensiones más altas, también más subsidios por niño. Comida suficiente. Casas más calientes. Todo se gestionaría. El Conducator se transformó en un chiquillo, viejo como el mundo, que promete enmendar todos sus errores sin saber qué ha hecho mal. Nadie lo oyó. Los altavoces sonaban a pleno volumen, pero el pueblo gritaba aún más alto. Bramaba, abucheaba, rugía, un huracán de cólera atronadora. ¡Crucifícadlo! ¡Crucifícadlo! Los responsables de la televisión estaban aterrorizados. ¿Les estaba permitido mostrar aquello? El último rayo de luz de la estrella moribunda aún estaba allí, aún podía abrazar a alguien. Después no oímos nada más. Los de la televisión habían desconectado el sonido.

Hacia el mediodía, cuando un helicóptero despegó del tejado del edificio donde tenía su sede del Comité Central, la pantalla se volvió negra.

Encendimos la radio de Drina Kiselev, sintonizamos Europa Libre. El locutor

comunicó que el dictador y su esposa habían huido. Pero Petre y yo esperamos como el incrédulo Tomás, queríamos ver, no oír. Esperamos hasta que por la tarde las imágenes en movimiento centellearon de nuevo en la pantalla.

Los líderes de la revolución estaban sentados a una larga mesa en el antiguo Palacio Real. Voiculescu, Roman, Brucan, Mazilu. También un par de generales, militares que se habían pasado al bando del pueblo. Aparte del de Iliescu, portador de la Orden de la Hoz y el Martillo de primera categoría, yo jamás había oído sus nombres. ¿Dónde podía haberlos oído? Todos eran camaradas del Partido de segunda o tercera fila que emergían ahora de la sombra. Todos pedían el micrófono. Entonces fue el turno de Mircea Dinescu, un disidente, un escritor bajo perenne arresto domiciliario. Anunció la huida del matrimonio de dictadores. Pero yo no veía al poeta, pues sólo tenía ojos para el hombre sentado a su derecha.

Pelo encanecido peinado cuidadosamente con raya hacia atrás, semblante serio. Le pasaron el micrófono.

«Queridos y queridas camarad... —El doctor Stefan Stefanescu se interrumpió y sonrió. Todos rieron, excepto el poeta—. Señoras y señores. En estas horas de revolución me dirijo a todos los hombres y mujeres de nuestro país y proclamo la creación del Frente de Salvación Nacional. La detención del Conducator y de su esposa, que han precipitado al abismo a nuestra nación, es inminente. Tendrán que asumir su responsabilidad ante un tribunal y yo les prometo a ustedes, nuestro valiente y castigado pueblo...»

Los cámaras se arremolinaban en torno a Stefanescu. Se empujaban y apartaban unos a otros. A través de la jauría de periodistas alguien se abrió camino hasta el podio sin esfuerzo, sin necesidad de utilizar los codos, como si no percibiera el tumulto alrededor. Parecía que se le despejara el paso voluntariamente. Se encaminó hacia Stefanescu sin prisa, casi con lentitud deliberada. Sólo se le veía la espalda. Su vestimenta clara revelaba que no era un compatriota. Un occidental. ¿Americano quizá? Alzó una cámara de fotos. Los flashes se sucedieron. Stefanescu sonreía.

De pronto hubo disparos, las imágenes de televisión temblaron, las metralletas tabletearon y se oyó el estallido de las granadas. Las cámaras enfocaron la plaza frente el antiguo Palacio Real. Había gente que corría, barricadas que ardían, sirenas que aullaban. Y aquellos disparos, y sangre, heridos, muertos. Los últimos fieles al Conducator estuvieron matando hasta el final. El hombre de la vestimenta clara estaba de nuevo en medio. Sacaba sus fotografías sin miedo ni prisa alguna. Me pareció reconocer sus andares, distinguí su cara fugazmente. Hacía más de treinta años que lo había visto por última vez. Petre Petrov no lo reconoció, pero yo no tuve dudas. Fritz Hofmann había vuelto, siguiendo las huellas de su padre. Era fotógrafo. Documentaba el final de la Edad Dorada.

Abandoné el salón de Drina Kiselev.

—¿Adónde vas en un momento histórico como éste? —se indignó Petre.

Pero diez minutos después ya estaba de vuelta. En el bolsillo llevaba el diario

verde y dos fotografías.

—Wachenwerther tiene un Volkswagen alemán —dije con aire solemne, mirándolo.

—Voy contigo.

Tras haber cargado la vieja carabina de Petre en el maletero, arrancamos a toda velocidad y llegamos a la capital al amanecer del día siguiente. Faltaban dos días para Navidad, la oscuridad aún no se había disipado, el día aún no había comenzado y en el frío aire de diciembre flotaba el olor acre del gas lacrimógeno.

Petre se unió a un grupo de mineros rebeldes de Lupeni que en el caos de la sublevación no sabían muy bien contra quién debían disparar. Yo me senté en un sofá mugriento del vestíbulo del hotel Intercontinental. Allí se alojaba la prensa. Me dispuse a esperar a la persona que tantos años antes apagara la luz del Santo Sacramento en Baia Luna y a quien yo había acusado de traicionar al sacerdote Johannes Baptiste.

De repente lo vi bajar por la escalera con parsimonia. A pesar de llevar una bolsa con el equipo fotográfico al hombro caminaba con cierta ligereza, como si nada ni nadie pudiera alterarlo. No había duda, era Fritz Hofmann. Se me aceleró el pulso. Aquel hombre era un extraño. «Realmente no eres uno de los nuestros», le había dicho yo una vez. Ahora había regresado de otro mundo.

Me acerqué a mi antiguo compañero de escuela. Fritz parpadeó y se detuvo. Entonces dejó resbalar la bolsa de su hombro.

—¡Pavel Botev! —exclamó, abriendo los brazos, aunque enseguida volvió a bajarlos. Durante una fracción de segundo tuve la impresión de que no me miraba a mí, sino a través de mí. Nos estrechamos la mano como dos personas que no osan creer en su buena suerte—. Pavel, ¿cómo has podido aguantar en este país?

—También yo me lo pregunto. Y por eso estoy aquí.

Los disparos seguían resonando en la capital, pero las cámaras de Fritz Hofmann permanecieron en su bolsa. Estuvimos sentados en su habitación de hotel hasta la mañana del día de Nochebuena. Fritz me escuchó, y también me sorprendió por su franqueza y sinceridad.

—Así que eres fotógrafo. Como tu padre.

—Sí. Como mi padre. Con una diferencia. Él fotografiaba a los poderosos porque quería pertenecer a su clase. Yo saco fotos porque sé que nunca perteneceré a ningún lugar.

—¿Por qué dices eso?

—Hace mucho tiempo me dijiste una frase que nunca pensé que resultara tan cierta. ¿Recuerdas la noche antes de que apagara la llamita en la iglesia? Aseguraste que tendría que pagar un precio por marcharme de Baia Luna. Pues tenías razón.

—¿Dije eso? Ha pasado tanto tiempo...

—Para mí no, a pesar de que es la primera vez que vuelvo a mi país en más de treinta años. Cuando me mudé con mi madre a Alemania estaba seguro de que pronto olvidaría Baia Luna. Quizá habría sido así si la primavera siguiente a mi traslado no hubiera recibido una carta de Julia.

—¿De nuestra compañera de clase Julia Simenov?

—Sí. Me contó que habían encontrado a la profesora Barbulescu ahorcada en la montaña de la Luna. Julia me acusaba con dureza. Según ella, a causa de mi insolencia había empujado a nuestra maestra al suicidio, y más exactamente al escribir en la pizarra aquella frase de la chimenea. Lo peor fue que la Barbu no cogió la vara. Deseé que me hubiera dado una tunda, los golpes nunca me han hecho mucho daño, pero cuando se quedó junto a la pizarra llorando, lo único que deseé fue marcharme. No soporté verla así. ¿Recuerdas cuando llevamos al gitano borracho a casa la noche del cumpleaños de tu abuelo? Vi que en casa de la Barbu no había luz, y tuve claro que se había hecho algo. Qué más da, me dije. Y no dejé de repetírmelo: Pero si da igual. No era más que una borracha acabada. Y entonces apagué aquella la llamita, para demostrar que en efecto todo daba igual. Fui un estúpido. Y Julia me escribió que yo tenía la culpa de que la profesora se ahorcara. Pavel, yo no quería hacer daño a la Barbu. Era un juego, como aquellas cifras imposibles que escribíamos en nuestros cuadernos en clase. Quería ver hasta dónde podía llegar, pero no que se hiciera daño por mi culpa.

Permanecí callado en señal de comprensión.

—Créeme, durante los últimos veinte años he visto medio mundo como fotógrafo. Sólo porquería por todas partes. Cosas muy, pero que muy terribles. Cuando hay fuego en algún lugar, debo ir. Es como un impulso. Ése es el precio que pago. No aguanto mucho en ningún sitio. Pero como fotógrafo quería mostrar al mundo lo que los seres humanos pueden llegar a hacer a sus semejantes. No porque yo sea noble. Todo lo bello me resulta aburrido, anodino. Lo único real es la guerra, la catástrofe, el hambre, el sufrimiento y el dolor. Cuando veo el dolor de los demás me siento vivo.

—Es una vida peligrosa —comenté incómodo.

—Viéndolo desde fuera, quizá —respondió él tras vacilar un instante—. Pero la tranquilidad me resulta insoportable. Ya no tengo patria, o bien mi patria está en todas y en ninguna parte. Sin embargo estoy cansado, Pavel. Siempre en viaje y nunca llego. Fotografíe los horrores del mundo sólo por no ver esa imagen de Baia Luna. Como si únicamente pudiera apartar una imagen terrible con otras más terribles aún. Pero no lo consigo. La Barbu reaparece sin cesar como salida de la nada. Muchas veces no ocurre durante meses. Pero de repente un día vuelvo a verla arrastrándose sola montaña arriba. Antes de colocarse la soga al cuello dice: «Fritz, eres como tu padre.» Pavel, antes cuando te acercaste a mí en el pasillo del hotel me alegré de verdad, pero al momento vi a nuestra maestra detrás de ti. Estaba de pie, junto a la pared del aula, y yo estaba sentado otra vez a tu lado en el pupitre. Y yo parafraseaba los poemas del Partido. De aquel...

—¡Margul-Sperber!

—¡Eso es! Alfred Margul-Sperber. ¡«Himno al Partido»! —Me dirigió una amplia sonrisa, que se transformó en una mueca burlona—. Sé sincero, Pavel, comparados con las estupideces rimadas de los libros de texto, mis versos eran obras maestras de la poesía.

—«Y mañana verás ya la locura completada que hoy la señorita Barbu imaginar pudo» —citó de memoria. Cogí los Marlboro de Fritz Hofmann y me encendí uno—. Por cierto, Angela Barbulescu era muy consciente de tus creaciones poéticas. Y de nuestros cálculos fantasiosos. De hecho te atribuyó talento poético. Fritz, todo era diferente a como pensábamos. Ella era distinta. Quizá su muerte no fue un suicidio. Lo que Julia te escribió no es verdad. Es posible que el suicidio de nuestra maestra fuera sólo una simulación, que alguien la colgara. El día en que fue vista por última vez en Baia Luna un tal Albin estuvo con ella, un tipo robusto con una verruga. Ese Albin era amigo de Stefan Stefanescu y de tu padre. Fritz, sé con seguridad que la muerte de la Barbu no tuvo nada que ver con tus tonterías, sino con esas sucias fotos que encontraste en las cajas de tu padre.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

Saqué la foto indecente que Fritz me había dado y el diario de Angela. Fritz leyó en silencio. Sólo a veces fruncía el ceño como si no pudiera creer lo escrito en aquel cuaderno verde. No hizo ningún comentario hasta llegar al relato de la Nochebuena en casa del cacique del Partido, Koka.

—Pero ¿y esa foto de la caja de mi padre? Antes de que me fuera a Alemania aseguraste que la mujer desnuda era la Barbu. Sin embargo, era su amiga Alexa.

—Sí. Pero entonces aún no había leído el diario. ¿Cómo iba a saber que se habían intercambiado los vestidos?

—Esto no puede ser verdad —dijo, leyendo en voz alta la carta de despedida de Angela a Stefanescu—: «Las fotos que tomó Hofmann de mí y de tus asquerosos amigos son repugnantes. Durante años han sellado mi boca. Pero ya basta. Por mí, como si Hofmann las envía al párroco del pueblo. Haced con ellas lo que queráis. Podéis colgar mis fotografías de las farolas. Ya no tengo miedo.» —Palideció.

Le mostré la foto quemada, la de la joven Angela dando un beso.

—Así era antes de juntarse con la gente que no debía.

Fritz observó largamente a la mujer de la coleta rubia, luego cerró los ojos y apretó los puños. Tras respirar hondo, me dijo:

—Pavel, poco a poco voy entendiendo lo que pasó. El día que tuviste que colgar el retrato de Stefanescu en clase, la Barbu comentó que habría que poner al sonriente doctor en su sitio. No es oro todo lo que reluce, dijo. Pero yo no sabía a qué se refería y se lo conté a mi padre. Por puro despecho. Mi padre era un cerdo. Lo digo sin odio, pero era un verdadero asqueroso. Cuando quiso azotarme de nuevo con su cinturón lo amenacé diciendo que la Barbu se iría de la lengua acerca de su amigo Stefanescu. Sin yo saber sobre qué exactamente podía irse de la lengua. Aún

recuerdo muy bien cómo le sonreí con ironía y lo amenacé: «Si Stephanescu cae, estás acabado. Sin el secretario y los caciques del Partido no eres nadie como fotógrafo.» Pero claro, no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo.

—¿Y tu padre? ¿Cómo reaccionó?

—El hecho es que no me molió a palos. Me dejó en paz. Al día siguiente me encargó que metiera un sobre en el buzón del cura Baptiste.

Me moría de curiosidad. La excitación me volvía lúcido y hacía que los treinta y dos años se redujeran a un único ayer.

—¡Seguro que en ese sobre estaban esas fotos asquerosas de Angela!

—Sí, es muy probable. Pero ¿cómo podía saberlo? Pregunté qué clase de carta era ésa, porque mi viejo jamás había tenido relación con el cura. Hoy sé que mi padre me mintió. Dijo que iba a apostatar de la Iglesia. Que en el sobre iban su partida de bautismo y su certificado matrimonial, vamos, los documentos parroquiales. Sólo pensé en que ese granuja cobarde me endosaba sus asuntos. Sin embargo, no eché la carta, puesto que por la tarde me llamaste cuando tu abuelo recibió el televisor. Volví a acordarme de la carta cuando estábamos en la taberna con el sacerdote, que contaba historias extrañas sobre el *Sputnik* y el programa espacial de aquel Koroliov. ¿Te acuerdas? Antes de cometer la estupidez de apagar la luz del Santo Sacramento os dije a ti y a la gitana Buba que tenía algo que hacer. Y era cierto. Debía echar la carta al buzón, pero al parecer entretanto mi padre la había llevado él mismo a la rectoría. No tenía ni la más remota idea de que hubiera sacado esas fotos tan desagradables de Angela Barbulescu. Ahora sé que mi padre suponía que con esas fotos la Barbu estaría acabada en Baia Luna. Su única opción era la soga.

—Pero las imágenes desaparecieron, nunca salieron a la luz. En cambio, Johannes Baptiste fue asesinado. Y la casa parroquial arrasada. La idiota de Kora Konstantin comenzó después a extender el rumor de que Angela Barbulescu lo había degollado para que no pudiera hablar y que luego se había suicidado. En todo caso, la mayoría de los hombres de Baia Luna supusieron que la Securitate tenía al párroco en su punto de mira porque quería impedirle que predicara contra el koljós. ¿Tú lo entiendes?

—Yo creo más bien que los asesinos buscaban las fotos. Por eso mataron al sacerdote. Pero no creo que mi padre llegara tan lejos. Era un fotógrafo mediocre, una persona mediocre, un parásito entre los poderosos que fantaseaba con el superhombre de Nietzsche. Quizá fue útil durante un tiempo hasta que cometió un fallo a los ojos de un conspirador cualquiera. Tal vez el párroco fuera un viejo chiflado, pero quizá también un sabio. No me veo capaz de juzgarlo, pero tonto no era. Ante las fotos de Angela debió de preguntarse: ¿Qué tipos son estos de las fotos? ¿Quién saca instantáneas así? ¿Y por qué aparecen de pronto estas porquerías en mi buzón? No entiendo por qué mi padre se las hizo llegar al sacerdote. ¿Tiene sentido darle el golpe de gracia a una mujer que ya está aniquilada? Las fotografías sucias no sólo manchan al que aparece en ellas. La mayoría de la suciedad es invisible, se adhiere a

aquel que las tomó y las difundió. Mi padre debería haberlas utilizado sólo como amenaza, sin pasar nunca a los hechos. Y si me preguntas quién podría haber tenido interés en que esas imágenes comprometedoras cayeran de nuevo en el olvido, sólo se me ocurre Stephanescu. Si lo que dice el diario es cierto, se ocupó de que Angela no tuviera a su hijo. En manos de un sacerdote, las fotos podrían haber sacado a la luz la verdad sobre las maquinaciones de Stephanescu. Y eso es justo lo que nuestro doctor quería impedir.

Corroboré la hipótesis de Fritz y le relaté la visita a la asistente de laboratorio Irina Lupescu, el robo del negativo y el intento fracasado de provocar la caída de Stephanescu con las fotografías ampliadas y pegadas en el escaparate del estudio de su padre.

—¿Y dices que mi padre tuvo el accidente un día después de la gran fiesta del Día del Partido? Cuando recibimos la noticia en Alemania ya llevaba una semana muerto. Mi madre y yo todavía no hemos visitado su tumba. El gobierno del distrito de Clusoara nos escribió que mi padre fue a parar con su moto bajo las ruedas de un camión.

—Iba sin casco —añadí—. Eso ponía en el periódico.

Fritz se mordió el labio.

—Eso no nos lo dijeron. Pero es imposible. Siempre llevaba casco. De niño nunca lo vi subir a la moto sin el casco protector... Ya no sé qué pensar. Siempre creí que mi padre era un cabrón, aunque quizá fue sólo un cobarde, una pequeña pieza de un engranaje perverso.

—¿Es posible que a él también lo chantajearan?

—No lo sé. —Fritz estudió la foto que había tenido en las manos por primera vez hacía treinta y dos años—. ¿Quiénes son los tipos cachondos junto al rociador de espumoso Stephanescu, nuestro nuevo salvador de la patria?

—El que está junto a él debe de ser el doctor Florin Pauker. A este médico acudían por los embarazos indeseados. Al siguiente no lo conozco. Ese de ahí, el gigante del bigote y la verruga, es Albin, el que estuvo en Baia Luna la tarde en que Angela desapareció. Y la mano que sujeta una botella a la derecha podría pertenecer al tal Koka, en cuya casa se celebró la fiesta y que apostó y bebió con Albin.

—¿No tendrás por casualidad alguna foto de Koka?

—No. ¿Por qué?

—Dime, Pavel, ¿realmente no supiste lo comprometedoras que son, o mejor dicho, que eran estas imágenes?

—Sí, claro. De lo contrario Stephanescu no hubiera enviado en su día a Raducanu a Baia Luna para dar con el laboratorio.

—Pero ¿por cuenta de quién? Quizá el propio Stephanescu sólo fuera un cómplice. Si el secretario de distrito de Clusoara obedecía a alguien, sin duda era a ese Koka de la capital. Por eso tampoco abrió la boca cuando Koka insultó a Angela durante la fiesta. Claro que ahora ya no tiene por qué temer al zapatero remendón. El

hombre que aquella noche meó sobre las ostras huyó hace dos días en helicóptero.

—¿Qué? ¿El Conducator? Pero ¿qué tiene que ver el presidente con el Koka del diario de Angela?

—¡Hombre, Pavel! Pensaba que lo sabías. Son la misma persona. Koka es el Conducator.

—¿Cómo lo sabes?

—Es evidente. Además está en el diario. En la Navidad de 1948 Stephanescu, que se burlaba del inculto zapatero del Partido, metió el rabo entre las piernas cuando Koka llamó puta a Angela.

—Pero si el Conducator se codeaba con los hombres más poderosos del mundo. ¡No era ningún zapatero!

—Sí lo era. Koka era su antiguo apodo. Sus antiguos amigos lo llamaban así antes de empezar a temerlo. El Conducator era famoso en el extranjero porque incluso en recepciones oficiales siempre insistía en diluir sus bebidas con refresco de cola americano. Imagínate cuántos chistes se hacían al respecto. ¡El Burdeos más exquisito con Coca-Cola! ¡Champán con Coca-Cola! Los grandes estadistas se quedaban boquiabiertos en los banquetes. Claro, ninguno de ellos osaba burlarse en público, pero nosotros los periodistas sí. El Conducator era un amargo hazmerreír, al igual que su esposa. En el diario, Angela escribió que Koka se casó con una tal Lenutza, aquella zorra que en la fiesta había sorbido las ostras meadas. Su apellido de soltera era Petrescu. Lenutza era una fulana cachonda que luego se convirtió en heroína de los trabajadores a golpe de poesías. Claro, una vez casados, al Conducator el nombre de Lenutza dejó de gustarle. Y Lenita se le antojaba demasiado tierno. Así que adoptó el de Elena. Nada debía recordarle su origen. Cuando apenas se han cursado tres años de escuela obligatoria, una no recibe doctorados en química y no se convierte en la mejor científica y la mujer más poderosa de un país. Bueno, pues en este país sí.

—Es increíble... Aunque, claro, en el pueblo no nos enterábamos de nada.

—Angela supo por Alexa que Koka había prestado dinero a mi padre para una motocicleta y que había puesto su casa a disposición para sesiones fotográficas especiales. Al parecer también se hacían fotos en secreto. Eso sólo puede significar que mi padre, Stephanescu y Koka estaban compinchados. Hasta que mi padre cometió el error de llevar las fotos de la Barbu a Johannes Baptiste.

Recordé la advertencia del antiguo comisario del cabello hirsuto. «Mantened la llama baja. De lo contrario provocaréis un incendio que os quemará.»

—¿Supones por tanto que Stephanescu y tu padre sólo eran cómplices del Conducator?

—Ni idea. Tal vez. Pero todos sacaron provecho. Mi padre consiguió acceder a los círculos sociales más restringidos a pesar de que como profesional de la fotografía apenas lograba sacar una foto de boda decente. Da igual. En cualquier caso Stephanescu tendría gran interés en que su foto del vino espumoso permaneciera bajo

llave. A Koka la imagen no le perjudicaría, al fin y al cabo no se le ve. Y sea como sea, esas viejas historias ya carecen de importancia. El Conducator y su Lenutza no se las verán con ningún tribunal ordinario. Si mis pronósticos son correctos, les quedan un par de horas. Y apuesto a que cuando su espectro haya desaparecido, nuestro secretario del Partido de Clusoara se convertirá en el hombre del momento.

—¿Cómo? ¿Ese cabrón?

—Sí. Por ahora, Stephanescu está manteniéndose en un segundo plano, pero su gente ya va tejiendo su leyenda. Según dicen, siempre fue un hombre del pueblo y adversario del Conducator. Sin embargo, nadie se percató. Eso se llama oposición interna. Además, al parecer también fue el instigador de la caída del Conducator. Así se allana el camino para su futuro político.

—Eso... eso no es justo —conseguí barbotar. Instintivamente abrí el diario de nuestra antigua maestra—: «Su hora llegará cuando él esté en lo más alto.» Fritz, ¿qué significa esto? Angela lleva más de treinta años muerta.

—Es muy misterioso. Y hay alguien más que está extrañamente interesado, o, mejor dicho, interesada por nuestro doctor Stephanescu. Lo descubrí ayer durante la rueda de prensa, cuando se presentó el Frente de Salvación Nacional. Esa mujer estaba sentada entre los periodistas. Mientras todos mis compañeros alzaban los micrófonos y tomaban notas, ella permaneció inmóvil en su sitio. Y me recordó a Buba Gabor.

—¿A Buba? ¿Por qué? ¿Qué aspecto tenía?

—Un buen aspecto. Quiero decir, para su edad, incluso muy bueno. Pero no como la gente de aquí. Tampoco como una gitana. Iba vestida más bien a la manera occidental. Yo diría que del sur de Europa, como una española. O italiana.

—¿Y qué hacía en esa conferencia de prensa?

—Ni idea. Simplemente me llamó la atención. Quizá también porque tiritaba de frío a pesar de que la sala estaba bien caldeada. Miraba fijamente a Stephanescu. Era una mirada extraña. ¿Cómo la describiría? Nada intensa, más bien indiferente, como expectante. La mayor parte del tiempo mantuvo los ojos cerrados. Como en trance. ¿Entiendes?

—Claro. ¡Es Buba! Y ella sabe que Stephanescu caerá cuando esté en lo más alto. Conoce la profecía de nuestra maestra. Buba leyó el diario conmigo. Pero deberíamos darle un empujoncito al ínclito salvador de la patria. Ya es hora de que se precipite al vacío. Fritz, ¿cómo puede uno acercarse a esos peces gordos?

—Con un pase de prensa.

—¿Tienes uno?

—Sí, claro. Varios. Incluso algunos de asociaciones de prensa americanas. Esas abren muchas puertas en este país. En Estados Unidos un pase tiene el valor del papel mojado. Pero aquí los miembros del Frente buscan cualquier reportero que les proporcione un aire de internacionalidad. Ya pasaba con el Conducator. Pero ¿qué te propones?

—Algo se me ocurrirá.

Fritz rió y me dio un chicle americano.

—*Okay*. Sea lo que sea lo que se te ocurra, si es para serrar las patas del trono de Stephanescu, cuenta conmigo.

La tarde de Nochebuena Petre Petrov esperó durante horas en el vestíbulo del Intercontinental, que bullía de gente. Estudiantes rebeldes, manifestantes heridos, militares, autoridades del Partido, agentes de la Securitate de incógnito, salvadores del Frente, negociantes que cambiaban dinero negro, fotógrafos. Nadie sabía quién estaba con quién o de qué lado, los que menos los periodistas occidentales, que atribuían mucho más valor informativo al incierto destino del Conducator que a los disturbios y las luchas de poder por el futuro político del país.

—¿Dónde te has metido? Creía que íbamos a hacer la revolución —me reprendió Petre en cuanto me divisó entre la multitud.

Antes de que pudiera responderle, se detuvo sorprendido. Miró de arriba abajo al hombre que estaba a mi lado, rebuscando en su memoria. De repente, se abalanzó sobre el fotógrafo amenazándolo con los puños.

—¡Hofmann, cabrón! ¡Traidor de sacerdotes! ¿Qué haces aquí?

Los separé a viva fuerza.

—¡No, Petre! ¡Déjalo! No fue como crees. Fritz no tuvo nada que ver con aquella traición. Seguro. Fue Stephanescu.

Petre pareció calmarse.

—¿Qué se supone que hice? ¿Que traicioné a Baptiste? —preguntó Fritz incrédulo—. Decidme, ¿estáis locos o qué?

—Pavel afirmó hace tiempo que tú y tu padre denunciasteis al párroco a la Securitate porque quería predicar contra la mierda del socialismo y la colectivización. Después pusiste pies en polvorosa hacia Alemania.

—¡Tonterías! —exclamé, enrojando hasta la coronilla—. Petre, lo entendiste mal.

Fritz esbozó la sonrisa desvergonzada que le conocía de la época escolar.

—Así que ahora estamos uno a uno. Tú recibiste la bronca por la llamita de la iglesia y yo por la supuesta traición. Así pues, empatados. ¿De acuerdo?

—Está bien —admití, y en ese instante alguien me tocó en el hombro y dijo:

—Te ruborizas incluso más rápido que antes.

—¿Buba? —exclamé al volverme—. ¡No! ¡Sí! ¡Tú!... ¿Tú aquí?

La miré con asombro de la cabeza a los pies. Fritz tenía razón: estaba cambiada, no encajaba con la imagen difuminada que había conservado de ella, últimos vestigios de un recuerdo de juventud. Pero era la misma que yo conocía tan bien, y estaba preciosa. Sobre los hombros llevaba un chal de lana que le aportaba ligereza, incluso una sensación etérea. Las arrugas en torno a sus ojos realzaban el brillo de su

mirada, e irradiaba una calidez que no me alegraba, sino inquietaba. Cuando se apartó los rizos negros de la cara y sus finos dedos tiraron de un pendiente dorado, me metí las manos en los bolsillos por pura timidez.

Estaba aterrado. Mi chaqueta gastada, mis pantalones ajados y mis zapatos deteriorados no eran sólo ropa barata. Eran el signo de una dejadez que con los años se había abierto camino en mí, apoderándose de mi ser. Me hubiera gustado esconderme. Estaba ante una mujer que sabía que era una mujer. Y yo no era un hombre que se sintiera digno de ella. Traté desesperadamente de recordar que ella era aquella Buba Gabor que se me había entregado en el momento más maravilloso de mi existencia. Ella estaba allí, pero yo había desaparecido.

—¿E-e-estás aquí por Stephanescu? —tartamudeé muerto de vergüenza.

—No. No exactamente. Aterricé hace dos días procedente de Milán. Tu tía Antonia me hizo llegar un mensaje. Se trata del tío Dimitru. Serán sus últimas navidades. Va a morir. Pero Antonia me escribió que aún no puede irse. Que aún le falta algo. No sé qué será, pero debía volver de Italia para que tuviera un poco de alegría en sus últimos días. Por eso vine. ¿Y tú?

En ese momento alguien me empujó haciéndome caer al suelo. La confusión se extendió por el vestíbulo y en pocos instantes se convirtió en pánico. Fuera, en las calles, volvían a resonar los disparos. Al principio de manera aislada, después las metralletas tabletearon justo delante del Intercontinental, las balas perdidas hicieron añicos los ventanales, las sirenas aullaban, las personas entraban corriendo y gritando en el vestíbulo, tratando de ponerse a salvo.

Fritz se metió un chicle en la boca y se colgó las cámaras al hombro.

—Nos vemos más tarde.

Cuando estaba levantándome, los rebeldes entraron con un herido grave. Con cuidado lo depositaron en el suelo. La gente se apartó angustiada. Nadie podía hacer nada por él. Su tronco estaba separado casi por completo de la parte inferior del cuerpo, pero sus ojos aún centelleaban. El hombre tenía más o menos mi edad. Al mirarlo a la cara reprimí un grito de espanto. Estaba en deuda con él. Me arrodillé y cogí su inerte mano, que perdía el poco calor que le restaba.

—Matei, gracias —le susurré al sobrino del antiguo anticuario de Clusoara.

Él no hizo el menor movimiento. Me santigué y cerré los ojos al fiel aliado que una vez me había salvado de la Securitate.

—Quiero ver a Dimitru —pedí a Buba.

—Claro. Vamos, te llevaré hasta él y tu tía. Te impresionará. Como a mí. Pero antes debemos resolver una cosa. Aunque... —Buba titubeó, pero al fin dijo—: No sé si en nuestro caso aún puede hablarse de nosotros.

—Reconocí a Fritz en la televisión —farfullé, confuso—. Tuve que venir. A Baia Luna no llega la revolución.

—Así que estás aquí por tu compañero de escuela. Bueno, ¿por qué ibas a estar buscándome justo ahora, si en treinta años no lo hiciste? Por tanto he de suponer

que...

—Pero tú... tú tampoco diste señales de vida. ¡Y ahora has vuelto sólo por tu tío!

—¿Quieres culparme? Piénsalo bien. ¿Qué es lo que sabes sobre mí? ¿Aún ignoras que el hombre busca a la mujer, pero la mujer encuentra al hombre? No discutas conmigo. Yo sé discutir mejor. Aprendí en Italia. Hazme caso, todos los tipos que me manosearon sin pagar se llevaron una buena bofetada. —Me quedé tan estupefacto que no fui capaz de replicar—. Pero ¿qué sabrás tú de la vida en Italia? Llevo dos días sentada en este hotel miserable con la esperanza de que me encontraras. El tío Dimi dijo: «Buba, soñar no merece la pena. Y en estos tiempos menos aún. Quítate a Pavel de la cabeza. Está unido a Baia Luna para siempre.» ¿Sabes que mi tío confiaba en ti? Te quería como a un hijo. Yo todavía era una niña cuando me dijo: «Pavel sí que es el adecuado para ti. Pavel Botev sabe hacer algo que ningún *gadjo* suele lograr jamás. Sabe poner el mundo patas arriba.» Pues sí, exactamente eso dijo. Pero tú, tú...

—¡Oh, cállate! Tú tampoco sabes nada —la increpé—. Tres décadas atrapado en una maldita Edad Dorada. ¿Tienes idea de lo que significa? ¿Cómo vas a ver los colores cuando todo es gris? ¿Cómo vas a poner el mundo patas arriba si hace tiempo que está fuera de quicio? ¿Cómo vas a saber qué es arriba y qué abajo cuando todo está torcido y del revés? —Metí la mano en la chaqueta y saqué el cuaderno verde—. ¡Por esto estoy aquí! No para poner el mundo patas arriba, sino para colocarlo de nuevo en pie. Vi a Stephanescu por la televisión proclamando la salvación nacional. Buba, en este país todos necesitamos ser salvados. Pero no por personas como él.

—El tío Dimi también me habló de cosas similares ayer —dijo ella, bajando la vista. Buscó a tientas mi mano como una niña tímida—. El diario... Así que no has olvidado a Angela.

—Sí, Buba. Durante años no pensé en ella. Todo aquello que una vez aprecié se desvaneció. Por último, hasta las fuerzas para luchar. Tan sólo conservaba el recuerdo de que antes todo había estado vivo, de que yo había estado vivo. En ocasiones intenté llamarte. Pero no había ninguna imagen. El recuerdo estaba ahí, pero muerto. ¿Qué me pasa? ¿Por qué no abrí los ojos hasta que ese asqueroso de Stephanescu apareció en la pantalla?

Ella me miró. Cuando me acarició la mejilla sentí el dolor de la felicidad efímera.

—Eres una buena persona —murmuró—. Porque no has olvidado que has olvidado. ¡Ven! Salgamos de este lugar.

Me tomó del brazo y me arrastró fuera, muy lejos, donde ya no había personas que vagaran con el miedo, la esperanza y la incertidumbre reflejadas en el rostro. Ya había anochecido y hacía mucho frío. Aquella noche del 24 de diciembre de 1989 recorrimos cogidos de la mano el laberinto de casas entre las que se perdían los últimos disparos de las revueltas. En silencio íbamos contándonos nuestras vidas.

Cuando empezamos a sentir el cansancio, topamos con una iglesia cuyo portón estaba abierto y en la que algunas mujeres de negro murmuraban *Doamne miluieste*,

Doamne miluieste. «Señor, ten piedad.» Hacia la medianoche estábamos sentados en uno de los bancos traseros, abrigados con el chal de lana de Buba y rodeados de pobres hambrientos. Dormimos. Junto al altar titilaba una lucecita roja.

Cuando Buba despertó de madrugada me besó en los labios.

—Pavel, hay algo extraño que no se me va de la cabeza. Algo que no entiendo. Cuando aterricé en la capital me subí a un bus para ir a Titán II. Es el barrio donde vive mi clan desde que el Conducator penó por ley el nomadismo. Quería llegar enseguida para ver al tío Dimi, pero tardé una eternidad porque las calles estaban bloqueadas por la revolución. Una y otra vez subían hombres al autobús gritando «¡Libertad, libertad! ¡Abajo el Conducator!». Y repartían octavillas. Las exigencias de la gente me parecían muy sensatas, hasta que debajo de una proclama leí el nombre del doctor Stefan Stephanescu. Fue como si me precipitara por un abismo. Pero no por la maldad de ese tipo o porque le destrozara la vida a Angela, además de destruir a su hijo. No era dolor por otros. Era el mío propio. Ya no sabía por qué estaba allí y qué quería. Hasta el destino del tío Dimi me daba igual. Pensé en ti, Pavel, en la noche que pasamos juntos. Y me desgarró el corazón que ya no quedara nada de aquello. Me sentí viejísima. Cuando me vi obligada a irme de Baia Luna estaba muy triste, pero era joven y confiaba en que algún día todo se arreglaría porque la vida es justa. Pero no lo es. Ni en Baia Luna ni en Milán ni en ningún lugar. Para un gitano la sola idea resulta insoportable. Por eso debemos confiar en el cielo y creer en el infierno. Pero si el cielo desaparece, ¿qué nos queda? ¡Del polvo al polvo! Por esa razón me asusté tanto al llegar donde estaba mi tío. Pavel, lo quiero mucho, y ese amor duele. Ya no es un gitano. Ahora es como yo. —Buba se arrodilló y unió las manos para rezar. Terminó con el avemaría: «Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.» Después siguió hablando—: Lo que quería comentarte ocurrió la mañana siguiente a mi llegada. Estaba hablándole a mi tío de que el Frente Democrático para la Salvación Nacional había anunciado para la tarde una conferencia en el antiguo Palacio Real. Al oír el nombre de Stefan Stephanescu, mi tío se incorporó en su cama y exclamó: «¡Dios mío, haz un favor a un negro al menos por esta vez! ¡Haz que caiga!» ¿No te parece raro?

—Sí, muy raro. Entonces conocía a Stephanescu. Pero ¿de qué?

—Por eso fui a la rueda de prensa. Debía verlo en persona. Y créeme, cuando lo miras resulta agradable, sí, incluso encantador, y en cuanto sonrío se gana las simpatías de todos. Pero cuando lo escuchas con los ojos cerrados un frío glacial se apodera de ti. Te habla pero no se dirige a ti. Está vacío. Llena a las personas de su verborrea y al mismo tiempo las absorbe hasta vaciarlas. Por la noche pregunté a mi tío si creía que Stephanescu era malvado.

—¿Y qué respondió?

—Algo que tampoco acabé de comprender. Dijo que juzgarlo estaba más allá de sus competencias y que se trataba de un asunto que resolverían Stephanescu y Dios Nuestro Señor en el Juicio Final. Él únicamente sabía que ese hombre llevaba al

demonio dentro. Que mataría a quien se interpusiera en su camino. Pero añadió algo más. Una advertencia. Incluso me prohibió actuar contra Stephanescu o combatirlo. Aseguró que era demasiado listo, el enemigo más peligroso que uno pueda imaginar. Y se puso a rezar. Tu tía me explicó que la última vez que había rezado fue cuando recorrieron el país en busca de tu abuelo desaparecido. Estuvo orando mucho tiempo. Hablaba en un idioma extranjero que a veces parecía italiano. «Papá Baptiste, Papá Baptiste», repetía, y eso era lo único que yo entendía. Mi tío imploraba al alma del párroco asesinado. Después se durmió. Cuando despertó me explicó que sólo existía una posibilidad de acabar con el doctor.

—Ya me gustaría saber cuál es —comenté con férrea resolución.

—Debemos esperar al momento de su triunfo y entonces apuntar hacia él con sus propias armas. Mi tío dice que cuando se acorrala al demonio, muestra su verdadero rostro. Y aquel que lleva al demonio dentro, será liberado o arderá.

—Bien, tendremos que poner el mundo un poco patas arriba.

—Sí, tendremos que hacerlo. Con un poco de teatro.

Era el 25 de diciembre de 1989. Buba y yo volvimos al hotel Intercontinental de madrugada tras haber fraguado un osado plan, pero aún no sabíamos que habríamos de ejecutarlo aquella misma noche.

En la tarde del día de Navidad, dos minutos después de las tres, sonó el teléfono de la recepción del hotel Athénée Palace, el más refinado de la capital. Quien llamaba, un médico del cuartel militar de Targoviste que acababa de expedir dos certificados de defunción, pidió que lo pasaran con el huésped de la suite presidencial, donde una vez se alojara Richard Nixon. Stefan Stephanescu levantó el auricular y escuchó de boca del doctor Florin Pauker la siguiente frase: «Se acabó.»

Una hora más tarde los principales artífices del golpe, exceptuando a los escritores y los disidentes, se encontraban en la sala de conferencias del hotel para una reunión secreta en que, antes que nada, se acordó guardar silencio absoluto sobre el contenido de la misma. Entretanto, entre los periodistas del Intercontinental empezó a circular la información, no confirmada, de que al presidente lo había condenado a muerte un tribunal improvisado y había sido fusilado mientras entonaba la *Internacional*.

La noticia de la ejecución del Conducator y su esposa se extendió como un reguero de pólvora. Sin embargo, como aquellos días no dejaban de propagarse rumores más y más absurdos a los que rara vez podía atribuirse veracidad, al principio la gente contuvo su júbilo. Cuando desde los círculos de la Guardia Nacional se hizo saber que el Studio 4 de la televisión estatal, ahora bajo control revolucionario, iba a emitir un fragmento de la grabación original de la ejecución del matrimonio, las calles y plazas de la capital quedaron desiertas. Mientras la gente aguantaba como embobada frente a las pantallas y los responsables de la televisión

retrasaban una y otra vez la emisión del vídeo, porque querían descartar que se tratara de un montaje de los contrarrevolucionarios, algunos miembros cuidadosamente seleccionados del Frente de Salvación Nacional se habían sentado a una mesa redonda.

Dos horas más tarde habían sido repartidos todos los ministerios de un gobierno de transición dirigido por Stephanescu, sin que la fracción del secretario del distrito de Clusoara mostrara ninguna duda acerca de a quién correspondía liderar el país como futuro primer ministro. Stephanescu prorrogó la obligación de guardar silencio hasta la noche y disolvió la asamblea. A las ocho tendría lugar una proclamación oficial en el antiguo Palacio Real de la República. Al haber sido designado jefe de Estado, correspondía a Stephanescu anunciar ante las cámaras la muerte del Conducator y la victoria de la libertad sobre el socialismo.

Cuando Fritz Hofmann, Buba Gabor y yo nos enteramos de quién guiaría el país desde las tinieblas hacia la luz de un futuro democrático, le dije a Fritz:

—Es la hora. Serremos las patas de su trono.

Un cuarto de hora después los tres estábamos en la habitación de hotel de Fritz. Asegurando que se trataba del «mejor remedio contra los micrófonos ocultos», Fritz fue a abrir todos los grifos del baño.

—Creedme, una cascada como ésta vuelve loco a cualquier agente secreto que esté haciendo escuchas. Aunque dudo que ningún hombre de la Securitate tenga ganas de husmear en estos momentos. Pero por si las moscas...

Le conté a Fritz el plan tramado con Buba. Escuchó con atención.

—*Okay* —dijo frotándose las manos—. Muy bien. Me apunto. Pero con esa ropa no vas a pasar por colega mío. Desde luego no en una entrevista con un astuto estadista. —Señaló el armario—. Mi ropa será de tu talla. Elige algo.

—Y ya que estás cambiando tu aspecto —intervino Buba—, seguro que un baño y un afeitado te sentarían bien. Pero debo irme. Con esta pinta nadie se tragará mi papel de italiana apasionada. Aunque nos os preocupéis, que tengo en la maleta un par de prendas elegantes.

—¿Cuánto tiempo necesitas para llegar donde está tu tío, arreglarte y volver? —preguntó Fritz.

—Con el autobús, seguro que dos o tres horas.

—Hoy es día de revolución —tercié—. Además es Navidad. Seguro que no hay autobuses.

Fritz metió la mano en la funda de sus cámaras y sacó un fajo de billetes verdes.

—Delante del hotel hay taxis. —Le tendió a Buba un billete de cincuenta dólares—. Esto debería bastar. Pero espera: ¿y si los agentes hacen un control y quieren ver tu pase de prensa?

—¿Acaso dudas de mis capacidades? —respondió Buba, picada—. Tranquilo, sé muy bien cómo tratar a los hombres para que hagan lo que quiero. Así que hasta las nueve. Quedamos en el Athénée, en el monumento a... ¿cómo se llamaba ese poeta?

—¡Mijaíl Eminescu!

Un plan sofisticado, la estupidez de los listos y la caída del verdadero Conducator

Buba llegó a las diez resoplando y maldiciendo.

—El taxista me ha plantado. No quería llevarme a Titán II ni por todos los dólares del mundo. Prometió esperarme fuera del barrio. Pero cuando regresé ya se había ido. Mira que soy tonta. No tenía que haberle pagado antes. En Italia jamás me habría ocurrido. He venido a pie. ¡Y con estos zapatos! ¿Ya está en el hotel?

—Madre mía, me alegro de que no te haya ocurrido nada —exclamé aliviado. Fritz también lo estaba.

—No, todos siguen aún en el Palacio Real. Calculo que en la sala de baile habrá dos mil de personas apretujadas. Se acaba de armar una buena en las calles. Todos quieren escuchar a Stephanescu. El revolucionario supremo. Llevamos retraso respecto a nuestro horario. La nueva panda de gobernantes no aparecerá por el hotel hasta la medianoche. Esperemos que nuestro doctor sea ovacionado por su discurso. Así tendrá ganas de celebrar su triunfo en el bar.

—¿Y si ya no bebe tanto como antes? ¿Como en las fiestas de la época de Angela? —Buba parecía nerviosa—. Si quiere permanecer sobrio y mantener la cabeza fría, ¿qué haremos? ¿Qué haré yo entonces?

—Aún bebe —la tranquilizó Fritz—. La gente como él no puede soportarse a sí misma de otra manera.

—Vayamos a su hotel y esperemos dentro —propuse, tiritando de frío. Solamente llevaba una chaqueta color antracita, una camisa blanca y unos vaqueros limpios.

Buba dijo que mis mejillas rasuradas olían a madera de cedro y helado de limón, que le recordaba a Italia.

—Hueles bien, Pavel. Y tienes buen aspecto.

Un portero con levita de lentejuelas nos abrió las puertas del Athénée Palace flanqueado por dos guardias nacionales con uniforme de camuflaje. En el vestíbulo, casi vacío, se respiraba un ambiente fuera del tiempo. El peso de la historia, la excitante confusión del presente y la incertidumbre del futuro se mezclaban con el empalagoso mensaje navideño del nacimiento del Niño Jesús. En el techo centelleaban guirnaldas plateadas. En un abeto, al que se le había cortado la punta para que cupiera bajo la escalera junto al ascensor, destellaban pequeñas bombillas multicolores. Soldados adolescentes dormitaban en las esquinas abrazados a sus metralletas. Alzaron la vista, nos escudriñaron, cerraron los ojos y siguieron durmiendo.

Buba se dejó caer en una de las pesadas butacas de cuero frente a la recepción. Apenas me atrevía a mirarla. Había esperado, y como no pude menos que reconocer, también me había temido, una Buba diferente. Una mujer que atrajera miradas de deseo. Imponente, provocadora, con mala fama. Sin embargo, así a primera vista, resultaba más bien poco llamativa, parecía hundirse... no, más bien parecía desaparecer en el sillón negro. Colocó su capa oscura sobre el reposabrazos y vi que también llevaba un vestido negro. Con sus zapatos elegantes, las medias de seda, la falda larga y el jersey de suave lana de escote discreto, para mi sorpresa mostraba de sí mucho menos de lo que en mi angustia había sospechado. Aunque no ocultaba en absoluto sus femeninos pechos, una fina cruz entre las redondeces de sus senos le confería un aire de gracia infantil y castidad inocente. Se había pintado un poco los labios, pero había renunciado al maquillaje y las joyas ostentosas, y escondía sus rizos bajo un pañuelo negro. Como una viuda, pensé con un escalofrío. Estuvo casada y ahora es viuda. Pero cuando Buba se quitó los tacones, relajó sus pies doloridos y me guiñó un ojo con picardía, supe que estaba practicando un juego refinado.

No se desnudaba, se cubría. Manifestaba sus encantos femeninos ocultándolos. Por primera vez desde nuestro reencuentro sentí que no sólo amaba a aquella mujer, sino que también la deseaba con un ansia devoradora.

—Confía en mí, querido. Sé lo que hago —aseguró, acariciándome la mejilla.

—Entonces coloquemos el cebo para el pez —dijo Fritz, colgándose del hombro la bolsa con sus cámaras.

Lo observamos dirigirse al mostrador con toda tranquilidad y hablar con una recepcionista. Ella sonrió, desapareció un momento y regresó con el jefe de recepción. Fritz le estrechó la mano y escribió una nota en un papelito bajo el que deslizó un billete verde como si tal cosa. El hombre asintió servilmente y a continuación introdujo el mensaje en el buzón de la suite presidencial.

El ascensorista nos subió al bar del hotel, en la primera planta. Acodadas en la barra semicircular, tan sólo había tres mujeres vestidas con vulgares faldas de imitación cuero. Fumaban cigarrillos finos con filtro, miraron de arriba abajo a Buba con desprecio, rieron entre dientes y dieron unos sorbos a sus cócteles.

—Tienes competencia —dijo Fritz sonriendo, dándole un suave codazo a Buba en el costado.

—No hables así de esas chicas —replicó ella—. Antes de que la noche acabe los guardaespaldas las habrán echado de las camas.

Buba pidió zumo de naranja. Fritz y yo, agua mineral. Hacia las once y media aparecieron las primeras chaquetas de cuero y tomaron el bar con rostros sombríos y entre pitidos de radiotransmisores. Empezó el alboroto. Poco después, alrededor de la barra no había un centímetro libre. Entonces apareció. Los clientes del bar le abrieron paso y aplaudieron, al principio de manera aislada, después la aclamación se transformó en una ovación rítmica y vítores frenéticos.

Stefan Stephanescu se había acomodado con algunos miembros del Frente de

Salvación en una mesa reservada con asientos de felpa azul. Un camarero les llevó Rémy Martin y Dom Pérignon. Una hora después, las noches de insomnio durante los días de la revolución pasaron cuenta a la mayoría de los invitados. Los primeros se arrastraban ya exhaustos hacia sus camas cuando el jefe de la recepción entró en el bar. Felicitó a Stephanescu por su magnífico discurso, a pesar de no haberlo escuchado, y le entregó una nota señalando en dirección a Fritz Hofmann.

Stephanescu se levantó y se abotonó la americana. Tras encenderse un Carpati, cogió su copa de coñac con elegancia y se acercó a nuestra mesa.

—¿Me permiten presentarme? Soy Stefan Stephanescu. —Le tendió la mano a Fritz, pero Buba se quitó el pañuelo y echó atrás su cabellera rizada con un delicado gesto—. Oh, le ruego me disculpe. Un caballero siempre saluda primero a la dama. —El futuro jefe de Estado le tendió la mano—. ¿Puedo unirme a ustedes?

—Sería un placer —respondió Buba, haciéndose a un lado.

—Y usted es el señor periodista de la revista americana *Time* —le dijo Stephanescu a Fritz—. Afamada publicación, debo decir. En el futuro podrá leerse de nuevo en este país. En cuanto los nefastos panfletos del Conducator hayan desaparecido de las librerías. Pero creo que ya nos conocemos, aunque no sea en persona. Anteayer, durante la rueda de prensa del Frente de Salvación Nacional, me fotografió usted, míster...

—Míster Frich Hofmen —se presentó Fritz, exagerando el acento americano.

—¿Hofmen? ¿Como ese famoso actor? ¿Ese tal Dustin? ¿El legendario *Marathon Man*?

—Exacto. Y tal como están las cosas, también usted alcanzará ahora una popularidad nada desdeñable. Tuve muy buen olfato. Las fotos que le hice hoy tienen ya relevancia histórica. Ya se han vendido dos docenas de veces. Y lo mejor aún está por llegar. Una vez rematado el Conducator, comienza una nueva era. Aparecerá usted en la portada de la edición de Año Nuevo de la revista *Time*. No está mal, ¿eh? El artículo de portada ya está en camino. Tema: Luz en el reino de las tinieblas. O algo parecido. Mis colegas ya han enviado los primeros textos por fax a Washington. Quizá debería presentarle a mi compañera italiana, Angélique Gabo, de Milán. A su lado, el indispensable e infatigable señor Paul, nuestro intérprete.

Me toqué la frente con gesto cansado.

—Es infatigable. Siempre ahí. Y por un puñado de dólares. Pero, teniendo en cuenta lo tarde que es, no queremos abusar de su tiempo. En resumen, tenemos la intención de hacerle una entrevista, señor Stefan... ¿A partir de cuándo podremos llamarle primer ministro en realidad?

—Les ruego que tengan algo de paciencia. —Stephanescu controló su orgullo y su vanidad—. El nombramiento oficial tendrá lugar mañana por la tarde. Pero ¿cuándo quieren llevar a cabo la entrevista? No será ahora, ¿verdad?

—No, no. Pero pronto, mañana al mediodía como muy tarde —respondió Fritz—. Así, con las siete horas de diferencia horaria, la redacción la tendrá sobre la mesa

para el desayuno. Tres días después su retrato colgará de cada kiosco. Entonces vendrán las demás revistas y periódicos. De todo el mundo. Pero queremos la entrevista en exclusiva para el mercado americano. Los chicos del *Newsweek* también rondan por aquí. No debe recibirlos hasta pasado mañana. En este punto cuento con su comprensión. ¿Dos mil dólares bastarán para compensarle las molestias?

—Vosotros los yanquis vais directamente al grano. Estupendo, me parece estupendo. —Stephanescu se soltó el botón de la chaqueta. Ahora se lo veía jovial. Apuró el coñac de un trago y pidió otra botella de Rémy—. En los últimos días ha habido mucha tensión, espero que lo entienda. Una revolución así también es una guerra de nervios. Es brutal, se lo aseguro. Qué estrés. En algún momento hay que descargarlo. Pero cuenten con la exclusiva de la entrevista, por supuesto. Tratándose de usted, tiene preferencia. Mañana a las doce se reúne el nuevo consejo de ministros. Digamos, ¿a las diez y media aquí en el hotel? En mi suite. Así nadie nos molestará.

—*Okay*. A las diez y media pues. Y permítame un pequeño consejo. No tiene usted por qué mencionar nada a los reporteros del *Newsweek* acerca de nuestra horita de preguntas y respuestas. Si lo hace, se guardarán sus dólares. Ahora le daré quinientos como anticipo. —Hofmann se dirigió a Buba—. Angélique, la caja para gastos extraordinarios.

Buba miró a izquierda y derecha y toqueteó con inseguridad la cruz dorada entre sus pechos.

—Hay demasiados hombres aquí —le susurró a Stephanescu con fingida timidez. Luego se subió discretamente la falda, metió la mano bajo su liga y sacó con dificultad un par de billetes.

Stephanescu no le quitaba ojo a su muslo. Y cuando en vez de coger los billetes se volvió bruscamente y se puso a increpar al desconcertado camarero porque no había traído, con el Rémy, el champán para la dama que había pedido, Buba supo que el cebo había atraído al pez. Al levantarnos Fritz y yo, y Buba fingir que quería marcharse asimismo, fue evidente que también había mordido el anzuelo.

—Quédese. Es mi invitada, quiero decir, son mis invitados. Hoy, en esta jornada histórica. Además, ¿a quién no le apetece estar entre amigos en Navidad?

—Si os soy sincera, queridos compañeros —dijo Buba, representando su papel con naturalidad—, aún no tengo ganas de ir a dormir. ¿Por qué no tomar una copita de champán tras las emociones del día? Además aquí hace una temperatura tan agradable... Debe usted saber, señor Stephanescu, que la calefacción de mi habitación en el Intercontinental no funciona. Hace frío. Un frío terrible, mientras que mis compañeros no pueden dormir por el calor que inunda sus habitaciones. —Hablabla con tanta convicción que en efecto se le puso piel de gallina.

Cuando el intimidado camarero descorchó el Dom Pérignon, Fritz y yo aprovechamos para despedirnos. Les deseamos buenas noches y Buba prometió tomar un taxi dentro de un par de horas.

—Querida, me permitirá que la llame así, ¿sigue usted helada? —Stephanescu

acarició el brazo de Buba, casi de modo paternal. Ella fingió sentirse reconfortada. Después le sirvió champán, aunque él siguió con el coñac—. Este excelente espumoso la hará entrar en calor. ¡De Francia! Debe usted saber que no tolero que critiquen Francia. Es un país de ensueño. La cocina, el vino, la cultura. Montmartre, Sacré-Coeur, Pigalle. *Fantastique! París! Mon Dieu!* Así es como hablan los franceses. El único problema son las mujeres, que miran un poco por encima del hombro, ¿no está usted de acuerdo, Angélique? Angélique suena más francés que italiano, ¿no es así?

—Mi madre me puso el nombre. Mis amigos me llaman Angie. Parece americano. Mi padre era italiano, pero mi madre es de París. Yo nací en esa maravillosa ciudad, aunque jamás he vivido allí. He viajado por toda Europa. Madrid, Londres, Múnich. Hoy aquí, mañana allá. Como los gitanos.

—¡Lo sabía! Me di cuenta enseguida. Tiene usted el mismo fuego misterioso. Esa pasión. Su marido se sentirá afortunado.

—¡Por favor, hablemos de otra cosa! —replicó Buba en tono seco, y soltó un hondo suspiro—. Ese hombre, créame, no era ningún... Dejémoslo. Hace mucho tiempo... Murió hace unos años. En un accidente de moto. —Buba se santiguó rápidamente.

Stephanescu tomó su mano. Ella olió su aliento a alcohol. El humo acre de su cigarrillo la hizo lagrimear.

—Luz después de las tinieblas. Algo parecido acaba de decir su compañero americano. ¡Es totalmente cierto! Pero, por favor, llámeme Stefan. *Mon Dieu!* ¡Una parisina de nacimiento! Y, aquí, en la París del Este. Le diré algo, Angie. Con toda sinceridad. —Stephanescu se sirvió Rémy—. Nuestra París está muerta. Tendría usted que haber visto la ciudad antes. Pero hoy es el día en que nuestro pueblo sale de las sombras del pasado. Resucitaré esta ciudad. Le prometo, querida, que la nueva París del Este florecerá de las ruinas que nos dejó el Conducator. Volveremos a vivir.

Desinhibido por el coñac, había hablado tan alto que al oír «París del Este» los hombres de las mesas de al lado prorrumpieron en vítores y aplausos, hasta que a un militar borracho se le ocurrió entonar la *Internacional* y algunos reaccionaron disparando metralletas imaginarias y gritando «¡Ratatatatá, ratatatatá!», mientras otros alzaban los puños y chillaban «¡En la lu-u-cha final!».

—Aquí reina mucha confusión —dijo Stephanescu tras beber un trago—. Quizá no sea un lugar apropiado para una dama.

Buba echó el cabello atrás y se llevó las manos al cuello. Abrió el cierre de su cadenita y se quitó la cruz dorada.

—Me molesta un poco. —Le sonrió, tomó su vaso y brindó con él.

Él se acercó de inmediato, la rodeó con un brazo y miró fijamente su escote sin disimulo alguno.

—Stefan, tienes razón, aquí hay mucho ruido. Y muchos ojos. —Por debajo de la mesa, subió la mano por su pantalón y le acarició la entrepierna. Al notar su reacción,

le susurró—: Ahora necesito un hombre que sepa lo que quiere.

No tardó ni cinco minutos en llegar a la suite presidencial del Athénée Palace en compañía de un tipo que hacía eses de lo borracho que estaba y temblaba de lascivia.

Un cuarto de hora más tarde se hallaba tumbado en su cama desnudo y roncando, con los calzoncillos por las rodillas. Sobre la mesita de noche había dos copas de champán y la botella del minibar abierta. Buba no había bebido más, pero Stephanescu había vaciado su copa hasta la mitad. Con eso bastaba. Buba echó el líquido sobrante en el retrete. Después se metió de nuevo en el sujetador la botellita con aquellas gotas especiales que usaba para defenderse de los tipos pesados, cogió el teléfono y marcó el número de recepción.

Fritz y yo aguantábamos en los sillones negros del vestíbulo del hotel. La recepcionista comunicó la deseada noticia antes de lo previsto.

—Señor Hofmann, han llamado de la suite presidencial. Debo darle el recado de que la sesión fotográfica tendrá lugar según lo previsto.

Los números rojos brillantes del despertador empotrado en el cabecero de la cama de Stephanescu marcaban la 1.28 cuando Fritz Hofmann llegó para organizar el escenario. Yo me encargué del atrezo, coloqué una foto del Conducator en la mesita de noche y agité la botella de vino espumoso. Buba descubrió sus encantos femeninos, sólo lo necesario y sin el menor asomo de vergüenza. Sabiendo lo fácil que es confundir el ser con el parecer, se sentó a horcajadas sobre Stephanescu y se echó atrás con expresión extasiada. Fritz comentó «*Okay. That's perfect*» y apretó el disparador de la cámara media docena de veces. Lo fogonazos deslumbrantes del flash apenas hicieron temblar los párpados del dirigente.

Mientras Buba y yo permanecemos en la habitación de Fritz incapaces de conciliar el sueño de puro agotamiento, la redacción nocturna del periódico *Voz de la Verdad* se sintió en el deber de ayudar al fotógrafo de prensa internacional. A pesar de que las posibilidades del laboratorio del diario eran limitadas, Hofmann consiguió revelar la película y realizó algunas copias en papel sumamente satisfactorias. Entonces pidió que despertaran al jefe de redacción, quien en un valiente editorial no había ocultado que prefería como presidente al ingeniero Ion Iliescu en vez del oportunista Stephanescu, como lo llamaba. El respetable periodista, poco dado a malgastar palabras superfluas, se limitó a decir:

—Muy profesional. No sobrevivirá a esto. Pasado mañana. Primera página.

Buba ya se había encaminado a casa de su tío Dimitru cuando, la mañana del 26 de diciembre poco antes de las diez y media de la mañana, Fritz y yo subíamos en el ascensor del Athénée Palace a la suite del último piso en compañía de unos milicianos armados. Nos abrió la puerta el doctor Stefan Stephanescu. Estaba solo y parecía de resaca. Nos ofreció asiento de mala gana y apenas se esforzó en disimular su malhumor.

—¿Dónde está su compañera italiana?

Me encogí de hombros.

—Una mujer, Italia y la puntualidad —dijo Fritz—. *Forget it*. Parece que anoche Angélique se metió algo tarde en la cama.

—Desde luego no vino a desayunar —añadí—. No importa. Podemos realizar la entrevista sin ella.

—Entonces adelante. Pero sean breves. En contra de lo esperado, tengo el tiempo justo.

Fritz le ahorró toda pérdida de tiempo.

—Doctor Stephanescu, sus opositores le reprochan su pasado político. Echemos la vista atrás. Durante la fase de edificación del socialismo era usted responsable de la colectivización de la agricultura en Valaquia. Se dice que abatió con mano dura a campesinos rebeldes. Hoy encabeza usted la revolución popular. ¿Cómo lo explica?

—Me alegro de que lo pregunte. Así podré aclarar algunos hechos. Sí, era un militante convencido de la ideología colectivista. Jamás lo negaré. Pero ¿se hace usted una idea de lo terriblemente pobres que eran los pequeños campesinos tras la guerra mundial? ¿Vio usted la situación lamentable de las madres, que clamaba al cielo? ¿Los ojos de los niños hambrientos? Era nuestra obligación actuar. ¡Socialismo! ¡Riqueza para todos! En efecto, eso creíamos en el Partido. Yo mismo repetía sin cesar el credo marxista. Pero en Valaquia siempre aposté por el poder de la persuasión. Labor de convicción, comprensión de la necesidad, instrucción ideológica. Por mí puede llamarlo propaganda. Pero esa labor era importante y justa. El problema era el presidente Gheorghiu-Dej. Se plegó a las presiones de Moscú. Para mi gusto, demasiado. En aquella época lo llamaban el pequeño Stalin, lo digo para que se sepa. Y es cierto, aquellas feas purgas existieron. Al cepillar madera siempre saltan virutas. He de decir que nunca conseguí acostumbrarme a esa expresión. Pero ¿qué debía hacer? Era joven. Un idealista, si quiere describirlo así. Acababa de egresar de la universidad, recién doctorado en Ciencias Económicas, aunque aún muy verde en política. Pero sobre todo, carecía de amigos influyentes. Sin embargo, como usted sabrá, sólo la unión hace la fuerza.

—No acabo de comprenderlo... Protección política creo que nunca le ha faltado. Si no, ¿cómo explicar los inicios de su carrera, tan fulgurante y excepcional? Si nuestras informaciones son correctas, como líder del Partido en Clusoara fue usted el secretario de distrito más joven del país. Se mantuvo en ese puesto treinta años. Y esta tarde será nombrado primer ministro.

—Correcto. Durante mi época en Clusoara llevé adelante muchos proyectos. Acabé con el nepotismo burocrático. Conseguí eficiencia en la administración, puestos de trabajo en el complejo agroindustrial de Apoldasch, optimización del abastecimiento y la alimentación, etcétera. La ciudad de Clusoara creció. Al igual que todo el distrito. Sin olvidar las nuevas escuelas. Incluso en el más remoto pueblo de montaña. Los niños son nuestro futuro. Fue un humilde servidor quien acuñó ese lema. Pueden comprobarlo tranquilamente, es más, les invito a hacerlo. En suma, para no extenderme: la gente me apreciaba, y no es que quiera vanagloriarme. Y ése

es el motivo por el que el régimen temía apartarme del todo. Mantuvieron baja mi llama, pero no la extinguieron.

Al asentir Fritz con aprobación y manifestar yo muestras de comprensión, el humor irritable de Stephanescu cedió ante su locuacidad natural. Se levantó, fue al minibar y sacó una copa y una botella abierta. Declinamos su invitación. Cuando dio el primer trago supe que había mordido el anzuelo: el doctor Stephanescu sonreía, creía estar pisando tierra firme.

—*Konjaki* Napoleón. No es el mejor espirituoso, pero aleja los fantasmas del pasado. Admitámoslo, fantasmas a los que yo también estuve expuesto. Pero sigamos. Naturalmente, en la capital empezó a hablarse de mi importante contribución al desarrollo del distrito de Clusoara, sobre todo tras la catástrofe de las inundaciones. El río Tirnava había devastado extensos terrenos. Al poner en práctica un proyecto para una presa y una central hidroeléctrica en poquísimo tiempo y asegurar así la electrificación de incluso las regiones montañosas más alejadas del distrito, mi influencia en el Partido creció. Incluso se me propuso la cartera del Ministerio del Interior. Pero con el ascenso del Conducator cambiaron las tornas. Se apropió del proyecto de la presa y acudió a la inauguración en helicóptero, mientras el pueblo alborozado lo ovacionaba. A partir de ese momento, no hicieron más que ponerme obstáculos en el camino. Calles, puentes o proyectos de viviendas eran continuamente bloqueados por el Consejo de Estado. Poco a poco fueron cerrando los grifos de la financiación. ¿Y saben por qué? Supongo que han visto el gigantesco palacio del Conducator, pura ostentación, para el que ordenó demoler medio centro de nuestra maravillosa París del Este. Eso da una buena idea de cómo se malgastó el dinero que le correspondía al pueblo. Siempre estuve en contra de esa megalómana construcción. Sin embargo, y pueden creerme, la voz de la razón no se oía en el delirio de nuestra dictadura. El individuo, el ser humano, no importaba. Cualquier tipo de oposición era eliminada. El Conducator y su innoble esposa no soportaban a nadie junto a sí.

—¿Significa eso que usted y el Conducator eran adversarios?

—Francamente, habría sido un honor excesivo para mí. —Se sirvió una segunda copa—. Si le soy sincero, el Conducator y yo teníamos confianza. Por supuesto, no durante la Edad Dorada. Para entonces ya hacía tiempo que habíamos roto nuestra relación debido a sus delirios de grandeza. Lo conocí cuando era estudiante. Por aquel entonces ya se intuía su, cómo decirlo, incivilizada falta de categoría. No se me escapaba su carácter desagradable, pero aún no era tan marcado. En mi opinión, fue su esposa Elena la que despertó la maldad en él. Una confidencia marginal, exclusiva para los lectores de *Time*, cuando el Conducator aún era un simple funcionario del Partido lo llamábamos Koka. Prácticamente se moría por la Coca-Cola americana. Lo regaba todo con cola. El vino tinto, el champán, todo. Un tipo asqueroso. En realidad siempre lo fue. No pretendo justificarme. Debo asumir la parte de culpa que me corresponde y reconocer que entré en política para hacer el bien y al final apenas

logré evitar lo peor. Y creo que puedo decir que en eso comparto el destino de muchos en nuestro país. Pueden escribirlo tranquilamente.

—Ya que menciona usted la culpa. Doctor Stephanescu, ¿es usted creyente?

—Oh sí, lo soy. De lo contrario no estaríamos aquí sentados. En el fondo mi pueblo jamás perdió su fe. A pesar de que el Conducator nos proclamó primera nación atea, conservamos nuestro espíritu creyente. No todos, por supuesto. Algunos carecían de todo respeto por la vida. Pero vayan a Clusoara. Cuando las primeras sublevaciones de Timisoara se extendieron también por mi ciudad se temía lo peor. Pregunten a la gente cuántos muertos pesaron sobre la conciencia de la Securitate en mi distrito cuando los rebeldes se precipitaron en la central de este organismo estatal. Ni uno solo, se lo garantizo. No se realizó ni un solo disparo por orden mía. Y añadiré otra confidencia: había fuerzas en el país que querían arrebatarse al pueblo su Dios. Salas de cultura en vez de iglesias, eslóganes de partido en lugar de oraciones. Si muere la fe, muere la comunidad. Siempre estuve en contra. Dejad al pueblo sus iglesias. Ése era mi lema. Ojalá hubiera podido imponerme. Fue un influyente agente de la Securitate de Clusoara quien ordenó el saqueo de las iglesias. Tesoros eclesiásticos, iconos, figuras de santos, vírgenes. Yo no soy cobarde, pero reconozco que aquel hombre me daba miedo. Por favor, esto no lo divulguen: se trata del general Raducanu, y no sé si en este momento está del lado de la revolución o de los traidores. Sólo puedo darles un consejo: tengan cuidado con él. En cualquier caso, Raducanu hizo pasar las piezas más valiosas de las antigüedades a través de Polonia a los mercados de arte capitalistas. Por las divisas. Los trastos invendibles acumulan polvo en los sótanos de la Securitate. Fue un error herir el alma devota del pueblo. Pero les garantizo que la gente recuperará sus vírgenes y santos. Y las iglesias se llenarán de nuevo.

Fritz y yo permanecemos en silencio.

—¿Qué más quieren saber? Ah sí, antes de que lo olvide, será mejor que arreglemos de otra manera lo de la compensación por la entrevista. Si la opinión pública llegase a saberlo, podría interpretarlo de forma equivocada. Creo que donaré los otros mil quinientos. A un orfanato. O a las viudas de la revolución. ¿Qué cree usted, señor Hofmann? —Stephanescu pareció reflexionar un momento—. Usted, usted podría... —continuó, titubeante—. ¿No podría usted sacar una foto de la entrega del dinero? ¿Por qué no está tomando notas de la conversación? ¿Dónde está su grabadora?

Me sequé las palmas en el pantalón.

—Buena idea —repuso Fritz, sin perder la calma—. Una bonita foto en el orfanato. Le prometo que tendrá un aspecto tan impresionante como en el retrato del escaparate de aquel estudio fotográfico de Clusoara. Heinrich Hofmann sacaba fotos bastante decentes. En cualquier caso cumplían con su objetivo.

Stephanescu lo miró con expresión petrificada. Apagó nerviosamente en el cenicero el Carpati que estaba fumando.

—¡Usted no es de la revista *Time*! ¿Quién es? Enséñeme su documentación. — Fritz lanzó un pasaporte verde sobre la mesa—. ¡Es alemán! —exclamó Stephanescu. Y abriendo el documento, leyó—: Lugar de nacimiento: Baia Luna. Usted... usted es el hijo de Heinrich. ¡Fritz Hofmann!... ¿Qué quieres de mí?

—¿Por qué murió mi padre?

Stephanescu trató de mantener la compostura.

—¡Me has mentido! ¡Todo el tiempo! Hacerse pasar por periodista... Tu padre, créeme, era mi amigo. Pero tú... tú me has decepcionado profundamente. ¿Sabes qué? Esto ha durado demasiado. Nuestra conversación ha terminado. Largaos de aquí. De lo contrario, ordenaré a la milicia que os detenga.

—No lo hará —tercié por primera vez—. Ahora hablaremos de los muertos. ¿Por qué murió el sacerdote Johannes Baptiste de Baia Luna?

—¿Murió un párroco? ¿Johannes Baptiste? Lo siento, pero ese nombre no me suena de nada —repuso Stephanescu apartando su copa de coñac.

—*Okay* —dijo Fritz sonriendo—, si ese nombre no le suena de nada nunca sabrá por qué esta mañana nuestra simpática compañera no estaba a su lado en la cama, y por qué esta tarde no será nombrado primer ministro. Se acabó, señor doctor. Sólo que aún no lo sabe. Sin embargo, confiamos en su curiosidad.

Cuando Stephanescu tosió y reprimió unas náuseas supe que el demonio había despertado. Aunque aún ocultaba su rostro.

—¿Quién os envía?

Incluso sin la fugaz ojeada que me lanzó Fritz, hubiera sabido que la respuesta me correspondía.

—Vengo de parte de un niño.

—¿Qué? ¿Y eso qué significa?

—Y de parte de su madre. Angela.

—¿Qué queréis de mí? ¿Qué maldito demonio os ha enviado a buscarme? ¡No conozco a ninguna Angela!

—Sí, señor doctor, conocía usted bien a Angela Barbulescu. Y le gustaba sobre todo con aquel vestido de girasoles.

—¡No! Juro que no conocía ni conozco a esa mujer.

—Entonces trataré de refrescarle la memoria acerca de un día de hace más de cuarenta años, para ser exactos el siete de octubre de 1947 aquí, en la París del Este. —Saqué la primera foto—. Mire, señor doctor, ésta era Angela Barbulescu. Su supuesto amigo Heinrich Hofmann tomó la fotografía. En una fiesta de cumpleaños de su camarada Florin Pauker. Observe bien a Angela.

—¡Estáis como cabras! ¡Sois unos enfermos mentales! ¡Deberíais estar encerrados en Vadului! ¡Con los chiflados! ¡Con los locos! —rugió colérico.

—¿Todo en orden? —preguntó uno de los guardaespaldas, abriendo la puerta de la suite de golpe.

—Fuera de aquí. ¡Fuera! —gritó su jefe, y a continuación se dejó caer de nuevo

en su butaca.

Encendió un Carpati y observó la foto. El demonio se agitaba. Hizo sonreír con ironía al dirigente.

—Una mujer rubia con coleta. Muy guapa, debo admitirlo. De acuerdo, en mi juventud asistí a una fiesta de cumpleaños de Florin Pauker. Y si entonces esa mujer se cruzó en mi camino, supongo que me habré rendido a sus encantos. Pero, por Dios, de eso hace cuatro décadas. Dentro de tres años cumpliré los setenta. ¿Cómo voy a acordarme de cada mujer a la que conocí en mi juventud?

—Esta foto se tomó cuando Angela Barbulescu le daba un beso a su amado Stefan.

Me miró fijamente. Por un momento pareció que el tiempo se paralizaba, pero entonces prorrumpió en sonoras carcajadas.

—Eres un idiota —se burló con superioridad engañosa—. Ya sé que esta rubia, Angela o quienquiera que sea, quiere besar a alguien. Pero ¿de dónde te has sacado que ese hombre soy yo? ¿Qué demuestra esta estúpida imagen? Esa mujer me es desconocida. ¿Qué queréis? ¿Chantajearme? ¡Es ridículo! Con una imagen en que ni siquiera se me ve —dijo riendo y bebió un trago de su copa.

—Pero existe otra foto con Angela Barbulescu, una en que se lo reconoce nítidamente. Ella lleva el vestido de girasoles y usted, señor doctor, le rocía champán entre las piernas.

Stephanescu palideció como la cera, igual que si en ese momento toda su sangre hubiera abandonado sus venas, mientras que la mía se me helaba. Miré a los ojos sin vida de la persona que tenía enfrente. El demonio mostraba su rostro. Y se delató. Al dejar en la mesa la foto de la mujer desnuda ya era demasiado tarde.

—Ésa no era Angela. Era Alexa —afirmó Stephanescu sabiendo que jamás podría desdecirse.

El demonio debía librar ahora su última batalla. Stephanescu se llevó las manos a boca para no vomitar. Entonces lo apostó todo a la única carta que le quedaba.

—Era la Navidad de 1948. Koka nos había invitado a una falsa Nochebuena. Llevé conmigo a Angela y Alexa. Las dos amigas estaban siempre juntas y habían intercambiado sus vestidos para la fiesta. Todos habíamos bebido. Koka se había emborrachado con vodka. Había buen ambiente. Y entonces Alexa se tumbó sobre la mesa. De manera espontánea, porque le apetecía. Demasiados vasitos de licor. Dios mío, qué cachonda estaba. Florin, Albin, media pandilla se la meneó sobre ella. Era una broma. Angela me montó una escena más tarde. No sabía nada de la vida. Y eso que fui yo quien se lo enseñó todo. Incluso viajé con ella al mar Negro. Primero se hizo la recatada, pero luego resultó que nunca tenía suficiente. No quería ni salir de la cama. En eso era estupenda. Sin embargo, no lograba desembarazarse de aquella bendita moralidad. Insoportable. Burguesa. Parloteaba constantemente sobre matrimonio, hijos, una casa. Me quería en exclusiva. Si alguna vez tenía algo con otra se encerraba en su habitación y lloraba durante días. Me ponía de los nervios. Fue una

relación pasajera, nada más.

»Claro que por entonces todo aquel lujo costaba un dineral. Cenar fuera a diario, sólo en los mejores establecimientos. Viajar al mar Negro. Yo necesitaba un coche, Heinrich una moto. Angela era demasiado estúpida para averiguar con qué se pagaba todo aquello. Era tan ingenua... Fue a Koka a quien se le ocurrió cómo podríamos hacer dinero. Cuando vio las fotos que Heinrich había sacado a Alexa en Nochebuena, se mostró entusiasmado. Lenutza también. Florin Pauker fue el único que se moría de miedo. Exigió que las quemáramos. En las manos equivocadas pondrían en peligro su carrera médica. Así que tampoco le apetecía seducir a nuevas mujeres para los retratos artísticos, como los llamábamos. Y Albin tenía una verruga tan fea en la mejilla... Solamente se le acercaban las mujeres más horribles. De manera que me tocó reclutar más mujeres. Heinrich sacaba las fotografías. Cuando las mujeres no querían, les echábamos un par de gotitas en el champán. Todo ocurría en casa de Koka. A Alexa el trabajo le divertía. Hasta que en algún momento soltó que estaba embarazada. Florin puso reparos. No quería provocar el aborto, pero Koka amenazó al médico con sacar a la luz aquella imagen obscena. Entonces Florin se convirtió en nuestro hombre para los accidentes laborales. También trató a Angela. Un día apareció encinta en mi oficina, asegurando que el niño era mío. Tal vez fuera cierto que no había tenido relaciones con ningún otro hombre. Quizá habría sido mejor que le dejáramos quedarse con el pequeño. Pero Florin llevó el asunto adelante; nosotros sólo debíamos ocuparnos de que ella mantuviera la boca cerrada.

»Los negocios continuaron en Clusoara. Heinrich había contratado a dos o tres rubias en su estudio, una de ellas fotógrafa, Irina. El agente Raducanu le había echado el ojo. Así que a ella la dejamos en paz. Pero la del cabello de ángel era una bomba. Funcionaba con todos, bastaba que al sujeto en cuestión aún se le levantara algo bajo los pantalones. Hasta el mayor vejestorio podía llevársela a la cama. La mayoría de las veces trabajábamos en el Estrella de los Cárpatos. Heinrich sacaba fotos a escondidas. Todo iba como la seda. Hasta que un día el asunto empezó a írse nos de las manos. Justo cuando yo quería retirarme del negocio.

»Acababan de nombrarme jefe del Partido y secretario del distrito de Clusoara cuando Heinrich contó que Barbulescu quería irse de la lengua. Ése fue su error. Pero siempre había sido ingenua. Teníamos que hacerla callar. Definitivamente. Sin embargo, Heinrich era demasiado blando. Muy débil. Sí, era capaz de citar a Nietzsche, pero cuando se trataba de ir al grano estaba lleno de escrúpulos. Así fue como nos vimos metidos en toda esa mierda. Heinrich optaba porque ella se quitara de en medio sola. Por eso llevó las fotos indecentes de la Barbulescu al párroco de Baia Luna, creyendo que así estaría acabada. Heinrich no se equivocaba. En efecto, al final se colgó de la soga. Pero ¿cómo podía haberlo imaginado yo? Debía asegurarme. Albin debía encargarse del tema. Fue a Baia Luna, pero tuvo reparos. Más tarde se lo contaría a Alexa. Menudo imbécil. En lugar de liquidar a la Barbulescu, la puso en guardia respecto a nosotros. Al traicionarnos Albin firmó su

sentencia de muerte, por supuesto. Sin embargo, el asunto aún no estaba zanjado. El verdadero problema era el párroco ese. Hasta entonces la Securitate siempre había evitado vérselas con sacerdotes católicos. Quizá la gente de Raducanu pecó de exceso de celo, pero no habrían tocado al cura si éste les hubiera entregado las fotos. El primer error de Heinrich fue meter a un sacerdote en el juego. El segundo se produjo cuando una noche un idiota pegó las fotos ampliadas de mí y Alexa con la botella de espumoso en el escaparate de la tienda de Hofmann. Las imágenes se retiraron de inmediato. Era evidente que alguien había entrado en el estudio del fotógrafo. Habían desaparecido negativos que jamás tenían que haber sido descubiertos. Tu padre — concluyó Stephanescu dirigiéndose directamente a Fritz Hofmann— se había convertido en un riesgo.

Hacía tiempo que Fritz ya no escuchaba. Había visto y fotografiado lo peor del mundo. Y lo había soportado. Pero no aquellas palabras salidas de la boca de Stephanescu. El hombre sin máscara, que ya no escondía nada, no despertaba en Fritz ni ira ni odio. Tampoco deseos de venganza. Stephanescu le daba igual. Fritz había cerrado los ojos y se veía como un quinceañero que se sube a una silla en la iglesia y apaga una pequeña luz roja. Él nunca rezaba. Pero ahora, en la suite presidencial del Athénée Palace, rogó el perdón de Dios, mientras yo desde el vacío de mi consternación tan sólo acertaba a espetar:

—¡Es usted el demonio!

—¿Qué sabrás tú? ¡No sabes nada! ¿Cuántos años te ha robado la historia de este país? ¿Cuánto tiempo de vida perdido le debes al Conducator? Dime, ¿cuántos días, meses, años? Yo... yo te los habría regalado. No sabes que sólo yo podría haber salvado este país. ¡Yo y únicamente yo! Sabía cuál era la llave al poder. Y si Heinrich Hofmann no la hubiera dejado en manos de otro, ningún titán ridículo habría precipitado este país al reino de las tinieblas. Terror, represión, miedo. Ésas eran las armas del Conducator. Solamente yo tuve el valor de dirigir esas armas contra él. ¡Qué importancia tiene en comparación la vida de un viejo sacerdote! La de un chiflado a quien incluso su propia comunidad católica menospreciaba. Cuando los agentes de Lupu trasladaron su cadáver a Clusoara para deshacerse de él, el propio clero le cavó una tumba en el cementerio de la catedral y pusieron en la placa un nombre inventado. ¿Cuánto vale la vida de un hombre que ni siquiera cuenta con el apoyo de la propia Iglesia? ¿Cuánto vale si se la compara con la perspectiva de conducir a todo un pueblo hacia una verdadera edad dorada? Eso me diferenció siempre de tu padre. La voluntad de alcanzar el poder nunca lo entusiasmó. No se enardecía. Tenía miedo incluso de una maestra de pueblo borracha, un despojo humano, un ser desechable. De lo contrario jamás habría llevado a una casa parroquial la llave que abría la puerta del poder. Tuve que ordenar que encontraran esas fotos que hicimos de Angela en la consulta de Florin. A cualquier precio. Y no por la Barbulescu. Podría haber sido cualquiera de esas otras mujeres. Pero esas fotos eran irremplazables. En ellas salía Koka. ¡Comprendedlo de una vez! Koka desnudo

en una sórdida escena de perversión. Por eso necesitaba las imágenes, para quitarlo de en medio de una vez por todas. Era el diablo, pero se habría quedado sin poder. Con esas fotografías en mis manos jamás podría haber ascendido hasta convertirse en esa caricatura de presidente que conocimos. Yo era el mejor de los dos. Conmigo el curso de la historia habría sido diferente. Y este país, mejor. Y ahora mejorará. Dentro de unas horas seré primer ministro. Y vosotros no podréis impedirlo. Os he dicho la verdad, pero no os servirá de nada. Sólo podréis venderla como mentira. Nadie os creerá. El pueblo está harto de delirios. No tenéis testigos ni pruebas. Y llegado el caso, ni siquiera podréis probar que estuvisteis sentados a esta mesa con Stefan Stephanescu.

Cogió la foto de la botella de espumoso y la prendió fuego con su mechero. No lo evitamos. La ceniza negra revoloteó por la suite presidencial hasta caer en la alfombra como nieve negra; los zapatos de Stephanescu le imprimieron una huella cuando fue desde su butaca hasta el minibar.

—Sin embargo voy a daros una oportunidad —dijo abriendo la portezuela—. La última ocasión de vencerme. Apuesto mil quinientos dólares a que no la aprovecharéis. —Sacó una pistola y la colocó sobre la mesa—. Cogedla y matadme. Pero no lo haréis. Sois demasiado débiles. ¿Cuánto vale vuestra moral? Yo os lo diré. Ni siquiera podéis matar a un diablo. ¡Dispara, Hofmann! Pégame un tiro. Pero ya te digo que no puedes hacerlo. Eres como tu padre. Todo su valor se resumía en llevar fotos obscenas a un viejo párroco. Eres como él.

—Estaba equivocado —murmuró Fritz—. Creía que me satisfaría asistir a su final. Pero no es así. —Entonces, alzando la voz, añadió—: Sí, soy como mi padre. Yo también le llevo fotos obscenas a un hombre viejo. —Abrió su bolsa y sacó un sobre marrón—. Para usted, señor doctor, un recuerdo de anoche. Y saludos cordiales de Angélique, Angie y Angela. Por cierto, lo de la portada del *Time* no será posible. Consuélese con la *Voz de la Verdad*. Mañana temprano. Primera página.

Cuando la puerta de la suite presidencial se cerró detrás de nosotros, Stephanescu rasgó el sobre y sacó una fotografía en blanco y negro. Se vio a sí mismo. Desnudo. Y empezó a vomitar.

Fuera se iniciaban nuevos combates. A juzgar por las salvas y detonaciones provenientes de la biblioteca universitaria, eran más violentos que en días anteriores. El asfalto temblaba bajo los atronadores tanques que pasaban por delante del Ateneo en dirección al sur. Había francotiradores en los tejados. Nadie tenía ni idea de contra quién dispararían. La televisión pública había emitido un vídeo de la ejecución del jefe del Estado y su esposa, pero al final no se había demostrado que la grabación no fuera un montaje. A pesar de las escenas de júbilo y las muestras de hermanamiento, el miedo a que el Conducator pudiera resurgir de las tinieblas con sus esbirros aún se palpaba en el aire. Y sus seguidores más fieles, que temían que la caída del dictador

los arrastrara también en el remolino del naufragio, confiaban todavía en el poder de sus armas para enderezar el timón de la historia. La revolución aún no estaba segura de su victoria.

Docenas de taxistas esperaban en sus destartalados Dacia delante del Athénée Palace, pero en aquellas horas de incertidumbre nadie quería pasearse por la ciudad. Hablé con algunos de los conductores, mas cuando mencionaba el destino del trayecto, el barrio Titán II, todos negaban con la cabeza. El quinto o sexto chófer incluso comentó que preferiría conducir su coche en medio de un fuego de granadas que por el asentamiento de los negros.

Fritz se disponía a resolver el problema del transporte soltando una suma generosa cuando de repente, con un brusco frenar y chirriar de neumáticos, tres jeeps se detuvieron frente al hotel. Una docena de hombres con metralletas bajaron de un salto y se pusieron pasamontañas negros. Algunos aseguraron la entrada del hotel mientras el resto asaltaba el edificio. Cuando oímos las primeras ráfagas procedentes del vestíbulo, el taxista gritó: «¡Subid de una vez!» Entonces salió a todo gas, para dejarnos a medio kilómetro del barrio gitano.

Al entrar en el tenebroso mundo que se abría en los márgenes de la capital pensé que aquel barrio era el lugar más triste que jamás había visto, opinión que habría de replantearme al día siguiente. Las casas que el Conducator había prometido a los camaradas cíngaros no eran más que ruinas desoladoras. Las viviendas de varios pisos sin calefacción ni electricidad parecían cuevas calcinadas; no había puertas ni ventanas, sólo agujeros como ojos oscuros de un muerto a través de los cuales apenas podían verse los ojos también sin vida de las sucias y grisáceas fachadas de enfrente. En las calles sin asfaltar se apilaba la basura. Por suerte, la helada de los últimos días de diciembre impedía las emanaciones pestilentes de las alcantarillas. Hombres con los gorros calados hasta los ojos se calentaban las manos en las esquinas. Se apiñaban en torno a bidones de aceite oxidados cuyo fuego alimentaban con plásticos de la basura, que más que arder se recocía. Niños semidesnudos brincaban descalzos sobre un colchón desgastado, tosiendo debido a la nube de humo y sus pulmones enfermos. Fritz tuvo que reprimir las náuseas cuando vio a algunos adolescentes que con cuchillos desafilados trataban de cortar pedazos de un animal en descomposición, tal vez un caballo o una vaca.

Cuando se percataron de nuestra llegada, de los *gadje*, en el barrio reinó la agitación. Los niños se acercaron corriendo, empujándose y riendo, más pendientes de Fritz que de mí. «¡Foto! ¡Foto! ¡América! ¡América!», gritaban, y entonces Fritz cometió la imprudencia de sacarse del bolsillo de la chaqueta un paquete de goma de mascar. Los niños se colgaron en el acto de él, como monos, en un número que no dejaba de crecer. Al final, los que no habían conseguido «gumas» se echaron a llorar. La alegría inicial se transformó en alboroto y llantos intensificados por el griterío de las madres, que desde las ventanas nos imprecaban con insultos nada sutiles. Sólo cuando los hombres, a fuerza de coscorrones, alejaron a los niños a una distancia

tolerable pude preguntar por el gitano Dimitru Carolea Gabor.

Al principio aquellos gitanos se encogieron de hombros, pero cuando alguien preguntó: «¿Buscáis a Papá Dimi?», nos cayó un torrente de explicaciones y descripciones mientras múltiples dedos índices señalaban en todas direcciones.

—Yo os llevaré hasta él —se ofreció al final un tal Jozsef, que explicó orgulloso que el primo de Dimitru, Salman, era hermanastro de su primo Carol Costea Gabor.

Un cuarto de hora más tarde nuestro acompañante nos había conducido ante una casa cochambrosa que jamás habríamos encontrado sin ayuda en aquel desolador mar de edificios derruidos.

Jozsef señaló los timbres, que no funcionaban porque no había electricidad, reducidos a un montón de cables arrancados.

—Dimi y su gorda mujer blanca viven arriba del todo —indicó. Luego pidió a Fritz un cigarrillo, se tocó la sien con el dedo y se alejó diciendo—: Tened cuidado. No está bien de la cabeza.

Tras llamar varias veces, Antonia vino a abrir. Se frotó los ojos, tomó aire y expulsándolo exclamó:

—¡Pavel! —Y llamó a grito pelado—: ¡Dimi! ¡Dimi! ¡Ha venido! ¡Pavel está aquí! —Entonces me abrazó y casi se me cortó la respiración entre sus enormes pechos.

Fritz y yo entramos en una vivienda reluciente de puro limpio. Buba nos saludó con un fugaz beso en la mejilla, encendió el fogón y puso agua a calentar para el café. Sus labios estaban lívidos y parecía muy cansada.

En ese momento reparé en el cingaro, sentado en una esquina. Dimitru se levantó con esfuerzo apoyándose en un bastón. No estaba seguro de que aquel flaco anciano fuera realmente Dimitru Carolea Gabor. Asombrado, advertí que el viejo había estado sentado encima de una caja blanca gastada que parecía un ataúd infantil. Vestía el mismo traje negro que ya llevara en ocasiones especiales décadas atrás en Baia Luna. Entonces el traje le había conferido una elegancia notable, ahora parecía perderse en él. Me asusté al verlo tan desmejorado. No lo reconocí. Incluso mirándolo a los ojos no encontré resto de aquella astucia sagaz que una vez lo había hecho inconfundible. Pero era él. La voz seguía siendo la misma:

—Llegas tarde, hijo.

Entonces se volvió y, arrastrando las perneras demasiado largas de los pantalones, se deslizó hasta su caja para sentarse de nuevo.

—Ya no habla mucho —me susurró Antonia—, pero lo oye todo.

Buba colocó las tazas de café en la mesa.

—No debemos hacer algo como lo de anoche nunca más, Pavel. Nunca, nunca más —susurró mientras servía con manos temblorosas.

Estas palabras fueron el detonante que me hizo tomar conciencia de que el encuentro con Stephanescu me había agotado y consumido. A Fritz también lo venció de pronto un cansancio abrumador que apenas le permitía sentarse erguido.

—Estoy hecho polvo —se lamentó, cruzando los brazos y apoyándolos en el borde de la mesa. Justo cuando apoyaba en ellos la cabeza, que le pesaba como el plomo, una voz argentada rompió aquel infinito cansancio existencial:

—Quien obliga al demonio a mostrar su rostro se expone a un gran peligro, ya que su mirada lo vacía a uno. Absorbe la energía de las personas. Y cuando la persona está vacía, el demonio se cuele dentro. Quien ve al demonio se convierte en otro.

—¡Tío Dimi, me das miedo! —exclamó Buba, temblando.

—Buba, todos tenemos miedo. Porque hemos destruido. Hoy hemos destruido a una persona. Y no importa si merecía o no el castigo. No juzguéis si no queréis ser juzgados. Sin embargo, lo hemos hecho. Tú, Buba; tú, Pavel; tú, Fritz. Y yo. Yo he pecado. Yo he sido el juez supremo. Yo dicté sentencia contra él hace mucho, mucho tiempo... Pero debía hacerlo. Y lo haría de nuevo, aunque ello me hiciera perder la paz de mi alma por toda la eternidad.

—Dimitru —le imploré—, ¿qué estás diciendo? ¡No te entiendo! ¿Te refieres a Stefan Stephanescu? Sí, lo hemos destruido. Acabamos con él. Y fue horrible. Pero también volvería a hacerlo. ¡Me sentiría obligado! ¡Ese hombre era terrible! ¿Qué otra cosa podíamos haber hecho si no? ¿Y tú? ¿Qué sentencia dictaste? Dimitru, no te entiendo.

Sin responderme, el viejo gitano continuó desde su esquina:

—El demonio es estúpido. Muy estúpido. Pero también malo. Muy, muy malo. Por eso busca a los listos. Sólo se muestra a ellos. Solamente es poderoso cuando un listo lo lleva consigo. Y entonces los listos se convierten en estúpidos sin darse cuenta. Porque confunden el poder del demonio con el suyo propio. Entonces se sienten invencibles y sonrían. Algunas personas se quedan heladas ante esa sonrisa. Son personas que llevan un ángel consigo. Únicamente ellas pueden...

En ese momento ocurrió algo extraño. Fritz se enjugó una lágrima, se levantó y preguntó a Dimitru si le permitía sentarse a su lado. Cuando el gitano respondió «Por supuesto, claro, siempre», todos los presentes tuvimos la impresión de que había más claridad en la habitación.

—No creo en los ángeles —admitió Fritz arrodillándose ante el anciano—. Y ante gente como Stephanescu no me quedo helado, sino que me hierve la sangre. Pero Dimitru, te lo ruego: dime, ¿se puede matar a ese demonio?

—¿Quién eres tú? Yo te conozco.

—Soy Fritz Hofmann. Nací en Baia Luna.

—Es cierto —asintió el gitano, observándolo—. Eres tú. Fritz el listillo. Sí señor, eres listo como un zorro. Ya lo eras de joven. Pero Fritz, no se puede matar a un demonio. Nadie puede. Ni siquiera el Resucitado que se sienta a la derecha del Padre. Sólo hay un camino para hacer desaparecer un demonio para siempre. Sólo uno.

Buba, Antonia y yo habíamos formado un semicírculo alrededor de Dimitru.

—¿Conoces ese camino? —pregunté.

—Sí, lo conozco. Pero jamás lo tomé. Únicamente se puede matar un demonio liberándolo. Primero se le debe obligar a mostrar su rostro. Sin embargo, si uno está vacío el demonio se le deslizará dentro. El demonio sólo se libera si ve a un ángel. El ángel, como ya deberíais saber, queridos míos, tiene grandes alas blancas. Así que sale volando con el demonio.

—Tío Dimi, ¿adónde vuela entonces? ¿Al cielo?

—Por partes, vayamos por partes, querida Buba. Con un demonio como equipaje las puertas del cielo se le cierran incluso ante el ángel más poderoso. Primero va al purgatorio. Allí el demonio es purificado. Cuando toda su maldad ha sido quemada, él mismo se convierte en un ángel. Es libre. Puede volar a donde le plazca. Al cielo, con las personas, a las montañas, depende de su destino.

—Tío Dimi, una pregunta más, por favor. ¿Cómo se deja entrar a un ángel dentro de uno mismo?

Todos lo mirábamos ansiosos y absortos. Y entonces asistimos a una extraña transformación. El anciano no sólo parecía crecer, sino que en efecto se había hecho un palmo más alto.

—No sé cómo se le abren las puertas a un ángel —dijo en tono resuelto—. Siempre me cerré al contacto con ellos. Me daban miedo. Me resultaban demasiado centelleantes. Incorpóreos. Y eso no es bueno para una persona tan etérea como yo. Tenía miedo de perderme. Por eso busqué otro camino. Y creí haberlo encontrado. El camino hacia un ser que contuviera en sí mismo todo el saber. El saber de los cielos y del mundo. También debía estar hecho de luz como los ángeles, pero al mismo tiempo tener forma corporal. Sólo podía tratarse de un ser liberado formado por espíritu y carne y hueso. Y únicamente la Madre de Dios lo es. Era la persona que yo supuse que había ascendido a los cielos de manera corpórea. Por eso investigué. ¿Dónde se encontraba? Quería y tenía que saberlo. Y lo averigüé. O eso creí. Estaba seguro de que se hallaba en la luna. En el *Mare Serenitatis*. Craso error. No había entendido nada. Nada en absoluto. Y lo peor es que con mi equivocación hice caer en desgracia al único amigo de verdad que he tenido en mi vida: Borislav Ilja Botev. Pavel, debo pedir perdón a tu abuelo. Lo busqué durante mucho tiempo, pero no di con él. Por favor, Pavel, ayúdame. ¡Os lo pido, ayudadme! De lo contrario no podré morir.

Dimitru rezó el padrenuestro. Cuando terminó, todos respondimos «Amén». Mi tía se levantó y trajo la Biblia que Johannes Baptiste le había regalado al abuelo.

—No soy una mujer muy inteligente —dijo—, pero mi querido Dimitru no es culpable de nada. Ya se lo he dicho cientos de veces, pero no me hace caso. Le he dicho mil veces que ese apóstol Juan, uno de los autores bíblicos, es responsable de todos estos problemas. Sólo él. Porque se volvió loco con la edad. En su juventud, cuando aún estaba lúcido, escribió en su evangelio que nadie más que el Hijo del Hombre había ascendido a los cielos. Pero no María, la Madre de Jesús. Ella no. Y se pasó la vida entera esperando que Jesucristo su Señor bajara de nuevo a la Tierra tras

la crucifixión para fundar el Reino de Dios. Pero Jesús no acudió. Y Juan enloqueció. Antes de morir escribió el Apocalipsis, donde narra todas esas visiones delirantes y habla de animales malvados que escupen fuego sin parar. —Mi tía golpeó la Biblia con los nudillos—. Lo leí. Lo pone aquí. El viejo evangelista creyó haber visto al final de sus días una mujer en la luna adornada con el sol y una corona de estrellas. Primero no hubo ascensión, pero después resulta que sí. Una de cal y otra de arena. Eso es lo que hizo enfermar a mi pobre Dimi.

—Déjame ver —pidió Fritz cogiendo la Biblia.

—Debes mirar al final del todo. Capítulo doce —señaló mi tía Antonia.

—«Una gran señal apareció en el cielo: una mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita...» —leyó Fritz en voz alta—. ¿Y este Juan había asegurado antes que ninguna mujer había ascendido a los cielos, sólo Jesús?

—Así es —repuso Dimitru—. Pero entonces Juan aún no tenía las ideas claras.

—No entiendo el problema —comentó Fritz—. Suponiendo hipotéticamente que lo que pone la Biblia sea cierto, es probable que Juan dijera la verdad ambas veces.

—Fritz, ¿a qué te refieres? —inquirió el gitano, levantándose de golpe.

—Es pura lógica. ¡Hay que pensar de manera dialéctica! Tesis: María no ascendió a los cielos. Antítesis: Juan ve en la luna a una mujer con una corona de doce estrellas.

—¿Y la síntesis? —preguntó el cingaro, visiblemente excitado—. ¡Fritz! ¿Cuál es tu síntesis?

—La mujer que vio Juan con la luna bajo sus pies no fue María.

Dimitru estaba radiante. Reparé en que no sólo sus ojos brillaban de nuevo como antaño, sino que el volumen de su cuerpo también aumentaba considerablemente.

—Fritz, hijo mío, ésa es la *conclusio* lógica más inteligente que he oído nunca de boca de un pagano. Debéis saber que una vez vi a esa mujer en la luna. Cuando miraba por un telescopio en la montaña de Baia Luna con mi amigo Ilja. ¿Que qué aspecto tenía? Ya no me acuerdo. Hace tanto tiempo... Tan sólo sé que era hermosa. Pero quizá no fuera María. Juan no estaba loco. Vi a otra mujer. Pero ¿a quién? Lo ignoro. ¡Y mi pobre amigo no sabe nada de esto! ¡Ilja! —gimió Dimitru, aún más desesperado—. Mi querido Ilja, debo decirte algo. Ilja, no era María. Ilja, ¿dónde estás? No te veo. ¡Muéstrate! Dime de una vez dónde estás.

—¿Puedes ver a mi abuelo? —le pregunté a Buba, cogiéndola de la mano—. ¿Puedes intentarlo?

—La segunda mirada nunca funcionó en Italia —dijo levantándose.

Entonces se acercó a la ventana, miró fuera y cerró los ojos. Juntó las manos. El silencio sólo se veía interrumpido por el débil aullido de una sirena a lo lejos. Permaneció inmóvil durante una hora. Al cabo dijo:

—Detrás hay casas altas. Llegan al cielo y rozan las nubes. Las nubes son de ceniza y humo. Hay una mujer. Es gigantesca. Sujeta una antorcha. Ilja está sentado a

sus pies. Alza la vista hacia ella, pero ella no corresponde a su mirada. Mira fijamente las casas altas. Se derrumban. La mujer llora. El sol brilla pero hace frío. Ilja está helado. El... él no es real. El sol brilla con fuerza, pero Ilja no proyecta sombra alguna. —Buba abrió los ojos y se desplomó sobre la alfombra.

—¿En América? —pregunté incrédulo—. ¿Acaso el abuelo se encuentra donde la Virgen de la antorcha en Nueva York?

—Entonces Buba tendría que haber visto una sombra —respondió Dimitru—. ¿En qué lugar no proyectaría una sombra Ilja? La respuesta es la llave de la puerta que nos conducirá a él.

—¿Y si la sombra es sólo una imagen, una suerte de símbolo de lo oscuro? —conjeturó Fritz—. ¿Incluso el mal en sí mismo?

—Entonces aquel que no tiene sombra sería alguien privado de maldad —añadí—. Alguien inocente. O que no puede ser culpable. Quizá un niño pequeño.

—O todas las personas con enfermedades mentales —intervino Antonia—. Los pobres locos que por todas partes...

—¡Sé dónde está el abuelo! —grité, atrayendo todas las miradas hacia mí e incluso despertando a Buba—. «Enfermos mentales», nos llamó Stephanescu esta mañana. «Deberíais estar encerrados en Vadului», dijo. «Con los chiflados.»

—El demonio se ha ido de la lengua. ¡Si ya decía yo que es tonto del bote! —Dimitru aplaudía—. Riu Vadului. El nombre me suena. Es el lugar que en sus viajes de negocios mi primo Salman siempre evitaba dando un gran rodeo. Vadului, ¡allí está Ilja!

—En el centro de la ciudad tengo un Volkswagen aparcado. ¿Quién viene? —propuse.

En un segundo, un «yo» polifónico se convirtió en un «nosotros». Dimitru quería ponerse en marcha ipso facto, pero, como ya había oscurecido, Fritz y yo decidimos volver al Intercontinental a pasar la noche. Fritz dijo que conseguiría gasolina de algún modo, para algo contaba con dólares, mientras yo trataría de dar con Petre Petrov.

Cuando entramos en el hotel, periodistas de todo el mundo debatían un único tema. Que el Conducator no volvería era ya una realidad. Los vídeos de la ejecución del matrimonio eran auténticos. Los representantes de la prensa mundial mencionaron de pasada que entre las víctimas más recientes de la escaramuza revolucionaria, que aún continuaba, se encontraba también el candidato favorito para primer ministro. Así nos enteramos de que durante el asalto al Athénée Palace el secretario del distrito de Clusoara, Stefan Stephanescu, había sido asesinado por unos enmascarados. Un fotógrafo americano testigo del crimen contaba muy impresionado que los asesinos habían irrumpido en la suite presidencial con gran resolución y que, no contentándose con disparar a su víctima, la habían masacrado brutalmente hasta dejarla irreconocible.

Salí en busca de Petre, pero fue en vano. Para mi gran alivio, apareció en el hotel

en plena noche. Al principio me acusó amargamente de haber estado desaparecido mientras él se jugaba el tipo por la revolución. Sin embargo, se tranquilizó y se mostró muy entusiasmado cuando le expliqué que era probable, más que probable, que entre las obras de arte robadas a la Iglesia que se amontonaban en el sótano de la Securitate de Clusoara se encontrara nuestra Virgen del Perpetuo Socorro. Petre declaró que al día siguiente se pondría en camino hacia Clusoara para, si fuera el caso, llevar sobre sus hombros la Virgen de vuelta a Baia Luna.

Por la mañana, antes de ir a recoger el Volkswagen del sacerdote Wachenwerther allí donde Petre y yo lo habíamos aparcado días atrás, Fritz compró la nueva edición de la *Voz de la Verdad*. Aliviados, comprobamos que el redactor jefe había renunciado a publicar foto alguna de Stephanescu desnudo. En su lugar, en primera plana había un retrato más antiguo del doctor sonriendo. El redactor había dejado descansar en paz al muerto y había renunciado a publicar una necrológica, pero sí se había pronunciado con detalle sobre las hipótesis acerca de la turbia identidad del asesino. En los días o semanas siguientes tampoco se aclararía si tras el homicidio estaba la mano de algunos círculos del Frente de Salvación, políticamente dividido, o grupos contrarrevolucionarios secretos de la Securitate. A pesar del asesinato de Stephanescu, el consejo de ministros del gobierno de transición proclamó esa misma tarde el nombramiento de su primer ministro. Nunca antes había oído aquel nombre. El nuevo jefe del Estado prometió convocar una comisión de investigación sobre el asesinato de Stephanescu, aunque nadie supo nunca si ésta llegó a reunirse alguna vez.

Un lugar sin sombras, la salvación venida de América y el secreto de Dimitru

El martes 27 de diciembre de 1989 conduje el Volkswagen por el solitario panorama montañoso de los Cárpatos. Junto a mí iba la tía Antonia, y detrás Fritz, Dimitru y Buba. En el maletero estaba el equipaje de Fritz, su equipo fotográfico, la carabina de Petre y la caja blanca de Dimitru con los restos de su padre. Hicimos el viaje en completo silencio. Al principio nos cruzábamos con un camión o con un Dacia de vez en cuando, después con algún que otro carro, pero la última media hora antes de llegar al pueblo de Riu Vadului no vimos nada ni a nadie.

A las afueras de la población estaban los cuarteles. Aparqué delante de un pasadizo cerrado. Un letrero de chapa oxidada revelaba que tras el portón había un sanatorio neurológico y psiquiátrico.

—Esperad un momento —dije.

Bajé, empujé la puerta y entré. No vi a nadie, sólo barracones de piedra amarillos y una extensa zona de barbecho a mano izquierda. Media docena de chuchos comenzaron a gruñirme. No obstante, me acerqué. Entonces vi las cruces de madera. Había muchas, algunas cubiertas por la maleza, otras recientes. Cuanto más las miraba, más aparecían. Todas sin nombre. Me hallaba en un cementerio. El lugar sin sombras. Rogué al cielo que mi abuelo no estuviera enterrado allí. Los perros sacaban algo de la tierra a tirones. Se peleaban por el brazo del cadáver de un niño.

Regresé al coche. Fritz y Buba habían bajado.

—¿Podemos entrar? —preguntó Buba.

—Sí. Pero sólo Fritz y yo. Tú no, Buba.

Quiso contradecirme, pero al reparar en mi expresión preguntó:

—¿Tan horrible es?

—Sí.

—No se puede entrar sin cita previa —nos espetó un guarda, sin que quedara claro si se trataba de un interno o un funcionario.

Fritz le tendió diez dólares.

—¿Qué es esto? Estafador. ¡Dinero antiguo! —gritó el hombre tras arrebatarse el billete de las manos para sostenerlo al trasluz. Lo hizo pedazos y exigió—: ¡Del de verdad!

Fritz le dio entonces un poco de dinero nacional, y el hombre se lo metió en el bolsillo.

—Puedes entrar. Pero ése... —dijo señalándome— ¡ése no!

No hice caso y estaba a punto de avanzar más allá del guarda cuando de pronto unas figuras harapientas surgieron de la nada. Me quedé petrificado. Ante mí se hallaba la desesperación personificada.

—¿Nos traes comida? —preguntó una de ellas.

Cuando recibió por respuesta un seco «no», el hombre empezó a aullar de manera desgarradora.

—Vengo de Alemania —dijo Fritz con calma. El aullido cesó de inmediato—. Me ocuparé de que pronto tengáis comida. Suficiente y para siempre. Hoy no, pero pronto. Lo prometo.

—¡Es alemán! —gritó alguien.

—Los alemanes están aquí. No nos han olvidado. Nos traen comida. ¡Los alemanes no olvidan! —chillaron varias voces.

—¡Pero ese de ahí no es alemán! —se obstinó el guarda de nuevo. Entonces volvieron a alzarse los quejidos y yo decidí no proseguir.

—Fritz, no puedo entrar.

—No te preocupes. Haré todo lo que pueda.

Me senté de nuevo en el coche mientras Fritz preguntaba por Ilja Botev de Baia Luna. El guarda dio una respuesta negativa, al igual que los hombres, para quienes nombres y apellidos nada significaban.

—¿Es usted realmente alemán? —preguntó alguien a espaldas de Fritz, y al volverse éste se encontró con un hombre joven que dijo ser el director de la institución, Adrian Bacanu—. Ayúdenos —le pidió.

Bacanu explicó que se había hecho cargo del centro hacía dos semanas. Su predecesor, el doctor Pauker, había pedido el traslado al ejército. Ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado el horror de Vadului.

—Quiero ser médico, no enterrador —dijo Bacanu, y Fritz pensó que era sincero. Mi amigo se presentó como reportero y Bacanu casi se le echó al cuello—. Fotografíe a estas pobres personas. ¡Por favor! ¡Muestre en Alemania la desesperación que reina aquí!

—No quiero sacar fotografías. Pero le doy mi palabra de que dentro de tres días como máximo mis colegas de la capital los visitarán.

—¡Tres días! Vale, aguantaremos.

Cuando Fritz percibió la alegría silenciosa de Adrian Bacanu tuvo claro que no apretaría el disparador de una cámara nunca más en su vida. Entonces explicó que el Ilja Botev que buscaba, en caso de que siguiera vivo, sería ya muy mayor. Más de ochenta e internado en el centro probablemente durante más de veinte años.

Sin embargo, Bacanu tampoco conocía a Ilja Botev. Entre los trescientos pacientes había algunos hombres de edad muy avanzada, pero desde luego no creía que nadie hubiera logrado sobrevivir dos décadas en Vadului.

—Apenas hay comida. Y cuando la hay es sopa de col aguada. Tampoco hay medicamentos. Ni calefacción en invierno. Si los pacientes logran sobrevivir a sus

enfermedades, acaban muriendo por dejadez. Se secan como flores sin agua. Nadie los quiere. No tienen adónde ir. Ni metas ni objetivos. Ni siquiera el de despertar nuestra compasión. Algunos están completamente desconectados del mundo y se enmarañan en su propia realidad, como si quisieran defenderse de que algún neurólogo intente traerlos de vuelta a esta realidad.

—Como el ciego del búnker —intervino el guarda—, el neoyorquino chiflado.

Pocos días antes, Fritz había comentado en el hotel: «Cuando veo el dolor de los demás me siento vivo.» Pero mientras bajaba la escalera hacia aquel zulo del sótano se avergonzó de sus palabras.

—No se asuste —lo previno el doctor Bacanu y abrió la puerta que daba a un depósito de carbón vacío. Fritz entró—. Estuve algunas veces con él —susurró—. Pero no habla. Ahora le dejaré a solas con el señor. Quizá encuentre usted la palabra mágica que lo libere de su mutismo.

—*Okay!* —dijo Fritz, pronunciando sin saberlo la palabra liberadora.

Un bulto humano levantó la cabeza en su dirección.

—¿Vienes de América?

El hombre estaba sentado en la penumbra. A su espalda un rayo de luz se filtraba por la rendija de un tragaluz e incidía en la pared negra de enfrente. En la piedra desnuda había grabado un viejo dibujo. La Estatua de la Libertad. Cuando Fritz se hubo acostumbrado a la semioscuridad vio que a derecha e izquierda de Ilja estaban garabateadas en la pared siluetas de rascacielos.

—No respondes. ¡Dilo! ¿Vienes de América?

—Sí. Vengo de América. De Nueva York.

—¿Puedo fiarme de ti? ¿Sabes cómo me llamo? ¿Sabes de dónde vengo?

—Eres Ilja Botev. Tabernero de Baia Luna. Tu nieto Pavel está aquí. Quiere llevarte a casa. Soy su amigo. Me llamo Fritz y puedes confiar en mí.

—No te veo, pero reconozco tu voz. Pavel no me llevará a casa. Está cansado. No me fío de ti. Quieres impedir mi misión.

—Tu amigo Dimitru también te espera.

—Dimitru nunca me dejaría en la estacada. Jamás. Somos amigos. ¡Pero tú...! Sabes demasiado. Quieres sonsacarme. Mas no te revelaré nada.

—Confía en mí, Ilja. El Conducator ha muerto. Eres libre. Puedes irte a casa. Todos te esperan. Dimitru, Pavel, Kathalina, tu hija Antonia también. Tu misión ha concluido.

—¿Dices que el Conducator ha muerto? No, no. Está vivo. ¡Es el titán de titanes! Quieres engañarme... Te ha enviado el Vaticano, el cuarto poder. Quieren aniquilar a la Virgen. La judía, la resucitada en cuerpo y alma.

—Olvida el cuarto poder. Es demasiado débil. La Madre de Dios es mucho, mucho más fuerte. Y está bien.

—¿Y el Conducator? ¿El presidente americano lo ayudó? ¿Salvaron a la Virgen? ¿Mi carta llegó?

—Pues claro. Tu carta acabó en buenas manos. Todo está *okay*, créeme. El Conducator lo arregló todo antes de morir. ¿Qué puede un cuarto poder contra un hombre que hace sombra incluso al sol? El Conducator colocó incluso a un nuevo Papa en el Vaticano. Un polaco. Y éste ha declarado la protección de la Madre de Dios asunto de máxima importancia. Créeme, la mujer de la luna está bien. Perfectamente. La Virgen del Perpetuo Socorro regresará pronto a Baia Luna. Y la luz del Santo Sacramento también vuelve a brillar.

—¡Mientes! Te envía Wachenwerther. Eres un espía de Roma. ¡Demuéstrame que vienes de América!

Fritz metió la mano en su chaqueta y sacó un par de dólares. Al tenderle los billetes al anciano algo cayó al suelo. Despedía un brillo plateado. Fritz se guardó el dinero, recogió el chicle y se lo puso en la mano a Ilja.

El anciano palpó con cuidado el papel plateado como si fuera un tesoro. Entonces dobló la tira hacia uno y otro lado, desenvolvió el chicle y lo olisqueó. Asintió, se lo metió en la boca y masticó.

—América. ¡Qué país! El mejor. Llévame a casa —dijo entonces, levantándose.

Una vez que en Transmontania se volvió a poder circular libremente y hordas de reporteros hubieron difundido por todo el mundo sus crónicas desde el reino de las sombras, un periodista francés llegó incluso hasta Baia Luna. Sería marzo o abril de 1990 cuando el hombre se sentó a nuestra mesa de la cocina para entrevistar a mi tía Antonia.

—¿Ha viajado usted desde París? ¿Desde tan lejos? Seguro que lo decepciono. No sé qué podría decir yo de inteligente por su micrófono, señor periodista, pero si lo desea estoy dispuesta a hablar y responder a sus preguntas.

»Me llamo Gabor, Antonia Carolea Gabor. Tengo sesenta años y nací aquí, en Baia Luna. Quizá de camino hacia aquí se haya fijado usted en el cruce a la orilla del Tirnava. ¿No? ¡Pero si es imposible no verlo! El accidente del río ocurrió en 1935. Hoy creo que las líneas de mi destino ya comenzaban a ser trazadas entonces. Yo tenía seis años cuando mi madre y yo, que íbamos en un carro, caímos en las aguas heladas. Mi padre Ilja y el que más tarde sería mi esposo, el gitano Dimitru Gabor, nos sacaron del río. El padre de Dimitru, Laszlo, murió al tratar de salvarnos. Mi madre murió después de una neumonía. ¿No es extraño que en aquel accidente yo perdiera a mi madre y Dimitru a su padre? Pero pasó mucho tiempo antes de que Dimitru y yo fuéramos pareja. Es cierto que pasé durmiendo la mitad de mi vida. ¿Por qué? Dentro de mí había tal peso que no quería hacer el esfuerzo de levantarme. ¿Quiere usted saber qué era? No lo sé. Aunque tal vez fuera mi corazón. Hoy estoy mejor. Cuando Pavel se vaya en primavera a Italia con su mujer, yo me encargaré de la taberna. ¿Sabe una cosa? Socialismo, comunismo, democracia, en Baia Luna no cambia nada. El *tuica* sigue siendo *tuica*. Los hombres siempre lo necesitarán. Ay,

perdone, ni siquiera le he ofrecido una copita.

—*Non, non, merci, madame Gabor* —rehusó el periodista—. Quiero tener la mente despejada.

—Si usted lo dice... En cualquier caso, tras el accidente del Tirnava mi padre Ilja y Dimitru se hicieron amigos, y su amistad duró hasta su muerte. Mi padre falleció el veintiocho de diciembre de 1989, mi marido Dimitru tres días más tarde, en Nochevieja. Se habían perdido de vista durante dos décadas, pero el lazo de su amistad era fuerte. Ningún poder pudo romperlo. Pasé muchos años viajando por el país con Dimitru. Él buscaba a su amigo y yo a mi padre. Entonces mi Dimi se sumió en la melancolía porque la historia de la Madre de Dios no era cierta. Lo pone en la Biblia, casi al final, en la parte de san Juan. Qué sé yo qué hace esa mujer con la luna a sus pies, en cualquier caso no es María, Reina de los Cielos. Cuando Dimi murió creo que ya se hacía una idea de quién era aquella mujer en la luna. Conmigo apenas hablaba de esas cosas. Siempre respeté sus secretos. Me bastaba con estar cerca de él. Encontramos a mi padre tarde, cuando Dimi ya había perdido toda esperanza. ¿Cómo saber que lo habían encerrado con los locos de Vadului?

»Aquí en el pueblo la gente también comentaba que mi padre no estaba bien de la cabeza. Porque siempre soñaba con América. Pero no estaba loco. Simplemente se salió de la senda establecida. Y, señor periodista, ¿sabe usted por qué se perdió en su búsqueda? Mi padre creyó al Papa. Eso de la resurrección de la Virgen. Decían que María había ascendido al cielo en cuerpo y alma. Sin embargo, en las Sagradas Escrituras pone algo muy diferente. Sólo Jesús resucitó. Nadie más. ¿Quiere que le lea el texto bíblico?

—*Non, non, madame*. No creo que la gente esté interesada en esas historias.

—Qué pena. Podrían aprender lo poco que se puede confiar hoy día. El apóstol san Juan escribe que sólo el Hijo del Hombre ascendió a los cielos. Los papas declaran sin embargo que María, la Madre de Dios, también. ¿Quién tiene razón? Dígame, ¿a quién debe creerse? Desde luego, mi padre creyó al Papa. Por eso buscó a la Virgen en el cielo con Dimitru. ¡En la luna! ¿Le parece desacertado? ¡No, no, joven! Mi padre y Dimi estaban tan poco trastornados como Juan el Evangelista. Mi Dimitru era un hombre listo. Tal vez las conexiones en el cerebro de mi padre no funcionaran bien, pero se debía a que sufría epilepsia y ya no quedaban pastillas.

»Un martes, el veintisiete de diciembre de 1989, después de la revolución, encontramos a Ilja. Quiero decir, fue Fritz Hofmann quien lo descubrió. Imagínese, mi padre había estado malviviendo en un zulo oscuro durante veinte años. Al verlo, todos nos asustamos muchísimo. Estuve frotándole el cuerpo durante horas para que volviera a parecer una persona, y Fritz le regaló ropa suya.

»Mi Dimitru se moría de pena. Al principio su amigo no lo reconoció. Mi padre estaba ciego y no recordaba nada ni a nadie. A mí tampoco. Ni a su nuera Kathalina ni a su nieto Pavel. Al menos eso parecía. Desconfiaba. Pero un día después de volver aquí, al pueblo, ocurrió el milagro. ¿Qué? ¿Acaso no cree en los milagros? Pues

entonces escuche.

»Exactamente el veintiocho de diciembre, el día de los Santos Inocentes, nuestra Virgen del Perpetuo Socorro regresó al pueblo. Petre Petrov la trajo de vuelta cargada sobre sus propios hombros. Con lo que pesa, créame. Había estado desaparecida más de treinta años. Pero tarde o temprano todo sale a la luz. La Securitate de Clusoara la había robado. Pero no era tan valiosa como para que algún rico pagara por ella. Petre la encontró cubierta de polvo en el sótano del edificio de la Securitate. Imagínese la que se montó la tarde que apareció con María en el pueblo. ¡Qué jolgorio! El párroco Wachenwerther exigió que la llevara a la iglesia. Entonces mi sobrino Pavel se entrometió. Cogió la carabina de Petre, se la colocó a Wachenwerther bajo la barbilla y le soltó: «Tus días aquí se han acabado. Te doy una hora para que te largues.» Más tarde mi sobrino me contó que la carabina ni siquiera estaba cargada, porque Petre había disparado todos los cartuchos en la capital durante la revolución. En cualquier caso, una hora después Wachenwerther estaba sentado al volante de un Volkswagen. ¡Y fuera, directo a Austria! Luego Petre colocó la Virgen sobre el mostrador de nuestra taberna. Entonces ocurrió el milagro.

—*Oui, madame Gabor*. Y ahora me dirá que su padre de pronto recobró la vista.

—Ay, no, pero cómo se le ocurre... No, siguió ciego y ciego murió la noche siguiente. Pero se fue feliz. Liberado gracias a la Virgen. Mientras estaba en nuestra taberna, Dimitru tomó a Ilja de la mano y lo acercó a ella. Mi padre palpó la figura con sumo cuidado. Le costó una eternidad. Creo que quería comprobar si realmente se trataba de la auténtica. Primero el rostro, después los enormes pechos, luego el pequeño niño Jesús y por último la media luna a sus pies. No sé si puede usted imaginárselo, pero cuando tocó esa extraña media luna, el rostro de mi padre resplandeció. Reconoció a la Virgen. En ese momento nos llamó a todos por nuestros nombres: a Pavel, a Kathalina, a mí, incluso a Fritz Hofmann y a Buba Gabor. Y por supuesto a su querido Dimitru. Ambos se abrazaron y mi padre declaró que por fin podría emprender su último viaje. Había cumplido su misión. Pero si me pregunta usted en qué misión estaban embarcados esos dos, lo cierto es que no lo sé. Cuando se trataba de María ambos se mostraban enigmáticos. Como son siempre los amigos cuando...

La grabación se interrumpía a mitad de la frase. El reportero de París había renunciado a seguir grabando las declaraciones de Antonia Carolea Gabor.

La noche de los Santos Inocentes mi abuelo expresó su último deseo. Pidió a sus familiares y a su amigo Dimitru que lo dejaran morir al aire libre. En el lugar exacto donde todo había empezado la madrugada de su quincuagésimo cumpleaños.

Con ayuda de Fritz saqué su cama a la veranda delante de la taberna, allí donde el 6 de noviembre de 1957 el abuelo, con un embudo de hojalata en la oreja, se había puesto a escuchar el universo intentando captar el pitido del *Sputnik*. Antonia y

Kathalina llevaron mantas y edredones y lo arrebujaron bajo el frío y estrellado cielo nocturno. Todos nos sentamos a su alrededor. Mi Buba y yo, Fritz y mi madre, mi tía Antonia y Dimitru, que sostenía la mano de mi abuelo. Creo que fue la primera vez desde el accidente del Tirnava que el frío no hacía tiritar al gitano.

Entré en la taberna, abrí la vieja caja registradora y saqué la cajetilla de madera que permanecía cerrada hacía una eternidad. Entonces les di un puro a Fritz y Dimitru y encendí los dos últimos cubanos para el abuelo y para mí.

—América —suspiró él. La luna se elevaba sobre las montañas. Apretando la mano de Dimitru, susurró—: ¿Recuerdas aquellas noches que pasamos en la montaña de la Luna mirando por el telescopio?

—¿Que si me acuerdo? ¡Ilja, amigo mío! Me parece que fue ayer.

—Bien. Muy bien. Y dime, ¿realmente viste a la Reina de los Cielos? ¿La mujer de la aureola?

—¡Claro que sí! La vi. Aunque sólo un momento. Pero perfectamente. Más brillante que mil soles. Como también la vio Juan el Evangelista. ¡Exactamente así!

—¿Y? ¿Era hermosa?

—¿Hermosa? Era mucho más que hermosa. Créeme, era maravillosa. *Magnifica maxima*.

—Me habría gustado tanto verla... No sólo aquellos puntos blancos sobre papel negro. —Respiraba con dificultad y el cubano se le resbaló. Buba se acercó a él y posó una mano sobre sus ojos ciegos. A la luz de la luna vimos que el anciano sonreía.

—La ves, ¿no es cierto, amigo mío? —preguntó el cingaro.

—Sí —susurró Ilja, asintiendo débilmente—. Dimitru, la veo. Y veo aún más. No está sola.

—¿Con quién más está?

—Con mucha gente. Muchísima.

—¿Reconoces a alguien?

—Sí, claro. Veo a Nicolái, mi hijo. A Laszlo, tu padre, a Papá Baptiste. Y a mi querida Agneta. Está saludándome. Y veo otras muchas, muchísimas mujeres.

—¿Y la Reina? ¿Qué hace? ¿Qué aspecto tiene?

—Ríe. Hay un niño sentado en su regazo. Un chico. O una niña. No lo distingo. El niño es rubio como su madre. El pelo de ella ondea al viento. Huele a rosas. Y lleva un vestido precioso. Con un montón de girasoles. La conozco. La conozco, pero no sé de qué.

—¡Es ella! Exactamente así la vi yo también. En el Mar de la Serenidad. Así que está bien.

—Sí, Dimitru, lo está.

El cingaro besó a su amigo en la frente.

—Ilja, adelántate tú. Aún debo solucionar un asunto, después te seguiré —le susurró.

La mañana del 29 de diciembre Dimitru me pidió que llevara de nuevo a la biblioteca el diván rojo que Antonius Wachenwerther había ordenado guardar en el sótano de la parroquia dos décadas atrás, y que abriera de par en par las puertas y ventanas de la rectoría.

Entonces entró por última vez en la biblioteca donde había llevado a cabo sus estudios marianos. Se recostó en su diván y llamó a su lado a su nieta, a Fritz y a mí.

—Debo entonar todavía un último canto. Después enterradme junto a los restos de mi padre al lado de mi amigo Ilja. Y ocupaos de que Papá Baptiste también descanse en un lugar bonito. Y por favor, entre nosotros, que haya una tumba para la profesora Angela Barbulescu. Con una cruz blanca. Encontraréis un sitio adecuado. Lo sé. Y ahora sentaos, porque quiero confesar mi culpa.

»Pasé muchas, muchísimas noches aquí en esta biblioteca. Estudié y leí numerosos libros, pero no fue lo único que hice. Hubo noches en que no estuve solo. El ser humano necesita calor. Y yo lo obtuve de una mujer que también lo buscaba. Y, pese a todo, jamás fuimos marido y mujer. Yo no quería declararme a ella y Angela no podía declararse a mí. Mi ángel, así la llamaba, pero era mentira. Aquello solamente era carne. Y después del placer, llegaba esa tristeza vacía que hace anhelar aún más el placer para no tener que afrontarla.

—¡Qué! ¿Tú... tú tuviste una relación secreta con Angela Barbulescu? — pregunté sin darme cuenta del alcance de lo dicho.

—Sí, la tuve.

—Pero, tío Dimi, tú no la amabas —repuso Buba temblando.

—No. Sólo me serví de ella. Y cuando empecé a amarla fue demasiado tarde. Durante nuestros encuentros nocturnos hablábamos poco de nosotros. Sin embargo, siempre intuí que le había ocurrido algo. Algo oscuro, tiempo atrás, antes de llegar a Baia Luna. Veía la sombra que traía consigo, pero cerraba los ojos. Yo no quería verla. Debía guardarse su corazón para sí misma. Así fue hasta nuestra última noche, antes del cincuenta cumpleaños de mi amigo Ilja. Ya era casi invierno y Angela vino a pesar del frío. Estaba helada. Nos amamos pero no entramos en calor. Se vistió de nuevo y sólo dijo: «Dimitru, no vendré más. Voy a sumergirme en el agua oscura.» — El gitano sollozaba—. En ese instante lo habría dado todo por librarla de aquel último paso. Todo. Pero era demasiado tarde. Cuando me mostró su corazón, el reloj ya se había detenido. Me había conmovido, pero vi un corazón desangrándose. Agónico. Herido mucho, mucho tiempo atrás. Cuando por fin sentí amor, supe el error que había cometido. Ella estaba perdida. Y yo no la había ayudado. Iba a morir, y se llevaría consigo el secreto oscuro de su pasado.

—Tío Dimi, Angela escribió un diario que...

—Lo sé, querida Buba, lo sé. Déjame continuar. Estaba desesperado. No podía pensar en nada más que en Angela. Al mismo tiempo, era el cumpleaños de mi amigo Ilja. Cuando llevé el televisor a la taberna por la tarde ya había estado bebiendo. No

podía cargar a mi amigo con el peso de mi conciencia justo el día de su aniversario. Así que seguí empujando el codo. Nuestras conversaciones con Papá Baptiste sobre el *Sputnik* de Koroliov y la Virgen María me resbalaron. Estaba tan borracho que cuando me dispuse a volver casa, me caí en la escalera de la taberna. Pavel y Fritz, ¿os acordáis de que me ayudasteis a llegar?

—Claro, Dimitru —dijo Fritz—, nunca olvidaré aquella noche.

—Estaba ebrio, creedme, pero no ciego ni sordo. Oí que el reloj de la torre daba las nueve y media y vi que en casa de Angela no había luz. Sin embargo, a esa hora siempre estaba encendida. Entonces supe que estaba de camino hacia el agua oscura. Después me dormí, pero a mitad de la noche desperté helado. Era como si la oyera susurrar: «¡Dimitru, Dimitru! Tengo frío. Tengo tanto frío...» Me levanté, mas fuera no había nadie. Rogué al Señor que enviara a Angela a la biblioteca. Aunque sabía que ese tipo de oraciones jamás eran escuchadas, me encaminé a la casa parroquial. De este modo se desencadenó el desastre. Si yo no hubiera estado allí, esos criminales no habrían asesinado a Papá Baptiste.

Dimitru sollozaba sin consuelo.

—¿Qué ocurrió, tío Dimi? —inquirió Buba, acariciándole la cabeza.

—Mi curiosidad tuvo la culpa. Allí estaba el sobre. En el buzón de la rectoría. A pesar de que no iba dirigido a mí, lo saqué y me encerré en la biblioteca. Contenía unas fotografías.

—Eran de mi padre Heinrich —lo interrumpió Fritz—. Mi padre lo echó al buzón.

—Sí, eso supuse entonces. En las imágenes se veía a Angela con algunos hombres. Hacían cosas con ella que no se deben hacer a una persona. No puedo describíroslo. Pero por fin sabía por qué se le había desangrado el corazón. Fue una mujer valiente. Siguió viviendo a pesar de que la hubieran matado mucho tiempo atrás.

—¿Qué pasó con las imágenes? —pregunté.

—¿Qué podía hacer? Las quemé y arrojé las cenizas al Tirnavá. Por eso mataron a Papá Baptiste. Los tipos que lo asesinaron pensaban que las había escondido en la rectoría. Por eso lo pusieron todo patas arriba. Pero Papá Baptiste no tenía ni idea. No podía hablar porque no sabía nada.

—Quizá supiera algo sobre el pasado de Angela... —aventuré titubeante—. Kora Konstantin aseguró en su momento que la tarde del cumpleaños del abuelo nuestra maestra había estado con el párroco para confesarse. El ama de llaves Fernanda escuchó tras la puerta y luego le contó a la Konstantin que Johannes Baptiste se había negado a absolverla.

—Sí, Pavel, la vieja Konstantin dijo la verdad. O lo que ella entendía como tal. Pero ésa es otra historia. Es cierto, Angela estuvo primero en la rectoría con Papá Baptiste y después fue a la biblioteca. Cuando al día siguiente del cumpleaños entré en la biblioteca, noté enseguida que había estado otra vez allí. Olía a rosas. Creí que

me habría dejado un mensaje. Busqué. Y encontré el diario verde.

—¡Qué! —exclamamos Buba y yo, espantados y asombrados al mismo tiempo. Y yo añadí—: ¿Conocías ese cuaderno? Cuando hiciste el pino contra la estantería y después dijiste que había que poner el mundo patas arriba, ¿sólo estabas haciendo teatro? —Estaba sorprendido, pero también enfadado—. Me tomaste el pelo. Querías que lo encontrara para lavarte las manos.

—Pavel, eso es y no es cierto. Sí, quería que alguien encontrara el diario, y mejor tú que otra persona. Pero déjame continuar. Por aquel entonces me encerré durante días en la biblioteca. Créeme, lo leí cientos de veces. Me quemó el alma. Era culpable de su situación, pero al mismo tiempo quería justicia. Dicté sentencia y decidí acabar con el hombre que había matado a Angela. Stephanescu debía morir, caer cuando estuviera en lo más alto. Como en la Biblia, como en el *Magnificat* de María. Y yo, Dimitru Carolea Gabor, que en vida de Angela sólo había considerado su cuerpo, debía ocuparme de que al menos su profecía se cumpliera.

—Pero Angela se equivocó —lo interrumpí—. En su carta de despedida escribió que había llegado la hora de Stephanescu. Pero esa hora duró treinta años.

—Pavel, hijo, ¿cuándo aprenderás a leer correctamente, con exactitud? Angela no auguró a Stephanescu: «Tu hora ha llegado.» Escribió: «Tus horas están contadas.» Hay una diferencia. Su naufragio estaba encauzado, sólo era cuestión de tiempo que el barco zarpara. Primero debía estar en lo más alto. Pero tienes razón, Pavel, la justicia se hizo de rogar.

—Llegó cuando el Conducator cayó y Stephanescu se las prometió tan felices como su seguro sucesor —comentó Fritz—. Dimitru, lo único que no entiendo es cómo podías confiar en que Pavel, Buba y yo precipitaríamos la caída de Stephanescu. Además, declaraste la guerra a ese hombre, pero nos enviaste a nosotros a la batalla. Nos utilizaste para tus propios objetivos.

El cingaro no respondió enseguida. Miró al techo y murmuró en voz baja «*Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa*».

—Sí, fuisteis mi herramienta —admitió al fin—. Y a pesar de ello, librasteis vuestra propia batalla. ¿Qué podía hacer? No vi otro camino. Excepto uno, pero no fui capaz de tomarlo. Después del entierro de Angela más allá del muro del cementerio, en el pueblo se creyó que me había encerrado en la biblioteca. Sin embargo, a pesar de la nieve, me fui a pie a Clusoara. Compré una pistola a los gitanos de la estación. Quería disparar contra Stephanescu. Lo esperé durante tres días en la plaza del mercado, pero no apareció. Subí en la oscuridad a su villa en la colina de Klosterberg y llamé al timbre. Cuando abrió, saqué la pistola, mas no apreté el gatillo. Me atenazó un temor terrible, como nunca antes ni después he sentido. Stephanescu me miró, ni horrorizado ni temeroso, sólo sonriente. Me hubiera bastado con haber apretado el gatillo y Stephanescu habría muerto. Pero no así el demonio sonriente, que habría entrado en mí. En mi interior sólo había dolor y odio, pero nada que me protegiera del demonio. Ningún ángel, ningún santo, ninguna Madre de Dios,

nada. Tiré la pistola y eché a correr despavorido...

»Yo no era la persona adecuada para acabar con Stephanescu. Debía hacerlo otro. Alguien cuyo ojo pudiera ver lo invisible y cuyo oído pudiera oír lo inaudible. El grito mudo del sufrimiento. Esa persona debía ser lista y valiente, ya que debía acercarse tanto a Stephanescu que el demonio se vería obligado a mostrar su rostro. Yo no podía ser. No olvidéis que sólo soy un negro. La gente como el doctor me mira con desprecio. Stephanescu sólo se sentiría seguro con uno de sus semejantes, con un blanco, y sólo alguien así podría acercarse tanto para engañarlo y hacerlo caer en la trampa. Ese *gadjo* eras tú, Pavel. Eras diferente de todos los *gadje* que yo conocía. Sabías lo que significaba poner el mundo patas arriba. Tú y mi nieta Buba. Eráis jóvenes y estabais conociendo el amor. Yo nací viejo. Pero, ahora que mi canto concluye, me pregunto si no habría sido mejor que jamás hubierais descubierto el diario de Angela. No lo sé.

—Pero yo sí lo sé —dijo Buba, cogiéndolo de la mano—. Tu canción ha sido maravillosa. Sin ella habría olvidado que había olvidado. Sin ti, Dimi, Pavel y yo no nos habríamos perdido, pero jamás nos habríamos encontrado de nuevo.

—¡Pavel! ¿Es eso cierto?

—Sí, muy cierto. Y, de hecho, tu nieta se llamará a partir de ahora Buba Botev.

Dimitru se incorporó con los ojos brillantes. Parecía rejuvenecido.

—Qué buena noticia. Pero la verdad es que se os podría haber ocurrido antes. Ya no sois unos chavales. Pavel, deberías ir pensando en tener descendencia. El tiempo vuela y de repente, ¡zas!, te has convertido en un viejo flatulento. Pero no te preocupes. Abraham tenía cien años cuando su mujer Sara dio a luz a Isaac. Y el viejo le cogió el gusto y se convirtió en padre de una tribu numerosa. Tú también, Fritz, tú también deberías pensar en tu futuro. Y no vivir tan al día, hoy aquí, mañana allá, como los gitanos.

—Lo intentaré —aseguró Fritz, riendo—. Pero tengo que decir una cosa: Dimitru Carolea Gabor, eres el zorro más listo que jamás he conocido.

—Oh, oh, oh, chico... Veo que la madurez no te ha salvado de cometer errores. Por supuesto que has conocido a una persona más lista que yo. Pero como eras un listillo, claro, no te enteraste. Oh, sí, siempre fui un zorro. ¿Y sabes por qué, Fritz? Porque tuve un profesor que era aún más listo. Mucho más.

—¿Tu padre?

—No, no. Mi difunto padre era sin duda un genio, de no ser por él nunca habría entrado en el negocio de las reliquias, pero jamás alcanzó la inteligencia de Papá Baptiste. Nuestro párroco era realmente inteligente. Jamás habría descubierto su truco si él mismo no me hubiera dado la herramienta. El *instrumentum inte-lec-ta-ti-libus* o algo parecido. Me enseñó la lengua de los latinos, lo que fue de incalculable ventaja en mis negocios lácteos con los ortodoxos. Pero todo a su debido tiempo. Como en mi juventud tropezaba sin cesar con la tentación en forma de mujer, a menudo me arrodillaba en el confesionario con Papá Baptiste. En aquel tiempo aún no dominaba

el latín como para entender las fórmulas que él murmuraba para sí, pero un Viernes Santo me di cuenta de lo que no decía. En la absolución jamás decía *ego te absolvo*.

»Por eso es cierto lo que el ama de llaves Fernanda Klein entreoyó y Kora Konstantin pregonó a los cuatro vientos. En efecto, Papá Baptiste no concedió la absolución a Angela tras su confesión. Probablemente le dijo que rezaría por ella, o algo parecido, pero no pudo haber pronunciado el *ego te absolvo*.

—¿Tan graves eran los pecados de Angela?

—Esa pregunta, Pavel, no me corresponde contestarla. Lo que importa es que nuestro párroco no podía ni debía perdonar pecados. ¡No era sacerdote!

—¡¿Qué?!

—Para ser más exactos, cuando llegó a Baia Luna ya no lo era. Estaba excomulgado, lo que significa que había sido expulsado del sacerdocio, desterrado de su orden benedictina y del seno de la Iglesia católica.

—Pero ¿por qué? ¡No puede ser verdad!

—Sí, lo es. Le pregunté a Papá Baptiste por qué no concedía el *ego te absolvo* y me lo contó todo mientras bebíamos *tuica*. A principios de los años treinta trabajaba para la diplomacia secreta del Vaticano en la Unión Soviética. En calidad de sacerdote en misión clandestina. Viajaba de acá para allá para convertir a los soviéticos incrédulos, entre Odesa, Moscú y un lugar cuyo nombre es imposible recordar. Estuvo a punto de ser ordenado obispo en secreto, hasta que algún Judas lo traicionó. Logró escapar a Roma, pero algunos sacerdotes católicos en la clandestinidad fueron desenmascarados. Los deportaron a un campo de castigo en una isla sin nombre en el mar Blanco. Para pagar el rescate de esos pobres curas, el Vaticano tuvo que enviar un vagón lleno de tesoros eclesiásticos a Moscú, donde parte fue fundido y parte fue devuelto a Occidente a cambio de divisas. Papá Baptiste me contó que entonces le encomendaron una nueva tarea en el Vaticano. Sólo recuerdo que debía colaborar en complicados contratos entre los nazis y los católicos. Sin embargo, escribió una carta en la que argumentaba por qué no se debía pactar con el diablo. Pero el papa Pío la rompió y Papá Baptiste fue enviado de vuelta con los benedictinos a Austria, con el encargo de catalogar y ordenar los viejos libros de la biblioteca del monasterio. Por un tiempo lo hizo, hasta que se rebeló. Se negó a obedecer al Papa y a su abad. Entonces se le hizo entrega del certificado de excomunión.

—No puede ser —exclamé incrédulo—. Aquí oficiaba misa y predicaba. Los mayores aún comentan que Johannes Baptiste fue el mejor párroco que nunca ha tenido Baia Luna.

—Y así es. Lo que ocurre es que ya no era católico. Sólo puedo conjeturar acerca de por qué el Papa y el obispo de Clusoara lo dejaron en paz.

—Supongo que sabía demasiado sobre algunas personas del clero —aventuró Fritz.

—Exacto. Seguramente fue eso. Tal vez pensaron que aquí arriba en Baia Luna

no podría causar ningún perjuicio. Que predicara lo que quisiera. Pero creedme si os digo que Papá Johannes era un hombre honrado. Bautizar niños, consagrar hostias, dar su bendición a los novios, encabezar procesiones a la montaña de la Luna, enterrar gitanos en tierra bendecida; todo eso era una cuestión de honor para él. Lo único que no hizo jamás fue perdonar pecados. ¿Y sabéis qué me dijo aquí en esta biblioteca mientras bebíamos *tuica*? Pues dijo que... Por cierto, Pavel, creo que una copita me ayudaría a hacer memoria...

—Siempre se puede confiar en un tabernero de la casa de los Botev —repuse riendo, y tras sacar cuatro vasos descorché una botella de *tuica*. Buba, Fritz y yo brindamos con Dimitru.

—Señor camarero, mi vaso tiene un agujero —se quejó el gitano, y le serví de nuevo—. Bueno, así fue. Papá Baptiste estaba aquí sentado conmigo en el diván y me dijo: «Dimitru, te lo perdono todo, pero no en nombre del Señor. No estoy facultado para ello...» Y eso aún me sigue atormentando, pues jamás obtuve una absolución. Quiero decir, una auténtica. Y ahora me toca comparecer en el Juicio Final. ¿Y qué pasará? Me gustaría tanto ir al Mar de la Serenidad... con Ilja. Se lo prometí. Pero ¿y si no me dejan entrar sin haberme confesado? ¿Y si el pulgar divino señala hacia abajo? ¿Qué haré entonces?

El cingaro se levantó del diván rojo. Fue a la ventana y alzó la vista al cielo. Cerró los ojos.

Nosotros no veíamos a un anciano, sino a un chico intimidado que levantaba su dedo índice en señal de advertencia.

—Dimitru, ¿qué te propones...?

—Chist... —siseó Buba—. Creo que el tío Dimi está ensayando su comparecencia ante el trono del Todopoderoso.

—¡El gitano Dimitru Carolea Gabor! —exclamó una grave voz masculina por boca del joven—. ¡Que comparezca ante el tribunal! ¡Veamos pues el libro de tu vida! ¡Pecados! ¡Pecados! ¡Más pecados! ¿Y te atreves a presentarte ante mí? ¿Qué leo aquí? ¡Vendiste a los ortodoxos frascos con leche falsa de los pechos de la Madre de mi Hijo! Oh, Dimitru Carolea Gabor, ¡avergüénzate! ¿Te arrepientes? —Entonces adoptó una voz infantil—: No fueron botellas, sino pequeños, minúsculos frasquitos. Créame, Señor, no fue culpa mía. Lo de la leche se le ocurrió a mi padre. ¿Qué debía hacer, Señor? ¿Acaso renegar de mi padre? ¿Dejarlo en la estacada? Como tú dejaste en la estacada a tu Hijo... ¿No se quejó amargamente de ti Jesús en la cruz? «Dios mío, padre, ¿por qué me has abandonado?» ¿Realmente esperabas lo mismo de mí? ¿Que traicionara a mi padre? ¿Por qué me trajiste al mundo entonces? ¡Y encima como gitano! —Se alejó de la ventana, tomó su copa y bebió su último trago de *tuica* con gran deleite—. Exactamente así lo haré esta noche. Creedme, si el viejo de ahí arriba se deja engañar por el truco llegaré directo hasta Ilja. —Apartó todas las mantas—. Dios mío, qué calor. Queridos, llevadme con mi Antonia. Al fin y al cabo, Abraham tenía ya cien años cuando...



ROLF BAUERDICK nació en 1957 en Lenhausen, Renania del Norte, Alemania. Tras estudiar Literatura y Teología, se orientó hacia el periodismo. Fotógrafo y periodista de renombre, ha realizado infinidad de reportajes en más de sesenta países para prestigiosos medios de toda Europa. Sus trabajos han obtenido numerosos galardones, entre ellos el Premio de Periodismo de la Unión Europea 2003, por su amplio reportaje sobre la diáspora rumana en los países del antiguo bloque soviético. *El día que la Virgen llegó a la luna*, su primera novela, ha conseguido un gran éxito en Alemania y se publicará en quince países.

Notas

[1] El autor realiza aquí un juego de palabras intraducible ya que la pronunciación en inglés del nombre del módulo lunar, *Eagle*, es idéntica a la de la palabra «erizo» en alemán, *Igel*. (N. de la T.) <<